

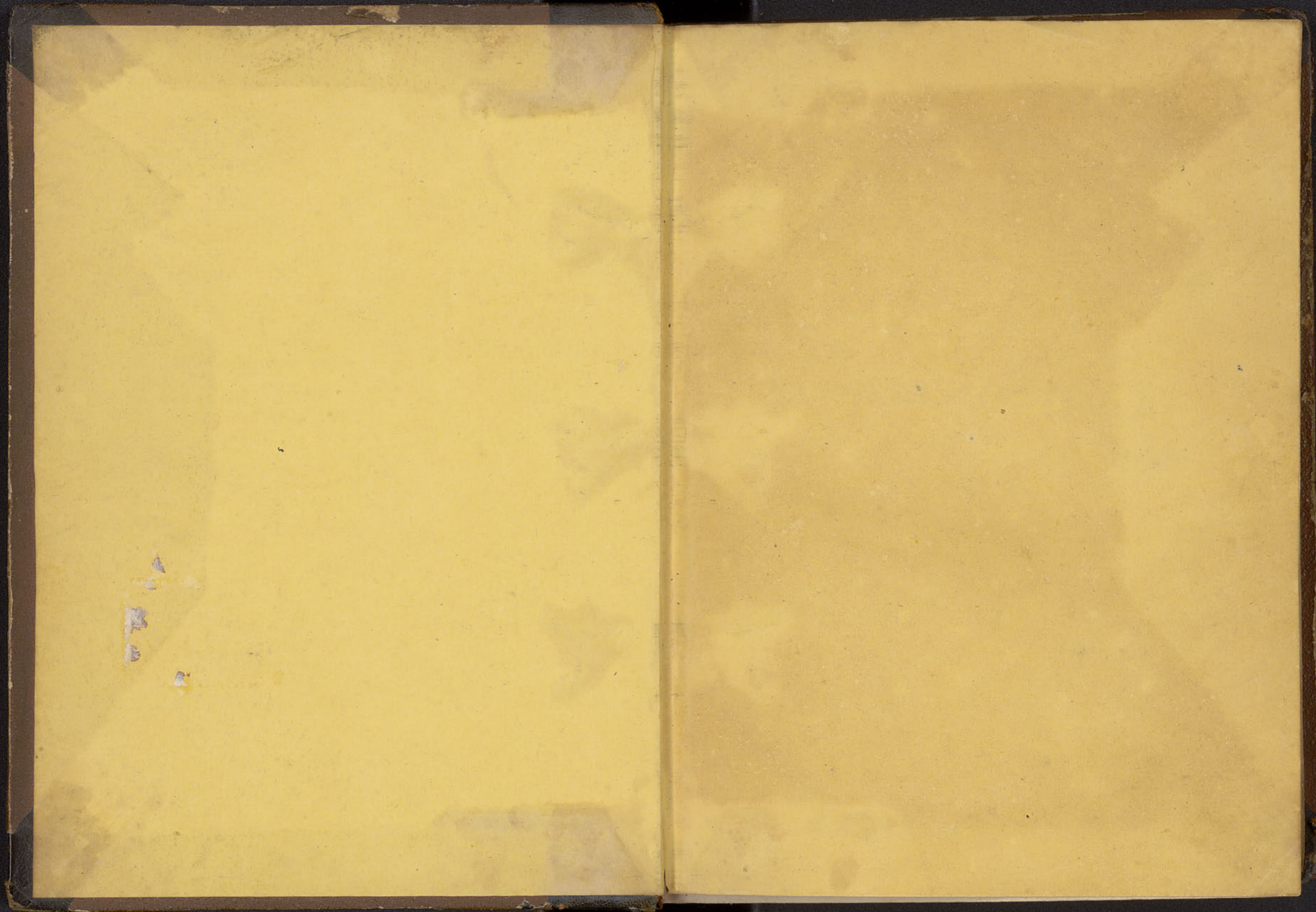
ESPRONCEDA.
SANCHO SALDAÑA

DRPS
FA
1125



ESPRONCEDA.

SANCHO SALDAÑA



FL DRPS FA 11125 V.1

0500774203

J. CASTRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

ESPRONCEDA.

SU NOVELA

SANCHO SALDAÑA.

TOMO I.

ADMINISTRACION:

PLAZA DE LA CEBADA, NÚM. 11, MADRID.

1870.

J. CASTRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

ESPRONCEDA.

SU NOVELA

SANCHO SALDAÑA.

TOMO I.

ADMINISTRACION.

Imp. de R. LABAJOS, Cabeza, 27.

1870.



PORTADA.

DEDICADA

À MI MADRE.

José de Espronceda.

DEDICADA

A MI MADRE.

Jose de Espronceda.

SANCHO SALDAÑA.

Capítulo I.

En resolución él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran persona de calidad y bien nacida.

Las barbas y los cabellos

tiénelos fasta la cinta,
fasta la cinta y aun mase;
la cara mucho quemada
del mucho sol y del aire,
con el gesto demudado
muy fiero y espantable.

(Anónimo.) Rom. del conde Dirlos.

Serian las tres de la tarde un dia del mes de Agosto, cuando un mozo de apariencia pobre y en traje muy derrotado, despues de haber atravesado el arenoso pinar de Olmedo, se sentó á las frescas orillas del rio Adaja al pié de un árbol, que sombreaba la corriente y convidaba á descansar.

Parecia ser de edad de diez y ocho años, y aunque

el polvo del camino y el calor del sol le traían algo desfigurado, su mirada era alegre, su semblante noble y su cuerpo airoso: siendo este elogio tanto más justo cuanto ménos su trage y adornos le ayudaban á merecerlo.

Traía un colete de ante tan acuchillado, roto y mugriento, que apenas se conocía de qué era; una sobvesta que había sido de color verde, y de que aun quedaban algunos girones raidos; un sombrero tejido de hojas de árboles, las piernas y piés decalzos, y una lanza en la mano derecha, que tal parecía el palo de que venía armado, y que tenía por contera un regatón de hierro.

—Veamos, dijo al sentarse, si aun aquí dentro del agua me mortifican también estos malditos tábanos que me persiguen.

Y entró ambos piés en el agua hasta la rodilla con mucho cuidado de no mojarse el vestido, como si lo tuviera en mucha estima y no quisiera echarlo á perder.

Luego que se refrescó del fuego de las arenas y repuso de las picaduras de los tábanos, sacó un pañuelo blanco muy limpio de un zurrón que traía, pero tan desgarrado y abierto por tantas partes que por la más pequeña de cabía el puño.

Tendiólo sobre la yerba á guisa de servilleta, y exclamó:

—¡Oh cara camisa mia, que por tanto tiempo fuiste mi más íntima amiga, y que tan aficionado me tenías

que siempre te quise tener conmigo y te traje tan á raíz de mi carne por tanto tiempo! ¡A qué punto hemos llegado, amada camisa mia, que cuando creí que de tanto andar juntos y tan apegados te habrías convertido en mi propia carne, y que éramos los dos uno mismo, hallé que de tus anchos y espaciosos vuelos no quedaba ya otra cosa que este pedazo que encontré á duras penas buscándote por mi cuerpo, y que ha venido á parar en mantel á cuenta de tus servicios! *Omnia moriuntur*, como decia el abad de Beneditinos que me crió. Consuélate, que por tí no se dirá al ménos de tu amo que no come pan á manteles; consuélate, celosía de mis manjares, pues tal te puedo llamar, que eres más transparente que el cristal, más diáfana que el aire, y tienes más heridas que el guerrero más veterano y acreditado.

Mientras apostrofaba de esta manera al triste resto de su malograda camisa, iba sacando del alforja las consumidas y poco apetitosas viandas que llevaba para el camino, y se entretenía en colocarlas con el mejor orden, simetría y cuidado que le era posible.

Consistía su repuesto en dos ó tres mendrugos de pan algún tanto petrificados, un pedazo de queso ovejuno no muy tierno tampoco, dos ó tres tomates crudos y una bota de vino blanco, aunque más llena de aire al parecer que de vino.

Sacó tras esto un estoque, que no era ménos larga la navaja que de servía, contempló un rato con muestras de mucho gusto la armonía y distribucion de sus

platos, y empezó su ocupacion gastronómica con aire desenfadado y apetitoso.

—Algo rebelde te encuentro; dijo al dar una dentellada en uno de los mendrugos, y que él presumió que le costaba un diente; no creí, prosiguió, que despues de quince dias que te llevo en mi compañía, y cuando más amañado y suave de trato debia encontrarte, te hallase cada vez más duro de corazon y ménos sociable. Pero yo te castigaré, y haré ver hasta dónde raya mi valor y tu presuncion.

Dicho esto clavó el diente á modo de perro de presa en el endurecido mendrugo, quedando indecisa la victoria por un momento, hasta que al fin el ruido de los demolidos coscurros, y el simultáneo movimiento de las poderosas quijadas, la declararon por el mancebo, que no satisfecho con este importante triunfo, siguió con el mayor denuedo hasta sepultar en su vientre desde el primero hasta el último de sus enemigos.

Concluida esta operacion, y si no satisfecho su apetito, aliviada su necesidad, se echó al rio de bruces y bebió agua: lió enseguida el mantel, tentó la bota, y viendo que estaba vacía dió un suspiro, y doblándola la guardó en el zurrón con los demás utensilios de su comida.

Tomó enseguida unas hojas de un libro manuscritas de buena letra en latin en que venia envuelto el queso, tendióse á la larga sobre la yerba, y empezó á deletrear á voces como es uso de mal lector.

Luego que hubo leído un rato exclamó:

—¿Y qué quiere decir todo esto? ¿Y es posible me haya costado tanto azote, y al fin y al cabo no haya podido el buen abad salirse con la suya de que yo aprendiera? Aunque á decir verdad, yo creo que él no sabia mucho más de lo que me ha enseñado. ¡Oh vida regalada del monasterio! ¡Cuántas veces te echo de ménos! Solo por aquello de *dulces, exubiae dum fata Deusque sinebant*, como repetia el buen abad cuando me regalaba el rostro con alguna palmada, y no de las más suaves, en prueba de su cariño: solo por eso conservo estas pocas hojas, de que no he podido aun entender la primera llana, y por lo que me imagino, y no sin razon, que tampoco entenderé la última. Pero, en fin, basta de lectura, y durmamos un poco hasta que caiga la tarde y me pueda aprovechar del fresco para seguir mi camino.

Diciendo esto se cubrió el rostro con el sombrero, y de allí á poco empezó á roncar con tanta fuerza y estrépito, que su ronquido bastaria á despertar los siete durmientes, y aun á hacer levantar los muertos el dia del Juicio final.

II.

Era entonces la hora de la siesta, y el sol en toda su fuerza abrasaba los extendidos campos de Castilla, que si bien más poblados en aquellos tiempos, no po

eso los hacia ménos áridos la sequedad propia de la estacion, y sobre todo desde Olmedo á Cuellar, que era el camino que á lo que parecia llevaba nuestro galan.

Un bosque de pinos cubre aun hoy dia este camino arenoso, en que se hunde á veces la pierna hasta la rodilla, y donde el sol, quebrando sus rayos en cada grano de arena, reverbera del suelo con un esplendor tal que deslumbra, dobla el calor y aumenta el cansancio y la fatiga del caminante.

Solo se oye el chirrido cansado de la chicharra y el zumbido monótono de los tábanos, y si algun soplo de viento viene acaso á mecer la copa de un pino cuando el viajero abre los secos lábios con ánsia para recogerlo, respira el viento abrasado de los desiertos, ó un cierzo de fuego que le consume de sed y le quema en vez de regalarle con su frescura.

Tres rios, si tal nombre merecen tres arroyos algo crecidos, dividen este camino á corta distancia unos de otros, que los naturales distinguen con los nombres de Adaja, Piron y Cega, siendo este último la línea ó frontera que separa las tierras del castillo de Iscar de las de Cuellar.

El Adaja, vadeable aun en invierno, y último linde de Olmedo á Iscar, moja humildemente esta tierra, que se lo sorbe; pero en sus sombrías orillas, cubiertas de frondosos árboles, se respira ya aire más fresco, y ofrece una isla de verdura en medio de aquel desierto.

En sus riberas, pues, como hemos dicho, descansa-

ba nuestro desembarazado mozo de la penosa marcha que habia traído, y no haria aun media hora que dormia á pierna suelta cuando sintió una cosa fria que, levantando el sombrero que le tapaba la cara, se refregaba contra él, al mismo tiempo que un peso en el pecho, que se removia.

Abrió los ojos, y vió que era un perro mastin de gran tamaño y adornado de sus carlancas, que despues de haber satisfecho su sed en el rio se habia llegado á olerle, y le afirmaba las manos en el pecho mientras le humedecia el rostro con el hocico.

—Voto al perro, y mal año para tu amo, gritó con enfado de verse despertar tan fuera de sazón. ¡Quitate! y lo empujó al mismo tiempo con fuerza echando mano al desmesurado baston que hemos tratado de describir.

El perro se retiró atrás dos ó tres pasos gruñendo como preparándose para embestirle, y el mozo, ya puesto en pié, enarboló el palo en alto y aguardó á su enemigo con resolucion.

En esta actitud estaban frente á frente carreados, cuando la voz de un hombre y un silbido llamó la atención del mastin haciéndole mudar de intento, y de allí á poco volvió tranquilamente hácia su señor, que saliendo de entre los árboles descubrió una facha tan rústica y salvaje, que no dejó de sorprender á nuestro campeón.

—Era de poca estatura, cuadrado, ancho de espaldas y muy fornido de miembros: sus brazos, que llevaba

desnudos, estaban cubiertos de un bello tan espeso, largo y cerdoso, que parecia crines: las piernas arqueadas, sus maneras brucas, su pelo y barba negros, siendo esta tan poblada, crecida y rizada que le cubria todo el rostro, sin dejar ver en él más que dos ojos grandes y verdes que parecia que lanzaban rayos, y acaso de tiempo en tiempo dos hileras de dientes blancos como el marfil y tan juntos que parecian uno solo.

No obstante, aunque su traza imponia, y aun podria decirse asustaba, no se sentia al verle aquel horror que inspira la vista de un animal feroz, y en la viveza y valentia de sus ojos se notaban quizá más señales de nobleza que de crueldad.

Traia vestido un sayo vaquero y abarcas por zapatos; llevaba en la mano izquierda un arco y algunas flechas suspendidas de un cinto de cuero, que le aseguraba asimismo un hacha de armas de dimension disforme y extraordinario peso, y pendiente de una cuerda que le rodeaba los hombros colgaba á su espalda una bocina ó cuerno de cazador.

Todo esto vió y observó el roto mancebo, dudando si se pondria en defensa, ó iria, ó le aguardaria con tranquilidad.

El primer pensamiento le pareció perjudicial y disparatado, considerando la desigualdad de sus armas: el segundo casi le pareció mejor; pero viendo que el recién venido no hacia movimiento ninguno ofensivo, y que muy lejos de eso le habia evitado la riña

con el mastin, se determinó á esperarle á pié firme.

El perro entretanto llegó coleando á su amo, que alargándole la mano y pasándosela por el lomo.

—Sagaz, le dijo, quién diablos te manda meterte con un hombre dormido; no te tengo yo enseñado á tan poca cosa.

Serénate, muchacho, añadió acercándose al derrotado, y descubriendo con una sonrisa irónica el marfil de su dentadura, que no parece sino que ibas á venir á las manos con un leon segun lo alborotado que te pusiste.

—No me alboroto yo por tan poco, y aunque el gozquejo es de buen tamaño, no sé cómo le hubiera ido si le hubiese arrimado yo la punta de mi baston.

—Quizá mejor que á tí, repuso el de la barba negra, porque no hubiera encontrado en qué morder sino en la carne, segun lo ligera y escasamente que vas vestido.

—Es el mejor traje de verano que tengo, replicó el mancebo con desenfado.

—Y el que mas generalmente te pones todos los dias á falta de otro mejor, repuso el otro con sorna.

—Me he dejado el equipaje ahí cerca por caminar mas á gusto, respondió sin cortarse el derrotado mozo.

—Pareces arriscadillo y resuelto, contestó el recién venido en el mismo tono.

—Quizá más de lo que tú crees, le contestó el mancebo.

—¿Y hacia dónde se camina tan á la ligera, señor galán? preguntó el de la barba negra.

—Pregunta es esa, repuso el mozo, sobre que es necesario pensar mucho antes de responder, y todo lo que yo puedo decirte es que el fin de mi camino será donde yo me pare, y que el lugar donde me quede será donde me vaya bien, y encuentre en que ejercitar mis talentos.

—Segun eso no llevas otro camino que el que te dé tu buena ó mala ventura, y si aquí mismo te se ofreciese un acomodo tal como tú desees, aquí mismo te quedarías.

—Ciertamente, repuso el mozo, aunque á decir verdad no sé qué comodidad puede hallar un hombre como yo en medio de este desierto.

—Puede hallar, replicó el Velludo, una colocacion libre y honrosa que le ponga al igual de los señores más poderosos, y aún le dé derecho á veces para alternar con ellos; puede hallarla tal, si le sopla el viento de la fortuna, que llegue á ser él mismo un señor, y á tener castillos, ejércitos y vasallos.

—¡Brillante colocacion, amigo mio! respondió el derrotado. ¿Pero no podia yo saber qué género de talento es preciso para entregarse con fruto á ocupacion de tanta monta y tan productiva?

—No hay duda, pero antes es necesario que sepa yo quién eres, qué papel has representado en el mundo, cuál es tu inclinacion decidida, y cuáles tus más aventajados talentos, que puesto me pareces mozo de

disposicion, todavía necesito examinarte más antes de darte tan honroso cargo.

—Sino viera que hablais con seriedad, repuso el mancebo, dudaria de lo que me decís, porque á calcular por vuestra apariencia (y esto sea dicho salvo el respeto que me inspira ese colgajo de hierro que llevais al cinto), no promete vuestra traza más ventajas al que vuestra señoría proteja que ofrece la mia (sin faltar sea dicho al respeto que mereceis), y esto dijo echándole una mirada picaresca de la cabeza á los piés, y concluyó su discurso con una profunda inclinacion joco-séria.

III.

El hombre de la barba negra se sonrió, y le miró como agradado de su desenvoltura, y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

—¡Pobre niño! ¡Cómo se conoce que aun no has visto el mundo sino por un agujero, como se suele decir, y que juzgas solo por las apariencias, sin considerar que si yo te juzgase por la tuya no te propondria en mi imaginacion para empleo de tanta importancia! ¡Pobre niño! No sabes tú con quién hablas; si lo supieras temblarias en mi presencia en vez de bufonear.

—Todo puede ser, contestó el roto, pero desde que dejé de oir en boca del abad de Benedictinos la cruel máxima de que la letra con sangre entra, no he vuel-

to á temblar nunca, escepto cuando me acuerdo de la sangre fria y cachaza con que ponía en ejecucion su inexorable sentencia.

—Pues tengamos paz si es así, dijo el del hacha, porque si un abad te hacia temblar con sus máximas, yo tengo algunas que si te las dijese pareceria que te habias quedado de pronto sujeto á convulsiones y perlesías, y así repito que tengamos paz, y sentémonos sobre la yerba, donde me contarás tus hazañas, y veré si eres digno del empleo en que he pensado ocuparte.

Y diciendo y haciendo se sentó, y tirándole del brazo con fuerza obligó á nuestro mozo á que se sentase á su lado.

La impresion de la mano del de la barba negra en el brazo del derrotado, dándole una alta idea de su musculatura, le quitó la gana de chancearse, y el tono con que pronunció su amenaza le pareció que tenia un no sé qué de verdad tan espresivo, que le infundió cierto respeto, y le llenó de consideracion hácia su persona.

—Pídoos perdon, le dijo, si os he tratado con demasiada libertad, pero mi buen humor es tal, que cuando no tengo de quién hasta de mí mismo me burlo.

—Basta ya, le respondió el de la barba, y dime cómo te llamas, que me parece que me has de acomodar para mi servicio.

Volvióle á mirar el mozo, y no le pareció hombre

de muchos criados el que se le proponia por amo; pero el respeto que le inspiraba le impidió hacer más observaciones, y empezó su historia de esta manera.

IV.

—Yo me llamo Usdrobral, soy natural de Leon, y nunca he conocido á mis padres: cuando tuve uso de razon me hallé recogido en un convento de monjes Benedictinos, y al cargo de un abad que se empeñó en enseñarme á leer, y en que aprendiese latin.

Aunque mi talento era despejado á voto de aquellos padres, yo era más inclinado al juego que no al estudio, y como me empeñé en no aprender, me salí con la mia, y con la de no entrar en la regla, que era el piadoso intento de mi maestro.

Dios me llamaba á mí por diferente camino, y así mi primera hazaña fué convertir en pájaras y otras trasformaciones las hojas de una Biblia que habia costado diez años de trabajo á un copista, y que hallé en la celda del buen abad.

Costóme esta diversion tanto azote, que tomé odio á los libros, y de aplicado que podria haber sido llegué á aborrecerlos con tanto ahinco, que determiné no volver á abrir ninguno más en mi vida, mas que me fuese en ello toda mi fortuna y mi bienestar.

Tenia ya doce años, y era lo que se llama una alhaja; llevaba regularmente dos palizas al dia, robaba cuanta fruta habia en la huerta, y hacia más daño que

la langosta: bebía el vino de la bodega, y siempre estaba haciendo diabluras ó meditándolas.

Si entraba en la cocina, me entretenía en echar ceniza en las ollas, y me reía de los gritos del cocinero y de los gestos de los buenos padres, echaba sal en las camas para que no pudieran dormir, tocaba las campanas á vuelo cuando estaban, á mi entender, en la mejor parte de su descanso, perseguía cuantos animales había en el convento desde la cuadra hasta el gallinero, y por último, hasta el respetable abad no se halló tampoco exento de mi jurisdicción.

Juntábame yo con otros chicos de mi edad, que si no eran de lo mejor, eran al menos de lo más malo, y como para sus empresas y las mías necesitábamos dinero, y yo siempre he tenido altos pensamientos, pagaba por todos y buscaba para todos lo necesario.

El bolsillo del abad me parecía á mí inagotable, y así por esto como por las razones ya dichas, le hacía yo frecuentes sangrías, hasta que le forcé á guardarlo y le puse sospechoso de todo el mundo.

Viéndome ya sin tesoro, pasé de caballero á mercader, quiero decir, que vendía lo que topaba en su celda, amen de lo que podía extraer de la dispensa cuando el dispensero se descuidaba.

Creía yo inocentemente que aquellos buenos padres no se enfadarían conmigo por tal cual friolera que á mí me pareciese bien y me conviniera para mi uso; pero me engañé, porque habiéndome atrapado en una

de estas travesurillas, me llevaron á la celda del padre abad, que me echó un largo discurso sobre los inconvenientes que traía para el cuerpo y el alma el feo vicio del robo, y me hizo sentir en seguida los que traía para el cuerpo mandándome coger por cuatro robustos legos, quienes á pesar de mis gritos, patadas y mordiscos, me molieron á azotes, encerrándome además en un sótano, de donde no salí sino para dejar el convento, aunque esto no fué hasta que encojé las mulas de la labor, y satisficé á mi venganza como mejor pude y me pareció.

—No me disgusta el principio, interrumpió el del hacha, y para tan niño hiciste cuanto se podía esperar de un muchacho bien inclinado. Supongo que no solo te saldrias del convento, sino del pueblo.

—Así fué, continuó Usdrobal: no bien había vuelto las espaldas al claustro, cuando sin saber á dónde iba, eché á correr por los campos, y no paré hasta que fatigado de andar, y no viendo donde recogerme por ser ya entrada la noche, empecé á afligirme, me recosté contra un árbol y me eché á llorar.

Ya estaba yo pesaroso y arrepentido de lo que había hecho, y no sabía si volver al convento y pedir por caridad que me recogiesen, ó qué hacer de mí, sin conocer el mundo, muerto de hambre, solo, y en medio de un monte; pero el temor de ser desollado vivo por mis hazañas, y la imagen de los cuatro legos se me representó tan al vivo, que deseché al momento esta idea como un mal pensamiento, y resolví morir

primero que verme otra vez objeto triste de su injusto resentimiento.

Aunque no habia dormido casi nada la noche antes ocupado en mis venganzas, y habia caminado sin descansar todo el dia, el hambre habia desterrado el sueño de mis ojos de tal manera, que los tenia más abiertos que una liebre, y todo era acordarme de la buena mesa que habia perdido, y de la imposibilidad en que me hallaba de cenar por entonces, y aun de comer en mucho tiempo, á lo que yo no sin pesadumbre me imaginaba.

Estando en estos melancólicos pensamientos, y registrando á un lado y otro por si veia alguna luz que me encaminara, ví venir por la falda del monte dos luces hácia donde yo estaba, y que á pesar del deseo que tenia de hallar alguna que me sirviese de guia, no dejaron de imponerme un poco, de hacer pensar á mi sobresaltada conciencia si seria cosa del otro mundo.

Púseme en pié al instante, y poco despues ví dos hombres cada uno con un hacha encendida y armados de punta en blanco, que acompañaban unas andas, que traian suspendidas otros dos más, marchando con mucha lentitud por no incomodar al caballero herido que venia en ellas; detrás venia otro soldado á caballo con uno del diestro, que era del caballero, segun supe despues, y que iba todo encapazonado de hierro; llegaron adonde yo estaba, y uno de los soldados dijo en viéndome: «Aquí está justamente un chico

que podrá ir á avisar al castillo para que todo esté dispuesto á la llegada de nuestro amo.»

Y habiendo convenido todos en mi utilidad, me dieron las señas del castillo, y me enviaron de mensagero.

Llegué al castillo, y despues de haber desempeñado mi comision, aguardé la venida del dueño de la fortaleza, que aquel dia no sé con qué intencion habia tratado de saltar con su caballo de más alto que lo que es permitido saltar sin hacerse daño, y se habia quebrantado cuantos huesos tenia en su cuerpo.

Todo estaba ya arreglado, y sus gentes en movimiento cuando él llegó; entraron sus soldados, acostáronle en su cama, y nadie se volvió á acordar de mí, ni yo me atreví á preguntar nada á nadie.

Llegó la hora de cenar, sentáronse todos á la redonda, y empezaron á dar del diente con tanta gana que se redoblaron las mías.

Nadie me habia convidado, ni aun me habian echado de ver, lo cual, visto por mí, deliberé sentarme tambien, y empecé á comer con ellos con el mayor desembarazo del mundo.

Miráronme todos y algunos se sonrieron, pero uno de muy mala cara y muy sério, despues de haberme mirado de hito en hito largo rato sin pestañear, preguntó si yo era espía, para en ese caso colgarme de una almena en ménos tiempo que habia tardado en decirlo.

Respondí al momento que no, y casi me quitó las

ganas de cenar la pregunta de aquel buen hombre; pero habiendo explicado el motivo de hallarme en la fortaleza, y viendo algunos allí de los que me habian enviado, atestigüé con ellos, conté mi historia, y quedaron muy complacidos.

Diéronme ocupacion al momento, y me recibieron todos por su criado; procuraba yo servirles en un principio lo mejor que podia, pero como eran tantos y yo uno solo, el servicio iba siempre atrasado; ellos me maltrataban, y yo, que empezaba á disgustarme de servirles de dominguillo, dejé rodar la bola, y propuse hacerme hombre de armas para darles á entender que no sufría más pulgas que las que no me podia echar de encima.

Habian ya pasado dos años y tenia yo diez y siete: no habia cosa buena ni mala que no supiera; manejaba la espada, el arco y el caballo tan diestramente como el mejor veterano, me habian dicho algunas mozas que tenia aire de caballero, y no deseaba más que una ocasion de señalarme.

La primera que se me presentó fué justamente con el que me quiso colgar por espía la primera noche.

No se me habia olvidado su buen deseo, y hacia mucho tiempo que así por esto, como por algunos malos tratos que habia experimentado de él, le andaba buscando quimera.

Un dia se me proporcionó su caballo.

Era uno de los mejores que habia en el castillo, y él lo queria como á las niñas de sus ojos; uno de los

que yo cuidaba riñó con él y le acertó un par de coques tal que le dejó cojo.

El veterano que lo vió, echándome á mí la culpa, tiró de la espada, y se vino á mí decidido á probar el temple en mis costillas.

Tiróme una cuchillada que le paré con un palo que hallé á la mano, y á tiempo que levantaba el brazo para segundarme con otra, levanté el palo y le acerté un garrotazo en la sien tan de lleno, y aplicado con tanta fuerza, que cayó en el suelo cuan largo era.

No me entretuve en ver si estaba muerto ó aturrido del golpe, si no ensillando un caballo monté en él, y fingiéndome portador de aviso de mucha importancia, pasé el puente levadizo, y en llegando al campo dejé al animal la rienda libre y huí por donde quiso llevarme.

Andube dos dias, y al tercero caí en una emboscada de moros, que despues de haberme quitado el caballo y cuanto llevaba, me dieron cien palos y me dejaron por muerto.

Recogióme un pobre pastor que se compadeció de mi juventud, y luego que estuve curado dispuse mi viaje á Cuellar, donde pienso entrar en el cuerpo de aventureros que mantiene el dueño de aquel castillo.

—Amo muy sombrío y melancólico te ibas á echar si no me hubieses hallado aquí, dijo entonces el de las barbas, porque Sancho Saldaña es más oscuro que la más oscura noche de invierno.

—Sí, eso dicen, y...

—Y si fuera eso solo, pero no me toca á mí hablar mal del que me ha proporcionado más de una ocasion de lucirme en mi facultad. Ya le conocerás si sigues conmigo algun tiempo.

—¿Con que teneis relaciones con él? preguntó el mozo.

—Y tantas, replicó el del hacha, que puedo decir no hace cosa alguna sin consultarme, y aun sin valerse de mí en la mayor parte de las que emprende. Pero no preguntes más que has de ver maravillas si te enganchas en mi servicio. Solo te aconsejo si entras en él, que hables poco y hagas mucho, porque entre mis gentes una palabra suele costar la vida, y la accion más reprehensible del mundo no vale la pena de que piensen un momento en ella.

—Pues señor, exclamó Usdrobal, dicho y hecho: aunque no os conozco soy vuestro; no sé qué teneis que pareceis digno de mandar hombres de mi disposicion: manos á la obra, y ya vereis que no os dejaré mal en ningun peligro, que aunque nada habeis dicho presumo que sobrarán.

—Sobrarán, respondió el del hacha, en donde alcanca la estimacion de tus compañeros, y adelantes en tu carrera. Ahora...

V.

Apenas habia dicho esto, cuando dos silbidos que venian del otro lado del rio interrumpieron su conversacion, y el de la barba negra se levantó, y mirando

hácia donde se oian, vió venir á Sagaz, que se habia alejado mientras hablaban, corriendo hácia él y ladrando con la intencion de avisarle.

—Vamos, dijo su amo á Usdrobal, ven conmigo, y no te estrañes de lo que veas, por raro, malo ó bueno que te parezca.

—Vamos, repuso Usdrobal, que ya te he dicho que tuyo soy.

Y así diciendo siguió los pasos de su nuevo amo, vadearon el rio, y de allí á poco se perdieron de vista entre los pinares de la otra orilla.

Capítulo II.

Juzgan ser desconformes los presentes las fuerzas de estos dos por la apariencia, viendo del uno el garbo, y los valientes nervios; edad perfecta y experiencia: y del otro los miembros diferentes, la tierna edad y grata adolescencia, aunque á tal opinion contradecía la muestra de Orompello y osadía.

(Ercilla.)

I.

Poco tiempo habian andado, cuando en medio de una plaza de arena que se formaba en el bosque, vió Usdroball hasta ocho ú diez hombres cuyas estrañas cataduras, diversos trages y armas no le hicieron juzgar muy bien del amo que habia tomado.

Llevaban los más de ellos espadas y ballestas, y su trage era muy semejante al del hombre de la barba negra.

Algunos iban vestidos medio á la morisca con turbantes en vez de gorras de cuero, y usaban puñal y alfanje; pero el que más le estrañó fué uno, cuya única arma era un cuchillo de monte muy largo, y que

apartado de los demás rezaba al son de un rosario de cuentas muy gordas con mucha devocion y recogimiento.

Parecia absorto en sus oraciones, tenia puestos los ojos en tierra, y de cuando en cuando cruzaba las manos, alzaba los ojos y suspiraba de lo amargo.

Cuando ellos llegaron no hizo más movimiento que si no perteneciese á este mundo. Todos los demás saludaron con mucho respeto al de la barba negra, como jefe suyo, y uno que se señalaba por su alta estatura, ojos saltones, y lo cari-redondo y colorado que era, se llegó á él, y llamándole aparte le estuvo hablando en secreto con tanto recato, que á pesar que Usdrobal tenia el oido listo, y trató de coger algo de lo que hablaban, solo pudo entender el nombre del señor de Cuellar entre el sordo murmullo de sus palabras.

Parecióle con todo que su amo oia con gusto lo que le decia aquel truan, y que iba poco á poco mostrando los dientes como en señal de contento, aunque no se le ocultó que habia algo de siniestro en sus ojos y en su sonrisa.

Concluido este coloquio volvió el de la barba negra, y tomando á Usdrobal de la mano lo presentó á su gente, que no habia hecho más caso de él hasta entonces que si hubiese sido invisible.

—Caballeros, dijo, aquí traigo este mocito, que aunque como muestra es de poca edad, tiene el corazon bien puesto, y es hombre que nos conviene; desde

hoy tendrá su parte en nuestras empresas, nuestro botín y ganancias. Zacarías, á tí encomiendo este niño, edúcale y cuida de él; no le falta disposición, y creo que has de sacar un excelente discípulo. Ya sabes lo que te he dicho, prosiguió dirigiéndose á Usdrobal; muchas manos y poca lengua; buen maestro tienes, procura tú imitarle, y desde ahora puedes contarte por alistado á las órdenes del Velludo.

—Todo se hará como vos mandais, respondió el maestro con un tono de voz tan débil y afeminado, que se le podría haber tomado por mujer á no ir vestido de hombre; pondré á este jóven en el camino de la virtud, y le enseñaré la moral necesaria para que se lave de las gotas de sangre que manchen sus manos por casualidad; y sin alzar los ojos siguió en sus meditaciones.

—Lo primero que hay que hacer es armarle, y que se quite esos trapos, dijo el Velludo, porque claro está que el soldado se ha de vestir de la hacienda de su señor; que uno de vosotros se llegue á nuestro almacén y traiga con qué vestirlo.

II.

No habia acabado de decirlo, cuando uno de los moriscos echó á correr con tanta ligereza que no le alcanzara el viento, y de allí á poco volvió cargado con todo lo necesario.

—Toma, cristiano, le dijo entregándole un sayo de

cuero, una gorra de lo mismo, el resto del vestuario y las armas correspondientes, toma, y quítate ese espantajo de la cabeza (aludiendo al sombrero de rama), que pareces un asno cargado de leña verde.

—Gracias, repuso Usdrobal, y por los muchos que habrás desnudado, sin duda alguna, en tu vida, ayúdame á vestir ahora, y cuéntame entre tanto si la ocupación que traeis en este desierto es más santa que lo que á mí se me ha figurado.

—Yo no hago más que lo que me mandan, repuso el mozo con aspereza, y en cuanto á si es bueno ó malo no me entrometo, cuanto más que ahí está el señor Zacarías, que sabe leer y reza en latín, y dice que en el mundo hay de comer para todos, y que el que no tiene es menester que busque, y yo juro por Mahoma que lo que él dice me parece bien.

—Lo que yo digo, dijo entonces Zacarías, que entreoyó la conversacion, en su tono melífluo y afeminado, es que tú eres un pagano, que aplicas mis máximas como mejor te conviene, *tuo more*. La moral, hijo mio, prosiguió con Usdrobal, es la ciencia que yo predico, y puedo tener la vanidad de decirte que gracias á mí, ha hecho grandes progresos entre estas gentes.

—No creo, dijo entonces Usdrobal, que aquí haya venido tanta gente honrada á aprender únicamente eso que llamais moral, y si no creyera que otras ocupaciones más nobles os sirven de entretenimiento, no me quedaría aquí más tiempo que tarda en cantar un pollo.

—Dos años hace que estoy en la compañía, dijo el morisco, y desde que oí al Sr. Zacarías le he dejado el encargo de esas cosas que nos predica, y si he pensado media hora en ellas, Alá permita que no vea yo ponerse el sol esta tarde.

—Fariseo excomulgado, exclamó el moralista sin mudar de tono, ¿cómo te atreves á hablar así? ¿Quién te ha enseñado á ensangrentar tus armas, *lababo manus*, como Pilatos? ¿Quién te ha adiestrado en meter la mano en el bolsillo ajeno sin que faltes á la caridad? Y per último, ¿quién ha hecho más célebre en estos contornos la partida de nuestro insigne, formidable y respetabilísimo capitán el Velludo, sino éste humilde gusano que ves aquí? *humilissimus vel miserabile*.

—Toma, dijo el moro. ¿Y quién lo niega? ¿Digo yo lo contrario? Yo lo que digo es que no entiendo esas jeringonzas, y que sin saberlas sé manejar mis armas como el primero. Lo que quisiera era que se armase una tramoya donde se viera á las claras quién era Amete el izquierdo, aunque ya se ha visto más de una vez que yo no soy nuevo como este mozo recién venido.

—Pero vamos claros, preguntó Usdrobal, ¿es esta una partida de ladrones, ó qué clase de gente somos?

III.

Aun no había acabado de preguntarlo, cuando un puñetazo en el cogote de buena marca que lo dejó medio atontado, y le hizo zumbir los oídos por media

hora, le dió á conocer la insolencia de su pregunta, y el peso enorme de la mano descomunal del gigante de los ojos saltones que había estado hablando con el Velludo.

No le pareció á Usdrobal muy bien el aviso, y echando mano á su puñal como pudo, en medio de su aturdimiento, tiró un golpe con él á su advertidor con tanta fuerza, que á haber ido con mejor tino no le hubieran vuelto á dar ganas de avisar á nadie tan bruscamente.

Pero Zacarías le tuvo el brazo en lo mejor de su furia, y poniéndose entre los dos estorbó al mismo tiempo al gigante que le embistiese.

—¡Paz, hijos míos! La cólera nos arrastra á cometer acciones de que luego nos arrepentimos, y el hombre es una bestia feroz cuando se deja arrebatar de su ira: *indomita silvarum fera*, como dice no me acuerdo quién. A sangre fría se debe herir á su enemigo, y tomar venganza de las injurias.

—Mosen Zacarías, dijo el de los ojos saltones medio en provenzal, medio en castellano, voto á Deu que si este mozo llamar lladre á nos, que le haga yo se arrepienta.

—¡Cómo! ¿Qué es esto? gritó el capitán á Usdrobal. ¿No hace una hora que estás con nosotros y ya has armado quimera?

—No es quimera, replicó el catalán, es que yo enseñe á hablar á este home.

—Por cierto, Usdrobal, dijo el Velludo, que te creí

de más penetración y más mundo; ya te he dicho que la lengua casi está demás entre nosotros, y que mires bien lo que hablas.

—No tengais cuidado, repuso Usdrobal, que ya veo por mí mismo cuán á la letra toman aquí ese consejo de callar y hacer, y esto me servirá á mí para en adelante; pero juro... añadió lleno de cólera y entre dientes.

—No jures, interrumpió con tono suave el hipócrita Zacarías. *Utrum juramentum*, y no me acuerdo qué más: puedes tomar la venganza que sea justa, puesto que es justa la defensa propia, *justum et tenacem*, sin que cargues tu conciencia con juramentos, que es lo principal, la conciencia, hijo mio.

—No sé, dijo entonces un viejo que tenía toda la cara llena de cicatrices, para qué trae aquí el capitán chiquillos.

—Los traerá, dijo otro con un ojo remellado y el otro bizco, para que nos sirvan de diversion.

—A su edad, replicó el morisco, ya había yo hecho más de una hazaña, pero éste apostaría á que no tiene fuerza para cortar el dedo meñique á un hombre de solo una cuchillada.

—Usdrobal, exclamó el capitán sonriéndose, ¿qué diablos tienes que no vuelves por tu honra? Parece que estás aturdido aun con el aviso de nuestro teniente.

IV.

Lo que decía el Velludo en parte era cierto.

Usdrobal, aunque determinado y animoso, naturalmente probaba en aquel momento la sorpresa que causa generalmente á un muchacho de poca edad la reunión de mucha gente desconocida, y cuyos usos, lenguaje y vestidos no dejan de extrañarle, puesto que la principal causa de su silencio más provenía del mal humor que había engendrado en él la improvisa bofetada del catalán, y el ansia de vengarse que le punzaba.

—Estoy reconociendo el terreno, contestó no obstante con mucha calma.

—Mejor te han reconocido á tí el cogote, replicó el morisco, que todavía te está echando humo del bofetón.

—Como fué á puño cerrado no le duele, añadió con mofa el de los ojos bizcos.

—No creo que me hayais traído aquí, dijo Usdrobal al Velludo mostrando un sosiego que desmentía el color encendido de sus mejillas, para servir de juguete á vuestros soldados, ó lo que sean, y juro que si tal supiera...

—Amigo mio, le respondió el capitán, yo no te he tomado para nada de eso, pero si te pican moscas á tí te toca sacudírtelas, que no á mí.

—Sí, hijo mio, añadió Zacarías con su voz melosa

acercándose al corro que ya se habia formado alrededor de Usdrobal, aquí cada uno tiene que mirar por sí, y de otro modo no hay santo que le socorra: *nulla est redemptio*.

—Al contrario, dijo el bizco alargando la cara socarronamente y aparentando compadecerse de él, aquí está mejor que en casa de su padre, y tiene una porcion de amigos que le servirán á su voluntad. ¿Os ha hecho mucho daño? Continuó llegando á él.

—No os acerqueis á mí, repuso Usdrobal, porque aunque os parezca manso...

—Pero hombre, yo, replicó el bizco, no vengo con mala intencion, al revés; la mia es buena; os veo solo y os he tomado cariño desde que os ví. ¿No es verdad que da lástima de él? Preguntó volviendo la cara á los otros á tiempo que hizo un gesto al morisco para que se pusiese á cuatro piés detrás de Usdrobal sin que éste se apercibiese. A mí no me gustan juegos, continuó, y viendo que ya su compañero estaba en la disposicion que le habia indicado, se hizo él mismo empujar de otro, y cayendo sobre Usdrobal le dió un pechugon tan fuerte que yendo éste á echarse hácia trás tropezó sobre el morisco y cayó de espaldas.

Las carcajadas y la grito que se movió á su caída en toda aquella desalmada gente aturdieron un momento al pobre mozo, que no pudiendo contener más tiempo su ira, y levantándose como un rayo, tiró de su alfange y se arrojó sobre ellos, sin considerar su número, ni pensar en otra cosa que en su venganza.

—¡A él! ¡á él! gritaron todos. ¡A él, que se ha vuelto loco! vamos á atarle á un pino: ¡se ha vuelto loco!

Y diciendo y haciendo, cayó sobre él una nube de foragidos, y á pesar de su valor y la cólera que le hervia, se vió al momento cercado de todos ellos, y asido tan fuertemente que no podia menearse.

V. b. la teta al mío. V. b. la teta al mío. V. b. la teta al mío.

Pintar la rabia que se apoderó entonces del animoso mancebo seria imposible; baste decir que la palabra se le cortó entre los dientes, y que arrojaba espuma y volteaba los ojos como si de veras estuviese demente, y sin duda le habria ahogado su furia si el capitán no le hubiese hecho soltar diciendo:

—Aquí no permito yo que se riña sino uno á uno, y juro por la Virgen de Covadonga que no hay uno de vosotros que solo á solo haga perder un palmo de tierra á este mozo, á pesar de su poca edad.

Los bandidos, pues tal era su oficio, creyeron en un principio que el Velludo se chanceaba; pero habiendo conocido en sus ojos que no hablaba en broma, se separaron dejando á Usdrobal, á quien él prosiguió diciendo:

—Si quieres satisfacerte del agravio que has recibido, yo te apadrino, y elige el que quieras para pelear.

—Eso es hablar, dijo Usdrobal ya más sereno, y

por de pronto quiero medir la cara de un tajo á ese grandullón que avisa á bofetadas, y despues uno tras otro podrá venir el que quiera.

—¡Bravo! gritaron los bandoleros, para quienes no habia en el mundo espectáculo más divertido que ver dos hombres hacerse pedazos; y al punto se presentó el catalan esgrimiendo una espada, que en lo larga y pesada podria haberse creido la del Cid que se guarda en la catedral de Búrgos.

—Hijo mio, dijo Zacarías á Usdrobal, no te dejes arrebatar de la ira.

—Sí, si tins algo que dexá al mundo, podes encargarlo á ese home, gritó mofándose el catalan, ya podes encomendarte á Deus.

—Y tú al diablo que te lleve, le respondió Usdrobal echando mano á su alfange, que ahora puede que te envíe yo á hacerle compañía á los infiernos.

—Buen ánimo, Usdrobal, y no me dejes mal, le gritó el capitan viéndole que se iba para su contrario.

—¡Espera! ¡Espera! gritaron todos; y formando un corro bastante ancho para que los peleantes pudiesen moverse acá y allá, ya retirándose ó avanzando, fijaron sus ojos en ellos, muy persuadidos de que á las primeras de cambio iria el atrevido mozo á contar al otro mundo el resultado de su combate.

El catalan estaba parado en medio muy ufano con su espadon, riéndose de la poca estatura de Usdrobal, que apenas le llegaba al hombro, y mirándole con

tanto desprecio como el gigante Filisteo cuando vió venir á David.

Usdrobal le miró de arriba á bajo con mucha calma, y el capitan, dando dos palmadas, dió la señal de la acometida.

El primero que embistió fué el catalan, que levantando el brazo en alto tiró una cuchillada tan vigorosa, que á haber cogido á Usdrobal le hubiera hendido de medio á medio.

Pero éste con la ligereza de un corzo saltó hácia atrás, y hurtando el cuerpo dejó al aire que recibiese en su lugar el golpe, y acometiéndole con la misma presteza en el mismo instante se llegó á él tan cerca y descargó su golpe con tanto tino, que le rajó el sayo de cuero de arriba á bajo, arañándole de paso el pecho con el alfange.

Este movimienio tan rápido y tan acertado volvió la esperanza en el ánimo del Velludo, y cambió la idea que todos habian formado del resultado de la pelea, quedando ahora suspensos, y sin saber por quién se decidiria.

El catalan que vió tan cerca de sí y tan pronto á su impetuoso enemigo, no pudo menos de sorprenderse, y mucho más considerando que como se habia metido casi debajo de él no le dejaba espacio para herirle con la espada ni tiempo de retirarse, esponiéndose en este caso á recibir la punta del alfange en su corazon.

En tal aprieto no tuvo más recurso que abrazarse

con él, lucha muy desigual para Usdrobal á no haberle éste cogido por la cintura, lo que al cabo le daba alguna ventaja.

Entonces fué cuando todos creyeron que la inmensa mole del catalan sin duda le abrumaria, especialmente el capitan, que á pesar del poco tiempo que le conocia se le aficionaba cada vez más por su intrepidez.

—¡Firme, muchacho! gritaban unos. —¡Agárrate bien! decian otros: mientras que Usdrobal, más enlazado al cuerpo de su contrario que las serpientes de Laocoonte, volteaba acá y allá con los pies en el aire á cada sacudida del catalan.

La más viva alegría brillaba en los rostros de los concurrentes, viendo alargarse la diversion, y así unos azuzaban, otros aconsejaban, todos sin saberlo ellos mismos, echándose hácia adelante y estrechando el círculo á pesar del Velludo, que los contenia; por último, el catalan y su enemigo, que se habia cogido á él como un gato acosado se agarra y sostiene de una pared, cansado el uno de forcejear para derribarle y el otro para sostenerse, soltáronse ambos el brazo derecho con intencion de echar mano á los puñales que tenian al cinto y concluir de una vez.

Pero Usdrobal, más listo, habiendo conocido el intento de su contrario y asiéndose bien con la mano izquierda, sacó del cinto de éste su propio puñal dejándole desarmado, y á tiempo que el catalan pugnando por impedirselo les descinó ambos brazos, el

determinado mozo desembarázandose de sus garras dió un salto atrás y otro adelante en el mismo punto con tanto brio, llevando el puñal en alto, que le atravesó de parte á parte y le hizo venir al suelo al empuje de su arremetida.

—¡Viva! ¡bravo! ¡bien!

Y cien palmadas resonaron en medio de estas aclamaciones, victoreándole á porfia los mismos que poco antes le habian despreciado, y sobre todos el capitan, que yendo á él le abrazó diciendo:—¡Viva! Usdrobal, me has dejado con lucimiento.

—Preguntad, respondió éste, si hay alguno más que quiera reemplazar á ese pobre bestia; y recogió del suelo con mucho sosiego su alfange.

—No, amigo mio, replicó el Velludo, no creo que quieras quitarme el mando quitándome mis vasallos. Vamos, Urgel, continuó volviéndose al derribado catalan, ¿qué tal las manos del mocito? ¿sabe lo que se hace? ¿eh? ¿en dónde te arañó?

—Voto va Deu el noy, que creo que me ha dejado manco, repuso Urgel á tiempo que se levantaba sonriéndose, sin muestras de resentimiento.

VI.

Miráronle la herida, que no le dejaba mover el brazo, y aplicándole un poco de aguardiente que traia el bizco en un zaque de cuerno, le apretaron una venda lo mejor que pudieron, riéndose todos y festejando el

lance, como si hubiese sido el más gracioso sainete.

—Voto va Deu, decia el bizco, te descuidastes: no creo nunca haber reído más sino el día aquel, hace seis meses, que estábamos bebiendo vino, y te cortó Zacarías por entretenimiento las pantorrillas con su cuchillo.

—Estaba éste, dijo el morisco riéndose, borracho como una uva, y el otro más, y éste le decia, corta, corta, y el otro dijo corto, y le hizo dos ó tres sajaduras que ni pintadas.

—Pues hoy, voto á Deu, no dije yo corta, más volia cortar, y non pas pude, pero non pas hablemos de eso, continuó el provenzal dirigiéndose á Usdrobal, y aí tins la mano izquierda que esta non podo dártela, y quedamos amigos.

—Sí, tómala, y pelillos á la mar, respondió Usdrobal alargándole su derecha; todo está olvidado.

—Hijo mio, dijo Zacarías, que habia vuelto á tomar su rosario, buen ojo tienes y buena mano: si arreglas tu conciencia y aprendes bien el oficio, te corregirás del defecto que tienes de ser algo violento en tu cólera, y demasiado pacífico á sangre fría.

Dicho esto se retiró á un lado y volvió á sus acostumbradas meditaciones. En esto estaba ya Usdrobal muy querido y considerado de sus compañeros, merced á su buena suerte y animosa disposicion, cuando un hombre, que por su trage no parecía pertenecer á la compañía, llegó á ellos con mucho misterio mirando á un lado y á otro como receloso de que le siguie-

ran; llamó al Velludo, y se apartó con él á un lado secretamente.

—¿Qué hay de nuevo? le preguntó el capitán; ¿sale mañana el conejo de su madriguera, ó no sale?

—Sale, le respondió el otro, y lo que hay que hacer es tener buenos perros para que no se escape.

—Eso va de mi cuenta, respondió el capitán; tu amo el señor de Cuellar y yo hemos tratado lo que hay que hacer, y sería yo el perro más perro del mundo sino se le entregase como desea. La cosa está en que ella se asome siquiera á la puerta de su castillo.

—Pues mañana se te cumple el gusto, repuso el recién llegado, y cuando yo te lo afirmo no lo dudes. No han salido antes á caza por la muerte de aquel petate viejo de su padre, pero ahora lo que sé decirte es que para mañana me han mandado que prepare los halcones, y doña Leonor, si cabe, es más aficionada á la caza todavía que su hermano.

—Pues dicho y hecho, dile al señor de Cuellar que mañana en todo el día cuente con ella: ¿y á qué lado van, sabes?

—Correrán regularmente todo el pinar de Iscar, replicó el halconero.

—No hay más que hablar, está bien, contestó el Velludo.

—Pero cuidado, ya sabeis que ella debe ignorar que todo esto se hace de orden del señor de Cuellar. ¡Pobrecilla! casi me daba lástima esta tarde cuando la ví, pensando en quién se la va á llevar.

—En efecto, respondió el capitán, si se la llevase el diablo sería mejor para ella, que no ir á poder de tu amo; y creo que es linda como un sol.

—Es la mejor moza, dijo el halconero, que he visto en mi vida: no hay un halcón más listo ni más gallardo.

—Pues señor, eso no nos toca á nosotros considerarlo, contestó el capitán; si se fuese á pensar en lástimas, se tendría que estar un hombre toda su vida sin matar un pájaro. Dile á tu amo que está corriendo. ¿Quiéres echar un trago?

—Vaya, venga una gota de vino y me voy, no sea que ese maldito viejo de Nuño, que desconfía de todos, sospeche de mí no viéndome en el castillo.

El capitán entretanto mandó á su perro que tragese la bota que llevaba uno de los ladrones, y habiendo vuelto con ella la alargó al halconero, que la besó un rato muy cariñosamente. Luego que hubo bebido se despidió y alejó con el mismo recato que había venido, y el Velludo volvió adonde estaba su comitiva.

VII.

Como ya se había puesto el sol, determinaron de retirarse á su habitación, y emprendieron alegremente su marcha.

Llevaban á Usdrobal en medio agasájandole á su manera y tratándole como si hiciese un siglo que anduvieran juntos, y cada cual le refirió sus proezas

durante las dos horas largas que tardaron en llegar á las márgenes del Pilon, donde había una cueva en la misma orilla, de entrada muy estrecha y disimulada.

No pudo menos Usdrobal de horrorizarse de algunos hechos que le contaron, pero no había otro remedio, y hubiera sido mirado como una flaqueza manifestar el menor disgusto.

Disimuló lo mejor que pudo, entró en la cueva, bajó una cuesta muy pendiente, guiado por el Velludo, y en un espacioso salón subterráneo, donde había algunas camas de yerba seca, durmió aquella noche con sus nuevos cofrades los bandoleros.

Capítulo III.

Hermosa cazadora

Con el cabello de oro suelto al viento
de rosas y de flores coronado
geres Napea de este valle estrecho
que alcanza con ligero movimiento
al javalí sediento
y del ciervo la planta voladora?

(Herrera.)

Rondaba en torno de él un cuerpo muerto,
negra fantasma ó sombra descarnada

.....
..... y con amiga
caricia le adestró con ir delante
pidiéndole por señas que le siga.

(Balbuena.)

I.

Apenas el sol brillaba en el horizonte, cuando un confuso estruendo de bocinas, ruido de gente y estrépito de caballos resonaron á la redonda por el pinar, y anunciaron la grito y algazara que precede á una cacería.

—Arriba, muchachos, gritó el Velludo á su gente, que ya despierta estaba dando fin á un lechon de que habia cenado la noche antes, y vaciando algunas botas de vino, sentada á la redonda á la entrada de su habitacion.

—Hoy tenemos que hacer, prosiguió; y aunque la empresa no creo que sea arriesgada, pido no obstante que estemos alerta, no se nos escape la liebre.

Concluyeron su almuerzo, y todos se pusieron en movimiento muy alborozados con las noticias de su capitán, que dirigiéndose á Zacarías le llamó para que reemplazase en su empleo al catalán, que aquel día, á causa de su herida, tenia que quedarse de guardia.

Zacarías llegó al Velludo con el rostro muy compungido y los ojos cubiertos de lágrimas, lo que habiendo notado éste le preguntó qué le habia sucedido que así lloraba.

—He tenido un sueño esta noche, le contestó suspirando con voz muy tenue, que me tiene estremadamente afligido. ¡Ah!

—Pues entonces, respondió el capitán sonriéndose, no me lo cuentes, y oye las órdenes que voy á darte, y dejémonos de maulerías.

—Es que en medio de mi sueño, replicó Zacarías debilitando más el tono de voz y sollozando, he sentido que me llamaban: ¡hí! ¡hí!

—Vive Dios, exclamó el Velludo que si venís á llorar ahora, que os haga yo que lloreis de veras.

—*Placida, cupit exultit unda.* ¡Hí! ¡hí! ¡hí! Mostradme la cara placida, respondió Zacarías.

—¡Por la Virgen de Covadonga, repuso enfadado el Velludo, pensad que no soy un ama de cria, y que teneis ya cerca de cincuenta años.

—Si os enojais conmigo me callaré, replicó el hi-

pócrita gimoteador: yo solo queria deciros... ¡hí! ¡hí! Si no hubieran sido la destreza y habilidades de Zacarías tan útiles á Velludo, sin duda éste no habria aguantado su impertinencia, ni oídole llorar apenas, cuando le hubiese enjugado los ojos con el mango, sino con el filo de su hacha, de modo que no hubiera vuelto á tener necesidad otra vez de nadie que le consolara; pero la conocida sutileza del viejo hipócrita para ciertos planes, y su mucha destreza para ponerlos en práctica, le hacian tan necesario á su capitan, que viendo que persistia en llorar, tuvo á bien callarse y oírle, aunque no sin juntar las cejas de cuando en cuando, mover la cabeza, mostrar su impaciencia, interrumpiéndole con un ¡hem! ú otra expresion de enfado más de una vez.

—Tengo que oiros por fuerza, dijo el Velludo; decid lo que querais, y breve.

—No gastaré mucho tiempo, repuso el dolorido moralista, porque el diablo suele aprovecharse de aquel que pasamos ociosamente.

—¡Hem! decid, interrumpió el capitan.

—Voy á ello... esta noche... *temor in anima*, y no sé más... *Quare conturbas me?* ¡Hí! ¡hí!

—¡Hem! volvió á exclamar el Velludo dando una patada en el suelo violentamente.

—Vino, como digo, continuó Zacarías. ¡Ah! Si estuviera aquí el ermitaño que me enseñó latin, ¡cuán oportunamente encajaria aquí sus textos... ¡pero yo miserable gusano! *Miserabilis!*

—Adelante, gritó el capitan.

—¡Ah! Si, no os irriteis. La ira... aquí venia bien un texto; pero no me acuerdo, seguiré: vino la voz, y dijo: ¡Zacarías! ¡Zacarías! Y creí yo que me llamábais vos, que habiais tenido alguna vision...

—¡Diablo! gritó el capitan. ¡Qué vision! Sigue. ¡Voto vá!...

—¡Señor ¡señor! No os enojeis con vuestro humilde siervo. ¡Hí! ¡hí! Paso adelante, prosiguió Zacarías. Pues es el caso que siguió la voz diciendo: el infierno se abre ya para devorarte, y no te basta para evitarlo el viaje que hiciste á Tierra Santa de peregrino, ni haber sido sacristan, ni vivir ahora en el Yermo, nada, sino predicas á tus compañeros y logras de ellos que no echen maldiciones, ni blasfemen, ni juren como acostumbra... Está bien, ¡yo lo predicaré! ¡yo lo predicaré! dije, y no oí más: ¡hí! ¡hí! ¡hí!

—¿Has acabado? preguntó el capitan.

—Sí señor, vuestro siervo no oyó más: pero es preciso que vos seais el primero que os corrijaís del vicio de jurar á cada momento.

—Pues dame por corregido y óyeme.

—¿Me lo prometeis?

—Te lo juro, y óyeme, que antes es la obligacion que la devocion.

—A un mismo tiempo, señor, á un mismo tiempo, replicó Zacarías enjugándose los ojos con los dedos.

—Está bien, contestó el Velludo; tratemos ahora de lo que hay que hacer, y no canses. En primer lu-

gar, hoy desempeñarás las funciones de teniente en vez del catalan, y dispondrás de la mitad de la tropa, dividiéndola en varias emboscadas por todo el pinar acá y allá, segun mejor te parezca. En segundo lugar, ¿no oyes? ¿Qué diablos estás ahí murmurando?

—Si oigo, replicó Zacarías con su acostumbrada mansedumbre; pero estoy al mismo tiempo repasando un texto.

—Pues como digo, seguirás sin perder de vista una jóven... esto es si va por donde tú estés; ya la conoces, la del castillo de Iscar.

—¡Ah! sí, la que no quiere dar al César lo que es del César, contestó Zacarías; es decir, la que se niega á un hombre tan santo como el señor de Cuellar.

—La misma, pero no hay que mentar delante de ella semejante nombre ni aun por asomo, respondió el Velludo.

—Entiendo, replicó el gazmoño, entiendo lo que se quiere.

—Para esta noche ha de estar ya en mi poder, cueste lo que costare, aunque el de Cuellar me ha encargado que no se haga nada á la fuerza, y procedamos con astucia en todo.

—Se hará, respondió Zacarías, como deseais.

—Sin hacerla daño alguno, replicó el Velludo, ni tocarla al pelo de la ropa, aunque de esto yo cuidaré, porque ninguno de vosotros es de fiar: y cuidado, que el que tenga la suerte de apoderarse de ella la haga el menor mal, porque de un hachazo haré yo que le

bailen los sesos. Ahora llévate la gente que necesites, y ve arreglando la emboscada por la parte de la derecha al otro lado del convento, que yo me voy por la izquierda. Si pudiera ser, seria mejor evitar un encuentro con los cazadores y retirarnos á la cueva al momento que se haga el robo.

—Se hará como deseais, respondió Zacarías con mucha humildad, y vuestro siervo os obedecerá; *servum erat... erat...* ¡maldita memoria la mia! Me alegro de hacer este servicio al señor de Cuellar, que tiene trazas de ser un bendito.

II.

Dicho esto contó su gente, llevándose seis hombres consigo, y entre ellos á Usdrobal, predicándoles por el camino que no jurasen, sino al contrario, imitasen su devocion, no dejándose tentar del demonio, etc.; y el Velludo, seguido de su mastin, echó á andar con otros tantos hácia la parte opuesta del bosque.

En este tiempo los cazadores habian soltado los halcones, que ya remontándose hasta las nubes, ya deteniendo el vuelo, ya desprendiéndose por los aires, habian levantado una garza que perseguian.

El tropel de los caballos lanzados á la carrera resonó al punto por todo el bosque, y Leonor de Iscar, que acompañaba efectivamente á su hermano, como el halconero avisó al Velludo, no habia sido la última

que á rienda suelta seguia el vuelo del pájaro cazador, muy agena de la celeda que la preparaban.

El estrépito que traían dió á conocer al Velludo el camino que debia seguir sin ser visto, aunque más de una vez oculto entre las ramas vió pasar la divertida tropa no lejos de donde estaba; y la rubia cabellera de Leonor que ondeaba suelta en elegantes rizos sobre su espalda brilló como un rayo de sol entre los árboles á los ojos del bandolero.

Seguida de su hermano y algunos otros, aguijaba un generoso caballo tordo con tanta bizarría y atrevimiento como el cazador más experimentado, y á su agilidad y á la presteza de su carrera se la habria podido tomar por una sílfide, volando en alas del viento, llena de belleza y de gallardía.

Cualquier mal paso que se ofrecia á su camino, cualquiera zanja, era ella la primera que la saltaba, á pesar de los gritos de su hermano, que trataba de contenerla, y con admiracion de todos los que la veian, y su halcon, que habia sido el primero lanzado sobre la garza, parecia querer imitar á su señora en el empeño con que la acosaba, de lo que iba ella no poco vanagloriosa.

Ya se cernia sobre su presa con airosa confianza, ó ya calando de lo alto se arrojaba con velocidad, mientras la garza dando temerosos graznidos buscaba en vano donde acogerse de su enemigo.

Por último, Leonor vió á su halcon caer sobre ella, y venir ambos pájaros al suelo revoloteando.

Era entonces el momento de gloria para los cazadores, que miraban como un triunfo la dicha del que llegaba primero á arrebatarse al halcon su presa.

Todos en aquel momento espolearon á sus trotones con más ahinco que nunca, impeliéndolos con la velocidad del rayo, y cortando por diferentes caminos, para llegar antes al sitio donde el halcon y su presa se habian derribado luchando.

III.

Leonor fué la primera que lo vió, y la que primero arrojó su buen tordo por el sendero que se le presentó delante.

Ya unos á otros se atropellaban, trabajando este por ganar y aventajar al que tenia á su lado, aquel por interponer su caballo y detener al que le seguia y trataba de adelantársele, y Leonor sola delante de todos volaba sin reparar en zanjas ni precipicios.

De repente el caballo de su hermano se precipita y llega á juntarse al suyo, y un hoyo hondísimo y de bastante anchura parece oponerse á su velocidad.

Era preciso torcer á un lado, ó de lo contrario despenarse en aquella sima, que no habria podido saltar el troton de más ligereza.

Ya iba Leonor á tomar la vuelta, cuando volviendo la cabeza para ver á qué distancia llevabá á los que la seguian, ve al caballo de su hermano furioso de la carrera desbocarse y precipitarse, y sin que bastasen

á contenerle el freno ni la destreza de su ginete, abalanzarse desesperadamente hácia el precipicio.

No era tiempo de pararse á reflexionar.

Leonor lanza un grito, da vuelta de pronto á su palafren, y como un viento se pone entre su hermano y el despeñadero, coge la rienda al desenfrenado animal, y tirándole fuertemente de un lado, corta el ímpetu de su carrera y salva la vida de su hermano, dejándole más que nunca sorprendido de su agilidad.

Este suceso fué causa de un momento de detención: no obstante, Leonor se arrojó la primera á quitar al halcón la desdichada garza, apeándose de su caballo, y cuando los demás llegaron ya, el pájaro vencedor pulía las plumas de su pecho airosamente posado en la mano de la intrépida cazadora. Alzaron todos mil aplausos á su victoria, y Hernando (que así se llamaba su hermano) no pudo menos de abrazarla cariñosamente, jurando que la debía la vida.

—¿Y qué hubiera sido de mí en el mundo si te hubiese perdido? respondió Leonor con una dulce sonrisa: al único apoyo que me ha dejado mi padre; pero tú dices eso solo por galantería.

—No á fé de caballero, replicó Hernando: tan cierto es eso, como que nadie puede disputarte el triunfo en la caza, no solo entre las damas, sino entre los más ágiles caballeros.

—¿Te burlas, Hernando? respondió Leonor: te he visto más de una vez sujetar tu caballo á tiempo que me alcanzabas; pero dejémonos de cumplimientos, y

vamos á ver qué tal nos dan de comer estos buenos monjes que nos aguardan.

Diciendo así, con aquella gracia que presta la hermosura de una mujer ó cuanto dice, saltó sobre su caballo con mucho donaire y delicada soltura, y habiéndola imitado Hernando se encaminaron todos hácia el convento, que á lo lejos entre los árboles se descubría.

IV.

Este edificio aislado, de que hoy día quedan algunas ruinas, estaba situado yendo de Iscar á Cuellar á la derecha de los pinares sobre las márgenes del Piron: su arquitectura gótica, sus puntiagudas torres y su fachada lóbrega y espaciosa correspondían al gusto del siglo en que se construyó, y solo en aquel desierto, era un asilo muy á propósito para los que desearan retirarse á la soledad.

Un extenso cercado que servía de huerta daba entrada á un cementerio, donde estaban enterrados los primeros poseedores del castillo de Iscar, y en que se contaban hasta veinte lápidas escritas con los nombres y hazañas de los ilustres abuelos de los dos hermanos.

En otro tiempo había habido en aquel sitio una ermita dedicada á un santo célebre por sus milagros, pero la devoción y las limosnas de los señores de Iscar la convirtieron por último en un convento, engrande-

ciéndola con sus dádivas, y desde entonces todos los propietarios del castillo habian tomado á los monjes bajo su proteccion, habiendo hecho allí grabar las armas de su nobleza y establecido su panteon.

A pesar de las vicisitudes de los tiempos, la fé y devocion de los habitantes de Iscar no habia perdido nada de su primer ardor, y así Hernando como su hermana acostumbraban de tiempo en tiempo á ofrecer á Dios en aquel templo sus oraciones, y á visitar los sepulcros de sus antepasados.

El abad, á quien de antemano habian avisado, los aguardaba ya en una habitacion fuera de clausura en el vestíbulo del convento.

Habia hecho disponer allí una abundante comida para los señores, mientras para los criados se preparó el banquete á la sombra de los pinos con la misma abundancia, aunque con ménos preparativos. Todos los pobres de los alrededores habian acudido al gaudium que les esperaba, porque en tales festines tenia todo el mundo entrada libre, el vino iba á cántaros, y el regocijo era general.

Los señores de Iscar cuando llegaron fueron recibidos con mil vivas de los parásitos que aguardaban hartar su hambre á costa ajena aquel dia, y el abad del convento, hombre respetable por sus años y grave aspecto, salió á recibirlos acompañado de otros padres, y en llegando á ellos los saludó inclinando la cabeza ligeramente.

—El Señor sea con vosotros. Ambos hermanos,

apeándose de sus caballos, hincaron rodilla en tierra, y le besaron la mano uno despues de otro con mucho respeto, y el abad levantándolos con majestad, y como acostumbrado á recibir semejantes muestras de consideracion, los llevó á la iglesia para que orasen.

—Ya, hijo mio, que habeis venido hoy á visitar los humildes siervos de Nuestro Señor, dijo el reverendo, os pagaremos con la mejor voluntad la honra que nos haceis, porque en la mesa del pobre no hallará el rico lo que arroja de la suya para sus perros.

—Señor, respondió Hernando, si esta mansion es agradable á Dios, ¿por qué no lo ha de ser para los potentados de la tierra?

—El que se humilla ante Dios será ensalzado.

V.

Entraron luego en la iglesia, arrodilláronse todos, y rezaron sus oraciones.

No obstante el recogimiento de la hermosa hermana de Hernando, no pudo ménos de distraerla y admirarla el éxtasis de un hombre que á poca distancia suya, ya se golpeaba furiosamente el pecho, ya besaba la tierra, ó ya puesto en cruz parecia como enagenado.

Era alto, seco y amojamado, y no era la primer vez que aquel dia se habia presentado á sus ojos figurándosele, y no sin fundamento, que le habia visto ya en

el bosque tan cerca de ella, y siguiéndola á todas partes como si fuese su sombra.

A despecho de la humildad que manifestaba, su apariencia no le era muy favorable, teniendo más trazas de hipócrita consumado que de verdadero religioso, y sin saber por qué, Leonor sintió cierta repugnancia al verle que no pudo ménos de comunicar en voz baja á su hermano. Pero éste, sin reparar casi en él, le contestó que era una simpleza tener miedo de un hombre que seria sin duda algun pobre atraído allí por el olor del banquete como otros muchos.

Con esto Leonor quedó tranquila, ó aparentó quedarlo, y á tiempo que estaban en todo el fervor de su devocion, el supuesto padre vino andando de rodillas hácia ellos como si quisiera llegarse así hasta el altar en un éxtasis tan profundo que sin reparar en Hernando tropezó con él, de lo que éste muy irritado, y sin poder contenerse, indignado de la torpeza de aquel villano, le dió un empellon sin mirarle que le arrojó de sí haciéndole caer en tierra.

Pareció el pobre llevar este golpe con resignacion yéndose á otro lado al instante, sin interrumpir sus rezos al parecer, donde despues que estuvo en oracion algunos minutos se levantó y salió de la iglesia andando de espaldas hácia la puerta.

De allí á un rato, Hernando, su hermana y el abad salieron tambien de la iglesia, y cuando entraron en la sala del comedor, Hernando echó de ménos su rosario de oro que llevaba colgado al lado, y que no pu-

do hallarse por más que se buscó en todas partes.

Sin duda el pobre se lo habia llevado por equivocacion. Pero este suceso, no habiendo alterado en ningun modo la alegría de los convidados, el abad bendijo la mesa, y los dos hermanos se sentaron á la cabecera mientras que algunos otros gentiles-hombres de su comitiva se colocaron á los extremos.

—¿Y qué tal, buen padre, ahora que no interrumpen las armas la paz de vuestro retiro, preguntó Hernando al abad, se ha repuesto el convento de las pérdidas que sufrió en las últimas disensiones?

—Dios prueba al justo en las tribulaciones, respondió el abad; pero ahora que se ha servido dar la paz á sus reinos, gozamos de bastante tranquilidad.

—¿Y vos creéis que esta paz sea duradera?

—Nosotros al menos lo deseamos, replicó el abad.

—Pues yo no, repuso el señor de Iscar, ni lo deseo, ni creo tampoco que el usurpador del trono de su padre goce largo tiempo del poder que con tan poca razon ejerce, y dia llegará...

—Hijo mio, interrumpió el abad; los caminos de Dios son desconocidos al hombre: cuando yo en otro tiempo vestí la cota en vez de la cogulla, no deseaba menos que vos la guerra, pero era contra los infieles enemigos de la religion y no contra mis propios hermanos, como ha sucedido ahora, y como esperais que vuelva á suceder dentro de poco tiempo.

—¿Y vos, que habeis recibido tantos agravios de uno de los primeros favoritos del rey D. Sancho

quiero decir, de Rodrigo Saldaña, que tanto ha perseguido vuestro reposo, cómo no deseais vengaros de vuestros enemigos? exclamó el jóven señor de Iscar con impetuosidad.

—La venganza es un sentimiento profano que no entra nunca en el pecho del humilde siervo de Dios, repuso el abad, y el señor de Cuellar desaparecerá como su impío padre, y sobresaltarán su vida los remordimientos.

—Así es, dijo Leonor, que he oído decir que Sancho Saldaña no tiene una hora de tranquilidad. Hernando y yo le hemos conocido cuando éramos aun niños, y ¿quién había de pensar que aquel Saldaña sería el mismo que hoy hace hablar de su impiedad en todos estos contornos?

VI.

Poco despues de esta conversacion, y habiéndose levantado de la mesa los dos hermanos, salieron al campo, y Leonor repartió entre los pobres que más infelices le parecieron algunas monedas que llevaba para el efecto.

Colmada de bendiciones de los ancianos, y admirada de los jóvenes por su belleza, volvía ya adonde su hermano y el abad disputaban sobre el derecho que tenía á la corona Sancho el Bravo, rey de Castilla en aquella época, cuando notó que una mujer cubierta de pies á cabeza de una almalafa ó capa morisca, cu-

ya capucha le cubría el rostro, la seguía tirándole del vestido como tratando de detenerla.

Ya había vuelto Leonor la cabeza más de una vez á mirarla, y habiéndola tomado por una pobre, le había dicho con dulzura que se retirase y no la molestase más, pues había dado para todos la limosna que le pedía. Pero no por esto la impertinente pobre dejaba de seguirla sin querer separarse de ella, y tirándole del vestido cada vez con más fuerza. Viendo Leonor su tenacidad, creyó sería alguna más infeliz que las otras que no tenía bastante con lo ya dado, y sacando una moneda de oro, alargó la mano para dársela sin pararse. Pero cuál fué su sorpresa viendo que aquella mujer que con tanto empeño la perseguía, y que ella creía una de las más miserables, se negaba á recibir el dinero que habría llenado de regocijo al más descontentadizo mendigo.

—Mujer, le dijo entonces, ¿qué quieres de mí? ¿ni qué otra cosa puedo yo darte?

—Yo no quiero ni necesito nada de tí, le respondió una voz suavisima en tono tan bajo que Leonor tuvo que acercase para oirla bien: al contrario, prosiguió, vengo hacerte un favor; no desoigas la voz del que habla en mí, y sino quieres antes de la noche que se trueque en lágrimas tu alegría, retírate ahora mismo á tu castillo y no vuelvas á los pinares, porque hay quien te cela, y sigue, y te ojea, y antes de tres horas te tendrá en su poder.

VII.

En diciendo esto se retiró y ocultó entre la confusión de la multitud, sin que Leonor, que habia quedado atónita y sorprendida, pudiese seguirla ni aun preguntarla quién era el que así la seguia y trataba de robarla cuando parecia más arriesgado que nunca intentarlo, en un dia en que iba rodeada de un séquito numeroso y pronto á sacrificarse por ella.

En medio de estas reflexiones la buscaba, no obstante, vanamente, preguntando por ella á cuantos hablaba, sin poderla encontrar en ninguna parte, no habiendo visto nadie semejante mujer, lo que aumentando el misterio redoblaba su curiosidad.

El hombre seco y devoto que habia sin duda robado el rosario de oro á su hermano en la misma iglesia, era el único que ella habia visto algunas veces á su entender como si la observara; pero fuera de que un hombre solo no podia acometer semejante empresa, hubiera sido ridículo creer capaz de ella á un viejo villano á quien Hernando de solo un leve empellon habia hecho rodar por tierra. Sin embargo, un secreto presentimiento la molestaba, cuanto más se decia á sí misma:

—¿Qué fin podria llevarse esta mujer en engañarme tan neciamente? Lo mejor será decírselo á mi hermano y dejar para otro dia la prueba de los galgos, que harto tiempo queda para correr una liebre. ¿Y

si se mofa de mí, diciéndome que creo en brujerías? ¿Y si piensa que desdoro mi linage y me reconviene de tener temores indignos de una dama de mi gerarquía? No, no se lo diré; él dispondrá lo que guste, y cúmplase la voluntad de Dios.

Pensando así, y esforzándose á disimular el sobresalto que á su despecho alborotaba su corazon, llegó adonde su hermano, que ya habia concluido su disputa con el abad, examinaba dos galgos nuevos, hablando con un montero mientras se disponia todo para probarlos.

Estaba tan ocupado de su diversion, que no percibió la mudanza del rostro de Leonor, que en vano se animaba interiormente á sí misma y procuraba disfrazar su sobresalto bajo la máscara de la alegría.

—Veremos si esta tarde, le dijo Hernando volviéndose á ella con muestras de mucho contento, te llevas la palma en la caza de liebres, como está mañana en la del halcon.

—Mejor seria, le respondió su hermana con timidez, dejar para otro dia la prueba....

—¡Cómo! repuso su hermano; ¿tú, la reina de la caza, y que aguardabas esta tarde alcanzar nuevos triunfos, quieres retardar ahora la prueba de los dos mejores galgos que han acosado una liebre?

—No.... pero.... replicó Leonor sin saber qué decir, ya ves.... el cielo está muy nublado, y por la parte de Olmedo parece anunciar una tempestad.

—Puede ser, le contestó Hernando echando una

ojeada hacía arriba; pero antes que la tormenta em-
piece habremos nosotros acabado nuestra faena, y al
contrario, mejor; porque así el sol no nos molestará
como esta mañana y el aire es más fresco.

—Entonces haz lo que quieras, dijo Leonor viendo
que eran inútiles sus excusas, pero te ruego que no te
separas de mí durante la caza.

—¿Tienes miedo? le preguntó su hermano riendo.

—No, replicó Leonor, pero ya ves, así estaremos
mas cerca y podremos auxiliarnos en caso de algun
peligro.

—Es cierto, repuso su hermano; podrás tú auxi-
liarme á mí como esta mañana, que sino es por tí me
despeña el brioso en aquella sima.

VIII.

En esto ya los cazadores estaban á caballo aguardan-
do las órdenes de su señor, los perros alborotaban
con sus ladridos, pudiendo apenas los monteros con-
tener su alborozo, y los caballos, hiriendo la tierra
con sus ferradas manos, mostraban con sus relinchos
y su inquietud el fuego que los animaba. Leonor y
su hermano se despidieron de los buenos padres, y en
particular del abad, que habiéndoles echado su ben-
dicion volvió al convento, mientras ellos, saltando
á caballo, rompieron la marcha entre los gritos de la
multitud, que aun se entretenían con los restos del
banquete, y algunas botas de vino, puestos acá y allá
en diferentes corrillos sobre la arena.

En uno de ellos estaba sentado el piadoso Zacarías,
que cuando vió pasar á los dos hermanos tuvo buen
cuidado de encogerse y agazaparse, ocultándose de-
trás del que tenía al lado, no gustando sin duda de
darse á la luz á causa de su humildad.

Luego que los hubo visto alejarse, dió en el hom-
bro al bizco y al musulman, entre quienes se habia
sentado, y poniéndose en pié tomó una bota di-
ciendo:

—Hijos míos, vaya el último trago: tú, fariseo, le-
vántate; y tú, hijo bizco, vé, si puedes hacerlo tam-
bien. No sé por qué bebes vino sabiendo que te hace
mal. ¿No sabes que la gula es un enorme pecado? Es
verdad que no has bebido arriba de diez cuartillos,
pero sino te sienta bien, ¿por qué quieres tentar á
Dios? Y tú, morisco, tampoco debias beber vino por
tu religion; pero tú eres un moavita enemigo de
Israel.

—Yo lo bebo á la salud de Mahoma, respondió el
morisco, y así no creo que lo lleve á mal.

—Vamos, vamos, ayuda á ese hombre, respondió
Zacarías, y no perdamos tiempo, que ya viene la caza
por este lado.

El morisco ayudó á su compañero á levantarse,
que apenas podia abrir los ojos, y que puesto en pié
se quedó con mucha gravedad mirándolos, y siguien-
do con la parte superior de su cuerpo el movimiento
pausado de una péndola de reloj.

—Cuida que no te vea el capitan, le aconsejó Za-

cariás, no sea que te haga dormir la borrachera de modo que no vuelvas á despertar, y vé por donde te escondes, y hasta la vuelta.

—Creo, le dijo el morisco, que con el vino se te han puesto los ojos derechos: adios, hasta que te se pongan torcidos.

Zacarías y el moavita echaron á andar, dejando á su compañero apoyado en el tronco de un árbol hablando solo, y dando tales berridos de cuando en cuando, que atraieron á su alrededor los que ya no teniendo más que comer, hallaron para postre en su borrachera un agradable entretenimiento.

IX.

Entre tanto las dos divisiones de los bandidos habian ido poco á poco estrechando la distancia, viendo el punto que los cazadores habian tomado, sin perderlos nunca de vista, con la esperanza de que Leonor en el calor de la caza echaria por algun sendero sola, ó acompañada á lo más de su hermano y alguno de sus servidores.

En toda la mañana se les habia ofrecido ocasion para poner su intento en ejecucion, y el Velludo, ya desesperado de no poder cumplir la palabra que habia dado al señor de Cuellar, bramaba de corage, sin haber querido probar bocado, dudoso ya si los embestiria con su gente y la arrebataria por fuerza.

Era este el plan más acomodado al carácter del ca-

pitán, y el que, á dejarse guiar por su corazon, hubie-
ra él llevado á efecto con más placer.

Pero la promesa que habia hecho al de Cuellar encerraba justamente la cláusula de no ejecutar nada á la fuerza, y esto le tenia ligadas las manos, porque él sabia muy bien que así Hernando como su tropa no dejarian robar á Leonor sin vender antes sus vidas tan caras como pudiesen.

Esto le traia pensativo, y mucho más viendo que Zacarías, el más ingenioso de los suyos, y en quien él, en asunto de tramoya tenia toda su confianza, no habia ideado nada hasta entonces que le sacara de aquel apuro.

Distraido así estaba y apesadumbrado, cuando poniendo por casualidad los ojos en su mastin, que estaba tendido al pié de un árbol, pensó que la astucia de aquel animal podia serle de utilidad.

Era este perro uno de los personajes más principales de la partida, leal á toda prueba y valiente como un leon.

Le habia enseñado su amo á obedecer á la voz, entendiendo con tanta prontitud y haciendo tales cosas, que parecian increíbles sinouviésemos en el dia tantos ejemplos del instinto particular de estos animales.

A una voz acometia y se retiraba, reunia los bandidos donde le mandaba su amo, era un centinela incansable, cazaba como un lebel, buscaba los rezagados en las noches oscuras y los conducia á donde estaban sus compañeros, atraia los viajeros perdidos y

se los entregaba á su amo para que los despojase, siendo su inseparable compañero en todas las espediciones.

La vista del perro le sugirió un pensamiento que reanimó su esperanza ya decaída, y haciendo llamar á los seis hombres que tenia en acecho, les ordenó reunirse y marchó con ellos al encuentro de los cazadores, habiendo enviado orden á Zacarías para que estuviese más vigilante que nunca, pues le iba á enviar la dama por aquella parte.

El ladrido de los perros y el sonido de las bocinas indicaba el camino que seguia la liebre á la alegre tropa de Hernando, que muy agena del peligro de su señora, seguia á rienda suelta la vista.

Leonor, sin embargo, temerosa aun del aviso de aquella misteriosa mujer, no se entregaba á su diversion con el arrojito que habia manifestado por la mañana, siguiendo siempre el camino ménos espeso de árboles y al mayor número de cazadores, sin atreverse á separarse nunca, yendo siempre detrás de ellos en la carrera.

De repente Sagaz, á la voz de su amo, sale ladrando de entre los pinos, embiste á su caballo, y clavando los dientes en las ancas del animal le asusta y alborota de modo que poniéndose de manos coge el freno con los dientes, y sin poderlo sujetar la dama escapa dando botes arrebatado de todo brío, y sin cesar perseguido del inteligente mastin, que cada vez le acosa más, mordiéndole cuantas veces puede alcanzarle.

Iba Leonor como hemos dicho la última, y los cazadores, ocupados en perseguir la liebre, ni vieron su apuro ni oyeron sus gritos por el momento.

Su hermano, que nunca la abandonaba, fué el único que al ver su riesgo volvió su caballo con intento de favorecerla.

Su primer impulso fué arrojar al perro la javalina ó lanza corta de que venia armado; pero ya fuese que el ímpetu de la carrera, ó la precipitacion con que la arrojó, no le dejasen tiempo bastante para apuntarle, la javalina, sin herir en su blanco, quedó temblando clavada en tierra hasta la mitad.

La violencia del palafren de Leonor obligó al señor de Iscar á lanzarse en su seguimiento á toda la furia del suyo, y así por esto, como por ser el bosque muy espeso, por pronto que á su voz acudieron algunos de los suyos, no pudieron acertar el camino que habian tomado.

El Velludo, viéndolos que volvian, mandó á su gente que dieran voces andando sin detenerse para atraerlos hácia otra parte, lo que haciéndoles creer que era aquel el camino que habian tomado sus amos, acabó de trastornarlos del todo, obligándolos á que siguiesen la direccion enteramente contraria.

El sendero que primero se ofreció al desatentado caballo de la afligida Leonor, era precisamente aquel donde se habian emboscado Usdrobal y Zacarías, y el Velludo no dejó de darse el parabien de haber salido adelante con su empresa cuando pensó que den-

tro de poco estaria la dama en poder de sus dos satélites.

Entre tanto ya habia sentido Zacarías el ruido de los caballos que se acercaban, y echando mano al cuchillo avisó á Usdrobal que se preparase.

—Hijo mio, le dijo, ya llegan los enemigos; ten caridad, enfrena la ira; á sangre fria no hay que dejarse arrebatarse de la cólera: tú cuidarás de la dama; pero ten cuenta que la carne es frágil, y no caigas en tentacion. ¡Ahí están, hijo mio!

X.

A este tiempo, saliendo de donde estaban ocultos en el momento en que el caballo de la hermosa cazadora pasaba en toda la violencia de la carrera, Usdrobal se arrojó encima, y apoderándose de una rienda le hizo volver de pronto, haciéndole parar de golpe con tanta furia, que la dama perdió los estribos y estuvo á pique de caer al suelo.

El caballero que la seguia metió entonces las espuelas hasta los talones á su caballo, tratando de libertarla; pero Zacarías, que aunque rayaba ya en los cuarenta era listo como una pluma, se interpuso entre él y la dama con tal presteza, dando el lado para estorbar que le atropellase, que le cortó al momento al animal los tendones del brazo con un cuchillo, haciéndole caer de golpe con su ginete.

—¡Bravo, Usdrobal! ¡la espada parece que es la de

Absalon! ¡Ha echado por tierra al soberbio! exclamó Zacarías enseñándole su cuchillo. Monta á caballo y toma en brazos á esa dama, que se ha trastornado del susto.

—Vamos, hijo mio; y dando dos silbidos, se presentaron al momento el morisco y los otros dos que estaban ocultos en aquel lado.

—¡Perros! gritó el caballero que habia caído debajo de su palafren, y forcejaba por levantarse: soltad esa dama, si no voto á tal, juro, villanos... Pero no, venid, tomad mis tierras, mis castillos, mi vida; venid, yo os daré oro, todo os lo daré por ella, ¡infames!

—Vamos de prisa, hijos míos, dijo á Usdrobal el moralista, porque yo soy compasivo y me enternecen los lamentos de ese infeliz. En mí puede mucho la caridad: ¡vamos, vamos, que no vuelva yo á oír los gritos de ese pobre hombre, porque me rasgan el corazon!

—Por cierto, dijo Usdrobal conforme iban andando, que la presa que llevamos vale más que el trabajo que nos ha costado ganarla.

—Usdrobal, hijo mio, no mires en la belleza de esa dama, contestó Zacarías á tiempo que la echó él una mirada á hurtadillas, y no de lástima. Las mujeres perdieron á Salomon. Señora, no lloreis, añadió dirigiéndose á ella; Dios prueba nuestra paciencia en las adversidades, y si teneis la conciencia limpia, no os debeis apesadumbrar por nada. Aquí no se os quiere mal; solo que nuestro capitán es tan caritativo, que

siempre está dispuesto á socorrer á las doncellas menesterosas. No es mala alhaja esta, prosiguió, echando mano al collar de la dama; yo no soy inteligente, pero...

—En verdad maestro Zacarías, exclamó Usdrobal, que como pongais la mano en cualquiera cosa de esta señora, que á pesar del respeto que mereceis nos hemos de ver las caras.

—Por poco te enojas, hijo mio, respondió Zacarías, y no sabes mucho de caridad cuando ignoras que la mejor ordenada empieza por uno mismo.

—Por ahora, repuso Usdrobal, no quiero antender á vuestras lecciones: me queda demasiado tiempo para aprender.

Y volviéndose á la dama, se esforzó á consolarla, escusándose como mejor pudo de su tropelía, y ofreciéndose por su defensor entre aquella gente.

XI.

Hasta entonces habia oido esta sin notar casi lo que la pasaba, y en medio de su trastorno se habia imaginado más de una vez que todo aquello era un sueño; pero la voz de Usdrobal, dándola á conocer que su desgracia era cierta, la hizo al mismo tiempo tomar ánimo, y volviendo hácia él sus hermosos ojos llenos de lágrimas, mostró en ellos una espresion tan dulce de lástima y de dolor, que Usdrobal no pudo menos de jurarla que moriria primero que permitir la ofendiesen en su presencia.

—Yo os doy gracias, mancebo, le respondió Leonor con un eco de voz que penetró á lo más íntimo de su corazon; yo os doy gracias, pero mi desventura no es menos cierta por eso. Con todo, aun hay una cosa que la haria menor si vos me quisiéreis informar de ella. ¿El caballero que me seguia, qué es de él? ¿Era suya la sangre que me parece que ví correr por su vestido al tiempo de su caida?

—Tranquilizaros, señora, repuso Usdrobal; la sangre era de su caballo, y él vino al suelo sin más daño que haber caido debajo del animal. Fué un golpe maestro de mi caritativo director que aquí veis, incapaz de hacer mal á una hormiga sino forzado de la necesidad, como él dice, y sin dejarse arrebatar de la cólera.

La dama pareció tranquilizarse, y aun animarse, con la noticia del caballero.

Puso entonces los ojos con más cuidado en su defensor, que no quitaba los suyos de ella, y su juventud, nobleza y alegre fisonomía la hubieran acabado enteramente de tranquilizar si los hundidos ojos de Zacarías, su rostro seco y sin barba, su talante hipócrita y su paso de gato que va en acecho no la hubiesen dado á conocer el distraido devoto que la habia seguido aquel dia y tanto le repugnaba.

Habia éste echado delante un rato para servir de guia, y como descuidado de lo que pasaba detras de él, iba, segun su costumbre, entregado á sus oraciones con un rosario en la mano y los ojos bajos, y de-

tras venian el morisco y los otros hablando de su compañero el bizco, y riyéndose de su borrachera.

Era voz comun entre los de su partida, que cuando Zacarías parecia más distraido y devoto sin levantar los ojos del suelo, veia y oia más que el que parecia más atento. A pesar del poco tiempo que habia que andaba Usdrobal con él, su sola penetracion le habia enseñado á desconfiarse de todos sus gestos, palabras y movimientos, y así aunque su deseo mayor era entablar con la dama una conversacion útil tal vez para en adelante, el recelo que le inspiraba su director le hizo contentarse con soltar al descuido tal cual pregunta de cuando en cuando.

—Si yo supiese quién sois, dijo en voz muy baja á la dama, y conteniendo el paso de su caballo, avisaria á vuestros parientes y amigos para...

—Usdrobal, hijo mio, ¿qué haces? aguija presto, dijo á esta sazón Zacarías sin volver la cara y sin perder un paso; no te dejes tentar del demonio de la concupiscencia; la carne es frágil.

—Voto á tal, murmuró Usdrobal, que ese maldito hipócrita no parece sino que tiene hecho pacto con el demonio. ¿Vuestro nombre? añadió en voz muy baja.

—Leonor de Iscar, respondió la dama.

—No creo, amado discípulo mio, interrumpió Zacarías continuando su camino, y en tono de voz muy dulce, sino que esa dama y tú os habeis conocido antes, ó que tú, siguiendo mis lecciones, vas oyendo sus pecados y la exhortas á la paciencia.

—Así es como vos decís, repuso Usdrobal sin titubear; trato de salvarla de las garras de Satanás: que te lleve á tí y á tu casta, añadió más bajo.

XII.

En esto llegaron á la orilla del río á la entrada de la cueva, donde el capitan habia vuelto ya con su gente, y se alegró mucho de la llegada de Zacarías.

La compañía no era de las más á propósito para una dama.

Todos voceaban, todos hablaban á un tiempo, estaban comiendo entonces á la redonda, y ya habian apurado más de una bota de vino, y solo se oian gritos por razones, amenazas y rústicos juramentos.

Las diversas lenguas que hablaban, sus caras quemadas del sol, su traje, sus armas, sus maneras salvajes, y las recias carcajadas con que celebraban de tiempo en tiempo sus dichos, todo contribuia á hacer más horrible la escena que se ofreció á los ojos de la delicada Leonor, que no pudo ménos de estremecerse considerando su situacion, y las gentes con que se hablaba.

El Velludo se adelantó á recibir la dama con más muestras de cortesía que lo que prometia su apariencia, y habiéndola ayudado á pasearse, mandó á Usdrobal que echase pié á tierra diciendo:

—Tú, Usdrobal, cuidarás de esa dama; creo que de todos nosotros eres el que puedes tratarla con más atencion.

—Así es, continuó Zacarías, creo que no necesita de mis lecciones. Todo el camino ha venido predicándola un sermón acerca de la paciencia en los trabajos, y la caridad hacia nuestro prójimo, con tanta madurez y elocuencia como podría hacerlo yo mismo.

Y la dama, á lo que me pareció, le escuchaba con aire contrito y con tanta atención que edificaba mirarla.

—Hola... gritó el catalán, que había salido de su cueva á recibir á sus compañeros. ¡Lladre de donas!

—Señor, dijo la dama al Velludo, si sois aquí el jefe, por Dios que mientras esté bajo vuestro poder que no permitais se me ultraje. Sea cualquiera vuestro designio, yo os prometo un buen rescate si quereis devolverme mi libertad.

XIII.

El aire de nobleza y resignación con que pronunció estas palabras no dejaron de sorprender al Velludo, acostumbrado á ver temblar siempre delante de él, no ya mujeres débiles, sino hombres intrépidos y foragidos.

No obstante, en vano trataba Leonor de encubrir bajo una apariencia firme la turbación que agitaba su alma; una lágrima se desprendió á pesar suyo por sus mejillas, como una gota de rocío sobre la rosa de la mañana, y sentía su sangre helada mientras se esforzaba á mostrarse con tranquilidad.

—Yo, señora, respondió el Velludo, no entiendo de obsequiar damas; cumplo con mi oficio en teneros apresada, y os aviso que en vano tratará de libraros el que lo intente; pero os juro por la bendita Virgen de Covadonga que el tiempo que esteis con nosotros sereis respetada de todos, ó dejaría de llamarme Roque el Velludo.

—¿Y no puedo esperar más de vos? preguntó la dama.

—Aunque me ofreciérais el tesoro del rey de Marruecos no haría más que lo que os he ofrecido.

Alzó Leonor los hombros en muestra de resignarse á su desventura al oír las palabras del capitán, y no pudiendo más se sentó al pie de un árbol, y cubriéndose la cara con ambas manos derramó un mar de lágrimas agoviada de su pesadumbre.

—Buena cara tiene la muchacha, y ya me alegraría yo de hallarla en el paraíso cuando vaya allá de este mundo, dijo á este tiempo el morisco contemplándola con brutal codicia, y acercándose á ella para mirarla.

—Cuando tú dejes el pellejo colgado de algún árbol en este mundo, repuso otro de la compañía, irás al infierno á acompañar á los diablos en sus quehaceres.

—Voto va Deu, gritó á esta sazón el teniente que, la moza es guapa, y tiene una cara como una reina.

—Yo no sé por qué hemos de trabajar siempre para otros, dijo el morisco, y nadie es mejor que nosotros, que tan buenos los he visto yo servir de pasto á los grajos, y estar colgados por los caminos.

—No, pues como no tuviera otro que le defendiese más que ese á quien se la ha encargado, dijo el bizco, que á duras penas habia acertado con la cueva, saltándole aun el vino por los ojos, abierto de piernas y con una bota en la mano izquierda, juro á Dios que todos se habian de ir á cazar hembras al otro mundo si antes que ellos no cataba yo de la caza. Vamos, reina mia, no esté vuesa merced tan triste; veamos esa carita de rosa, añadió alargando una de sus callosas manos al rostro de la desdichada Leonor: no esteis tan triste, que aquí los podeis elegir como peras.

Hasta entonces Usdrobal habia sufrido la mofa que le habia hecho sin decir palabra, y habia reprimido el deseo de despertarle de su embriaguez. Pero cuando vió la mano grosera del bandido tocar á la dama no pudo contener su cólera por más tiempo, y alzando la mano le descargó la más recia bofetada que pudo engendrar su cólera, y dió con él á sus pies.

Hecho esto, y antes que los otros tuviesen lugar de dar crédito á lo que habian visto, saltó sobre él, y echando mano á la espada se puso en estado de defenderse y ofender al que le acometiera.

Algunos de ellos tiraron al punto de sus puñales, y hubiera ciertamente perecido victima de su honradez si el capitan en este momento, esgrimiendo su formidable hacha en alto, no se hubiese arrojado en medio de la pelea.

XIV.

—Alto, canalla, gritó con voz de trueno, que en bebiendo una gota de vino no parece sino que todos los demonios del infierno estan dentro de vuestros cuerpos. Voto á tal, que el que no envaine su espada, le envaiane yo el hacha hasta los dientes en el cerebro.

Callaron todos atemorizados, y pararon en su contienda, retirándose cada uno al puesto que ocupaba antes de la pelea.

—Bravo, Usdrobal, añadió el Velludo; defiendes la dama como el mejor paladin. Estas buenas gentes, prosiguió tratando de escusarse con la doncella, han bebido un trago más, y hasta que yo no mate uno de ellos no sacaremos partido. Levántate tú, belitre, añadió dando con la punta del pie al ladron que habia derribado Usdrobal, y cuyo vino habia hallado allí su centro de gravedad, y juro por la Virgen de Covadonga que el que vuelva á mentar esta dama le cierre yo la boca para mientras viva. Vamos que ya va llegando la noche, y el cielo parece que anuncia una tempestad: entremos en nuestra cueva y descansenos hasta mañana.

Entraron todos en ella, y Usdrobal y el Velludo, ayudando á Leonor, la bajaron en brazos casi desmayada al sombrío recinto que servia de habitacion á los bandoleros.

La noche entre tanto habia cerrado ya enteramen-

te, adelantada por la tempestad, en medio de los estampidos de los truenos, que retumbaban en las concavidades de las montañas.

Las tranquilas aguas del río corrían ahora con alborotado rumor en medio del silencio de la oscuridad, y el ruido sordo de los árboles agitados y el graznido de las aves nocturnas, que volaban á buscar un asilo contra la tormenta, presagiaban un espantoso huracán.

De repente sus bramidos zumbaron entre los pinos, semejantes al estruendo que produce á lo lejos el motín y las voces de una populosa ciudad.

El crujido de los añosos árboles, tronchados por la violencia del huracán, resonó de tiempo en tiempo, y cielo y tierra parecieron envueltos y confundidos en la furiosa discordia de los elementos.

Una lámpara moribunda ardía en medio de la cueva, y derramaba su undulante reflejo acá y allá sobre las feroces caras de los bandidos.

Algunas camas de yerba seca sobre que estaban sentados ó recostados era el único adorno de aquella triste mansion, y en una especie de hueco que parecía servirles de chimenea había un asiento á un lado, donde habían sentado la dama.

Estaba Usdrobal más atento á cuidarla y á defenderla que si fuese la joya de su felicidad, y el capitán á cierta distancia, teniendo á sus pies su perro, reposaba tal vez con menos interés por ella, pero no con menos cuidado.

Algunas lágrimas centelleaban en los párpados de la desventurada Leonor, y su belleza pálida, pero angelical, formaba un raro contraste con los semblantes cruelmente estúpidos de los ladrones.

Hubiérase creído que era un ángel celeste que había bajado de la mansion de los justos á alegrar las regiones infernales con su presencia.

De tiempo en tiempo algún relámpago penetraba velozmente al interior de la cueva, llenándola de lúgubre claridad, y realzando la triste hermosura de la prisionera redoblaba el horror que la rodeaba.

XV.

Los bandidos, como hemos dicho, en sus camas, hablaban unos con otros, escepto el capitán y Usdrobal, mientras el bizco y el caritativo maestro, que apartado de todos había cesado en sus meditaciones, dormían profundamente en un ángulo de la cueva.

—Buena noche hace para la maga que vive ahí cerca, dijo el morisco, que esta noche parece que se ha desencadenado el infierno.

—Ella será quizá la que habrá movido la tempestad, dijo otro, que ya la he visto yo en noches como esta volar de pino en pino sobre una nube de fuego dando unos alharidos, que os confieso que me estremecía de oírlos.

—Una noche me la encontré yo, dijo un tercero, y

llevaba tantas luces detras y delante de ella, que parecia un entierro. Por cierto que mientras pasó, que no iba media vara de mí, me acordé de los rezos del señor Zacarías, y me pesó de no haber aprendido algunos, por lo que no pudiendo hacer más me estuve santiguando hasta que la perdí de vista.

—Pues yo, dijo el segundo que habia hablado, propuse en mi corazon dejar esta vida y hacerme fraile; pero luego pensé que para que me llevase el diablo al fin de mis dias lo mismo era este oficio que otro cualquiera.

—A mí darme una figa con la manga, gritó el catalan, voto va Deu, que es una dona que no fa mal.

—Tú como ya eres diablo, repuso el tercero, no tienes miedo de tus compañeros, que todos sois lobos de una camada.

—No hableis así, repuso el ladron anciano, y cuya cara llena de cruces indicaba que habia visto de cerca más de una vez las espadas del enemigo, no hableis así con mofa á estas horas, ni repitais tanto el nombre del diablo. ¡Jesús me valga! añadió santiguándose, porque os puede suceder lo que le sucedió á un caballero, de quien fué escudero mi padre muchos años, y que se burlaba de todo.

—Vaya, contadlo, señor Tinieblas, y así pasaremos el rato, dijo el morisco.

—Cuento, compañeros, cuento: hagamos corro, dijo el segundo bandido; y reuniéndose todos alrededor del viejo, le rogaron que les contase la historia de su

caballero, y el veterano, viéndolos á todos atentos, empezó luego de esta manera.

—Érase que se era un señor de Castilla, que era dueño del castillo de Rocafria y de otros muchos castillos, lugares y tierras, y capitan de más de trescientas lanzas. Tenia este hombre muy mala vida, y no creia en Dios ni en el diablo, y juraba que desearia verse á solas con Lucifer... ¡Jesús me valga! interrumpió con voz más fuerte el historiador, y todos se estremecieron.

XVI.

En este tiempo el mastin se habia levantado de donde estaba, y con mas muestras de miedo que de arrogancia, se acercó á la boca del subterráneo, y en dando dos ó tres ladridos volvió atrás todo trémulo, rabo entre piernas, y despidiendo ahullidos tan prolongados y lúgubres que podian cuando menos entristecer el ánimo mas esforzado.

—Silencio, Sagaz, le gritó su amo: ¿qué diablos tienes que estás temblando? El perro calló á la voz del Velludo, y se volvió á echar á sus pies todo azorado, como si viese delante de él sueños ó sombras de aparecidos, que era lo que se creia entonces cuando los animales sin motivo aparente se agitaban y entristecian.

—Me parece que oigo un ruido como de muchas cadenas, dijo uno de los ladrones.

—Es el viento, que grita con la voz de cien condenados, replicó el morisco.

—Pues como iba diciendo, continuó el veterano, tenia este caballero amores con una dama, y no la podia alcanzar, porque era muy honesta y hermosa, que me parece que la estoy viendo. Sucedió, pues, que yendo dias y viniendo dias, el caballero se desesperó, salió al campo, y compró una cuerda para ahorcarse muy retorcida, é iba maldiciendo el dia en que nació, y la hora en que vió á la dama, y maldijo luego su alma, y llamó al demonio. ¡Jesús me valga! interrumpió de nuevo, persignándose como tenia de costumbre.

—Y como digo, continuó, que iba desesperado, se levantó de repente una tempestad tan negra que no se veía á sí mismo, y el viento era tan recio que tuvo que echarse al suelo mas de una vez para que no se lo llevase como una paja: un relámpago...

XVII.

En este momento la luz del que penetró en la cueva fué tan viva, que deslumbrándolos y asustándolos interrumpió el cuento tercera vez.

El trueno que le siguió pareció retumbar encima de ellos con tan continuado y espantoso estrépito, que no creyeron menos sino que desgajado el cielo en mil rayos se habia desplomado, hecho piezas, hasta el centro de los abismos.

Quedaron todos asordados y aturridos por largo

rato; y hasta el capitan y Usdrobal agacharon la cabeza como amedrantados.

La dama besó una reliquia que traia pendiente de un collar, toda sobrecogida y llena de devocion. Zacarías, que estaba como hemos dicho durmiendo, se levantó de repente despavorido, se hincó de rodillas, y empezó á pedir perdon de sus culpas como si hubiese llegado su ultima hora.

El bizco en medio de su letargo empezó á gritar que callaran, que no podia dormir con el estrépito que traian, y que el suelo se habia hundido por donde él estaba. Por último, pasado el primer susto, é informado Zacarías de lo que era.

—Mala hora, dijo, es esta para cuentos, y mejor seria que cada uno como mejor supiese rezase y examinase su conciencia poniéndose bien con Dios.

—Así es, añadió el veterano; pero el suceso de este hombre puede servirnos de ejemplo, y no será malo concluirlo ya que he empezado á contarlo.

XVIII.

En esto el viento habia redoblado su furia, y azotaba con pavoroso bramido la entrada de la caverna; los relámpagos se sucedian sin interrupcion, y el trueno dilatava su voz estallando de tiempo en tiempo con estampidos mas horrorosos. Sagaz corria á un lado y otro de la cueva lleno de espanto, desatentado, todo erizado y ahullando.

—Siento otra vez el ruido de las cadenas, exclamó el mismo que habia hecho primero esta observacion.

—¡Santa María me valga! gritó el veterano sobresaltado: ¡la maga está entre nosotros!

—¡La maga! gritaron todos á un tiempo, y huyeron á refugiarse al fondo de la caverna. Un espantoso fantasma vestido todo de negro, con una antorcha en la mano, se apareció en este instante. Sus ojos lanzaban llamas, su semblante era lívido, y sus brazos largos, secos y descarnados, semejaban á los de un desollado cadáver, mostrando todos sus músculos y ligaduras. Brillaba en medio de los relámpagos como un espectro rodeado de luz, y vestido del nebuloso ropage de las tinieblas.

—*De profundis exaudime!* gritó Zacarías tapándose los ojos y volviendo la cara á un lado.

—¡Bendita Virgen del Tremedal! *Miserere mei Domino!* exclamó Urdrobal, levantándose todo azorado.

—¡Virgen de Covadonga! gritó el capitan andando hácia atrás dos ó tres pasos, mientras su perro temblaba con la cola baja, fijos los ojos en la fantasma, y ahullando muy tristemente. Por Santiago, yo te conjuro. La maga entretanto tendió su mano izquierda á Leonor, que, pálida como la muerte y temblando, se dejó coger su derecha sin tener ánimo para desasirse y agitando la antorcha y haciéndola señas que la siguiera, la sacó medio arrastrando de la caverna, sin que ninguno de los bandidos reuniera bastante espíritu para oponerse.

Capítulo IV.

Tal de mi afrenta y mi dolor cargado
en la seguridad nunca sosiego,
y en el sosiego siempre estoy turbado.

(Herrera.)

Fuéme la suerte en lo mejor avara:
sombras fueron de bien las que yo tuve,
oscuras sombras en la luz mas clara.

(Del mismo.)

Mal venido seais, le dice,
alevoso á mi presencia.

hijo de padres traidores.

(Anónimo.)

I.

A la izquierda y en medio del camino del Olmedo á Cuellar, sobre una altura, se ven, aun hoy dia, los arruinados torreones del antiguo castillo de Iscar.

Sus primeros propietarios fueron los árabes, que manteniendo allí una guarnicion respetable, se servian de él como de un punto central de comunicacion entre dos pueblos de tanta importancia, como eran Olmedo y Cuellar en aquella época.

Tuviéronle despues en tenencia, ó como gobernadores por el rey, varios señores, hasta que arrojados los

árabes de ambas Castillas, les quedó en feudo con todas sus dependencias á los ascendientes de doña Leonor.

Todos ellos habian ocupado empleos muy principales, siendo tenidos en mucha estima por los reyes á quienes sirvieron, y que premiaron su mérito con honrosos cargos.

Pero en el momento de nuestra historia, las últimas revoluciones habian oscurecido el brillo de su familia, debilitado su influencia y apocado su engrandecimiento, habiéndose declarado él jefe de ella por el partido de Alfonso el Sábio, cuando las revueltas que armó su hijo, ambicioso de la corona.

Sin entrar en las causas que pudieron hacer despreciable á los ojos de su pueblo un rey tan ilustrado y poderoso como D. Alfonso, y tan respetado de los extranjeros, como para la inteligencia de algunos sucesos es preciso ofrecer el cuadro de la época á que se refieren, echaremos una ligera ojeada sobre la situacion en que se hallaba entonces España.

Las conquistas de los dos reyes de Aragon y de Castilla D. Jaime y Fernando el Santo, habian reducido la potencia sarracena á los últimos rincones de la Península, siguiendo á estos reyes la victoria por todas partes, y extendiendo la fé y las armas cristianas con sus nuevos triunfos.

Pero estas guerras, si bien aumentaron las fuerzas de los cristianos, enflaquecieron al mismo tiempo las de los reyes, no habiendo perdonado particularmente

el de Castilla, medio alguno para conseguir su loable empresa de librar toda España del yugo árabe, y habiendo consistido estos en aumentar los fueros y preeminencias de la nobleza, para que con mayor empeño le socorriesen.

El orgullo de aquellos hombres, criados en las armas y belicosos por naturaleza, creció de punto desde entonces de tal manera, que cada uno pensó igual su autoridad á la de su rey, y aun los hubo que se creyeron con derecho á vengar con las armas los agravios que de él recibieran, é incitaron los pueblos á la rebelion.

Así que, cuando convenia á su interés ó engrandecimiento se aliaban unos con otros, dejando aparte sus diferencias particulares, y hacian temblar al monarca en su mismo trono, como sucedió últimamente á don Sancho, que á despecho de su génio é intrepidez tuvo que sosegar á buenas, y aun adular el orgullo del revoltoso D. Juan Nuñez de Lara por miedo de su influencia.

II.

Con hombres tan poderosos y pueblos avezados á sus antiguos usos, y á seguir el movimiento de sus señores, tenia que lidiar Alfonso el Sábio al ceñirse la diadema de sus antepasados.

Sus leyes, admiradas de las naciones estrañas, y seguidas hasta hoy mismo en la nuestra, hallaron en-

tonces tantos obstáculos, cuanto que todos temian que á su sombra el rey atropellase sus antiguos fueros y sus franquezas.

El pueblo no consideró que de ellas emanase acaso su emancipacion de los derechos del feudalismo, todos las miraron como enemigas, y el vulgo bárbaro y lleno de supersticiones, ora ridiculizaba á su rey, ora llamaba inquietud á su sabiduría.

Añadióse además que las continuas guerras de su padre, habiendo agotado los tesoros reales, Alfonso X se vió obligado á remediarse de algun modo la escasez de metálico que se sentia. Aumentó el valor de la moneda que mandó labrar, siendo de menos peso que la que habia corrido hasta entonces, lo que poniendo impedimento en el cambio, fué una de las principales causas del descontento general que se manifestó en su reinado.

Tacháronle de avaro, siendo así que nunca ha habido rey más espléndido, y le motejaron de injusto, cuando fué el primero en España que fijó el modo de administrar justicia.

En todas estas murmuraciones, de que nuestro historiador Mariana hace cuenta, casi para acriminarle, tenia sin duda mas parte la envidia y el interés sórdido de algunos particulares que la verdad, pero esparciéndose por los pueblos disponian el ánimo de muchos en contra suya, y como de la murmuracion al desprecio no hay mas que un paso, y de sertirlo á manifestarlo nada, bien pronto este rey, que podria citarse

como modelo, se halló envuelto en discordias civiles, vió á su familia armarse contra él, y oyó victorear al principal rebelde, su propio hijo, con el título de rey, que le concedia antes de tiempo la adulacion.

La muerte del primogénito D. Fernando fué el motivo de esta última desgracia, que puso en término al sábio y desventurado monarca de acogerse al mayor enemigo de los cristianos, el rey de Marruecos, para que le ayudara contra D. Sancho.

Este principe, que estaba por otra parte dotado de grandes prendas, apenas habia muerto su hermano forzó, por decirlo así, á su padre, á que le reconociese por heredero, con perjuicio de los dos de la Cerda, hijos del principe primogénito.

No es este tiempo de disputar si la corona le tocaba á él, ó pertenecia de derecho á los nietos de D. Alfonso; pero no podemos dejar de decir que D. Sancho mostró demasiada codicia de poseerla.

Su bravura, su liberalidad, su cortesania y buena maña influyeron de tal manera en los ánimos de los castellanos, que la mayor parte siguieron sus estandartes, y así los nobles como los eclesiásticos de mas nota abrazaron su partido, formando con él una especie de comunidad, como manifiesta el acta de lo resuelto en las Cortes de Valladolid el año de 1282.

Sus hazañas, y sobre todo la fortuna, que como decia Carlos V, gusta mas como mujer de favorecer á los jóvenes que á los viejos, hizo de modo que el mayor número se declarase en contra de la razon, y que

á pesar de los esfuerzos de D. Alfonso, y de la excomunión lanzada contra el mal hijo por el pontífice, la victoria diese al fin el color de la justicia á las pretensiones de Sancho el Bravo.

Murió en estas agonías D. Alfonso, y sus nietos quedaron escluidos de la corona, habiéndoles obligado á vivir en Játiva por un convenio hecho con el rey de Aragon; y D. Sancho, que hasta entonces por burla ó hipocresía se habia contentado con el título de infante mientras vivió su padre, subió al trono despues de haber hecho enterrar suntuosamente como rey, al que habia arrebatado la corona mientras vivia.

Quedó España, como es de suponer al cabo de esta discordia, tan trastornada y revuelta, que al principio del gobierno de Sancho puede decirse reinaban en su lugar mas que sus órdenes los furores de la anarquía.

Los ódios mas inveterados renacieron en el trastorno de la revolucion, renováronse las pretensiones de la ambicion, y los robos, los desórdenes y todos los crímenes juntos hallaron ancho campo en que desplegarse, habiendo incendiado la antorcha de la discordia desde el palacio del soberano hasta el pacífico hogar del labrador.

Bastaba que una familia se declarase por un partido para que la otra se decidiese por el contrario: así que, la guerra seguia aun despues de la muerte de D. Alfonso, y cada castillo, cada pueblo era un campo de batalla, donde á sombra del interés público combatian

el rencor, la codicia y la ambicion de algunos particulares.

Las hordas de ladrones que infestaban los caminos descaradamente, estaban protegidas de oculto por los señores que se valian de ellos para las acciones que un resto de vergüenza les impedia cometer á las claras, haciendo instrumentos de su amor ó de su venganza á la escoria de la sociedad.

III.

Tal era la situacion del país cuando D. Jaime de Iscar se retiró á este castillo, no habiendo querido doblar la rodilla delante del nuevo rey, como habian hecho el mayor número de los partidarios de D. Alfonso, y haciéndose tachar de sus enemigos como defensor oculto de los de la Cerda.

De todos sus señoríos solo habia conservado este castillo, habiendo perdido el resto de sus posesiones en el tumulto de la guerra civil.

Quedó, pues, arruinado y declarado rebelde por el partido del vencedor, y el viejo caballero, que habia seguido constantemente la suerte de Alfonso el Sábio, recibió por premio de su lealtad el sentimiento de verse al fin de sus años sin tener mas que dejar á su posteridad que el esplendor de su sangre, y el mucho mas brillante aun de una larga vida gastada en defensa de su patria y de la causa noble de la justicia.

Dos hijos que tenia, y algunos veteranos llenos de

heridas y cubiertos de canas en su servicio, fueron los únicos compañeros de su destierro.

Su hijo mayor Hernando tenia entonces veinte y tres años, y habia hecho sus primeras armas en la última revolucion, y al lado de su anciano padre.

Su juventud, su valor, y el porte y continente de su persona, hacian que el generoso D. Jaime fundase en él las esperanzas de su casa y la gloria de su nombre para lo futuro; pero la ternura, el gozo de su corazon, la alegría de sus canas era una que tenia entonces diez y nueve años, y reunia á una hermosura poco comun, todas las gracias de su sexo, toda la gallardía de la juventud, y un carácter tan dulce y suave como lleno de entereza y de magestad.

Era el ángel consolador de los pesares de su anciano padre.

Cuando éste, poseido del descontento natural á su avanzada edad, y perdonable en un desgraciado, se entregaba á pensamientos tristes, la vista de Leonor bastaba á disipar enteramente sus penas, y una caricia de su hija era para su corazon el rocío de la tranquilidad, que renovaba el brio su alma, marchita por los años y las desgracias. Pero como al fin la mano de la muerte...

Nos corta á todos de vestir de un paño,
sin hacer diferencia en la medida,

como dice uno de nuestros poetas, y sin que basten á ablandar su encono las lágrimas de la horfandad ni de la hermosura; las enfermedades del anciano se au-

mentaron por último con sus disgustos, y el dia que recibió la nueva de que le declaraban rebelde, murió de pesadumbre y en brazos de sus hijos á poco tiempo de su destierro.

Quedó Leonor huérfana, y bajo la guarda y tutela de su hermano Hernando, que aunque duro de carácter, la amaba con todo su corazon.

Fortificado éste en su castillo, bien provisto de víveres, y defendido por los leales guerreros que habian seguido á su padre, no tenia que temer ningun asalto de aquellos á que estaban espuestos en tiempos tan revueltos los que eran declarados rebeldes por el partido de Sancho el Bravo.

Pero un enemigo mas temible que todas las partidas de bandoleros y todas las órdenes de la corte, amenazaba turbar la paz del corazon de Hernando, el reposo de sus gentes y la seguridad de su hermana.

Un amigo íntimo, mirado ya como enemigo por la diferencia de los partidos y el rencor inherente á las revoluciones, acabó de convertirse en enemigo mortal de su tranquilidad.

IV.

El señor de Cuellar, Sancho Saldaña, de quien ya mas de una vez han hablado algunos personajes de nuestra historia, poseia en aquella época el soberbio castillo que hay en este pueblo, y sellamaba entonces el de la Rosa.

Era el señor mas poderoso de todos aquellos contornos, estendiéndose su poder sobre la mayor parte de las poblaciones que ahora forman el partido de este corregimiento hasta el Duero, cerca de Valladolid por un lado, y por otro hasta Segovia y muchas leguas á la redonda.

Su padre, que habia sido compañero y amigo íntimo de D. Jaime hasta la rebelion de D. Sancho (en que como se ha dicho tomó cada uno su partido), habia ganado muchas de estas tierras de los partidarios de D. Alfonso, entrando en ellas á fuerza de armas, vinculándolas en su provecho, y estendiendo de este modo su poderío.

Así por esto, como por haber sido antes amigos y no haber seguido contra su opinion las armas de don Alfonso, cobróle tal aborrecimiento el viejo D. Jaime, que el nombre de Saldaña era para él mas villano que el del mas infimo bandolero, y llevado de su tenacidad se negó á oír cuantas proposiciones de paz le hizo en todas ocasiones su compañero.

Añadiase á esto lo que del hijo, dueño absoluto ya de tan cuantiosos bienes, publicaba la fama en aquellos pueblos.

Teníanle unos por asesino y cruel, otros por cobarde; tal le creia temerario, aquel le juzgaba bueno, y mientras no faltaria alguno que le tenia por generoso; otro le tachaba de miserable, y la mayor parte creian al ver su rostro, siempre tétrico y melancólico, y su amor á la soledad, que era algun demonio revestido

de figura humana por algun tiempo, que sentia ver acercarse la hora en que habia de desaparecer para siempre y volver á los fuegos de que habia salido.

Ayudaba á creer esto, que su padre habia sido enterado secretamente, y que era voz pública se aparecia de noche en las bóvedas del castillo, y sobre todo la repentina desaparicion de una hermana suya, que aunque de mucha belleza y sin el ceño y cruel aspecto de Sancho Saldaña, tambien la habian visto siempre triste, melancólica y pálida, como una estrella próxima á oscurecerse.

Añadiase ademas que nadie de afuera sabia la verdad de lo que pasaba dentro de la fortaleza, tal era el silencio que reinaba en sus habitantes, y que todos hablaban únicamente por conjeturas, lo cual hacia que se exajerasen los hechos é inventasen algunos, adornándolos con tan increíbles sucesos y tan ponderados, que el pasajero se llenaba al oírlos de espanto y curiosidad.

V.

El padre de Sancho Saldaña habia cautivado una mora muy jóven en una de sus correrías, que habia quedado desde entonces en el castillo, y este era otro tema que daba no menos materia que los anteriores á infinitos cuentos y hablillas.

Imaginaban algunos que esta cautiva era una artificiosa bruja, que por sus encantos y sortilegios habia

hechizado al hijo del difunto señor de Cuellar, mientras otros aseguraban que era el genio maléfico y enemigo de la familia, disfrazado de aquel trage, que conspiraba continuamente en su destrucción.

En fin, todo era misterioso en el castillo, y todo era misterio cuanto acerca de él se hablaba en sus cercanías.

Hoy mismo al mostrar sus almenadas torres al caminante, y sus muros cubiertos de musgo donde asoma ahora el pintado lagarto su fea cabeza, ó corre la rápida lagartija, entre derribadas piedras, vestido el suelo de yerba y vil cascajo, el paisano, cuando refiere las tradiciones de este castillo, habla todavía con misterio de aquella época, sembrado su relacion de fábulas y milagros.

Habian pasado Sancho Saldaña y su hermana la primer parte de su juventud al lado de Leonor y Hernando, dividiendo con ellos sus juegos con todo el candor y aquella cordialidad con que son amigos los jóvenes.

Tenia poco más ó ménos la edad de Hernando, y sus padres, acostumbrados á mirar los hijos de cada uno como propios suyos, miraban con gusto el cariño que Sancho tenia á Leonor, prometiéndose uno y otro á sí mismos de unirlos en cuanto llegasen á la edad precisa, si seguian como has entonces mirándose con afecto.

Cumplió Leonor catorce años, y Sancho tenia diez y ocho, cuando cesando los juegos y la confianza de niños, entró á galantearla ya como caballero, mos-

trándose suntuoso en festejos, y haciendo en su honra sus primeros hechos de armas.

Era entonces Saldaña el jóven mas bizarro y galan de la corte, el de mas donaire en las danzas, mas arrojado y venturoso en las armas, como Leonor era entre las damas la gala y la flor de la hermosura y la gentileza.

No podia menos Leonor de ver con gusto su nombre en mil cifras, célebre ya en los torneos, de oir con placer mil músicas y trovas en su alabanza, y saber que era envidiada de las hermosas; pero ya fuese por falta de sensibilidad, ya, lo que es mas probable, á causa de sus pocos años, se contentó de mirar con agrado los obsequios de Sancho Saldaña, sin sentir por él otro afecto que el de la amistad, y el que concede el amor propio de una dama linsonjeada.

Con todo, nadie habia que no creyese tan efectuada esta union como si hubiesen recibido ya la bendicion de la Iglesia, y sin duda habria sido así si la rebelion de D. Sancho contra su padre no hubiese separado las dos familias, llevándolas, como hemos dicho, á diferentes partidos, deshaciendo sus planes para lo futuro, y dejando burladas sus esperanzas y las de los que dando todo por hecho, habian ya asegurado mas de una vez que habian visto los contratos matrimoniales.

Todo cambió desde entonces, y habiéndose retirado padre é hijo á su castillo de Cuellar, este último conoció allí á Zoraida (que era el nombre de la cautiva), y quedó por ella perdido de enamorado.

Olvidó, pues, á Leonor, olvidó todo, y en menoscabosuyo se entregó á su nueva pasion con tan desenfrenada locura, que no hubo crímenes que no cometiesen sus arrebatos, de cualquier género que puedan imaginarse, ciego con los hechizos de aquella mujer, que no parecia complacida sino teniéndole siempre al borde del precipicio.

Rodeado de crímenes, entregado á un solo pensamiento en el mundo, lleno de hastío, ansioso de algo que nunca podia encontrar, desasosegado en el sosiego, agitado de tristes imaginaciones, y finalmente, cargado de penosos remordimientos que sin cesar le seguian y atormentaban en todas partes, llegó, en fin, á hartarse de la ponzoña que en copa de oro le presentaba la máscara del deleite, y á odiar el fatal objeto de sus amores con tanto mas aborrecimiento y mas furia cuanto le habia amado con mas delirio.

Volvió en sí, y no pudiendo encontrar nada que bastase á satisfacer sus deseos, á consolar su tristeza, á hacerle olvidar sus remordimientos, se halló en la flor de su edad con un alma árida como la arena, y velado ya su rostro con la sombra de los sepulcros.

En vano buscaba en las diversiones que su opulencia podia ofrecerle el alivio á sus penas, que deseaba.

La música servia solo para entristecerle, los cantares mas alegres, las trovas mas dulces le fastidiaban, la alegría de los bailes le inspiraba el despecho, y el lujo de los torneos, las voces, el rumor del gentío y los ojos de las hermosas eran para él vastos desiertos

donde se perdía sin hablar con nadie, solo siempre con sus pensamientos en medio de la multitud.

Se hubiera creído al verle distraído, melancólico y solo en medio de los placeres, que era la sombra de un hombre que vagaba acá y allá sin destino, ó una estatua sepulcral arrancada de la tumba que adornaba, é impelida de algun resorte oculto que la movia.

La pasion que habia tenido á Zoraida habia agotado en su corazon las fuentes del sentimiento, y solo le habia quedado fuerza para sufrir, y memoria para hacer eterno el gusano que le roía.

Fastidiado de los placeres se entregó á toda clase de vicios, para sepultar en el delirio del juego ó en la embriaguez el tormento que le ostigaba.

Pero ni la ganancia le alegraba, ni la pérdida le entristecia, mientras el vino, léjos de borrar de su fantasía las imágenes de su tristeza, poniéndole en el estado de inercia absoluta á que reduce este vicio generalmente, ó comunicándole el júbilo con que trastorna y alienta el ánimo mas caído, le entregaba mas profundamente á todo el horror de sus pensamientos.

Entonces fué cuando siguiendo el impulso natural al hombre de buscar su felicidad, recordó á su olvidada Leonor, propuso reformar su vida, alhagó un momento sus penas con las dulces memorias de su juventud, y el recuerdo de los dias en que lleno de gozo sintió el inocente fuego del amor puro á vista de su hermosura.

Nada prueba tanto el poder de la virtud como el ho-

menage que la tributa el vicio, y el hombre mas criminal es el que admira mas la inocencia, y el mas corrompido suele ver con enfado las costumbres estragadas de los demas, y gusta tanto del candor, que á veces ya que no puede hallarlo en las personas que le rodean, exige al ménos las apariencias.

Sancho Saldaña estaba ya harto de libertinage, y creyó que Leonor solo, el encanto de sus primeros amores, podria volverle la paz que habia perdido, y sintió en su pecho, ya que no su primer amor, al ménos un sentimiento mas dulce que los que le habian agitado hasta entonces.

Su alma se abrió al soplo de la esperanza por un momento, y la idea de un enlace dichoso que pusiera fin á su inquietud en brazos de Leonor, y en medio de caricias desconocidas todavia para él, era tan halagüeña, que á veces llegaba hasta ahogar en algun modo los gritos de su agitada conciencia.

Resolvió, pues, pedirselas por mujer á su padre, que aun vivia, y volviendo á vestir las yacasi olvidadas galas, ordenó á sus pages y escuderos que se adornasen y engalanasen, disponiendo al mismo tiempo los mejores caballos de sus cuabras soberbiamente enjaezados.

Un rayo de luz brilló en su encapotada frente por un momento, bien así como un rayo de sol entre las nubes de la tormenta, y la guarnicion del castillo vió con asombro la mudanza que habia habido en su jefe, y aquel dia fué el primero, puede decirse, que alumbró el sol el castillo.

Solo la despreciada mora veia con despecho y celos aquellos preparativos. Sus hermosos ojos negros, en que brillaba el fuego de una osadía mas que varonil, giraban vertiginosos acá y allá, y la fiereza de su altiva y pronunciada fisonomía parecia realzada con su inquietud. Sus miembros temblaban de cólera, y la sangre africana, irritada con los desprecios de su amante, hacia latir con tanta fuerza su corazon, que parecia querer saltarse del pecho.

Habia sido cautiva Zoraida cuando apenas rayaba en los quince años, y era lo que podia llamarse un modelo de hermosura árabe.

De airoso continente, alta y briosa de cuerpo, su marcha era la del cisne cuando gira sereno en las aguas, y su mirada la del águila que desafía al sol frente á frente.

Sus pasiones impetuosas y vehementes daban á todos sus deseos un carácter tal de fuerza, que su voluntad habia de cumplirse, ó debia ella perecer en su empeño.

Estaba acostumbrada á arrostrar los caprichos de la fortuna, y aun á veces á vencerla y á sujetarla, y esta lucha continua en que habia pasado toda su vida, la habia dotado de un valor á toda prueba en los riesgos y de un arrojo en sus empresas, que rayaba en temeridad.

Pocas veces habia llorado en su vida, y siempre que habia derramado lágrimas habia sido implorando venganzas ó meditándolas.

Amaba, no amaba, es poco: deliraba, idolatraba, mi-

raba á Sancho Saldaña como á su Dios, como á su todo, y á consecuencia de tanto amarle, su mismo frenesí, su mismo amor rayaba en aborrecimiento, de suerte que le odiaba y le idolatraba á un tiempo, y á un tiempo le arriesgaba y le protegía, le despreciaba y le defendía, buscándole y huyendo de él, insultándole y acariciándole, y sintiendo afectos tan diferentes con la misma violencia que la pasión frenética que los movía.

Tal era la mujer que había trastornado el genio, el rostro y el corazón de Saldaña; pero que si le había precipitado en un abismo de males, no había titubeado en arrojarle con él, y que si le había llenado de remordimientos, su corazón ardía en la pasión mas arrebatada, y sin esperanza, que puede sentir mujer.

Si tal era su amor y la arrastraba á tantos desaciertos, viéndose pacíficamente correspondida, ¡cuál sería su furia cuando hallase una rival que combatir, una enemiga tan temible como Leonor! Supo para que eran los preparativos de su amante, penetró la causa de su alegría, y sin darle una sola queja, reprimió su ira, calló, y sin derramar una lágrima ni siquiera exhalar un suspiro, se retiró á meditar su venganza, determinada á morir ó á llevarla á cabo, imaginándola cruel, terrible y digna del ultraje que se le hacía.

El resultado probó hasta dónde llevaba sus planes el rencor con que los trazaba.

VI.

Sancho Saldaña entre tanto, habiendo dispuesto su comitiva, se encaminó al castillo de Iscar, resuelto á sacrificar su orgullo y á sufrir cualquiera mala razón de D. Jaime, con tal de lograr el blanco de sus deseos.

Llegado que hubo al puente levadizo hizo sonar su trompeta y que se anunciase un heraldo, á cuya señal, habiendo respondido desde el castillo, el heraldo anunció que su amo, el ilustre conde de Saldaña, deseaba hablar en particular con el muy noble señor de Iscar, y que aguardaba allí su respuesta.

Estaba en este momento D. Jaime hablando con Leonor de lo que contaban del señor de Cuellar, y cuando oyó su nombre no pudo contener su cólera.

—¿A qué viene aquí ese malsin, ese traidor á su rey? ¿Viene á insultarme? Se engaña, porque me quedan aun fuerzas bastantes para obligarle á que me respete. ¡Hernando! gritó á su hijo, pon los arqueros en las almenas, y dile que yo no respondo á traidores sino con las armas.

—Pero señor, contestó Hernando, su traje y su séquito son de paz, y no sería honroso responder con armas al que se nos entrega sin ellas.

—Es verdad, y has apuntado muy bien, repuso el viejo, cuanto mas que el heraldo debe ser respetado segun la ley de la guerra: me acuerdo todavía que en Sevilla, cuando estaba allí la flor de la caballería de

España con el Santo rey, padre de nuestro monarca, degollamos una partida de moros que habia ahorcado de un árbol un heraldo nuestro que llevaba á la ciudad un mensaje, obrando segun la ley de la guerra.

—Señor, ¿qué mandais que se le responda? interrumpió respetuosamente su hijo.

—El padre de ese muchacho estaba allí entonces, continuó el buen viejo como distraído, y por cierto que era una de las buenas lanzas que habia... ¡Ah!... sí, se me olvidaba, repuso volviendo en sí; nada, que se vayan, que aquí no tienen que hacer; que se vayan, y cuanto antes.

La respuesta era tan definitiva que nada quedaba que replicar; pero Leonor, considerando los peligros á que se esponia su padre haciendo este desaire á Saldaña, determinó sacar de él una respuesta mas dulce, y que no le espusiese para lo futuro á los riesgos que cualquiera indiscrecion podria atraer sobre ellos en circunstancias tan espinosas, y así añadió con voz tímida:

—Padre mio, ¿y si viene á proponeros una reconciliacion?

—Entre nosotros no cabe ninguna, hija mia.

Y deteniéndose un momento como pensativo, exclamó:

—Sí, que entre, que entre; quiero seguir el parecer de nuestro sábio rey D. Alfonso, que decia, que antes de sentenciar es menester oir las partes.

VII.

Mucho debió de agradecer Saldaña que este dicho de Alfonso X se presentase á la memoria del caballero, pues de lo contrario hubiera tenido que volver pies atras; pero las sentencias del sábio Alfonso eran para D. Jaime tan sagradas como los preceptos de la religion, no conociendo otro rey ni otra autoridad que la suya, y aunque Sancho el Bravo era el verdadero rey de Castilla entonces, él siempre daba este título á su padre, sin que hubiera fuerzas humanas que le hicieran dar al hijo otro nombre que el del *rebelde*.

En esto Sancho Saldaña, habiendo recibido el permiso de entrada, llegó al salon donde estaba sentado D. Jaime aguardándole, y de que habia salido Leonor por respeto á su padre y decoro de su persona.

Conservaba aun Sancho algunos restos de su belleza, marchita ya por el rigor de sus pasiones y el estrago que habian hecho en él los vicios á que últimamente se habia entregado; pero en medio de la palidez y severidad de su rostro y la espresion melancólica de su fisonomía, creyó descubrir el anciano en su porte vigoroso y caballerosa apostura alguna semejanza con la marcialidad y belleza del padre en los tiempos de su juventud. El primero que habló fue D. Jaime, y dijo:

—Mucho me estraña vuestra visita, señor conde, que puesto que vuestro padre y yo fuimos amigos y

compañeros en mejores tiempos que los presentes, y hace años que acabó nuestra amistad y rompimos lanza con punta de tal modo, que se hizo imposible entre nosotros toda reconciliación.

—No vengo ahora, respondió el conde con aire noble, aunque sumiso y arrepentido, á discutir con vos los motivos de vuestros resentimientos con mi padre. Baste deciros que mi poca edad me perdonó el disgusto de mediar en ellos, y que las causas que os resintieron con él no creo que existan para conmigo.

—Tendrias razon, jóven, repuso el señor de Iscar, si vos, dejando á un lado las opiniones de vuestro padre, hubiérais depuesto al menos las armas y no hubiérais seguido tambien el partido del hijo rebelde, que no podrá hallar paz nunca en su corazon por haber levantado bandera contra su mismo padre.

Estremecióse Sancho Saldaña al oír estas palabras que pronunció el señor de Iscar con sentimiento, frunció las cejas, y el temblor convulsivo de sus lábios anunció que algun remordimiento le fatigaba; pero el anciano, sin echarlo de ver, continuó diciendo:

—Digo, pues, que tendríais en ese caso razon; pero vos desoístéis la voz de vuestra conciencia, seguístéis el ejemplo de vuestro padre, y aunque puede ser mas perdonable en vos que en él, á causa de vuestra edad. yo he jurado odio implacable á los enemigos de mi rey, y si acaso puedo compadecer á alguno por el merecido castigo que les aguarda del Vengador de los justos, no podré nunca en mi vida reconciliarme con

ellos. Ahora decid lo que tengais que comunicarme.

Dicho esto se puso á mirarlo con atencion como aguardando su respuesta; pero Sancho Saldaña no se hallaba en estado de responderle.

Por una parte tenia frustradas sus esperanzas, y se juzgaba condenado á ser eternamente infeliz, mientras por otra, algunas palabras de las que habia dicho el anciano tenian tanta relacion con alguna de las causas de sus remordimientos, que sintió ahogársele la palabra, y un estremecimiento convulsivo se apoderó de todos sus miembros.

El anciano esperó un rato la respuesta, y habiendo notado sus movimientos los atribuyó á su orgullo ultrajado por haberle supuesto un momento capaz de humillarse hasta el punto de venir á implorar de él una reconciliación.

—Veo en vos, dijo, el carácter de vuestro padre, y sé que los Saldañas han sido siempre demasiado altivos para mendigar la amistad de cualquiera que sea; pero como podiais tener algun intento que proponerme sobre el que requiriérais mi asentimiento, he empezado por haceros ver que conmigo es imposible toda reconciliación.

—¿Y si dependiese de ella, exclamó tristemente Saldaña, la esperanza, la felicidad de un jóven que, aunque criminal, nada os ha hecho para merecer vuestro odio, si dependiera de vos que un alma se ganara todavía para el cielo en vez de que entregándola á la desesperación quede abandonada á todas las asechanzas

de Satanás; entonces, señor, entonces, qué diriais? ¿qué determinarías?

—Hablad, repuso al momento D. Jaime: el sábio rey D. Alfonso decia que todos tienen derecho á exigir siempre que se les oiga.

—Señor, continuó el conde lleno de agitacion; de este momento depende mi vida ó mi muerte; vos solo podeis pronunciar mi sentencia, vos solo podeis salvarme, de una sola palabra vuestra depende mi felicidad. No me considereis como el hijo de Rodrigo Saldaña, miradme como un extraño; suponed en mí un pasajero que en la oscuridad de la noche no puede encontrar un asilo donde refugiarse de la lluvia y os pide hospitalidad: mirad en mí un pecador arrepentido, un hombre que va á arrojarle á un abismo, y cuya muerte podeis evitar con solo tenderle una mano que le separe. Miradme así, y no me negareis el tesoro único que deseo en el mundo, el dia, la vida, el cielo de mi corazón.

—Hablad, pues, exclamó conmovido el anciano, y yo os prometo que como mi honor y el de mis hijos no peligre ni se mezcle en lo que me pidais, que olvidando todo resentimiento os concederé lo que me suplicais tan de veras.

Sancho Saldaña bajó un momento los ojos al suelo como indeciso, miró á D. Jaime, volvió á bajarlos, y como un hombre que arroja de sí un peso superior á sus fuerzas, dió un suspiro, y dijo en voz apenas inteligible: —Yo amo á Leonor.

—Sé que la habeis amado; continuad, repuso gravemente D. Jaime.

—La he amado, sí, pero nunca tanto como ahora, que veo en ella la fortaleza de mi descanso, repuso el conde; la he amado, pero ahora veo en ella sola el reposo y la paz de toda mi vida. Yo vivo ya mucho tiempo fatigado, y harto de cuanto bueno y malo me rodea; el mundo es mas viejo para mí, á pesar de mis pocos años, que lo es para vos al cabo de vuestra edad: todo está usado en él; nada hallo nuevo en la naturaleza; la luz del sol, la noche, la primavera, lo mas bello, lo mas tremendo con que puede recrear el cielo, ó amenazar en su cólera, nada me inspira un sentimiento nuevo; solo Leonor es el único objeto que puede inspirármelo, solo ella puede volver á mi alma la sensibilidad que ha perdido. Su mano...

—Jóven, ¿sabeis lo que me pedís? repuso D. Jaime levantándose con dignidad: nunca mi sangre se mezclará con la vuestra, así como la lealtad no se ha mezclado nunca con la traicion.

—Ved, señor, exclamó el conde, que va mi dicha en vuestras palabras.

—Silencio, replicó el caballero; os he oido con paciencia, y es cuanto podiais exigir de mí; os compadezco, pero no penseis mas en Leonor.

—¿Y me abandonareis así á mi suerte? dijo el conde en actitud decente, pero suplicante; ¿desechareis mis súplicas, y me dejareis en el camino de la perdicion?

—Basta, basta, replicó el anciano, y en verdad que

es humillante para un hombre de vuestro linaje abatirse tanto delante de su enemigo.

—¿Quereis serlo? respondió Saldaña recobrando su natural fiereza, impelido de su altivez; pues bien: sobre vos caigan los nuevos crímenes que me haga cometer la dureza de vuestro corazon; sobre vos caigan las maldiciones de un jóven perdido en lo mejor de sus años, y condenado ya en vida á todos los tormentos del infierno. Sobre vos...

—Basta he dicho, replicó irritado D. Jaime; salid de mi castillo, y dad gracias al modo y la intencion con que habeis venido, que no os mando arrojar por una ventana.

—¿A mí? repuso todo encolerizado D. Sancho; ¿á mí? pero conteniendo su ira, continuó: viejo cruel, no me precipiteis: un crimen es para mi poca cosa; dame tu hija, yo te pediré perdón, yo seré feliz, y te lo deberé á ti solo, sino... poseerla no me costará mas que cometer un delito.

—¡Hernando! gritó el anciano á su hijo, que se presentó al momento á su voz; echad del castillo á ese traidor, hijo de un traidor que viene á insultar mis canas.

—¡Conde D. Sancho!... dijo entonces Hernando.

—¡Hernando! ¡amigo! exclamó Saldaña.

—¡Conde D. Sancho! repito, obedeced á mi padre.

—Está bien, repuso el conde, salgo de vuestro castillo; no mancharé mi espada en la sangre del amigo de mi juventud, porque ya tengo bastantes manchas de sangre inocente en mis vestidos, pero juro que ha

de ser mia Leonor, ha de ser mia, ¡vive Dios! de fuerza ó de voluntad.

Dicho esto dejó el castillo, y metiendo espuelas á su caballo corrió á rienda suelta hasta Cuellar, sin ver el camino que llevaba, ni reparar si le seguia ó no su gente. Desde entonces mil imaginaciones, mil venganzas le agitaron, y la cólera y el orgullo luchaban en su corazon; pero ya sea el miedo de irritar á Leonor, particularmente si atropellaba el castillo de su hermano asaltándolo para robarla, ya que creyese, vista la guarnicion de la fortaleza, que era empresa de mucho tiempo y dificultad, lo cierto es que en mucho tiempo pareció haber olvidado su juramento, y no hizo ó no pareció hacer intencion de cumplirlo.

Con todo, dia y noche pensaba en su felicidad, y por consiguiente en Leonor, y resuelto por último á poseerla de cualquier modo, imaginó robarla como único medio que le quedaba.

VIII.

El Velludo, á quien daban este mote por el mucho vello de que estaba cubierto, era el ladron mas famoso en Castilla y el terror de aquellos contornos.

Habia sido soldado en su mocedad y militado en diversas partes, habiendo alcanzado en todas ellas fama de esforzado, y debiendo esta gloria tanto á su buena suerte como á su intrepidez natural.

Era entonces de edad de cuarenta años, y no habia

perdido nada de la robustez y fuerza de su juventud.

Fiero y colérico en demasía, no dejaba de ser á veces cruel si le arrebatava la ira, pero su índole era generosa naturalmente, y mas bien hacia mal por oficio que por inclinacion.

Durante las refrigas de Castilla, y en medio de la confusion que dominaba en el reino, habia tomado las armas y formado su tropa de bandoleros, saqueando acá y allá, tan pronto á un partido como á otro, prestando sus servicios á todos cuando la utilidad de éstos se convenia con su interés propio, y distinguiéndose siempre en sus hechos, tanto por su astucia como por la osadia de sus planes.

A éste, pues, comunicó los suyos Sancho Saldaña, imaginando diestramente el modo de robar á Leonor sin que él apareciese culpable.

Ya hemos dicho que habia dejado pasar al conde mucho tiempo desde la entrevista con D. Jaime hasta el momento de cumplir su empresa, y en mas de un año despues de la muerte del caballero no tuvo medio ó no se resolvió á efectuarla.

Presentósele la mejor ocasion que podia esperar; sabia que la caza era una de las diversiones favoritas de los dos hermanos, y habiendo introducido un halconero de su confianza en el servicio del señor Iscar, tuvo aviso del primer dia en que pasado el tiempo del duelo volverian los hermanos á su acostumbrado divertimento.

Llamó al punto al Velludo, y ofreciéndole una re-

compensa considerable, trataron juntos del modo de robar á la dama sin que él se comprometiese, y al contrario ganase su voluntad.

Para esto se valieron del modo ya referido en el capítulo anterior, teniendo Saldaña el intento de al siguiente dia presentarse delante de los bandidos que habian de huir á su vista, y abandonarle á Leonor para que él, como libertador suyo, mereciese de este modo su afecto con menos dificultad.

Pero el cielo, que vela sobre la inocencia y convierte en humo las asechanzas y los pensamientos del impío, hizo que en medio de la agonía de Leonor se presentase á deshora un sér en apariencia sobrenatural, que aterrando con su vista aquellos hombres supersticiosos y crédulos, la libertó por entonces de sus enemigos, y desbarató los planes del tétrico y desesperado Saldaña.

Capítulo V.

El bosque era muy espeso,
todos perdido se hane,

.....
andando á un cabo y á otro
mucho alejado se hae:
tantas vueltas iba dando
que no sabe dónde estae.

La noche era muy oscura,
comenzó recio á tronare.

(Rom. del marqués de Mantua y Valdovinos.)

I.

A este tiempo toda la tropa de Iscar estaba vagando por los pinares.

Los cazadores, despues de haber registrado el bosque por todas partes en busca de sus señores, [habian hallado al fin de mucho tiempo caido aun debajo de su caballo, que le habia cogido una pierna, al único testigo de la pérdida de Leonor.

Estaba éste con el humor que fácilmente podemos imaginarnos se encontraria en su situacion un hombre de un genio intrépido y arrebatado.

Habia visto robar á su hermana ante sus mismos

ojos á dos hombres que creía por su clase incapaces é indigos de medirse nunca con él, y que entonces se habian burlado de su valor derribándole, cometiendo su intento y mofándose de sus amenazas.

Añadiase ademas á esto, que ya era bastante para exasperar otro ánimo menos colérico y orgulloso que el suyo, haber estado mas de dos horas caido con su caballo, haciendo esfuerzos para levantarse, y sin haber podido siquiera mover la pierna, que tenia cogida debajo con tan crueles dolores, que solo podia calmarlos un tanto la ira que le sofocaba.

En esto llegaron, como se ha dicho, los cazadores, y Hernando en cuanto los vió,

—Juro á Dios, dijo, canalla, perros, que os he de mandar colgar de una almena: id, seguid por ahí todo derecho, á la izquierda han llevado á vuestra señora dos malsines como vosotros. Seguid por ahí, ¡vive Dios! ayudadme á salir de este maldito animal, que creo que me ha de haber roto esta pierna.

No habia acabado de decir esto, cuando un cazador ya viejo, y que parecia el jefe de los otros, gritó:

—Vamos, pié á tierra dos de vosotros, tú, Cantor, buen viejo, y tú Garci-Perez, ayudadme á sacar á nuestro amo.

Y diciendo y haciendo, cogidos dos de la cola del animal, y el viejo tirando de ambos brazos al caballero, lograron ponerlo en pié, aunque con mucha dificultad.

—Así me sucedió á mi en la batalla de... dijo el que

parecía capataz, mientras apoyaba la pierna derecha en la barriga del animal, y tiraba por bajo de los brazos de su señor. Vaya una noche que pasé; toda la noche debajo de mi caballo sin poderme menear mas lejos que un caracol en medio minuto.

—¿Y que diablos importa á nadie lo que te sucedió esa noche? interrumpió Hernando lleno de enfado; y sin saber con quién desahogaría su cólera.

—Cierto es que no le importa á nadie, replicó el veterano con la misma calma, pero á mi...

—¡Basta por Dios, Nuño, basta! y dadme ahí otro caballo y vamos, interrumpió otra vez el señor de Iscar.

—¡Que nunca me ha de dejar hablar! Vamos, es lo mismo que el padre: no podía sufrir que hablasen delante de él, munnuró Nuño entre dientes. ¿Pero qué, estais herido? añadió mirándole con cuidado.

—No, no tengo nada, repuso Hernando con impaciencia.

—La sangre es de este pobre animal, respondió el viejo á quien Nuño habia llamado Cantor; hacaído, si, pero como un pino hendido por el hacha del leñador.

—Pobre Brioso, dijo entonces Nuño acariciando la frente del alazan; ¿en dónde has venido á caer! ya se yo que tú eres leal para tu ginete; vaya, que se encargue alguno en llevar á este pobre bicho al castillo; quiero á este caballo, porque lo montaba muchas veces el padre de D. Hernando y nos hemos hallado juntos en mas de un encuentro.

—Vamos, Nuño, Nuño, á caballo, gritó Hernando,

reprimiendo su ira por el respeto que le imponia el mas antiguo servidor de su casa. Vamos; ¿así olvidais que está mi hermana en peligro?

—A caballo, contestó el veterano, y saltando en el suyo con mas ligereza que lo que prometian sus años, prosiguió diciendo: vamos, guiad á donde querais

—Voto va, continuó, siguiendo á galope la senda por donde habia echado su amo; voto va, que es doña Leonor la joya mas rica que hay en la casa. ¡Cómo la queria su padre! ¡Y á mi me quiere tanto! Por Santiago, que me muera yo esta noche si no la saco aunque sea de mano de los filisteos. Mira, Cantor, añadió dirigiéndose á su compañero, ¿te acuerdas de D. Jaime? Mira, mira como se le parece su hijo; ahí va á caballo, que por detrás me se figura que le estoy viendo. Te juro que como yo vuelva á hablar á doña Leonor... ¿Cómo la llamabas tú en tu cancion?... Aquello de un cielo...

—Todo es poco, repuso el Cantor, para alabar aquellos ojos de dulzura y de majestad.

—Sí, pero dí la cancion, insistió el viejo.

—¿Cómo quieres que recite yo versos al paso que vamos? ¿Te parece á tí que mis canciones son para oidas á galope, y en un camino?

—Toma, mas de una vez, replicó Nuño, las he tarareado yo yendo á escape á embestir á los enemigos: me acuerdo, en la batallá de...

—Calla, que el amo ha hecho alto y me parece que nos hace señas de que vayamos.

—Está de Dios, murmuró entre sí el buen viejo, que nunca me han de dejar hablar. En efecto era así como decia el Cantor.

II.

Hernando, adelantándose de toda su tropa, habia seguido á todo el galope de su caballo el camino por donde presumia que Usdrobal y Zacarías habrian conducido á Leonor; pero habiendo llegado á un sitio cubierto todo de maleza, y donde no habia seña de pisada alguna, creyó que habia perdido la senda, y los llamaba para tratar con ellos el rumbo que habian de seguir.

Empezaba ya á oscurecer, y la tempestad, que habia hecho recogerse á los bandoleros, anunciaba ya su furia con algunos relámpagos de tiempo en tiempo.

Poco impedimento era este para el ánimo del señor de Iscar, y mucho menos en la impaciencia que le agitaba; pero la absoluta ignorancia en que se hallaba del camino que habian tomado los robadores, le tenia suspenso y no sabia si pasar adelante ó volver atrás.

El convento del Pinar, único edificio aislado en aquel desierto, se descubria apenas á cierta distancia entre los árboles, y era de presumir que no habrian elegido aquel camino los bandoleros, siendo por razon del convento el más fácil que habia de hallar.

Por otra parte el rio Piron, que corre allí cerca, era el paso que dividia las tierras de Iscar de las de

Cuellar, y no era probable que hubiesen vadeado el rio hácia este punto, siendo fama que aquella parte era la única en todo el país respetada de los ladrones.

Perdido en estas imaginaciones habia hecho alto, y á poco tiempo tuvo á su lado al Cantor y á Nuño, que llegando á él muy quedito le preguntaron si habia descubierto algo.

—Nada, por mi desgracia, repuso Hernando. He venido todo el camino ojo alerta figurándome ver á Leonor tras de cada mata. La hemos perdido, añadió meneando la cabeza, y haciendo cierto rumor con la lengua contra los dientes de arriba, que anunciaba la poca esperanza que le quedaba. ¡Cómo ha de ser! Será menester que nos retiremos; la noche trae mala cara.

—Poco importa la cara que traiga la noche, repuso Nuño, si sabeis algo, ó podeis darme á mí indicios de dónde podria yo encontrar á doña Leonor. Que por Santiago, las tempestades y yo nos conocemos ya há mucho tiempo, y ni uno ni otro nos hacemos mal, y yo os prometo que como siquiera me indiqueis lo bastante para que yo imagine dónde se puede hallar, la he de traer, ó me he de dejar de llamar Nuño Vero. Me acuerdo una noche...

—Lo mismo digo yo, interrumpió el poeta. ¿Qué será de nosotros en el castillo si no vemos brillar nuestra aurora en los ojos celestiales de las vírgen de Iscar? No, es preciso buscarla á todo trance; es preciso.

—Bravo, buen trovador, exclamó Nuño, que aunque resentido de las interrupciones continuas que po-

nia el poeta á su conversacion, le habia hecho olvidar la que acababa de sufrir el buen deseo que manifestaba; tú me acompañarás en mi expedicion esta noche; y vos, cortinuó dirigiéndose al señor de Iscar, os podéis retirar con la gente.

—La gente se podrá ir sola, repuso el señor de Iscar, que por Dios no se ha de decir nunca que dejé en el peligro á la que mi padre confió á mi cuidado.

—Pero señor, replicó Nuño, la noche va entrando, y el huracan amenaza ser espantoso, y aunque ya mas de una vez os he visto enristrar lanza contra...

—Ya he dicho, interrumpió Hernando, que la gente se puede ir, y que yo me quedaré con vosotros.

—Está de Dios que nunca he de acabar de decir lo que siento, susurró á media voz Nuño Vero, para quien no habia nada tan incómodo como que le interrumpiesen cuando estaba hablando.

—Mandad á la gente que se retire, continuó su amo.

—Sí, replicó el veterano, todos se irán, menos ese halconero nuevo que viene ahí con nosotros, y que conoce esta tierra como la palma de la mano. Y cuanto mas, que siempre me acuerdo que vuestro padre recomendaba tomar un guia para ciertos casos, y mas de un ejército se hubiera perdido si...

—Pues bien, llamadle y vamos, interrumpió el Cantor.

—Voto va, señor trovador, dijo irritado Nuño, que más de una vez os he dicho que nunca me interrumpais cuando hable, y no parece sino...

—Vamos pronto, Nuño, antes que sea más tarde, dijo Hernando.

—Otra que tal, exclamó el veterano al verse interrumpido de nuevo; y metiendo espuelas á su caballo llamó al halconero, y ordenó al resto de la tropa que se retirase al castillo, lo que hicieron obedeciéndole, aunque todos con mucho disgusto y más gana de acompañar á su amo que de retirarse.

III.

Quedaron, pues, solos los cuatro, y habiendo preguntado al halconero si sabia la habitacion de los bandoleros, ó hacía qué parte podia caer, este respondió, que aunque no podia fijamente decirlo, creia que poco más ó menos acertaria. Y sirviéndoles de guia echó delante, y poniéndose todos en marcha emprendieron su camino á poca distancia de él.

Era este halconero el espía que, como se ha dicho, habia introducido Sancho Saldaña en el castillo de Iscar, y el que avisó al Velludo del día y sitio en que habia de suceder la caza.

Conocia á palmos aquella tierra, y era en efecto el mejor guia que podia haber tomado nuestro caballero, si hubiese ayudado su buena intencion á su habilidad.

Pero su voluntad era de las más torcidas, y en este momento no trataba nada menos que de entregarlos en manos de los bandidos para que los robaran y apriesionaran, y haciéndoles pagar su rescate, tener él

parte en la presa sin apariencia de culpa alguna.

Con este mal intento caminaba en medio de la oscuridad á la luz de los relámpagos que de tiempo en tiempo envolvian el bosque en un mar de fuego, deslumbrando á los caminantes, y sepultándolos en nuevas sombras y lobreguez.

Era el halconero naturalmente cobarde, y el estallido de los truenos y el brillo de los relámpagos espantaban su caballo de tal manera que á cada instante se paraba, renovando el miedo de su ginete con la supersticion que corria entonces, de que estos animales veian espíritus y aparecidos cuando reacios á la brida no seguian adelante su movimiento.

Pero el veterano Nuño, que tenia un temple de alma muy diferente, aunque en otras cosas pagara tambien tributo á la supersticion de su siglo, se acercó á él y dijo á su amo:

—El miedo de este necio le va á hacer perder el camino, y lo mejor será ponerlos á su lado, no sea que vuelva grupa en medio de la oscuridad y nos deje, como nos sucedió una vez el año de 1243, poco antes de...

—No me parece mal tu consejo, interrumpió Hernando, y poniéndose junto al guia, le dijo si estaba seguro del camino por donde iba.

—No mucho, repuso el guia, y creo que haríamos mejor en volvernos, porque el huracan amaga romper muy pronto, y puede sepultarnos entre la arena, cuando no debajo de algun pino de los que tronche.

—Cobarde criatura, respondió el Cantor, debias dar gracias al que te ofrece ocasion de ver uno de los espectáculos mas sublimes de la naturaleza, cual es una tempestad.

—Más me gusta en noches como esta, replicó el guia, una bota de vino con buena cena y una mala cama bajo techado, que la tempestad mas bonita que vos os podeis pensar. Que por Dios, que no es bueno andar á estas horas por los caminos.

—Siempre he oido decir lo mismo á todos vosotros, replicó Nuño; pero ya yo entiendo los guias, que de algo me han de servir cuarenta años que llevo de andar por el mundo, y ya no soy ningun niño y no me la pega nadie. Me acuerdo una vez que le metí á un paisano... hará ahora diez años, el de 1274, dia de San José por la noche, cuando entramos én el reino de Granada diez mil peones y mas de tres mil caballos, que como iba diciendo...

—Acabareis, voto á tal; interrumpió Hernando, que con los truenos y vuestra sempiterna charla no puedo oir bien las voces que me parece que suenan ahí cerca.

—No son malas voces, respondió el halconero; es el bramido del huracan, y lo mejor será que echemos hácia este lado, añadió dirigiéndose á las orillas del Adaja, si no queremos hallar aquí nuestra sepultura.

No habia acabado de decir estas palabrras, cuando se desató el huracan con tanta furia, que tuvieron que apearse de los caballos, y de allí á poco sintieron cru-

gir junto á sí los árboles y oyeron el estruendo de su caída.

—¡Dios mio! ¡Virgen Santa! gritó el halconero, tan despavorido y amedrantado, que sus miembros se paralizaron y no acertaba á moverse.

—Sácanos de aquí, ¡vive Dios! exclamó Hernando, cogiéndole fuertemente de un brazo, ó te barreno el pecho de una estocada.

—Adelante, pilló, gritó Nuño asiéndole del otro brazo, adelante, ó te ato ahí á un árbol para que observes despacio la tempestad como nuestro amigo el poeta, que está en sus glorias. Vamos, Cantor, ¿en qué diablos estás entretenido que no nos sigues?

IV.

El poeta entre tanto, sin acordarse del peligro que le rodeaba, contemplaba absorto á la luz de los relámpagos el trastorno sublime y la confusa belleza de la tempestad.

Ya veía rasgarse el cielo en llamas y descubrir á sus ojos otros mil cielos ardiendo, ya seguido de espantosos truenos lanzarse el rayo en los aires brillante como las armas de mil guerreros, ya imaginaba que oía en los bramidos del huracan los cantos de guerra de un ejército numeroso.

—Vamos, trovador, síguenos, le dijo Hernando cogiéndole de la aljuba á tiempo que un relámpago le mostró el éxtasis de su poeta.

El guía, temeroso de Nuño, que iba aconsejándole de desvanecer el miedo, so pena de verse obligado á cumplir la promesa que le habia hecho, emprendió de nuevo su marcha y el Cantor echó detrás de él con su amo.

—En verdad, dijo, que mejor tempestad ni más magnífico espectáculo hacia ya tiempo que no se presentaba á mis ojos. ¡Qué grandiosidad! No parece sino que el cielo, y el bosque, y todo está ardiendo en la naturaleza, y el bramido del huracan suena como los quejidos de las fieras que ven desaparecer entre las llamas el abrigo á que se recogian.

En esto llegaron á la orilla del rio, en cuyas aguas rielaban los relámpagos como si el fondo fuera todo de fuego, y el guía pidió licencia para reconocer el terreno, pues, segun dijo, estaba allí cerca la caverna de los ladrones.

Como no habia motivo ninguno para desconfiar, el señor de Iscar no tuvo reparo en dársela, aunque muy á despecho de Nuño, que queria seguirle.

Trató con todo de echar tras de él, y dejando su caballo al Cantor empezó á caminar á su lado; pero habiendo tropezado en las raices de los árboles á tiempo que un relámpago le deslumbró con su luz, cuando volvió á levantarse halló que el guía habia desaparecido, haciéndoselo creer del todo que habiéndole llamado á voces no respondia.

—Mal haya yo, exclamó, que te solté el brazo cuando caí por no romperme las narices, y no hice que te

rompieras el alma, haciéndote caer conmigo. ¡Tunante! ¡Hola, malsin! ¿donde andas? Yo te juro que si te cojo, que te he de enseñar á no abandonar otra vez en tu vida al que te tome por guia. Y no es eso lo peor, sino que, ¿cómo vuelvo yo ahora adonde ha quedado mi amo y ese maldito Cantor, que siempre me interrumpe en lo mejor de mi conversacion? Mira, malsin, prosiguió gritándole al guia, vuelve, voto á tal.... Bien decia mi amo el padre de D. Hernando, que á veces era precaucion necesaria llevar atado el guia de modo que no se pudiese escapar. Si yo le pudiese coger; ¿pero qué? pies para qué os quiero; irá ese tunante por ahí con el miedo que lleva que no le alcanzará el viento. Hasta el castillo lo ménos no pára de correr. Pero á bien que mañana será otro dia.

V.

No era el camino de Iscar el que habia tomado el halconero, y el buen Nuño se engañaba en su pensamiento, no siendo el miedo solo sino su mala intencion lo que le hizo desaparecer.

Con todo, las voces de Nuño le asustaron de tal modo creyéndose perseguido, que sin ir directamente á la cueva de los bandidos se agazapó y escondió entre unos matorrales hasta que cesó enteramente de oirlas.

Entonces arrastrándose como pudo, se deshizo hácia el rio junto á la boca de la caverna por dar el alarma

entre los ladrones, y avisar al Velludo que sorprendiese y robase al señor de Iscar.

Pero cuando ya estaba próximo á cumplir su traicion é iba á entrar en la cueva, fué cuando un espectro que él temia mucho, y conocia muy bien, salia de ella agitando una encendida tea, teniendo asida de la mano una hermosísima jóven, que le seguia toda trémula y demudada, y en quien el halconero reconoció á Leonor.

No creyó menos al ver la repentina aparicion, sino que aquella cueva era la entrada del otro mundo, y recogiendo en su mente cuantas oraciones y rezos pudo recordar en aquel apuro, empezó á santiguarse muy de prisa y á correr con mas miedo de la aparicion que de todo el riesgo con que le amenazaba la tempestad.

Entre tanto la maga apagó la antorcha, acaso por precaucion, y emprendió su marcha sin hablar palabra á Leonor, y sin soltarla del brazo, mientras esta la seguia como por instinto.

En esto Nuño, que siempre hablando entre sí habia seguido adelante por la orilla del rio, tropezando aquí, cayendo allá, y cada vez levatándose con más brío con la esperanza de hallar el guia, vió á la luz de un relámpago un bulto negro que se deslizaba y desvanecía entre los árboles.

—¡Ah malsin! exclamó; ya te he visto, y por Santiago que te he de atrapar ó mal me han de andar las manos.

Y favorecido de otro y otro relámpago que se su-

cedieron, siguió el camino que á su entender habia tomado el bulto que él imaginaba el guia.

Pero no habia andado muchos pasos, cuando crujiendo en mil astillas y estallando un pino en dos partes tronchado por el huracan, vino al suelo con grande estrépito tan cerca de él, que rozándole con las ramas le hizo dar en tierra cuan largo era.

Mil remolinos de arena pasaron sobre el pobre Nuño, y cuando pudo levantarse y abrir los ojos á la luz de un relámpago, divisó una cosa negra en el viento á cierta distancia, que á su entender cuando volvió la oscuridad habia desaparecido en el aire con el relámpago.

Ya hemos dicho que Nuño no dejaba en ciertas cosas de ser algo supersticioso.

Habia visto aquel bulto, que él imaginaba el guia, justamente junto al árbol que le habia á él derribado atropellándole en su caída, y siendo de presumir que el bulto negro hubiese caído precisamente debajo, cuando fué con intencion de ver si estaba reventado ó no, halló únicamente el tronco del árbol, y no oyó quejido alguno, ni tentó ningun cuerpo humano, como él aguardaba encontrar.

La vista del mismo bulto poco despues en el aire, á lo que él se habia imaginado, trastornó completamente su juicio, y se dió á pensar que el halconero habia muerto efectivamente en la caída del árbol, pero que apenas habia espirado, los diablos se lo habian llevado por los aires en cuerpo y alma.

—Ya me figuraba yo, se decia á sí mismo, que tú no eras bueno, segun el mucho miedo que tenias de andar de noche á estas horas; pero nunca creí que apenas cayeses en tierra muerto te hiciesen volar por los aires. ¡Jesús, Jesús me valga! Siempre me acordaré de aquel peregrino de Tierra Santa que contaba el caso de aquel condenado. ¿Pero qué diablos habria hecho este pobre halconero sino beber algun dia algun trago de más, ó dar suelta al halcon de cuando en cuando sin que lo supiese el amo? Yo para mí tengo que con un poco de purgatorio tendria bastante. ¡Quién sabe!!...

VI.

Entretenido en estos pensamientos caminaba, sin saber dónde, cuando el ruido de dos caballos que se acercaban le despertó de ellos, y parando el oido por si acaso le engañaba el viento, dijo:

—Ya os conozco, ya os conozco, que son el Rubí y el Moro que traen al amo y á nuestro músico. No hay caballo en el castillo que si le siento andar no le conozca yo por su nombre.

No habia acabado de decir esto cuando su amo y el Cantor llegaron junto á él, y pararon habiéndole conocido en la voz.

—¿Qué diablos haces ahí, Nuño? le dijo su amo: ¿dónde está el guia? ¿y cómo nos habeis dejado allí tanto tiempo?

—Muchas preguntas son esas, replicó Nuño, y para responder á todas con claridad...

—Vamos, hombre, responde, interrumpió Hernando, sin meterte en dibujos...

—Señor, respondió Nuño, no tengo que decir mas, sino que el pobre halconero, por muy léjos que esté el infierno, debe á estas horas estar ya en él, segun el paso á que ví le llevaban los diablos.

—¿Estás loco, Nuño, exclamó Hernando, ó te atreves á burlarte conmigo?

—Señor, respondió Nuño con gravedad, hace cuarenta años que entré al servicio de vuestro abuelo, y desde entonces hasta ahora no hay hombre viviente que pueda decir que me ha oído mentir una vez en mi vida. Lo que digo es tan cierto como lo que he visto yo, y repito que le ví llevar en volandas por los aires como no quisiera que me llevasen á mí; y como no creo que haya volado nadie hasta ahora, sino es en posta para el infierno, ó por permiso de Dios para ir al cielo, me inclino á creer que nuestro guia ha tomado el primer camino.

—Vamos, maese Nuño, sin duda que estais loco, respondió el Cantor.

—Vos lo estareis, señor músico, replicó Nuño encolerizado, que yo no lo he estado en mi vida, y sabed que si al hijo de mi amo le sufro que me diga lo que le parezca, no por eso aguanto que....

—Reportaos, Nuño, interrumpió el señor de Iscar, y vamos á nuestro castillo, si es que podemos acertar

con él. ¡Cómo ha de ser! continuó dando un suspiro; hemos perdido á Leonor, y ya veo que esta noche es imposible encontrarla.

VII.

Dicho esto, dejó el Cantor su caballo á Nuño, y llevando del diestro el que habia servido para el guia, echaron á andar en silencio, aunque Nuño no dejó de murmurar todo el camino picado con el poeta que le habia llamado loco, y á cada paso le interrumpia.

Por último, al cabo de muchas vueltas y revueltas, y despues de haber perdido más de una vez el camino, llegaron al castillo de Iscar, en cuyas almenas ardian las alumbradas, que se llamaban almenaras, y que habia costumbre de encender de noche siempre que se queria comunicar algun aviso á otras fortalezas, ó de dirigir tropa ó caminantes extraviados.

Poco antes de llegar, y para mayor desgracia, la tempestad se deshizo en lluvia con tanta furia que parecia que el cielo se desgajaba y deshacia en agua: así que, muertos de cansancio, calados y desesperados del mal éxito de su empresa, entraron en el castillo Hernando, el viejo Nuño y su contrapunto el Cantor, lleno el primero de impaciencia y de mal humor, y deseando que amaneciese, agitado de mil temores por la situacion en que su hermana se encontraria.

Al echar pié á tierra Hernando, el page que le tenia el estribo se acercó á él y le dijo, que aquella tarde,

poco antes de oscurecer, un caballero armado que venia del castillo de Cuellar habia estado á avisar que el robo de Leonor se habia cometido de órden de Sancho Saldaña.

Era la peor noticia que despues de tantos hazares podia recibir el señor de Iscar, y la que más lastimó su orgullo y su corazon.

Hasta entonces el cuidado por su hermana limitaba á chocar con una orda de bandidos y deshacerla; pero cuando supo que era el señor de Cuellar el robador de su honra, y recordó la escena que habia pasado entre su padre y él, su cólera rompió en mil imprecaciones y amenazas jurando extinguir hasta el nombre de su enemigo.

Subió á su cuarto acompañado de Nuño, bramando como un toro, confuso y desesperado, sin saber qué partido tomar en circunstancias tan apuradas, adoptando ya uno, ya otro, y desechando todos.

Por una parte conocia el poder del señor de Cuellar y la nulidad del suyo si le declaraba abiertamente la guerra; por otra no tenia otro medio de romper con él.

Por último, se resolvió á ir á buscarle á su castillo, tacharle de traidor y desafiarle.

—¡Infame! gritaba en su desesperacion paseándose por la sala; tú no querias mancharte en la sangre del amigo de tu infancia, pero querias mancharle con la deshonor de su propia hermana. Yo te juro ¡oh! ¡si! que me he de hartar de tu sangre. ¡Traidor, traidor á

tu rey y al que llamabas en otro tiempo tu amigo!

—Señor, exclamó Nuño, tranquilizaos: ¿qué nuevo motivo hay para que os dejeis arrebatar de esa furia? ¿Ha sucedido algo más á doña Leonor?

—¡Leonor! ¡Leonor! exclamó Hernando lleno de pesadumbre: ¿por qué no moririas en la cuna antes de deshorrar la sangre de nuestro padre? Pero no, tú no tienes la culpa, tú eres inocente y pura como el dia en que naciste.... ese mónstruo.... solo ese mónstruo, ¡oh! ¡oh!

Y diciendo esto se arrojó boca abajo contra la cama, bramando de cólera y de dolor.

—Señor, gritó Nuño, ¿qué teneis?

—Nada, repuso el señor de Iscar, levantándose como avergonzado de haber dado rienda suelta á su dolor delante de su criado; nada, véte, déjame.

—Pero señor... repitió el veterano, sentido de que su amo no se franqueara con él.

—Nada, Nuño, nada, repuso Hernando con calma. ¡Cómo ha de ser! hemos perdido á Leonor. Véte á descansar, véte; y empujándolo suavemente cerró la puerta, quedándose solo en su habitación, donde pasó la noche entre quejas y maldiciones, pensando en los medios de vengarse de su enemigo.

Capítulo VI.

¿Qué duende ó qué patarata
es el que veis, embusteros?

(El Dómine Lucas.)

I.

No bien se habia retirado Nuño del cuarto del señor de Iscar, cuando al bajar al patio donde estaban las caballerizas, el primer objeto que vió, ó que creyó ver, fué al montero, que él creia á aquellas horas en el infierno.

Pensó que era ilusion de sus ojos, y frotándose los con ambas manos, volvió á mirar y volvió á verlo, y frotóse otra vez los ojos y los abrió otra vez, y otra vez vió la misma cara, y la apariencia misma del guía.

Crejó entonces que era una aparicion, y alzando la voz empezó á decir:

—En nombre de Dios te digo que me digas quién eres, y á qué has vuelto al mundo, porque no creo que ningun muerto vuelva á él sin motivo. Y tú eres sin duda la aparicion del guía en su misma forma, y

como tu muerte fué tan inesperada, sin duda dejaste algunas cuentas que arreglar por acá.

No pudo menos el halconero de echarse á reir oyendo que le apostrofaba ya como si fuese ánima del otro mundo; pero en el temor que tenia á Nuño (y él sabia bien por qué), le hizo contener la risa y responder con mucho comedimiento:

—Estais equivocado, maese Nuño; yo no me he muerto nunca, ni soy ánima del otro mundo; soy el pobre montero á quien el miedo de la tormenta entorpeció tanto que no acertó á serviros de guía.

—No, repuso Nuño; tú eres algun diablo en carne, y puede ser que estés vivo; pero que tú no has volado esta noche por los aires, eso no habrá nadie en el mundo que me lo quite de la cabeza.

II.

Una carcajada que oyó detrás de él interrumpió en este momento la conversacion, y volviendo la cara halló que el que se reia era el Cantor, que habia estado oyendo sus exorcismos.

En ningun tiempo podia haberse presentado el Cantor á peor hora que aquella en que tan de repente se ofreció á los ojos de Nuño, y hubiera dado éste todos los dias que le quedaban de vida porque no le hubiese oido ni visto estar hablando con el halconero.

Con todo, reprimiendo la ira que le causaba para él su intempestiva risa,

—Por cierto, dijo, señor poeta, que no creo en esta ocasion haber dado motivo á que se burle nadie de mí, y que si no fuera por el mucho...

—Vaya, buen Nuño... interrumpió el Cantor.

—No me interrumpais, gritó el veterano.

—Pero hombre... fué á decir el Cantor.

—No me interrumpais, vive Dios, gritó otra vez Nuño encendido en cólera.

—Pues bien, seguid, repuso el Cantor.

—Pues bien, sigo, prosiguió Nuño, y digo... que... cuando... ya perdí el hilo; por vida de las interrupciones, que no parece sino que tratais de divertiros conmigo, y voto á tal que...

—No es eso, replicó el poeta, sino...

—Otra vez: ¡juro á Dios! exclamó el veterano cada vez con más enojo, que si me volveis á interrumpir, que os enseñe yo á hablar conmigo.

No era el Cantor hombre á quien imponian los gritos y las amenazas; pero á pesar de las continuas quimeras que á cada momento tenian, eran él y el buen Nuño compañeros inseparables, y ya hacia más de veinte años que eran amigos.

Uno y otro tenian su flaco, siendo el de Nuño figurarse que sus palabras eran de mucha importancia, y no sufrir que nadie le interrumpiese, y para hacer perder los estribos al poeta no habia mas que despreciar ó censurar su música ó las trovas que componia.

Uno y otro habian sido los favoritos de D. Jaime, que si en el uno premiaba la lealtad y el valor con su

estimacion, en el otro, como buen admirador de su rey, respetaba el talento, siguiendo la máxima de aquel verso de Alfonso el Sábio:

Ca siempre á los sábios se debe el honor.

Hernando, fiel en un todo á los principios de su padre, los miraba como dos joyas de su casa, y los tenia en tanta consideracion como si fuesen parientes suyos.

En este momento conocia el Cantor que la cólera de su amigo no provenia tanto de las interrupciones como de la carcajada con que le habia saludado al sorprenderle con el halconero, á quien él creia ánima del otro mundo, y así, torciendo la conversacion, le dijo:

—Pero ¿cómo diantres ha venido ese hombre aquí primero que nosotros?

—Yo no sé siquiera, replicó Nuño, cómo está aquí despues de haberle yo visto ir por el aire como si fuese una pluma.

—Sobre las alas del huracan como si fuese el genio de la tormenta, enmendó el poeta. Pero ¿vos creéis, Nuño, de buena fé que sea este *montero* que vemos aquí el mismo de carne y hueso que nos iba sirviendo de guia?

—Eso es lo que no afirmaré nunca, respondió el veterano.

—Tocadme y vereis, maese Nuño, dijo el halconero acercándose á él.

—*Vade retro*, gritó el veterano andando hácia atrás,

que sin duda tú eres algun demonio que vienes aquí para tentarnos, y no seria malo llamar al capellan del castillo que te rociara de agua bendita.

—Pues yo te juro, Nuño, replicó el poeta palpando al halconero, que ó este demonio está hecho y formado de la misma materia que lo estamos tú y yo (lo que no puede ser), ó es un hombre como nosotros, que no se ha muerto ni condenado nunca.

—No quisiera yo ser como él, respondió Nuño, y lo mejor será que, sea quien sea, se quite delante de mí, porque ya que le he visto volar esta noche, no quisiera verle hacer más milagros.

No aguardó el *montero* á que se lo dijese dos veces, antes á la primera se alejó y fué á su camaranchon á reposar, si podia, del susto que le habia dado la vista de la fantasma, y dándose la enhorabuena de haber salido libre de las manos de Nuño á tan poca costa, despues de haberle dejado solo sin guia en medio de la tormenta.

—¿Pero es posible que un hombre como tú, exclamó el poeta, con sesenta años á la cola, crea que ese hombre se ha muerto, se ha condenado, y haya vuelto á salir del tártaro solo para engañarte y alucinarle?

—Dejemos eso, repuso Nuño con algun enfado; yo juro que le he visto volar, y afirmo que si no es diablo le falta poco; y sobre eso que dices de haber vuelto solo para alucinarme, te digo que con todas tus trovas y mas años que yo no sabes lo que te pasa, y ahí está Garci-Perez que el año de 1250 en el mes de Ene-

ro en las montañas de Leon vimos un condenado....

—Quita allá, interrumpió el Cantor, que no sabes lo que te dices, y hablas como hablaria un caballo si tuviera don de hablar.

—Y tú no tienes mas [que mucho imaginarte, repuso Nuño, que sabes todo porque haces ahí cuatro coplas y rascas un poco el laud...

—Calla, profano, y no hables de lo que no es dado comprender á tu pobre imaginacion, respondió el trovador con enojo: ¿con que ese halconero está condenado? añadió con cierta ironía.

—Así lo estuvieras tú y tus trovas y tu laud, que maldita la falta que haceis, repuso Nuño.

—No las volverás á oir, y la culpa es mia el querer regalar orejas de Beocia con mis canciones.

—¿Orejas de... de qué? preguntó Nuño encolerizado; ¿de qué has dicho?

—De nada; á Dios, replicó el poeta.

—Sí, anda con Dios, y si me vuelvo á llegar á hablarte, quiero quedarme mudo para mientras viva.

Y viendo que se alejaba su compañero, continuó entre sí, á tiempo que se retiraba á su cuarto.

—Ese maldito Cantor todo se le vuelve querer precipitarme, y un dia nos la vamos á hallar los dos. Si no fuera que al fin y al cabo es un pobre hombre, y luego canta tan bien, y ha enseñado á cantar á doña Leonor, pobrecita; ¿qué será de ella á estas horas sin ningun amigo, sola entre una caterva de pillos?... No quisiera mas que verme allí con ella, que yo solo

bastaba para libertarla contra todos juntos. ¿Quién ha de descansar así? añadió echándose sobre la cama. ¡Cómo ha de ser! como dice D. Hernando, mañana será otro día, que decía siempre D. Jaime cuando no llevábamos lo mejor de alguna batalla, y teníamos que retirarnos. ¡Cómo ha de ser! volvió á decir: murmuró luego entre dientes algunas palabras, y se quedó por último profundamente dormido.

Capítulo VII.

Digo que es tentar á Dios

si mi amo es un menguado

un impio que no cree
que hay familiares, espectros,
lamias, brujas de copete,
vampiros, mágica blanca,
y mágica negra y verde;
yo confieso que hay de todo,
y confieso finalmente
que por presencia y potencia
existís.

(Cosme en la Dama duende.)

I.

Mostraba apenas el sol sus rayos derramando vida en la naturaleza, y desvaneciendo las últimas nubes de la tempestad, cuando un caballero armado de punta en blanco, montado en un soberbio caballo negro, salía del castillo de Cuellar, camino de Olmedo, seguido de alguna gente de armas.

Llevaba la visera alzada, y la cabeza inclinada sobre

él pecho, pensativo y triste, y en sus apegados ojos, rostro enjuto y sombrío ceño, daba á entender que aunque en toda la fuerza de la juventud, el furor de las pasiones habia amortiguado el brillo de su fisonomía.

Caminaba al trote, y parecia tan ageno de lo que le rodeaba, como si fuese un sér privado de todo sentido, ó llevase embebecida la mente en la contemplacion de otros mundos.

La escena que le ofrecia la naturaleza era en aquel momento bellísima.

Al frente y á lo lejos se descubrian las almenas de Torregutierrez, doradas del sol naciente; á un lado y otro brillaba el rocío en las rubias espigas que ondeaban mansamente al soplo del céfiro de la mañana, mientras en los oteros que ciñen aquel camino se veian colorar abundantes racimos entre los verdes pámpanos de la viña aun destilando el agua de la pasada lluvia, en cuyas argentadas gotas, que temblaban al viento, quebrando el sol sus rayos reflejaban mil iris de luz de vario y trasparente color.

Mas allá se divisaba á lo lejos el verde oscuro de los elevados pinos, aun confusos entre la niebla, que levantándose poco á poco entre visos y reberveros, parecia envolver misteriosamente el bosque como para ocultar en él á los humanos ojos la mansion de las Sílides y los aéreos alcáceres de las Hadas.

Pero nada de esto llamaba la atencion de nuestro caballero, que solo y delante, como hemos dicho, de

su comitiva, no levantaba siquiera los ojos, ni se distraia un momento de sus áridas imaginaciones.

Seguíale su gente guardando el mismo silencio, y en su ademan triste y sombrío aspecto podria haberlos comparado el poeta de Iscar á una banda de agoreros buhos, confusos y deslumbrados, huyendo de la luz del dia.

No obstante, á pesar de su apariencia lóbrega y disgustada, el señor de Cuellar sentia entonces latir con mas fuerza que de costumbre su corazon, á impulso de la esperanza que disipaba algun tanto el hastio que le dominaba.

Sus tormentos habian calmado un momento, su conciencia reposaba de su continúa inquietud, y la imágen de Leonor, suya ya, á lo que él presumia, vagaba ante sus ojos, despertando de su largo sueño sus sentidos aletargados.

Era para él el primer dia que podia decir que le lucia sereno despues de seis años de padecimientos, y si no se veia mas alegría en su rostro que la que ordinariamente manifestaba, no era que no sintiese ensancharse su corazon, sino el hábito del fastidio que habia contraído los músculos de su semblante.

Imaginábase presentarse á Leonor bajo el agradable aspecto de su protector en el triste estado en que ella debia encontrarse; complaciase en figurarse que en su humildad y arrepentimiento reconoceria ella aquel Saldaña á quien sino habia amado con todo el delirio del primer amor, habia mirado al menos con

aficion; deleitábase ademas con la dulce idea de verse correspondido, y volviendo entonces á su pensamiento la memoria de los primeros dias de su juventud, recordaba con placer aquella edad en que su alma veia todo con los ojos del entusiasmo brillante, hermoso, y representábase un porvenir de encanto y felicidad.

Pero su alma en medio de estos castillos que fabricaba su fantasía estaba llena de zozobra, y un negro presentimiento venia aun á turbar los sueños de su imaginacion.

Habia estado tantas veces tan cerca de poseer y aun poseyendo lo que en otros semejantes delirios habia mirado como el colmo de su dicha, y habia hallado tanto hastio, tanto disgusto despues del goce, que aun en estos instantes sombreaban su esperanza las tinieblas de la desesperacion.

Todos estos pensamientos, y otros mil que seria imposible pintar, agitaban en aquel momento su corazon, ya cercándole de imágenes agradables, ya llenándolo de inquietud y desasosiego, porque Saldaña, aunque endurecido en el delito, era menos malvado que criminal.

Ya habian andado buena parte de su camino cuando vadearon el Cega, y entraron en los pinares que están entre este rio y el Piron.

Llegado que hubo al sitio que le pareció mas oculto, mandó hacer alto, y llamando á un jóven, page suyo y en quien tenia su mayor confianza, le comunicó su

designio, mandándole que le siguiese, así como al trompeta que le acompañaba.

Dió órdenes á su tropa de colocar vigías é ir acercándose poco á poco al Adaja, manteniéndose prontos al primer toque que oyesen para acudir al punto donde él se hallara y la trompeta les indicare.

Hecho esto, metió espuelas á su troton, y seguido de sus dos satélites tomó á escape el camino donde él presumia que habia de hallar á Leonor.

II.

Entre tanto los bandidos, que le aguardaban á la otra orilla, no para entregarle la dama como él creia, sino para avisarle del estraordinario acontecimiento que les habia privado de poder cumplir su promesa, ofrecian un cuadro particular.

A un lado se paseaba el Velludo, cruzados los brazos á guisa de pensativo, y meneando la cabeza de tiempo en tiempo entre colérico y avergonzado: sus ojos lanzaban chispas, y echándose tal vez mano á las barbas se las mesaba y arrancaba, distraido de lo que hacia.

—¿Qué pensará de mí Saldaña, se decia á sí mismo, cuando hoy sepa que una fantasma, un ente aéreo, una mujer en fin, porque qué es la magasino una mujer, ha bastado para arrancarme mi presa, solo con presentarse, estando armado y en medio de toda mi tropa? ¿Qué pensará de mí sino que no soy otra cosa que un

baladron, y que todo mi valor se enfria, y que toda mi resolucion se pierde con solo que me hagan el bú como si fuere un niño de pechos? ¿Y qué hubiera hecho menos que yo una mujer? Por la Virgen de Covadonga, que con esta aventura voy á perder la fama que tantos años me ha costado ganar.

Mientras el Velludo se paseaba acometido de estos pensamientos, Usdrobal, mucho mas triste, aunque menos encolerizado, se habia sentado al pié de un pino pensando en la hermosura de la dama, reconviniéndose tambien su poco valor por haberla dejado ir, y ansioso de hallarla otra vez para ofrecerle sus servicios, protegerla y defenderla en cuanto pudiera, hasta borrar así la mala idea que ella hubiese concebido de su robador.

La imagen de Leonor, sus palabras, sus movimientos, todo estaba presente á sus ojos; creia sentir aun el tacto de sus vestidos, oir aquella voz de ángel que habia encantado su alma, ver su noble resignacion en la desgracia y aquella mirada capaz de ablandar una piedra; y la incertidumbre en que estaba de su destino le tenian tan pesaroso y sobresaltado como si la hubiese conocido desde la infancia, ella le hubiese tomado por su protector, y él estuviese obligado á favorecerla.

A otra parte el hipócrita Zacarías se paseaba con su rosario en la mano, y entregado como de costumbre á sus meditaciones, sin acordarse de la dama mas que para sentir no haberse apoderado de las alhajas

que tenia encima, y haber perdido aquella ocasion, ya que al cabo y al fin nada hacia á su conciencia haberse hecho dueño legítimamente de lo que sin duda ya á aquellas horas habria hecho desaparecer la maga con sus encantos.

Mas allá sentados sobre la arena estaba el resto de los bandidos jugando al dado con tan poca apension y memoria de lo acaecido la noche antes como sino hubiera sucedido nada, siendo toda gente soez y desalmada, que no pensaban jamás sino en lo que tenian delante, abandonando el porvenir á la suerte y olvidándose siempre de lo pasado.

Reian, bebían, juraban y armaban á cada momento pendecia con tales voces é insultos, que cualquiera hubiera creído al oir sus amenazas é imprecaciones que iban á venir á las manos unos con otros, segun lo sofocados y alborotados que se ponian.

Algunos estaban de pié mirando jugar, celebrando las suertes ó criticándolas, alegrándose y rabiando lo mismo que si tuviesen parte en las ganancias ó pérdidas.

Otro les escanciaba el vino, mas cuidadoso de la bota que un enamorado paladin de la dama de sus pensamientos, y todos hablaban y todos se divertian. Pero entre todas las voces sobresalia como un trueno la voz de un catalan que se alborotaba y juraba mas que todos los bandidos juntos.

—Voto á Deu, gritaba á tiempo que acababa de ganar una suerte, y el mismo grito resonaba con acen-

to duro y áspero eco en los oídos de todos cuando perdía.

No se podía juzgar por sus hechos y sus palabras cuándo le iba bien ó mal en el juego, levantándose y dándose de puñadas en la cara y jurando cuando perdía, y apuñeteándose, jurando y levantándose cuando ganaba, desesperado de no haber puesto más dinero entonces que la suerte le favorecía.

Entre tanto Zacarías de cuando en cuando se acercaba al corro, jugaba, ganaba y se retiraba.

—Hijos míos, decía, más vale pasar el rato entretenidos en buenas obras, que no echar el día á perros como otros hacen. *Itaque homo*, como dice no me acuerdo en qué salmo, encargando de no estar ocioso. *Fremuerunt gentium*, está de Dios que habeis de perder: sino haceis más que maldecir, ¿cómo quereis que os proteja la Providencia?

Y con este y otros discursos se acercaba y se llevaba el dinero de los demás con mucha sutileza y aspecto muy melancólico.

—Voto á Deu, exclamó el catalán, que este ira de homo se mama el dinero rezando, y cata que se lo lleve.

—Pues yo, voto á Mahoma, gritó el morisco, que como vuelva á entrar la mano, jugando yo... que ya me lleva ganado casi todo lo que tengo, y...

—Paciencia, hijo mío, replicó muy dulcemente Zacarías; no te enojés ni aires por haber perdido este vil metal, que tú eres de los que dijo el profeta, *dabo alie-*

nibus, daré todo cuanto tenga al que sea cristiano.

—No entiendo yo latines, maestro Zacarías, repuso el morisco encolerizado; pero se manejar la daga como el mejor de los que aquí están, y ya os lo he dicho más de una vez.

Hízose Zacarías el desentendido, y se retiró á un lado á pasar cuentas á su rosario, haciendo como que rezaba, y fijos los ojos al mismo tiempo en el juego sin perder suerte alguna de las que pasaban.

—Vamos, no haya disputa, dijo á este tiempo el ladrón viejo que habia contado la noche antes el cuento del caballero: ¡juego! y echando la taba, que era de diversos colores y estaba pintada de cada lado, la tiró al aire, teniendo todos los ojos clavados en ella cuando cayó para ver el color que habia quedado hacia arriba, y que era señal de la ganancia ó pérdida de cada uno.

Aquí fué donde perdió enteramente los estribos el catalán, que habia pasado tres suertes con esta sin ganar en ninguna de ellas.

Echóse mano á las barbas y se las arrancó de cuajo, levantándose de repente como si le hubiera picado la víbora, gritando y renegando, y tirando el dado, que no parecia sino que se habia vuelto loco y tenia en su cuerpo un enjambre de diablos.

—Voto á Deu, mala ira me trinque el coll, gritaba, que non ha pas suerte que la mia.

En esto volvió á llegarse Zacarías al corro, á tiempo que el morisco tomaba la taba para tirarla, y cuan-

do estaba en el aire echó en el suelo algunas monedas diciendo:

—Al blanco, que es el color del alma de los justos.

A pesar de que no habia jugado á tiempo todos callaron, y el morisco no avisó ni dijo palabra, pensando que saldria otro color y le ganaria; pero la suerte protegió esta vez á Zacarías como las demás, y él pasó detrás de su antagonista para recoger su ganancia.

El morisco, que sintió que apoyaba su mano izquierda sobre su espalda á tiempo de inclinarse adelante para ejecutar su intento, como estaba ya irritado viendo que siempre perdía, y no quedándole además dinero con que jugar, y siendo la cólera á que provoca el juego al perdidoso la más violenta y arrebatada de todas, echó hácia atrás ambos codos empujando á Zacarías con tal fuerza, que lo arrojó de sí gran trecho, dando traspiés y dejando caer el dinero que habia cogido.

Rieronse todos de ver al viejo hipócrita andar de espaldas con tal viveza y poca seguridad, y el morisco dijo con aire de desahogo, volviendo la cabeza á mirarle:

—Vaya, señor Zacarías, idos á rezar, y no vengais á ganar aquí con trampas el dinero á quien, aunque no reza tanto, es tan bueno como vos y como pudo ser vuestro padre.

—Tin firme, gritó el catalan riendo, que el vino os fa mal, y andais con él á patadas.

No respondió Zacarías á ninguno de estos insultos,

ni mostró en su fisonomía señal ninguna de [descontento, antes acercándose otra vez recogió su dinero con mucha calma, diciendo en el tono melancólico que acostumbraba:

—Hijos míos, el cielo protege á los buenos, y este moabita hace mal en enojarse con el justo, porque *su alegría será pasajera*, aunque á decir verdad, pero todo esto es una chanza, y me alegro que no haya perdido el buen humor, ya que ha perdido el dinero.

—No lo doy yo por perdido, señor justo, repuso el morisco, mientras que esté en vuestro bolsillo y vos sigais en mi compañía, que todavía me quedan manos para ganarlo.

—Tienes razon, hijo mio, contestó Zacarías, y para que veas que quiero darte el desquite, dame esa taba que voy á darte la suerte.

Diciendo esto la tomó, y llegándose cerca del morisco se sentó á su lado diciendo:

—¡Atencion! vamos: que Dios nos dé á todos buena ventura.

Y echó el dado al aire con tal presteza, que no parecia sino que habia sido aquella la ocupacion de toda su vida.

Ganó él, y el morisco perdió de nuevo algunas monedas que le habian prestado.

Echóla otras dos veces al aire y volvió á ganar, pero la última creyó el morisco que le habia visto volver la taba al tiempo de echarla, y gritó que estaba haciendo trampas, lo que no es creible en la san-

tividad, buena fé y natural desprendimiento de Zacarías; pero, á pesar de estas conocidas virtudes, otros afirmaron lo mismo, y el morisco, alzando el grito, juró ó que le volvería el dinero, ó que se lo había de quitar por fuerza; á lo que Zacarías respondió, que no debían creer la voz del impío, y que había jugado lealmente; pero el morisco, que ya no aguardaba á razones, montando en cólera se arrojó á coger el dinero que tenía Zacarías en la mano izquierda, jurando y perjurando que se lo había de arrancar ó poco había de poder.

—Déjame y no precipites al justo, le gritaba Zacarías, mientras los demás azuzaban al morisco para que se lo arrebatase.

—¿Qué quieres de mí, hijo mio?

—Quiero que me des, perro, lo que me has robado, repuso el morisco sin soltarle la mano, y forcejando por abrísela y cobrarse lo que había perdido, y algo más si podía; pero se las había con quien hubiera soltado el alma mil veces antes que un solo cornado.

Con todo, sin perder nada de su dulzura, y como si no comprendiese la causa de la embestida de su compañero, repitió:

—No te dejes llevar de la ira de Satanás. ¿Qué quieres de mí, hijo mio?

—Mi dinero, ó tu corazón, replicó el morisco furioso de la cachaza de Zacarías.

—Vaya, repuso éste sin mudar de tono, ¿te has empeñado? pues toma.

III.

Un grito del morisco, que cayó en tierra nadando en sangre, fué el primer aviso que tuvieron los bandidos que estaban viendo la escaramuza de la especie de regalo que le había hecho el justo, viendo después en la derecha de este relucir el cuchillo de que había echado mano sin que ninguno le apercibiese.

El morisco quedó tendido sin decir palabra, y los que se acercaron á reconocerle vieron que estaba muerto.

Este acontecimiento despertó á Usdrobal de su letargo, y al Velludo le distrajo de sus imaginaciones; pero como para este último era todo aquello cosa de poco momento, y estaba muy acostumbrado á ver diariamente escenas de esta naturaleza, se contentó con restablecer el orden y hacer que por entonces el juego se suspendiese.

—Este pobre mentecato, dijo mirando con frialdad el cadáver, no sabía que el cuchillo de Zacarías es como las uñas del gato, que arañan antes de que se vean. Llévadle de ahí, y echadle ahí más abajo en el río.

—Para qué nos hemos de cansar tanto; que se quede en un lado, que se lo minchen los grajos, respondió el catalán.

—Bien puede mi maestro, dijo Usdrobal, enseñar á dar puñaladas cara á cara sin que le vean, que no parece sino que las da por la espalda. Vaya, y qué bien

que sabe aplacar la cólera de cualquiera. ¿Pero dónde está? ¿Se ha ido?

En esto al volver la cabeza le vió que se paseaba allí á un lado con el mismo aire compungido y devoto que de costumbre, con su rosario en la mano, y rezando con mucha tranquilidad como si acabase de oír misa.

—Me alegro, dijo Usdrobal, que no pudo menos de horrorizarse al verle rezar, ó aparentar que rezaba con las manos ensangrentadas, me alegro que os quedeis tan fresco despues de haber enviado al infierno el alma de ese pobre morisco.

—Me quedo así, querido Usdrobal, repuso el maestro, porque mi conciencia está limpia, y has de saber que la muerte de un sarraceno, de un moabita, no es pecado, y sino ya ves que el santo rey don Fernando mató muchos...

—Con la espada en la mano, respondió con indignacion Usdrobal, cara á cara y por la verdadera causa de Dios, y no villana y traidoramente como vos hicisteis.

—*Pauci vero electi*, respondió Zacarías; pocos son los escogidos, pero si alguno lo estaba para la horca era ese enemigo de Dios, y así no me remuerde la conciencia, antes bien me alabo de haber ahorrado á otras buenas gentes la incomodidad de colgarle y el gasto de la cuerda.

—Tambien me parece á mí, replicó Usdrobal, que sois vos de los escogidos para morir sin poner los

piés en el suelò, porque á fé mia que os huele el pescuezo á cáñamo de una legua, á no ser que alguno haga con vos lo mismo que vos habeis hecho con el moabita en pago de vuestras buenas obras.

El tono de estas últimas palabras fué tan siniestro, que Zacarías no pudo menos de echarle una mirada de arriba abajo temeroso de algun asalto, y seguramente no habria tenido buen fin esta conversacion á juzgar del ceño de Usdrobal, y el desprecio con que miraba la hipocresia de aquel miserable, si el Velludo, que vió venir de lejos al señor de Cuellar, no le hubiese interrumpido en este momento para que viniese á recibirle con él.

—Vamos, le dijo segun iban andando, á confesar vuestra vergüenza, á decir á ese señor que vino el cóco y asustó á doce hombres. Por la Virgen de Covadonga que en la vida me ha sucedido otra igual.

—Fué la sorpresa, capitan, repuso Usdrobal, que nos dejó sin saber qué hacer.

—¿Y cuándo ha habido nada en el mundo que haya sorprendido al Velludo? ¿Y habia de ser una bruja, ¡vive Dios! la que me habia de quitar mi fama?

IV.

En esto llegó á ellos Sancho Saldaña, que habiéndolos visto que se acercaban no pudo menos de sobresaltarse, pensando si habria sucedido algo á Leonor, ó habria hallado medio de evadirse de los ladrones.

Su rostro mostraba el desasosiego, y sus ojos giraban acá y allá como desatentados; traía el caballo fatigado del largo escape que había corrido, y venía cubierto de lodo hasta la cincha.

—¿Dónde está? ¿Está ahí? preguntó con voz ahogada, y fijando los ojos en el Velludo.

—Ahí estuvo, respondió éste, pero ya se la han llevado.

—¿Quién? repuso al momento el señor de Cuellar. ¿Quién, vive Dios? ¿Y vosotros os la habeis dejado quitar, cobardes?

—No creo, replicó el Velludo mordiendo los labios de rabia, que haya yo merecido nunca ese título, pero ahora teneis razon, no soy más que un gallina.

—Responde, canalla, replicó el de Cuellar. ¿Dónde está Leonor? ¿Quién se la ha llevado? Por todos los santos juro que estoy tentado de hacer un extrago en todos vosotros, añadió frunciendo las cejas y contrayendo todos los músculos de su rostro con tan sombrío ceño, que Usdrobal creyó que estaba delante del príncipe de las tinieblas.

El Velludo entre tanto no respondió ni hizo movimientos algunos, clavados los ojos en tierra, una mano en la boca, y batiendo el suelo muy de prisa con la punta del pié derecho.

Miróle Saldaña un instante, y echándole encima el caballo, le cogió del brazo izquierdo zamarreándole.

—Dí, pillo, dí, ¿dónde está? ¿Quién te asustó?



Sancho pregunta al Velludo por Leonor.

Alzó la vista el Velludo, y mirándole con ojos que parecían centellas,

—Conde, le dijo, no me cojais así... Por la Virgen... Soltadme, conde, soltadme, añadió arrancándose con fuerza de su mano. Yo sé lo que he hecho, sé que voy á perder mi reputacion...

—Tú me has vendido, malsin, exclamó el conde.

—Usdrobal, respondió el capitan, dile lo que pasó, yo no puedo; dile el ejército que tuvo que venir á llevársela.

—Un demonio, señor, repuso Usdrobal, una bruja, un fantasma que entró á deshora en la cueva, nos confundió á todos, y delante de todos se la llevó en medio de la tempestad.

—¡Dios! ¡Dios! exclamó el conde mirando al cielo y retorciéndose las manos de ira. ¿Es posible que todo el infierno junto me persiga? Tú mientes, canalla, añadió dirigiéndose á Usdrobal. ¿Y quién es ese fantasma?

—Yo no miento, conde, repuso Usdrobal; lo que os he dicho es verdad, y en cuanto á saber quién es la bruja no será muy difícil, porque creo que ha de vivir ahí en las cercanías.

—¿Dónde? llévame al punto, que juro á fé de caballero entrar y sacarla aunque sea de las garras de Satanás. Tantas fatigas por alcanzarla, y siempre huyendo de mí, y ahora cuando ya era mía... ¡Por Santiago! ¿He de ser yo siempre infeliz? ¡Infeliz!

Acompañó el conde estas últimas palabras con un

rugido como el de un leon que siente en su pecho el venablo del cazador y se ve arrancar su presa en el momento de devorarla.

—Señor, respondió el Velludo, no sé fijamente el camino que va á la habitacion de esa maga (que Dios maldiga), pero aquí habrá quien lo sepa. ¡Ojalá nunca hubiera sabido ella el de la mia!

—¿Pensais ir, señor conde? preguntó Usdrobal.

—Sí, replicó Saldaña, que habiendo perdido ya la energía del primer movimiento, habia quedado pensativo oyendo la respuesta del capitan. ¿Y quién ha de venir conmigo? continuó.

—Yo, repuso Usdrobal con resolucion, en habiendo quien me enseñe el camino.

—¿Tú te atreves? preguntó el Velludo.

—¿Y por qué no? respondió Usdrobal; es preciso lavar el borron que nos cayó anoche.

—Sí, sí, es preciso, dijo entre sí el capitan, iremos, voy á ver si hay alguno que se atreva á enseñar siquiera el camino; y diciendo esto, echó á andar hácia su compañía.

A pesar de ser todos hombres tenidos por animosos, no hubo ninguno que se resolviera á acompañar en esta empresa á su capitan.

—El señor de Cuellar, dijo uno, puede ir solo, que ya debe conocer el camino de los infiernos. si es verdad lo que dicen que anda en negocios propios con Lucifer.

—No le acompañaré yo ni me acercaré por allí en

cien leguas, respondió el viejo de la cara cortada. En fin, por más que les rogó, mandó, amenazó y ofreció el Velludo, no pudo lograr otra cosa sino la promesa de uno de ellos, que ofreció proporcionar un paisano de Olmedo, hombre muy temido de las brujas por ser de oficio saludador, que los llevaria adonde quisiera, si la paga era correspondiente al peligro á que se ponía.

En este tiempo Sancho Saldaña habia vuelto á su estado de insensibilidad, y Usdrobal estaba contemplándole detenidamente.

Admirábale el ver su frente cargada de arrugas, sus ojos grandes y hermosos, pero mustios, sus cejas ya naturalmente juntas á fuerza de contraerlas, sus mejillas secas y hundidas, al mismo tiempo que en su apostura y gallardía á caballo se descubria en él el porte, el continente y la arrogancia propios de un caballero tan poderoso.

—¿No ha vuelto aun tu amo? preguntó á Usdrobal como volviendo lentamente de un sueño.

—Ahí viene mi capitan, respondió Usdrobal recargando en esta palabra.

—¿Hay guia? preguntó Saldaña.

—Habrá uno, con vuestro permiso, que vendrá esta noche, respondió el Velludo.

—¿Y ahora no? Ya yo me lo imaginaba, dijo el conde con alguna muestra de despecho; tú me avisarás.

El Velludo iba á excusarse de no poder ofrecer un guia en aquel momento, pero Sancho Saldaña sin oír

más, volvió su caballo maquinalmente, y se alejó á escape por donde habia venido, seguido á cierta distancia de su page y de su trompeta.

—Parece hombre extraordinario, dijo Usdrobal siguiéndole con los ojos, y no tiene trazas de tener nunca muy buen humor.

—El de un condenado, contestó el capitan, aunque yo creo que es el mismo diablo en persona.

Dicho esto, volvieron adonde estaba la banda, muy contento Usdrobal en parte, de que la maga, robando á Leonor, hubiese así estorbado que se cumplieran los deseos del señor de Cuellar.

Capítulo VIII.

¿Más qué será consuelo á un desdichado?
Todo le cansa, aflige y le acongoja,
fuego es el agua, el céfiro pesado,
aunque vaya saltando de hoja en hoja:
sierpes las flores, áspides el prado,
del claro arroyo el murmurar le enoja,
que cuanto por el campo alegre suena
sospecha que murmura de su pena.

(Lope de Vega.)

Más perlas pendian de su hermosísimo
cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenía
en su cabeza.

(Cervantes.)

I.

Sancho Saldaña volvió á su gente melancólico y silencioso, y mandándoles que le siguiesen llegó á su castillo harto desesperado y de mal talante.

Arrojóse á tierra de su caballo, que entregó á un escudero, y llamando á su page favorito subió á una sala del primer piso, donde sin hablar palabra le hizo señas que le desarmara.

Quitóle la cota de armas y el casco, y tirando Saldaña la espada sobre una mesa, salió del cuarto, pasó á otro, y corrió varias salas distraído y cabizbajo, echando á un lado y otro miradas torvas, puesta al barba sobre el pecho, los brazos caídos, y por último se arrojó sobre un sillón de respaldo que estaba junto á una gran mesa de mármol.

Puesta la mano izquierda en la mejilla, y apretando el puño derecho casi sin advertirlo, ya parecía colérico, ya reposado, ya á veces amargamente se sonreía.

Hablaba solo, ya entre dientes, ya á voces, palabras interrumpidas.—¡Leonor! Sí.... decia: el infierno.... ¿Y qué importa?.... ¿No somos ya todos unos?.... ¡El infierno!.... ¿Que la robe el infierno ó yo?.... ¿No soy yo un infierno?.... Aquí (señalándose al corazón) ¡demonios! gritaba.... yo.... sí.... tentaré las almas por vosotros. Soy peor que vosotros. ¡Já! ¡já! ¡já! Y soltaba una carcajada histérica y espantosa, capaz de poner grima á los mismos que él invocaba.—¡Ah! continuaba precipitadamente, si en el infierno pudiese yo vivir con ella.... ¿Vivir con ella?—Allí, allí, añadía clavando los ojos en tierra, sería mi cielo, sí, mi cielo. Ella.... es un ángel. ¿Qué haré? ¿Dónde huiré de mí?.... ¿dónde descansaré? No, mientras viva, jamás.... ¿Y despues? ¿Despues? ¡Qué horror! Un abismo inmenso de penas; en fin, la mayor de todas, la vida misma que detesto eterna, eterna en la agonía de los condenados. Yo no moriré nunca.... Tal vez....

para volver á vivir. Yo soy réprobo de Dios, sentenciado á vivir toda una eternidad, a respirar fuego, á ser execración de los hombres, mofa de los demonios.... Ya rechinan sus dientes de alegría: hélos, hélos allí.... ¡Oh! no, no, ¡piedad! ¡maldicion! ¿Qué oigo? Sí, la maldicion de mi padre.

A esta última parte de su discurso se levantó con los ojos desencajados, fuera de sí, frenético, preguntándose y respondiéndose á sí mismo, como si oyera otras voces, rechinando los dientes, sus cabellos erizados, y corriendo acá y allá como si alguien le persiguiera, con muestras de espanto y gestos á veces suplicantes y á veces desesperados.

Duró un momento el delirio, y como si se hubiesen poco á poco desvanecido á sus ojos las sombras que le creaba su imaginacion, y le asombraban á su entender, arrancó un suspiro de su fatigado pecho, y arrojándose en la silla segunda vez quedó algun tiempo con apagado aspecto y sombrío ademan en la misma actitud de antes: enajenado.

Largo rato permaneció así, sin dar otra señal de vida en sus movimientos que su agitada respiracion, manteniéndose inmóvil como una estatua, sin mover pié ni mano ni mudar la vista. Por último, dando un suspiro, exclamó:

—¿Qué haré? ¡Tengo que vivir por fuerza!!! Veamos si hay algo que me distraiga. ¡Qué! no habrá. El mal está en mí mismo, no en lo que me rodea. He oido decir que la lectura divierte: seis años há que no leo.

¿Y qué he hecho en todo este tiempo? Nada. En fin, probemos. Leeré.

Y alargando la mano á algunos libros bastante voluminosos que estaban sobre la mesa, forrados en vaqueta encarnada con molduras de oro en los extremos, y cerrados con broches de lo mismo, miró los títulos que sobre pergamino blanco estaban, abriéndolos uno tras otro, y deteniéndose un rato para leerlos.

Era el primero que tomó un tratado de astrología de D. Alfonso el Sábio, soberbiamente manuscrito con letras de tinta encarnada sobre pergamino vitela; miró su título, y arrojándolo con desabrimiento tomó otro escrito, encuadernado con la misma riqueza, y dijo:

—Veamos qué es este, y si engaña mémos y sirve para más que la astrología. «*Cantigas et trobas sagradas en alabanza de Dios, et vidas et fechos de caballeros, compuestos por el famoso Nicolás de los Romances, trovador del muy noble, muy grande rey D. Fernando III, conqueridor de Córdoba, et de Sevilla, etc., etc.*» Libro es este que me entretuvo mucho en mi juventud. ¡Ah, entonces yo trovaba también, yo canté mis amores á Leonor, y ella me oía! Pero no soy ya el mismo: entonces yo era un hombre, yo amaba, yo vivía; ahora lo aborrezco todo, á mí mismo, á Leonor... Sí, la aborrezco, pues trato de sacrificarla haciéndola partícipe de mi fastidio. No, este libro no lo leeré; su lectura me atormentaría; aquí se celebra la gloria y

el amor, aquí se alaba á Dios, y yo no soy digno de darle alabanzas, ni me atrevo á rezarle ni á suplicarle, y la gloria y el amor son ya plantas estériles en mi alma. Veamos otro, continuó, echando el Romancero á un lado, y tomando otro más voluminoso, forrado en blanco, encuadernado con riqueza y escrito asimismo en caracteres latinos, y con tinta encarnada como los otros.

—¡Ah! La Sagrada Escritura, dijo después de haber leído el título: este es el libro de Dios: ¿será un aviso del cielo, que compadecido de mis miserias querrá mi arrepentimiento? Ya es tarde; no hay arrepentimiento tan grande que baste á lavar mis culpas. Ya es tarde, y yo he sido sentenciado hace tiempo. Pero en fin, leamos, añadió, como resolviéndose á poner término á los encontrados sentimientos que le agitaban, y tomando el libro y abriéndolo sobre la mesa se sentó en una silla, y después de haber hojeado un momento, parándose de tiempo en tiempo como para repasar el principio de las materias, y al parecer buscando algo determinado, halló el libro de Job, y empezó á leer muy despacio, aunque sin torpeza, y con bastante claridad para aquel tiempo, el versículo de Isaías que dice de esta manera: «*Debajo de ti se tenderá la polilla y te cubrirán los gusanos.*» ¿Y es este el premio de mi arrepentimiento? exclamó cerrando el libro con ira, y dándole con fuerza para arrojarlo á un lado sobre la mesa. Otra maldición. ¡Oh! Es demasiado, es demasiado: mi alma está llena de remor-

dimientos, mi corazon de hastío, y en mi oído solo resuena el eco de las maldiciones que me persiguen. Es demasiado. ¡Oh! Salgamos fuera de aquí, continuó, levantándose con precipitación. El aire de esta sala está infecto, me ahoga; yo necesito más aire, y aquí no puedo respirar siquiera. A más, ¿qué tiene de extraño que me fastidie? prosiguió como deteniéndose, y queriendo él mismo inspirarse la esperanza que no tenía. Estoy solo, y la soledad fatiga, y no ofrece ningún pasatiempo ni diversion. ¿No soy yo el señor de este pueblo? Pues que vengan mis vasallos á divertirme. ¡Hola! ¡Jimeno! ¡Duarte! ¡García!

Jimeno, su favorito, fué el primero que respondió á sus voces y entró en la sala á ver lo que deseaba.

Llegó á su amo con un aire de alegría y familiaridad que á la verdad no parecia propio del privado de un hombre tan tétrico como Saldaña; pero esto mismo era precisamente lo que le habia valido su confianza.

II.

Era este favorito de mediana estatura, y su rostro sin barba, su color blanco, sus facciones delicadas, ojos azules vivos, y sus cabellos rubios y rizados, hacian de él lo que se llama una miniatura.

Su boca, cuyos labios coloraba el más vivo carmin, tenia un corte maltioso, que, aunque podía decirse

que le agraciaba, habria hecho no obstante á un buen observador desconfiarse de su honradez, y tanto armado como en farseto, su traza era fina y afeminada, sus movimientos sueltos y acompañados de un descaro y una desfachatez extraordinarios.

Traia el manto galanamente colgado del hombro izquierdo, calzon de seda roja, medias de seda y zapato blanco con un madroño de hilo de oro en cada uno, y un puñal guarnecido de piedras preciosas en la cintura.

En fin, era el dechado de la moda, el mimo de las damas y la envidia de los galanes.

Habia logrado la privanza del conde por su discrecion, que rayaba á veces en desvergüenza, y habiéndole conocido el humor, cuando le veia de mal temple lo dejaba entregado á sus reflexiones, y siempre sabia coger la ocasion para presentársele.

Habia oido sus últimas palabras, y haciendo como que le adivinaba el deseo:

—Paréceme, dijo, que vuestra señoría podria mandar se le presentasen las jóvenes del pueblo (que no deja de haberlas bastante agraciadas), y divertirse en verlas bailar. Yo sé la historia de todas ellas, y podria, mientras danzaban, prosiguió maliciosamente, entreteneros contándoos sus pasatiempos.

—Está bien, respondió Saldaña con sequedad; ordéname tú una fiesta, y cuenta con mil alfonsis de oro si logras distraerme de mis pensamientos.

—Yo daria mi buen humor, repuso el paje, con tal de separaros para siempre de ellos, pero no tomaré

premio ninguno nunca por cumplir con el deber que me impone vuestro servicio, y el afecto que os tengo.

—Ve, pues, dijo el conde, y... pero no, no vayas, no me dejes solo; llama algun otro y dale tú las órdenes que gustares.

—¡Duarte! ¡García! llamó Jimeno entonces, con el permiso de su señor, y dos escuderos, viejo el primero y el otro de mediana edad, se presentaron al momento á su voz, murmurando, sin duda, entre sí de verse obligados á obedecer á la *Niña*, que así llamaban á Jimeno los del castillo.

A pesar de esto callaron y recibieron sus órdenes con respeto, aunque al salir no pudo contenerse el mas viejo, y dejar de decir en voz baja á su compañero:

—Vaya el tono que usa ese títere con nosotros, que por San Cosme que si le cojo que le hago dar más vueltas en mi dedo meñique que las aspas de un molino de viento.

—Tienes razon, amigo Duarte, que nacimos antes que él y debería tener con nosotros más miramiento; pero en cuanto á eso de cogerle, que dices, trabajo te habia de costar, porque es suelto como un gamo, y valiente como un mastin.

Apenas dijeron esto se fué cada uno por su lado, refunfuñando entre dientes y maldiciéndole, á dar cumplimiento á lo que habia mandado.

III.

La sala en que quedaron Saldaña y el paje era de forma cuadrilonga, muy espaciosa, y adornada con toda la elegancia y lujo que podia dar de sí la época en que pasaba esta nuestra historia; su techo acanalado, con vigas dadas de blanco, tenia el fondo azul celeste labrado de mil molduras doradas de mucho gusto, las paredes pintadas á la morisca, varios sillones de respaldo, la mesa de mármol blanco que ocupaba el testero de la sala, el suelo escaqueado de azulejos y á trechos vestido de alfombras y algunos cojines de damasco acá y allá á usanza árabe, de varios colores y con pasamanos de oro.

Encima de estas almohadas se habia reclinado Saldaña, mientras su paje instruía á sus escuderos de su voluntad, distraído ya de lo mismo que deseaba, olvidado de su paje y cargado de su pesadumbre.

Miróle Jimeno un momento, y viendo que su amo no le veia ni hacia más caso de él que si estuviera á cien leguas, no atreviéndose á despertarle de su letargo, quedó á un lado entretenido en arreglarse y estirarse elegantemente la gola mientras le duraba su distraccion.

Volvió en sí Saldaña de allí á un instante, y pasándose la mano por la frente, como si quisiera ahuyentar de aquel modo algun pensamiento fatigoso, mandó á Jimeno que se acercase.

—Ven, le dijo, y háblame algo que me divierta.

—Estaba pensando, respondió Jimeno, que debias ir á la corte. El rey os quiere, y no faltaria allí una dama que se apiadase de vuestros pesares, y tratara de aliviarlos con sus caricias.

—¿Adónde dices? ¿á la corte, replicó el de Cuellar, á oír chismes, á fastidiarme con las intrigas de Haro, con las quejas de los Laras, á hastiarme de aquellas mujeres frívolas, que vistas una vez cansan al otro día? Quitá allá, Jimeno, háblame de otra cosa.

—Pero, y ¿qué puede atraeros tanto á este desierto, repuse el page, donde no se oye la voz del heraldo que anuncia las fiestas, ni se sabe de una moda hasta que han pasado dos ó tres en Toledo, y ya es tan antigua como los usos del tiempo de don Pelayo?

—¿Y qué me importa á mí la moda ni los torneos, frivolidades que atraen la atención del hombre feliz en su mocedad? Hubo un tiempo en que yo deseaba parecer bien, Jimeno, en que me gustaba agradar porque me agradaba todo, pero ahora que todo me cansa, ¿qué me importa á mí desagradar á todos? ¡Ah! Yo ya aunque quiera no podré nunca parecer agradable.

—Vos decís eso, contestó Jimeno, porque os apegaís demasiado á un amor solo. Si fuéseis como yo, que soy una mariposa... La mujer que más se resiste tarda un mes en rendirse, y entonces otra al puesto. A mí me gusta vencer, y no me contento jamás con una victoria. Ellas, generalmente dóciles, se dejan

llevar por donde se las dirige, y ninguna se mata por verse abandonada del que la amó. A más, que no se me haria cargo de conciencia que se matase una mujer por mí. Al contrario, mejor, seria yo entonces el Cupido de las damas, y todas me señalarian con el dedo. Si vos hiciérais así, veriais las intrigas de una para descubrir vuestros pasos, os divertirian, os entretendrian las caricias de la otra con quien fingís, y reiriais de aquella cuyas tramas conoceis, y que está persuadida de que os engaña. No estariais entonces consumido de ese fastidio que os devora, de esa inquietud, de ese no saber qué haceros. Aquí me teneis á mí, que no tengo una hora de descanso... ¿pero qué, no me oís?

—Si, te oigo y te envidio, repuso el conde; no me hables más de amores; tú eres feliz, y yo ni lo soy ni lo podré ser nunca en mi vida.

—Y bien, repuso el page, si desdeñais el amor, ¿por qué no buscáis los laureles y los honores conquede debe halagar la gloria á un hombre de vuestro linaje? Acaso D. Lope de Haro con su carácter falso y su génio de víbora, ¿tiene más mérito que vos á los ojos de nuestro rey? Lara, inconstante y rebelde á cada paso, ¿acaso os aventaja en nobleza y valentía? ¿Y por qué vos no habias de ser su igual, y aun superior á todos ellos, y al lado del trono, punto ménos que el rey, recibir los tributos de Granada, disponer de la paz ó de la guerra á vuestra voluntad, humillar el orgullo y las pretensiones de vuestros enemigos, en-

grandecer á vuestros fieles servidores, y por último, ser el ídolo de toda la monarquía? ¿Por qué?...

—Tú tienes ambicion, Jimeno, respondió Saldaña, y por eso te espresas con tanto ardor, y deseas tanto tu engrandecimiento. No es estraño, eres un niño... y quizá tienes razon, continuó despues de un momento de reflexion, yo deberia ir á la córte. Tal vez la confusion, las tormentas de aquel mar de discordias y la continua zozobra que á todas horas agita el ánimo del cortesano... quizá... ¿quién sabe?... acaso me distraerian. Pero no, no, yo ya he estado en la córte, he tenido, esta segunda vez cuando estuve á prestar homenaje á D. Sancho, los títulos á mi voluntad, y todo me fastidiaba, y nada bastó á llenar nunca el vacío de mi alma; ni siquiera un momento me distrajo el bullicio de la córte, ni un instante disipó mi melancolía. Conozco tu mérito y tu disposicion para cortesano, Jimeno, y puedes estar cierto que aunque yo no esté en la córte tú harás en ella tus adelantos.

—No me ha movido á lo que os he dicho, replicó el page disimulando su deseo bajo la máscara de la lealtad, mi propio bienestar, ni lo que mi ambicion me aconsejaria; solo en lo que os he dicho he querido poner remedio á vuestra tristeza, porque en verdad que es lástima que un caballero como vos viva como los padres del Yermo. De mí sé decir, que si fuera señor de Cuellar, conde de Saldaña y capitan por el rey, no pasaria mi vida encerrado en este castillo.

—No envidieis mi poder, Jimeno, replicó el de

Cuellar; cuando yo envidio tu alegría, cuando yo me tendria por feliz, no con ser quien tú eres, sino el último de mis vasallos, con tal de poder estar como tú, y poder mostrar una frente tan tersa como la tuya. Tú no puedes comprender mi congoja, la angustia con que late mi corazon, la tristeza, el luto que me rodea... ¡Ah! tú eres feliz, Jimeno; tu alma es nueva, y la mia, la mia... yo la cambiaria por el alma de un condenado.

Pronunció estas palabras Sancho Saldaña con tan íntimo sentimiento, que su paje, á pesar de su indiferencia natural por las penas de los demás, quedó sin saber qué decirle, bajó los ojos, y se puso á contar los pliegues de su jubon, y á alisarlos con su mano derecha á guisa de pensativo: Saldaña frunció las cejas á Jimeno con aire torvo, envidioso de su alegría; y estremeciendo sus miembros súbitamente como deseoso de apartar de sí su último pensamiento, continuó volviéndose á su paje:

—¿No sabes tú alguna trova alegre que cantarme? Allí hay un laud, añadió señalando á un ángulo de la sala, tómalo, y ve si te acuerdas de algo que me divierta.

—Con vuestro permiso, respondió el paje; mientras esos gansos de Duarte y García arreglan la fiesta, os cantaré la última cántiga que compuso una dama, á quien dejamos el otro dia tres galanes á un tiempo cuando ella creia que todos la idolatrábamos.

Y tomando el laud, se sentó gentilmente en los

almohadones, en frente de su señor, y despues de haber recorrido suavemente sus cuerdas, preludió un acompañamiento, y entonó en agradable voz de esta manera:

Dueña de rubios cabellos,
tan altiva,
que creéis que basta vellos
para que un amante viva
preso en ellos
el tiempo que vos quereis:
si tanto ingenio teneis
que entreteneis tres galanes,
¿cómo salieron mal hora,
mi señora,
tus afanes?

Pusiste gesto amoroso
al primero,
al segundo el rostro hermoso
le volviste placentero,
y con doloso
sortilegio en tu prision
entró un tercer corazon:
viste á tus piés tres galanes,
y diste al verlos rendidos
por cumplidos
tus afanes.

¿De cuántas mañas usabas
diligente!
ya tu voz al viento dabas,
ya mirabas dulcemente,
ó ya hablabas
de amor, ó dabas enojos,
y en tus engañosos ojos
á un tiempo los tres galanes
sin saberlo tú, leían
que mentian
tus afanes.

Ellos de ti se burlaban,
tú reías;

ellos á ti te engañaban,
y tú mintiendo creías
que te amaban:
¿decid, quién aquí engañó,
quién aquí ganó ó perdió?
sus deseos tus galanes,
al fin miraron cumplidos,
tú, fallidos
tus afanes.

IV.

La espresion irónica y maliciosa que tomaron todas las facciones de Jimeno mientras entonó esta trova, y la bulliciosa música con que habia acompañado su canto, habrian puesto de buen humor á cualquiera otro que no hubiera sido Saldaña.

Pero éste, en lugar de divertirse del gracejo de la cancion, habia estado entretanto comparando la dicha del buen page con la amargura de su corazon: así que, al acabar el canto, y cuando Jimeno aguardaba por aplauso al ménos alguna leve sonrisa, su amo tenia los ojos fijos en él con muestras de envidia, y dando un suspiro le dijo:

—Jimeno, vete, vete; yo soy ahora más desdichado que nunca; vete, porque no puedo ver á mi lado un hombre tan feliz como tú.

—Señor, repuso el page cambiando al punto de fisonomía y aparentando el mayor dolor: si mi alegría os ofende, yo vestiré un cilicio, comeré tierra y me ofreceré á vuestros ojos como el hombre más mise-

nable, para daros un punto de comparacion en vuestro favor.

—No, ni aun así, exclamó el conde, serías tú tan infeliz como yo. En fin, basta: ¿qué ruido es ese?

—Son las jóvenes de la fiesta que vienen á entreteneros, respondió Jimeno.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Qué fastidio! ¿Y para qué se ha ordenado esa fiesta? Vendrán á ensordecirme con su estrépito, veré en sus ojos la alegría y la inocencia, y la envidia me devorará. No: que se vayan, que se vayan; no quiero verlas siquiera, ya me han cansado.

—Pero, señor, repuso Jimeno, vos mismo me lo habeis mandado.

—¿Yo? ¿Yo?... puede ser, sí; pero no importa, que se vayan.

—Pero, señor, ya llegan, respondió el page.

—Y bien, yo me iré, y luego da tú orden que se retiren.

Dicho esto, se levantó precipitadamente, y como si alguien le persiguiera salió del cuarto.

Quedó Jimeno mirándole atónito de su repentina determinacion, y dudando si le seguiria ó nó, temeroso de incomodarle.

—Daria, dijo, la mitad de mi vida por ser dueño de sus secretos; solo he podido saber que está enamorado de la de Iscar. Si no es más que eso, no comprendo cómo un hombre, estando las mujeres tan de sobra en el mundo, se da por una sola tan mala vida. Yo... tambien yo estoy enamorado: esta Zoraida

parece al castillo de Albarracin, que no se sabe cómo tomarlo; pero... y qué importa: divirtámonos, y ya que aquí no ha de haber baile, lo habrá fuera de la plaza del castillo: vámonos.

Y arreglándose la gola, despues de haberse echado una mirada de arriba á abajo, enderezó su cuerpo con elegancia y salió de la sala gallardeando.

V.

Entretanto, Sancho Saldaña siguió rápidamente atravesando salas y corredores hasta que dejó de oir el ruido del tamboril, los cantos y la bulla de los bailarines, que muy á pesar suyo se retiraban, tachando á su señor de hombre de poco gusto, y alabando á su gentil paje, que calmó su enojo proporcionándoles la esplanada de la fortaleza para que allí saltasen y cantasen á su voluntad.

Pero su señor no era extraño que los arrojara y despidiera sin hacer caso de su habilidad, siendo su mayor tormento en el estado en que se hallaba la dicha y el júbilo de los demás.

Paseaba entonces silenciosamente por un oscuro corredor, que separaba los cuartos y el tocador de Zoraida de las otras habitaciones.

La soledad y la oscuridad de aquel sitio parecia agradarle sobremanera, y sin duda convenia con sus sentimientos.

Su cielo angular de arquitectura gótica, su longitud, su estrechez, la tibia luz de la tarde que débilmente entraba por algunas claraboyas abiertas acá y allá en el techo, más apagada aún por los vidrios de colores que la quebraban amortiguándola, y el eco que resonaba sordamente sus pasos, todo hacía á aquel sitio á propósito para que allí Saldaña se embebiera á su placer en sus siniestras meditaciones.

Llegaba á un extremo del corredor, y volvía siguiendo su taciturno paseo hasta el otro, midiendo sus pasos con los ojos, y seguido de su sombra, que ya alargándose y creciendo desmesuradamente, ya disminuyéndose y achicándose en el delirio de su imaginación, le hacía á veces pararse y estremecerse, como si viese en ella el mal génio que le perseguía.

De repente, el eco melancólico de un laud suave y lánguidamente vibrado hirió su oído con tan armoniosa música y melodía, que suspendiendo á deshora sus pensamientos creyó que un ángel, apiadado de él, le divertía y regalaba trasladándole á la morada del Paraíso.

De repente se abrió una puerta que daba á una sala de tocador adornada de espejos de Venecia, ricas alfombras y cogines á la morisca, con rejas á un delicioso jardín, donde brillaba el último rayo de sol poniente, y mil olorosos perfumes y voluptuosos aromas se esparcieron como de una encantada mansion alrededor de Saldaña.

Una mujer se apareció entonces á sus ojos, reclinada

en los almohadones, llena de hermosura y resplandeciente en galas y pedrería.

Llevaba en la cabeza un turbante de riquísimas telas, blanco y carmesí, con pasamanos de oro y perlas, y su cabello, negro y luciente como el azabache, le caía en rizos, sombreando á trechos la nieve de la más airosa espalda que puede pensar la imaginación.

Traía en su cuello, blanco como el alabastro, un collar de finísimos rubíes, y así las pulseras que coronaban sus manos como los carcajes que engalanaban la garganta del pié, eran de oro con mil piedras preciosas allí embutidas.

Todo su traje era á la usanza mora, blanco y carmesí, como su turbante, lo que la hacía sobremanera bellísima, aunque en sus ojos negros y penetrantes se veía el ánimo y el orgullo, en vez de la dulzura propia de los ojos de las hermosas.

Con todo, en este momento se dejaba ver en los suyos la expresión del dolor al través de la que le era natural, y en su enérgica y hermosísima fisonomía se mostraban claramente las señales de su tristeza.

Estaba de perfil á la puerta que había abierto para respirar el aire de la tarde, y sentada junto á la reja á que se enlazaban algunas ramas de árboles; con el laud se entretenía en vibrar dulces sonidos acordes con su melancolía.

Puestos los ojos al cielo, y acaso alguna lágrima solitaria bañando lentamente el lirio de sus mejillas, parecía la imagen de la hermosa Druida llorando al

son de su lira en su sagrado bosque su funesto amor por el prisionero que va á perecer en las llamas, víctima de la superstición.

Saldaña la contempló un momento mirándola con ojos en que se traducía aun parte del amor que la habia tenido y de las furiosas pasiones que le inspiraba, acercándose á la puerta sin ruido entre deseoso de irse y de oír los acentos de su laud.

La habia amado, como hemos dicho, con frenesí; pero ahora, quedándole aun algunos restos de su pasión, la aborrecia cuando recordaba que su amor por aquella mujer era causa de sus pesadumbres.

—Hé aquí, se dijo á sí mismo, la mujer que he adorado con todo mi corazón, aquella en cuyos ojos veia yo amanecer mi sol y el encanto de mis sentidos; el principio de mis desaciertos, el motivo de mis crímenes. Héla allí. ¿Por qué ahora no la amaré? ¿Por qué ella no podrá hacer mi felicidad?

VI.

Estaba en estas imaginaciones embebecido, cuando una voz dulce como el primer amor, y melancólica como su recuerdo, vino á disiparlas de nuevo con un dulcísimo sonido que hubiera dado sentimiento á un mármol, y Zoraida cantó blandamente acompañándose de su laud.

CANCION DE LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,
el mundo en sombras se vela,
el ave á su nido vuela,
busco asilo el trovador.
Todo calla: en pobre cama
duerme el pastor venturoso,
en su lecho suntuoso
se agita insomne el señor.

Se agita: más ¡ay! reposa
al fin en su pátrio suelo,
no llora en misero duelo
la libertad que perdió:
los campos ve que á su infancia
horas dieron de contento,
su oído halaga el acento
del país donde nació.

No gime ilustre cautiva
entre doradas cadenas,
que si bien de encanto llenas
al cabo cadenas son:
si acaso triste lamenta,
en torno ve á sus amigos
que de su pena testigos
consuelan su corazón.

La arrogante erguida palma
que en el desierto florece,
al viajero sombra ofrece,
descanso y grato manjar:
y aunque sola, allí es querida
del árabe errante y fiero,
que siempre va placentero
á su sombra á reposar.

¡Mas ay triste! yo cautiva,
huérfana y sola suspiro,
en clima extraño respiro
y amo á un extraño también.
No hallan mis ojos mi patria,
humo han sido mis amores,

nadie calma mis dolores,
y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar? no puedo,
ni ceder á mi tristura,
ni consuelo en mi amargura
podré jamás encontrar.
Supe amar como ninguna,
supe amar correspondida:
despreciada, aborrecida,
¿no sabré también odiar?

Adios patria, adios amores,
la infeliz Zoraida ahora
solo venganzas implora
ya condenada á morir.
No soy yo del castellano
la sumisa enamorada,
soy la cautiva cansada
ya de dejarse oprimir.

Aquí dió fin á su canto la hermosa mora, y exhalando un suspiro dejó el laud tristemente sobre una almohada; se levantó y acercó á la reja, comparando el silencio, la calma y la serenidad de la noche con la tormenta y la inquietud de su corazón.

La hora, la soledad, la magia de su voz, y sobre todo la melancolía de su canto, penetraron de modo el ánimo de Saldaña, que arrimado á la puerta habia estado oyendo, que largo rato quedó suspenso en el mismo sitio y acongojado, comparando la memoria de los dias pasados con la amargura y fastidio de los presentes.

VII.

Entretenido en esto hizo ruido sin saberlo ni volver de su distraccion, y la mora, volviendo la vista,

halló á su amante, fijo á la entrada de su cuarto, inmóvil como una estatua.

Sorprendida de verle, cuando ya no esperaba nunca que la visitase, impelida del amor que ardió repentinamente en su alma á la vista del que se lo hacia sentir, y combatida de su altivez, quedó parada un instante, dudosa de si le hablaria primero, ó si deberia retirarse. Por último; fijando en él sus ojos llenos de fuego, y mirándole con orgullo sin dar un paso á recibirle, le dijo:

—Raro se me hace que el señor de Cuellar venga á visitar su cautiva.

Detúvose aquí un momento para aguardar su respuesta; pero viendo que Saldaña la miraba sin hablar palabra, continuó:

—Digo que se me hace raro, porque aunque en otro tiempo no le fuera desagradable mi compañía, hace ya mucho, muchísimo, que me ha dejado abandonada y entregada á mí misma sin cuidarse de mi persona.

—No me hagas reconvencion ninguna, respondió Saldaña, de lo que yo no tengo la culpa. Zoraida, te he amado como nunca se amó, tú lo sabes, pero ahora...

—¿Ahora qué? dilo, acaba, prosiguió Zoraida con impaciencia.

—No, déjame, replicó el de Cuellar; mi vista para tí es un mal, la tuya para mí... ¡Ah! me trae á la memoria mis vicios, mis desórdenes, mis crímenes, y sobre todo me hace conocer que soy infeliz, y que lo seré eternamente. Tú me has dejado sin alma, has

agotado en mí el sentimiento, y si alguno ha quedado ahora en mí, es solo el del egoísmo. ¡Ah! ¡por qué, si fué un sueño mi felicidad, contigo no espiré yo antes de despertar!

El acento de la desesperacion vibra y se corresponde en el corazon de los desesperados, y las palabras de Saldaña resonaron en el de Zoraida hiriendo su sensibilidad.

Veía delante de sí triste y abatido al que á pesar de todo ella idolatraba con frenesí, le oía que echaba de menos los placeres que habia disfrutado amándola, y esto le trajo á su memoria los que ella habia gozado á su lado, y le hizo olvidar de su ingratitud.

—Saldaña, le dijo acercándose á él y mirándole con ternura, yo te amo, yo te adoro más que nunca; ámame como antes, ten esperanza, sí, tú serás feliz todavía, yo con mis caricias distraeré tus pesares, créeme, serás feliz.

—¡Feliz! repetió Saldaña como un eco de sus palabras. ¡Jamás! ¡Jamás! Tú te engañas, Zoraida; ni en vida ni en muerte podré ser ya nunca feliz. Tú, sí, olvídame, huye de aquí, tú eres libre, huye, y olvida al que ya no conoce otras sensaciones que las de la envidia, al que aborrece á cuantos le rodean solo porque los cree felices; huye de mí te digo.

—No, jamás, le contestó Zoraida. Nunca me separaré de tí; aquí viviré dichosa si me amas, y cariñosa contigo; desdichada si me aborreces, y, no te lo oculto, no, meditando planes para vengarme. Yo no he

amado más hombre en el mundo que tú, yo he vivido solo por tí, he respirado por tí, solo te he visto en el universo; si me dejas, si me echas de tí, tiembla, Saldaña; soy una mujer, no puedo medir mis fuerzas contigo, no tengo campeon ninguno que me defienda, tú eres un señor poderoso, tienes mil lanzas á tu servicio, un brazo que temen los más valientes guerreros de mi pais; yo soy sola, sola, mi brazo es débil, pero mi furia es la del huracan, la de cien tormentas, y mi venganza se cumplirá, porque yo querré que se cumpla. Pero si tú me vuelves tu amor, continuó cambiando el tóno enérgico con que hablaba, y modulándolo dulcemente, entonces yo te idolatraré, yo seré tu esclava. Mirame, Saldaña, á tus piés, vuélveme tu cariño.

Bajó Saldaña los ojos, y la vió arrodillada, encontrando en los suyos todo lo que el amor puede expresar con más fuego; pero su corazon helado no sintió al verlos movimiento alguno, insensible ya á todo, escepto para fatigarse con dolorosas memorias y atormentarse con remordimientos.

—Mujer, levántate, levántate, y olvídame para siempre; te he hecho tan desgraciada, ¿y aun puedes amarme? Levántate, y sea esta la última vez que nos encontremos.

Zoraida se levantó con dignidad, y echándole una mirada de indignacion,

—¡Ingrato! exclamó; tú quieres que te olvide, no por generosidad, sino porque tú me has olvidado á mí ya.

Lo sé, sé todo lo que meditas; pero Leonor de Iscar no será tu esposa mientras yo viva.

—¿Qué dices? ¡Leonor! repuso prontamente Saldaña. ¿Sabes tú de ella? ¿Dónde está? ¿Acaso tú?... Habla... Dí, ¿dónde está?

—¡Desgraciado! gritó Zoraida con una sonrisa sardónica. ¡Ah! ¿No la posees todavía? ¿Se malogró tu intento? ¿Qué placer! ¿Qué placer!

—Mujer infernal, ¿la has robado tú? di, ¿dónde está? Sí, tú has sido, sola tú eres capaz de entenderte con un espíritu del infierno.

—¡Ah! ¡No la posees, no la posees! continuó entre tanto la mora en un acceso frenético de alegría, gritando fuera de sí como enagenada: ¡Oh! ¡Bendita, bendita la mano que lo estorbó! ¿Y un señor como tú no ha podido robar una mujer?

—Calla, gritó Saldaña asiéndola fuertemente de un brazo, y tirando de su puñal; di dónde está, ó te asesino.

—No lo sé, replicó Zoraida sin turbarse; pero aunque lo supiera, continuó con sarcasmo, ¿crées tú que te lo diría? Todo tu poder, todas tus amenazas, mil tormentos no bastarian á arrancarme el secreto que yo quisiera guardar.

—¡Mujer! exclamó Saldaña tirándola fuertemente hácia sí, y acercando el puñal á su pecho, di, dónde está, dónde, y si lo sabes no me precipites; di dónde está: te amaré... dilo... ó por Santiago, continuó rechinando los dientes, te hago pedazos el corazon!

—Sí, asesíname, gritó Zoraida, y mi maldicion te perseguirá como la del sacerdote que hiciste perecer en las cárceles de este castillo, como la de tú padre, que abandonaste en su lecho de muerte.

—¡Mi padre! ¡Oh Dios! interrumpió Saldaña.

VIII.

Una voz resonó en aquel momento en el corredor que le nombró al mismo tiempo; y Saldaña, dejando de pronto el brazo que tenia asido á Zoraida, salió del cuarto cerrando violentamente la puerta, y atravesó á largos pasos el corredor.

La voz que le llamaba seguía siempre tras él, y pasado el primer terror volvió la cabeza y reconoció á su paje, que le buscaba para entregarle una carta.

—¿Qué me quieres? le preguntó con aspereza avergonzado de su sorpresa. ¿A qué diablos vienes ahora?

—Señor, repuso el paje, un escudero ha entregado á la puerta del castillo esta carta, diciendo que era un asunto importante, y que se os remitiera al punto, y yo...

—Está bien, interrumpió el de Cuellar; vamos á ver qué es.

Y entrando en la sala donde ardian sobre la mesa dos lámparas de plata, se acercó á la luz, abrió la carta, y leyó:—*Si el señor de Cuellar es digno del nombre de caballero, mañana á las cinco de la mañana se presentará solo y armado de todas armas á la orilla del*

Cega, donde encontrará un caballero que desea medirse con él sin ventaja. Si teme alguna emboscada puede hacerse acompañar de alguna gente de armas.

—No trae firma, dijo Saldaña sorprendido del mensaje. ¿Conoces tú al escudero?

—No, señor, respondió el paje, no le he visto nunca en mi vida.

—¿Está aún ahí? ¿Dijo si aguardaba respuesta?

—Lo mismo fué entregar la carta, replicó el paje, que desapareció á todo el galope de su caballo.

—¿Quién será? ¡Pobre caballero! Mucha gana tiene de morir cuando desea medirse con un hombre desesperado. En fin, mañana se le cumplirá el gusto. Oye, Jimeno, continuó, dí á Duarte que para mañana á las cuatro y media esté pronto mi caballo de batalla, el Morillo, ¿entiendes? y tú me prevendrás mis armas. Veremos quién es ese que aborrece tanto su vida.

El paje salió á cumplir sus órdenes al momento, y él continuó hablando consigo mismo.

—Ojalá hallase yo en su lanza el término de mi vida. ¡Leonor! ¡Leonor! ¡Oh! El infierno entero está junto en esa mora, que trajo mi mala suerte á este castillo. Poco me costaría librarme de ella... pero ¿sabría yo entonces en dónde tiene á Leonor? Jimeno es astuto, quizá podría averiguarlo. Veremos: vamos á ver si puedo descansar esta noche. Esta hora es cruel. ¿Y cuál hay para mí que no lo sea? ¿Hago yo diferencia del día á la noche?

Dicho esto, y habiendo vuelto á entrar Jimeno en

la sala, despues de haberle dado parte del cumplimiento de sus encargos, se retiraron, y el señor de Cuellar pasó la noche tristemente, agitado de pesados sueños, y con la misma zozobra y pena que le quitaba el descanso, y ahuyentaba á todas horas la paz de su corazón. Tan cierto es que una conciencia turbada es el mayor castigo del criminal.

Capítulo IX.

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
.....
leal, traidor, cobarde y animoso:
no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso:
huir el rostro al claro desengaño;
beber veneno por licor suave;
olvidar el provecho, amar el daño:
creer que un cielo en un infierno cabe;
dar la vida y la muerte un desengaño:
esto es amor. Quien lo probó lo sabe.

(Lope de Vega.)

.....
..... una vieja así enfadada
que á nadie placer da, ni gusto en nada.
Toda menor que dé la mano al codo,
de enfermedades y de horror cubierta,
corto el cano cabello, el cuerpo todo
de flacos pliegues lleno y color muerta,
de raíces hecha.

VALBUENA. (Poema del Bernardo.)

I.

Tarde era ya aquella misma noche, cuando á la tibia luz de la luna recorría los corredores de la fortaleza una figura blanca, aérea y nebulosa, entre la luz y las sombras, semejante á un sueño de amor ó á una

aparición celeste, hollando apenas el suelo, y ágil y ligera como el pensamiento.

Ya desaparecía por instantes, ya otra vez brillaba sobre las almenas que plateaba la luna, ya se perdía de nuevo, ya en alguna elevada torre aparecía, sin que la rapidez de su marcha disminuyese ni se pudiese descubrir su rostro.

Invisible, tal vez, para los vijías que acá y allá en diferentes puntos velaban, mostrábase siempre en los puntos abandonados, donde apenas se detenía un momento como cuidadosa, cuando se ocultaba en seguida, bien así como si se disipase en el aire.

Hubiérase creído que era el genio tutelar del castillo, que por secretos é ignorados caminos recorría todo, veía todo y en todas partes se hallaba, ya desvaneciéndose entre los rayos que destallaba la luna, ya tomando una forma bella y majestuosa al aparecerse.

Viósela, en fin, en una de las torrecillas que flanqueaban el edificio, detuvo allí sus pasos, miró á un lado y á otro con ansiedad, y en aquel momento dejóse ver enteramente á la luz.

Su blanco ropaje, como el vellon de una nube, ondeaba en pliegues al viento, y entre el rayo de la luna y la oscuridad de la noche se confundía: el aura susurraba en su cabellera tendida, y todo era mágico á su alrededor; pero en su ademan, aunque hermoso, había algo de triste y abatido, y en sus ojos centelleaban acaso algunas lágrimas de tiempo en tiempo, y la

inquietud é intensidad de su mirada revelaban las encontradas pasiones que la agitaban.

Dos veces miró á un lado y á otro con recelo de que alguno la sorprendiera; dos veces tendió la vista por el espacioso campo, y su ojeada despedía una luz más viva y más ardiente que la que disipaba con su claridad las tinieblas.

Parecía como si deseara las alas del águila, la rapidez del huracan, para atravesar de un vuelo el espacio á par de la velocidad de su pensamiento.

Allí en alguna parte buscaba algun objeto de odio inmenso, de amor desesperado sobre quien descargar su ira y en quien saciar su rencor, ó á cuyos piés volar para pedir piedad y alcanzar el perdon de algun crimen entre sus brazos.

Su mirada penetraba como el rayo de la tormenta, volaba al igual de su imaginacion, y en sus ojos se retrataban todos los delirios de ternura y de aborrecimiento que á cada instante presentaban diversos cuadros á su fantasía.

Era, en fin, Zoraida delirante, Zoraida celosa, enamorada, cruel, vengativa, lleno su corazon de furia, de celos, guiada por una sola intencion.

Su fin era averiguar dónde estaba Leonor, morir ó asesinarla.

Criminal era ya Leonor á sus ojos porque la amaba Saldaña, porque la robaba el único bien que ella poseia en el mundo, porque era, en fin preciso marchitar la hermosura de aquella mujer cuyos encantos.



Zoraida.

aunque tal vez contra su voluntad, habian hechizado á Saldaña.

La imágen de ella muerta á sus piés, vengando á un tiempo con un solo golpe todos los desaires y desprecios que habia sufrido, la idea de ver frustrados los intentos del infiel amante, de verle llorar, padecer y desesperarse, y de ser ella, ella sola el único agente de su venganza, hacia algunas veces asomar á sus labios una sonrisa diabólica de satisfaccion.

¿Y por quién iba á ver torcidos y descompuestos sus planes el caballero más poderoso de Castilla, el temido de los guerreros, el señor de mil lanzas y á quien pagaban pecho tantos vasallos, el hombre á cuya voz obedecian tantos pueblos, tantos soldados y servidores, el señor de horca y cuchillo en su señorío, por quién?

Por una mujer cautiva, sola, sin otro apoyo, sin otro amigo en el mundo que ella misma; por una mujer cuyo sexo, débil por naturaleza, hacia parecer como sin ánimo y llena de timidez á la vista del guerrero ménos intrépido, cuyo brazo apenas podria levantar la espada más ligera de un hombre de armas, y cuyo pecho sofocaria la coraza ménos pesada.

Por una mujer sin más armas, en la opinion de todos los hombres, que las de su hermosura y sus lágrimas, y á quien su poderoso amante habia amado y habia dejado tan sin miedo y con tanta indiferencia como un niño toma ó deja un miserable juguete.

Seguramente que habia algo de sublime y de gran-

de, y sobre todo mucho de halagüeño para el amor propio de Zoraida, cuando se comparaba con el hombre cuyos designios iba á contrastar y á desbaratar de un solo golpe, y veia la balanza del poder inclinarse por entonces á su favor.

¡Cómo iba ahora á satisfacer su venganza! ¡Cuál seria el chasco de Saldaña cuando preguntase quién habia osado desafiar su cólera, y cuando esperara ver algun señor tan nombrado y poderoso como él, algun amante celoso de Leonor, algun guerrero capaz de sostener á todo trance su temerario arrojo, viese delante de él su cautiva teñida aun en la sangre de su víctima, y aguardando impávida todo el torbellino del primer ímpetu de su rabia, alegre con morir despues de haber inundado el corazon del perjuo de todo el veneno en que antes habia rebotado el suyo!

¡Oh! él presenciaria su triunfo, y al condenarla á morir lograria, sí, una venganza, pero no por eso volveria la vida á su amante; no gozaria por eso de su hermosura ni aun abrazaria su frio cadáver, porque no veria más que á la mujer que despreció, un puñal y la sangre de su Leonor.

Y luego nuevos remordimientos se juntarian á los que ya roian su corazon; nuevos fantasmas turbarian su reposo; nuevos crímenes seguirian á los ya cometidos; donde quiera veria á Leonor, la llamaria, y al llegar á ella solo hallaria delante de sí su sombra tal vez, y el brazo y el puñal de Zoraida sobre su pecho.

Tales eran los pensamientos de la mora, y tal el

porvenir más agradable y más consolador que en su furia se prometia.

Los celos la habian hecho dejar su habitacion, agitada de una fiebre ardiente, loca, furiosa y desatentada, buscando su rival sin saber dónde hallarla, figurándose en su delirio verla junto á sí, y verse ya en el acto de asesinarla.

Pero otras veces la imaginaba muy lejos, fuera del alcance de sus celos, como si una muralla impenetrable se alzase entre los dos, como si un poder invisible la defendiese é hiciese inútiles sus esfuerzos para alcanzarla; y entonces la veia en brazos de su amante, y que ambos la miraban retorcerse las manos y arrojar espuma por la boca de rabia y de fatiga, burlando con risas de escarnio sus impotentes esfuerzos, señalándosela con el dedo uno á otro, y en paz dulce y en inalterable sosiego, haciéndose mutuamente caricias tan suaves, tan tiernas y tan ardientes como el amor que las causaba, viendo uno en otro su cielo y su felicidad.

Y ella entonces comparaba su estado y el de ellos, y se derribaba en el suelo y se arrastraba, mesaba su rostro y lloraba como si realmente sucediera así, y se mordía á sí misma como si quisiera hacerse pedazos.

Y luego corria de una parte á otra, y pensaba que en mudando de sitio se disiparia su fatal ilusion, y no hallaba descanso en ninguna parte, y donde quiera el mismo cuadro despedazador la perseguia.

En vano se lanzaba de uno en otro corredor, de una en otra torre; el mal estaba en su corazón, y en su demente arrebató llevaba las manos sobre su pecho como si quisiera arrancárselo.

Y luego tal vez recordaba los días de felicidad que había gozado, las palabras dulces que en tal ó cual momento había oído enajenada de boca de su amante, y que habían quedado grabadas en su memoria, y que tantas veces había ella repetido á sus solas con inesplicable delicia.

Y ardía con la memoria de sus besos, y aun se estremecía de placer, y recordaba también los días que mano á mano con él, olvidada de todo el mundo, alegre, descuidada, tierna, libre de celos, y entregada solo al amor, había pasado á la fresca sombra de las arboledas, en encantados bosques, al márgen de claros y murmuradores arroyos, sin susto, en paz y tiernamente correspondida, y las noches de placer, y el rayo trémulo de la luna, y los besos de fuego, cuyo agradable estallido interrumpía solamente el silencio.

Y veía después al ingrato gallardo en los torneos, cuando la nombrara reina de la hermosura con vergüenza y á despecho de las más brillantes damas que honraban con su belleza el palenque, y con él á todos los valerosos caballeros rendirla homenaje, y al tiempo de coronarle, como á vencedor de la justa, sentía penetrar todavía hasta su corazón la mirada cariñosa y ardiente del impetuoso Saldaña.

Y luego le contemplaba en el festín con ella, con

ella en la carrera del crimen, de la gloria, de la infamia, de la virtud y del vicio.

Y sentía rasgársele las entrañas con tan amargo recuerdo, y desmayar su ánimo y escaldar sus megillas torrentes de lágrimas abrasadoras como un plomo derretido.

Y él, y él, y siempre él en su corazón y en su fantasía, y suspiraba por él y por él gemía, y su llanto no parecía tener término.

Y entonces, ¡oh! de rodillas, inclinada la faz al suelo, imaginando que le besaba humildemente los pies, y le rogaba, le suplicaba, no ya una amorosa caricia, no ya una mirada de lástima, no ya que la amase como antes, sino que no amara á otra alguna.

Que se sirviese de ella como de una esclava, que la despreciara, que la insultara, que la aborreciera, que la maltratara, pero que al ménos no juntara sus labios á los de otra mujer, no dijera á otra las mismas palabras que á ella, y que le dejase á su lado para únicamente mirarle, cuidarle é idolatrarle.

Que si le enojaba su vista, ella le vería desde donde él no pudiese verla, que nunca más le cansaría con sus amores ni con su presencia, sino que, resignada con su suerte, se contentaría con adorarle en silencio, y velar sobre él como un ser invisible.

Pero después resonaban en su oído las ásperas palabras de Saldaña que la arrojaba de sí, y le contemplaba loco de amor por su dichosa rival, buscándola con ansia, y entonces, volviendo los ojos al cielo,

rojos de tanto llorar, pero secos ya y con desesperado ademan, blasfemaba de su Dios y de su profeta, y de la horrible fatalidad que la había traído á amar á un engañoso cristiano, á preferir la esclavitud á la libertad, un país extranjero á su pátria, y maldecía el brazo de hierro que la tenia allí sujeta en aquel odioso castillo.

Y entonces pensaba en los bizarros árabes de Granada, en las damas que rodeadas allí de su familia, y mimadas y obsequiadas por sus animosos galanes, disfrutaban de su amor sin zozobra, sin remordimientos, y alhagadas de las esperanzas más lisonjeras.

Y comparaba su suerte con la de ellas, como un condenado podría comparar el paraíso con el infierno, y sentía un dolor como si le arrancasen con tenazas ardiendo pedazos de carne de su cuerpo, cuando se decía á sí misma que aquella debía haber sido su suerte si no hubiese sido cautiva, si no hubiese conocido á Saldaña, y no habiéndose enamorado de él, hubiese pagado su rescate y hubiese vuelto á su pátria.

Que no estaria sola como ahora, y tendria quien enjugase su llanto si lloraba, quien sonriyese con ella, y en fin, quien la defendiese y la ayudase contra el que intentara ofenderla, y nadie entonces la insultaria ni serian desoidas sus quejas.

Su delirio alejaba de ella todo lo agradable, al mismo tiempo que acercaba y engrandecía á sus ojos las imágenes más crueles.

Leonor estaba en todas partes, en donde quiera estaba Saldaña, y en la mente de la desventurada mora mil siglos corrian á cada momento que pasaba, porque en cada momento sufría tantas penas, y tantos pesares se agolpaban á su alma y la despedazaban á un tiempo, que los de un solo instante pudieran componer el total de los tormentos de toda la vida humana.

Su intento era buscar á Leonor y salir del castillo, y sin saber adónde andaba, andaba y corria aquí y allí, y ya se figuraba lejos del sitio de donde habia partido, cuando se encontraba otra vez en él, y otra vez y otra vez atravesaba mil diferentes pasadizos secretos que ella sabia, y nunca acertaba á salir de la fortaleza, turbada toda, y perdida en el caos y el laberinto de su imaginacion.

II.

La noche tr anquila como el lago del valle, la luna bañando en luz pacífica las estendidas llanuras que de las torres se descubrian, el aire sin ruido, el campo sin ecos, el castillo lóbrego y en silencio, la hora ya muy adelantada, el reposo y el sueño en que estaban sumergidos los demás vivientes, todo parecia convidar al descanso, y ella sola no sosegaba, y ni su espíritu ni su cuerpo cesaban en su agitacion.

Algun centinela que la divisó, ni dió ni hizo señal de haberla visto, y creyéndola algun espíritu no hizo sino persignarse.

Cuando ella contemplaba la calma que reinaba á su alrededor, aquella misma paz aumentaba su inquietud lejos de tranquilizarla.

Figurábase á Saldaña embriagado en sueños de amor, regalado de ilusiones felices que estaba muy lejos, sin duda, de gozar el tétrico castellano, pero que la celosa mora le prestaba en su delirio para atormentarse más á sí misma.

Si contemplaba el castillo, la oscuridad y el rayo de la luna, reflejando débilmente en sus altas y ovaladas ventanas, imaginaba la fortaleza una tumba, y el pálido reverbero de la luz, la llama trémula de las antorchas fúnebres.

En cada sombra veía un ángel de tinieblas que la perseguía y la acosaba, ó un motivo de celos, una Leonor enamorada que venía en busca de su amante, y que se iba á encontrar en su camino con ella.

Por fin, el ánsia de vengarse, dominando enteramente su alma, sujetó su imaginación, calmó su desvarío, y le hizo tomar un camino recto y seguro afirmándola en un pensamiento único.

Entonces, volviendo en sí, su marcha fué más rápida, y con firme paso y decidido ánimo deshizo, ya con conocimiento de dónde se hallaba, las vueltas que equivocadamente había dado, y bajando por secretas trampas á escaleras y sitios que solo ella y el arquitecto del castillo tal vez conocieran, tomó el camino más corto para salir al campo.

Llenos estaban los fuertes de aquella época de estas

salidas ocultas, de que se servían sus señores, ya para sus empresas particulares, ya para caer inopinadamente, en caso de sitio, sobre sus enemigos, ya para facilitar una retirada, y ninguno de cuantos secretos contenía aquel alcázar ignoraba Zoraida, que, criada en él, había mil veces recorrido todos.

Servíase en su camino por aquellos desiertos tránsitos de una linterna sorda de metal, y llena de sobresalto, delirando sin cesar, y murmurando entre dientes algunas veces, parecía una maga que en sus furores descendía al infierno á evocar las almas de los condenados.

Entre tanto, cierto rumor llegó á sus oídos, aunque á bastante distancia, que en un principio creyó sería causado por el gemido del viento; pero luego sonó una voz áspera y ronca como de un borracho de oficio, que hablaba con otros que contestaban con brindis y carcajadas, y conforme caminaba adelante sintió más cerca el ruido de copas de barro rotas y un estrépito semejante al que produce una orgía desenfrenada.

Era el alboroto en las cuadras de los soldados aventureros, y una luz que ondulando, ya alumbraba unas veces, ya otras al parecer se extinguía, y que á corta distancia reflejaba del cuarto del capitán de este cuerpo, y los desentonados gritos que allí se oían, mostraban la bacanal y el desorden en que pasaban el tiempo.

Pero una voz de mujer se oyó, acaso en medio de las roncadas y vinosas de los varones, y aunque apenas

se percibió débilmente, el oído de Zoraida distinguió el sonido, y su primer pensamiento fué que era la voz de Leonor, que estaba ya en el castillo, y que á la mañana siguiente debia ser presentada á Saldaña.

Esta idea, absurda sin duda, y que hubiera desechado ella misma si estuviera en su cabal juicio, fué cabalmente la primera y la única que se ocurrió á Zoraida con tanta obstinacion y tan ciegamente, que ni la borrachera de los que allí estaban, ni las groseras palabras con que agasajaban á la supuesta rival, ni las descaradas respuestas de ella, nada pudo hacerla reflexionar de otro modo.

El estruendo crecia; el estrépito, las voces, las risotadas, los golpes en las mesas, los brindis y las maldiciones, todo lo oia la mora desde su encallejonado pasadizo sin perder una sola sílaba.

III.

Callaron todos de pronto, y la misma voz, más ronca y desafinada que las otras, entonó una cancion que verdaderamente tenia algo de infernal en su música, haciendo ruido al mismo tiempo con un cacharro contra una mesa para acompañarse:

Pobre diablo Satanás,
bebe vino,
emborráchate y verás
qué divino
te se figura el infierno
en verano y en invierno.

coro.

*O Satanás, Satanás,
emborráchate y verás.
Vino largo, una querida,
pelear
y beber, esta es la vida
militar;
y beber hasta caer,
y beber y más beber.*

Y otras seis ú ocho voces que se distinguían por sus diferentes tonos y su desacuerdo, como de gatos que maullan unos en tiple y otros en bajo, entonaban el estribillo:

*O Satanás, Satanás,
emborráchate y verás.*

Y concluían su canto con un grito agudo, lúgubre y prolongado, semejante al que lanza el perezoso *Ay* en los desiertos de América.

Dos veces repitieron este alarido y luego bebieron, vocearon y juraron; cantaban unos, se peleaban otros, se desafiaban aquellos; las mujeres chillaban, y todo era confusion, alegría, llanto y borrachera.

En la locura de Zoraida, aquella estancia se le figuró más propia de los demonios que de los hombres.

La hora que era y el alboroto que traían en un sitio subterráneo, daban cierta apariencia extraordinaria al festin, y ella habia oido á Saldaña mismo hablarla de una aparicion, de un espíritu que habia robado á Leonor.

Este pensamiento le confirmó en su primera conjetura acerca de la voz de mujer que habia oido, y se

resolvió á penetrar allí si era necesario, y averiguar de cualquier modo si era ella efectivamente.

Pero aunque el amor á la vida no fuese hacia ya mucho tiempo el primer móvil de las acciones de la desconsolada mora, y muchas y poderosas pasiones hubieran sofocado en su corazón este deseo de conservación, innato en todos los animales, el pudor es el último sentimiento que abandona la mujer; y la idea de entrar en aquella especie de perrera, mezclarse con hombres groseros y acalorados con las bebidas y exponerse á una gracia hedionda y desvergonzada, la hacia temblar, sin atreverse siquiera á mirar adentro por una claraboya que adornaban dos hierros atravesados en cruz.

IV.

En esto la puerta del cuarto que caía al otro frente se abrió, y entró un soldado que salía sin duda de centinela, que saludando al que parecia ser el jefe, tomó un jarro de vino y se lo echó á pechos de una sentada.

—Juro por la barba del miramamolín del infierno, que en la centinela de esta noche he sentido pasar junto á mí un alma en pena, toda rodeada de fuego.

—A la salud del alma en pena, gritó el capitán; y empuñó la bota más de media hora seguida.

—Por la muerte y pasión que hemos de sufrir todos los que aquí estamos, dijo uno con cara de león de piedra y con ademán grave y solemne, que no hay

alma en pena como la mía, que estoy pensando con esta cara de vaqueta vieja porque me quiera esta desagradecida.

—Sí, señor; cuando digo que yo la he visto, ¿cómo se entiende?

—Mentira; yo te digo que no es posible, respondía otro muy enfadado.

—¿Pues á que sí?

—¿A que nó? ¿Y cómo es?

—Es una figura blanca; lleva tras de sí un gato negro.

—Es verdad, respondió otro, que yo la he visto esta noche pasearse de torre en torre.

—Y volar por el aire á caballo en una serpiente de fuego, añadió el primero.

—¿A que nó eres capaz de ir á buscarla? apostaba uno en otro corrillo.

—Ahora mismo.

—¿A que nó?

—¡Ea, muchachos! un buen trago, y mano á la retama, dijo, y bebió, y empuñó su espada.

—¡A buscar la fantasma!

—A buscarla, á buscarla, repitieron todos á un tiempo sin saber lo que iban á hacer ni lo que decían, y con las espadas desnudas salieron de tropel, como un torbellino de demonios vomitados por el infierno.

Pero la fantasma que buscaban era la mora; y ésta, que había satisfecho ya su curiosidad, se había retirado á tiempo, y caminaba entonces por un pasadizo

subterráneo, muy segura de que aquella gente trabajaría en vano por encontrarla.

Ni era esto tampoco en lo que pensaba: varias veces había oído contar grandes prodigios y milagros hechos de una bruja de las cercanías que tenía amedrentados á los más intrépidos.

A esta, pues, quisiera hablar Zoraida para consultarla y pedirla que le diese un medio terrible de vengarse, ó una bebida para Saldaña que le hechizase y enamorase de ella de tal manera, que ni aun en la muerte se separaran sus almas, ó un veneno de ódio para ella sola que le hiciera aborrecerle tanto como le había amado.

V.

El subterráneo por donde caminaba tenía una salida al pueblo y otra al campo en el lado opuesto: tomó Zoraida la segunda, y despues de haber andado más de una hora se halló al raso cerca de Torre-Gutierrez, castillo perteneciente á los señores de Cuéllar.

Había andado cerca de una legua sin sentirlo, sin cansarse, y enteramente entregada á su único pensamiento.

Cuando salió al campo, la respiracion le faltaba; su cabeza ardia hecha un volcan; el corazón le hervía, y su sangre, como la lava del Vesubio, había hinchado sus venas y hacía palpar todo su cuerpo.

Había refrescado el aire, y ella, abierta la boca, lo

respiraba con ansia y lo bebía, y todavía quemaba á su parecer; gotas de sudor corrian de su frente ardiente como de fuego, y varias veces en algunos arroyuelos que entre juncos allí corrian, refrescaba su seco paladar, que otra vez abrasaba de nuevo el incendio que arrojaba su corazón.

Caminaba, no obstante, sin cesar, pero ya sin saber adónde, y solo detenía el paso y se paraba cuando alguna ráfaga de viento venía un momento á aliviar su ardor.

Pero entonces figuraba que oía en su susurro besos, caricias, palabras dulces en torno de ella, y la voz de Saldaña y la de Leonor.

Y luego creía que resonaban voces de maldicion ó de lástima, y oía en el murmullo de las aguas, y en el gemido de la brisa y en el rumor de las hojas, que Saldaña la maldecía; y lo que era aún más cruel, que Saldaña idolatraba á Leonor.

Y huía entonces hacía otra parte toda desalentada, y así, ya suspendiendo el paso, ya caminando con indecible precipitacion, se emboscó entre los pinos que están á la derecha de Torre-Gutierrez, y allí se enmarañó y se perdió entre las sombras como un espectro errante.

Pero no había andado muchos pasos cuando cayó sin aliento y rendida, y quebrantada con la fatiga, al pié de algunos árboles tan espesos que impedían entrarse la luz de la luna.

Allí ya sin fuerzas y casi exánime, sintió un sudor

frio que le helaba hasta los huesos sin cesar; por eso el ardor calenturiento que la abrasaba.

Su cuerpo, débil y falto de alimento, no podía ya sostenerse, y el espíritu, trabajado y fatigado ya con tanto sufrir, no podía tampoco comunicarle mas ánimo.

Cayó, pues, y no hizo ningun movimiento para levantarse, ni para mudar de postura, ni levantó la cabeza, ni gemia, ni podía llorar, y solo daba á conocer que vivia el incesante movimiento de su pecho, que parecia henchido de tormentos vivos que luchando en su centro unos con otros lo alborotaban.

VI.

Una luz á corta distancia que parecia andar sola se descubrió que venia por el bosque hácia ella, ya á veces desapareciendo entre los espesos árboles, ya otras derramando su ondulante reflejo que aumentaba las sombras en vez de desvanecerlas, con un brillo tan pálido y moribundo como el de una vela amarilla.

Nadie se veía; no obstante, la luz se acercaba, y en la imaginacion de la mora, cuyos ojos habia herido su destello una ó dos veces, aquella luz á tan escusada hora, y en aquel bosque, se presentó como cosa sobre natural y del otro mundo.

Quizá el angel Azrael, que compadecido de sus pesares venia á cortar el hilo de su vida: quizá... quien

puede decir lo que se figuró, pensó y creó la enagenada Zoraida.

Pero no se levantó de donde estaba, sino queijos los ojos fuera ya de sus órbitas en la misteriosa luz, miraba como demente, y tal vez, segun las imágenes que en su delirio inventaba, se descubria una sonrisa amarga como la hiel en sus labios trémulos y blanquecinos. La luz, empero, torció á un lado como si cambiara de senda, pero bien pronto volvió á brillar, y una voz se oyó que murmuraba maldiciones entre dientes, y que en tono monotonoy como si rezara pronunciaba varias palabras mágicas ó tenidas por tales, y que en informes versos puestas, sonaban como el regaño sordo de un perro alano.

Callaba enseguida como si esperara que alguno le contestase; pero sin duda no estaba de humor de responder el sér sobrenatural que evocaba ó no la oía, y la voz redobló sus conjuros.

Tal vez se imaginó el encantador de la luz que habia ya recibido respuesta, y volvió á callar.

Volvió entonces á andar la luz hácia donde estaba Zoraida, y un ente informe de estatura raquítica y consumida, imperfectísimo remedo de una mujer, quizá una especie de animal nuevo, una vieja, en fin, de ojos de víbora, tan flaca como una cuerda, tan ruin como un mal pensamiento, y estropajosamente arrebuja da en unos harapos, con una larga mecha de brea encendida en una mano, y en la otra una sarta de dientes de hombre, se presentó delante de la mora,

capaz con su figura odiosa y repugnante de haber hecho creer que habia diablo al mas obstinado incrédulo.

Llevóse Zoraida dos veces ambas manos á los ojos, horrorizada de aquella vision que, á su parecer, habia salido del centro de la tierra en aquel instante, y pres-tándole fuerzas el miedo se levantó de pronto con intencion de huir.

Pero no bien se habia puesto en pié, cuando recordando su natural denuedo la miró de hito en hito, al mismo tiempo que el esqueleto ambulante, cuyos ojos relucian como los de un gato, la miraba con cierta diabólica malicia, y soltó una risada desagradable, muy semejante al roznido de un mulo.

—¿Qué haces aquí, linda niña? le dijo con una voz cascada como el sonido de una castañeta; y riéndose de nuevo continuó: no te asustes, yo soy la abuela Jila que vivo en Cuellar, y aunque me tienen por bruja todavía me creo tan buena como la que más.

La sarta de dientes que llevaba en la mano izquierda resonó á un movimiento que hizo, como el crugido de un hueso al romperse.

—Buena madre, respondió Zoraida; yo soy la mujer más infeliz que existe, y he venido aquí sin saber adonde iba ni á qué.

—¡Pobrecita! replicó la bruja con su acostumbrada risa. ¿Y á mí que me importa que tú seas infeliz ó no? ¡Ojalá que te veas pronto maldecida por todos como yo, y vieja y con arrugas, que yo tambien fui jóven y

bonita, y ahora!... ¿No eres tú la mora que quiere el señor de Cuellar?

—Sí, yo soy la que fué querida, replicó Zoraida con acento melancólico; yo soy la que fui feliz.

—¡Hola! ¿con que ya no te quiere, replicó la vieja, y tal vez te ha echado de su castillo? Se cumplieron por fin, las maldiciones que yo te he echado. Pues, hija mia, ¿cómo ha de ser! ten paciencia y sufre.

Y despues de haber echado á Zoraida una ojeada de diabólica complacencia, la vieja infernal volvió la espalda é hizo ademán de alejarse murmurando estos versos:

Feas, lindas, ricos, pobres,
viejas, jóvenes, guerreros,
reyes, nobles y villanos
entran en un agujero
como hormigas
que la muerte con el pié
junta y apiña.

VII.

—Mujer, gritó Zoraida con impetuosidad despues de una pausa en que el ánsia de vengarse y los celos dieron nuevo ánimo á su corazon; yo venia en tu busca: si te alegras de mis tristezas, ¿qué me importa? Yo no te hecho nunca ningun mal, ni te he visto hasta ahora; quiere decir que no solo me aborreces á mí, sino á todo el género humano.

—Así es, replicó la bruja; odio á los que creo felices, y rio y hago escarnio de los que son desgra-

ciados, como otros lo hacen de mí y me persiguen.

—Pues bien, en ese caso yo quiero vengarme como tú, y mi vengaza te debe á tí complacer, puesto que hará la desdicha de dos personas que tú aborreces. Dime qué tengo que hacer para lograrlo. Nada te detenga: llama á todo el infierno junto, preséntalo delante de mí con tus conjuros, oiga yo sus clamores, véngume yo de la rival que detesto, y tuya soy desde ahora.

—Mucho fuego pones en tus palabras, replicó la vieja con un gesto que parecía otra vieja en lo desagradable. Has de saber que desde que se murió la tía Graja, hace ahora diez años, no se ha vuelto á ver el diablo por estos contornos, ni yo he montado en la escoba desde entonces, ni he dado paz al cabrío. Está esto muy mal, y hasta el amo nos desprecia, y van perdiendo su fuerza nuestros conjuros. Ya se ve, se ahorca ahora tan poca gente que es un dolor; toda la noche he tenido que andar por estos pinos buscando ahorcados á quienes arrancar los dientes, y solo he podido hallar cuatro ó cinco, y aun uno de ellos era ya viejo y le faltaban las muelas.

Era entonces costumbre, y lo fué por largo tiempo en España, ahorcar de los árboles á los que la voluntad ó la justicia del señor feudal condenaba á muerte si eran villanos, y nadie ignora que las llamadas brujas prestaban ciertas virtudes á sus dientes y á varias partes de su cuerpo, de que se servían en sus supuestos hechizos.

Pero, en fin, el hecho es, continuó la asquerosa vieja, que tu quieres maleficar dos personas y vengarte de ellas, y hasta ahí alcanza mi poder, y en eso doy gusto á mi inclinacion. Una de ellas sin duda es el señor de Cuellar.

—No, repuso la mora con prontitud: yo le amo demasiado para querer hacerle directamente daño. Yo solo quiero vengarme de mi rival.

—¿Y quién es tu rival? preguntó la vieja. ¿No es la hermana del Castellano de Iscar?

—La misma, replicó Zoraida; esa es la que me ha robado su corazon, esa es la que ha llenado mi alma de amargura y desesperacion: sí, sobre ella caigan tus maldiciones; sobre ella sola, para que no la vea jamás en sus brazos el señor de Cuellar.

—¿Sabes tú dónde está? ¿Tendrias tú un medio para hacerle tomar una bebida que yo te dé? preguntó la vieja mirándola fijamente.

—Si yo supiese donde se halla... contestó Zoraida.

—En su castillo, sin duda, interrumpió la vieja con una sonrisa irónica; pero no te dé pena, esa mujer no morirá en paz ni en su cama.

Pero tú, insistió Zoraida, ¿no podrias llevarme adonde se halla?

—¿Lo sé yo acaso? replicó la vieja; y aunque lo supiera, ¿por qué te lo habia de decir? No señor, sufre, que dia vendrá en que se cumplan todas las venganzas juntas, y en que los que ahora viven alegres lloren, y aquellos y aquellas que tienen asco de las po-

bres viejas, y pasan espetadas delante de ellas sin mirarlas, y que se creen infectadas con solo rozarse con las que son como yo, y las que ahora rebosan en hermosura y salud, día vendrá, y muy pronto, en que salgan con los piés delante para el cementerio.

Diciendo esto la raquítica bruja dió á su rostro una espresion tan repugnante de alegría y de venganza que al mismo espíritu maligno le hubiera parecido desagradable.

Zoraida no contestó, sino que dando algunos pasos hácia ella, aunque con repugnancia, le alargó algunas monedas, pensando que este sería el mejor medio de hacer adivinar y poner de su parte á la bruja.

VIII.

Tomólas ella con avaricia, y mirándolas una tras otra á la luz, no parecía sino que nunca habia visto junto tanto dinero, lo cual era más que probable.

No sabia tal vez en donde estaba Leonor, y ménos aun podia hablar con acierto acerca de los sucesos futuros; pero era menester decir algo, y estaba demasiado habituada á servirse de la credulidad ajena, para titubear un momento.

Quizá ella misma á fuerza de oír que la llamaban bruja, y acaso poseedora de algunos secretos, habia llegado en efecto á creer que tenia comercio con el demonio.

Zoraida, crédula como todos los hombres y mujeres

de su siglo, y además agitada de una pasión loca que puede hacer supersticioso al hombre más ilustrado, la miraba como un oráculo, y esperaba con ansia saber cuál habia de ser su destino.

La bruja, pues, le hizo señas de que guardase silencio, y habiendo arrancado algunas retamas les prendió fuego, profiriendo sordamente varias palabras, que no entendia ella misma sin duda, dando vueltas alrededor de la hoguera, con más rapidez que prometian sus años, mientras la llama tomaba vuelo.

Paróse en seguida, y sacando del arrugado y cóncavo pecho un bolsillo de cuero que deslió sin dejar de gruñir entre dientes, echó unos pelos al fuego y una especie de sain ó gordura de algun animal.

Echóse en seguida al suelo, y poniendo contra él la boca, empezó á llamar á alguno, primero en voz baja y despues en tono más alto, añadiendo á cada palabra una maldicion..

Todos sus movimientos eran tan extraordinarios y ridículos, que hubieran podido llamar la atención del hombre menos curioso; y su figura maléfica, que se divisaba como un espectro á la luz de la hoguera, el silencio de la noche, la luna, que oculta entre algunas nubes cenicientas teñía el bosque de una especie de color de muerto, daba cierto carácter sobrenatural á aquella singular escena.

La hoguera, sin embargo, se fué consumiendo poco á poco, y cuando ya estaba casi estinguida, la fatídica vieja se levantó y dió una patada con furia sobre las

pocas ramas que aun ardian, como si quisiera vengarse de aquella manera del poco efecto que producian sus encantos.

—¡Ea, pues! dijo volviéndose hácia Zoraida, que habia observado cuanto habia hecho, y que más de una vez habia sentido erizarse sus carnes; ¡ea, pues! demonios, ya que desoís mis conjuros, ojalá que se conviertan á Dios, y eviten vuestras tentaciones cuantas almas hay en el mundo. Zoraida, el espíritu profético ha huido de mí, y no sé, ni acierto adón de está tu rival: solo sé que un espíritu superior á los que á mí me sirven la protege por ahora. ¡Maldito sea él! Solo sé que él la libertó de las garras del Velludo. Quizá tú la volverás á ver algun dia. Tú tambien tendrás quien te proteja. Tal vez el de Cuellar te volverá á amar. Acaso...

La imaginacion de la vieja apenas podia ya inventar más, ni suplir con profecías á bulto lo que ignoraba.

Por último, y como inspirada de pronto, añadió:

—Puede ser que algun dia te acuerdes de lo que has visto esta noche por tu desgracia. Es forzoso que nosotras nos volvamos á ver.

—¿Crees tú que Saldaña me vuelva á amar? preguntó Zoraida, á quien esta parte de la profecía habia conmovido y hecho temblar hasta las entrañas.

—¿La hembra del mastin, no se ayunta con el lobo? respondió la pitonisa. Pero guárdate tambien que no te devore; guárdate, y teme que no maldigas al-

gun dia la hora fatal en que te has hallado conmigo.

Pronunció estas últimas palabras con un eco de voz tan siniestro, y clavando al mismo tiempo en Zoraida una mirada tan fija y horrible, que hubiera podido intimidar al más intrépido.

La desdichada mora no pudo ménos de estremecerse y sentir sus cabellos tiesos sobre su cabeza.

En vano trató de esforzarse á preguntarla por qué: el temor habia helado su voz, y la fiebre que la devoraba la representó en su fantasía, en vez de una bruja, mil que la amedrentaban con sus funestos presagios, y que la miraban del mismo modo.

Tal vez la intencion de la vieja habia sido únicamente aterrarla, ya que no habia podido convencerla de su mágico poder; pero no obstante, parecia que solo habia verdad en su último presagio, que era una amenaza que debia cumplirse, y que aquella misma mujer habia de tener parte en que se cumpliera.

El tono de su voz y su mirada manifestaban quizá perversas intenciones para en adelante, quizá estaba ofendida y deseosa de vengarse de la mora, que habia presenciado la inutilidad de sus conjuros, y que podria publicar todo como habia pasado, y hacerle perder su fama.

De todos modos, habia un no sé qué de verdad en sus espresiones.

Zoraida entretanto todo lo daba ya por cumplido, y cuando vuelta en algun tanto de su estupor quiso pe-

dirla algunas esplicaciones de lo que habia dicho, la inesplicable vieja habia desaparecido.

A su entender se habia vuelto á sumergir en las entrañas de la tierra, de donde pensó primero que habia salido.

IX.

Entre tanto ya venia la mañana; el aire, más fresco, halagaba las copas de los pinos, y el color de la aurora empezaba á pintar con su velo de nácar el horizonte.

Las aves piaban, los arroyos murmuraban, y se alegraban los campos.

Todo respiraba el encanto de una alborada de estío, y el reposo y la paz, aún no alterada por el villano madrugador, podía compararse á la primer sonrisa de un niño.

Solo Zoraida penaba, aterrada aún con el presagio de la impura vieja; pero su fiebre habia calmado, y cierta laxitud, producida por su anterior frenesí y lo mucho que habia caminado, era lo único que le quedaba de su locura.

Parecia que el fuego de su corazón se habia enteramente apagado: ó por mejor decir, que su corazón, á modo de un espíritu, se habia evaporado, y que ya no le quedaba sentimiento para padecer ni gozar.

Sus ojos estaban tristemente caidos; al color encen-

dido de sus mejillas habia sucedido una palidez cadavérica; sus miembros flojos apenas obedecian á su voluntad, y en derredor de su boca la herradura de la muerte estaba estampada.

Aún no habia recobrado cabalmente su juicio, pero ya no era aquella imaginacion llameante la que mezclaba y arrebatava sus pensamientos, y como un herido falto de sangre y lánguidamente débil, solo veía colores, sombras, oía un confuso rumor y el cielo y la tierra le parecia que habian cambiado de sitio.

Todo á su vista aparecia más alto, más bajo, más lejos, más cerca de lo que estaba realmente.

En su memoria se agitaban los sucesos de aquella noche como sueños casi olvidados ó como los cuentos de la niñez.

Figurábase á veces que eran cosas que habia oido contar, que habian pasado hacia mucho tiempo, y allá confusamente, oía al mismo tiempo las palabras de la bruja, el canto satánico de los aventureros y el grito de los centinelas.

Examinábase á veces á sí misma en los intermedios que este segundo delirio le concedia, miraba al cielo inundado ya de ráfagas de luz hacia el Oriente; consideraba la tranquilidad de los campos, y meditaba en la dicha que disfrutaban sus habitantes.

De lejos ya llegaba á sus oidos la voz del leñador que arreaba su asno caminando al monte; el canto monótono de los segadores que aprovechaban la fresca; el grito del labriego en la era, y esta armonía, este

bello despertar de la naturaleza, le hacia penar de nuevo y derramar lágrimas hilo á hilo.

—¡Oh, se decia á sí misma, yo soy la única infeliz entre tantos felices!

Parecía, al pensar esto, que no era este mundo su morada ni la habia sido hasta entonces, sino que, para mayor tormento suyo, una mano fatal la habia arrancado de su centro y trasladádola allí, para que pudiese comparar la gloria de aquel paraíso con el infierno en que tenia que vivir por fuerza, y que llevaba dentro de sí.

Hallábase allí en medio del campo, al aire libre, á la luz del dia, tan turbada é incómoda como un rústico en medio de un magnífico palacio, ó más bien sentia la fatiga del pez que se vé de pronto fuera de su elemento.

En su interior oia una voz que le gritaba de volver al castillo; pero el dia entraba y aun no se habia decidido á obedecerla.

Por último, la parte de vida que le animaba venció su irresolucion, y la afligida Zoraida tomó la vuelta de la fortaleza.

X.

Los trabajos del campo, propios de la estacion, habian despertado ya á los rústicos habitantes, y todo era vida y movimiento en aquella estensa campiña.

Hubiera sido un espectáculo agradable sin duda pa-

ra cualquiera espíritu sosegado; pero Zoraida huía de los hombres, hubiera querido no oír sus palabras, y queria ocultar á sus ojos la calma y la hermosura de la naturaleza.

Buscaba las sendas más escondidas, los sitios más sombríos, en fin, todo aquello que pudiera tener analogía con su alma.

Cuando llegó á la entrada subterránea que llevaba á las bóvedas del castillo, volvió la cabeza á mirar el sol, que como un escudo de fuego, se levantaba y teñía el horizonte de mil vivísimos colores.

Quiso fijar en él los ojos por un instante, y quedó tan deslumbrada y confusa, que dando un alarido, se lanzó en la oscura bóveda de repente.

Hubiérase creído que era un ángel de tinieblas que miraba la luz del sol, y despechado de no poder gozar de su hermoso brillo, se arrojaba maldiciendo su suerte en el infierno.

Zoraida cansada, enferma de alma y cuerpo, llena de visiones, de presagios, de memorias del bien pasado y desnuda de toda esperanza, volvió por los secretos pasadizos por donde antes habia salido, y el ruido de las armas, los relinchos de los caballos y las voces de los soldados que barrian sus cuadras, limpiaban sus armaduras y vagaban acá y allá en los patios y corredores próximos al camino que ella llevaba, penetraban en su oído mezclados en un son tan confuso y desacorde, que acabaron de trastornar su cabeza.

Más de una vez tuvo que apoyarse en la pared para

sostenerse, y no supo ella misma el tiempo que estuvo en aquella actitud, hasta que recobraba sus fuerzas.

Las retorcidas escaleras que subia la mareaban, el castillo se le andaba, y cuando llegó á su cuarto se encerró allí y se arrojó en su lecho, sintió un placer semejante al de una ave nocturna que, aturdida y ciega con el resplandor del sol, encuentra por casualidad el oscuro nicho que le sirve de asilo.

Capítulo X.

Abrazan los escudos delante los corazones,
abajan las lanzas ayueltas con los pendones,
enclinaban las caras sobre los arzones,
batien los caballos con los espólonas,
tembrar querie la tierra dod' eran movedores.

(Poema del Cid).

¿Quién es aquesta dama religiosa?

..... ¿Quién es la afligida,
en igual grado bella y dolorida?

(Hojeda).—(Cristiada).

I.

Ya habrá supuesto el lector que el billete que entregó al señor de Cuellar su lindo paje venia de parte de Hernando, que deseaba tomar venganza del que él suponía robador de su hermana.

En efecto; el tiempo, que segun el estado de nuestra alma, vuela ligero como un relámpago ó se nos figura que no se mueve, le parecia aquella noche al señor de Iscar que habia perdido sus alas, y cada minuto se le hacia un siglo.

Tal era el deseo que le punzaba de venir á las manos con su enemigo.

Las tres de la mañana serian, y faltaban aun dos mortales horas para que llegase el momento prefijado para el combate, y ya su voz habia despertado al buen Nuño, que á su vez habia despertado al Cantor, y éste á los demás habitantes de la fortaleza.

Ninguno sabia el intento de su señor sino el capellan del castillo, que habia escrito la carta de desafio, porque Hernando de Iscar no sabia leer ni escribir, ó lo que es lo mismo, no era caballero letrado que se decia entonces, y solo era entendido en los ejercicios de caballería.

Se habia confesado la noche antes, como era uso generalmente de los religiosos caballeros si habia lugar para hacerlo antes de entrar en batalla ó aventurarse á algun peligro, sin que en esto diesen pruebas de ménos valor ó desconfianza en su buena suerte.

Hernando, buen caballero probado en muchos encuentros, tenia fama de ser tan diestro ginete como ágil en todo género de armas: sabia que su contrario el de Cuellar era una de las lanzas más temibles de la cristiandad, y así por esto, como porque interesaba á su honra, tenia intencion de proponerle en el campo se desarmasen el lado izquierdo, quedando de este modo espuesto á los golpes del corazon. Era de creer que Sancho Saldaña no titubearia un punto en acceder á su proposicion, y en este caso la muerte de uno de los dos, ó tal vez la de ambos, era de presumir inevitable.

Pero esto le daba muy poco cuidado á Hernando, que ganoso de satisfacer su agravio, y educado desde su infancia en las armas, estaba acostumbrado á considerar un duelo á muerte como una especie de pasatiempo.

Su buen Nuño, que no daba más importancia que su amo á la vida de un semejante suyo si la arriesgaba en regla, y segun la ley de las armas, aunque no sabia el intento de su señor, sospechaba lo que podia ser, y le habia aderezado ya su armadura, sin olvidarse de la suya propia, persuadido á que su amo tendria tal vez necesidad de su compañía.

Habia reñido con el poeta más de veinte veces el dia antes, y hecho la paz otras tantas, y estaba entonces pendiente aún su última riña, cuando el Cantor, tarareando unos versos muy conocidos en aquella época, se llegó á hablarle.

—¿A qué diablos, dijo Nuño, vienes aquí á hacer ruido? ¿Te parece á tí que es esta hora para oir tu música?

—Yo no sé para lo que es hora, respondió el poeta, pero sé muy bien para lo que vengo.

—Pues habla y sé breve, repuso el enojado Nuño.

—Así lo fueras tú tanto como yo, replicó el Cantor con calma, y no que cuando tomas la palabra no dejas hablar á nadie, y eres capaz de estarte charlando tres dias; y al fin, si hablaras bien, pase, pero...

—Si vienes á chancearte conmigo, interrumpió Nuño, poco agrado de las finezas de su antagonista, te

puedes ir con mil santos á buscar otro á quien cansar con tus necedades, porque yo no estoy ahora de humor de broma.

—Vé ahí como nos equivocamos cuando uno ménos lo piensa, repuso el poeta, que se divertía en irritarle; yo te creía ahora del mejor humor del mundo, porque aunque en tu cara no se conoce nunca cuando estás contento...

—Si, replicó Nuño con ira, sí, estoy para hacer correr tras de mí los chicos de la calle: ¿habráse visto impertinente igual? Si no fuera... ¡vive Dios!

—He sufrido tres interrupciones sin quejarme, contestó el poeta, y todavía no te he interrumpido á tí una sola vez y ya te amostazas: hé ahí lo que se llama tener buen genio.

—Tengo el que me dá la gana, replicó Nuño con mucho enfado.

II.

Lo conversacion llevaba trazas de acabar mal, al ménos por parte de Nuño, si el poeta, que no tenía el menor deseo de quimera, no la hubiera hecho tomar distinto giro diciendo:

—Con estos dimes y diretes, mi buen Nuño, todavía no te he preguntado lo que quería. y lo que es más esencial que nuestras cuestiones. ¿Sabes tú por qué don Hernando te ha mandado que apercibas sus armas para esta mañana á las cuatro?

—No sé, replicó Nuño con sequedad.

—Vaya, si lo sabrás, continuó el Cantor. ¡Quién sino tú lo ha de saber, que mereces toda la confianza de nuestro amo y conoces y averiguas además cuanto pasa á veinte leguas á la redonda!

Era este justamente el flaco de Nuño, que aunque á la verdad merecia mucha confianza á su amo, él la ponderaba y exajeraba sobremadera, dando á entender que no hacia cosa que no le confiase y sobre que no le pidiese de antemano su parecer.

No sabia entonces nada de cierto, como hemos dicho, pero no le parecia oportuno ni honroso disminuir su importancia á los ojos de su antagonista, y estaba decidido á dar por fijo lo que suponía.

—Yo no averiguo ni trato de averiguar nunca nada, y te engañó mucho quien tal te dijo.

—Sí, replicó el Cantor, no averiguas, pero lo sabes todo.

—Si lo sé, repuso el severo Nuño, no es porque yo me meta nunca donde no me llaman, sino porque hace muchos años que poseo la confianza absoluta de mis amos. En prueba de ello, me acuerdo que pocos dias antes de tomar el Arrabal de Triana en el sitio de Sevilla el año de 1240, que andaba muy callado entre todos como es uso y debe ser cuando se trata de las cosas de la guerra, y no sabia nadie la intencion del almirante sino el rey y algunos de los caballeros más principales, y los demás andaban olfateando sin atinar con nada, mi amo me dijo: «Nuño, buen ánimo, que pron-

to va á haber barro á mano: cuando llegue el caso, lanza enristre y confianza en Dios.» Lo que yo interpreté que queria decir, Triana será nuestro muy pronto.

—¡Por Dios, Nuño! exclamó el cantor: ¿qué tiene que ver aquí la toma de Triana con lo que hablamos, que no te he interrumpido sólo porque no te enojaras?

—Es verdad, repuso Nuño, pues es como digo, entonces y otras veces, el año de 1260...

—¿Otra vez? ¡Por Santiago! interrumpió el poeta.

—No me interrumpas: ó sino callaremos.

—No te interrumpo, sino que no respondes acorde, y me vienes á contar lo que importó saber á mi abuelo.

—Tienes razon: convino Nuño, quizá por la primera vez de su vida; en hablando de mi amo, quiero decir, del padre de D. Hernando, pierdo los estribos: y bien, pregunta, dí, porque tampoco me has preguntado nada, y mal te podia responder.

—Sí, te lo he preguntado ya, repuso el impaciente poeta.

—¿Cómo? Eso no, replicó Nuño, yo no creo que me taches tambien de falto de memoria.

—Está bien: no gastemos más tiempo. Te he preguntado ó te pregunto ahora, como tú mejor quieras, ¿para qué ha pedido sus armas?

—¡Ah! sí, me acuerdo, dijo Nuño, es verdad: en una palabra, parece que hoy ha determinado mi amo que el señor de Cuellar purgue de una vez los males que nos ha causado; á lo menos ayer le llevé yo un pa-

pel que me entregó el capellan, y es de presumir... ya ves.

—Sí; ¿pero no te ha dicho D. Hernando nada? preguntó el poeta.

—Hombre... sí, y no, me ha dicho, y no me ha dicho, repuso Nuño titubeando; pero yo sé que hoy van á ver quien se tiene mejor á caballo, en buena ley y con buenas armas.

—Pues Dios ayude á D. Hernando, porque el de Cuellar es ligero como el viento, y fuerte como una encina de veinte años.

—Quita allá, dijo Nuño. ¿Dudas tú del ánimo de don Hernando? Le he visto yo cuando apenas tenia diez y siete años sacar un hombre de la silla, y llevarlo en hastado en la lanza como si fuera una pluma.

—Ya lo sé, replicó el Cantor, que D. Hernando no cede á nadie; pero aquí entre nosotros, el de Cuellar es hombre mas vigoroso, y la suerte está indecisa.

—Puede ser, replicó el veterano; pero la rabia que le tiene mi amo suplirá por las fuerzas, y allá veremos, y hágase lo que Dios quiera.

—Amen, replicó devotamente el Cantor: tienes razon, Dios protege siempre la causa de la justicia; yo pasé cerca del impio y le vi en medio de su grandeza, volvi la vista y ya habia desaparecido. ¿Pero tú sabes, continuó, que D. Hernando está equivocado, y que doña Leonor no está en poder de Saldaña?

—¿Pues entonces en donde está? pregunto Nuño como sorprendido.

—La bruja, ó lo que sea, que anda por estos contornos, prosiguió el poeta, la sacó de manos de los ladrones la misma noche que la robaron, y á la verdad que no se que es peor.

—¿De veras? preguntó Nuño con muestras de mucho contento. Trae acá un abrazo; es la mejor noticia que podías darme, á no ser que me la dieras de que estaba ya en el castillo.

—Hombre, tú eres raro, dijo el Cantor, y no entiendo por qué te alegras tanto de mi noticia, porque á mí no me parece muy buena.

—Porque tú no conoces á esa que llamas bruja, que no es ni piensa serlo, sino un ángel del cielo.

—¿Luego tú la conoces? preguntó el poeta.

—¿Pues no la he de conocer, si fué la misma que me curó de mis heridas cuando hace tres años quedé por muerto en el campo, y ella me recogió y me cuidó como si fuera su hijo? Te aseguro que por la noticia que me has dado te sufro hasta que me interrumpas, y te perdono todas tus impertinencias.

—¿Y tú sabes sin duda donde vive?

—No, replicó, Nuño, porque entré sin sentido, y salí con los ojos vendados y ya de noche, de modo que aunque me levanté un poco el pañuelo para mirar no pude ver señal alguna de la habitacion.

III.

Aquí llegaban, cuando el señor de Iscar, habiendo oído al trompeta del castillo, que tocaba las horas, marcar las cuatro con su instrumento, volvió á llamar á Nuño, é interrumpió su conversacion.

—¿Qué tal la mañana, Nuño? le preguntó su amo con aire de buen humor.

—Algo fresca está, replicó el veterano; las mañanas de este mes son frias por lo regular.

—Tanto mejor, repuso Hernando; á bien que luego entraré en calor. Tráeme mis armas.

Nuño salió al momento por ellas frotándose alegremente las manos, diciendo entre sí:—Gracias á Dios que se nos proporciona algo que hacer, que por Santiago creí ya que me iba á pudrir aquí, y á tomarme de moho como una coraza vieja; pero hoy va á haber golpes sin duda, y aunque no sé si me tocará á mí algo, presumo que ha de haber para todos.

Hablando así, tomó en la sala de armas la armadura de su señor, y volviendo donde él estaba la puso en el suelo, y principió á vestírsela con mucha calma.

—Vamos, Nuño, date prisa, le dijo su amo á tiempo que le ceñía el espaldar. ¿Qué espada me traes?... La de mi padre, supongo.

—Sí señor, la misma; repuso Nuño, con que mató á orillas del Guadalquivir al africano Aliatar, que me parece que le estoy viendo acercarse todos los dias á

nuestro campo en un rabicano árabe que corria como un viento, vestido de una piel de leon sobre que dormia, y en menos de media hora derribar de la silla dos ó tres de los mejores soldados nuestros que salian á ginetear. Pero no le valió con D. Jaime, que peleó con él delante del famoso Perez de Vargas, y le hizo rodar por el suelo como una bola.

—Pues esa espada quiero yo hoy, dijo Hernando, y veremos si tengo tan buen pulso y acierto como mi padre.

Dicho esto, y armado ya todo sino la cabeza, caló un casco de bruñido acero, de donde volaban infinitas plumas. Nuño le calzó las espuelas, y con brioso y marcial continente salió del cuarto con el mismo deseo y denuedo que si fuese á recibir los aplausos de la multitud y las miradas de las damas, á un lujoso torneo.

La alegría más pura brillaba en los ojos de Nuño al verle, y la memoria de su padre, viniendo de repente á su imaginacion, humedeció los ojos del veterano acaso alguna lágrima, que se limpió con el revés de la mano.

—Señor, le dijo, viendo que Hernando no le decia que le acompañase; ¿y yo no tengo hoy en qué ocuparme? ¿Me he de estar mano sobre mano aquí en el castillo como una gallina clueca?

—Amigo Nuño, le respondió su amo, por hoy no necesito tu compañía; solo tengo que ir, y mi brazo me bastará con la ayuda de Dios.

—Pero señor, ¿y si acaso os sucede algo?...

—En ese caso será de mí lo que Dios quisiere, replicó Hernando; solo te encargo que si dentro de dos horas no estoy de vuelta, te llegues hácia la ribera del Cega, junto al molino, donde acaso me encontrarás.

—¿Y no sería mejor, volvió á insistir el fiel Nuño, que yo os acompañase hasta allí? No creais, aunque me veis viejo, que si se trata de venir á las manos, tarde yo en enristrar la lanza más tiempo que el doncel más aventajado.

—Lo sé, repuso su amo, pero por hoy no puedes venir conmigo: he prometido ir solo, y si alguno me acompañase correria peligro mi fama.

—Entonces id con Dios, dijo Nuño, y él os dé tan buena ventura como mereceis.

Con esto llegó Hernando á su caballo, que con su caparazon de batalla estaba ya á la puerta del castillo, de mano de un escudero, y saltando sobre él con tanta soltura como ligereza, tomó de las manos de Nuño la lanza y el escudo que este le alargó, diciéndole:

—Si acaso, ya sabeis, señor, que el golpe de la vise-ra es seguro y de buen empuje; la lanza baja y levantarla de pronto: no hay más que hacer. Me acuerdo...

Iba á contarle tal vez alguna historia de su mocedad, pero Hernando, metiendo espuelas á su caballo, salió á galope, y el veterano le vió atravesar el puente levadizo sin detenerse, bajar la cuesta, seguir su carrera en el llano, y desaparecer de allí á poco, como

una exhalacion á lo lejos entre los pinares, dejando detrás de él rastro de luz de su armadura, herida en aquel momento del sol que empezaba á aparecer en el horizonte.

—Estos jóvenes de ahora, se dijo Nuño á sí mismo cuando le vió partir, quieren guiarse siempre por sí, y no las más veces aciertan. No que lo diga yo por mi amo, que así sabe manejar la espada como el caballo, pero... Allá va, que apenas le alcanza el viento: Dios te guie y te dé victoria sobre tu enemigo.

Murmurando así entre dientes, volvió al castillo muy apesadumbrado de tener que quedarse sin presenciar el combate, y mucho más de no poder tomar parte.

Entre tanto, el señor de Iscar, sin sosegar su carrera, atravesó el pinar, vadeó el rio Piron, y poco despues llegó al sitio aplazado para el desafío.

IV.

Era en la ribera opuesta del Cega, camino de Cuellar, en una especie de plaza llana y desembarazada de árboles, desde donde se descubria á corta distancia una torre dependiente de aquel castillo, convertida hoy en una pequeña aldea llamada Torre-Gutierrez.

Tendió la vista el señor de Iscar buscando á Saldaña, y viendo que no habia venido aun, lleno de impaciencia echó pié á tierra de su caballo, y sentándose

sobre una piedra, se puso á aguardarle, maldiciendo de todo corazon su tardanza.

A cada momento se levantaba y miraba por todos lados por si le veia venir, acrecentando su ira cada minuto que pasaba, y ansiando cada vez más el momento de pelear.

Por una parte temia que siendo el billete anónimo hubiese despreciado á su autor, teniéndole por caballero de poco nombre é indigno de medirse con él; por otra recelaba si sabedor de quién era seguiria resuelto, como ya habia dicho otra vez, á no enristrar lanza contra el amigo de su juventud.

—¡Hipócrita! exclamaba hablando consigo mismo. Tal vez quieres engañar aun al mundo, dando á entender que respetas los lazos de la amistad, pero tú no me conoces aun; yo te arrancaré la máscara y haré que te vean tal como eres. Puede ser que no vengas á la cita, pero guárdate, porque te he de encontrar aunque te escondas bajo de tierra, y te he de coser á estocadas delante del mismo altar de la Virgen. ¡El amigo de mi juventud! continuaba con ironía. Ya hace mucho tiempo que no somos amigos, y por lo último que has hecho juro no reposar hasta cumplir mi venganza.

Agitado de estos pensamientos, y temeroso ya de que no viniera, estaba dudando si le aguardaria más tiempo ó le daria por cobarde y mal caballero, é iria á su mismo castillo á injuriarle y á castigarle como á un villano.

Pero aun no habian dado las cinco, y solo su impaciencia podia llamar cobarde á Sancho Saldaña, que estaba reputado, como hemos dicho antes, por uno de los más valientes guerreros del partido de Sancho el Bravo.

V.

El señor de Cuellar, que no tenia los motivos de su contrario para abrigar contra él ningun mal deseo, y no sabia siquiera ni se imaginaba con quién tenia que habérselas, habia tomado el lance con la indiferencia apática que era el tipo de su carácter cuando no se trataba de sus pasiones y de martirizarse á sí mismo.

Por esto á las cuatro y media de la mañana se habia hecho armar de su paje con mucha calma, y montando á caballo, solo se encaminó, mucho más combatido de sus remordimientos, esperanzas y disgustos, que pensativo del desafio, á un mediano trote al sitio que señalaba el billete.

No habia dado apenas la hora, cuando el enojado hermano de Leonor le vió con mucho contento que venia á lo lejos en un poderoso caballo brillantemente armado, con muestra triste, aunque animosa y guerrera.

Su alta estatura y ancha espalda parecian darle ventaja sobre su contrario, que aunque robusto y vigoroso era más pequeño de cuerpo y de formas menos atléticas.

Su caballo, negro como el azabache, era tambien más ancho y de más alzada, y aunque la lanza de Hernando mostraba bien á las claras la pujanza del brazo que la blandia, el asta de Sancho Saldaña marcaba á su señor por hombre de fuerzas extraordinarias.

Nadie al comparar los dos campeones, viéndolos frente á frente, hubiera supuesto ventaja en ninguno de ellos, porque si bien imponia el hereúleo continente y grave mole del señor de Cuellar, el desembarazo, soltura y agilidad de Hernando podian suplir por su falta de fuerzas y de estatura, siendo igual el valor de entrambos, igual su edad, y estando este último particularmente deseoso de pelear.

Caló la visera Hernando viéndole que se acercaba, siendo su intencion ahorrar palabras no dándose á conocer, montó á caballo, y fijando la lanza en tierra le aguardó con serenidad.

Sancho Saldaña, ensimismado como de costumbre, no habia siquiera levantado sus ojos ni visto á su enemigo, que le esperaba, por lo que, la visera alta y puesta la lanza en la cuja, siguió marchando sin avivar el paso de su palafren.

—Si tendré yo que ir á avisarte que estoy aquí, se dijo entre sí Hernando picado de su indiferencia; y sin aguardar más tiempo alzó la voz llamándole, no sin aguijar su caballo y avanzar algunos pasos más, lleno de impaciencia, hácia él, para obligarle á que le mirara. Saldaña alzó á su voz la cabeza, y llegando junto á él hizo alto, le echó una ojeada desdeñosa de arriba

abajo, que redobló el coraje del señor de Iscar, y después de haberle mirado muy despacio, le dijo:

—Mucha gana teneis de pelear, señor desconocido, á lo que parece. ¿Teneis alguna dificultad en darme á conocer vuestro nombre, ó quizá sois caballero novel, y aun no lo habeis hecho bueno ni conocido?

—Mejor que el tuyo mil veces, repuso Hernando fijando en él dos llamas, que tal parecían sus ojos al través de las barras de la visera. Mejor que el tuyo, y me estraña que preguntes mi nombre cuando sabes que no es uso de buenos caballeros preguntarlo ántes de combatir.

—Más me estraña á mí, replicó el de Cuellar sin alterarse, que solo por lograr prez ó por alguna imprudente promesa hecha á tu dama, pues no creo me llames aquí por otro motivo, arriesgues tu vida conmigo en sitio tan solitario, á no ser que estés loco ó trates de quedar delante de gentes avergonzado de tu vencimiento.

—Saldaña, gritó Hernando; lanza en ristre, y ahorraremos de palabras, que donde están las manos no hay para qué servirse de la lengua. Solo exijo por condicion que el vencido ha de declarar la verdad de lo que se le preguntare.

—Inútil me parece esa condicion, respondió Saldaña desdeñosamente, porque tú serás el vencido y yo no tengo nada que preguntarte.

—Otra tengo tambien que pedirte, repuso el de Iscar, y es que nos desarmemos las platas y ofrezca-

mos á los golpes el corazon. ¿Te parece mejor que la otra?

—Sin duda, respondió el de Cuellar con su acostumbrada calma: así despacharemos más pronto, y el golpe será más seguro.

—Y diciendo y haciendo, se aflojaron entrambos las lazadas de sus armaduras, dejando descubierto el lado izquierdo, y arrojaron al suelo las piezas que lo cubrían.

Hecho esto, caló visera Saldaña, embrazaron ambos los escudos, y volviendo sus caballos á un mismo tiempo con maravillosa presteza tomaron parte del campo, y puestos á igual distancia, sin aguardar otra señal que la de su deseo, arrancaron el uno contra el otro lanza en ristre á toda la violencia de la carrera, envueltos en una nube de polvo.

Llegaron uno junto á otro sin detenerse, y se pasaron de claro, habiendo apenas la lanza del de Cuellar rozado en el brazo derecho de Hernando, y tocando acaso la de este en el muslo de su enemigo.

Siguieron corriendo con el mismo ímpetu hasta llegar á cierta distancia, donde pararon, y arremetiendo segunda vez se desvanecieron de sus puestos con la rapidez del rayo, y la lanza baja amenazando hacerse pedazos.

Este segundo encuentro fué más acertado que el primero, y ventajoso para el de Cuellar, que encontrando el hombro derecho de su enemigo caló el hierro de la lanza entre la quebrantada armadura, hirién-

dole ligeramente, y le hizo bambolear en la silla, porque habiéndose encabritado el caballo de Hernando al recibir el golpe, hubo menester su señor de toda su habilidad para sostenerse.

Pero la tercera vez, encontrándose con la misma furia, fué tal la embestida y la cólera del de Iscar, que su lanza saltó al aire en mil astillas, y el caballo de Saldaña, que con dificultad pudo sostener el choque, cejó, cayendo dos ó tres veces del cuarto trasero sin poder apenas tenerse, aunque esto no evitó que su amo rompiese con la punta de su lanza la visera de su enemigo, dejándole tan trastornado y aturdido que estuvo á pique de caer en tierra.

VI.

Quedó entonces Hernando á cara descubierta delante de Saldaña, el rostro encendido como fuego, y lanzando sobre él con los ojos rayos de ira, disponiéndose á volver su caballo y á llevar adelante su desafío.

Pero el de Cuellar, que al punto que le vió le hubo conocido, enderezó la lanza y la afirmó en la cuja, pidiéndole que se detuviera, y acercándose á él al paso de su troton,

—¡Hernando! le dijo con muestras de pesadumbre; ¿y eras tú el que me proporcionabas nueva ocasion para cometer un crimen?

—¡Vil hipócrita! le respondió el de Iscar más encolerizado que nunca. ¿Qué llamas tú un crimen,

tú, para quien nada hay que sea sagrado en el mundo, tú, despreciador de la religion, traidor, robador de mi honra.... vuelve, vuelve á enristrar la lanza, que por Santiago, si no fuera vergüenza mia, no habia de aguardar á que te defendieras para enviarte al infierno, sino que asimismo te habia de atravesar mil veces el corazón.

—Sosiégate, Hernando, repuso Saldaña con tranquilidad, sosiégate y óyeme...

—Nada tengo que oir de tí, interrumpió el de Iscar, ni nada tienes que hacer sino defenderte y prepararte á morir.

—Oyeme, replicó el de Cuellar con aire hipócrita, y dime: ¿qué te he hecho yo? ¿Qué agravio has recibido de mí?

—¡Infame! interrumpió Hernando segunda vez; ¿tienes valor para preguntarme qué has hecho, mal caballero? ¿A dónde está mi hermana? ¿Quién la ha robado sino tú? Pero para qué pregunto nada, añadió con más cólera; defiéndete ó te mato.

—Todo está ya perdido; ¡ella me aborrecerá! profirió entre dientes Saldaña. Y yo, ¿qué diablos sé de tu hermana! repuso en seguida con aspereza; la he querido poseer, ella habria hecho mi felicidad, no te lo niego; pero hasta el mismo infierno se ha mezclado para desbaratar mis planes... pero... yo no queria deshonorarte... tenia intenciones de casarme con ella, y no creo...

—Acuérdate de lo que te dijo mi padre, que nunca

mi sangre se mezclaria con la tuya, replicó Hernando; no, nunca, yo lo juro, aunque me fuese en ello mi vida y sea yo más vil que el siervo más abatido, más deshonorado que un cobarde, y me vea despreciado y escupido del más villano, si tal consiento jamás. Dí, traidor, ¿dónde está mi hermana?

—Te he dicho que yo no sé, respondió Saldaña, y te juro por mi honor...

—¿Lo tienes tú acaso? interrumpió el de Iscar; defiéndete ó te declaro por cobarde y hago llamar mis más viles criados para que te maten á palos.

—¡Hernando! dijo entonces Saldaña mirándole torvamente y rechinando los dientes. Solo á tu hermana debes no estar ya tendido á mis piés en pago de tus insultos. Sí, continuó con desesperacion, solo al temor de que Leonor me aborrezca si vé en mis armas la sangre misma de su hermano. Pero ya, ¿qué importa? ¿No soy ya aborrecible á sus ojos y á los de todo el mundo? Pues ven, y luchemos hasta que no quede señal de que haya existido ninguno.

Diciendo así, echó pié á tierra de su caballo, trémulo de furor, y habiendo invitado á Hernando para que hiciese lo mismo, se arrojaron los dos al suelo á un tiempo, y echando mano á la espada uno y otro, se acometieron con más furia y más empuje que nunca.

Voló al primer golpe en dos pedazos el escudo del señor de Cuellar, que abolló de un revés el casco de su contrario, y tirándose algunos golpes más, que acabaron de deshacer mutuamente sus armaduras.



Saldaña apoyándose sobre la cruz de su espada.

Pero el de Iscar, cansado ya de tan largo combate, empezó á jugar de punta, mientras el de Cuellar, más forzado, le fatigaba y acosaba á tajos y cuchilladas.

Hacia ya tiempo que peleaban y estaban heridos por mil partes, sudando y faltos de aliento, cuando de repente Saldaña, arrojándose sobre Hernando, le tiró á manteniente un golpe tal sobre la cabeza, que dividió el yelmo en dos partes, y echando un rio de sangre por ojos, orejas y narices, le derribó en el suelo sin movimiento.

VII.

Quedó Saldaña en pié, victorioso del desafío; pero su vista empezó de allí á poco á desvanecerse, quedó inmóvil apoyándose sobre la cruz de la espada, sus miembros se estremecieron, inclinó lentamente el cuerpo hácia adelante, dobló las rodillas, hizo dos ó tres esfuerzos inútiles para llegar hasta su caballo, y dando un suspiro cayó en tierra cubierto todo de sangre y privado, por último, de sentido.

El suelo estaba lleno alrededor de ellos de piezas de sus armas, esparcidas acá y allá en la fuga de la batalla; la lanza que Saldaña habia dejado para echar pié á tierra, cimbraba clavada de punta á un lado del campo; el aire mecia acaso las plumas que habian saltado de los abollados cascos, y los caballos sueltos por el campo, se entregaban á toda la alegría que inspira la libertad, mientras sus amos, tendidos uno frente

de otro envueltos en sangre, yacian inmóviles, midiéndolo el campo con sus espaldas.

El de Iscar yerto, al parecer, sin respiracion, cubierto el rostro de sangre, y restañado en ella el caballo, tenia los ojos aun entreabiertos, la espada en la mano derecha á toda la estension del brazo, y la palma de la izquierda abierta posada sobre la cabeza: el de Cuellar, como un torreón caído, ocupaba más espacio, tendido sobre el lado derecho, cubierto el rostro con la visera, levantando el pecho á intervalos con fatiga, donde mostraba una ancha herida poco más abajo del hombro sobre el corazón, que abría y cerraba sus labios arrojando un caño de sangre á cada respiracion.

En este tiempo, llenos de inquietud en uno y otro castillo, especialmente en Iscar, el fiel Nuño y el adorado Jimeno al ver la tardanza de sus señores ya habían montado á caballo, y seguidos de algunos soldados se encaminaban con mucha prisa al sitio de la batalla.

Venia Nuño con un triste presentimiento de la suerte de su señor; pero no queriendo dar su brazo á torcer ni aun á sí mismo, todo se le volvía buscar razones para explicar la causa de su retardo.

Dando prisa á los otros que le seguían, y al mismo tiempo hablando como tenia de costumbre, iba respondiendo á las preguntas que estos le hacían, mandándolos sin cesar que callaran, siendo él, más que nadie, la causa de que siguiera la conversacion.

—Ya os he dicho, decia, que aguijeis y no me preguntéis más: vamos, ¿qué diablos teneis, que no parece sino que habeis puesto una arroba de hierro á esos caballos en cada casco? ¡Cómo ha de ser! El amo, sin duda, se habrá detenido á componer alguna pieza de su armadura; y además, qué se os importa á vosotros; cuando no ha vuelto tendrá que hacer. Cuántas veces sucede que se le cae una herradura á un caballo, y tiene un hombre que echar pié á tierra y... toma, y otros mil percances: vamos, ¿por qué no andais al trote? ¡vivo! que no parece sino que teneis que pararos para hablar. En diciendo que os da por charlar pareceis una tarabilla. Lo que más me alegro es que no haya venido el Cantor á interrumpirme y á fastidiarme. El pobre quería venir, pero yo no le he dejado, está lleno de cuidado por D. Hernando... Pero sí, buen cuidado hay que tener; el niño no sabe andar solo... Entre todos cuantos calzan espuela no hay uno más animoso que él, ni que sepa mejor arrendar un caballo. Y... ¿quién sabe?... tal vez... ¡pero qué! el que no le conozca como yo puede pensar lo que quiera, pero yo... Sí, lo mismo le vería yo peleando con tres de los mil ginetes africanos que trajo el rey de Marruecos, que si le viera paseándose en una feria. En fin, cómo ha de ser, allá veremos: adelante, muchachos, no hay que embobarse. Así sin dejar de hablar, cuidadoso y metiendo prisa, atrevesaba entonces el bosque, desesperado de no poder correr la legua que le quedaba con la ligereza del pensamiento.

Jimeno por su parte, aunque mas cuidadoso de parecer bien que de lo que habia sucedido á su amo, no dejaba tambien de aligerar el paso, aunque sus reflexiones entonces tomaban muy distinto vuelo que las de Nuño.

Pero todas estas disposiciones hubiesen sido tardías y de nada habrian valido á los caballeros, en particular á Saldaña, que por instantes se desangraba, y á quien hubieran hallado muerto sin duda, si el cielo no les hubiese deparado un socorro mas eficaz que cuantos podian aguardar de sus escuderos.

VIII.

Una mujer cubierta toda de una especie de dominó negro, ó de hábito con capucha, teniéndola echada en este momento hácia tras, estaba de rodillas junto á Saldaña, deteniendo la sangre con un lienzo blanco como la nieve, y le habia levantado la visera y quitado el casco para desahogarle.

Su rostro pálido y más ajado por el dolor y la penitencia, que por los años, pues no parecia tener arriba de veinte y dos, tenia un no sé qué tan angelical y amoroso, que cautivaba y enamoraba con su ternura.

Pero el sentimiento que inspiraba, era más dulce y respetuoso que ardiente y apasionado, porque sin duda los pasatiempos de aquella jóven, no eran de este

mundo, y su alma ya habitaba en las celestiales mansiones de la paz y de la eterna felicidad.

Su languidez, la ternura, el corte ovalado de su semblante; y sobre todo el velo místico, la mágica nube que hacia imaginar que la rodeaba, habria hecho doblar la rodilla al más profano y adorarla como una divinidad.

Todo parecia ya tributarla el homenaje que merecia; el aire mecia blandamente sus abandonados rizos, mientras que el sol, reflejando allí sus rayos, doraba sus cabellos de un color de oro suave, y parecia coronarla con la aureola de los habitantes del paraíso.

Tenia los ojos dulcemente fijos en el moribundo señor de Cuellar, y á cada instante acercaba sus lábios á los suyos para recoger su aliento, pulsándole y registrándole las heridas, sin dejar por eso de acudir á Hernando de tiempo en tiempo, á quien habia lavado ya el rostro con el agua fresca del rio, pero sin que ni uno ni otro diesen muestras de volver en sí, no dando más señal de vida que en su angustiada respiracion.

El rostro de Hernando estaba morado como un lirio, con algunas manchas negras de la sangre que allí se le habia agolpado; y Sancho Saldaña, pálido como un cadáver, tenia aun fruncido el entrecejo, los ojos abiertos y el labio inferior cojido entre los dientes, mostrando la ira que los insultos de su contraria habian encendido en su corazón.

La hermosa desconocida, tan pronto auxiliando á

uno, tan pronto á otro, si acaso manifestaba más amor á Saldaña, no tomaba ménos interés por el señor de Iscar, cuidando á entrambos con la misma piedad, y la ternura misma que si viese á su hermano en cada uno de ellos. Ya les habia dado los socorros más necesarios, y sentándose junto á Saldaña, mientras le arreglaba un nuevo vendaje, dijo mirándole con cariño:

—Gracias doy al cielo que me ha enviado aquí para librarte de la muerte del pecador. ¡En qué estado ibas á presentarte en el tribunal de Dios! ¡Las penas eternas te aguarban presentándote así, lleno de crímenes, impenitente! Mil maldiciones te seguian, cuyos imprecadores hubieran ido allí tambien para acriminarte. No, yo no; muchos agravios me has hecho, mucho mal me has causado; pero nunca te he maldecido, al contrario, á pesar del mal trato que he recibido de ti, á pesar de todo, todo te lo he perdonado, porque al fin hartas maldiciones te han atraído tus desaciertos. Yo no he hecho sino llorarlos.

Un suspiro que exhaló Saldaña en este momento, interrumpió sus palabras.

Y volviendo á mirarle, le vió abrir y cerrar los ojos; aflojar los dientes, y mover apenas un brazo, señales todas de mejoría, y que hicieron florecer una sonrisa de esperanza en los lábios de la desconocida.

Hernando hizo tambien algun movimiento que la obligó á acercarse á mirarle, y abriendo despues los ojos volvió en sí, persuadido en el delirio de su ima-

ginacion, que estaba aun combatiéndose con Saldaña.

—¡Hipócrita! decia en voz tan ahogada que apenas se le entendia: defiéndete... te daré la vida si me confiesas adonde has ocultado á mi hermana... ¡llora?... ¡no la oyes? ¡Ah! ya está aquí, ya, ya la libré de ese miserable. ¡Pobre Leonor!...

La desconocida parecia enternecerse á cada palabra de Hernando, que viéndola á su lado la habia tomado por su hermana, y se regocijaba de verla.

—No, Hernando, le respondió la dama cuidadosa de su salud; yo no soy tu hermana, pero puedes vivir tranquilo; Leonor está segura y libre de sus enemigos. No tardarás en verla á tu lado.

—¡Ah! exclamó Hernando haciendo un esfuerzo para levantarse, que no pudo lograr, y arrodillarse delante de ella; tú, ángel del cielo, tú que has bajado para dar esperanza á mi corazon, si lees en el de los hombres, verás en el mio que el deseo más noble y más digno de un caballero me ha movido á buscarla, juntamente con la amistad de un hermano. Habla, dí, ¿dónde está?

Iba á responderle la desconocida, cuando sintiendo tropel de caballos que se acercaba, se levantó de repente, y cubriéndose el rostro con la capucha, huyó prontamente é esconderse entre los pinares.

—Id, seguidla, gritó Hernando á Jimeno que se acercaba; ella sabe á dónde está Leonor.

—¿Quién? dijo el paje; este hombre está delirando.

—Sí, allí va, exclamó el viejo Duarte persignándose ligeramente. ¡Es la maga! ¡Ya desapareció!

Llegó Nuño de allí á un momento, y habiendo amabas tropas héchose cargo de sus señores, los acomodaron en unas andas que traían preparadas para el efecto, y paso á paso dieron la vuelta cada cual á su fortaleza.

Capítulo XI.

Más ¡ay! de aquel que hasta en el santo asilo de la virtud arrastra la cadena,
la pesada cadena con que el mundo
opprime á sus esclavos.

(Jovellanos).

Optabam esse anathema pro fratribus meis.

(San Pablo, ad Rom. 9).

A poca distancia de la cueva de los bandidos, y bajando las riberas del Piron, habia habido en los siglos del paganismo un soberbio templo de piedra, erigido sin duda por los romanos en honor de alguna deidad á quien habian consagrado aquel sitio.

El furor de los siglos, y acaso la mano del hombre, más destructora que la del tiempo, habia ido poco á poco demoliendo este monumento de la grandeza de aquellos conquistadores, y en la época de esta historia no quedaban ya otros vestigios aparentes que algunas piedras cubiertas de musgo, alguna columna rota ú otra infeliz muestra de su antigua magnificencia.

Una parte de él, sin duda en algun terremoto, se habia hundido debajo de tierra, habiendo desaparecido de modo que nadie habria podido sospechar siquiera que entre aquellos escombros, mansion al parecer únicamente de inmundos insectos, estuviera oculta una habitacion capaz bastante para servir de abrigo á algunos hombres en caso de necesidad.

Pero una piedra fácil de remover daba entrada á un arco oscuro que debajo de tierra tortuosamente se prolongaba hasta llegar á una espaciosa bóveda octangular, asilo tal vez en otros tiempos de algun religioso ermitaño, y no tan abandonada ahora que no se conociese que servia aún de lo mismo.

Con todo el adorno de esta sepultura, si tal puede llamarse habitándola cuerpos vivos, probaba que quien la habia elegido en este tiempo por su morada, miraba poco en las comodidades del mundo y solo pensaba en la salud del alma y en el retiro.

Un crucifijo de madera groseramente trabajado, estaba con dos clavos sostenido de la pared; delante de él y á sus piés venia á parar una lámpara que pendia por una cuerda del techo, y á todas horas mezclaba su moribunda luz con la que escasamente el dia reflejaba en aquella estancia.

Una pila de agua bendita en un ángulo de la bóveda, unas disciplinas salpicadas de sangre y un cilicio colgados de la pared, una cama de paja y algunos escaños de madera sin pulir, completaban los muebles de este ignorado asilo del arrepentimiento.

Pero ahora tal vez se notaba más cuidado y composura en el arreglo de la habitacion.

La cama de paja parecia más mullida y recogida que de costumbre, y algunos manjares, aunque pobres, harto lujosos para quien se mantiene de lágrimas y de ayunos, daban á conocer que la persona dueña de aquel recinto habia recibido un huésped á quien trataba de festejar.

En efecto; la maga, como la llamaban en las cercanías, no habia descuidado nada de lo que estaba á su alcance y que pudiera en algun modo aminorar la molestia y pobreza de su mansion.

Aquí fué donde Leonor, siguiendo los pasos de su misteriosa conductora y obedeciéndola, más por temor que llevada de su voluntad, llegó la noche que en medio de la tormenta la libertó de manos de los bandidos.

Ellas fueron las que pasando junto á Nuño le hicieron creer que era el guía que habia desaparecido; y Leonor, cerca de su fiel vasallo sin saberlo, fué tomada en la imaginacion de éste, á tiempo que trepaba con la maga á la altura donde estaba la entrada de su retiro, por el cuerpo del halconero volando á toda prisa camino de los infiernos.

Iba Leonor demasiado sobresaltada para preguntar nada á su conductora, y cuando entraron en la bóveda, los diferentes sucesos del dia, el susto pasado, la duda de su situacion y el miedo de aquel espantoso espectro, cuya desollada mano, fria como la losa de

un sepúlcro, tenia asida fuertemente la suya, oprimieron su corazon á un tiempo, de modo que no pudiendo llorar ni respirar siquiera, fijó en ella los ojos con espanto á la débil luz de la lámpara, dió un suspiro y cayó desmayada sobre el escaño donde le hacia señas que se sentara.

Tantas sensaciones crueles, tantos sustos, debilitaron sus fuerzas, encendieron su imaginacion, y la aflicta dama, asaltada de una fiebre ardiente, habia pasado en un continuo delirio los dias en que tanto Saldaña como su hermano habian suspirado por ella, buscándola con tanta ánsia, aunque por tan diferentes motivos.

Pero la Providencia, léjos de abandonarla, no contenta con haberla proporcionado una tan milagrosa libertadora, hizo que hallase en aquella misma fantasma, que fija en su memoria le aterraba aun en medio de su delirio, la enfermera más cariñosa.

Una mano benéfica mejoró su salud suministrándola las medicinas más necesarias, y más de una vez hirió su oído una voz llena de suavidad, y se le figuró, en medio de su enajenamiento de espíritu, que habia visto junto á sí algunas veces un ángel que la consolaba.

Al cabo de tres dias la calentura fué poco á poco disminuyendo, se disipó la confusion de su entendimiento, y Leonor, ya más tranquila, se encontró sola y acostada sobre la paja, y mirando á su alrededor examinó el cuarto donde se hallaba.

II.

La luz de la lámpara, la vista del crucifijo y la oscuridad de la bóveda no dejaron de sorprenderla por un momento, y olvidada de cuanto le habia sucedido, y no pudiéndose dar razon de cómo habia venido á aquel sitio, casi estuvo por creer que habia muerto ya para el mundo, y la habian enterrado en vida.

Miróse á sí misma con asombro, refregándose los ojos y tentándose por si dormia, y como por más que hacia no podia adivinar cómo se encontraba allí sepultada, pensó un momento que todo aquello era un sueño ó un capricho de su fantasía.

Pero aclarándose poco á poco sus ideas, empezó á recordar una tras otra cada una de sus desventuras, y completando el cuadro de todas ellas, recordó no sin temor la tormenta, la pavorosa fantasma, y reconoció la lámpara á cuya luz la habia visto en aquella misma caverna poco antes de desmayarse.

Esta última reflexion no pudo ménos de horrorizarla, pensando en aquella vision infernal vivia con ella, y que era sin duda su única compañera; pero á despecho de su preocupacion, la vista del crucifijo y de los dos instrumentos de penitencia, el cilicio y la disciplina, asegurándola de sus temores, la hicieron tomar nueva esperanza, pensando que cualquiera que pudiese ser la persona que allí vivia, sus sentimientos

eran religiosos, y que ya no la haria ningun mal quien la habia tenido tanto tiempo sin hacérselo en su poder.

—¿Qué miedo puedo tener, se decia á sí misma, de quien sin duda me ha cuidado en mi enfermedad, y solo ha tratado de hacerme bien? ¿Acaso si esta habitacion no ofrece comodidades, no inspira una santa veneracion? No hay duda que fué algun ángel el que me salvó de manos de los ladrones, y tomó aquella espantosa forma solo para aterrarlos. Pero si fué un amigo, ¿por qué no ha avisado á mi hermano para que viniese ó enviase algunos criados que me trasladasen de aquí al castillo?

Combatida de estas reflexiones, no acertaba á decidir entre si si era enemigo ó amigo su libertador, ya afligiéndose, ya consolándose, terminando solo sus incertidumbres y calmándolas en algun modo el pensamiento de que al cabo no se hallaba en poder de un impío, enemigo de su religion.

Alzó su mente á Dios, y despues de haberse conformado devotamente con su voluntad, empezó de nuevo la curiosidad á punzarla cada vez más, deseosa de saber quién era el dueño de aquella estancia tan triste.

—Daria, dijo, no sé qué, por saber á quién tengo que agradecer el cuidado que de mí ha tenido.

Y levantándose, y registrando á un lado y otro, no vió más salida que un arco medio hundido á un lado de la habitacion, pero tan oscuro, y amenazando

ruina de tal manera, que no se atrevió á aventurarse por aquel camino.

Llegó con todo dos ó tres veces mirando con curiosidad y retirándose con espanto, temerosa de hallar con el espectro aterrador que allí le habia conducido, y que ella se figuraba ver en cada sombra que ondulaba al reflejo trémulo de la lámpara.

Por último, imaginó que veía una figura negra que se acercaba, cerró los ojos, volvió á abrirlos, y creyéndola ya más cerca huyó de allí al momento, y sin volver la cabeza atrás de miedo, se arrodilló temblando delante del crucifijo.

III.

Hacia un rato que estaba así, cuando repuesta de su temor, y dando por una ilusion la figura que la habia asustado, volvió la cara y halló detrás de sí, en pié, inmóvil, el bulto negro.

Estremeciéndose al verle sobrecogida; pero volviendo á mirarle creyó que ya otra vez le habia visto, y que debajo de aquella almalafa negra iba encubierta la misma mujer que le habia anunciado su peligro el dia de la caza junto al monasterio.

Esta idea le hizo cobrar ánimo, y levantándose le preguntó:

—¿Quién eres tú, que parece que te deleitas en asustarme?

—Soy, le respondió la misma voz dulce que enton-

ces la sorprendió tanto, el instrumento de que Dios se ha servido para libertarte á tí y estorbar un crimen al pecador. No temas nada de mí, pues yo solo, cumpliendo con la voluntad del Señor, he tratado y trato de hacerte bien: soy la que ya no es conocida en el mundo, y la que tú has olvidado en tu corazón.

—¿Por qué usas conmigo tanto misterio? le preguntó Leonor con algo más ánimo: si tu nombre me es conocido, ¿por qué me lo ocultas? ¿por qué me escondes tu rostro? Si temes que lo declare en el mundo, yo te juro por la honra de mi linaje de callarlo hasta el fin de mis días, y no confiar á nadie que te he conocido, ni aun á mi mismo hermano. ¿O has cometido algun crimen y temes por eso decirme cómo te llamas?

—Mis faltas, respondió la fantasma, han sido solo para con Dios, cuya bondad sin duda me las perdonará, y ningun ser en el mundo puede quejarse de mí. Hubo un tiempo, Leonor, en que la vanidad agitaba mi corazón, en que pude pagarme de la hermosura de mi cuerpo, y descuidé acaso la de mi alma; pero este no es un pecado para con el mundo. Mi nombre fué ilustre, y yo fundé impíamente mi gloria en el valor de mis ascendientes, sin fundarlo en mis méritos para con Dios; pero hace ya tres años que mi mansion es ignorada del hombre como la guarida del lobo; que he ocultado mi rostro como el vergonzoso: mis días pasan en la penitencia y en la meditacion, y he arrancado mi pensamiento de la tierra, y despreciado las comodida-

des que mis riquezas me prometian, para elevar aquel únicamente á Dios, y trocar estas por las eternas. Desde entonces, tú y todos los amigos del mundo me han olvidado, y yo he muerto para ellos en mi soledad.

La unción religiosa de su discurso, su imponente presencia y la magestad melancólica de sus palabras inspiraron tal respeto en Leonor, que de haberla creído poco antes un espíritu del infierno, pasó á imaginarse que estaba delante de una santa, á quien solo faltaba morir para ir á sentarse en el paraíso.

Postróse ante ella, y quizá le hubiese tributado adoracion si la maga, levantándola con dulzura, no la hubiese hecho avergonzarse de su intencion.

—Alzate de ahí, Leonor, le dijo; yo soy una pecadora como tú; y para que te desengañes y veas que no hay otro misterio que el que me fuerza á guardar un voto hecho por la salvacion del alma de un hombre, aun no saciado de sus delitos, mírame bien y reconozceme de una vez. Diciendo esto, se echó atrás la capucha que le tapaba el rostro, y quedó descubierta delante de ella.

VI.

—¿No me conoces? prosiguió viendo que Leonor la miraba atónita sin hablarle ni recordar su fisonomía: seis años hace que no nos vemos. ¿Es posible que ya no te acuerdes de Elvira de Saldaña, la hermana de

Sancho Saldaña, ó por mejor decir, la compañera de tu niñez?

—¡Elvira mia! ¿Eres tú? exclamó Leonor loca de alegría de haber hallado una amiga en su libertadora, echándola los brazos al cuello para estrecharla en su corazon.

Elvira la miró con cariño, dejándose abrazar de su amiga; pero sus ojos manifestaban la tristeza, y con los brazos caidos no la devolvió ninguna de sus caricias.

—Retírate, Leonor, la dijo con sentimiento, separándola con entereza, y no hagas con tus extremos que renazca en un corazon entregado enteramente á Dios ningun sentimiento mundano.

—¡Tú me arrojas de tí! exclamó Leonor sorprendida. ¿No eres ya mi amiga? ¿No me amas ya, ó acaso la enemistad de nuestros hermanos ha hallado tambien cabida en tu corazon?

—La amistad y la enemistad de los hombres, repuso Elvira con solemne y religioso ademan, sus odios, sus pasiones, las sensaciones profanas de la ternura, nunca habitaron en el alma que se alimenta solo de las dulzuras espirituales, y que ya en la tierra se desprende de su deleznable cuerpo, y se eleva á contemplar la imágen de su Hacedor. No que la mia haya llegado aun á este grado de enagenamiento celeste á que alza Dios las almas de sus elegidos: no, todavía conozco en mí la debilidad de la criatura, prosiguió llena de emocion y sin poder contener una lágrima á su pesar:

yo amo aun en el mundo: yo no he podido romper todavía los lazos de la sangre y de la amistad que hicieron las delicias de mi juventud: yo amo aun á mi hermano: amo al asesino del justo, del santo sacerdote que consoló á mi padre en la agonía de la muerte: yo te amo á tí tambien, Leonor, á tí la amiga de mi infancia: me he descubierto á tí; he permitido que me abrazaras, no porque no conozca que he pecado faltando al voto que contrage delante de los altares... Dios me perdonará: yo ya no podia contenerme.

Atónita Leonor, habia contemplado la fisonomía de Elvira mientras hablaba, y sus ojos, brillantes con la luz de la inspiracion, su semblante magestuoso, y en que reflejaban al mismo tiempo uno por uno los distintos afectos que en su alma se combatian, la habian sorprendido de modo, que la alegría del primer momento se trocó en un respeto místico hácia su amiga.

Con todo, las últimas palabras volvieron á despertar en su corazon los sentimientos de la amistad, y el enagenamiento con que Elvira las habia pronunciado le inspiró el dulce deseo de tranquilizarla.

—No sé, le respondió que votos son los que te obligan á ocultarte y vivir sola en esta especie de sepultura; pero, pues Dios permite que en tu corazon abrigues aun un resto de ternura hácia tus amigos, y algun dulce recuerdo de lo que hizo en otro tiempo tu dicha, ¿por qué temes entregarte á sensaciones tan inocentes? He oido decir á los sacerdotes que Dios nos deja ese consuelo en todas nuestras adversidades.

—El único consuelo del santo, repuso Elvira recordando su tono imponente, debe buscarlo en el Todopoderoso, y no en los consuelos pasajeros de sentimientos terrenos, robados á la divinidad, en quien deben emplearse todos los de nuestra alma. Pero tú hablas por boca de Satanás, y tus palabras afectuosas tratan de seducirme. Yo he provocado la tentación con descubrirme á tí. Tu discurso es inspirado sin duda por el enemigo.

—Te protesto, replicó Leonor atemorizada de oírla, que te he hablado con inocencia, y que he creído hacerte bien y sosegar tu conciencia diciéndote lo que creo. Yo no puedo imaginarme que sea un crimen amar á mis semejantes.

—Amarlos en Dios, no en ellos, exclamó Elvira con fanática indignación. Pero tu no sabes lo que dices, añadió con mas suavidad; ¡y con todo es tan dulce ser amado de sus semejantes y amarlos!

Elvira quedó un momento suspensa, bajó los ojos, y derramó algunas lágrimas en silencio, mientras Leonor, sensible á sus emociones, la correspondía con su llanto entre intimidada y enternecida.

Duró esta escena muda algunos minutos, hasta que Elvira, dominando su turbación, levantó su hermosa cabeza con gravedad, alzó sus ojos al cielo, y exclamó:

—Dios mio, perdonadme si aun doy oídos al lenguaje de los mundanos; perdonadme si he cedido un momento á las instigaciones de mi flaca naturaleza.—Leonor, prosiguió volviendo á ella sus ojos cubiertos de lágri-

mas y mirándola con agrado, yo te amo, y yo he pecado por tí. Tres años hace que no me ha dirigido su voz ninguna criatura humana, rara vez he visto la luz del sol, mi única habitación en la tierra es esta tumba, mi alimento las lágrimas de la penitencia, mi cama el suelo, el alivio de mis pesares el ayuno y la disciplina, y Dios ha sido mi único compañero en la soledad. Tanto tiempo desterrada del mundo, tantas maceraciones no han bastado aun á fortalecer mi alma: ¡miserable vaso de perdición!!! Yo ofrecí delante de los altares sacrificarme en vida á Dios para salvar á mi hermano del infierno que le amenazaba. Yo le ví, yo le veo aun sordo á la voz de mi padre moribundo que le llamaba para darle su última bendición, negándose á recibirla, embriagado en los deleites de su manceba, y maldiciendo al siervo que le interrumpía en sus placeres para llamarle. Yo le ví cuando furioso, hirviendo en toda la cólera del infierno, alzó el puñal, guiado por los demonios, y lo hincó en el corazon del sacerdote que piadosamente le reprendía. Yo le ví despues, cubierto aun de sangre, reposarse en brazos de su Zoraida, y oí su risa y sus carcajadas emborrachándose en el festin. El infierno se estremeció de júbilo, y los demonios alargaron sus manos para agarrar su presa; yo los oí que reían, y me horroricé. Entonces me puse delante de Dios; oré por el pecador, y ofrecí sepultarme en vida, cubrir mi rostro, y alejar de mí todas las vanidades del mundo para expiación de los crímenes de mi hermano. Desde entonces cambié mis ga-

las por el cilicio, troqué la blandura de mi lecho por un poco de paja, comí las raíces de los árboles, los frutos silvestres, y traté mi cuerpo como á un animal in-mundo. Vime odiada y maldecida de los habitantes de las cercanías, creida bruja, y mirada como un agente de Satanás; y yo, para más humillarme y contener al mismo tiempo la curiosidad de las gentes con el temor, adulé su credulidad confirmándola con mi apariencia. Porque no solo prometí no cuidar de mi fama, sino que tambien ofrecí exponerla á las lenguas de las gentes y sufrir el oprobio con humildad. Pero ¡ah! ¡cuanto me ha costado vencerme; cuántas veces ha resonado en mi oído la voz de Satanás, que me incitaba á faltar á mis votos para con Dios, y he querido volver al mundo, lisonjear mi vanidad publicando mi penitencia, y realzar de nuevo los dulces vínculos de la sangre y de la amistad que rompí para desterrarme, destrozando mi corazón! Yo recordaba, á pesar mio, los primeros dias de mi juventud, y mis ojos se cubrian de lágrimas; yo habria dado el resto de mi vida por un momento de consuelo, solo porque la mano de un semejante mio, aunque fuese desconocida, hubiera enjugado una vez el llanto de mi amargura. El sol, que derrama su luz para todos, estaba oscurecido para mí en esta bóveda, y si acaso alguna vez vivificaban sus rayos mis miembros yertos y debilitados, mi vista inspiraba el terror á los habitantes de las cercanías, que huian delante de mí, y no hallaba una mirada de afecto, una muestra siquiera de lástima que compensase

mis privaciones. ¡Ah! ¡tú no sabes cuán duro, cuán amargo es este aislamiento del mundo, cuán triste es verse aborrecida sin merecerlo!

V.

El sentimiento íntimo con que pronunció estas palabras mostró mas que nunca en este instante su agitación.

Sus ojos se inundaron de lágrimas, inclinó su rostro al suelo con una expresion peculiar de tristeza y de santidad, y puesta una mano sobre el corazón, como para aliviar el dolor que la atormentaba, largo tiempo quedó sin poder hablar, interrumpiendo el silencio que reinaba alrededor de ella solo con sus sollozos y sus gemidos.

La soledad y la lobrogez de la bóveda alumbrada apenas por la lámpara que ardia delante del crucifijo, y sobre todo el tono, ya místico y ya melancólico, que habia dado Elvira á sus espresiones, acalararon de modo la imaginacion de Leonor, que sintió correr un sudor frio por su cuerpo, y tuvo que arrimarse á un ángulo de la estancia para sostenerse.

Sus ojos llenos de piedad se fijaron, por último, en su amiga, que inmóvil delante del crucifijo y cubierta en su almalafa negra, clavados los ojos al suelo sin pestañear, y en su rostro pálido y desencajado reflejando acaso la amortiguada luz de la lámpara, tenia

el aspecto de un cadáver vestida de su mortaja que se habia levantado de su ataud.

En vano Leonor habia tratado algunas veces de interrumpirla; sus palabras se habian helado en su boca, dudosa si servirian mas bien para aumentar su dolor que para aliviarlo, y en este momento, sin saber qué decirle, obedecia á los sentimientos que Elvira comunicaba á su corazon, llorando con ella, sin hallar otro medio de consolarla.

Duró un rato el silencio, y Leonor esforzándose se acercó á ella, y tomándola una mano, que apretó cariñosamente entre las suyas, la dijo:

—Hermana mia, si las caricias de una amiga pueden hacerte sobrellevar la carga del voto que has contraído, yo no te olvidaré nunca, yo vendré á verte todos los dias, y tú hallarás en mí todos los cariños juntos que echa de menos tu corazon. Yo, si es necesario para tu consuelo, participaré de tus penitencias, dividiré alegremente tu cama, y rogaré á Dios contigo. Tendrás al menos un ser en el mundo que te ame y te compadezca.

—¡Leonor! repuso Elvira apoyando su frente en el hombro de su amiga, sin poder contener mas tiempo los impulsos de su ternura. ¡Ah! ¡Cuánto tiempo, cuánto tiempo he pasado sin que una voz dulce como la tuya regalase mi corazon! ¡Cuán largos se me han hecho los dias en mi soledad! Pero ¡ah! solo cuando se han pasado dias y dias en el desierto y en el silencio, cuando se ha sido un objeto de odio y terror para

sus semejantes, cuando la naturaleza se ha mostrado á nuestros ojos yerma, sola, y sin ofrecer un árbol á cuya sombra reposarse de las fatigas de una larga y penosa peregrinacion, solo entonces se pueden valuar justamente las dulzuras, las delicias de la amistad. ¡Dichosos aquellos que sin pecar, ni faltar á los votos que contrajeron, pueden desahogar su alma en la de su amigo, y sentir caer en su corazon herido gota á gota el bálsamo suavísimo del consuelo! Pero yo, añadió empujando de sí á Leonor, y como horrorizándose de sí misma, yo he atraído sobre mí la maldicion de un Dios colérico contra el perjurio.

La amistad en mí es un crimen; yo he jurado olvidar el mundo, olvidarme hasta de mi existencia. ¡Infeliz! ¡Infeliz! ¡Yo he quebrantado mis votos! ¡Ah, hermano mio! ¡Yo que los hice por tí, como si yo no tuviera nada que reconvenirme! El Señor ha castigado mi orgullo y debilidad. ¡Y tú tambien, Leonor, tú quieres sacrificarte por mí, y tomar parte en mis miserias y penitencias!... Dulce, dulcísimo sería para mí, sin duda, tener conmigo quien comprendiese la voz de mi corazon... Dios mio, recibe benigno esta privacion, la mas cruel que puedo imponerme, en descargo de mis pecados.

No, Leonor, continuó mas tranquila, aunque en su voz trémula se notaba su agitacion; para tí sería un sacrificio inmenso, para mí una culpa imperdonable si yo consintiese con tu amistad.

Nosotras no volveremos á vernos mas; una casuali-

dad fué causa que nos halláramos; esta bóveda no está lejos de la cueva de los bandidos; yo pasé cerca de ellos aquella mañana, y los oí hablar de mi hermano; curiosa de saber sus maquinaciones, me oculté á sus espaldas entre los árboles. Desde allí oí á su capitán que comunicaba su plan á uno de los suyos. ¡Ah! Dios condujo allí mis pasos para impedir á mi hermano que consumase el crimen que habia pensado.

Tú ibas á ser entregada á su voluntad para satisfacer su torpeza, ó á ser víctima de su furia. El Señor puso su fortaleza en mi corazón, eligiendo para salvarte de manos de los foragidos á una muger débil que los aterró con solo una máscara, como si hubiese llevado consigo un ejército poderoso.

—¡Oh! Sí, exclamó Leonor, yo te debo más que la vida, puesto que te debo mi honra. Tú que te espusiste tanto por mí, ¿cómo podré yo pagarte?

—Leonor, dijo Elvira con tono solemne, no blasfemes: solo al que vela sin cesar sobre los oprimidos debes tu salvación; á él debes dar gracias en tus oraciones. Yo fui la mano de que se valió en su benignidad, y no corrí riesgo alguno, cubierta, como iba, con el escudo de su omnipotencia.

—Pues bien, la respondió Leonor, yo aquí contigo se las tributaré, y mis oraciones, juntamente con las tuyas, volarán hasta su trono como una nube de aromas. Tu boca más pura que la mía...

—Leonor, interrumpió su amiga, no adules mi vanidad; yo soy un vil gusano como tú delante del Altí-

simo. ¿Quién osa hablar delante de él de pureza? ¿Yo que he quebrantado mis votos solo por un momento de deleite mundano? ¡Ah!...

Diciendo esto, sus ojos salieron de sus órbitas, alzó ambas manos al cielo, y pareció como arrobada y fuera de sí algún tiempo. Poco después dobló las rodillas delante del crucifijo, oró, besó la tierra y dió muestras de un verdadero arrepentimiento, y sintiéndose más tranquila, se levantó de nuevo y se acercó á Leonor, que habia contemplado su éxtasis en silencio.

—Es preciso que nos separemos, dijo con el acento melancólico que daba algunas veces á sus palabras; es preciso: yo cometeria un pecado imperdonable si te tuviese más tiempo conmigo, y por otra parte, tú tienes un hermano que te ha buscado con ansia, y que ahora más que nunca necesita de tu cuidado. Tienes cien lanzas en tu castillo que te defenderán de tus enemigos, y no te has obligado como yo á vivir sola, y á olvidar y á ser olvidada de tus amigos. Tu juventud no debe marchitarse en un destierro como la mía; tu corazón puede abrirse sin pecar á todas las sensaciones más dulces que hacen las delicias de los mortales; el mío debe cerrarse aun para las más inocentes; sí, Leonor, aun para las más inocentes. Cuando yo te he visto estos días enferma sobre esa paja, te he estrechado mil veces contra mi pecho, te he mirado como á mi única joya en el desierto, y he pecado. ¡Ah! Tú no sabes ahora cuánto, cuánto me cuesta separarme de tí; pero es preciso: seria en mí un es-

pantoso crimen recibir otra vez una caricia tuya.

—¡Ah! exclamó Leonor conmovida, yo no te abandonaré, yo no me separaré de tí.

—No hay remedio, Leonor, repuso Elvira con resignacion: Dios me lo manda.

—Yo vestiré como tú un cilicio, respondió Leonor, y su clemencia te perdonará.

—Tu hermano está herido, dijo Elvira, y te llama tal vez en este momento desde su lecho.

—¡Herido! exclamó Leonor; vamos, si, que yo le vea: ¡Mi hermano herido! Pero ¡ah! continuó dirigiéndose á su amiga, tú me dejarás que venga alguna vez á llorar aquí contigo, á consolarte, Elvira mia.

—No, jamás, respondió Elvira haciendo un esfuerzo, jamás; cuando tú hayas salido de aquí olvídate; yo te lo pido por amistad. No más, Leonor, continuó alargando su mano hácia su boca, viéndola en ademán de interrumpirla. No más; olvídate: ¡cúmplase la voluntad de Dios! La noche debe ya haber cubierto el mundo con su oscuridad, pues no penetra ninguna luz por las aberturas del techo. Tu hermano está herido, ven, sígueme.

Diciendo esto tomó de la mano á Leonor, que inquieta por la salud de Hernando no hizo más resistencia, y guiándola á tientas por el arruinado arco por donde se salía de la bóveda, Elvira empujó una piedra que cedió dócilmente á su impulso, sintieron el aire del campo, y ambas tomaron tristemente el camino de su castillo.

Capítulo XII.

Yo triunfaré de mi pasión insana,
yo desde ahora aborrecerle quiero,
le quiero aborrecer... ¡Oh! quién me diera
desenclavar del corazón mi afecto.

(Safo, en la tragedia de Pitaco.)

(Cienfuegos.)

I.

La luna caminaba ya á occidente acompañada del lucero de la mañana, y todo estaba en silencio en el castillo de Cuellar.

Saldaña había ya vuelto de su parasismo, y sus heridas, aunque peligrosas, no habían sido declaradas mortales por los maestros.

Un calmante le proporcionó algunas horas de sueño, y á la hora de la mañana descansaba de las fatigas de su combate con mucho placer del viejo Duarte y su favorito Jimeno, que se aprovecharon de este momento de reposo, el primero para dormir, y el segundo para vaciar algunas botellas de buen vino y refrigerarse al lado de su cotidiana, como él llamaba á su cuncubina.

No se oían los cantos ni las voces de los soldados, ninguna luz ardía en el castillo excepto las de las cuardas, y solo el ladrido de algún perro, ó la voz del vigía que anunciaba las horas más cuidadoso de su relevo que de contemplar la diosa de las tres caras, interrumpían de tiempo en tiempo el silencio misterioso de esta hora de la noche, en que toda la naturaleza parece que se abandona profundamente al reposo.

Solo una luz se vió cruzar de ventana en ventana y desaparecer, se oyó crugir una puerta que se cerraba, y poco despues la voz, las carcajadas de Jimeno, y el ruido que formaba el choque de los vasos anunciaron que aun la disipacion y el vicio estaban despiertos en el castillo.

Pero este rumor fué poco á poco disminuyéndose, hasta que cesó enteramente, y otra vez se oyeron los pasos del centinela, que al parecer era el único que velaba en la fortaleza.

Tal creía él, al ménos sin imaginarse que otro motivo que el de su deber pudiese desterrar el sueño de los ojos de ningun habitante del castillo, y muy ageno de pensar que el amor tenia aun abiertos los de la hermosa Zoraida, que más que nunca combatida entonces de su pasion, y sentada en aquel momento á la reja de su estancia, miraba la luz de la luna sola y melancólica, mientras el orgullo y el cariño luchaban en su corazon.

Con una mano apoyada sobre la reja, adonde se en-

tretejían como hemos dicho algunas ramas de árboles, reclinada en los almohadones, apoyada su frente en la otra mano, y desnuda de todas sus joyas, pero más hermosa que nunca, al rayo de la luna, que se quebraba allí penetrando con débil luz en la estancia, se entretenía, embebecida en sus pensamientos, en arrancar algunas hojas que desmenuzaba distraida entre sus dedos, mientras la brisa de la mañana susurraba mansamente á su alrededor.

En otro tiempo ella hubiera sido la primera á quien Saldaña habria llamado junto á su lecho, y sus palabras hubieran sido el mejor bálsamo para sus heridas.

En otro tiempo ella habria cuidado de su reposo; pero ahora su amante no la habia nombrado siquiera, y si acaso se habia acordado de la desdichada Zoraida, habria sido sin duda para maldecirla, procurando arrojarla cuanto antes de su memoria, como á un objeto de odio y horror.

Sola allí, y olvidada ya de todos aquellos que en otro tiempo la adulaban y deseaban parecer agradables á sus ojos para serlo á los de Saldaña, servida únicamente por una esclava de poca edad que dormía muy descuidada de las penas de su señora, si habia sabido lo que pasaba en el castillo, lo debía más á su vigilancia y cuidado por el ingrato que á ninguna noticia que le hubiesen dado.

Jimeno, el lindo Jimeno era el único que parecia compadecerla y la traía con frecuencia nuevas de su señor; pero además de que Zoraida recibia sus aten-

ciones con desden, y que él no era muy de su gusto, sus noticias servian más bien para irritar su orgullo que para dar esperanza á su corazon, no pareciendo sino que en medio de la pesadumbre que mostraba el compasivo paje al comunicárselas, se gozaba secretamente en atormentarla.

Él fué el primero que avisó á la mora de las heridas de Saldaña, engrandeciendo y pintando el riesgo en que se hallaba su vida con tan vivos colores, y tan sin compasion de la pena que manifestaba Zoraida, que parecia más entretenido en referir su cuento que en observar su rostro, dando al mismo tiempo á su narracion cierto aire aparente de sencillez.

Él fué el primero que cuando el señor de Cuellar volvió de su desmayo, tuvo el cuidado de venir á contarle como no habia preguntado por ella, ni habia dicho que la llamaran, siendo este el golpe más cruel que podia recibir Zoraida, cuyo orgullo ultrajado ahogó un instante en su alma el sentimiento de su cariño; pero la situacion de Saldaña casi moribundo, y sobre todo la violencia con que á su despecho le idolatraba, triunfaron de todo, haciéndola olvidar por entonces sus desprecios, pensando solo en el riesgo en que se encontraba, y dispuesta á dar hasta su vida para salvarle la suya.

El amor es generoso aunque vengativo, y él era al fin el único hombre á quien ella habia amado; era su primer amor, podia aborrecerle, vengarse de él, detestarle, pero amándole siempre, idolatrándole á su

pesar, y olvidando todo en el momento de su peligro para protegerle, bien así como un enemigo pundonoroso devuelve á su contrario la espada que le derribó su destreza, en vez de aprovecharse de su victoria para herirle desarmado.

Tales eran los pensamientos de Zoraida, triste y desdeñada, pero deseosa aun de cuidar por sí misma del herido caballero que tan mal pagaba su amor, y creida que estando tan cerca de su última hora, no era aquella ocasion de mostrarse airada, sino de vengarse de sus desdenes probándole con su generosidad cuál era la mujer que habia despreciado su ingratitud.

De esta manera trataba la enamorada cautiva de disfrazar el vehemente deseo que la incitaba á ir á verle, esforzándose á sí misma y queriendo cubrir á sus mismos ojos, bajo el velo de la caridad y la compasion, lo que era solo un amor frenético vanamente contenido por el orgullo.

Ya varias veces habia hecho ánimo de levantarse para ir á verle, ya otras tantas su amor propio le habia impedido cumplir su resolucion, ya agitada del temor, ya del deseo, hasta que al fin la voz de la más poderosa hizo callar la de las otras pasiones.

Zoraida se levantó en pié de pronto, tomó una luz que ardia en la sala contigua á su tocador, cerró su puerta sin ruido, y con callados y ligeros pasos, se dirigió á la estancia donde estaba Saldaña.

II.

Pintada la agitacion de su rostro, trémula, y deteniendo su marcha como si temiera que la sintiese el mismo á quien iba á buscar, llegó toda azorada á su cuarto, empujó con mucho tiento la puerta, alargó la cabeza á mirarle sin atreverse aún á entrar, y sintiendo por su respiracion que dormia, se resolvió por último, puso la luz sobre una mesa, y se arrojó sobre un sillón de respaldo que estaba á un lado, como cansada del trabajo que le habia costado vencerse para llegar hasta allí.

Saldaña reposaba entonces, si puede decirse que reposa el que en su sueño no halla descanso para su espíritu; su color pálido además por la mucha sangre que habia perdido; su cabeza, que en la agitacion de su sueño habia cambiado varias veces de sitio sin encontrar nunca la comodidad que buscaba, estaba caída fuera de la almohada al borde de la cama reclinada sobre su pecho, y su frente arrugada, sobre la cual caian algunos mechones de pelo, sus cejas fruncidas que le daban un aspecto feroz, y su respiracion anhelosa, probaban que estaba muy lejos de gozar en su sueño de tranquilidad.

Su brazo derecho colgaba desnudo al suelo, mientras tirado atrás el izquierdo, le caia doblado sobre la cabeza, y su cuerpo, torcido en una posicion bastante penosa, le hacian que casi descansase sobre su herida,

lo que tal vez era causa en parte de la pesadilla que le fatigaba.

III.

Es sabido que una mujer dotada de sensibilidad se identifica de modo con las desgracias que le cuentan ó los males de que es testigo, como si los padeciera ella misma, aun tratándose de un desconocido.

Su fibra, más delicada que la del hombre, corresponde á la voz de la compasion con la misma fuerza que siente la chispa eléctrica el que más distante está de la máquina, por ligero que sea el contacto que le una con aquel á quien su golpe se comuniquen, y no hay duda que el más dulce consuelo de nuestros pesares es la piedad y el cuidado de una mujer.

El carácter de Zoraida, á despecho de su altivez, era tan flexible al sentimiento y la melancolía como á todos los arrebatos de la ira, siendo su alma de fuego y no habiendo conocido nunca sino el último extremo de las pasiones, tan arrebatada en sus celos como exagerada en su amor, sin que hubiese dique alguno que bastase á detener siquiera el torrente de su corazón.

Los lazos que le habian unido á Saldaña eran los únicos que le unian al mundo, y aislada y cautiva casi desde su infancia, habia cifrado en el señor de Cuellos todos los cariños de su alma mirándole como á su

padre, á su hermano, á su amigo, á su amante, á su único protector en su cautiverio.

Saldaña, habia cometido crímenes por su amor, pero sin que ella hubiese tomado parte activa en ninguno, habiendo sido tal vez causa inocente de todos ellos; y aunque en su imaginacion sombría Zoraida se ofreciese como una furia que le arrastraba el delito, más bien dependia esta idea de que él necesitaba disculparse de algun modo, que no de que fuera cierta, y la enamorada mora no le debia á él sino desgracias.

Su padre, alcaide de un castillo en las fronteras de Granada, perdió la vida á manos del padre de Sancho Saldaña, y ella vió perecer allí sus compatriotas al filo de la espada de los cristianos, mientras ya prisionera de ellos, un mar de fuego envolvía hasta las almenas de su fortaleza.

Perdió su patria, sus riquezas, un padre anciano que era su único apoyo, y para colmo de su desventura, se enamoró del hijo de su enemigo para verse despues, en premio de su cariño, despreciada y aborrecida.

Pero ahora, viéndole postrado en su lecho, habia olvidado sus propios pesares, compadecida y enamorada más que nunca del ingrato que la maldecia, y le contemplaba con ternura, mientras él mostraba en su fatigoso y agitado sueño el mismo fastidio, la misma inquietud y el disgusto mismo que eran el tipo de su carácter mientras estaba despierto.

—Hé aquí, se dijo á sí misma levantándose de su asiento y acercándose á su lecho paso á paso para no despertarle; hé aquí solo y abandonado á mi voluntad, sin poderse valer á sí mismo y sin tener á nadie que le socorra, el caballero más poderoso é intrépido de Castilla, el terror de mis compatriotas, el despreciador de su cautiva, el que hace dos dias tuvo puesto el puñal á mi pecho para asesinar-me. Héle aquí. ¿Quién me quitaria vengarme si yo no le amase aún con todo mi corazon? ¿Quién, si no estuviese yo ahora más dispuesta á cuidarle y defenderle que á satisfacer mi venganza? ¡Cómo el ceño de su semblante descubre los tormentos de su alma! El sudor de su frente es frio como un hielo, añadió llegando cuidadosamente una mano y estremeciéndose al tocarle. ¡Ah! ¡No parece sino que este frio penetra en mi corazon! ¡Cuán místico, cuán otro está de aquel que entre mis brazos se llamó tantas veces el hombre más feliz de los hombres; de aquel en cuya boca recogia yo enagenada la dulce sonrisa del deleite en medio del placer de oirle que me adoraba! Su frente, entonces tersa como el marfil, brillaba aún libre de la nube de los pesares, sus ojos ardian de amor, y la palidez de sus mejillas mostraba más languidez que tristeza; pero ahora... ¡Cuán-to sufres!... ¡Cuántos tormentos han abrumado tu alma! Y yo... ¡yo con mi amor he sido causa de tus desgracias!... Pero no me aborrezcas, no; yo te idolatro, Saldaña, sí, yo te idolatro, y te perdono tu ingratitud.

Diciendo esto se habia arrodillado junto á la cama, y tomando entre las suyas trémulas la mano que Saldaña tenia pendiente, la llegó mil veces á sus ardorosos labios y la cubrió de lágrimas y de besos.

—¡Con qué fatiga respiras, ídolo mio!... ¡Ah! ¿Me oyes tú? ¡Suspira! continuó mirándole con dulzura y sin soltar la mano que tenia cogida y apretándola suavemente; ¡oh, sí! tú me amas aún; las arrugas de su frente veo poco á poco que se disipan, su mano se estrecha contra la mia, sus mejillas se sonrocean... sus labios se abren como si fuera á hablar... yo tiemblo... ¡Qué oigo!... sí...

—¿Me amas? dijo en este momento Saldaña con voz muy apagada; ¡perdóname!

—¡Oh! ¡Yo soy feliz! exclamó Zoraida fuera de sí de placer. Si, yo te perdono con todo mi corazon, yo te he perdonado ya, ya he olvidado todo, todo ha desaparecido de mi memoria como si las olas del mar hubiesen pasado sobre mis agravios. Tú, tú eres quien tienes que perdonarme.

—¡Leonor! ¡Leonor! exclamó Saldaña sin despertar con el acento más tierno.

—¡Cielos! ¡Qué oigo! gritó Zoraida soltándole la mano de pronto y levantándose desesperada. ¡Ah! continuó con amargura; ¡yo me habia olvidado de mi rival y creí que él estaba soñando conmigo! ¡Y yo te habia perdonado! ¡yo! ¡Jamás, jamás!

IV.

Todo el amor, toda la dulzura de la desgraciada Zoraida se trocó ahora en la más espantosa furia al oir el nombre de su rival; sus ojos parecian querer salir de sus órbitas, los músculos de su rostro se contrajeron pintándose en él todas las señales de la locura, sus labios trémulos cambiaron su color de rosa en un blanco cárdeno, como sobrecogida de un accidente, retorcia sus manos, y ya, sin temor de interrumpir el sueño del herido, gritaba con el acento de la más horrible desesperacion.

—¡Jamás! ¡jamás! ¡Yo me vengaré! ¡No, Leonor no será tuya jamás!

A sus gritos despertó Saldaña despavorido, abrió los ojos y quiso incorporarse en el lecho.

Por una transicion de ideas, muy natural en un hombre cuyos sentidos están muy debilitados por cualquier causa que sea, y cuyo sueño han interrumpido de pronto voces u otro repentino estruendo, Saldaña, que habia estado soñando con Leonor, aunque sin mudar de objeto, habia cambiado de decoracion en la última parte de su sueño, y creia que la maga, habiéndosela arrebatado de entre sus brazos, se esforzaba á ahogarle en los suyos como á una presa ya digna de los infiernos.

Cuando despertó todavia confusa su imaginacion, y al ver los ademanes de la mora, y oyendo sus últi-

mas palabras «¡No, Leonor no será tuya jamás!» imaginó que era la maga quien se lo decía.

—¡Ah! suspiró Saldaña gritando con una voz sepulcral. ¿No has cumplido aun tu venganza? ¿No bastaba que la robaras, era menester quitarme con ella hasta la única esperanza que me quedaba?

—Sí, hasta la última esperanza, repitió Zoraida con amargura, volviendo á él los ojos en que estaba pintado su frenesí: ¿y tú no me has robado á mí todo cuanto poseía? ¿Mis padres, mi patria, mi gloria, mi inocencia, mi felicidad, mi esperanza? ¿No me lo robaste tú todo? ¡Y á pesar de eso te amé, á pesar de eso me dejé seducir de tus mentiras, y cifré en tí mi universo!!! ¡Oh! maldito el día en que me engendraron, maldito el día en que nací para idolatrarte y verme pagada con celos y con escarnio. ¡Ojalá nunca hubiese lucido aquel día!

—Mujer infernal, exclamó Saldaña, que la habia conocido, ¿quién te dejó entrar aquí? Huye de mi presencia, y maldita sea la hora en que te conocí, demonio de mi persecucion: ¡huye! y no vengas á atormentar al enfermo en su lecho de dolor.

—Pluguiese al cielo, respondió la mora, que todo el infierno junto ardiese en tu corazon como arde en este momento en el mio; pluguiese al cielo que pudiera hartarte del veneno de que tú has inundado mi alma.... ¡Ah! ¡yo reiría entonces viendo que tú dividias conmigo mis sufrimientos! ¡Ojalá veas en brazos de otro esa Leonor á quien amas! Tal vez está

así ahora mismo en brazos de otro, sí. Tal vez es un amante disfrazado á quién ella adora esa bruja que te la robó. Sí, sufre, sufre como tú me haces sufrir á mí: es el único consuelo que me queda en mi desesperacion.

—Mientes, boca de Satanás, mientes, respondió Saldaña haciendo un esfuerzo que no pudo lograr para levantarse: mientes; Leonor no tiene ningun amante; no me amará á mí, pero no ama á otro ninguno tampoco.

—¿Y tú qué sabes? replicó Zoraida con una sonrisa sardónica; por lo ménos te aborrece á tí; te aborrece, y yo estoy aquí para repetírtelo. No me mires con esa ira, no te esfuerces á levantarte; tú eres un caballero muy poderoso, pero ahora yaces en esa cama como si te hubiesen ligado con cien cadenas; yaces herido por la espada del hermano de la que adoras, que te aborrecerá más por eso, porque tú tambien le has herido á él, y él la comunicará el furor con que te detesta.

—¡Mujer! gritó Saldaña casi fuera de sí; ¿has venido á asesinarme?

—¡Ah! repuso la celosa mora, no; ¡he venido á acabar de ser infeliz, á saber de tu propia boca que me aborreces!!!

—Pues sí, yo te aborrezco, replicó el herido, yo te abomino, instigadora de mis delitos: huye de aquí, furia vomitada por el infierno. ¡Duarte! ¡Jimeno! ¡García! echad de aquí á esta mujer, que viene á mo-

farse del moribundo. ¡Duarte! ¿Qué no hay aquí nadie conmigo?

V.

El viejo Duarte, que al acostarse solo habia pensado dormir media hora, hacia ya una y media que roncaba en otra estancia al lado de la que ocupaba su amo, cuando llegó su nombre á sus oídos, y conoció la voz de Saldaña que le llamaba.

Púsose en pie al instante, y entró á ver qué le queria su señor, buscando alguna excusa que darle por no haber estado velándole como debia, cuando su amo le alivió de este trabajo gritándole en cuanto le vió:

—Echa de aquí á esa mujer, quítala de mi vista, y cuida que no vuelva otra vez á presentarse delante de mí.

—Zoraida, gritó dirigiéndose á ella, huye, huye de mi presencia, ó te mando quemar viva en la esplanada de mi castillo.

—Sí, yo me iré, respondió la mora con pesadumbre, yo me iré, no por miedo de tus amenazas, sino porque aun tengo compasion de tí. Saldaña, añadió más tranquila, puede ser que yo haya sido tu perdicion, pero no hay duda que tú has causado la mia: adios.

Diciendo así rechazó con orgullo la mano de Duar-

te, que habia hecho ademan de cogerla, salió del cuarto con magestad, y se retiró á su habitacion, donde poco despues, tranquilizándose su furor, derramó un torrente de lágrimas.

VI.

Entre tanto la mañana despuntaba ya en el Oriente, como si la calma y la serenidad de la naturaleza se deleitase en servir de contraste con las pasiones de los hombres, pintando el cielo del color del alba, y derramando por la haz de la tierra toda la luz y la alegría de una alborada de estío.

Jimeno, que no habia oido nada de la escena que acababa de pasar en la habitacion de Saldaña, por tener su cuarto en la parte opuesta del castillo, dejaba en aquel mismo punto su lecho, más cansado de las caricias de su manceba que cuidadoso de su deber, y estaba entonces arreglando muy detenidamente su tocador, operacion para él tan esencial como la de comer, todos sus cuidados, refiriéndose más al adorno de su persona que á ninguna otra cosa en el mundo.

Con todo, como su obligacion era mostrarse aquel dia con semblante triste ante su señor, eligió el traje á su entender más análogo con la pesadumbre que debia aparentar, y aunque tan puesto y pulido como si fuese de gala, se adornó con un estudiado descuido, bien así como si dijésemos á la *negligé*.

En esto estaba tarareando el antiguo romance

Rey Rodrigo, rey Rodrigo,
tu suerte yo bien querría;
si perdistes el ser rey
también hubiste á Florinda.

cuando sintió que andaban á su puerta, y poco después entró García, el compañero de Duarte.

—¿Qué me quieres, zorro viejo? preguntó el paje: ¿vienes de embajador de alguna sílfide que suspira por mis pedazos?

—Si yo soy zorro, replicó García con enfado, á tí no te falta sino ser viejo, y has de saber que ni yo ni ninguno de mi casta ha servido á nadie de tercero en su vida.

—¡Ve ahí! no lo digo, replicó el paje; el oficio que según dicen ejerce un don Lope de Haro con su sobrina y el rey, y se enoja un pobre escudero que se lo achaquen como si fuera un insulto.

García meneó la cabeza, no muy gustoso de la desfachatez de Jimeno, y dijo:

—Lo que yo tengo que decirte es, que el señor de Cuellar pregunta por tí, que ha estado allí la mora y le ha vuelto el juicio, según me ha dicho Duarte, aunque yo me figuro que está hechizado, y me ha encargado que te llame y vayas allá al momento.

—¿Zoraida ha ido á verle? murmuró entre sí el paje: ¿y él la ha despreciado como acostumbra? ¡bueno! ¡soberbio! no parece sino que ella misma me ayuda: sí, vamos, continuó saliendo del cuarto y dirigiéndose al escudero.

—No será nada, sino que ese estúpido de Duarte, que no habla nunca sino para reñir, es más apropiado para velar á un muerto que para cuidar un enfermo.

—Como tú, replicó García entre dientes siguiendo detrás de él, valdrías más para moza de un serrallo que para ser paje de lanza.

El paje entre tanto compuso su rostro, tomando la fisonomía mas triste que pudo, y cuando entró en la estancia de su señor podría habersele comparado á un novicio, por sus ojos caídos y el recogimiento que aparentaba.

VII.

Saldaña estaba entonces con una calentura furiosa á causa de la cólera que habia tomado, y habiéndose recogido toda su sangre á su corazón, tenia una especie de ahogado que le hacia respirar con dificultad.

Sus ojos estaban cubiertos de un velo cristalino, su corazón se oía latir, y la ropa de su cama, toda revuelta, manifestaba los muchos vuelcos que en su inquietud habia dado á un lado y á otro.

Jimeno se acercó á la cabecera, y habiendo mandado á Duarte que saliese á buscar el cirujano del castillo, le dió á beber un agua, á que mezcló algunas gotas del elixir que le habian recetado, hecho lo cual se sentó junto á él, y Saldaña pareció mas sosegado.

—Jimeno, le dijo con el acento sombrío de la desesperacion, ¿crees tú que habrá perdon para mí?

—¿Y por qué no? replicó el paje. ¿Acaso habeis hecho algo nuevo en el mundo? Tal mujer burlada, tal homicidio cometido en un acceso de ira, no son, á mi parecer, culpas imperdonables. ¿Pero á qué viene eso? ¿os quereis morir?

—¡Morir! exclamó Saldaña: ¡ojalá, si no hubiese un infierno! ¡Ah! tú no sabes hasta qué punto me sobresalta esta idea; ¡toda una eternidad!

—Tiempo os queda de arrepentiros, respondió el paje, aunque sea en medio del camino que hay de aqui allá. Cuanto más, que si vos habeis burlado una mujer, ha sido una enemiga de nuestra religion.

—Es verdad, Jimeno, replicó el herido, que cogia con avidez cualquier excusa que minorase sus culpas á su entender, es verdad, y entonces yo no soy criminal, ni debo temer el infierno: Zoraida ha sido la causa de la mayor parte de mis delitos.

—Asi es, replicó Jimeno sin titubear; esa mujer os precipita, y sobre ella, si acaso, debeis cargar el peso de vuestros pecados. Su suerte ha sido que no haya estado yo aqui cuando vino á atormentaros sin consideracion á que estais herido. Si llego á estar presente la echo al foso desde la ventana mas alta. Y es mentira; ni ella os ama, ni os ha amado nunca; á ella le convenia, es mujer, y no hay mujer que no mienta.

—¿Con que tú crees que aun puedo encontrar perdon? insistió el supersticioso Saldaña.

—¿Y qué os podia hacer pensar de otro modo? respondió el paje.

—¿Qué! que mas de una vez, repuso el de Cuellar con sobresalto, he visto ahí, ahí mismo donde tú estás, un demonio que me escarnecía, y me anunciaba que no habia perdon para mí: yo he querido orar, y todos los rezos habian huido de mi memoria, y hasta mi lengua se resistia á pronunciar las pocas palabras sagradas de que pude acordarme, mientras él las hacia sonar en mi oido como blasfemias, y mofándose me cargaba de maldiciones.

—¡Ave María Purísima! exclamó el paje haciendo la señal de la cruz; eso sería un delirio, una ilusion; pero no obstante, tomad esa reliquia, que os librará por lo menos de su presencia.

Diciendo esto sacó una medalla del pecho, y el impio Saldaña la tomó con religiosa codicia, y la besó respetuosamente.

—Siento algun consuelo, le dijo guardándola debajo de la almohada. ¿Y Leonor? ¡Ah! ¿no me amará jamás? No creo que peco con hablar de ella; mi fin es hacerla mi esposa. ¿Y cómo podré ya, si tal vez su hermano está enterrado á estas horas? Yo le vi muerto á mis piés. Pero él tuvo la culpa: todavía me irrita cuando me acuerdo de sus insultos.

—Cuando nosotros llegamos, repuso el paje, habia ya vuelto en sí, y sus heridas no me parecieron muy peligrosas. Y á las mujeres, ¿qué les hace eso? Leonor os amará porque sois hombre; no hay mujer que

se resista á un hombre de las prendas que vos teneis. En Valladolid maté yo al hermano de una que cortajaba, y no me quiso menos por eso.

Sí, pero Leonor no es de esas, repuso Saldaña con fuerza, no muy agrado de las comparaciones del paje.

VIII.

La llegada del cirujano interrumpió su conversacion, que habiendo notado que su enfermo se habia agitado demasiado para el estado en que se encontraba de debilidad, le encargó que no hablase, y mandó que se guardase el mayor silencio en la estancia para no turbar el reposo de que tenia mucha falta. Poco despues llegó el Velludo al castillo con dos prisioneras que habia hecho la noche antes, á quienes dieron habitacion en la puerta del mediodía contigua á la de Saldaña, aunque no le dijeron nada de este suceso, pues en la situacion en que se hallaba, á voto de los cirujanos, cualquier sensacion fuerte, ora de alegría; ora de pesadumbre, podia serle funesta.

Capítulo XIII.

Segismundo.

..... ¿Qué
te suspende?

Lerbia.

..... Hacia allí pasos
sentí y las ramas se mueven.

Veré quién es.

(*Afectos de odio y amor.*) (CALDERON.)

I.

Es opinion muy antigua que los hombres manifestamos nuestro carácter, nuestras pasiones, y yo estoy por asegurar que hasta el oficio en que nos ocupamos, en nuestro modo de hablar, de andar, de dormir, etc., y que si algunas escepciones hay, dependen más bien del estado de ficcion en que vivimos en la sociedad, que no de que sea falsa esta asercion.

Así vemos generalmente, que á un enamorado se le conoce que lo está en sus distracciones, en sus ojos, ó demasiado alegres ó muy caidos, y en otras semejantes señales.

Descúbrese á un ambicioso, en su p so precipitado,

su aspecto pensativo y mirada solícita é imponente: á un avaro, porque por guardar, guardará las manos en los bolsillos hasta en los meses de más calor, y en las ojeadas de desconfianza con que honra á los que le rodean; y pasando de las condiciones á los oficios, todo el mundo conoce los escribientes de lotería en lo bulle bulle que son, y en la viveza ratonil de que están dotados, y nadie equivocará un oidor con un escribano, si comparar la gravedad, gordura y mesurado continente del uno, con la mirada en acecho y el furtivo paso del otro.

Con todo, como la duda es el principio del saber, y puede haber muchos contrarios á mi opinion en esta materia, no insistiré más tiempo en convencerlos, no siendo esto de mi incumbencia, y habiéndose escrito ya tanto en el mundo sobre fisonomías, cráneos, etc.; y solo les recomendaré el tratado de franeología del doctor Gall, donde se convencerán de la razon que me asiste, puesto que no le asistió á él más para asegurar que cada joroba de nuestra cabeza, es un nido de vicios, de virtudes y de talentos.

Y así, tomando el hilo de nuestra historia, sea esta mi opinion verdadera ó falsa, hubiera sido preciso ser muy menguado, torpe ó falto de juicio, para no conocer á primera vista, que un corrillo de diez ó doce hombres que estaban aquella mañana juntos á poca distancia del castillo de Cuellar, sentados al pié de un árbol, eran gente *non sancta*, y un mal encuentro para un viajero.

Sus caras, sus trajes y sus armas, indicaban bastante su oficio, y no quedará duda ninguna al lector del que ejercian viendo á Usdrobal con ellos, y á otros dos ó tres más, Zacarías, el bizco y el catalan, conocidos antiguos de la cuadrilla. Su conversacion parecia muy animada, y todos ellos hablaban con admiracion del valor de su capitan, quien habia tenido la noche antes una aventura, á su entender casi milagrosa, y á que habia dado dichoso fin.

—Yo no puedo ménos de creer, decia el veterano, de que ya hemos hecho mencion, en la primera parte de nuestra historia, sino que el capitan es brujo, ó el mismo diablo. ¡Jesús me valga! pues á no ser así no habria podido cojerla cuando ella iba saltando de pino en pino como acostumbra.

—Por lo que es brujo, repuso el bizco, no creo que lo sea; pero Lucifer mismo no asesta mejor una flecha, aunque sea contra un junco, ni tira con más certeza; así que, no me espanto que aun cuando la maga fuese volando, la haya hecho bajar sin hacerla mal, con solo cortarle un ala.

—Sin un conjuro que dice *maleficium... demolire universa ejus*, ó lo que es igual, te demoleré los huesos, y otras cosas que yo le enseñé, cree mi humildad, caros hermanos míos, replicó Zacarías, que nada hubiera logrado á pesar de lo que decís.

—Puede ser, repuso Usdrobal, mi dulce y respetable maestro; pero el refran dice, y mejor lo sabeis vos que yo, á Dios rogando y con el mazo dando.

Para entender esta conversacion, es preciso tomar el hilo de los hechos del buen capitán el Velludo, y retrocediendo algunas páginas, sabremos quiénes eran las prisioneras que trajo él mismo á Cuellar; y cómo y en donde habian venido á sus manos.

II.

El lector se acordará de la promesa que hizo el Velludo á Saldaña, de proporcionar un guía experimentado que les condujese á la cueva de la maga, despues que no pudo obligar á ninguno de su partida á hacerse cargo de esta empresa, por el temor que todos, excepto Usdrobal, habian tomado á la supuesta fantasma.

Todos los hombres tienen su amor propio, y así se ve que hasta los más corrompidos, y más sin fé, gastan su puntillo de honor de cuando en cuando, y toman á cuenta suya ciertas empresas, más por miedo de ser tachados de cobardes, viles ó tímidos, que por voluntad propia.

Tenia el Velludo además el conocimiento íntimo de su valor, muy probado y experimentado en mil riesgos, y confiaba tanto en el aliento y arrojo de que estaba dotado, que no podia ménos de sentirlo mucho cuando éste le faltaba en la ocasion, siendo un acaso de este género, motivo suficiente para estarse á sí mismo reconviniendo toda la vida, hasta que tomaba una especie de satisfaccion de su falta, acometiendo otra vez

la misma empresa, ú otra de igual clase que ofreciese más riesgo.

La vista tan inesperada de un espectro en su propia cueva, le habia sorprendido tanto como si hubiese visto de pronto todo el infierno junto, aunque para hacer justicia á su valentía, debe decirse que eran pocos los hombres de aquella época, que á despecho de toda su temeridad no hubieran mostrado el mismo temor delante de una aparicion tan extraordinaria.

El Velludo no pudo ménos de sobrecojerse un momento, y la ligereza de su aterrada imaginacion, dominó por entonces su corazon vigoroso; pero esto fué solo un instante, y poco despues, recobrando otra vez su energía, no pudo ménos de reprenderse su debilidad.

Con todo ya era tarde; su prisionera se le habia escapado, por decirlo así, de las manos, y tuvo que confesar su falta y oír los improprios é insultos de que le colmó el desesperado Saldaña.

Pero esto fué precisamente lo que le obligó más que nunca á decidirse á buscar la pretendida maga, para resarcir lo que él llamaba su honra, á toda costa, ya volviendo á recobrar á Leonor, ya tomando venganza de su robadora.

Dudaba él si seria ésta un ser sobrenatural, ó un cualquiera, que oculto bajo aquel disfraz, se habia arrojado á tanta temeridad; si lo primero, quedaba en examinándolo disculpada su cobardía; pero si se verificaba lo segundo, en ese caso bien podia llamarse infeliz el autor de empresa tan aventurada.

Con este pensamiento, y más que nunca irritado con los denuestos del señor de Cuellar, ansiaba más que éste, si cabe, la llegada del saludador, que uno de sus súbditos le habia ofrecido traer para que le sirviese de guía.

III.

Consistia este oficio de saludador, que ha durado hasta nuestros dias, y tal vez conserva su crédito aun hoy mismo en algunos pueblos, en una virtud secreta heredada en ciertas familias, que servia para curar la rabia á los animales, hacer que á su voz se presentasen de repente cuando sus amos los habian perdido, gozando además los herederos de esta virtud, de otros varios privilegios para sí mismos, como el de ser incombustibles, y no poder recibir daño de las brujas de quienes eran muy temidos.

Distinguíase el verdadero saludador, en tener dibujada naturalmente en la lengua, una rueda de santa Catalina, ó bien debajo de ella una cruz, aunque nadie todavia ha asegurado que haya visto ni una ni otra señal.

El respetable Feijóo, prueba con su sano juicio los engaños de que se valian estos impostores para comer á costa de los inocentes que les creian, y la mentira é impiedad de sus supuestos milagros.

Ejercia regularmente así este oficio como el de bruja la hez de la sociedad, sin que su ciencia y sus fal-

sedades les sirviesen para otra cosa que para mal comer sin trabajar, siendo como eran los seres más derrotados y despreciables.

El saludador que el bizco habia prometido por guia no gozaba en esta parte de más privilegios que sus colegas en la facultad.

Habia sido verdugo en Valladolid en su juventud, habiendo dejado fama en aquella ciudad de su destreza, habilidad é ingenio en el arte utilísimo de apretar gañotes, bien así como el respetable tio del gran Tacaño, que era un *águila en el oficio*.

Pero el tiempo, que derriba los torreones, allana los montes y aniquila los imperios más populosos, habia ido poco á poco debilitando sus fuerzas y disminuyendo su agilidad, hasta el punto de haber tenido que nombrar por sucesor suyo á un su sobrino, mozo vigoroso y robusto, y que adiestrado por su tio no dejaba nada que desear á los conocedores en el arte gacénico, conviniendo todos, cuando acababa de aciguar á algun penitente en aquello de Horacio: «que el águila altanera nunca engendró á la paloma tímida.» El verdugo cesante tomó entonces el oficio de saludador, que aunque bastante noble, no era sin duda tan vistoso como el primero, y andaba á la sazón por aquellos pueblos *quantum mutatus ab illo!* haciendo, segun decian, curas tan prodigiosas como habia hecho maravillas en su antiguo arte.

Sus heridas privaron á Saldaña de conocer á este bellissimo sugeto, que no pudo acudir á verse con el

Velludo hasta de allí á dos dias por haber estado muy ocupado en curar un mulo rabioso, á quien no por miedo, puesto que su secreta virtud le protegía contra los furores del animal, sino por lástima, no habia querido tomar el pulso, y que murió sin duda por haberle llamado tarde.

El Velludo, á quien ya faltaba tiempo para acometer su empresa, deseoso de acabarla solo y recobrar mejor de esta manera su fama y buena opinion con el señor de Cuellar, no dijo palabra á Usdrobal, que se habia ofrecido á acompañarle, ni á ninguno de su comitiva, y llamando á su perro salió al caer de la tarde con el buen hombre en busca de la fantasma, y determinado á embestir al mismo Satanás en persona.

Fué esta misma noche aquella en que Leonor, por determinacion de Elvira, debia volver á su castillo y cuidar de su hermano, que aunque no tan mal herido como Saldaña, estaba de mucho cuidado.

IV.

Dejaron las dos amigas, como hemos dicho, el solitario asilo al oscurecer, sostenida Leonor del brazo de la generosa heremita, y caminaban muy despacio, no habiéndose aquella recobrado enteramente de su enfermedad, atravesando el sombrío pinar, tristes las dos y sin hablar palabra, Elvira esforzándose á contener las lágrimas que le arrancaba verse obligada por sus votos á separarse de la única persona en el mundo

que pudiera compadecerla, y Leonor toda sobresaltada dividiendo los afectos de su alma entre su hermano y su amiga.

Largo trecho habian andado, y no estaban ya lejos del castillo de Iscar, cuyas almenas empezaban á platear al rayo de la luna naciente, cuando Leonor, sintiéndose fatigada, se sentó junto á un pino para descansar, mientras Elvira, en pié y atenta al menor ruido, temblaba por su amiga al más ligero murmullo del viento.

—Vamos, le dijo; Leonor, animate; estos bosques son de mal agüero para tí, y tras de cada rama puede esconderse un hombre.

—Elvira mia, replicó Leonor, aquí ya no hay miedo; estamos muy cerca de nuestro castillo, y los bandidos no se atreven á cometer sus villanías tan cerca de donde á un grito mio podian hallar su castigo.

—Tu castillo, repuso Elvira, está muy lejos aun para que oigan tus gritos, y el jefe de los bandoleros es atrevido como un bridon de batalla. Animate: ¿no oyes voces que se acercan? añadió poniendo el oido al viento: huyamos, Leonor, continuó con tono imponente, aunque sobresaltada; Dios ha puesto el recelo en mi corazon; si no obedecemos su voz él castigará nuestro orgullo.

Leonor, sobrecogida, se levantó con precipitacion á pesar de su debilidad, y tomando el brazo de Elvira, ambas amigas aceleraron el paso.

No se habia engañado la hermana de Saldaña; la voz que llegó á sus oídos no era otra que la del Velludo; que venia en su busca renegando del respetable saludador.

Tenia este el mismo acierto para atinar con las habitaciones de brujas, que no sabia, y de que no le habian dado las señas, que para curar la rabia á los mulos, y era además tan cerril como sus pacientes y tan cachazudo cuanto bastara para hacer desesperar otro ánimo menos impaciente que el del capitán.

El camino que habia tomado era precisamente el opuesto al que llevaba á la bóveda de Elvira, y más de dos horas hacia que andaban descarriados de acá para allá por el bosque, y á pique, en la oscuridad de la noche, de romperse la cabeza si tropezaban, sin que el sábio saludador hubiese encontrado siquiera vestigios de lo que buscaba.

Iba el Velludo dándose á todos los diablos con la torpeza del guia, y más enojado con él casi que con la maga, maldiciéndole é insultándole á cada mal paso que se encontraba.

—¿Dónde demonios, le dijo, me llevas por aquí, sin saber tú mismo dónde vamos, arca de mentiras, que Dios confunda?

—A buscar la bruja, respondió el saludador con calma y con una voz ronca como un tambor destem-

plado: voy mirando hácia arriba por ver si la veo volar.

—Si en vez de haber sido tú verdugo tantas veces; guindando hombres que valian más que tú, replicó el capitán, hubiera querido Dios que hubieses sido solo una vez paciente, no andarias engañando á los tontos que te creemos.

—Cuando yo era verdugo, replicó el pobre hombre, nunca se me quejó ningun amigo que fuese á parar á mis manos, y si no ahí está el manco tu primo, que si viviera podria decirlo, que cuando me monté sobre él me dijo que no habia ningun hombre de armas que montase mejor que yo, y otras cosas que callo, porque no le toca á un hombre alabarse.

—En efecto, repuso el Velludo distraido con el recuerdo de su primo, no me descontentó el modo como le ahorcaste. ¡Era mucho hombre mi primo! ¡Qué lástima que cayese en tus manos tan jóven!

—A muchos he puesto la cuerda al cuello, repuso el saludador, pero no he visto ninguno de más hígados que tu primo. Cuando le bajé la gola para ponerle el collar, no parecia sino que se iba á afeitar segun lo grave que estaba. ¡Ah! continuó con sentimiento. Pasó ya aquel tiempo en que yo era el miembro más lucido de justicia que habia en la córte; mi juventud se ha rozado y ha perdido su vigor con una cuerda á fuerza de usarse; mi cuerpo es débil como los palos de una horca vieja, y yo ya no veré alrededor de mí un inmenso concurso admirando mi habilidad; no re-

presentaré ya el segundo papel en la fiesta, despues del hombre que confiaban á mi cuidado. ¡Infelices racimos de la de palo, cuánto echareis de ménos al misericordioso Soguilla! ¡Hi! ¡Hi!

Decia esto llorando con tanta pena, que el Velludo no pudo ménos de sonreirse.

—Buen Soguilla, le dijo, sino fuera por el respeto que un verdugo decano se merece de los homhres de bien, juro que yo te habia de enseñar á ser saludador, y á servir de guia por caminos que no conoces. ¿Pero, qué sombra es aquella? Ya se deslizó detrás de aquel pino. ¡Una mujer! ¡La maga! Ella es: tú por un lado y yo por el otro.

VI.

Dos bultos parecieron en este momento y se ocultaron al punto, refugiándose trás de los árboles por no ser vistos, la maga y Leonor, habiendo oido con mucha claridad las últimas palabras del Velludo, que penetraron en su corazon, helando hasta el tuétano de sus huesos.

Leonor especialmente más atemorizada se asió al brazo de su compañera sin saber qué hacerse, mientras ésta, más acostumbrada á semejantes azares, miraba á un lado y á otro buscando por dónde huir, esforzando á su amiga y rogando á Dios que las librara de aquel peligro.

Seguramente Elvira podria haberse escapado de su

enemigo, siendo el principal intento de éste, cuyos penetrantes ojos ya habian descubierto á Leonor, no meterse con la maga, sino era preciso, hasta haber recobrado su prisionera, y no siendo el saludador, hombre gordo y ya viejo, un obstáculo muy temible.

Pero la idea de abandonar á su amiga no podia abrigarse en el noble corazon de Elvira, resuelta más que nunca á sacrificarse por ella, libre ya de temor en el momento mismo del riesgo, y poniendo toda su confianza en Dios con todo aquel fuego celeste que elevaba tanto su alma.

—Leonor, le dijo á su amiga, no huyas, porque seria inútil, y colócate trás de mí.

Si mi presencia quiso Dios que aterrase una partida de foragidos, ahora con su poder hará que á mi vista retroceda ese bandolero.

—Mi castillo está cerca; yo gritaré, replicó Lenor, y acaso podrá oirnos el centinela.

—No muestres nunca tu miedo al que te persigue, repuso Elvira; antes que te oyeran serias presa de ese mál hombre. El Señor está con nosotras, él nos asistirá.

VII.

En esto estaban, cuando oyeron decir al Velludo. *jella es!* etc., y se escondieron por instinto detrás del pino.

Era esta la única esperanza que les quedaba en aquel apuro, y acaso el terror que inspiraba la visita de Elvira no habria dejado de producir su efecto, si el capitán no estuviese ya prevenido y determinado á hacerla frente y á averiguar quién era, no obstante que en secreto sentia cierta especie de repugnancia conforme se iba acercando.

Su guía, no tan valiente como él, ni con mucho, procuró quedarse algunos pasos detrás abriendo los ojos y la boca como espantado, y buscando por todas partes la temerosa bruja que él no habia visto, y que se le figuraba que iba á echar á volar de pronto como una perdiz sale de entre las viñas á poca distancia del cazador.

Por último, el Velludo hizo la señal de la cruz, y se arrojó hácia ellas con el hacha en la mano gritando:

—Por la Virgen de Covadonga, entrégate, aunque seas el mismo diablo, ó te mato.

Tendió hácia él Elvira su mano derecha con majestad, y acaso su imponente y negro aspecto hubieran enfriado la resolución del bandido, si Leonor que vió el hacha en alto amenazando descargar su golpe sobre su amiga, no se hubiese soltado de ella y echádose á los piés del Velludo, pensando salvarla de esta manera de una muerte inevitable á su parecer.

Conoció con esto el capitán su fuerza y la debilidad de sus contrarios, por lo que bajando el hacha les intimó que se entregasen á discreción, jurando que él no les haria daño alguno, ni las ultrajaria en ningún mo-



El Velludo se arrojó hacia ellas con el hacha en la mano.

do, siempre que no trataran de huir ni hacer la menor resistencia.

—Déjanos en libertad de continuar nuestro camino, respondió Leonor, y yo te prometo por la fé de caballero de mi hermano darte por nuestro rescate más oro que has visto en toda tu vida.

—Después hablaremos de eso, replicó el Velludo; veamos antes quién es esta bruja, que me ha hecho pasar más vergüenza que he tenido en toda mi vida.

Y diciendo y haciendo se acercó á Elvira, que, dotada naturalmente de ánimo, y arrebatada de su celestial entusiasmo, no habia hecho movimiento alguno, y solo temia por su amiga, á quien ya veia sin remedio en poder de su hermano, á pesar de sus esfuerzos para salvarla.

—Alzate esa capucha, dijo el Velludo, y enseñanos esa cara.

—Huye, malvado, respondió Elvira, y teme el castigo del cielo si llegas siquiera á tocarme.

—¡Hola! replicó el capitán; voz muy dulce tiene la maga. Torpe has andado, si eres el diablo, en tomar voz de mujer para asustar á nadie. No me estorbeis el paso, señora, prosiguió hablando con Leonor, que se habia abrazado á sus rodillas para detenerle.

—Dejadla por Dios, dejadla, gritaba esta; ella no hace mal á nadie; ya me teneis á mí, llevadme á Cuelar, matadme, pero dejad, respetad el secreto de esa mujer.

—Nada de eso; y no os abraceis al lobo aunque os

parezca manso, respondió el Velludo. Yo he jurado que le habia de quitar las ganas, á quien quiera que fuese, de venir á asustarme á media noche á mi misma casa, y lo cumpliré... ¡Vaya, fuera! añadió; y empujando á Leonor á un lado y desasiéndose de ella, se acercó á Elvira, y á pesar de sus amenazas le echó la capucha atrás y le descubrió el rostro, trayéndola por fuerza á donde daba la luna.

—¡Una mujer tan jóven y tan hermosa, gritó el Velludo atónito de su descubrimiento, y andar así en este traje por estos andurriales! ¡Eh! ¡Zamacuco! continuó llamando á su guía, que no hacia mas que abrir los ojos hecho un bausan, hasta el punto que él mismo pensó que se le rasgaban hasta la cabeza. Cuida de esa otra dama mientras yo examino esta... ¿Quién eres? le preguntó volviéndose á ella.

—Si te dijese mi nombre pecaria; nadie, repuso Elvira con dignidad.

—¿Qué hacias en estos desiertos?

—Nada.

—Secretos tengo yo, respondió el capitan, que te harian hablar, y han hecho soltar la lengua á hombres de bigotes muy ásperos, puesto que determinado venia á enviarte esta noche á dormir al otro mundo; pero eres una mujer, no puedes defenderte y me das lástima. Por lo demás, no me importa saber quién eres; tu oficio de bruja acabó, y por ahora vendrás conmigo á hacer compañía á tu amiga en el castillo de Cuellar, donde no te faltará quien te agasaje.

—Mis pecados, repuso Elvira en tono solemne, me han traído á este punto; cúmplase la voluntad de Dios.

Entre tanto Leonor habia tratado de huir hácia su castillo y alarmar si era posible la guarnicion con sus gritos, cuando el Velludo, volviendo con Elvira asida de un brazo hácia ella, se interpuso en su camino con la presteza de un rayo y la detuvo por el vestido.

—No, ahora no será como la otra vez; Belcebú habia de venir y nos las habíamos de ver, él con sus tizonas y yo con mi hacha.

—¡Ah! exclamó Leonor. ¿No hay quien me favorezca? ¿Los hombres de armas de mi castillo ahí mismo y no me oyen! ¡Casi los siento hablar y no me oyen!

—Y aunque os oyeran seria lo mismo, replicó el Velludo, mandándolas que le siguiesen: venid conmigo: yo no soy cruel, y sentiria tener ahora que serlo si os empeñáseis en no obedecerme.

Tenia el Velludo algo en su voz que naturalmente imponia, aunque se esforzase á dulcificarla; y así por esto como por ser toda resistencia inútil, ambas cedieron á su voluntad, Leonor llorando y ofreciéndole mil tesoros por su rescate, y maldiciendo su suerte casi desesperada, y Elvira sin hablar palabra y con estóica resignacion.

—¿Qué diablos hacias ahí, papanatas? dijo el Velludo al saludador, abriendo como él la boca con una mueca.

—¡Toma! repuso el misericordioso Soguilla con su voz bronca. ¿Y qué he de hacer con una bruja que se echa á volar? Dí que hubiera sido un lobo rabioso, y le hubieras visto más manso que una borrega.

—¡Ojalá! replicó el capitán con sorna.

VIII.

Tales fueron las aventuras de aquella noche y tal era el asunto de la conversacion que hemos interrumpido para contarlas, por lo que volviendo á nuestros bandidos, que aguardaban á su capitán, añadiremos otra persona al corro á quien en otro tiempo no habrían querido tener tan cerca por su oficio de verdugo, y que ahora departía con ellos agradablemente, merced al que ejercía de saludador.

—Si no hubiese sido por mi, dijo éste en adición á lo que había dicho Usdrobal, poco le hubieran valido vuestros consejos, señor Zacarías; pero yo huelo las brujas lo mismo que olía en mi tiempo cuando iba á haber ocupación en mi oficio, y enseñaba los cordeles de modo que al hombre de menos gusto le habría dado tentación de ahorcarse, y mas de una vez estuve yo para hacer la prueba.

—Si la hubieses llegado á verificar una sola vez, dijo Usdrobal, no habrías ido esta noche á caza de brujas. ¿No es cierto?

—No lo puedo negar, repuso gravemente el saludador, y para ser tan mozo habláis con mucho tino.

—¿Pero la bruja voló, ó no voló? preguntó el veterano tinieblas.

—Como una garza, contestó Soguilla; pero yo la hice caer á los pies del Velludo por mi virtud de saludador, puesto que por más que hice no pude hallarla el pescuezo.

—Pero el vuestro con poco que se busque no será difícil hallarlo. ¿No es cierto? preguntó Usdrobal con mucha seriedad burlándose del enorme cerviguiello que descubría el ex-verdugo.

—Sin duda, replicó Soguilla mirándole con atención; y volviéndose á los otros continuó: ¿este mozo ha estudiado?

—Es un girifalte, repuso el bizco, y sabe latín.

—¡Oh amigo! para verdugo no hay cosa como saber latín.

—Hasta ahora no he estudiado mucho, respondió Usdrobal; pero mi maestro es el benignísimo y piadosísimo señor que aquí veis, y señaló á Zacarías, por lo que podeis esperar que si no llego á verdugo llegaré á ahorcado, y en cuanto á saber latín, ya sabeis que sirve lo mismo para uno que para otro.

—No os moféis del humilde siervo de Dios, repuso el maestro con su acostumbrada dulzura.

Usdrobal se levantó, volvió la espalda al corro, y empezó á cantar con aquella apariéncia indiferente y alegre que le era natural:

Quando miro una horca
con su colgajo,

guiño el ojo, me'rio
y aprieto el paso.
Por mi consuelo
murmurando entre dientes
morir tenemos.

A pesar de su buen humor y natural alegre, Usdrobal sentía en aquel momento cierta inquietud y desasosiego por una de las prisioneras, á quien sin saber por qué habria querido dar libertad de buena gana ó verla á lo menos, sin que él pudiese darse razon á sí mismo, se alegraba entre tanto interiormente de que Saldaña estuviese imposibilitado de entenderse con ella por sus heridas.

Este interés por Leonor, que á no calcular la distancia del rango que los separaba podria acaso atribuirse á otro afecto mas vehemente que el de la compasion, le ponía pensativo de cuando en cuando, determinándole á abandonar el servicio del Velludo, incitado ademas por su buena índole y sentimientos nobles, que le hacian desagradable el género de vida que habia abrazado, mas por necesidad que por inclinacion.

Su mala cabeza y carácter abandonado se lo habia hecho sobrellevar sin pesadumbre hasta entonces, pero su corazon se resentia de la villanía de su oficio, mientras su imaginacion, engrandeciéndole á sus ojos el brillo que rodea al guerrero de buena fama, y mostrándole fácil el camino de la gloria que podria abrirle su lanza hallándose en otro estado mas noble, e hacia desear la ocasion de señalarse públicamen-

te por algun rasgo marcado de caballerosa bravura.

IX.

Combatido estaba de estas imaginaciones, cuando vió venir al Velludo, que salia del castillo mano á mano y hablando amigablemente con un hombre alto y seco que parecia que solo le quedaba el pellejo segun lo correoso que era, el rostro muy tostado del sol, bigote entre cano y caido, pelo del mismo color, nariz larga y tan colorada como si la hubiesen dado de bermellon, lo que le daba trazas de no disgustarle el jugo de la uva, en confirmacion de lo cual sus ojos lucian con aquel brillo vidrioso que marca comunmente á los borrachos de profesion.

Traia en la cabeza un gorro de pieles, y envuelto en una ancha capa, solo dejaba ver sus piernas cubiertas de planchas de hierro puestas unas sobre otras á modo de tejas, lo que daba muestras que venia armado, y en sus movimientos y contoneo jaqueton se conocia que estaba muy pagado de sí mismo, y que miraba con desprecio á los otros, todo lo cual confirmaban su mirada de lástima y su labio inferior caido naturalmente.

Era nada menos que el jefe de la compañía aventurera que el señor de Cuellar pagaba y mantenia en su castillo, aragonés de nacion y con mucho renombre de buen soldado y buen bebedor, amigo de la guer-

ra, de las mozas, y sobre todo de la bota y de los valientes, habiendo reunido una compañía volante con la que andaba al pillaje, ó servia al que mejor le pagaba, no reconociendo mas ley que su espada, mas rey que el dinero, ni mas órdenes que su voluntad.

Rayaba ya en los cincuenta años; y era muy grande amigo del Velludo, por haber sido soldados juntos en su mocedad, y no obstante que el aragonés tenia en mucho mas su oficio de aventurero que el de bandido no por eso dejaba de mirar con mucha consideracion á su amigo, que tenia tan bien sentada su fama como el que más, y en un momento á una voz suya podia poblar todos aquellos bosques de un ejército de bandidos.

Llegaron adonde estaba Usdrobal, y el Velludo viéndole pensativo le dijo:

—¿En qué piensas, buena alhaja, que estás ahí que pareces un asno viejo?

El aragonés echó una mirada á Usdrobal de arriba á abajo con aquella apariencia insultante de compasion que le era propia, y volviéndose al capitán le guiñó el ojo empujando la barba hácia él con un gesto que equivalia á preguntar ¿qué mozo es ese? y á que el Velludo contestó mirándole de reojo y echando hácia fuera ambos labios como si fuera á silbar, dándole á entender que el mancebo tenia el alma bien puesta, y que era mozo de manos.

Todo esto fué obra de un momento, y Usdrobal, sin echarlo de ver, dirigiéndose á su capitán dijo:

—Estaba pensando que vale mas ser cabeza de raton que cola de leon, pero que en caso de ser cola de uno ú otro, vale mas serlo del rey de los animales.

—No entiendo á que viene eso, replicó el Velludo, pero creo que tienes razon sino dices mas.

—Viene, replicó Usdrobal, á que yo quisiera mas bien ser arriero que burro, pero ya que siempre he de ser burro, quisiera serlo de un señor mas bien que de un molinero.

—Todo eso está muy bien, respondió el capitán; pero si no te esplicas mas claro, te quedarás siendo burro toda tu vida.

—A mi el abad de San Bernardo me enseñó á esplicarme por rodeos; pero aunque algo torcido en mis esplicaderas, soy muy recto, y siempre voy por el camino derecho, *via recta*, cuando se trata de obrar; así que, ahora pregunto, ¿qué querriais mas, ser quien sois, ó ser señor de Cuellar?

—Ser señor de Cuellar, repuso el capitán sonriéndose. ¡Pareces tonto!

—¿Y si os hiciesen rey, lo prefeririais á eso?

—¿Quién lo duda?

—Y en caso de servir, á quién serviriais mejor, al rey ó á Sancho Saldaña?

—¡Toma! al rey.

—Pues vos mismo habeis desatado mi duda, y ya estoy resuelto á servir como soldado aventurero entre los hombres de armas del señor de Cuellar y á dejar lugar para otro en vuestra partida.

Frunció el Velludo las cejas, sus ojos se iluminaron de pronto, y lanzó una mirada de cólera sobre Usdrobal, irritado de que éste le tuviese á él por tan poco que se creyese ser cola de raton hallándose en su servicio, mientras su compañero el aragonés con su acostumbrado desdén le dirigió la palabra.—¿Y qué hombre eres tú para alistarte bajo mi bandera? ¿Ni qué papel has de hacer tú entre veteranos, que al que menos le llega la barba al cinto?

—Ocuparé el lugar, repuso Usdrobal, que ocupa un hombre en todas partes, y rayaré donde raye el mas alto.

—Eso sí, replicó el Velludo, y cualquiera á quien yo admito en mi partida es muy capaz de romper una lanza con el mejor de tu compañía.

—¿Con el mejor de mi compañía! respondió el aragonés sonriéndose, y volviendo á Usdrobal continuó: ¿sabes montar á caballo?

—Como un moro granadino.

—¿Enristras bien una lanza?

—No sé quién eres, pero si quieres saberlo por tí mismo, me remito á la prueba, y no hay mas que hacer.

—¿Puede! replicó con calma el aventurero. Dí, Velludo, ¿qué te parece de lo que dice este almogarabe?

—Que dice bien, replicó el capitan, y que es muy capaz de hacer lo que dice; pero ven acá, niño, continuó hablando con Usdrobal, ¿qué ventolera te ha dado de dejar tan pronto mi compañía?

—¿No soy yo libre de hacer lo que mejor me convenga? preguntó Usdrobal.

—Sin duda eres libre; pero sabes que pierdes mucho en dejarme, primero porque aquí conmigo no tienes mas jefe que á mí, y en entrando en el cuerpo de aventureros tendrás mil que no lleguen á la suela de mi zapato.

—¿Pasito, amigo, pasito! replicó el aragonés; tú y yo nos conocemos y basta.

—No hablo por tí, continuó el Velludo; y además, como iba diciendo, sabe que este raton, si toca este cuerno, y señaló al que llevaba á la espalda, reúne en veinte y cuatro horas mas de mil valientes bajo sus órdenes, á quienes paga con mas rumbo que puede pagar en su vida el mismo rey en persona.

—Todo eso tambien lo sé, replicó Usdrobal, y yo siempre os respetaré; pero por ahora he determinado sentar plaza de aventurero, si me admiten, en las lanzas de ese castillo, y faltaria á un voto que he hecho sino cumpliese mi resolucion.

—Pues hijo, á mí no me haces falta; Dios te guie, y para que veas que te quiero bien, este amigo es el jefe de la compañía, y el que te ha de admitir en ella.

—A mí me basta tu recomendacion, repuso el aragonés; la estatura no es mala, es mozo, parece robusto, añadió mirándole con despacio, y justamente está vacante la plaza de un buen muchacho que antes de ayer bebiendo conmigo, por broma le fuí á dar de pla-

no con la espada y la rajé la cabeza hasta la barba sin querer de una cuchillada. ¡Un buen muchacho!

—Pues sí, amigo, yo te le recomiendo, respondió el capitán, y adios, que voy á recoger mi partida: Adios, Usdrobal.

—No, eso no; cuenta con lo que se habla, y trae la bota antes de que te vayas, dijo deteniéndole el aragonés, que estoy seco de hablar, y este muchacho no se ha de separar de tí como si fuera un nadie.

—Y mucho menos sin despedirme de mi piadosísimo maestro, añadió Usdrobal.

—Pues entonces venid conmigo, respondió el Velludo, y si han dejado algo lo beberemos en buena paz y compañía.

Diciendo así llegaron al corro, y hallando la bota bastante provista, empinaron el codo hasta vaciarla, y Usdrobal se despidió de sus compañeros.

Zacarías lloró, gimoteó, y le rogó que no abandonase la paz del desierto por los placeres mundanos; los demás camaradas no mostraron la mayor pena por su partida, y aunque las libaciones fueron copiosas, todos se pusieron en pié al echar el último trago, y el Velludo se despidió de su amigo el aventurero y de Usdrobal, retirándose con su gente, mientras estos volvieron paso á paso al castillo.

Poca bebida era aquella para hacer dar traspiés al aragonés, que tocante á vino era una cuba sin fondo, y cuando mas llegaba á ponerse alegre; pero aquel día habia recibido un amigo íntimo, y su lengua, algo

trabada, se resentía del fino agasajo que le habia hecho, por lo que todo el camino vino hablando á Usdrobal acerca de sus deberes.

—Sí señor, decia, la sibordunacion, y la disciplina, y buen empuje cuando se trata de enris... enris..., enristrar lanza.

—No tengais cuidado, que no me quedaré atrás, respondió Usdrobal interrumpiendo un romance que venia tarareando entre dientes.

—Está bien: porque el hombre ha de ser mulo, y cuando llegue el caso un trago de vino y á ellos.

Con esta conversacion entraron en el castillo, donde Usdrobal fué alistado en la compañía, y le dieron las armas del difunto á quien habia relevado, que él se vistió, muy contento de verse ya hombre de armas, y sobre todo de estar cerca de la hermosa Leonor, decidido á favorecerla en todo, y libertarla si fuese necesario á costa de su propia vida.

Capítulo XIV.

Tanto, que dije entre mí:
 ¿Todo el mundo se me atreve?
 ¿Tan dejada te parezco?
 ¿Eres tú tan insolente
 que aunque me prometas reinos
 mis favores te prometes?

(Romancero.)

I.

Ya hacia ocho días que estaba Usdrobal con sus aventureros, muy apreciado de todos ellos por su ánimo resuelto y humor alegre, su semblante franco y natural descaro, habiéndole hecho hallar muchos amigos en el castillo.

Estas amistades en tan breve tiempo no parecerán extrañas al que haya vivido algún tiempo entre militares, donde la franqueza y familiaridad del trato hace que la amistad se estreche é intime casi á primera vista; pero mucho ménos raro parecerá, si trasladándonos á aquellos tiempos en que ser valiente era la cualidad única que se exigía para ser estimado

de todos, consideramos que tanto los compañeros de Usdrobal como los demás habitantes de la fortaleza eran hombres que se pagaban más de un rasgo de resolución y un trago á tiempo, que de una acción filantrópica, viendo en cualquiera de estas dos cosas todo lo que necesitaban para elegir un amigo.

La mayor parte de los soldados aventureros no tenían nada que echar á Usdrobal en cara, porque si éste había dejado el ejercicio de bandolero para tomar aquel, ellos habían tenido otros oficios en su vida de igual especie ó peor, toda la compañía, siendo generalmente compuesta de hombres sin oficio ni beneficio, extranjeros, mercenarios y desertores.

Usdrobal, siempre fijo en su empresa de salvar á Leonor, que era el principal intento que le había traído á hacerse hombre de armas entonces, no desdenó la amistad de ninguno, y al contrario, puso de su parte cuanto pudo para granjearse la de muchos más, pensando, como general prudente, en hacerse aliados dentro de la misma plaza que pretendía embestir, antes de ponerla sitio.

Con este fin, y valido de su flexibilidad de carácter, bebía con los unos, hablaba con los otros, y se mostraba generoso con todos, gracias al dinero que le valió su estancia con el Velludo, sin descuidarse al mismo tiempo en ir reconociendo el terreno, visitar la fortaleza, y siempre tratando de averiguar dónde estaba detenida la hermana de Hernando, deseoso de verla y comunicar con ella sus planes.

Pero á pesar de su vigilancia y buen deseo, sus esfuerzos tocante á este punto no hubieran producido acaso ningun resultado, si los celos y el despecho de una mujer vengativa no hubiesen venido justamente á favorecer sus proyectos.

II.

Zoraida, más irritada que nunca contra Saldaña, habia sabido ya, gracias al paje que no se habia descuidado en decírselo, quién era una de las prisioneras, y más interesada que nadie en hacerla desaparecer del castillo ántes que Sancho se recobrase enteramente de sus heridas, no habia cesado de meditar un punto desde entonces el modo de cumplir su deseo.

Su conocimiento de todas las comunicaciones secretas, escaleras ocultas etc. de un castillo en que habia pasado tantos años, las riquezas que poseia, y sobre todo su audacia y carácter emprendedor, hacian de ella el mejor aliado que Usdrobal podia desear, y que su buena suerte le proporcionó.

Sabia muy bien Zoraida que de todos los servidores de Saldaña, los más fáciles de sobornar con dinero y más aptos para aquella empresa, eran los aventureros, y ya más de una vez habia tratado de descubrir á alguno de ellos su plan, puesto que su poca influencia con el señor de Cuellar habia disminuido su crédito entre aquellas gentes, y esta consideracion hubo de contenerla algun tiempo.

Muchas veces habia ojeado los individuos de la compañía, buscando entre ellos alguno á quien confiarse, y aunque la muestra y apariencia de todos los manifestaba muy capaces de tomar á su cargo cuanto bueno ó malo se les encomendase, esto mismo la hacia dudar, temiendo que, si la descubrian, su venganza quedaria sin cumplirse, y Leonor para siempre en poder del señor de Cuellar.

Con todo, ya habia observado á Usdrobal, y los ojos de lince de los celos la habian hecho en parte descubrir sus intenciones, habiéndole oido hacer varias preguntas acerca de la habitacion que ocupaba la prisionera, que aunque hechas al parecer con indiferencia, y solo como por mera curiosidad, Zoraida las imaginó sospechosas, y mucho más cuando, informada de que era un soldado nuevo, no pudo ménos de figurarse que en aquel hombre de armas estaba disfrazado acaso el amante de Leonor, que se habia alistado aventurero con el fin de salvarla.

Este pensamiento, y más que todo la buena cara y modales naturalmente francos de Usdrobal, acabó de engañarla, afirmándola en la idea de que siendo el amante oculto de dama tan principal, tenia de ser caballero, no pudiendo ménos de serlo un hombre de continente tan desembarazado y fisonomía tan resuelta, por lo que más animada que nunca se decidió á hablarle en secreto, y asegurarse de este modo si era ó nó cierta su presuncion.

Por su parte Usdrobal no habia dejado de infor-

marse de quién era aquella extranjera tan bella que parecia tan triste, y no faltó tampoco quien le contase lo que deseaba, y punto por punto le refiriese sus amores con Saldaña, y los desdenes que ahora sufría.

Esta narracion le originó el pensamiento de aliarse con la hermosa mora, pensando, con razon, que sin duda, movida de sus celos y por su propio interés, habia de desear con ánsia verse de cualquier modo libre de su rival, y que su proposicion de alianza para este caso sería aceptada con gusto.

III.

Muchos deseos tenia de hablar y franquearse con ella, y aunque la prudencia tal vez exigia que él no fuese el primero en romper la baya, como esta cualidad no era la que más brillaba entre las que Usdrobal poseia, lo hubiera ya hecho á no mediar, á su parecer, una consideracion que le irritaba y afligia al mismo tiempo.

No sabiendo si Leonor amaba ó no á Saldaña, y no pudiendo por esto contar con su voluntad para el proyecto que meditaba, traíale pensativo esta idea, y á veces hasta le ponía tan furioso como si él la amara verdaderamente, y celoso de ella desconfiase de su constancia.

Pero cuando ya tranquilo se detenía en pensar en los medios de que el de Cuellar se habia valido para

poseerla, en el odio que habia oido decir se profesaban las dos familias, y en la fama que tenia Saldaña en aquellos contornos, su ira se aplacaba y su pesadumbre se desvanecía, conociendo cuán poco fundadas iban sus conjeturas, y asegurándose cada vez más en que el servicio que trataba de hacer á Leonor era en aquellas circunstancias el que más le agradeceria.

No obstante, deseaba verla, y ya algunas veces habia intentado penetrar en su estancia; pero ésta, colocada precisamente en el primer tramo del edificio, y á la otra parte en el fondo, estaba vigilada por los servidores más leales de Saldaña, quien al momento que supo el nombre de su prisionera, lleno de gozo habia nombrado los que la habian de guardar, con orden de no dejar acercar á nadie sino á su paje favorito y á las damas que la sirviesen. Añadíase además, que Usdrobal, que no sabia fijamente la habitacion y no queria hacerse sospechoso, miraba como otros tantos espías suyos á cuantos subian y bajaban por la escalera principal, única que él conocia que condujese hasta allí.

Enojado con tantas dificultades no sabia qué hacerse, aprobando y desechando cuantos recursos le ofrecia su imaginacion, mas por miedo de empeorar la situacion de Leonor que por temor de su vida, aunque sabia que Saldaña no tardaria más tiempo en mandarle despedazar vivo que el que tardase en conocer su intencion.

IV.

En esto estaba, cuando un día á tiempo que se paseaba por un corredor, solo, mirando á un lado y á otro por ver si descubria algun secreto pasadizo ó escalera que le llevase adonde queria, sintió que le tiraban suavemente de un brazo, y volviendo á ver quién era, vió una niña de poco más de diez años, que en lengua árabe y con señas muy espresivas le suplicaba que le siguiese, que le tenia que comunicar un secreto.

Era Usdrobal demasiado amigo de aventuras para que dudase en seguir la que se le presentaba, y aunque avisos de aquel género eran en los castillos de aquel tiempo señales de dicha á veces, y muchas otras de muerte, lo que él ménos pensó fué en lo que podia sucederle, dispuesto á arrostrar cualquier peligro, y pronto á todo con tal de satisfacer su curiosidad.

Como Usdrobal no conocia bien la lengua en que hablaba la niña, ni le preguntó nada, ni se detuvo un momento, sino embrazando su espada siguió con ligereza los veloces pasos de la esclavilla, que despues de haberle hecho subir por una escalerilla de caracol muy estrecha, cortada en el mismo muro del edificio, que conducia á uno de los torreones que flanqueaban la fortaleza, le hizo atravesar una galería muy oscura, abrió despues una puerta, y quedándose ella afuera para que él entrase primero, Usdrobal se halló co-

mo por encanto en una habitacion soberbiamente adornada.

V.

Una mujer pálida, y en cuyas mejillas se marcaban aun los surcos que habian formado lágrimas muy recientes, estaba sentada sobre dos almohadones moriscos, cubierta de una almalafa de seda, cuya capucha caida dejaba ver su rostro, que tan magestuoso como afligido, inspiraba á un mismo tiempo el respeto y la compasion.

Usdrobal conoció en ella á la hermosa mora á quien habia visto algunas veces, y de cuya historia ya le habian informado, y habiéndola saludado respetuosamente, quedó en pié y á cierta distancia, aguardando para romper el silencio, á que ella hablase primero.

Zoraida estuvo un rato callada como dudando el giro que daria á su discurso, y no sabiendo como empezar, alzó en seguida los ojos, y habiéndole echado una mirada de curiosidad, sin duda con intencion de leer en su corazon y penetrar de este modo el misterio que á su parecer se escondia en aquel jóven, con acento tranquilo, aunque melancólico, dijo:

—Aunque el puesto que ocupais en este castillo os hace parecer á los ojos de todos solo como un simple soldado, yo no puedo ménos de creer que vuestra sangre es ilustre, y que vos sois otra cosa de lo que aparentais:

—Mi sangre, señora, respondió Usdrobal, puede ser la sangre de un rey, ¿quién sabe? porque yo no he conocido á mis padres, y en cuanto á mostrar otra cosa que lo que soy, puedo aseguraros que aunque no muy viejo, he corrido ya tantas aventuras, que muchas veces hasta yo mismo me desconozco.

—¿Pero vos sois caballero, preguntó Zoraida, no es cierto?

—Si no lo soy, repuso Usdrobal, me siento capaz de serlo, y estoy pronto á acometer la empresa más árdua de que pudiera un caballero gloriarse.

—No me he engañado, dijo la mora, que dió por cierta su conjetura al oír el tono altivo que usaba Usdrobal en su espresion; no me he engañado, y os aseguro que quien quiera que seais, podeis hablar francamente conmigo. Yo soy una mujer, y una mujer sin ningun auxilio en el mundo; vivo, por decirlo así, sola en el universo, pero mi alma es noble, y mi corazon es tan vengativo como generoso. Vos deseais quiza tomar venganza de otros agravios, yo de los míos; tal vez nuestro enemigo es uno mismo; reunamos nuestras fuerzas y conspiremos de mancomún contra él. Si sois un caballero, os bastará que una mujer desgraciada os reclame por su defensor; si sois villano, riquezas tengo, podeis disponer de todas.

—(Pues señor, bien va el negocio, prudencia. Si estuviera aquí mi maestro, pensó Usdrobal, no dejaría pasar en blanco esta palabra; pero ya que esta mu-

jer me cree caballero, portémonos como tal.) Yo, señora, continuó dirigiéndose á Zoraida, no comprendo bien vuestro discurso, y os suplico que si no lo tomáis á mal, os espliqueis más claro: vuestra situación me mueve á favoreceros, y así no teneis nada que disfrazar. En cuanto á las riquezas que me ofreceis, os las agradezco, porque soy más amante de la gloria que del dinero.

—No os ocultaré nada, replicó Zoraida, siempre que me deis vuestra palabra de caballero, pues sin duda lo sois, visto vuestro proceder generoso, de no comunicar á nadie lo que os dijere, caso que no queráis ser cómplice de mis designios. Dádmela, y acaso no sentireis tenerme por aliada.

—Yo os doy la palabra más sagrada, repuso Usdrobal, que un caballero pudiera dar, y os prometo cortarme la lengua antes de que ella revele á ningun viviente vuestro secreto, cualquiera que sea, aunque fuese vuestra intencion asesinar á mi mismo padre si lo tuviera.

—Me basta, respondió la mora; voy á abriros mi corazon. El señor de este castillo fué en otro tiempo mi amante; ahora es mi mayor enemigo. Me ha despreciado, me ha humillado, se ha olvidado enteramente de mí, y yo le he amado como nunca se amó, y he desoido la voz de mi orgullo más de una vez para perdonarle. Yo he sufrido sus desprecios sin dar siquiera una queja, le he visto apartarse de mí y sola con mi dolor, tal vez he tenido compasion de su tris-

teza olvidándome de la mia; mis lágrimas han corrido en silencio, mi amor por él he sentido que se aumentaba con su desden, y léjos de pensar en vengarme de su inconstancia, me he esforzado á hacerme mas agradable á sus ojos, á consolarle, determinada á sacrificar mi vida por hacer su felicidad. Si, yo estaba determinada á morir; lo estoy ahora mismo más que nunca, pero vengada. Nuevos ultrajes, horribles insultos, insufribles celos han venido ahora á amargar con su ponzoña mi corazon, y él va á ser feliz en brazos de otra mujer. ¡Oh! no. El dividió conmigo sus placeres en otro tiempo; él me ha hecho hartarme de hiel; justo, muy justo es que los dos ahora agotemos juntos hasta las heces la copa de la amargura. No, no; se engaña, si mientras yo viva, cree el infame con los halagos de otra mujer disipar los tormentos que le abrumen; Zoraida se los hará sentir más crueles; ¡nunca mujer ninguna, ninguna, los calmará con sus caricias!!! Pero esto para vos es nada, continuó mas tranquila; vos ni nadie en el mundo pueden volverme la paz; nadie calmará nunca mis sufrimientos; todo lo mas que puedo esperar de vos es que ayudeis mi venganza. ¿Que importa? es bastante; ¿conoceis á Leonor de Iscar? ¿Sois acaso su amante?

—Soy, señora, respondió Usdrobal, cuya alma sensible habian conmovido las palabras de la hermosa mora; soy quizá el hombre que más culpa tiene de que esta dama esté ahora prisionera y en poder de vuestro enemigo. Soy quien sin saberlo la traje al punto en

que ahora se vé; pero ya, arrepentido de lo que hice, estoy resuelto á morir ó á libertarla, y nada habrá, por peligroso que sea, por difícil que parezca de superar, á que no me arroje y que yo no arrostre, siendo esta la pena que me he impuesto por el delito que cometí. Acepto con gusto vuestra oferta, y desde ahora juntos formaremos nuestro plan y juntos lo pondremos en planta: digo que acepto tanto más gustoso vuestra alianza, cuanto que solo y sin conocer este castillo, mi empresa hubiera sido más perjudicial á esa dama que provechosa, puesto que tampoco hubiera cedido yo un punto en llevarla adelante por temor del riesgo que podia correr. Hablad, señora, disponed de mí; mi brazo y mi corazon son vuestros, y con todo, antes que dispongais cosa alguna, haced de modo que yo hable un momento con ella, solo un instante; es quizá lo más esencial.

VI.

Zoraida quedó un momento pensativa ingeniando cómo Usdrobal pudiese ser introducido donde habitaba Leonor, movió la cabeza varias veces como aprobando ó desaprobandando sus propios pensamientos, y dijo:

—Todos los secretos de este castillo, y particularmente los de la estancia que habita Leonor, me son muy conocidos. Allí he vivido yo en dias más felices;

allí era mi paraíso; allí pasó una parte de mi vida como un sueño venturoso entre delicias y amores, y halagada de la esperanza más lisonjera. ¡Ah! ¿Por qué no fué eterno mi sueño? Sí, yo conozco todo lo que allí hay; pero aunque sería fácil llegar hasta allí sin ser visto, para hablarla sería preciso que os vieran, y entonces era tiempo perdido. ¿Cómo haremos?... Yo habia pensado valerme de vos para que sorprendiéseis de noche á los que la guardan, introduciéndoos en la habitacion por una escalera oculta; pero para que la hableis sin que ella esté avisada y no os vean, no hallo medio. Vos decís que es lo más esencial; yo creo lo más esencial que sea pronto. Si Saldaña, que está casi recobrado de sus heridas llega á ir á verla, y Leonor accede á sus deseos y se entrega á su voluntad, no conteis ya con salvarla, continuó con furor; no, porque entonces yo misma la asesinaré.

—Es imposible, repuso con calor Usdrobal, que Leonor no aborrezca á un hombre tan endiablado.

—¡Ojalá! respondió la mora. Teneis razon en lo que decís; y á pesar de todos sus defectos, ¿no le amo yo? ¿Por qué otra no podria amarle?

Aquí llegaban de su conversacion, cuando la esclava avisó á su señora que el primoroso Jimeno pedia licencia para entrar á hablarla.

—Amigo, dijo entonces Zoraida, vienen á interrumpirnos; retírate y no te alejes, porque quisiera verte despues.

VII.

Usdrobal la saludó con respeto y salió de la sala atónito de la energía de aquella mujer, y muy gozoso de su aventura.

Al llegar á la puerta halló á Jimeno que iba á entrar, y que le echó una insolente mirada de arriba abajo como extrañado de verle allí, y á que Usdrobal contestó con otra que manifestaba no ménos altivez y desprecio.

—¿Qué tal? se dijo á sí mismo el paje; para el tonto que fie en mujeres. Este será algun capricho de Zoraida; algo grosero es para preferirlo á un hombre como yo; pero ahí está el caso, probar de todo.

Diciendo así se estiraba la gola, alisaba los pliegues de su justillo, y repasaba minuciosamente su tocado, disponiéndose á presentarse delante de una mujer á quien trataba de cautivar con sus gracias el presuntuoso, y como casi seguro de su triunfo, entró arreglándose el bigotillo rubio que empezaba á cubrirle el lábio, con pasos muy medidos y elegantes y fingiendo la tristeza conveniente á la que, segun él, tambien aparentaba la mora.

Esta correspondió con una ligera inclinacion de cabeza al gentil saludo de Jimeno, quien despues de las generales de entrada se sentó frente de Zoraida, en uno de los bordados cojines que rodeaban la sala, con muestras de pesadumbre, ya mirándola dulcemente, y

ya bajando los ojos con fingido rubor, como si tuviera algun secreto que le fatigara, y su timidez, cortándole la palabra, le impidiera comunicárselo.

El orgulloso continente de Zoraida parecia haber recobrado toda su majestad delante de un hombre á quien ella estaba acostumbrada á mirar como un simple vasallo, y vuelto el rostro á otro lado, ni aun se dignaba contestar con una mirada á las ojeadas humildes y amorosas del paje, que sentado como estaba, parecia al mismo tiempo estudiar las actitudes más amables y caballerosas para agradarla.

—¿Qué causa os ha traído á verme? ¿Teneis alguna noticia que darme? preguntó la mora sin volver siquiera la cabeza á mirarle, y con el acento más desdenoso.

—No sé, respondió el paje no sin malicia, aunque con tono sumiso, si he llegado en ocasion y hora en que vos hubiérais deseado que nadie os interrumpiese; pero nada os extrañe que yo cumpla con mi primer deber viniendo á presentar á vuestros piés el homenaje debido á la reina de la hermosura.

—Jimeno, replicó Zoraida, vuestro lenguaje afectado me incomoda; esas intempestivas y miserables galanterias usadlas con las mujeres á quien pretendais agradar y que se paguen más de palabras que de los verdaderos sentimientos del corazon.

—Veo, señora, respondió el paje, que no quereis perdonarme la interrupcion que he tenido la desgracia de causar, sin querer, con mi venida tan poco á

tiempo. Cuando la imaginacion está ocupada de otros objetos, y acaso se acaba de oir el lenguaje del corazon, la vista más agradable nos fastidia, y las palabras más dulces y lisonjeras nos parecen frias, insulsas, si las comparamos á las que acaban de halagar nuestro oido. No me extraña, en efecto, que llameis intempestiva mi galanteria.

—Vos sois insolente, Jimeno, respondió Zoraida con majestad; esplicaos, aclarad esas suposiciones que vuestra malicia...

—Respeto mucho, contestó el paje sin desconcertarse en el mismo tono, los secretos de las damas, y mucho más cuando no tengo ningun derecho para saberlos. Vos, supongamos, cualesquiera que sean los vuestros, ¿qué razon ni qué facultades tengo yo para entremeterme en ellos? Conozco el motivo de vuestros pesares y las injusticias que estais sufriendo. ¿Qué tiene de particular que trateis acaso de consolaros y de vengaros al mismo tiempo del único modo que una mujer se puede vengar? No que yo crea...

—Basta, Jimeno; al momento salir de aquí, repuso Zoraida levantándose con dignidad; aún no me juzgo tan infeliz que esté en el caso de sufrir los insultos de un miserable vasallo del señor de Cuellar.

—Perdonad, señora, respondió el paje inclinándose delante de ella con un movimiento fino y como arrepentido de su ligereza; no os irriteis con un hombre que no sabe lo que dice, agitado como está de mil sentimientos diversos y de la pasion más loca; no os al-

tereis: permitidme que os haga una sola pregunta, y me retiro.

VIII.

Conocia muy bien Jimeno la situacion de Zoraida, que ya en el castillo conservaba el solo el prestigio de lo que fué, y estaba espuesta á la desvergüenza del soldado más infimo, ya sin apoyo ni valimiento alguno, la poca consideracion que le quedaba, consistiendo solo en el dominio que habia ejercido sobre Saldaña, de quien ya sabian todos que era entonces aborrecida.

No era el paje tampoco tan generoso que respetase la desgracia cuando se trataba de su propio interés, ó de callar un chiste malicioso; pero aunque, como la mayor parte de los hombres viciosos, para él todas las mujeres fuesen iguales, tocaba esto á su virtud, y no al genio de cada una, por lo que conociendo el astuto paje demasiado bien el imperioso carácter de Zoraida, y prometiéndose hacerla su conquista para agradar su amor propio, y satisfacer asimismo su liviandad, cuando la vió enojada varió al momento de camino, y mostrándose arrepentido de lo que habia dicho, tomó el tono del rendimiento en vez del de la ironía.

—Jimeno, respondió la mora, os conozco acaso demasiado bien; no me puedo quejar de vos, y habeis tenido ó fingido tener lástima de mis desgracias; pero no sé por qué, á pesar mio, no puedo agradeceros el interés que habeis tomado por mí: vuestras palabras hoy

han sido tan insufribles y altivas, como en otro tiempo eran adulatoras y bajas. Tal vez vuestra pregunta me descontente; con todo, no importa, hacedla; la sufriré en pago de los servicios que me habeis hecho, y aun puede ser que os responda.

—(Yo te bajaré ese orgullo, pensó el paje.) Siempre he sido y seré, continuó en alta voz, vuestro amigo y vuestro defensor; siempre os he defendido, y aun me he atrevido por vos á contravenir á las órdenes expresas de mi señor; ahora mismo, más que nunca, estoy dispuesto á todo por agradaros. ¡Cuántas veces he reconvenido á Saldaña de su inconstancia, y le he tachado entre mí mismo de hombre de poco gusto, cuando desdeñaba tanta hermosura, y virtudes tan raras en vuestro sexo!

—Haced vuestra pregunta, replicó Zoraida, y no repitais tantas veces que soy desdeñada de nadie. Decid lo que querais sin volver á esa charla insignificante, usada solo en este país de mentira, y de hipocresía.

—Está bien, y puesto que, repuso Jimeno, me lo permitis, perdonad mi impertinente curiosidad, y decidme quién es ese soldado jóven que vuestra esclava hizo salir de este cuarto al momento en que yo iba á entrar.

Zoraida no pudo ménos de turbarse al pronto no sabiendo que responder, mientras el paje, con los ojos bajos y al parecer sin mirarla, no dejó escapar la sensacion que su pregunta le habia causado,

y que él atribuyó á motivos muy diferentes de los que realmente eran. Zoraida no obstante se recobró al punto, y repuso con altivez:

—A nadie en el mundo tengo que dar cuenta de mis acciones; el hombre que poseía ese derecho, me ha dejado libre y señora de mi voluntad. Y bien, es un soldado que yo he hecho llamar para hablarle de cosas que me interesaban. ¿Estais satisfecho.

—Me basta, replicó el paje con su acostumbrada malicia, soy discreto, y habeis hecho bien en hablar-me con confianza. He entendido y me voy: podeis hacerle llamar.

Diciendo así, hizo muestra de salir de la habitación.

IX.

El rostro de Zoraida se encendió de repente, arrebatada de cólera contra el vil que la sospechaba, y aunque se esforzó á contenerse como mejor pudo, parecia como se suele decir; que le iba á deshacer con los ojos.

Mas el temor de perder quizá el único apoyo que le quedaba, le obligó á sujetar su furia en su corazon, quedando inmóvil delante de él sin querer dejarle ir, ni acertar á detenerle tampoco.

Jimeno conoció la lucha en que se hallaba su alma, y como él se juzgaba muy superior á Usdrobal en todo, no dudó que le seria fácil triunfar, atribuyendo el

supuesto capricho de la hermosa mora más á un movimiento de venganza que á una pasión naciente.

Volvióse, pues, á ella, tomó otra vez su apariencia cortés y respetuosa, dijo:

—Siento retirarme dejándoos enojada conmigo. Pero teneis razon, y conozco que me he propasado. Soy franco, no obstante, y digo que á la verdad siento que un hombre de nacimiento tan bajo... Perdonad, señora, yo me retiro, y á pesar de todo creed que seguiré siendo como hasta aquí vuestro fiel amigo y vuestro defensor más acérrimo. Cualquier favor, cualquier servicio que exijais de mí...

—Jimeno, interrumpió la mora, estais acostumbrado á pensar mal de las mujeres, y así no es extraño que penseis mal de mí. ¿Creeis que ese soldado es mi amante! Podeis creer lo que querais, pero al ménos, prosiguió reprimiendo sus lágrimas, al ménos no me insulteis.

—Sirvan de disculpa mis pocos años á mi indiscrecion, repuso el paje fingiéndose enternecido, y perdonad á un hombre que os adora, añadió arrojándose á sus piés, que os mira como su único bien, unos celos sin duda mal fundados, pero que son señales de la verdad con que os amo.

—Levantad, Jimeno, del suelo, respondió Zoraida con ceño, que perdeis el tiempo en mentir.

Alzóse el paje mirándola con asombro, indignado interiormente de sus razones, mientras la hermosa mora, puesto entre sus lábios el índice de la mano iz-

quierda y clavados los ojos al suelo, parecía profundamente ocupada de algun proyecto.

—Jimeno, le dijo al cabo de un rato de silencio, si no teneis mala voluntad á una mujer que nunca os dió motivo de enojo, si sois tan noble de corazon como os jactais de serlo por vuestros antepasados, creo que no sereis capaz de faltar á la confianza que de vos se haga.

—Y mucho ménos, repuso el paje, á la que vos me juzgueis digno de merecer. El fuego inextinguible en que esos hermosos ojos...

—Basta, Jimeno, interrumpió Zoraida; os he dicho que no mintais, y que no me pago de insípidas galanterías.

—¡Galanterías! ¿Cómo podeis equivocarse el lenguaje del amor puro con el de la galantería; Zoraida, disponed de mí, hablad, confiadme vuestros deseos, y yo os probaré que es verdad cuanto he dicho.

—¿Teneis libre entrada en el cuarto de Leonor de Iscar?

—(Mia eres, Zoraida), pensó el paje, y hablando en alta voz, prosiguió: El conde me ha enviado varias veces á saber de ella, y á darla amorosos recados de su parte.

—¿Recados amorosos de parte suya? exclamó Zoraida con ira: ¿vos los habeis llevado? ¿Y qué le decia? ¿Y ella le respondia con cariño sin duda?

—Con cariño no, repuso el paje malicioso, pero...

—¿Qué? Acabad.

—Los oye al ménos con gusto, y siempre pregunta con cierto cuidado por su salud. Pero vos sois una rival temible, y ella...

—Por Dios, Jimeno, de una vez, de una vez acabad.

—Ella cree que el conde os ama todavia, á pesar que el jura que...

—Así, lentamente, Jimeno, repuso Zoraida con amargura, así, que cada gota de hiel de tu lengua amargue por sí sola mi corazon.

—¿Quereis por último que os lo diga? replicó el paje bajando los ojos y encogiendo los hombros; pues él jura y protesta que os aborrece.

—Lo sé, lo sé, replicó Zoraida con voz interrumpida por sus sollozos; sí, Saldaña me aborrece, y yo... yo tambien le odio con todo mi corazon, prosiguió con ira Zoraida; si me amas de veras, si tan siquiera te parezco bien, ayúdame en mi venganza, satisface mi resentimiento, y toda, toda yo seré tuya.

—¡Oh dia feliz! ¡Dia feliz! exclamó Jimeno: habla, di; mi brazo y mi corazon es tuyo; pronto estoy á vengarte, habla, y este puñal te vengará de Saldaña.

—Tú, contra tu propio señor...

—Zoraida, yo te adoro, replicó el paje.

—Júrame, respondió la mora, guardar silencio de lo que voy á confiarte: te creo falso, Jimeno, pero el deseo que tienes de mí, pienso que te hará leal. ¡Sahara! ¡Sahara! prosiguió, llamando á su esclava, que entró al momento en la estancia; dile á ese soldado que entre.

X.

Salió la esclava á llamar á Usdrobal, mientras Jimeno se decia á sí mismo:—Ya cediste Zoraida: ¡ay de tí si me engañas! Duró algunos minutos el silencio, y la hermosa mora, fijos sus penetrantes ojos en él, parecia querer leer en su alma. Jimeno no pudo resistir su mirada, y bajó dos veces los ojos, pero animado de su descaro volvió á alzarlos, y alargando su mano derecha hácia ella le dijo:

—Dame tu mano Zoraida, y recibe la mia en prueba de que despues que te vengue no se han de desasir nunca: dámela en prueba de que me amas.

—¡Qué yo te amo! replicó la mora: ¿y cuándo lo he dicho yo? Cuando tú me vengues seré tuya, sí, pero sin amarte.

—No importa, repuso el paje; estréchete yo solo una vez á mi corazon, palpíte yo de placer en tus brazos, y nada me importa que no me ames.

—Recibe no obstante mi mano, respondió Zoraida, en fé de nuestra alianza.

Tomó el paje la mano trémula de la mora y la apretó entre la suya, pero al ir á estampar en ella sus labios, Zoraida la retiró de pronto como avergonzada de su humillacion. En este momento se abrió la puerta y entró Usdrobal con aquel desembarazado continente que le era propio: el paje dió á atrás dos ó tres pasos

alejándose de Zoraida, y ésta se reclinó sobre los almohadones.

—Venid, caballero, le dijo; tenemos otro aliado, y vuestra empresa puede decirse segura; ya he hallado medio para que hableis á Leonor.

—¡Caballero! dijo á media voz el paje mirándole con desprecio; no me parece muy caballero el que vive en compañía de villanos.

—Sino fuera el respeto que se merece una dama, repuso Usdrobal, que habia entreoido lo que decia el paje, ya os hubiera yo dado á conocer que sino soy caballero, valgo tanto como el más.

—Con la lengua ó á traicion, replicó el paje, sin duda, como es uso de los de tu ralea.

—Jimeno, gritó Zoraida, ¿quereis ausiliar mi venganza ó no? ¿qué, venís aqui con miserables rencillas á enemistaros?

Estas palabras templaron el furor que se habia apoderado de los dos mancebos, é hicieron que el uno retirase la mano que sobre la cruz de la espada tenia, y el otro del puño de la preciosa daga que llevaba al cinto, y Zoraida continuó:

—Si hemos de llevar á cabo esta empresa, unámonos, tengamos paz y solo pensemos en ella. Motivos poderosos de amor quizá os hacen parecer lo que no sois, Usdrobal; pero aunque yo no quiera descubrir quién seais, sé positivamente que vuestra intencion es hablar con Leonor y sacarla de este castillo. Ninguno mejor que vos, Jimeno, puede favorecerle en su inten-

to, y si lo logra, si llega á arrebatársela para siempre á Saldaña, yo me doy por satisfecha de mi venganza.

—¿Y vos me cumplireis en ese caso lo que me habeis ofrecido?

—Si, repuso la mora; ó miriré, ó lo cumpliré; yo os lo prometo de nuevo.

—Está bien, replicó el paje: soldado, tú la hablarás ahora mismo. Sígueme.

En diciendo así, Usdrobal y Jimeno saludaron á la hermosa mora, que contestó con una inclinacion de cabeza, salieron del cuarto, y se encaminaron por desusados y ocultos pasadizos á la habitacion de la desdichada prisionera de Iscar.

Capítulo XV.

Padece, llora, experimenta y gusta
de tu llanto y dolor, muerte y tormento,
que es justo premio de venganza justa
un tal castigo para tal intento:
si hay cuchillo de fuerza mas robusta,
verdugo sea el amor de tu contento,
porque entre ese dolor, rábía y discordia,
aprendas á tener misericordia.

(Ber. Poema.)

I.

Abiertas aun las heridas, pálido, débil y apoyado en el brazo de su favorito paje, dejó Saldaña el lecho donde habia pasado diez dias esperando la muerte en la agonía de la desesperacion, y con pasos poco seguros se dirigió á la habitacion de Leonor.

Vanamente Jimeno y los cirujanos trataron de disuadirle de dar este paso, manifestándole el flaco estado de su salud, y el peligro que corria á cualquiera acaloramiento ó incomodidad que tomara.

—El mayor mal que me aflige, respondió el herido, no está en vuestra mano curarlo, y ninguna incomo-

didad puede haber que iguale al tormento de mi imaginacion.

Con esto, y viéndole resuelto á levantarse y á ir á ver á sus prisioneras, nadie osó oponerse á su voluntad, y el tétrico Saldaña, lleno el corazon de temores y esperanzas, envió recado de su visita.

II.

Entretanto Leonor, que habia hablado ya con Usdrobal, animada con la esperanza de salir de allí pronto, parecia más alegre que de costumbre, sabedora que habia un hombre que se interesaba por ella en donde ménos podia presumir encontrarlo.

Desde que se vió prisionera, rodeada de personas desconocidas y todas ellas indiferentes á su dolor, no habia tenido otro consuelo que sus lágrimas y las religiosas palabras con que tal vez confortaba su ánimo la generosa Elvira, que por fortuna se encontraba en la misma estancia con ella.

Pero esta mujer fanática, sin dejar ver su rostro á nadie, persuadida de que Dios permitia todo aquello en castigo de la falta que habia cometido dejándose ver de Leonor, rara vez se acercaba á hablarla, embebecida en sus oraciones y creida en que cometia un pecado, cuando movido su corazon por un sentimiento dulce, pero mundano, dirigia la palabra á su amiga.

No obstante, su natural ternura vencía á veces su fanática obstinacion, y buscando palabras con que aliviarla de sus pesares, proporcionaba á la doncella de Iscar los únicos momentos de dulzura que gozaba en su cárcel; cárcel decimos, si tal puede llamarse la estancia más elegante y mejor alhajada que habia en el castillo, puesto que, aunque privadas de libertad, todo era abundancia á su alrededor, y varios espaciosos jardines con ricos surtideros de aguas y poblados de sombríos árboles, á que daban las puertas de aquella estancia, les proporcionaban delicioso paseo, mientras las doncellas que las servian y algunos juglares se esmeraban en divertirla. ¿Pero qué vale el beber en oro y verse servido de mil esclavos atentos al menor movimiento del obsequiado cautivo, si al fin no puede pasar de un término prefijado, si no respira el aire puro de la libertad?

La mayor pena que abrumaba el corazon de Leonor, era entonces verse imposibilitada de asistir á su hermano, que tal vez necesitaba de su cariño y la nombraba á cada momento.

Esta idea no se apartaba un punto de su imaginacion; y el llanto que humedecia sus ojos con frecuencia, era más bien un tributo al amor fraternal que una prueba de la debilidad de su sexo.

Olvidada de sí misma, habia tenido mas alegría al hallar allí un protector, por la esperanza de llegar á tiempo para cuidar de su hermano viéndose libre, que por su propio interés, solo el temor de algun

infame atropello, haciéndole sentir por sí su cautividad.

En vano trataba de distraerla el juglar con sus cantos y sus historias, y la demás turba de historiadores que corrían en aquella época los castillos con sus músicas y bailes á la morisca.

La herida de su hermano no se apartaba de su memoria, y su situación y el atropellado amor de Saldaña no dejaban descansar un instante su corazón.

Elvira, encerrada á todas horas en un oratorio que allí habia, rara vez, como hemos dicho, humillaba hasta nuestro suelo sus pensamientos, todos ellos empleados en la contemplación de las cosas celestes.

Tal era, por último, el estado del ánimo de las dos amigas, cuando una de las mujeres de la servidumbre entró y anunció la visita del señor de Cuellar.

III.

Turbóse Leonor al oír su nombre, no hallando palabras con que dar el permiso que la pedían de parte del que podía visitarla sin él, y volvió el rostro á Elvira, que en aquella sazón entraba, habiendo oído las últimas palabras de la camarera.

—Decid, respondió ésta, al señor de Cuellar, que hace mal en pedir permiso para visitarnos, cuando tiene el suyo y el del demonio para cometer todo género de crímenes y de villanías.

—Señora, respondió la doncella, si yo doy ese recado, es bien seguro que el conde me hará castigar...

—Pero ¡ojalá Dios se complazca en perdonarte, oh Saldaña! prosiguió Elvira en uno de sus arrebatos de entusiasmo, sin atender á la respuesta de la camarera. ¡Ojalá, y que descargue sobre mí el peso de su ira, y cumpla yo de esa manera mis votos.

Diciendo así bajó la cabeza, cruzó ambas manos sobre el pecho, y pareció que elevaba al cielo alguna súplica por el pecador.

La doncella permaneció un momento delante de ella sin atreverse á interrumpirla; pero viendo que no debia esperar más respuesta, volvió á preguntar á Leonor, la que, vuelta ya de su turbación, dijo:

—Id y decidle que el cautivo está á merced del que le cautivó, y no es á él á quien toca conceder permiso cuando éste sólo lo pide por cumplimiento, sabiendo que nunca es agradable la presencia del amo para el esclavo.

Esta respuesta tuvo al fin que contentar á la camarera, la cual, muy de mala gana y temerosa, salió á llevársela á su señor.

Pero antes de que ella llegara, el lindo paje, que irritado de su tardanza habia ido con licencia de Saldaña á saber qué habia, se atravesó en el camino, y la camarera con muy buen cuidado en cuanto le vió descargó en él el peso de su comisión, contándole lo que habia pasado, y encargándole que fuese á referirlo á Saldaña.

—Reina mia, la dijo el paje con una cortesía burlesca, paréceme que vos quereis que meta yo el dedo en la lumbré y comeros vos las castañas... pero no... no os pongais colorada por eso: ¿qué no haria yo por una hermosa jóven á quien sólo la falta de una media docena de muelas y la sobra de algunos años puede hacer parecer un tanto desagradable?

—Insolente, deslenguado, gritó la camarera indignada de la verdad con que el paje la habia hablado, y murmurando un millon de maldiciones se retiró, dejando al desvergonzado Jimeno riéndose de su furia.

Quedó un momento en seguida algo pensativo el buen paje, y torciendo el camino en vez de volver adonde estaba su amo, de una carrera atravesó algunos corredores y desapareció.

IV.

De allí á poco se oyó su voz cerca de las habitaciones al oriente de la fortaleza, como si hablara con alguien á quien tratara de consolar, mientras que otras voces respondian y seguian la cuestion, al parecer con calor, segun se podia conjeturar por el tono vehemente y la precipitacion con que á veces resonaban en alto, y á veces se percibia apenas el murmullo de las atropelladas palabras.

Duró este diálogo solo un instante, se oyó cerrar una puerta con ímpetu, se sintieron los pasos de un hombre que corria por aquellos tránsitos, y poco des-

pues se vió al paje que volvía con la misma prisa que habia desaparecido.

Llegó en seguida adonde estaba Saldaña, y cambiando las palabras de la camarera, le dijo que Leonor no tenia dificultad en recibirle, siempre que como caballero ofreciese no abusar de su posicion.

—¡Consiente al fin en verme! exclamó Saldaña: ¡pero tiene desconfianza de mí! Cómo ha de ser! ¡harta razon tiene para desconfiar!

—Eso prueba que está ya medio rendida, replicó Jimeno; animaos, señor, que á buen seguro que no se os escapa esta vez.

—Si vuelvo á oírte hablar con esa irreverencia de la que no eres tu digno de besar el polvo que pisa, juro que te he de hacer arrepentir para siempre de tu indiscreccion.

—Perdonad, señor; yo no he querido ofenderla, contestó el paje; y bajó la cabeza en señal de sumision; pero una maliciosa sonrisa que pasó por sus labios daba al mismo tiempo á conocer el placer que sentia en incomodarle.

Con esto se asió de su brazo el herido para sostenerse, y meditando lo que habia de decir, llegó á la habitacion de las prisioneras.

Levantóse Leonor de su asiento, saludándole con dignidad: entróse en el oratorio Elvira sin descubrirse, y el paje acercó uno de los sillones detrás del herido caballero para que se sentase, hecho lo cual salió de la habitacion mientras este apenas osaba al-

zar los ojos, y parecia luchar dentro de sí con sus remordimientos y sin hallar palabras con que empezar.

V.

Sentáronse todos por último: hubo aún una pausa, hasta que el caballero alzó los ojos, y fijándolos en Leonor con cierta timidez, rompió por fin el silencio pronunciando con débil voz esta frase, que apenas fué inteligible.

—Yo os he agraviado, Leonor, y vos sin duda me aborreceis.

—Mentiria, repuso Leonor con firmeza, si no os dijera que vuestra conducta para conmigo es muy agena de un hombre que profesa la orden de la caballería. Vos habeis puesto en peligro mi honra, me habeis entregado á una horda de bandidos, y por último, me teneis ahora mismo prisionera en vuestro castillo, contra toda razon y justicia.

—Verdad es, Leonor; y así no podré nunca aspirar siquiera á merecer vuestra estimacion, replicó Saldaña algo más animado; pero si el amor puede disculpar mis errores: si los tormentos que padezco, y que vos sola podeis calmar; si el hastío con que vivo, la angustia que me acongoja y la desesperacion que me ahoga alcanzan una mirada de lástima de vuestros ojos; si, en fin, basta además mi arrepentimiento de

lo que os he hecho sufrir, creo que lejos de merecer vuestro odio, merezco siquiera vuestra compasion.

—Mi compasion: la teneis, Saldaña, replicó Leonor conmovida. ¿Quién habrá, que como yo os conozca, que no os compadezca? Vos, libre y poderoso, y yo cautiva, huérfana y ultrajada en este momento, me tengo mil veces por más dichosa que á vos; mi alma es inocente y mi corazon es puro; pero si estais de veras arrepentido, ponednos en libertad á mi amiga y á mí, y tal vez, si no está corrompido vuestro corazon, os cause un nuevo gozo hacer esta buena obra.

—Eso nó; ¡nunca! respondió Saldaña muy agitado; cien muertes antes, cien infiernos padezca yo antes que te separes de mí, Leonor. ¡Nunca! Yo besaré el polvo que pises, te serviré de rodillas, te adoraré como se adora á la Virgen que está en el altar.....

—¡Silencio, impio! interrumpió una voz suave, pero en acento terrible, detrás de Saldaña. ¡Silencio, y no profanes con tu boca de podredumbre el puro nombre de la Santa Madre de Dios!

Volvió Saldaña los ojos airados á ver quién era quien con tanto atrevimiento le interrumpia, y halló en pié á su espalda á Elvira envuelta en su almalafa como hemos dicho, que salia entonces del oratorio.

—¿Quién eres tú, le preguntó Saldaña con enfado, que te atreves así á insultarme? Mal haces si crees que ese disfraz que llevas te da permiso para abusar de esa manera de mi paciencia.

—Las amenazas, los tormentos, los más crueles

martirios, repuso Elvira, que puedas imaginarte, son para el penitente aureolas de gloria y nuevos soles que le guían en el camino escabroso de la virtud. Nada temo de tí, Saldaña, y todo lo temo por tí; mira un momento dentro de tí y te horrorizarás de tí mismo. Tu conciencia te remuerde; continúa guerra se hace en tu corazón; en él habita tu desdicha; en él se albergan el odio, la envidia, el temor, la rabia y la desesperación; sobre tu frente está grabada la marca del réprobo; mil maldiciones te abrumen, mil funestos recuerdos te acongojan, oro que toques te se volverá ceniza, y la flor más pura perderá su aroma y se marchitará tan solo con que tú llegues á olerla. Saldaña, el lobo hambriento que se expone á la furia de los pastores y los mastines, que en tiempo de nieves busca trabajosamente alimento para él y para sus hijos que le esperan con ansia en la camada, y que vuelve sin él mordido, fatigado y ahullando, es mil veces más venturoso, es mil veces más dichoso que tú. ¡Ah, Saldaña! Recuerda los primeros años de tu juventud, cuando era aún inocente tu corazón, recuérdalos y llora, llora lágrimas eternas de arrepentimiento.

—Mujer fantástica, replicó Saldaña, cuando yo me presente á dar cuenta á Dios de mi vida, sé muy bien el modo de disculparme, y aquí en la tierra el amor es harta buena defensa de mis mayores delitos. Sí, Leonor, prosiguió volviendo la espalda á Elvira; pero esta mujer tiene razón, nadie es más desdichado que yo; todos los hombres, en medio de su desgracia, tie-

nen algún dulce recuerdo que los halague, algún sueño de oro para el porvenir, alguna persona, en fin, que los ame y que lllore con ellos su desventura. Pero yo, Leonor, oidme, continuó con pesadumbre, yo no tengo nada, nada que me consuele; mis recuerdos eran penosos; negro y tormentoso contemplaba mi porvenir; ni una estrella, ni una luz, por débil y amortiguada que fuera, alumbraba mi peregrinación; todo era noche, todo era un abismo, un caos inmenso donde á cualquier parte que volvía la vista me hallaba siempre conmigo solo, solo y sepultado en la oscuridad.

Un recuerdo, dulce como el aroma de las flores, me quedaba aún; un recuerdo que podía traer á mi memoria sin horrorizarme ni estremecerme. Tú, joven hermosa, virgen pura; tú, á quien yo había amado ya cuando mi corazón era bueno; tú sola podías hacer mi felicidad; tú eras la llama de mi existencia; yo te veía en todas partes, para mí no había ya soledad, porque tú siempre me acompañabas. ¡Ah! Yo necesitaba de tí, de tí para que fueses el rocío de mi alma; pero tú me desdeñabas. ¿Qué me quedaba que hacer? Robarte para poseerte; ahora yo soy tu esclavo, ¿qué quieres de mí, dí, mi sangre? Estoy pronto á derramarla toda por tí, añadió arrojándose á sus pies. ¡Oh! dí que me amarás, dilo siquiera por lástima. El hombre que fuese al patíbulo cargado de crímenes y que más te hubiese injuriado, ¿no merecería de tí, si en eso le iba la vida, que le dijeras yo te perdono? ¿Y

para salvar mi alma de la eterna condenacion no me dirás yo te amo?

—¡Hermano mio! exclamó Elvira con entusiasmo, echando atras su capucha, y descubriendo el rostro: ¡yo te amo! ¡yo soy tu hermana, que te ama con todo su corazon! ¡Ah! sí, tú tienes necesidad de amor, y yo te ofrezco el mio, puro, amor de hermanos, lleno de ternura, de ilusiones y de verdad.

—¡Elvira! gritó Saldaña espantado y retrocediendo algunos pasos con susto. ¡Por Santiago! ¿eres tú Elvira? ¡Qué horror! ¡qué horror! ¡Eres tú, que has dejado la tumba para venirme ofrecer el amor de hermana! ¡Elvira!...

—No, exclamó Leonor, no es una aparicion; recordaos, Saldaña; es vuestra hermana, que se ha sacrificado generosamente por vos, que os ama, que ha llorado dia y noche por vos durante tres años en un desierto: ella os hará feliz; vedla, abrazadla, aconsejaos con ella; podeis todavia ser feliz: no lo dudeis. Yo no os aborrezco, y os perdono todo. Dejadme ir de aquí: mi hermano está herido. El cariño de vuestra hermana os hará completamente feliz.

—Elvira, exclamó con humildad Saldaña, perdóname.

—Pide á Dios tú perdon, no á mí, repuso Elvira con majestad: arrepíentete de tus crímenes, deja libre á esa mujer, y no vuelvas á pensar en ella, puesto que no es para tí.

—¡Oh! eso no, replicó Saldaña: ya es tarde para que

yo me arrepienta; mis súplicas han sido otras veces desoídas, y yo ya estoy condenado; ya es tarde, continuó con horrible desesperacion: no, yo no volveré á humillarme, yo no dejaré la prenda mas segura de mi felicidad, la gloria de mi vida, la mujer que tanta pena me ha costado tener conmigo, por un arrepentimiento sin fruto, que lejos de aliviar mis penas, hará que se redoblen, prolongando con ellas mi desesperacion: Leonor ya es mia, será mia, y ya es tarde para arrepentirme.

—¡Profanacion! ¡Blasfemia! exclamó Elvira alzando ambas manos al cielo.

—Pero otra voz resonó de pronto en la estancia, y todos se estremecieron.

VI.

—Ya es tarde, sí, repitió Zoraida entrando á deshora, desencajados los ojos, y trémula de furor.

Traía el cabello desgreñado y suelto, el rostro pálido de color de cera, y en su agitacion incesante y sus movimientos convulsivos parecia latir toda de cólera; sus miradas eran de fuego, y su estatura, que parecia realzada con la ira, le daban un aspecto hermoso, sí, pero imponente y terrible.

Quedaron todos suspensos: Leonor se apartó amedrentada, Elvira se persignó, y Saldaña se puso encendido de rabia, lanzando sobre ella miradas capaces

de infundir terror á otra mujer de menos ánimo que Zoraida. Pero ésta, sin titubear por eso, prosiguió:

—Sí, la maldición de tu Dios y del mio ha caído ya sobre nosotros dos. Mirame, Saldaña, y estremécete. Tú eres el alma condenada, y yo el demonio, que te atormento y te persigo; el demonio, que cuenta tus horas, que sigue tus pasos, que convierte en hiel el manjar mas dulce en tu boca, que te ha guiado en el crimen, que turbará tus placeres, que reirá junto á tí cuando sufras: mirame, tú me has abandonado, tu has querido alejarte de mí; pero en vano, porque yo estoy condenada á velar sobre ti para afligirte, ahora en la vida, y luego en la eternidad. No le ames, mujer, prosiguió dirigiéndose á Leonor, no le ames; su lengua es engañosa, su corazon es malvado, y él te engañará y hará del tuyo un infierno, como ha hecho del mio, y como hace que sea cuanto está junto á él; no le ames, si no quieres como yo hundirte con él en el abismo de su perdicion. Mira, yo era feliz, continuó con acento melancólico; yo era inocente como tú; como tú he sido robada; me amó, le amé, y ya fui viciosa, criminal y despreciable para todo el mundo. ¡Ah! y yo le amaba con más ternura que tú; yo le amaba como una madre al hijo que tiene al pecho, como la huérfana al hombre que le sirve de segundo padre, como una hermana á un hermano, como una mujer adora al ídolo, al Dios de su corazon. ¡El me ha despreciado, él me ha visto derramar lágrimas, y se ha mofado de mi dolor, y yo le amaba todavía, y yo le amo!

—¡Bruja de maldicion, calla! replicó Saldaña rechinando los dientes. Verdaderamente que tú eres el demonio que me persigue, pero yo te enviaré á los infiernos para que allá me aguardes, y me dejes al menos de atormentar en vida. ¡Mi daga! Por Dios que me he olvidado de traerla, continuó echando mano á su cintura, donde la llevaba ordinariamente. ¡Mi daga! ¿Y qué importa? ¡Mujer infame! entre mis manos te ahogaré.

—Teneos, Saldaña, gritó Leonor poniéndose entre él y la mora. ¿Qué vais á hacer? ¡Siquiera por mí, por vuestra hermana! ¿Vais á cometer otro asesinato? ¿Es accion digna de un caballero poner la mano en una mujer?

—Si tienes algun temor de Dios, detente, gritó Elvira, y acuérdate que con esas mismas manos que quieres ahogarla la has colmado de caricias impuras en otro tiempo.

—Ven, ven y despedázame, exclamó Zoraida, que no habia retrocedido un paso al verle venir hácia ella. Te engañas si piensas por eso libertarte de mí. Hiéreme, y abre tú mismo mi sepultura; hazla bien honda, bien profunda, sepúltame tú mismo, y arroja sobre mí un monte; mi espectro ensangrentado saldrá de allí; de dia me verás en los rayos del sol, en la sombra de cada árbol; oirás mi voz en el crujido de cualquier puerta, sentirás mis pasos detrás de tí; de noche en la luz sangrienta de la luna, delante de tí; yo vendré á tu cama, y perturbaré tus sueños; te despertaré,

y me verás, y mi mano fría con la muerte sentirás que te hiela tu corazón.

Aun más: yo evocaré las sombras de los que murieron por tu injusticia, la de tu padre. ¿Qué te amedrantas? ¡Con qué placer te veremos en la agonía, cuando juntos tantos espectros oigas el rechinamiento de dientes, y el crujido de huesos, y sus ahullidos, y los veas saltar en derredor de tu cama, en tí fijos sus ojos brillantes como ascuas, y sientas frío y temblor hasta en el tuétano de tus huesos!

—¡Oh! ¡basta! ¡basta! gritó Saldaña aterrorizado, dejándose caer sobre una silla medio exánime y sin aliento. ¡Jimeno, exclamó, sácame de aquí! Yo muero... Y dejando caer la cabeza, la debilidad en que estaba, y la agitación que había tomado, le causaron un parasismo, y quedó como muerto.

—¡Oh Dios! yo he causado su muerte, gritó la mora con el acento de la desesperación, y salió precipitadamente del cuarto.

VII.

Leonor y Elvira acudieron á socorrerle, y tomándole ésta una mano, sintió el frío de la muerte en la paralización de su pulso.

—¡Oh hermano mío! exclamó: ¡ojalá Dios te vuelva á la vida, y te dé tiempo de arrepentirte! Caiga su maldición sobre mí; yo te amo, hermano mío, vive tú, y muera yo por tí! ¡Oh! Sí, es un desmayo, él volverá

en sí. Tú volverás á ser virtuoso; tú tenías en tu infancia todos los gérmenes de la virtud en tu alma. El vicio la ha cubierto de sombras y de nieblas perpétuas. Pero escrito está que Dios no quiere la muerte del pecador.

Entró Jimeno al momento, acompañado de otros dos escuderos, y tomando el sillón en brazos le llevaron á su estancia, acostáronle en su cama, y habiéndole los cirujanos hecho volver en sí con algunos espíritus que le aplicaron á la nariz, encargaron el silencio y se retiraron.

Capítulo XVI.

Mendo

¿Como te has de resistir?

Blanca.

Con firme valor.

Mendo.

¿Quién vió
tanta dureza?

Mendo.

¡O que villanas crueldades!
¿Quién puede impedirme?...

García.

Yo.

(GARCÍA DEL CASTAÑAR: *de Rojas.*)

I.

Apenas habian retirado á Saldaña, cuando la celosa mora, pesarosa ya de lo que habia hecho, lloraba y lamentaba por él con la misma ternura que si hubiese perdido el único bien de su corazon.

Entró, pues, en su cuarto acongojada sobre manera y arrepentida, y sin poder sujetar sus lágrimas, llamó

á su esclava, que entró al momento á saber lo que tenia que mandarle.

—Corre, le dijo, pregunta si ha vuelto en sí el señor de Cuellar; vuela, y vuelve al momento.

Partió la esclava al punto: Zoraida se sentó pensativa, clavó en el suelo sus hermosos ojos, derramó algunas lágrimas, y prorrumpió por último hablando consigo misma:—¿Y que extraño es que me aborrezca? Si yo fuera mas dulce, mas humilde con él, acaso me amaria... Si yo le amara de veras, ¿no desearia yo su felicidad antes que la de ningun otro, primero que la mia? ¿Y por qué le he de martirizar? No, yo no le amo, ó el amor es solo nuestro interés. Sí, en vez de decir yo te amo, deberíamos decir yo me amo á mí misma tanto que te quiero esclavizar para mí. Saldaña, perdóname; he hecho mal en atormentarte, pero no me aborrezcas, ¡qué oiga yo en tus últimas palabras que me perdonas!...

Diciendo así, su corazon generoso habia olvidado ya los desdenes del caballero, y hasta se habian borrado completamente con él los zelos que poco antes le atormentaban.

Lloraba Zoraida, y lloraba lágrimas de compasion, sin ver en él otro hombre que su amante espirando por culpa suya en aquel momento.

Ella misma maldecia su furor, se tachaba de injusta, y solo deseaba que viviera, que viviera, y no mas, aunque no la amara, aunque se viera siempre despreciada por él, para no tener nunca que echarse en cara

á sí misma la muerte del hombre á quien, á pesar de todo, amaba con toda su alma.

La esperanza de lograr el amor de la persona amada es la última que abandona un corazón enamorado de veras, y á veces es tal la ilusión que se forma el amante, que halla en la más insignificante mirada representado un sentimiento que está solo en su corazón.

Zoraida, pues, encontraba medios de interpretar en favor suyo la misma conmoción que experimentaba Saldaña cuando la veía, y la indignación y la rabia que su presencia le causaba eran, á su entender, obra de los remordimientos que le traían los recuerdos de lo pasado, mas bien que fruto de su impaciencia y su odio, mas temerosa siempre de hallar indiferencia en él que de granjearse su aborrecimiento. Todas estas razones, si tal pueden llamarse los delirios de una pasión, hacían que ahora llorase de veras por el mismo á quien antes habia sofocado con sus maldiciones; pero esta dulzura, esta generosidad no debían ser de larga duración en su carácter, y mucho menos si algun mal intencionado atizaba con astucia la hoguera de sus celos.

Su corazón en este momento podia compararse á una nube de tormenta preñada de rayos, pero que herida del sol parece bordada de suaves colores, hasta que impelida del viento arroja al choque el incendio que ardía en su seno.

II.

No tardó mucho tiempo Jimeno en venir á verla, disfrazando su dañada intención con el cuidado de saber de ella.

Entró en su cuarto poco despues de la esclava que trajo la noticia de la salud del señor de Cuellar, caído y triste el semblante, los ojos algo llorosos y adornado con poco esmero, como si las penas que traía en su alma le quitasen el gusto hasta para vestirse.

No obstante, aunque la capilla corta que llevaba al hombro y lo restante del traje parecia puesto con desaliño, se notaba que habia más arte en aquel aparente descuido, cuando no tanto como pudiera haber empleado en acicalarse y pulirse.

—¡Qué desgraciada eres, Zoraida! ¡Y qué desdichado soy yo viendo lo que padeces!

Zoraida no respondió nada á ninguna de estas exclamaciones que el paje pronunció con aire teatral, y arrojando al mismo tiempo un suspiro que parecia que se le arrancaba el pecho.

Sentóse enseguida como abrumado de su dolor, y apoyando su frente en una mano, ya bajaba los ojos, ya los alzaba con dolorosa expresión al cielo, ya echaba, volviéndolos á Zoraida, lánguidas y amorosas miradas.

—¿Está mejor? ¿Cómo le habeis dejado? preguntó

Zoraida con voz apagada. En su situacion os necesita á su lado más que yo al mio.

—Ciertamente, repuso Jimeno moviendo la cabeza con ironía, era eso lo que debia yo aguardar de tí, que me echases atentamente de tu habitacion cuando precisamente vengo á libertarte la vida y á sacrificarme por tí. Pero sí, tienes razon, añadió levantándose, no soy aquí necesario, soy más útil al lado del señor de Cuellar; de allí por lo ménos no me echan; puedo oir planes terribles que me horrorizan; pero eso, ¿qué te importa á tí? Tenia algunas cosas que decirte, y que creí que desearias saber; pero ya veo que no, ¡cómo ha de ser! yo lo siento por tí..... pero..... me iré.....

—Jimeno, gritó Zoraida con impetuosidad, tú tienes una alma de hierro, y parece que te han elegido para darme tormento y añadir á cada instante nuevas inquietudes á las que sufro. Si te interesas verdaderamente por mí, ¿por qué me haces así morir de ánsia y de impaciencia, sin hablar de una vez? Y si me odias y eres el instrumento de que mis tiranos se sirven, hiéreme, y no temas que me queje, que ni un ¡ay! saldrá de mi boca cuando entre tu puñal en mi corazon.

—¡Zoraida! tú me injurias cada vez que me hablas, respondió Jimeno, y á cada insulto tuyo devuelvo yo un beneficio; pero no gastemos el tiempo en conversaciones frívolas; sabe que Saldaña ha dado orden para que te se encierre esta noche, y allá donde nadie pueda oir tus gritos.... tal vez para que no se asuste

con ellos su Leonor..... desempeñe su oficio nuestro prevoste.

—¡Y qué es la muerte para quien no tiene nada en el mundo! exclamó Zoraida con sentimiento.

Yo la deseo, yo la deseaba, como desea el aire el viajero de los desiertos.

Yo nada tengo en el mundo, nada pierdo; ni una lágrima caerá sobre mi sepulcro; mi madre..... ya no me llorará, ni yo tampoco tengo por quien llorar.

Aguardo, pues, la muerte con resignacion.

—¡Sí, cierto, la muerte á veces es un bien; pero tú, tan jóven aún, tan hermosa! ¡Es triste, Zoraida, es triste á la verdad morir tan jóven! repuso el paje en tono muy afligido.

—No sé, replicó la mora con pena, pero con sinceridad, si es triste ó nó morir jóven; para mí la vida se acabó ya hace mucho tiempo, y estar encerrada aquí ó en la tumba, es para mí indiferente.

—¿Y olvidas de esa manera tus sufrimientos, tus venganzas, tu amor y la rival que te ofende? insistió el paje desesperado de ver su conformidad.

—¿Para qué decís eso? preguntó la mora. ¿Queréis, cuando voy á morir sin remedio, hacer que sienta la muerte y disipar el tédio que tengo á la vida, y que es lo que presta resignacion á mi alma?

—No, repuso Jimeno. Quiero inspirarte un deseo tal de vivir, que busques los medios de escapar á tus verdugos. Mi espada está pronta á defenderte de todos, pero no basta. Piensa, Zoraida, que Saldaña te

sacrifica á tu rival más que á su odio: que solo para complacer á Leonor.....

—¡Jimeno! interrumpió Zoraida encendida en cólera de repente; ¡calla, y no vuelvas á entrar en mi alma la desesperacion!

—Para complacer á Leonor, continuó Jimeno sin interrumpirse, y hacerla ver que todo, hasta la mujer que más ha amado hasta ahora, todo lo abandona por ella. La dirá que te ha arrojado de su castillo, que en vano le pediste de rodillas que te dejara un rincon, un calabozo para vivir á su lado, bajo un mismo techo, y dirá además que se enterneció, pero que solo por ella, solo por su Leonor, por su esposa, lo hubiera podido hacer.

—¡Maldicion! exclamó Zoraida: ¡y ella!.....

—Ella entonces, prosiguió el paje sin titubear, le agradecerá una prueba tan ponderada de su cariño, le mirará en un principio con lástima, se acostumbrará por último á su lenguaje, se envanecerá con su triunfo sobre una mujer á quien yo sé positivamente que teme, y un enlace pacífico terminará las desavenencias de las dos familias, y trocará en amistad el odio del caballero de Iscar.

Zoraida, tal es el fin que tendrán los amores de Saldaña, y que tú, muerta ó viva, has de saber en donde quiera que estés, ora en la tierra, en el paraíso ó en el infierno, porque allí resonarán las canciones del día de la boda, y los besos que le dé Leonor.

—El mismo angel de las tinieblas, respondió la mo-

ra, no es capaz de afligir y de atormentar como tú. Pero yo no seré ludibrio de esa mujer, no: yo moriré, pero vengada. Antes que el puñal de los asesinos me arranque la vida que aborrezco, ella perecerá. Dame un medio, Jimeno, de martirizarla, dame un medio; piensa, inventa el mas terrible, el mas bárbaro para que yo me regocije en mi triunfo. Que yo la vea espirar á los ojos de su amante, y que él trate de salvarla y no pueda, y llore y se desespere. Tienes razon, es cruel, muy cruel, morir sin venganza. ¿Qué más quisieran ellos? ¡Con qué tranquilidad gozarian sin que yo nunca les estorbara! ¡y ella habia de besar los mismos labios que fueron míos! Veneno encontré solo en ellos, veneno que ha llenado mi corazon de amargura; podria quizá vengarme con dejarla que lo provase; pero no, yo lo he agotado ya todo, y allí no quedan mas que dulzuras. ¡Muerte! ¡muerte! Jimeno, toda yo soy tuya, toda soy tuya si la asesinas.

—(Así te quiero yo, pensó Jimeno: irritarte es el único modo de vencer tu tenacidad.) Cuando he venido aquí, no he venido, continuó en alta voz, solo á traerte malas noticias ni á gozarme en tu afliccion como me has dicho. Te amo de veras, y una pasión tan vehemente como la que te domina por ese ingrato ha echado ya hondas raíces en mi corazon. Yo te idolatro, yo he buscado la felicidad y la he hallado en esta agitacion incesante, en los celos, en la misma desesperacion del amor. Sabe que he aguzado el puñal antes de venir aquí para clavarlo, si preciso fuera,

hasta en el mismo Saldaña. Pero es preciso no perder tiempo; de aquí á algunas horas habrás bajado á tu sepultura. Ese soldado aventurero que tú crees amante de Leonor, debe esta noche sacarla de aquí, si ella consiente...

—¿No consintió cuando se hablaron? preguntó la mora con inquietud.

—No, repuso el paje, no; á lo menos se mostró indecisa, y parecia que le costaba trabajo salir de aquí. En fin, Zoraida, tú te libertarás de la cólera de Saldaña, quedarás vengada ó libre de tu rival, y triunfarás por último de tus enemigos. ¡O! ¡sí! has de ser mia, y has de serlo ahora mismo.

Diciendo así se arrojó á ella con tal impetuosidad, que sin que pudiese impedirlo la cubrió de besos, teniendo estrechada en sus brazos.

—Déjame que en esa boca de delicias estampe yo mil besos... en esa cara de angel... Yo to adoro. ¡Zoraida! ¡Zoraida! ¿Por qué te resistes?

—¡Infame! gritó la mora retorciendo los brazos y defendiéndose con toda la furia de su carácter. En todo mientes... Yo tuya... te aborrezco. Eres mil veces mas odioso para mí y mas falso que todos. Huye de mí... Sé generoso...

—No, Zoraida; te tengo bien asida para que te escapes; grita, que nadie te responderá; llama á quien quieras, solos estamos aquí; cede, eres mia, eres mia...

La infame victoria del paje parecia estar decidida: nadie respondia á los gritos de su víctima; en vano

trataba aun de defenderse; su pecho latia alborotado de cólera y de fatiga, y la falta de aliento y de vigor para resistir no hacian dudoso su vencimiento: un esfuerzo mas, y el triunfo era de Jimeno.

Pero éste, fatigado tambien, trémulo y sudoroso, quedó en el instante de su caída suspenso un punto para tomar aliento, y dió tiempo á la mora de recobrar su serenidad.

Levantóse, pues, de pronto, y antes que él tuviera lugar para sujetarla, echó mano al puñal del paje arrancándoselo del cinto, y retirándose algunos pasos avanzó en seguida determinada á clavarlo en su corazón.

Sucedio esto en menos tiempo que el que hemos tardado en contarle, y solo lo tuvo el paje para parar el golpe, asiéndola fuertemente del brazo.

Entonces empezó una nueva lucha, mas terrible si cabe que la primera.

Cambió Zoraida con la presteza del rayo el puñal á su mano izquierda con intencion de herirle, viéndose asida de la derecha, y sin duda hubiera logrado su intento si el paje, en tan inminente peligro, no hubiera hecho uso de toda su fuerza, empujándola de sí con tanto impetu, que haciéndola vacilar dos ó tres pasos andando de espaldas, logró derribarla segunda vez.

Arrojarse entonces sobre ella, arrancarla el puñal y sujetarla completamente, fué obra de un solo punto.

—Venci, Zoraida, gritó el perverso Jimeno: lucha, defiéndete, haz lo que puedas para estorbarme mi

triunfo, desdéname cuanto quieras, ya eres mía. ¿Quién habrá que te arranque de entre mis brazos?

—Yo, gritó Usdrobal, que abrió en este momento la puerta y quedó horrorizado de la terrible escena que se presentaba á sus ojos.

III.

Zoraida casi sin conocimiento, degreñado el cabello, el semblante lívido, y desencajados los ojos, parecía ahogada de furia; el paje de rodillas sujetándola, y con el puñal en la mano, descompuesto el vestido y pálido de voluptuosidad: los almohadones, las sillas derribadas por todas partes, y todo en desorden.

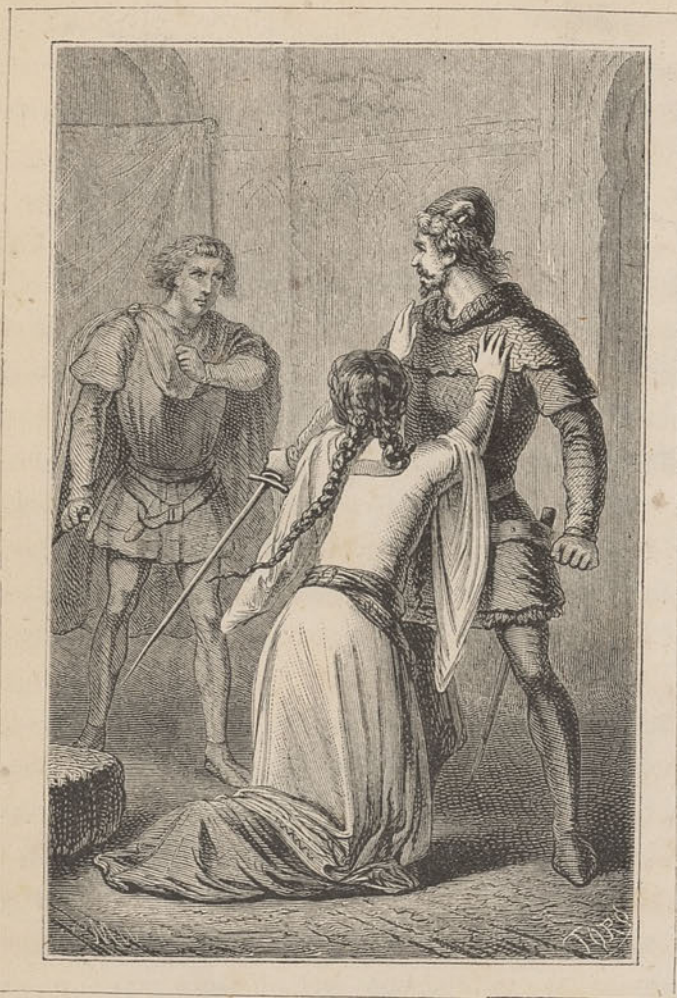
—¡Favor, favor! gritó Zoraida.

—El demonio, dijo Usdrobal, no hace cosa igual. Pardiez, el caballero, que no es accion muy noble la que acometeis.

—Maldita sea el alma del que me interrumpe, gritó el paje levantándose muy colérico, y encaminándose á Usdrobal con el puñal en la mano.

—Sosegáos, el caballero, repitió Usdrobal con ironía y desenvainando al mismo tiempo su espada; reportaos, y sino juro por el sol que nos alumbra que os arranque el alma de una estocada: mirad que estoy bien armado.

—¡Villano! repuso el paje, que á pesar de su ira conoció la ventaja de su enemigo y contuvo el paso, si fueras caballero...



Usdrobal defiende á Zoraida, etc.

—Mil veces mas que tú, replicó la mora: ¡infame! ¡vil! ¡valiente con las mujeres! Acércate, acércate á m ahora, ¡cobarde!

—Ya veo, repuso Jimeno con su acostumbrada ironía, que te defiende tu amante. ¡Tu amante! ¡Un soldado! ¿Y que podia esperarse de una mujer como tú, sino que te entregáras á un aventurero?

—Reportaos, Jimeno, y no insulteis á una mujer desvalida delante de mí, replicó Usdrobal: soy solo un aventurero, soy lo que represento y no más; pero preferiria mil veces ser un vil verdugo á ser un noble de tu ralea.

—¿Qué he hecho yo, Dios poderoso? ¿qué he hecho yo, exclamó la mora, para que me castigues con tanta crueldad? Usdrobal, continuó poniéndose delante de él de rodillas, no me abandoneis, defendedme; todo el mundo me ultraja y todos me desamparan. ¡Tened compasion de mí! ¡Yo soy sola, y hasta el vasallo más infimo se me atreve!

—Levantáos, Zoraida, levantáos de haí, replicó Usdrobal: soy de nacimiento villano, pero yo os defenderé del caballero que os atropelle. Y vos, señor al-mibarado paje, si teneis algo de hombre en vuestro corazon, si no sois tan bajamente cobarde como pareceis, venid, yo os desafío y os reto de forzador, y os tacho de infame si no sois capaz de seguirme.

—Si tú mismo confiesas, repuso el paje aliñando sus vestidos al mismo tiempo, que tu nacimiento no es noble, ¿qué gloria ganaria yo con derramar la san-

gre de un miserable aventurero? Vete de aquí, y da gracias que no llamo á algunos compañeros tuyos para que te arten de palos.

—La primera voz que des te cuesta la vida, respondió Usdrobal cogiéndole fuertemente de un brazo.

—Suelta, canalla, replicó el paje desasiéndole con indignación.

—Juro á Dios, repuso Usdrobal dejándole, que casi me da vergüenza de medir mi espada contigo, porque á fé mia que me pareces una mujer.

Era el paje, á pesar de todo, valiente, y el último insulto quizá el único que le sacara fuera de sí.

—Vamos, le dijo, donde quieras, y ya que te empeñas, te enseñaré yo mismo el respeto que se merece un noble de un villano como tú eres.

Adios, Zoraida; cuando concluya con este galan veremos quién te defiende.

—Vamos, y basta de amenazas, señor paje, que mucho será que os libreis de mis manos.

Diciendo así, salieron del cuarto, dejando á la hermosa mora privada de sentido, y todavía descompuesta, la ira y el cansancio de la pasada refriega, habiéndole hecho caer en un accidente del que tardó mucho tiempo en volver.

Capítulo XVII.

Cien mil siglos le parecia cada hora de las que faltaban hasta la dichosa que esperaba.

(Guerras de Granada.)

(Perez de Hita.)

I.

Luego que Usdrobal y el paje salieron de la habitación de Zoraida, llegaron sin hablar palabra hasta la torre de Oriente, que estaba á un extremo del gótico corredor; donde habia una escalerilla de piedra cortada por fuera en el mismo muro que conducia á las obras exteriores de la fortaleza.

—Aguárdame aquí, dijo el paje, mientras subo á mi cuarto á tomar mis armas, que no creo que nos hayamos de batir con armas tan desiguales como son un puñal y una espada.

—Cierto que no, repuso Usdrobal; pero no creo escusado que yo os acompañe, y si es preciso os ayude á vestir la armadura; porque sea dicho con franqueza, Jimeno, no me fio mucho de vos.

—Mas que yo de tí, replicó el paje, te puedes fiar de mí, puesto que prostituyo y empañó el lustre de mi nacimiento hasta el punto de aceptar tu desafío.

Por lo demás, no me creas tan cobarde que no me considere capaz de dar una lección con las armas á un villano presuntuoso para que nunca más ose retar en su vida al noble de ménos brío.

—Las mismas manos tengo que tú, respondió Usdrobal, y el mismo número de dedos en ellas: anda y trae tus armas, que no quiero que nadie me tache de desconfiado.

Aquí te espero: si no vuelves antes de un cuarto de hora, ya que la echas de noble, te declararé no solo cobarde, sino bastardo.

—A pensar como se debe de las mujeres, nada tendría de particular que lo fuese, repuso el paje sonriéndose con su acostumbrada imprudencia.

Adios, continuó, y cree no necesito de nadie para hacerte arrepentir de tu orgullo.

II.

Quedó, pues, Usdrobal solo tarareando un romance con su natural buen humor como si fuese á un baile, y el paje se encaminó á su cuarto con el mismo des-cuido, pero no tranquilo, resentido como estaba su amor propio con la resistencia que habia opuesto Zoraida á su mal intento.

—¡Quién lo creyera! se iba diciendo el paje á sí

mismo. Es la mujer más rara que hay en el mundo. ¡Qué! ni santa Lucrecia, esa que contaba aquel monje que tanto se habia resistido al Cid, tiene que ver con esa maldita fiera; y eso que nada me quedó que hacer: con todo, si hubiese yo cerrado la puerta, y no que ese mulo de carga se sopló de rondon como si hubiese entrado en su cuadra. ¡Maldito sea! ¡ja! ¡ja! continuaba riéndose; pero qué bien fingí: vamos, no puedo ménos de reirme cuando me acuerdo que yo lloraba.

Hablando así llegó á su cuarto, y tomando sus armas, conforme se las iba vistiendo se le ocurrió un pensamiento que no solo le obligó á no seguir adelante poniéndoselas, sino que aflojándose las correas se quitó la coraza que ya se habia ceñido y la volvió á colocar donde estaba.

—¡El diablo me lleve por majadero! exclamó. ¡Vive Dios! ¡irme yo ahora muy á lo caballero á rajar la cabeza á un miserable villano, que se considerará muy honrado con que yo me digne abrísela en dos partes como si fuese una calabaza! ¡Pardiez, que soy más estúpido que Duarte, el escudero de mi señor! ¡Como si no pudiese vengarme de él y de ella de otra manera! No señor, el jayan ese la echa de hombre de pró, y tiene humos de caballero. Y á la verdad tiene motivos de creerse tal, viéndose tan favorecido de las damas. ¡Vive Dios que es el rival mio y el del señor de Cuellar, y que se lleva de calle las dos princesas, como si valiese más él sólo que nosotros dos juntos. Con todo, su favorita es Leonor, ha venido aquí por

ella. Tengo en mi mano mi venganza sin peligro de quedar mal. Protegeré su empresa, me congraciare de esemodo con Zoraida, aunque no se le cumpla lo que desea. ¿Porque quién quita que un hombre rueda por una escalera abajo, ó que le suceda cualquier otra cosa? Luego, él es el único que me estorba aquí... En haciendo que no vuelva á parecer por acá, todo está concluido. ¡Ea! ¡viva el ingenio! Buen chasco te vas á llevar, novel paladin, continuó cerrando la puerta y dirigiéndose á buscarle. Aún no sabes tú la culebra que te voy á liar.

III.

Pensando así, y meditando mil planes á cual más pérfidos, enderezó sus pasos el lindo paje al sitio donde le aguardaba Usdrobal, ya algo impaciente, muy divertido con sus perniciosos pensamientos, riéndose solo, ya de la que le esperaba al aventurero, ya de lo bien engañado que iba á quedar en cuanto le hablara.

Pero antes de llegar á él reprimió su alegría, y ocultando el natural descaro de su semblante bajo la máscara de la humildad, se acercó á Usdrobal en ademán triste, los brazos cruzados y los ojos bajos con muestra de arrepentimiento.

Miróle Usdrobal, y no pudo ménos de admirarse de verle venir sin armas, con el mismo traje que antes traía y con aspecto tan melancólico, cuando esperaba

que volviese armado y con la arrogancia y la indiferencia propias de su carácter y de un hombre que venia á reñir.

—Por el alma de mi padre, le dijo, que estamos adelantados; me habeis tenido aquí de planton media hora aguardándoos, y os venís lo mismo que os habeis ido. ¿Qué es eso? Paréceme además que volveis más pensativo que os fuisteis. ¿Habeis quizá reflexionado que la espada de un villano corta tanto como la de un gran señor? ¿O sois acaso de los que dicen que más vale que digan aquí huyó que aquí murió?

—Ni lo uno ni lo otro, repuso el paje, y sabido es en el castillo que no soy hombre que huya á nadie la cara. Pero cuando se ha cometido una mala accion, no creo que el mejor medio de arrepentirse sea atrevase de una estocada al que se opuso á ella. Puedo tener cuantos defectos se quieran; en un momento de cólera puedo llegar á ser criminal; pero mi corazon es bueno, y cuando conozco que no obré bien, no soy de aquellos que tratan de sostener á todo trance una cosa injusta.

—¡Juro á Dios, respondió Usdrobal, que me he llevado chasco contigo, y que creí que tenias todo bueno ménos el alma! Pero ya que dices tú lo contrario, no habrá más remedio que creerte. Pero, en fin, ¿á qué viene todo eso?

—Viene, replicó el paje, á que seria yo un mal hombre si aceptara tu desafio y no estrechara de veras mi amistad con quien sin duda es más que lo que

parece, y puesto que no lo sea, es digno de ella por su virtud.

—Es la primera vez, replicó Usdrobal, que me oigo elogiar de ese modo; hasta ahora solo me habian alabado por mi mala cabeza, pero ya veo que me falta poco para ir al cielo, si he de creer lo que dices.

—Yo he hecho mal, continuó el paje, en haber atropellado á una mujer sola y sin defensa.

—Eso sí, interrumpió Usdrobal, y merecias que te asaetearan vivo. Si hubiera sido con su consentimiento, pase, que no soy yo tan escrupuloso que me hubiera metido á estorbarlo; pero por fuerza, juro por todo el infierno que es una infamia.

—Es cierto, una infamia, repitió Jimeno sin mudar de color, y harto arrepentido estoy de ella; pero la ocasion, el amor, algunas palabras acaso mal entendidas... ¿Quién podrá decir que no ha pecado en su vida?

—En resumidas cuentas, replicó Usdrobal, todo eso se reduce á que no te quieres batir conmigo, ¿no es cierto?

—Así es, repuso el paje, pero no por miedo que tenga, porque te juro que no le he conocido nunca, y ocasiones vendrán en que veas que no miento, sino porque tú no me has hecho nada, ni creo tampoco que yo te haya dado á tí ningun motivo de queja. En cuanto á Zoraida estoy pronto á pedirla humildemente perdon, á darla cuantas satisfacciones me exija, y lejos de creer que me humillo con hacer esto, estoy

seguro que me ensalzo á tus ojos, ó me equivoco mucho.

—¿Qué quieres que te diga? replicó Usdrobal; aunque siempre mi opinion es, cuando se trata de batirse, dejar las esplicaciones para despues, creo, no obstante, que tienes razon. De todos modos, ¿qué más podia yo prometerme, aunque te hubiese vencido, que lo que tú me ofreces de buena gana? Por otra parte, como tú has dicho, no tengo ninguna queja de tí. Con que no hay más sino dar esto por acabado, y como si no hubiese sucedido nunca.

—No basta, repuso el paje, yo quiero ser tu amigo, y para probártelo te voy á cumplir la palabra que te di de proteger la fuga de Leonor esta misma noche.

—Oh, eso sí, exclamó Usdrobal; eso primero que todo, y aquí tienes mi mano y mi corazon.

—Ahí tienes la mia, respondió Jimeno alargándosela.

—Apretáronselas mutuamente los dos recién amigos, Usdrobal con toda la sinceridad de su alma, y el paje con toda la doblez de la suya, pero en apariencia con el afecto y la cordialidad de un verdadero amigo de corazon.

—Esta misma noche, prosiguió el paje, la sacarás de aquí; voy ahora mismo á proporcionarte todos los medios posibles para que tu empresa tenga buen éxito. De aquí á dos horas estarás en este mismo sitio, que es el más solitario del castillo, y donde podemos hablar con confianza de que nadie nos oiga: aquí en todas

partes hay mucho que recelar, añadió mirando á un lado y á otro y bajando la voz; sin ver nosotros á nadie, puede haber quien nos espíe.

Cada pared de estas esconde un eco que repite nuestras palabras: á un lado y á otro se puede esconder mucha gente sin ser vistos.

Acercáte, continuó tomándole una mano y haciéndole que tocara la pared: ¿ves este muro de piedra y sólido al parecer? pues está hueco, y entre las piedras de este lado y las del otro hay un pasadizo que siguiendo toda la muralla da vuelta á la fortaleza, tiene salidas y comunicaciones con todas las habitaciones y las escaleras. Pero hay muy pocos que conozcan estos secretos. Yo mismo no sabia nada de ellos, hasta que Zoraida me los comunicó para que pudieses sacar á Leonor sin peligro.

—Mas te agradezco ese favor que si me hicieras príncipe, repuso Usdrobal encantado de la franqueza del paje.

—Te aseguro que no tendrás nada que agradecerme, respondió Jimeno, y que todo lo hago únicamente por hacer algo bueno en mi vida.

Esta noche, como iba diciendo, yo te introduciré en uno de esos pasadizos, y haré de modo que Leonor esté preparada para que te siga sin hablar palabra ni meter ruido á una señal que tú darás.

Saldrás por el mismo camino por donde entraste; bajarás una escalerilla de caracol que está á la izquierda, á la primera vuelta que forma el callejon, y con

una llave que te daré, abrirás una puerta que da al campo y...

—Son demasiadas señas esas para que yo me acuerde, interrumpió Usdrobal, y lo mejor será, puesto que caminas de buena fé, que tú mismo me sirvas de guia. A tí te conocen y te respetan aquí mas que á mí, y sabrás responder á las atalayas que acaso encontraremos en el camino.

—Juro por las barbas de todos los difuntos habidos y por haber, repuso el paje, que no hay peligro ninguno, y que así no me salgan todas las cosas como deseo si esta aventura tiene mal fin.

—Con todo, replicó Usdrobal, siempre he oido decir que adonde menos se piensa salta la liebre, y no creo que andarse sin guias por andurriales, atajos, escaleras y pasadizos no conocidos, sea muy prudente. No que yo desconfie de tí, ni tema por mi vida tampoco, sino que á la verdad, sentiria que esa pobre muchacha se pudriera aquí para siempre.

—Muy prevenido eres, repondió el paje, y á fé mia que no te creí tan prudente; pero en fin, si ha de calmar tus temores que yo te acompañe, dalo por hecho, que no solo iré contigo, sino que te daré cuantas seguridades exijas de mi persona. Y ahora, á Dios, hasta la noche, que de aquí á dos horas me aguardarás en este mismo sitio.

—¡Oye! dijo Usdrobal; antes de que te vayas démonos prendas para que no podamos uno á otro engañarnos, ni descubrir nada sin que peligremos los dos.

—¡Por Santiago! exclamó el paje, que desconfías demasiado de mí, y te juro á fé de noble que no te engaño.

—No acepto ese juramento, porque no te lo puedo devolver, replicó Usdrobal, no siendo noble como tú; cuanto más que lo que yo te propongo tanto vale para mí como para tí.

Ni tú ni yo nos conocemos tanto que podamos fiarnos absolutamente uno de otro, y cuando de buena fé se procede no duelen prendas. Esto no lo sabe nadie sino tú y yo; si se descubre tiene la culpa uno de nosotros, y es muy justo, ya que los dos entramos en la intentona, que no la pague uno solo.

—Natural condicion de villanos, repuso el paje, es desconfiar de todos. Pero no me importa, y como tú has dicho, no duelen prendas cuando se obra bien. Ahí tienes esa sortija de oro en que están grabadas las armas de mi familia, y que vale más que cuanto tú puedas darme.

Y sacándosela del índice de la mano derecha, se la entregó á Usdrobal.

—Pues yo en cambio, respondió Usdrobal, te entrego este relicario en que va un pedazo de la verdadera cruz, que trajo al convento en que me crié un peregrino de Tierra Santa, y que vale sin duda más, añadió besándolo devotamente, que toda la nobleza de que pueden jactarse todos los rico-hombres de España. Lo he llevado conmigo desde niño, y me ha libertado de más de un riesgo.

El paje lo recibió con indiferencia, y se lo guardó en uno de los bolsillos del follado ó calzon de seda plegado que se usaba entonces.

Hecho esto, se despidieron segunda vez, y cada uno se fué á ocupar de lo que tenia que hacer.

Quedó Usdrobal un momento entre pensativo y alegre, persuadido de que habia tomado cuantas medidas podia dictar la prudencia, y muy pagado de sí mismo, siendo quizás esta la primera vez de su vida que habia obrado con precaucion.

—Si tratara de engañarme, se decia á sí mismo, y me prenden, yo le juro que le han de colgar á mi lado. Pero no hay cuidado; y si hubiera tenido intencion de venderme, no hubiera andado tan fácil en darme tantas seguridades. ¡Pobre Leonor! Lo mismo es acordarme de ella, que siento un no sé qué como si estuviera enamorado. ¿Y por qué no la he de amar? Tan hermosa, tan jóven, tan dulce como es, ¿qué extraño tiene que yo la ame? Pero léjos, léjos de mí esa idea; mi nacimiento y mi posicion en el mundo son obstáculos insuperables para que nunca se realice mi atrevimiento. No, yo no la amo; yo soy únicamente un esclavo fiel que la serviria toda mi vida de rodillas solo por merecer una mirada suya. ¡Ah! continuó suspirando; ¡porque no fueron nobles mis padres! y ya que no..... Pero no pensemos más que en servirla siempre; servirla siempre para que al ménos no me mire con odio.

En estas imaginaciones bajó al patio, donde sus

compañeros se divertían en varios juegos de fuerza y de ligereza, y metiéndose entre ellos procuró distraerse y aturdir el ánimo con las voces y la alegría de la multitud.

IV.

—¡Duarte! gritó Saldaña despertándose, al escudero que siempre le acompañaba. ¿En dónde está Jimeno?

—Señor, respondió el viejo, que no tenía mucho cariño al buen paje, para la falta que hace, lo mismo dá que esté aquí que en Roma; estará por ahí haciendo piruetas.

—¡Animal! replicó Saldaña; no te pregunto qué hace, sino dónde está.

—Vuestro padre no me llamaba nunca animal, repuso Duarte, ni ese fué el nombre con que me bautizaron.

—¿Dónde está el paje?

—Le iré á buscar si quereis, continuó levantándose con mal gesto. ¡Vive Dios! añadió murmurando entre dientes, que no parece sino que el demonio del títere ese nos ha de traer á todos revueltos.

—¡Largo de ahí! á buscarlo, gritó Saldaña imperiosamente, y basta de refunfuñar.

—Voy allá, repuso el escudero con calma, y echó á andar hácia la puerta; pero no había aún llegado á

ella, cuando vió al paje que venía, y mirándole con el peor ceño del mundo, se puso á un lado para dejarle entrar.

—¿Qué me miras, mulo? le preguntó Jimeno en voz baja riéndose de su gesto.

—Aquí está ya la alhaja, gritó Duarte á su señor, y salió del cuarto gruñendo un millon de maldiciones contra el niño mal criado que no respetaba sus cañas.

—¿En dónde habeis estado, Jimeno? preguntó Saldaña con impaciencia: ¿os parece regular dejarme aquí sólo con ese bárbaro de Duarte, que si le pido agua me trae un ungüento, y que siempre lo trueca todo?

—Permitid, señor, replicó Jimeno con humildad, que os diga que aunque teneis razon en lo que decís, he ido á cumplir con vuestras órdenes.

—¿Y qué órdenes he dado yo, repuso Saldaña, si me acabo ahora mismo de despertar?

—En cuanto volvísteis en vos, la primera cosa que me dijísteis, contestó el paje, fué que mandára matar á Zoraida, y...

—¿Y la habeis muerto ya? preguntó el de Cuellar con sobresalto.

—Aún no, repuso Jimeno; pero he dado órdenes convenientes, y esta noche...

—¡Infame! exclamó Saldaña con ira, ¿Quieres cargarme más delitos que los que tengo? ¿quieres que cumpla lo que me ofreció, y que me vea á todas horas perseguido de su aparicion? Corre al momento, y juro á

Dios que el primero que la toque al pelo de la ropa, que le mande yo arrancar el corazón por mano del verdugo, y colgarle de una almena para espantajo.

—Señor, replicó el paje, cuando salí de aquí á obedeceros, pensé justamente en lo que acabais de decir ahora mismo, y no di las órdenes con tanta premura que corra esa mujer todavía ningún riesgo, habiéndome contenido esta reflexión, y persuadido de que no os faltarian medios mejores de libraros de ella para siempre sin peligro de vuestra conciencia, porque al fin, claro está que es forzoso que no la volvais á ver.

—Eso sí, respondió Saldaña, y para eso el mejor medio es que se vaya de aquí, ó echarla por fuerza sino quiere irse.

—De ningún modo, señor, repuso el paje: en primer lugar porque su tenacidad es tal, y son tan maravillosas sus artes, que aunque se la llevasen al fin del mundo volveria; y si la encerrasen hallaria medio de salir aunque fuese de las entrañas de la tierra, porque ó mucho me equivoco, ó en su desesperacion ha hecho pacto con los demonios: cuanto más, que dado caso que no volviera, iria publicando por todas partes, con gran descrédito vuestro, lo que no es capaz de imaginarse el diablo, y quizá perderiais vuestra fama.

—Tienes razón, Jimeno, respondió Saldaña, y no hay remedio. Es lo que ella me ha dicho; es el demonio de mi persecucion.

—No hay duda, repuso el paje, y lo que acabo de averiguar lo confirma.

—¡Maldicion! exclamó Saldaña. ¿Qué ha hecho esa condenada mujer?

—Señor, respondió Jimeno, ha ideado un plan diabólico, y que siento tener que decíroslo, porque os va quizá á irritar demasiado, y lo primero es cuidar de vuestra salud.

—¡Maldito! pues si lo has apuntado ya, ¿quieres dejarme así en la incertidumbre para que padezca lo mismo sin satisfacer mi curiosidad?

—He hecho de modo, poniéndome en su confianza, que no tendrá efecto, á pesar de sus arterias, replicó el paje. ¡Pero es horrible! ¡es un plan!...

—¡Demonio! ó calla, ó habla del todo, ó por Santiago te estrello contra la pared, gritó Saldaña enderezándose en la cama lleno de cólera.

—Quería evitaros un disgusto, respondió Jimeno, que se deleitaba en enfurecerlo; pero ya que lo tomáis por empeño os lo diré; sosegáos.

—Pues dilo, y sé breve, que ya que he de vivir atormentado, más vale que sea por hechos que por imaginaciones, repuso Saldaña, dejándose caer en la cama.

V.

—El caso es, señor, que cuando salí de aquí, dudoso si obedecería vuestras órdenes, ó las miraria como un acto de acaloramiento de que pudiérais arrepentiros despues, oí gritos hácia la habitacion de Zoraida.

Curioso de ver qué era, me encaminé hacia allí, aunque las voces me parecieron tan espantosas y lúgubres, que necesité de todo mi ánimo para no volver el pié atrás. Llegué por fin á la puerta, y hallándola cerrada me puse á escuchar asombrado de lo que oía. Era ella que evocaba á los demonios con los conjuros más terribles que ha usado en su vida la bruja más detestable, y con las más sacrílegas maldiciones que pienso oír jamás. Con todo, como hablaba en lengua extraña, solo pude entender muy poco; pero juraría que oí vuestro nombre y el de Leonor.

—¿Mi nombre y el de Leonor? exclamó Saldaña estremeciéndose involuntariamente: sigue, Jimeno, sigue.

—Si señor, continuó el paje, oí vuestro nombre y el de Leonor. Poco despues bajó la voz, y me pareció que estaba hablando sola; pero bien pronto sentí otra voz que la respondía, y que yo creo que era el demonio, que habia acudido á sus gritos y estaba hablando con ella.

—¿Jimeno! gritó Saldaña afectando serenidad, aunque en su rostro estaba pintado el terror; seria una ilusion tuya; es imposible, deliras.

—No señor, nada de eso, prosiguió el paje; yo mismo lo pensé así en un principio, pero... ¿Os poneis pálido? ¿qué teneis? Callaré.

—No, no es nada; sigue, nada tiene de extraño que esté algo pálido.

—Despues me convencí, continuó Jimeno, de que

era verdad. Oí, pues, como iba diciendo, que la hablaban, y entonces algun ángel me hizo adivinar lo que maquinaba esa mujer infernal, y entendí que trataba nada menos que de envenenar á Leonor.

—Por todo el infierno, exclamó Saldaña lleno de ira, que es la bruja más horrible que nunca he oído. Sal y haz que la quemén viva, y que echen sus cenizas al viento.

—Pensad, señor, repuso el paje, en lo que vos mismo dijisteis antes, y que si la haceis matar de órden vuestra...

—Tienes razon; no hay remedio, interrumpió Saldaña; será menester que yo huya, que sea yo el que me vaya ó me mate. ¡Maldita, maldita sea! ¡Envenenar á Leonor! ¿No te estremeces tú, alma de Cain? añadió mirando á Jimeno. ¿No te asombra de que haya quien sea capaz de envenenar á una mujer tan hermosa y tan inocente?

—En verdad, repuso el paje, que no estoy menos horrorizado que vos, pero ya no hay que tener cuidado, soy yo el que ha de hacerlo, y ya os podeis imaginar que me he valido de este ardid para evitar que lo hiciera otro.

—Tú eres malo, Jimeno; eres sin duda mucho más malo y más perverso que yo, dijo Saldaña mirándole de hito en hito; y el paje, á pesar de la seriedad que exigía el asunto, no pudo menos de agradecerle el cumplimiento haciéndole una cortesía. Pero Saldaña, sin notar lo, continuó:—Yo, si hubiese oído lo que tú

me cuentas, entro y la clavo el puñal mil veces hasta la guarnicion. Es menester ser verdaderamente malo para disimular y mentir hasta ese punto.

No cambió de color por eso Jimeno, ni en ningun movimiento suyo hubiera podido conocer el observador más escrupuloso que estaba mintiendo en aquel momento, antes por el contrario, y sin aparentar la turbacion más ligera, respondió á Saldaña con su acostumbrada desfachatez:

—Vos me llamais malo, únicamente porque en vez de cometer un crimen para impedir otro, me he valido de la astucia y hecho caer en el lazo á nuestra enemiga. He pensado así inutilizar sus encantos, y aunque no se me oculta que por sus malas artes vendrá á descubrir mi enredo, tenemos tiempo entre tanto de delatarla por bruja al tribunal eclesiástico, y poner fin de esa manera á sus tramas.

—¿Pero tú crees de veras, preguntó Saldaña, que esa mujer haya hecho pacto con el demonio?

—¿Y vos lo dudais? replicó el paje. Estoy tan seguro de lo que digo, como que no hay médico en el mundo que pueda averiguar de qué están compuestos los brebajes que ha preparado, y yo mismo la he oido hablar con el diablo y ella misma me lo ha confesado.

—¿Y estás tú pronto á sostener de todos modos la acusacion? replicó el conde.

—A prueba de hierro y de agua, y á pié y á caballo si tiene algun campeon, contestó el paje aludiendo á

las diferentes pruebas que en aquel tiempo se hacian en las causas de magia.

—Pero si ese pacto es verdad, como dices, insistió Saldaña, ¿cómo has podido tú engañar á una mujer que protege el diablo?

—Señor, replicó Jimeno, Dios pone á veces una venda en los ojos del más perspicaz, y le hace que caiga en el hoyo que evitaria un ciego.

—Así será, respondió el de Cuellar, ó tal vez que tú eres más diablo que el diablo mismo. De todos modos, quisiera saber de qué arteria te has valido.

—Del amor.

—¿Del amor! preguntó el conde con extrañeza; ¿y ella te ama á tí?

—No, señor, respondió el paje, pero yo he fingido que la amaba; ella me ha creido necesario para poner en ejecucion su designio, y lo ha fingido tambien.

—Pardiez que es la primera vez que me rio hace seis años, exclamó Saldaña con una sonrisa diabólica. Algo ratera me parece tu supercheria; pero, en fin, yo me lavo las manos; es cosa tuya, y á tí te tocará responder por tu alma, que no á mí. Yo te agradezco tus servicios, Jimeno, y te los agradeceré mucho más cuando me vea libre de su persecucion.

—Pues para ello, respondió Jimeno, es menester denunciarla al tribunal cuanto antes. Además de que estoy seguro de que es bruja, y de mi serenidad al acusarla, su opinion no es la mejor en todos estos contornos, y habrá miles que atestigüen en contra de

ella. No tiene aquí á nadie, es una extranjera de la maldita religion de Mahoma, y á poco que se estienda y publique lo que ella es, se verá odiada de todos y se aprobará su sentencia de muerte como justa y bien dada por el tribunal. Ninguno saldrá en su defensa, sufrirá la prueba de las barras, y si por algun artificio pasase por ellas sin quemarse, reiteraré la acusacion y la sostendré á todo trance.

—El plan es como tuyo, dijo entonces Saldaña; pero en fin, yo no tengo nada que ver contigo, librame de ella y haz lo que quieras.

—Podeis contar con que mañana en todo el dia quedará el castillo desocupado de esa mala hembra, contestó Jimeno.

VI.

Quedó Saldaña sumido en uno de aquellos letargos mentales en que caia siempre despues de cualquier conversacion en que su ánimo tomaba algun interés, como si revolviere en su imaginacion todo lo que se habia dicho.

Calló el paje, y hubo un largo rato en que reinó el más profundo silencio en la habitacion.

La luz amortiguada del crepúsculo, pronto ya á oscurecerse, penetraba apenas por las altas ventanas de la estancia entre los vidrios de colores, y casi no se distinguian los adornos del cuarto, confuso todo con las sombras de la noche, que se acercaba.

—Esta es la hora más terrible para mí, dijo el supersticioso Saldaña; en cada sombra veo un fantasma. Si yo pudiese rezar... ¿oyes? Toca á la oracion; recemos, Jimeno.

La campana de alguna iglesia del pueblo marcaba entonces efectivamente la hora de esta devocion cotidiana, y sus lúgubres y prolongados sonidos, sucediéndose lentamente, llegaron á sus oidos en aquel punto.

Muchas veces, tanto Saldaña como su paje, los habian oido sin sentir el temor secreto que en aquel momento turbó de repente su corazon, y ambos á dos murmuraron un Ave-María con mucho recogimiento.

Entraron poco despues dos criados, y colocaron dos lámparas de plata encendidas sobre una mesa de tres pies con remates de bronce, y saliendo en seguida, la luz cambió los pensamientos de los dos malvados, haciéndoles volver á tomar el camino de que se habian separado por un instante.

—Voy señor, dijo Jimeno, con vuestro permiso, á dar órden que de ningun modo se ejecute la sentencia que fulminásteis contra Zoraida. Nuestras gentes son de suyo ejecutivas cuando se trata de cumplir mandatos de este jaez, y no sería extraño que adelantasen la hora.

—Sí, ve al momento, respondió Saldaña; sería la mayor desgracia que podia sucederme que esa mujer muriese por órden mia. Como tú has propuesto, ya es otra cosa; yo nada tengo que ver, y así no podrá

venir despues á echármelo en cara y á maldecirme.

—¿Quereis que llame á García ó á Duarte que os acompañen? preguntó el paje.

—No, de ningun modo, respondió Saldaña; que estén ahí cerca por si se me ocurre algo. Quiero estar solo.

VII.

—Hízole Jimeno una cortesía respetuosa al retirarse, y saliendo de la habitacion se dirigió en seguida al sitio donde Usdrobal debia aguardarle; pero no habia andado muchos pasos, cuando dándose una palmada en la frente, como si se hubiese acordado de pronto de alguna cosa, volvió atrás muy de prisa, torció varios corredores á derecha y á izquierda, bajó algunas escaleras, y llegando por último á las salas bajas que habitaban los hombres de armas, entró en una de ellas y llegó al cuarto ó pabellon del jefe de los aventureros.

—¿Qué hace tu capitan? preguntó el paje á uno de los soldados que estaban allí á la puerta.

—Ahí dentro está, repuso éste, refrescando el paladar con unos cuantos amigos.

—¡Martin Gutierrez! gritó el paje llamándole.

—Adelante el que sea, respondió una voz ronca desde adentro con arrogancia. Oyéronse en seguida dos ó tres juramentos y dos ó tres puñetazos, al parecer dados sobre una mesa por alguno que queria sin

duda tener razon, y echaba mano de las ya dichas para provocarlo.

—Ahí está la gente que busco, se dijo el paje á sí mismo entrando sin mas cumplimientos, y bien seguro de que no por eso aquellas buenas gentes se enojarian.

Pensando así llegó adonde estaba el capitan y otros dos ó tres subalternos suyos jugando en un tablero á un juego llamado *Alquerque*, y que era muy parecido al que hoy se llama de tres en raya, con un pellejo de vino al lado, que no era mucho menor la bota de que se servian.

El adorno del cuarto consistia en una mala mesa de pino en que ardía un candil, dos ó tres escaños ó bancos cojos, y varias piezas de armaduras, como escudos, yelmos y espadas colgadas por las paredes.

Gozaba el paje de mucha consideracion en el castillo, merced al favor de Saldaña; así que, en cuanto entró todos se pusieron en pié menos el capitan, que le miró de arriba abajo, con aquella manera de perdonar vidas que le era natural, al tiempo de saludarle.

—Hola, señores, dijo el paje, parece que se pasa el tiempo alegremente.

—A estilo de gente de guerra, repuso el capitan; vos no querreis catar de esto, continuó alargándole la bota, porque eso no es sino para la gente cruda.

—Os equivocais, capitan, replicó el paje, aceptando el convite, y sin hacer ningun melindre, á pesar de su aparente delicadeza. Donde vos poneis la boca, no debe tener escrúpulo de ponerla el mismo rey en persona.

Y venciendo su repugnancia á beber por donde tantos habian bebido, empinó la bota con la misma soltura que pudiera hacerlo el bebedor mas acreditado. Tomóla enseguida el que estaba al lado, que se la presentó al capitán, quien no habiéndola recibido por cortesía, le hizo señas que bebiese y corriese la rueda, lo que se obedeció puntualmente.

—¿Y qué os trae por acá, señor Jimeno? preguntó el veterano saboreándose.

—Una orden secreta que hay que comunicaros, replicó el paje.

—¿Hay que hacer alguna correría?

—No hay necesidad siquiera de salir del castillo para cumplirla.

—Lo siento, respondió el veterano; atiza esa torcida, continuó volviéndose á uno de sus amigos, que nos vamos á quedar á oscuras.

—No es cosa mayor, dijo el paje, pero es importante que suceda, y además pide mucho sigilo, por lo cual será bueno que os hable á solas.

—¡Ea, muchachos! fuera de aquí hasta luego, que voy á recibir órdenes, gritó Martin Gutierrez á sus amigos.

VIII.

Salieron todos obedeciéndole, y habiendo quedado solos el capitán y el paje, dió éste dos ó tres vueltas por el cuarto como receloso de que alguno oyera, cer-

ró la puerta con mucho cuidado y se acercó al capitán, que le miraba con desprecio, como si le parecieran todas aquellas precauciones ridículas ó cobardes.

—Gran novedad debe haber, señor Jimeno, le dijo, que no parece sino que se trata de ponernos en emboscada.

—Pues de eso se trata, señor Gutierrez. El señor de Cuellar me manda que os diga pongais esta noche en uno de los nichos de la escalerilla del norte que va á la estacada dos ó tres hombres de aquellos que merezcan más vuestra confianza. La cosa no es nada, no es mas que echar un hombre al otro mundo antes que le llegue la hora.

—¿Y para eso dos ó tres hombres? replicó el veterano sonriéndose con aire maton; por el alma de mi padre que se han vuelto gallinas los hombres de este siglo.

—No es eso, señor capitán, no es eso, respondió el paje, sino que no se quiere meter ruido sin necesidad.

—A mí poco me importa, repuso el capitán; pero pensé que era asunto de más empeño. Con todo, estoy convenido con el señor de Cuellar en servirle por dos años más, y obedeceré.

—¿Y qué hombres me dais? preguntó el paje.

—Os llevareis ahí dos muchachos de pelo en pecho, y el chico naevo que llaman Usdrobal, que con eso se estrenará.

No, ese muchacho de ningun modo, repuso el paje; tiene muchos humos de caballero, y quizá lo echaria á perder.

—Para eso, como quereis, cualquiera es bueno.

—Sí, pero sobre todo á ese muchacho, insistió el paje, no hay que decirle ni una palabra.

—¿Y á qué hora? preguntó el capitán.

—A eso de media noche.

—Está bien; es una pequeña álgara, dos ó tres ginetes que salen á correr la tierra, una sorpresa de poca importancia.

—Cuento con ellos, repuso Jimeno.

—A no dudarlo repuso el capitán.

—En dando yo dos palmadas, ¡firme! en el que vaya á la izquierda bajando la escalerilla, y ahora á Dios.

En diciendo esto el paje, se despidió precipitadamente como el que habia fallado en mas de un cuarto de hora á la cita y temia llegar tarde.

Entre tanto Usdrobral hacia ya mucho tiempo que le aguardaba impaciente y desesperado con su tardanza, ya temiendo si se habria arrepentido de sus ofertas, ya buscando razones con que excusar su retardo.

La noche habia cerrado ya enteramente, tan oscura que apenas se divisaba una estrella en el firmamento.

IX.

El lector que por curiosidad haya visitado alguno de los castillos antiguos que han luchado hasta hoy con el trascurso de los siglos y el furor de los hombres, y que todavía elevan sus almenadas torres y sus murallas ya casi destruidas como un monte de piedra,

llenando de lúgubre magestad sus contornos, puede formarse fácilmente una idea exacta del edificio en que pasaban los sucesos que acabamos de referir (1).

Todo allí era sombrío como el dueño de la fortaleza; la noche parecia más oscura en aquellos corredores, por cuyas altas claraboyas apenas penetra la luz del dia; el eco de los pasos resuena á lo largo con temeroso ruido, y la palabra se repite, por bajo que se hable, sordamente en todos los ángulos del muro, como si mil seres invisibles habitasen por todas partes, y respondiesen con tristes gemidos á la voz humana.

No era Usdrobal supersticioso, pero la oscuridad que le rodeaba, la soledad, el ruido pausado del eco que resonaba sus pasos, y sobre todo la hora, podian haber cubierto de melancolía el corazón más alegre por naturaleza.

No era él ya tampoco aquel jóven de buen humor que por nada tomaba pena, que á todo se acomodaba, y que con tanta indiferencia vivia en la cueva de los ladrones como en el más suntuoso palacio.

Nunca habia deseado hasta entonces saber de quién era hijo, y hubiera dado con gusto la mitad de su vida por conocer al padre que le engendró, y saber si era de nacimiento ilustre, y podia pretender con razon los altos destinos á que se sentia inclinada su alma, y que y que halagaba tanto su fantasía.

(1) El autor de esta novela ha recorrido detenidamente las salas del castillo de Cuellar, pueblo de su destierro.

Veíase entonces mezclado con la escoria más vil de la sociedad, sin nombre, sin hechos de armas gloriosos, y este pensamiento, y el recuerdo de Leonor, humedeció sus ojos con una lágrima de amargura.

Quizá ella le miraría como un bandido y le despreciaría, creyendo que solo el vil interés y las demás pasiones bajas podían tener cabida en su alma.

Su última conversacion con ella, harto se lo habia probado, y demasiado habia visto en sus ojos que le miraba con indiferencia, y como á un hombre de inferior gerarquía, y cuyo deber era sacrificarse por ella.

Deseaba volver á hablarla, antes de poner en ejecucion el plan que tenia de salvarla aquella noche, y este deseo que se aumentaba en cada instante, y cada idea que se le ocurría, poniéndole tan impaciente como si le pinchasen mil alfileres, le hacia que esperase á Jimeno con más ansia, falto ya casi de sufrimiento.

Llegó, por fin, el suspirado momento, y Usdrobal sintió pasos de alguno que se acercaba.

—¿Quién eres? le dijo: ¿eres tú, Jimeno?

—El mismo, repuso el paje, que sacando una linterna sorda de metal, de que venia provisto, deslumbró de repente al aventurero, é iluminó parte del corredor.

—Ya era hora de que vinieras, que me has hecho esperar aquí un siglo.

—Más esperan, replicó el paje, los que están aguardando el Mesías, y aún les queda más que esperar.

—Vamos, ¿y traes buenas noticias? ¿has preparado ya todo.

—Todo está ya dispuesto, y es bien seguro que no le prepararon mejor su fuga al rey don Alonso cuando volvió disfrazado de Alemania: bien me puedes agradecer la noche que vas á pasar con tu dama en cuanto salgas de aquí.

—Jimeno, respondió Usdrobal, en un tono de voz que manifestaba su enojo, guárdate de gastar malicias á costa de esa dama, porque rompemos aquí mismo las amistades.

—Te creía más prudente, repuso el paje con calma, y no creí que era esta ocasion de que te incomodaras conmigo. Pero en fin, tengamos paz, que los buenos amigos se sirven unos á otros y luego se batén.

—Así es, respondió Usdrobal, y ya que te has empeñado en servirme, sírveme por completo, y haz de modo que yo la hable un momento.

—¿A quién? preguntó el paje.

Usdrobal apenas se atrevia á nombrarla, pero el paje le quitó ese trabajo.

—¡Ah! continuó diciendo, si, á Leonor; ya veo que estais muy enamorados los dos.

Si el rayo de luz de la linterna hubiera reflejado en el rostro de Usdrobal en aquel momento, tal vez los colores que se asomaron en él habrían confirmado al paje, que por lo ménos no habia mentido en la mitad de lo que habia dicho.

—Tu malicia te engaña, repuso Usdrobal con se-

riedad: has de saber que Leonor de Iscar ni me ama ni me puede amar, que ella es como el sol, y yo como el más miserable gusano que vivifican sus rayos. En fin, ¿puedes hacer que la vea? continuó despues de una pausa tomada sin duda para suspirar.

—Veré, respondió Jimeno, sígueme.

X.

Echó á andar el page alumbrado delante de su linterna, que iba disipando poco á poco las sombras segun pasaban, y Usdrobal á corta distancia le seguia melancólico y pensativo.

Cuando hubieron llegado cerca de la habitacion de Leonor, el paje se acercó muy quedito á Usdrobal, y le dijo al oido que le aguardara allí mientras iba á disponer que él entrase.

—Jimeno, le respondió Usdrobal, yo te creo mi mejor amigo si me proporcionas esta entrevista; te confesaré que no soy digno siquiera de servirte de escudero, y que todos los dias de mi vida te obedeceré y te seguiré á todas partes donde quieras llevarme.

—No es cosa para tanto, repuso el paje con frialdad, y te aseguro que no tienes nada que agradecerme.

Y dejándole solo continuó entre sí:—Si tu supieras que estás como el que van á ahorcar, que le dan cuanto pide, qué poco te gustaria esta entrevista. Yo

te juro que será la última que tengas en adelante. No volverás otra vez á estorbarme.

Entró hablando así en la habitacion de las prisioneras, y cerrando tras de él la puerta desapareció.

Media hora haria que le esperaba Usdrobal, cuando sintió la voz de Jimeno, y oyó poco despues que siseaban llamándole.

Acercóse con tímidos pasos y embargado el aliento, no por miedo que tuviera, sino porque iba á hablar á la mujer que amaba, y no es de aquellas empresas, aunque á la primera vista parezca lo contrario, que necesitan ménos determinacion, y mucho más en la situacion de nuestro aventurero.

Llegó por fin á la puerta sin atreverse á entrar, indeciso como si el natural arrojo del desembarazado mozo hubiera cedido á la timidez del amante.

—Entra, le dijo el paje, que parece que estás entumido, y no metas bulla.

Usdrobal no contestó una palabra, pero obedeció su mandato entre dudoso y resuelto lleno de placer, y al mismo tiempo con un peso sobre el corazon.

XI.

La estacion, como se ha dicho, era de verano, y el calor solia refrescar algun tanto por la tarde.

Las nubes que habian cubierto el cielo al entrar la noche se habian disipado á la salida de la luna, y aparecia la bóveda azul á intervalos, sembrada por una

parte de nubecillas blancas, entre las cuales, como bajo un velo finísimo de encaje, giraba la luna derramando su amortiguada luz, y solo á un extremo del horizonte se descubrían aun algunos celages negros.

Varias puertas de la habitacion daban, como se ha dicho, á un suntuoso jardin.

En una de ellas, sentada Leonor, tomaba á aquella hora el fresco más cuidadosa por su hermano, y distraída por su situacion, que ocupada de admirar el hermoso espectáculo que desenvolvía la noche á sus ojos.

El paje habia tenido cuidado de hacer retirar á todos los que la servían, y Usdrobal pudo entrar hasta allí sin que la sintiese ella misma.

Estaba sentada en una de las gradas de piedra que conducían al jardin, vuelta de espaldas á la puerta por donde Usdrobal entró, y éste no pudo ménos de suspenderse y pararse al verla y al oirla cantar con aquella voz argentina que tanto le llegaba al alma, el siguiente romance, que era entonces muy conocido.

*¿Hay pena más cruda,
hay mayor pesar,
que del que se odia
verse requebrar?*

Diránle en las armas
bizarro y audaz,
será con las damas
donoso y galán.
¿Qué importa?—En el mundo
no hay mayor pesar
que del que se odia
verse requebrar.

Dirán que en su escudo
grabados están
más timbres que lleva
arenas el mar;
que pecho le pagan
cien pueblos y más;
que puede mil lanzas
al rey presentar;
y que en sus castillos
su bandera ondea
que allá en la pelea
tembló el musulmán.
¿Qué importa?—En el mundo
no hay mayor pesar
que del que se odia
verse requebrar.

XII.

Habia escuchado Usdrobal su canto mirándola sin pestañear, estático y sin movimiento, parado á corta distancia de ella, como si fuera una estatua de hierro.

Veíase en sus ojos la ternura y la melancolía, y hubiera dado cuanto hay de bueno en el mundo porque aquel momento feliz de ilusiones hubiese sido el último de su vida.

El que ama interpreta todo cuanto vé y escucha, y Usdrobal, en la canción que acababa de oír, creyó leer el corazón de Leonor, y se confirmó en la idea de que ya que no fuese amado, no tenía al ménos rival.

Distraído con esto, apenas se acordaba ya del objeto de su venida, si otro tenía que el de verla, y

hasta que Leonor se levantó de su asiento no recobró su memoria.

—Señora..... le dijo con voz balbuciente.

—¡Oh! mi buen amigo Usdrobal, le respondió Leonor con suavidad, mucho me alegro de veros ántes de que llegue la hora de salir de aquí, porque, á decir la verdad, tiemblo que os suceda alguna desgracia.

La frente de Usdrobal pareció iluminarse de alegría, siendo el cuidado que Leonor mostraba por él más de lo que se atrevía á esperar.

—Mi intencion al venir aquí, repuso Usdrobal bajando los ojos, ha sido únicamente tranquilizaros y disipar cualquier temor que pudieseis tener de que saliera mal nuestra empresa.

—Os habeis portado conmigo mejor de lo que podia esperar, replicó Leonor, y mucho más no teniendo, como no teneis, motivo para favorecerme.

—Señora, repuso Usdrobal, era mi deber volveros la libertad que yo mismo ayudé á quitaros tan infame-mente. Y aunque es verdad que á vuestros ojos debe parecer extraño que un miserable bandido, un villano de nacimiento, y cuyos criminales hechos vos misma presenciásteis, trate de hacer una obra buena en su vida, no obstante, mi corazon no es malo, y yo.....

La voz le faltó al llegar aquí, y sus ojos caidos y el color encendido de su rostro mostraban bien á las claras los afectos de su alma. Leonor los interpretó de otro modo, y no vió en todo esto sino la vergüenza que el recuerdo de su mala accion le causaba.

—Yo he olvidado ya todo en cuanto á vos toca, respondió Leonor con dulzura, y sería muy injusta si os aborreciese.

—¡Oh! no, no me aborrezcais nunca, gritó Usdrobal arrojándose á sus piés de pronto: yo soy feliz con solo eso, con solo que me perdoneis, con solo que os digneis mirarme como al perro á quien echais el pan debajo de la mesa, sin odio, y con lástima.

—¿Qué haceis, Usdrobal? repuso la dama con altivez habiendo descubierto en sus descóncertadas acciones la causa de tantos servicios. Levantáos.

Usdrobal se puso en pié y se retiró atrás dos ó tres pasos con respetuoso ademan, y sin alzar los ojos, como si temiese empañar el brillo de aquel sol con sus miradas atrevidas.

—Perdonad, le dijo, si os he enojado con lo que he hecho; puedo jurar que no ha sido mi intencion ofenderos.

—Tal creo, replicó Leonor; pero desde aquí en adelante, cuando hayais cumplido vuestro ofrecimiento de sacarme de aquí, ya que tan gran servicio quereis hacerme, yo os haré pagar al precio que querais, y no volveremos á vernos más.

—¡Pagar! ¿Con dinero? murmuró Usdrobal; y una lágrima de fuego quemó al mismo tiempo sus párpados y se secó en sus encendidas mejillas.

Miróle Leonor, y no pudo ménos de conmoverse y extrañarse de la delicadeza de aquel villano.

—¿Y á qué hora, le preguntó, vendreis esta noche?

—Entre doce y una, respondió Usdrobal con acento melancólico. La seña serán tres golpes en esta pared que se abre, continuó señalando á un ángulo del cuarto; vos respondereis con otros tres, abriré yo entonces, y me seguireis.

—¿Y no correis ningun riesgo? preguntó Leonor.

—Creo que no, replicó Usdrobal; y aunque así sea, ¿qué vale la vida cuando se ha de pasar sin brillo y en el olvido, cuándo se ha nacido para arrastrarse enteramente como la culebra, que ni aun puede mirar al águila que se remonta?

En diciendo así quedó un momento pensativo, alzó despues los ojos, y los fijó en Leonor con una expresión tal de ternura y pena, que habria conmovido un mármol.

Leonor no le miraba.

Saludó en seguida y se retiró, dejándola llena de esperanza y de temor hasta que sonase la hora.

No bien hubo salido cuando halló al paje en la antesala, que le aguardaba.

—¿Qué tal? ¿Está todo ya concertado? le preguntó éste con su maliciosa sonrisa.

—Todo, respondió Usdrobal con sequedad.

—Pues ahora á descansar hasta luego.

—¿Falta mucho tiempo? preguntó Usdrobal con impaciencia.

—Tres horas lo ménos, repuso el paje. Parece que no sales muy satisfecho.

—¿Qué te importa? replicó Usdrobal bruscamente;

pero reconociendo la falta que cometia hablando así á quien tanto le favorecia, añadió:—No, descontento no; pero siento tener que aguardar tanto tiempo.

—Pues no hay más remedio que tener paciencia, contestó Jimeno.

—Si tu sangre te escaldara como á mí el corazon, no me darias esa respuesta. ¿Vendrás á buscarme?

—Sí. ¿Adónde?

—Ni yo lo sé, respondió Usdrobal. En cualquier parte. Estaré... paseando en la esplanada del castillo.

—Pues hasta luego.

—Adios.

Capítulo XVIII.

Salen con tanto silencio
que ni las nocturnas aves
sienten sus secretos pasos,
ni los veladores canes.

Sacan los alfanjes fieros,
derriban los capellares,
y tiranse fuertes golpes
con pensamientos mortales.
Crece la rabia y desden,
la fuerza, rabia y coraje,
y saltan vivas centellas
de los duros pedernales.

(Romancero.)

I.

La campana de la iglesia principal tocaba á maitines cuando Usdrobal, que en vano habia tratado de descansar, salió á la esplanada del castillo con la misma impaciencia que si mil chispas hubieran caído sobre él, y le abrasaran en todas partes á un tiempo.

El camino del desierto no se le hace más lejos al caminante fatigado y sediento, el día de fiesta no le

parece más tardo en llegar al jornalero holgazan, ni camina tan lenta la eternidad para el condenado, como le habian parecido perezosas las horas al impaciente Usdrobal. No así al paje. Su alma de hielo, y estragada por un amor propio insufrible y su mal corazon, estaban muy acostumbrados á ver sufrir y á sentir una complacencia secreta en los padecimientos ajenos.

Criado desde niño al lado de Saldaña y educado en el crimen, ambicioso por naturaleza y astuto, traidor y maligno por instinto, sabia tomar cuantas formas exteriores le acomodaban, y encubria bajo la lindeza de su rostro y la flexibilidad de sus facciones, la más refinada perversidad.

Sin duda nació ya inclinado al mal, y su educacion acabó de completar su carácter; su amor propio le hacia querer dominar donde quiera, y sobre todo á las mujeres, á quienes aunque parecia mirar con desprecio, trataba siempre de rendir, siendo este el triunfo que más lisonjeaba su vanidad.

Su amor propio producía en él los mismos efectos que la pasión más desenfrenada, no perdonando medio alguno para lograr su intento y satisfacer su orgullo ó su venganza.

Su ambicion le hacia mirar con odio á cuantos eran más que él, y él solo era paje de lanza; en fin, sus dotes eran dignas de cualquier proteo político de nuestros días.

Llegaba ya el término de su venganza y habia pa-

sado las tres horas que tan pesadas habian parecido á Usdrobal, gozándose en sus planes futuros y embriagado en los sueños de oro con que halagan la malicia y la perversidad, igualmente que la virtud y la inocencia.

Dormia Saldaña, su hermana llena de cuidado habia venido á asistirle, y salió á buscar á Usdrobal.

Todo estaba callado en el castillo y solo tal vez se oia el ladrido lejano de algun perro ó el canto sordo y monótono del centinela, que entretenia el tiempo cantando ó paseando.

La luna se habia ya ocultado, y los celajes negros con que habia entrado la noche, habian vuelto á velar con su fúnebre manto el horizonte.

Todo era oscuridad y silencio, y solo tal cual amortiguada luz se veia ondular á lo lejos, tal cual estrella casi oscurecida vibraba de cuando en cuando sus trémulos destellos sobre la tierra.

Usdrobal se paseaba lentamente, cuando oyó junto á sí pasos y una voz de allí á poco que le nombraba.

—¡Usdrobal, Usdrobal! ¿Estás ahí?

—¿Eres tú, Jimeno?

—Silencio, respondió éste, cuya era efectivamente la voz: sígueme.

—Déjame me coja á tí para atravesar esas galerías, que debes tú conocer mejor que yo.

—Aquí está mi brazo. ¡Silencio!

Diciendo así le presentó el brazo derecho, de que asió Usdrobal el izquierdo, y echaron á andar.

II.

Al entrar en la galería sacó el paje su linterna sorda, y enviando la luz contra una pared, dijo:

—Aquí es: entremos.

Y llegándose á ella, luchó un momento con un resorte que muy disimulado estaba, y al punto se abrió la puerta.

—Este es el camino, entremos; ya podemos aquí usar sin peligro de mi linterna.

Era un callejon oscuro y estrecho que se formaba en el centro de la pared, y que volvía á un lado y á otro, segun torcia el corredor ó la sala á que sus paredes servian de muro.

—¿Pues si habiamos de venir por aquí, preguntó Usdrobal, qué mas daba que esto se hubiese hecho dos horas hace?

—Habla bajo, repuso el paje despues de haber vuelto á correr la puerta, que sonó como si fuera de hierro.

—Importaba separar un centinela que debia estar en cierta parte por donde tenemos que pasar por fuerza, y no se podia hacer antes.

No preguntó más Usdrobal ni el paje habló más palabra: sus pasos resonaban solo en aquella estrecha bóveda, y cualquiera, al sentirlos transitar á aquella hora sin verlos desde cualquiera de las habitaciones

contiguas, habria creído que hacia aquel rumor sordo alguna alma en pena.

No dejó tal vez de pensarlo alguno y de santiguarse.

Dá ahí tres golpes, le dijo el paje á Usdrobal cuando llegaron, despues de muchas vueltas y revueltas, á un ángulo saliente que formaba el extremo de alguna sala.

—Usdrobal respondió, si esto es piedra, mal podrán oirme.

—Dalos sin miedo, que aunque parezca piedra no es sino hierro.

Diólos, pues, con mucha pausa, y al punto resonaron otros tres en respuesta.

—Es ella, se dijo á sí mismo, y se estremeció involuntariamente.

—Déjame abrir, le dijo el paje, y habiéndose hecho atrás para darle paso, Jimeno se adelantó, procuró hallar el resorte, y luego que lo hubo encontrado se abrió allí otra puerta semejante á la primera por donde ellos habian entrado.

—Usdrobal, dijo una voz suavísima que vibró en el corazon del aventurero, y Leonor entró en el corredor toda trémula y asustada.

III.

Marcharon los tres en silencio aun algun tiempo, y Usdrobal tomó el lado de Leonor, mas cuidadoso de ella ue una madre puede estarlo del hijo de sus entrañas.

Abrió el paje otra puerta, y salieron á una escalerilla de caracol que Usdrobal reconoció por una de las muchas que salian de las torres de la fortaleza.

A lo lejos la vista descubria en monton y confusamente el campo, las empalizadas y las demás obras del castillo; de cerca no se veían los dedos de la mano.

Al llegar allí paróse el paje, y echó una mirada maligna á Usdrobal, bañándole en luz el rostro.

—Puesto que vienes armado, toma la izquierda de la escalerilla, y ve con cuidado. No os asustéis, señora, no es nada; pura precaucion.

—Colocaos así detras de mí, dijo el aventurero á Leonor, que si alguno sube tendrá que pasar por mi cuerpo para llegar hasta vos.

—Y yo le deslumbraré con mi linterna, pero no hay miedo.

—Con la espada en la mano no lo tengo yo á nadie, repuso Usdrobal desenvainándola.

Usdrobal iba delante, seguiale Leonor sin respirar apenas, y el paje bajaba detras alumbrando con su linterna. De repente la luz falta, suenan dos palmadas, y dos ó tres espadas caen sobre Usdrobal, cuyos golpes se repiten sobre su armadura cada vez con más furia.

—¡Traidores! gritó el aventurero, y mil golpes resonaron de nuevo, y volaron mil chispas á un tiempo por todas partes.

—¡Dios mio! gritó Leonor, nos han vendido. Y cayó desmayada, al mismo tiempo que se sintió asir con fuerza y arrebatarse por el aire.

IV.

El combate seguía, todo estaba á oscuras, y no se oía una voz ni un quejido.

El martilleo de las armas continuaba cada vez con más furia.

No sabía Usdrobal cuántos le acometían; pero sus enemigos á su parecer se multiplicaban.

La escalera era muy estrecha, y nadie podía subir mientras él defendiera el paso, y á pesar de esto siempre hallaba enemigos detrás y delante de él. Crujía el hierro, retumbaban los golpes, y solo se oía alguna vez el bramido sordo de los combatientes.

De pronto se oye un golpe en el suelo, como el que pudiera hacer un hombre armado al caer, y un ¡ay! en seguida.

Después retumbó con estrépito rodando las escaleras, sonó otro quejido en el mismo instante, y otro golpe, y la pelea pareció como suspendida.

—Por vida del Cid, dijo uno, gracias á Dios que ese demonio ha muerto.

—No he visto gato con mas vidas, añadió otro á tiempo que por sus pasos se conocía que se retiraban, era un alano de buena presa.

—Quizá no esté todavía bien muerto.

—No hay hueso en su cuerpo que no esté hecho polvo. ¿No has sentido cómo rodó la escalera?

V.

Signieron hablando, sin duda, pero su voz fué poco á poco perdiéndose en la distancia, hasta que otra vez todo volvió á quedar en silencio.

Aquella misma noche, poco después, dos hombres atravesaron la esplanada del castillo.

—¿Es este, preguntó el del farol alargando la cabeza á mirar abajo, y sirviéndose de su linterna, que iluminó la superficie del foso, es este el sitio más hondo?

—Por Santiago, ¿tienes miedo todavía que se escape? repuso el otro, que habiendo echado al suelo la carga dejó ver un cadáver horriblemente descoyuntado y quebrantados todos sus huesos, cubierto en partes de una armadura no menos magullada y hecha pedazos.

Cogióle por los pies uno de aquellos hombres, mientras el otro le suspendía por los brazos, y habiendo tomado vuelo le lanzaron al foso, que estaba lleno de agua, cuyo pacífico curso alborotó su caída.

Capítulo XIX.

No sabe por qué via aprovecharse
de enemigo tan fuerte y poderoso,
ni cómo con su cólera vengarse,
pues vengarse ó morir le es ya forzoso.

(Bernardo.—Poema.)

I.

Mientras los sucesos referidos pasaban en el castillo de Cuellar, yacia tambien mal herido en su lecho el señor de Iscar, y todo estaba sombrío y triste en su fortaleza.

El cantor habia roto su lira, falto ya de entusiasmo para pulsarla, Nuño parecia haber perdido su ordinaria locuacidad, y los demás servidores de D. Hernando se perdian en cavilaciones preguntándose unos á otros por doña Leonor, dándose mutuamente noticias de ella, fundadas solo en presunciones vagas, todos todos hablando en voz baja, y como temerosos de despertar la cólera de su señor, cuyas heridas, aunque leves de suyo, se hacian peligrosas con la ardiente calentura que le consumia.

Baste decir, que Nuño y el trovador habian puesto treguas á sus disputas, y que solo de tiempo en tiempo tal cual palabra mordaz daba á entender que no por eso habia cesado enteramente la guerra.

Ambos á dos se esmeraban en cuidar á su señor, que devorado interiormente de mil pesares y crueles imaginaciones, habia caido en una fiebre continua que no solo burlaba la vigilancia de los dos fieles vasallos, sino tambien el arte y el talento de los tres más famosos Hipócrates de aquella época que le asistian.

Estaba entonces la ciencia de la medicina con corta diferencia como está hoy dia, en la infancia; pero particularmente entre los cristianos se hallaba tan abandonada, que apenas se encontraba un médico para un remedio.

Dichosa edad, por cierto, aquella en que cada uno moria de su enfermedad y no de su médico, como dice Quevedo, y en que se podia morir cualquier hombre honrado sin tantas fórmulas como en el dia se usan.

Dichosa edad, repetimos, porque en ella blancas y pulidas manos de hermosas damas se ejercitaban á veces en curar así las heridas del cuerpo como las del alma á los caballeros intrépidos, y hacian el oficio que ahora solo desempeñan las callosas y poco limpias de algun impío barbero en los lugares de por ahí cuando algun malogrado paciente les viene como llovido para saciar en él su sed de sangre y sus horribles escalpelos, que harán que se horripile el hombre de más valor.

Solo en aquellos tiempos puede decirse que cultiva-

ban la ciencia homicida con algún fruto los ilustrados árabes y los judíos, que así en esto como en todo lo que toca á ciencias y artes, en particular los primeros, nos han dejado profundas huellas de su asombrosa sabiduría.

Los Avicenas, los Averroes, sirven aun de regla á nuestros más presumidos galenos, y justamente en el siglo de D. Alonso el Sábio fué cuando los judíos, favorecidos de este monarca, que protegía el talento donde quiera que se encontraba, comentaron la Biblia, escribieron de medicina, de astrología, etc., y se les debieron muchos y muy curiosos inventos.

Sucedía, no obstante, que siendo mal visto que un cristiano viejo se dejase curar por un judío, á quien todos ó la mayor parte, de comun acuerdo hubieran querido quemar en honra y gloria de Dios, había hombre que prefería morirse á deber la vida á los hechizos y cabalísticas palabras de que se creía que usaba aquella maldita raza, puesto que no eran los hijos de Israel tan poco filantrópicos que prodigasen sus remedios á todo el mundo.

Ninguno de estos famosos empíricos asistía al impaciente hermano de la desdichada Leonor, que nunca más que entonces hubiera deseado la salud, y cuya ansia y desasosiego eran las principales causas de su enfermedad.

Su hermana, presa y deshonorada, estaba delante de él á todas horas presente en sus delirios, ya tachándole de perezoso, de cobarde y mal caballero, ya

reprendiéndole de haber desamparado á la que su padre le encomendó al morir, á la que desvalida y sin otro amigo que él en el universo, esperaba de él solo su salvación.

El furor que entonces le sacaba fuera de sí, le hacía saltar del lecho, dar voces, maltratar á cuantos le rodeaban, pedir sus armas, y resistirse furiosamente á los esfuerzos de los que interesados por su salud trataban de sosegarle y contenerle.

Captítulo XX.

Quién á la ropa y quién al cofre aguija,
quién abre, quién desquicia y desencaja,
quién no deja fardel ni baratija,
quién contiene, quién riñe, quién baraja,
quién alega y se mete á la partija.

(Araucana de Ercilla.)

I.

El lector se acordará del llano ó plaza de arena en que Usdrobal fué presentado por el Velludo á los honrados habitantes del bosque, sus servidores, y en donde tomó á su cargo el piadoso Zacarías educarle como convenia para el ejercicio que habia abrazado.

Pues minuto más ó menos á aquella misma hora y en aquel mismo sitio algunos dias despues de la aventura del capitan con la maga, estaban reunidos varios individuos de la partida, no razonando alegremente unos con otros, ni trasegando el alma de algun pellejo de vino á sus insaciables estómagos, segun costumbre, ni admitiendo en su seno ningun jóven cuya no-

ble alma no pudiera sufrir el peso de la ociosidad, sino muy solícitos y divertidos en aligerar el peso de las maletas y faltriqueras de una tropa de viajeros que por su mal habian acertado á encontrarse con ellos en aquel desierto.

Cuatro eran los caminantes, y todos parecian por su traje ser gente comerciante, que como era entonces uso, llevaban de pueblo en pueblo sus mercancías, trocándolas por otras ó por dinero en los mercados públicos, y solo se distinguian de los que llaman buhoneros en que en vez de llevarlos á cuestras y caminar á pié, sus fardos iban á lomo sobre una mula, y ellos montados en sendos animales de la misma raza.

Pero en el momento que se trata, los bandoleros, compadecidos sin duda de la enorme carga que oprimia y fatigaba á las pobres bestias, habian hecho apeaar de sus cabalgaduras á los mal aventurados viandantes, y aliviado de su desmedida carga á la que llevaba delante guiándola del ronzal un mozo de pocos años que iba allí de espolique.

Habíalos visto desde los pinares el compungido Zacarías, que avisó al momento á sus compañeros sin cambiar su mística fisonomía, y sin dejar de rezar al mismo tiempo, mandándoles que estuviesen alerta para sorprenderlos.

—Hijos mios, les dijo, ahí viene una raza de pecadores de aquellos que el Señor ha dicho *pulvis eris et in pulvere reverteris*; de judíos digo, pueblo, como sa-

beis, maldito, y cuyos bienes podemos confiscar á nuestro favor sin el más pequeño remordimiento y cumpliendo con nuestro deber. Son cuatro hebreos, enemigos de toda bolsa cristiana, cuatro sanguijuelas hidrópicas de la sangre del justo; y pasó una cuenta á su rosario murmurando un *Pater noster* al mismo tiempo.

—Voto á Deu, respondió el catalan, que hélos que se dirijan aquí, y me importa á mí lo mateis que un trago de vino si son cristianos ó judíos, con tal que traigan dinero.

—Buena mula es la que viene delante, dijo el bizzo, y por las barbas del Cid, que no se puede mover de cargada.

—Manos á la obra, gritaron los otros; y se pusieron todos en movimiento.

—Silencio, hijos míos, y mucha caridad sobre todo y que no vayan al otro mundo sin confesion; ya que Dios los trae aquí, yo me encargo de convertirlos si son judíos, como es regular.

—Dos por aquí, mandó con su voz áspera el catalan señalando á la derecha, cuatro á la izquierda y los demás conmigo: yo voy delante.

—*Domine exaudi mihi*, dijo Zacarías; y echó mano á su cuchillo sin dejar el rosario, andando al lado del catalan: Dios pondrá tiento en nuestras manos y perdone nuestros pecados.

—Voto va Deu, ¡já ellos! gritó Urgel desaforadamente á tiempo que casi iban los viajeros á tropezar

con ellos, todavía sin haberlos visto á causa de la espesura del bosque.

El primero que rompía la marcha era el mozo de espuela, que muy descuidado de la que le esperaba venia alegremente silbando, y que apenas oyó el grito de á ellos cuando sintió un garrotazo sobre la frente tan descomunal y tremendo, que cayó en tierra con la cabeza abierta y bañado en sangre.

Fué el primer saludo con que se esplicó el formidable catalan antes de decir palabra.

Zacarías echó mano al ronzal de la mula, que espantada con el porrazo y la airada presencia del apaleador, se habia levantado de manos y trataba de volver grupas.

Estaba el buen anacoreta destellando avaricia por los ojos, rezando muy aprisa, y señor ya de la carga, que era el blanco de sus más fervorosas súplicas.

II.

Esta fué la señal de la arremetida, y los demás, emboscados á derecha é izquierda, cayeron como halcones sobre su presa con los alfanjes y las espadas en la mano, dando gritos y dispuestos á asesinar al primero que se resistiese.

El catalan, que disfrutaba tanto placer en pegar como en robar, puesta en alto su partesana, se arrojó en seguida de haber derribado al mozo, sobre los desdichados mercaderes, que al ver caer sobre ellos aque-

lla nube de foragidos no sabian qué hacerse, y ni hacian muestra de rendirse, ni de huir, ni de defenderse.

Alguno, cuya cabalgadura no estaba acostumbrada á niñerías semejantes, no pudiendo resistir sus corcovos, dió consigo una caída, que los vencedores tomaron por una señal clara de su sumision.

En efecto, todos ellos eran gente pacífica y mal avenida con todo género de refriegas, por lo que el triunfo no fué muy costoso ni tardó en decidirse por los bandidos más tiempo del que tardaron en hacerlos echar pié á tierra y atarlos á los árboles que formaban la plaza.

—Amigos, gritaba uno de los viajeros, que era precisamente el que habia derribado su mula, calvo con solo algunos mechones blancos en la cabeza, pequeño de cuerpo y flaco, cara larga, nariz aguileña, ojos negros, pero sin brillo, y la barba cana y poblada; amigos míos, no teneis necesidad de atarnos, nosotros no nos hemos de defender, y os daremos de buena gana cuanto traemos sin que tengais que decirnos siquiera una mala palabra.

—Raza descreida, repuso Zacarías con su voz de vieja, tú eres de los que ataron á una columna á nuestro Redentor; cuida que si no fuera por que pienso hacer de tí un cristiano tan santo como el que más, cuando hayas vuelto á cada uno de por sí lo mucho que habrás robado, y que es por lo que has de empezar ahora mismo, cuida que no se les ponga en la idea

á estos honrados hermanos abrirte las carnes á azotes por ladron, como casi me dan intenciones de aconsejárselo: *quia tu est ad verberandum.*

—Veo amigo lad... quiero decir, buen hombre, respondió el viejo con serenidad, que nos tratas mal sin merecerlo, y que partes de un principio erróneo dando por cierto lo que es enteramente falso.

—Al diablo tanto hablar, voto á Deu, gritó el catalán: ¿qué haceis sin catar de lo que traigan esos borrachos?

—Has de saber, santo varon, gritaba el mercader viejo, que aquí no viene ningun judío, sino que somos gente pacífica que vamos á nuestro comercio.

—Pues entonces, hijo mio, le respondió Zacarías registrándole al mismo tiempo, perdona por Dios esta ofensa que te he hecho contra mi voluntad, y suelta el dinero que traigas contigo por amor de él, y como ordena la caridad cristiana.

—Pardiez, que esta es buena gente, gritaba el bizco á tiempo que él y otros tres descargaban la mula que traía las mercancías. No parece sino que estan estos cajones llenos de plomo segun lo que pesan.

—Eso será hierro sin duda, añadió el veterano de la cara cortada, que ó el sonido me engaña mucho, ó lo que va dentro son sedas y lienzo como yo soy turco.

—No lo creais buenas gentes: son algunas telas de poco valor lo que ahí va que para nada os sirven, les gritó el viajero; regalos que yo llevaba á Valladolid

para su alteza D. Sancho IV, rey de Castilla: los enviaba el señor de Aguilar con algunas otras bujerías.

—Tanto mejor, voto á Deu, gritó el catalan; el rey de Castilla non pas tindrà eso que dices, y haz cuenta que lo has portat por nosaltros.

—Sí, pero temed el enojo del rey, replicó el viejo, á quien ya habian enteramente desbalijado, así como á sus compañeros, y que tenia al parecer mucho interés en que no viesen lo que venia en los cajones; ya veis, prosiguió, yo lo digo por vuestro bien. Cuenta con lo que haceis con lo que pertenece á su alteza; ahí teneis lo mio y lo de mis compañeros; con eso podeis hacer lo que querais sin miedo, quedaros con ello ó devolvérmolo; pero el regalo del señor Aguilar...

—Anda tú, el rey y el señor de Aguilar á los infiernos, respondió el de la cara cortada. Abrámoslo de una vez, que todo lo mas que harán si nos prenden será ahorcarnos, y eso que robemos ó no robemos al rey, habrá de suceder lo mismo.

—Tienes razon, dijo el bizco, y á mas que morir ahorcado es una muerte en que se adelanta para subir al cielo todo lo que falta para llegar con los piés al suelo, y ya que lo han de colgar á uno, que no sea por una niñería, sino por haber hecho algo que merezca contarse.

—Abrir los cajones de una vez, y basta ya de charla, gritó otro.

III.

Empezaron á descargar golpes sobre las cajas muy de prisa y con toda su fuerza, y ya empezaban á saltar astillas y á crugir las tablas, á despecho de los consejos que continuaba dándoles el viajero, y de sus gritos, súplicas y amenazas, cuando Zacarías, que hasta entonces habia estado hincado de rodillas rezando, y empleado asimismo en desliar, registrar, inquirir y escudriñar pliegue por pliegue y muy detenidamente un gaban ó alforja que traía el caminante, se levantó despues de haber escondido debajo de todo, á un lado, un cajon de boj, largo de una vara y con molduras de plata en los extremos, cerrado con un resorte que él no entendia; y dejando para luego enterarse de lo que habia dentro, hizo á los otros que suspendiesen su faena, pidiendo que se dispusiese en concilio lo que habia de hacerse.

—Hijos mios, les dijo, por todos los apóstoles juntos os ruego humildemente que pongais atencion en las palabras de ese buen viejo que está ahí atado, y que hoy ha ganado el cielo por la mansedumbre y generosidad con que nos ha entregado voluntariamente lo que traia superfluo, para socorrer nuestras necesidades. Vedle ahí, que se desgañita rogándonos que no se toque al regalo que lleva para el ungido, vedle ahí, que me parece que en este poco tiempo se

ha puesto más flaco aun y más viejo que cuando llegó, y se ha achicado una cuarta. Tened paciencia, hijos míos, y no me interrumpais, que nadie nos corre, y menester es tenerla en las adversidades. Oidme hasta el fin, y juzgareis. Ya veis, amados hijos de mi ternura, que nuestro cristiano capitan no está aquí ahora, y que es antigua usanza entre nosotros, cuando aquel santo varón (bendígale Dios), no se halla presente, tomar el parecer de cada uno, y que todo el mundo dé francamente su opinion. La mia, pues, es de que se abran las cajas, y Dios nos dé aquí paz y despues gloria.

—Pues á fé mia que ya podian estar abiertas, y para eso, repuso el bizco, no habia necesidad de predicarnos ningun sermon.

—Voto á Deu, que no oiga yo más discursos.

—Ni yo, ni yo, gritaron todos; y se dispusieron á empezar de nuevo con más empeño.

—Con todo, gritó Zacarías, con un chillido agudo como el de un pito, oidme. Puede el viajero ó alguno de sus cofrades ofrecerse en pío sacrificio en lugar de esas cajas, y con tal que esté dispuesto á sufrir sobre su cuerpo los golpes que ellas habian de llevar, soy de opinion de hacerles esta obra de misericordia, y que se atienda á sus ruegos.

Una ruidosa carcajada aplaudió esta sábia determinacion del benéfico Zacarías, y el pobre robado y sus compañeros, empezaron á temblar y dar diente con diente, temerosos de sufrir la pena á que los conde-

naba, en caso de quedarse libres las mercancías de todo daño y embargo.

—¿Tuerces el hocico, mal hombre, prosiguió Zacarías, yo que habia pensado en enviarte hoy al cielo porque creí que ahora te irias allá derecho, tomando todo cuanto aquí se hiciera por bien de tu alma, y en penitencia de tus pecados, y ahora no parece sino que te causa cierto disgusto mi buena intencion? Ea, muchachos, puesto que nuestra opinion es una misma manos á la obra, y á trabajar con el ayuda de Dios, mientras yo convierto á este impío, hombre sin fé y sin resignacion.

No aguardaron los acólitos del mal ladron á oir hasta el fin su arenga, sino que llenos de brio empezaron á golpear tan de firme y tan á prisa, que á poco tiempo no quedó tabla de las que formaban las cajas, que no hubiese saltado echa piezas.

Pero cuál fué su asombro cuando en vez de los magníficos dones que pensaban hallar, enviados al rey por uno de los ricos-homes de más fama, vieron rodar por el campo en monton y con grande estrépito, una porcion de yelmos, corazas y otras armas defensivas y ofensivas de que venian preñadas las cajas, y que en su hechura y artificio más parecian propias para soldados, que para regalar á un monarca.

—Por San Cosme bendito, dijo uno de los bandidos, que tanto puchero de hierro como viene aquí, no será para que ponga el rey la olla, ni para eso se los enviará ese señor.

—Vive Dios que las mercancías son de gusto, y que más seguro va en estos tiempos un hombre con un traje como este que con un vestido de seda.

—Voto á Deu, añadió el catalan tomando un casco en la mano, que más vale guarir así el cap que con un bonete de cuero.

Y arrojó el que llevaba en la cabeza y se caló en su lugar el yelmo.

Pero nada igualó al asombro de Zacarías, que habiendo abierto por fin la caja de boj en que esperaba hallar por lo ménos algunas joyas de raro valor, y que con mucho cuidado habia tratado de ocultar á sus compañeros para no tener que partir con ellos, halló dos cosas entre otras varias, capaces de trastornar el juicio más sano del hombre más entendido de aquellos tiempos.

Era una de ellas una bola de cristal muy pequeña, dentro de la cual vivía y al parecer se agitaba un animal disforme, un elefante de desmesurada grandeza, un demonio sin duda, porque solo un demonio podía habitar en tan pequeño espacio, infinitamente reducido para dar cabida á tan desproporcionada y estraña bestia.

Sus ojos, de estraordinario tamaño, parecían quererse tragar al que lo miraba; su trompa inmensa podia sin trabajo alguno sepultar un hombre de una vez en su vientre; su piel, de un color oscuro con algunas manchas, era sin duda impenetrable al arma más bien templada; y una infinidad de piés y piernas

sostenian como columnas aquella mole ponderosa que al mismo tiempo gozaba sin duda de tanta comodidad en aquella estrecha vivienda, como si se hallase en un anchuroso palacio.

No creyó ménos Zacarías si no que allí estaba encerrado algun diablo, y tirando la bola de cristal con la prontitud de aquel que se quema, se hincó de rodillas, se persignó mil veces, besó el suelo, y empezó á rezar y á darse golpes de pecho con la mayor devocion, pidiendo á Dios que apartase aquel mal espíritu de su presencia.

Era la otra una varita de hierro con un rueda de metal á un extremo, fija en un punto dado de un esqueleto de relój, y que lo mismo fué sacarla, al impulso que recibió principió á ondular á un lado y á otro por sí sola con movimiento muy concertado. (1)

—¿No os lo dije yo que era un judío? Hermanos míos, este hombre tiene hecho pacto con el demonio, gritó Zacarías pálido de temor; aquí lo tiene encerrado, es menester matarlo, hacerlo quemar aquí mismo.

Acudieron todos á ver qué era lo que hacia dar tantos gritos y salir fuera de sus casillas al hombre de sangre más fria que habia entre ellos, espantados todos de verle tan fuera de sí, y algunos creidos que habia perdido la cabeza completamente.

(1) El abate Andrés, en su obra de la literatura, disputa la invencion de la péndola á los modernos, atribuyéndosela á los árabes, y para probarlo cita la opinion de algunos eruditos.

—¿Qué diablos teneis, maestro Zacarías, preguntó el veterano, que no parece sino que habeis tenido una vision del infierno, y que os habeis vuelto loco?

—Y como que he tenido una vision, respondió Zacarías: *de profundis clamavit miserere mei domine secundum..... secundum.....* ¡memoria! ¡memoria! ¡Ah! *Miserrima civitas*. Eso es, se dijo á sí mismo como satisfecho de haber atinado con el texto. Lo he visto, señor Tinieblas, y vos lo podeis ver si quereis; ahí está, si teneis ánimo para tomarlo en la mano..... Es menester quemar á este hombre: es judio y mágico.

—*Vade retro*, respondió Tinieblas sin atreverse á mirar á donde señalaba Zacarías con la mano; la Virgen Santa me valga, que no quiero yo nada con esa gente. No hay duda, es menester quemar á este hombre.

IV.

Difícil es que ninguno de nuestros lectores pueda formarse idea exacta de lo que pasaba en el alma de los viajeros, especialmente del que parecia más principal, y que era el que estaba más en peligro.

Todo el mundo le miraba ya con horror, le maldecia, y hasta el mejor intencionado de los bandidos deseaba ya verle arder y se preparaba á derribar árboles y á formar la hoguera.

En vano el pobre hombre se esforzaba á persuadirles que aquel animal tan estupendo y prodigioso no era

mas que una pulga, en vano pedia que no le rompiesen el hierro que andaba solo, pues no era sino un reloj como cualquiera otro de sol, sino que de distinta construccion y hechura, en vano les rogaba encarecidamente que no le matasen, y les ofrecia montes de oro por su rescate, que un momento antes les hubiera hecho abrir tanto ojo: todo era inútil; promesas, ruegos, amenazas, lágrimas, nada podia ablandar aquellos corazones de piedra, y era lo bueno que los mas de ellos aun no sabian porqué era aquella ansia de que habia de quemar á aquel hombre, ni se cuidaban de preguntarlo, y eran los que mas voceaban y le maldecian, y empezaban ya á partir leña.

Con todo, el alboroto llegó á su colmo cuando el catalan tomó en la mano el funesto cristal, y mil diversas caricaturas, unas de susto, otras de horror, la boca abierta, los ojos desencajados, los pelo tiesos, se pararon á mirarlos atónitos y frios de lo que veian.

El solo tuvo valor para cogerlo con la mano, y levantando el brazo en alto para que todo el mundo pudiera ver aquel tan prodigioso hechizo, pálido y persignándose al mismo tiempo, hubo un momento de estupor general en todos, y no parecia sino que de veras habian quedado encantados, segun el silencio que guardaban y la inmovilidad en que sus cuerpos por largo rato estuvieron.

Pero luego que dió lugar el pasmo y asombro del primer momento á la reflexion, y cada uno echó sus cálculos allá entre sí, y pesó y examinó la enormidad

del crimen, y con lo que añadía cada cual de suyo y el odio natural en toda alma cristiana contra la brujería y el demonio, se irritó la cólera de aquella gente feroz, que, sin verdadera religion, estaban llenos de todas las supersticiones posibles, empezó un murmullo semejante al que hacen los árboles del bosque en señal del huracán que se acerca, y luego alzaron el grito, y todos corrieron á hacinar leña para formar la hoguera.

—Es menester quemar esa bestia, gritaba uno.

—Y á ese viejo judío con ella, decia otro.

—Y á los otros tres con él.

—Y al mozo de mulas.

—Y las mulas, y los cajones, y las armas, añadía el bizeo.

—Voto á Deu, y los potingues que ahí trae, proseguía el catalán.

—Y esos librotos viejos, y los papeles, y sus almas, que se las lleve el demonio.

—Y todo por la gloria de Dios, concluía Zacarías, que no hacía sino rezar al mismo tiempo que colocaba en buena disposicion la leña que iban cortando los otros.

—Dios de Jacob, padre Abraham, sacadme de este aprieto, clamaba el pobre judío, que sin duda lo era á juzgar por sus exclamaciones. Sacadme con bien de manos de estos tigres despiadados, libradme como á Daniel de las garras de los leones. Amigos míos, queridos amigos míos, prosiguió volviéndose á los

bandidos, yo soy viejo, estos tres hombres que estan ahí son mis criados, nosotros no os hemos hecho mal nunca. ¿Qué gloria podeis sacar de quemar á hombres como nosotros, que somos los cautivos de vuestra lanza? ¿Queréis que mi hijo, á quien dejé en Aragon, pregunte cuándo volverá á ver á su padre, y su madre no le responda y llore? Queridos míos, vosotros no sois malos, lo sé, yo lo sé muy bien que no quereis ensangrentaros en un viejo débil. Estais engañados en lo que creéis: si me dejais un momento ese pedazo de cristal, un momento no mas, yo haré ver en qué consiste vuestro engaño; pero vosotros no os hagais mal.

—Loado sea el Señor, que ya arde la leña: Dios me perdone, que me ha costado mucho trabajo encenderla.

—Ea, pues, cada uno al suyo, gritó el tío Tinieblas; pronto á desatacarlos y asarlos, que no se hace mas en eso que lo que se debe.

¡Que mueran, que mueran! vociferaban todos.

Y cortando de un golpe las cuerdas que ligaban á los árboles los desdichados viajeros, sin atender á sus lágrimas, ni á sus súplicas, empezaron á arrastrarlos hácia la hoguera en que ardía ya medio monte, y cuyas llamas, impelidas del viento, se levantaban sobre las copas de los pinos mas altos, como si amenazaran al cielo, despidiendo al mismo tiempo columnas de humo que envolvian la luz del sol, y daban un aspecto mas negro á aquel espantoso cuadro.

Figúrese el lector una ancha plaza rodeada por todas partes de árboles, y capaz de contener en su ámbito mas de mil á dos mil soldados.

En medio de ella pinos enteros ardiendo, cuyas llamas, mezcladas con el humo que con ellas se levantaba, daban un color cárdeno al dia, ennegreciendo la atmósfera al mismo tiempo.

El calor era irresistible, y á mas de cincuenta pasos á la redonda era casi imposible aguantarlo.

Al rededor de este fuego, é iluminados con la opaca lumbré sus cetrinos rostros, doce ó catorce bandidos con todas las señales de la miseria y de la ferocidad en sus estúpidas fisonomías, arrastrando entre cada tres ó cuatro de ellos un hombre cuyos gritos, gestos y contorsiones le hacian parecer un endemoniado, dando ellos al mismo tiempo voces, echando torpes juramentos, soltando risas y carcajadas horribles, ó profanando con sus súcias bocas los nombres mas santos que invocaban. Figurémonos, en fin, una porcion de demonios arrastrando al fuego eterno las almas de los condenados, y solo así tendremos una idea exacta de escena tan horrorosa.

—La maldicion del Dios de Israel se desplome sobre vosotros, gritaba el judío viejo, luchando y reluchando con el bizco y el catalan, mientras Zacarías le pinchaba por detras con su cuchillo para hacerle andar.

—Yo soy un embajador del rey de Aragon... Tened cuenta con lo que... Yo daré un millon de oro por mi vida... Tened compasion de mí... Yo os explicaré lo que es eso... dejadme un momento que os hable. ¿Dónde está vuestro capitan?

Y al mismo tiempo se tendia en el suelo, se defendia á coces, á puños y á bocados; arrojaba espuma por la boca, revolvía los ojos en remolinos espantosos, su rostro estaba morado, sus labios negros, y sus lamentos, sus rugidos y sus maldiciones hubieran podido hacer estremecerse á una roca. La desesperacion, aunque viejo y débil, le prestaba fuerza en tanto grado, que apenas podian sujetarle los brazos robustos de los dos ladrones, y aun no le habian meneado dos pasos.

—Voto á Deu, mala ira te trinq, el coll que és menester una corda y atemos este perro con una legion de diablos.

—Mírale que pelos pone, grito el bizco, y oye los berridos que dá que me atraviesan el cerebro como si fueran puñales; juro á Dios, añadió sacudiéndose una mano, que me ha partido un dedo de un mordisco, y que estoy por matarle aquí mismo de una puñalada, mas que no se queme en su vida.

—Caridad, hijo mio, y refrena la ira, que no está tan lejos la hoguera, respondió Zacarías con su tono suave; no le pinches si acaso mas que yo, que solo le entró en el cuerpo la puntita de mi cuchillo.

VI.

Hizo el judío en aquel momento un esfuerzo tan desesperado, que habiendo logrado zafarse de manos de sus opresores, se levantó y dió á correr por ver si podía salvarse; pero á los pocos pasos sintió la mano de hierro del catalán, que de un puñetazo le derribó segunda vez en el suelo, y una cuerda que le liaba el bizzo á los piernas, mientras que un pinchazo que sintió en la espalda le anunció que no andaba lejos el caritativo Zacarías.

Entonces el infeliz judío oyó las voces de los demás ladrones, que ya habian logrado acercar sus respectivas víctimas á la hoguera, y que solo aguardaban á que él viniese para darle la preferencia quemándole á él el primero.

Todo parecia colmar en aquel trance su desesperacion; sobre él se estendia un cielo de humo como para evitar que sus gritos llegasen al otro cielo; á su alrededor un desierto, y los semblantes de hierro de los bandidos; enfrente la hoguera, cuyo calor, que se sentia no poco donde él estaba, penetraba ya á su entender hasta en el tuétano de sus huesos; ninguna muestra de compasion en ninguno de los que allí estaban, ninguna esperanza de socorro; todo le habia abandonado á su fatalidad. Entonces sintió crispase sus nervios, las fuerzas le faltaron, un color pálido sucedió al amoratado que tenia su rostro, y solo sus ojos cris-

talinos, que ya se volvian á la hoguera con estúpido ahinco, ya hacía sus inexorables verdugos á demandar piedad, y el temblor convulsivo de sus labios, daban á entender que vivia.

Dejó por fin caer la cabeza sobre el pecho, y sin hacer mas resistencia se dejó conducir de los ladrones.

No habia ya ningun obstáculo que vencer; los demás prisioneros unos estaban accidentados, otros rugian de temor, y algunos se deshacian en súplicas, que apenas eran oidas.

El mozo de mulas, que habia vuelto en sí, y á quien querian tambien quemar solo por aquello de dime con quien andas etc, aunque no tenia nada de judío ni de encantador, habia logrado por fin que le perdonáran, con tal que ayudase á quemar á sus amos, por la muchas brujerías que refirió les habia visto hacer durante el camino.

En fin, habia llegado para aquellos infelices el fin del mundo, y el cielo, sordo á sus plegarias, no parecia querer enviarles ningun socorro.

Pero una idea que sobrevino casualmente en el ánimo de Zacarías dilató aun por algunos momentos la terrible muerte que les aguardaba.

—Hijos míos, dijo el hipócrita con su acento meloso, ya sabeis lo caritativo que soy, y creo que si tengo algun influjo entre vosotros no desoiréis la voz del justo. Bien hecho está que aborrezcamos á estos infames amalecitas, bien me parece que se les castigue, y yo mismo he sido el primero que he convenido en el es-

terminio de los fieles, digo de los infieles: *infelix opera summa*, que dijo aquel santo varon. Pero no por eso creo piadoso que entreguemos su alma á los demonios (Dios nos libre), como se pensó en un principio, *quod in principium...* No importa que no me acuerde del texto, proseguiré: quiero decir *et qui habet aures audiat*, como dijo San... no me acuerdo del Santo, pero la cita es exacta. Digo y repito que se debe tratar de salvar sus almas, y en particular la de este viejo infernal que ha mordido un dedo al bizco, y al buen Urgél en la pierna derecha, de la cual como veis cojea.

—Así, voto á Deu, que me ha llegado hasta el hueso, interrumpió el catalan.

—Prosigo pues, continuó Zacarías, *floritem cytisum sequitur* (por ahí va bien), y digo que yo me encargo de convertirlos, y en particular á ese perro que he dicho, y entre tanto podeis seguir echando troncos al fuego y alimentándolo, y de este modo ellos se familiarizarán con la hoguera, la mirarán como cualquiera otra cosa, *sicut erat in principio*, morirán sin tantos aspamientos, y sobre todo tan convertidos y arrepentidos que ni siquiera han de tener que tocar en el purgatorio. *Purgatorium peccatorum etc.*, y loado sea Dios: he dicho.

VII.

La opinion de Zacarías prevaleció como era de esperar entre gentes que le tenían por un pozo de cien-

cia, y que le consideraban en segundo lugar despues de su capitan. Convinieron todos en que debia hacerse así como él lo pedia, por lo que se suspendió el castigo de los criminales entre tanto se convertian.

Zacarías alzó entonces los ojos al cielo con aire tan compungido y devoto, como si de veras pidiese al Espíritu Santo que le iluminase en la conversion de aquellos hereges, cuyas almas iba á enviar al cielo por el camino más corto.

Hecho esto, mandó que le trajesen al viejo, que ya se dejaba llevar lo mismo á un lado que á otro, insensible al parecer á todo cuanto le rodeaba.

Nada habia oido del discurso de Zacarías, aturdidos y embotados sus sentidos con la idea de la muerte tan próxima, y sin otra sensacion que la que en él producía la vista de la llama, que á su parecer le iba abrasando parte por parte de su cuerpo.

El sitio que habia elegido el piadoso varon para la conversion del infiel, estaba á bastante distancia de la hoguera, y el aire, aunque caldeado tanto con el calor de la estacion, como por efecto del fuego, le pareció fresco al judío en comparacion con el que habia respirado hasta entonces.

Trató, pues, de limpiarse el sudor, que á chorros le caía por el rostro; pero sus manos estaban atadas á su espalda, y no pudo hacer otra cosa que suspirar.

Zacarías tomó el aspecto más grave que pudo, besó su rosario devotamente, y empezó con un tono de voz sobremanera melifluo, á arengar al prisionero.

—Hijo mio, le dijo, serénate; aquí no se te quiere mal: ya veo que estás bastante agitado, y sin duda has tenido razon para gritar y forcejear, pues que estos hermanos mios, *fratres carissimi*, por otra parte, con la mejor intencion, te iban á dar muerte de perro, lo que no es nuestra voluntad. *Fiat voluntas tua*, que dijo quien lo sabia. He echado de ver tambien que á tí te disgusta morir de esa manera, y no me ha estrañado. *Pecata mea...* Hermano mio, no debes asombrarte porque se me olvide un texto, porque son tantos los que tengo en la cabeza... Pero tomando el hilo de mi discurso, por amor de Dios, y como manda la moral y la caridad, yo los he contenido cuando más empeñados estaban en llevar á cabo su santa obra, y puedes estar seguro que no estás hecho ya un hicharron, y lo mismo tus criados, *famuli tui*, por causa mia. *Mea culpa tu non est in chicharrone convertitus*. Este texto es mio; te lo digo por si sabes algo de latin.

VIII.

El viajero habia ido poco á poco recobrando el conocimiento, mientras desembuchaba Zacarías su elocuente oracion, y no hacia sino mirarle de hito en hito tan fijamente como si quisiera penetrar en su alma.

Sus ojos, aunque en un principio apenas ofrecian nada que pudiese llamar la atencion, á poco que se fijaron en él fueron por grados tomando tal expresion,

y despedian una mirada tan intensa, tan penetrante, que el mismo Zacarías no pudo sufrirla, bajó los suyos más de una vez, y aun estuvo á pique de interrumpirse.

—Buen hombre, honrado capitan de esta tropa, contestó el anciano, yo os juro por el Dios de Abraham que estoy inocente del crimen de hechicería que me suponeis, y pronto á haceros ver vuestro engaño. Tú, que pareces hombre entendido...

Zacarías creció un palmo con la lisonja, y el judío, como si no lo echára de ver, prosiguió diciendo:

—Tú, que sin duda eres hombre de letras, ilustre alumno de la...

—Basta, basta, interrumpió con voz muy sumisa, el hipócrita Zacarías; yo solo soy un indigno siervo de Dios.

—No hay duda; tambien como vos decís, continuó el judío, que iba cobrando más ánimo á medida que observaba el efecto que producía la adulacion en el espíritu del bandido. Dadme, si me permitís, esa maldita bola que tanto os ha alborotado, y vereis que no tiene dentro más que una pulga, sino que os parece animal disforme á causa del cristal en que está metida. Desatadme los brazos, que por el Dios que adoramos todos, y que bendijo la tribu de Benjamin, es demasiado cruel tratarme así, cuando yo soy de mio pacífico, y me veis viejo, con todos los achaques de la edad encima, y no puedo medir mis fuerzas con hombres como vosotros. Tened compasion de mí y de mis fieles criados; ved que estoy lleno de sangre de los

pinchazos y golpes que me habeis dado. Y si no teneis lástima de mis canas, si sois padres, si teneis una mujer á quien ameis, no seáis tan crueles que querais que la mia tenga que rasgar sus vestiduras, y maltratarse, y llorar, y echar ceniza sobre su frente. Soltadme, por Dios; dadme acá ese cristal. Mirad: si poneis un dedo de los vuestros á un lado, y mirais por el otro, vereis tambien que os parecerá mucho más grande. Vos, que sois hombre entendido, debeis saber que son secretos de la ciencia...

—A judío hueles, que no lo puedes negar, perro, dijo el bizzo luego que hubo acabado; al momento se os conoce como á la zorra por el rabo.

—Sí, soy judío, respondió el anciano, ya no lo niego; esa fué la religion de mis padres; pero vosotros sois cristianos, y hay una máxima en el Evangelio que dice: *parce inimicis tuis*.

—Es verdad que la hay, es verdad, replicó Zacarías sollozando: ¡ah! no me hables del Evangelio; yo lo sabia de memoria, sino que ya se me ha olvidado, Este hombre me hace llorar. ¡Dios mío, perdonadle! *parce nobis Domine*. Pero es menester quemarlo.

—Voto á Deu, gritó el catalan, venirse ahora con que es una pulga un animal como ese; y á quien se lo viene á decir, á nosotros que estamos comidos de ellas, y hartos de retorcerlas.

—Has dicho bien, hermano Urgél, contestó Zacarías. Y tú, varon ilustre, has hablado muy mal, pues que quieres hacernos creer que hay pulgas de esas, y

aun si hubieras dicho otro animal, pase; pero Dios justamente por su infinita bondad nos tiene aqui plagados de esa clase de bichos y de otros varios.

—Pardiez que aquí he topado con una sobre este muslo, dijo el bizzo restregando el dedo pulgar contra el índice, entre cuyas yemas llevaba sujeta su prisionera. No hay sino compararla, y siempre que esta pulga y el bicho ese se parezcan en algo, yo me dejo quemar en vez de ese embustero judío.

—Dádmela acá, replicó el viajero, desatadme las manos, y vereis como la meto dentro del cristal y os parece como la otra.

—*Vade retro; horrible visu*, exclamaba Zacarías; hasta ahí podia llegar la astucia del diablo.

—Eso y mucho mas he visto yo hacer, añadió el tio Tinieblas meneando la cabeza con intencion.

—Al foc, al foc, gritó el catalan; lo rest es gastar tiempo.

—No, amados hijos míos; es preciso convertirle primero, replicó Zacarías, *nec diabolus*... por ahí le anda. ¿Tratas tú de convertirte, ó no, buen hombre?

—Sí, yo me convertiré; decidme lo que querais que haga, respondió el judío, que queria ganar tiempo.

—Loado sea Dios, que alumbra el alma del impío como tú, *anima impiorum*. Varias conversiones he hecho yo en mi vida, y en todas ha tenido mas parte el espíritu del convertido que mi elocuencia, y eso que me he valido hasta de dar tormento para convencer. *Id est ossa ejus perfringam*.

—Yo, dijo el judío mirándole atentamente, confío mucho en vos; soy hombre rico, almojarife del rey de Aragon, y os he tomado aficion desde que os vi, tanto por vuestra inteligencia y erudicion quanto por vuestra caridad infinita, y quisiera conferenciar con vos particularmente acerca de los misterios de la religion etc., puesto que estoy muy decidido á convertirme pronto.

—Bendita sea la providencia divina, que al fin salvará al pecador, exclamó Zacarías: vas á morir quemado lo mismo que antes, pero ¡qué importa! ¡Ah! echar ahí leña, y atizar eso, prosiguió con entusiasmo. ¡Qué importa! continuó Zacarías: es una obra de caridad, porque tu alma irá así blanca como la de un ángel. Bien puedes agradecermelo, que así mueres en gracia de Dios. Esto sí que se llama hacer una obra de misericordia.

IX.

El judío torció el gesto, poco gustoso con la caridad de aquel bendito varon, que acababa todos sus discursos con que era preciso quemarle.

Con todo, no queriendo abandonar el campo sin poner en uso cuantos ingenios le sugiriese su imaginacion, pensó que quizá la esperanza de lo que podia ganar con salvarle, hiciese cambiar de ánimo á Zacarías.

Era el judío quizá uno de los hombres mas sábios

de su siglo, y tenia entre otras la cualidad de conocer á la primera ojeada el alma de aquel á quien se detuviera á observar, formando sus juicios con tanto tino y tan buen acierto que muy rara vez se equivocaba en ellos, y pudiendo disputárselas al mas afamado fisonomista de nuestros dias, aun sin escluir de la cuenta al mismo Lavateur en persona.

Habia, pues, observado á Zacarías, y al través de la máscara hipócrita con que se cubria este bandido habia logrado penetrar su corazon.

Parecióle que era aun mas avaro que religioso, y viendo que era el que allí llevaba la voz, intentó persuadirle á él solo, haciéndole grandes promesas, muy seguro de salir libre y aun agasajado por todos si llegaba á merecer su beneplácito.

—¡Oh, hombre piadoso, le dijo con esta intencion, si tú supieras cuánto agradezco tu compasion! Justo es, no hay duda, y muy cristiano, querer que se salve el alma del pecador; pero yo tengo algunas dudas sobre ciertos puntos de mera doctrina, y desearia que hablásemos los dos aparte de esta materia. Tú mejor que nadie, sacratísimo varon, respetable como Moisés en el desierto, sabes mejor que nadie cuán útil es la soledad y la meditacion en asuntos tan graves, y así yo desearia ¿qué digo? yo te suplico humildemente que mandes apartar á estos que tú llamas hermanos tuyos, y que son tan intrépidos por lo ménos como los siete Macabeos. Quizá yo encuentre medios de manifestarte mi eterno agradecimiento.

Era Zacarías harto ladino y truan para no conocer el blanco á donde disparaba sus tiros aquel descreído hebreo; pero no queriendo desperdiciar aquella ocasión de echar la soguilla á la vaquilla, como se suele decir, sin darse por entendido mandó á los otros, que se alejasen bajo pretesto de su conversion, diciendo que ya que iba á morir, justo era se le concediese tan pequeña gracia como la de hablar con él un momento.

Sin embargo, y para no perder tiempo, encargó al tío Tinieblas la conversion de los otros tres, pero sin hacerles daño alguno hasta que él no estuviese presente, pues no queria dejar de presenciar un auto de fé de tanta pompa como el que se preparaba.

X.

Quedáronse entonces solos el judío y Zacarías, mirándose uno á otro como dos tigres que se temen y dudan quién empezará la quimera, cada uno maquinando lo que debia decir, puesto que el judío era el que más ocupado de esto se hallaba.

—Os he llamado á solas, le dijo, respetabilísimo varon, porque me ha parecido que así nos podemos entender mejor. Yo quisiera..... á la verdad..... prosiguió interrumpiéndose, viendo que Zacarías estaba tan embebecido en sus rezos que era imposible que le escuchase. Ya veis..... morir quemado no es cosa que puede gustar á nadie. Yo soy rico, muy rico.

Zacarías le miró de reojo y continuó con sus oraciones.

—Sí, prosiguió el judío, que no habia dejado caer en saco roto la mirada del convertidor. Sí, sin duda, lo que es doce y aun quince mil bezantes bien podia yo dar por mi vida.

—¡Quince mil bezantes! Rico sois.

Padre nuestro, prosiguió Zacarías entre dientes.

—Aquí mismo podria yo hallar quien me prestara por lo ménos la mitad de esa cantidad.

—La mitad ¡eh! ¡jem! respondió Zacarías como si tuviese carraspera. Hijo mio, no perdais tiempo, mirad que es preciso que os encomendeis á Dios, porque vais á morir quemado.

Dios te Salve María, continuó, bajando la voz.

—Mi vida, prosiguió el judío, no la perderia yo por tan poco precio si entrásemos en tratos; por otra parte, ¿qué fruto sacarías de quemarme? Un hombre como tú.....

—¿Por quién me tomas tú, vil judío? repuso Zacarías irritado. ¡Ave Maria! sufrir yo un insulto semejante, entrar yo en tratos con este Jeroboan *Jeroboan is Rex*, como dice el texto: ¡con que quince mil bezantes!

Santa María, *ora pro nobis*, murmuró de nuevo continuando su rezo.

—Quince mil y aun algo más, prosiguió el judío sin alterarse, en moneda de oro de buena ley.

—*Sed ne nos inducas in tentatione*, profirió Zacarías

alzando un poco la voz: ¡oh amalecita desvirtuado! ¡mal aconsejado hebreo! ¿en monedas de oro? *Sed libera nos á malo*. No, no hay remedio, dime que estás convertido y te hago quemar, que de todas maneras mueres. *Gracia plena*.

—Pero vos no me escuchais sin duda cuando decís eso, replicó el judío.

—¿Cómo que no? respondió el moralista: he oído todo cuanto has dicho, y te confesaré que algunas de tus palabras me han parecido dignas de un hombre contrito. Mira, yo no te quiero mal, te he pinchado antes y voy á hacerte quemar, no tengas duda. *Tu est in conciliabulo demoniorum*, y es el latín más corriente que he dicho en todo el día de hoy. Quiero decir, tú eres brujo, y además tú mismo lo has dicho, estás circuncidado. *Circuncidatus fuisti*, por lo cual, y por los crímenes que has referido, mereces la muerte. ¿Cómo ha de ser! ¿Estás ya arrepentido? Con todo, has de saber que yo no soy hombre de usuras ni de contratos, sino un humilde gusano, como debo ser, que no soy avaro..... ni..... ¡qué! el dinero para mí es lo mismo que si fuese tierra. ¿Con cuánto digiste que podías contar? ¿Con quince mil bezantes?

—Ciertamente, respondió el judío.

—Y aun con algo más me parece que digiste después; yo, como estaba entregado á mis oraciones, quizá no oí bien.

—No, nada de eso; oíste perfectamente, replicó el judío.

—¿Sí? ¿Con que algo más? Bueno. Pues no hay más remedio que quemarte.

—Por el templo de Salomon, exclamó el judío, que no tienes piedad de mí.

—Hombre, yo bien quisiera, respondió Zacarías, pero nuestro capitán el Velludo es.....

—¿El Velludo? preguntó con alegría Abrahan (que así se llamaba el judío): ¡oh! si tu capitán estuviera aquí, estaba yo seguro de que nada me sucediese; ¿dónde está? dejad que yo le vea.....

—Te engañas mucho, si crees que le habías de seducir con dinero: *¡oh pectora cæca!* que creo dijo Séneca hablando de un caso semejante que le sucedió con un moro. ¡Bendito sea Dios! añadió cruzando las manos: nuestro capitán tiene un corazón de acero, y con nada se le entenece. ¿Y tú darías quince mil bezantes por tí?

—Y la mitad más por mis criados, añadió el judío.

—En caso que yo te salvase la vida, continuó Zacarías, ¿no es eso?

—Sin duda, veo que me entiendes.

—¿Y qué seguridad darías de que habías de cumplir tu palabra?

—Una carta mia para uno de mi tribu en Olmedo, que os daría la mitad ahora y la otra mitad después cuando me dejáseis seguir mi camino.

—Voto á Deu, maestro, gritó el catalán, ¿qué fã, que está tanto tiempo?

—¿Pues no tarda poco en convertirse? añadió el biz-

co. No fué más larga la conversion del rey de Roma que convirtió San Marco.

—¡Ea! aquí no nos importa un bleo que se conde-
ne ó que no, gritó otro.

—¡Al fuego! ¡al fuego con él!

—Que se consume la hoguera.

—Ya lo oyes, le dijo Zacarías; con todo, así Dios me salve como quisiera salvarte: tus últimos lamentos han llegado á mi corazon.

Basta ya, tiempo le queda en el camino para con-
vertirse, gritaron todos.

Y echándose sobre el miserable judío, le arrebataron en volandas á despecho de sus súplicas, y las voces de Zacarías, que les rogaba le dejasen solo un momento con él para acabarle de imbuir su doctrina, pues le llevaba ya muy adelantado. Nada pudo calmar la irritacion de aquella desenfrenada tropa.

XI.

El pobre Abrahan gritaba, lloraba y se arrancaba mechones enteros de sus barbas, sin que nada les conmoviese.

La misma voz de Zacarías fué desoída, y sin duda hubiese sido el pobre hebreo víctima de la ferocidad de aquellos salvajes si el capitán en aquel momento no hubiese llegado allí seguido de su fiel Sagaz.

Pararon todos, al punto que le vieron, en su alga-

zara, tal era el miedo que le tenían, pero sin soltar por eso al desventurado hebreo, á quien quemarian al cabo, de todas maneras, no siendo de suponer que el capitán le perdonara la vida cuando supiese sus crímenes y examinase por sí mismo el espantoso animal, causa y origen de aquel motin.

—¡Por la Virgen de Covadonga! ¡Vive Dios, exclamó el capitán, que vais á poner fuego al bosque! ¿A qué viene esta hoguera? Pues voto á Judas, que se achicharra uno con el calor que hace por esos campos, ¡y estais vosotros encendiendo lumbre! ¿Quiénes son esos hombres que teneis ahí atados, tienen tercianas, ó á qué diablos los arrimais ahí al fuego?

—Mi capitán, respondió Tinieblas, son judíos, y no valen la pena siquiera de que pensemos en ellos.

—¿Y esas armas que están rodando por el suelo, y esas cajas abiertas, qué significan? preguntó el Velludo.

—¡Señor Velludo! ¡señor capitán! ¡Favor! ¡favor! oidme una palabra no más. ¡Favor! clamó al mismo tiempo el hebreo con un eco de voz tan lastimoso, que no pudieron menos todos de conmoverse.

—¿Qué es eso, buen hombre? preguntó el capitán acercándose á él. Por todos los santos juntos apagad ese fuego pronto, ó nos vamos todos á derretir. Buen hombre, parece que os habeis quedado gafo: ¿qué armas son esas?

—Dejadme que os diga una palabra al oído, una palabra no más, contestó el judío.

—Pues bien, decidla, respondió el capitán.

—Haced que me desaten primero, tened compasion de mí; pero no, sabed... inclinaos algo más...

—Soltadle, por la Virgen de Covadonga, que estais ahí cuatro hombres para sujetar á un viejo. Acércate acá, pobre diablo. ¿Qué tienes tú que decirme?

El judío, viéndose libre de manos de sus opresores, se llegó á él, y en hablándole muy quedito, el rostro del capitán pareció tomar un aspecto cuidadoso, como si lo que le decia le causase mucho interés.

—¿Aragon? dijo el judío.

—Y Castilla, contestó el capitán.

—Esa es la seña, repuso Abrahan.

—Ea, muchachos, desatad á esos infelices pronto, gritó el Velludo volviéndose hácia su gente, y cuidado con que se les devuelva cuanto se les ha quitado, no sea que tenga yo que registrar á alguno: vamos, ¿en qué estais pensando?

XII.

No pudieron ménos los bandidos de espantarse de la orden de su capitán, viendo que no solo no se contentaba con aguardarles la fiesta, sino que tambien queria privarles de lo que habian legalmente adquirido.

Un rumor sordo se esparció por toda la asamblea, y todos empezaron á murmurar contra él, unos con otros refunfuñando, bien que en voz baja, no atreviéndose á mostrar á las claras su descontento. La voz, empero, subia ya de punto, el descontento se manifes-

taba á las claras por los mas atrevidos, y el Velludo empezaba á encolerizarse.

—Voto al Santo más alto, dijo poniendo mano á su hacha, canallas, que el primero que chiste le arranque yo mismo la lengua. Pronto á hacer lo que os he mandado, y cuidado con que lo repita segunda vez.

—Señor, repuso el judío, yo doy todo por bien perdido con tal de haberos hallado tan á tiempo, y les hago don de cuanto han tomado con solo que me devuelvan mi caja de boj con los enseres que tenia dentro y mis libros, que es lo que más aprecio en el mundo.

—Considerad, dijo Zacarías acercándose al oído al Velludo, que es un hebreo muy rico; y que es mágico. Dios no permita que yo contradiga vuestra voluntad, pero no sería malo que... A mí ya me prometia quince mil bezantes: hablo para los muchachos.

—No necesito de consejos de nadie, le respondió el Velludo con un bufido. Perros, prosiguió con voz de trueno dirigiéndose á los demás, á hacer lo que he dicho: aquí nadie manda más que yo.

—Tambien es bueno, dijo el bizco, que no hemos de hacer una presa que valga algo... Pues si todos fueran de mi parecer, por Santiago que habiamos de cambiar de capitán y...

No lo dijo tan bajo que no le oyera el Velludo, y alzando el hacha á dos manos iba ya á descargársela encima y á rebanarle sin duda en dos, cuando al llegar cerca de él, viéndole que se atrevia á ponerse en

defensa con su alfange, y considerándole quizá indigno de emplear en él su terrible arma; bajó el hacha, y tomándola en la mano izquierda, con la derecha le asió del pescuezo, con tanta fuerza, que no le dejaba gañir, y levantándolo en alto como quién alza una paja, le arrojó de sí con tal fuerza, que el pobre diablo cayó despatarrado en el suelo, á más de una vara de distancia, sin movimiento.

Cuando llegaron á ver qué tenia, la sangre le salia á caños por ojos y narices medio rebentado del golpe.

Callaron todos maravillados, mirándose unos á otros, asombrados de la prodigiosa fuerza de su capitán, mientras él, con la misma sangre fria y serenidad que si acabase de beber un vaso de agua, volvió á intimar sus órdenes con mucha calma. Apresuráronse todos á poner al pié de un árbol cuanto habian quitado al judío, y no fué el último Zacarías, que presentó la caja de boj, puesto que la bola de cristal no se pudo encontrar de ningun modo habiendo sido echada al fuego, tal vez con la sana intencion de quemar al diablo, si era posible, en aquella pulga.

—Ahí está la dichosa caja, dijo Zacarías al tiempo de devolverla. No quiera Dios que yo me haya inficionado con tocarla. Yo os protesto que cuanto hay en ella es cosa de brujería.

—Más brujería y más infamia, replicó el Velludo con indignacion, es hacer una criba del cuerpo de un hombre que no os ha hecho mal ni tiene manos para defenderse.

Zacarías le echó una de aquellas miradas á él peculiares, que el Velludo no echó de ver, y se retiró á un lado sin responder haciendo que rezaba, pero es creíble más bien que se las jurara en secreto.

XIII.

El judío, entre tanto, no quiso tomar de sus efectos sino lo más necesario, temeroso tal vez de que aquella desalmada gente le acometiera de nuevo sin respeto á las órdenes del capitán, y le saliese peor la cuenta.

Miró sus papeles y libros muy detenidamente, y hallando algunas hojas rotas, no pudo ménos de suspirar, sobre todo cuando vió que le faltaba el cristal de aumento y que le habian descompuesto la péndola.

Por último, y despues de haber cargado la mula con los cajones, dadas las gracias al Velludo y despedido de la compañía, que le prodigó cuantos dictorios pueden imaginarse, echaron á andar acompañados del capitán, que parecia tener mucha familiaridad y confianza con D. Abrahan.

Capítulo XXI.

Con el bálsamo curóse
á sí mismo las heridas;
de esta manera hablando
facian más corta la vía.

(Anónimo).

I.

La alegría del leon que fuera de su jaula se vé libre de pronto, corre el llano, traspasa el monte y atraviesa el bosque, asombrado él mismo de no hallar pared ninguna que detenga su voluntad, que ora mira al cielo, ora ruge, sacude su melena, corre, pára y se estremece de júbilo, no es más viva que la del sábio judío al verse libre de aquella horda de caribes que intentaba devorarle, y él en su corazon, no pudo menos de compararla con la que sentirian los israelitas cuando tragó el mar rojo los ejércitos de Faraon.

—El Dios de Jacob no abandona nunca á sus elegidos, dijo despues de un rato de profunda meditacion.

—Bien puedes dar gracias á Dios, respondió el Ve-

lludo, que si no llego á tan buena hora te tuestan como á un cochinillo.

—Sí, amigo mio, respondió Abrahan; veo que tienes á tus órdenes soldados más feroces que los del impio Nemrot; pero tú eres justo y generoso, y quisiera pagarte con algo el servicio que acabas de hacerme.

—Judío, replicó el capitan, yo conozco tu buena voluntad y te lo agradezco, pero he jurado no tomar premio de nadie sin haberlo merecido; lo que he hecho por tí no ha sido arriesgado, y ya sabes además que me iba á mí poco en que te quemaran ó no.

—Sí, es cierto, respondió el judío; pero vosotros los cristianos no haceis nada por nada, y cuando encontráis algun israelita que desollar, pareceis perros hambrientos en la codicia que teneis de arrancarle cada uno un pedazo. Con todo, tú te has portado hoy con piedad, y has salvado la vida del despreciado judío.

—A mí, repuso el Velludo mirándole con desprecio, me basta mi espada para vivir holgadamente, y no tengo que andar con brujerías, trampas y engaños para llenar mis arcas como tú y tu raza; cuanto más que yo no soy amigo de despojar al rendido.

Dicho esto cesó la conversacion, y largo rato caminaron sin hablar palabra, el Velludo con ademan pensativo, y el viejo hebreo dando tal vez algunas órdenes á sus criados en un idioma desconocido para el capitan, mientras el mozo de espuela, que habia vuelto á desempeñar su empleo, llevaba la mula de carga del diestro y divertia su camino con sus canciones.

—¿Queda mucho aún para el castillo del señor de Iscar? preguntó el judío al cabo de algun tiempo.

—Como cosa de un cuarto de legua, respondió el capitán.

—Creo que ha de ser pobre ese castellano, dijo Abrahan con indiferencia, y que sus vasallos se reducen á solo la guarnicion de la fortaleza.

—Así es, replicó el Velludo; pero aunque él ni yo no nos queremos mucho, debo decirte que es un caballero como hay pocos, y que su tropa está compuesta de veteranos de nombradía.

—El de Cuellar tengo entendido que se las puede disputar al rey en poder, ¿no es así? preguntó el judío.

—Venís bien enterado sin duda para venir de tan lejos; es hombre que puede dar al rey mil lanzas como un hombre solo.

Calló de nuevo el judío, que no parecia poner el mayor interés en la conversacion, y el capitán, que no era hombre de muchos recursos para sostenerla, calló asimismo, y anduvieron algunos minutos sin otro ruido que el canto del guía y las palabras que usaba de cuando en cuando para arrear las caballerías.

II.

—Serian entonces las dos de la tarde, y el calor era irresistible.

El hebreo, que hasta entonces en el exceso de su alegría no habia cuidado de sus heridas, empezó á

sentir tales dolores en sus espaldas que no pudo menos de tirar del freno á la mula y pararse para echar pié á tierra.

Su voz detuvo á su comitiva, que caminaba delante, y volviendo todos la cabeza á ver qué les queria, le vieron cambiado enteramente el color, casi exánime, y sin tener fuerza apenas para apearse.

El Velludo, que iba á su lado, le ayudó á desmontarse tomándole entre sus brazos, y le condujo al pié de un árbol que hacia alguna sombra allí á un lado, con la misma soltura y facilidad que si fuese un niño chiquito.

Los demas echaron pié á tierra, y entregando al mozo de mulas las caballerías, se sentaron á su alrededor.

—Benjamin, amigo mio, dijo el hebreo con voz muy debilitada y flaca dirigiéndose á uno de sus criados, tráeme esa calabaza que va colgada del arzon de la silla, en que llevo cierto licor precioso que me fortificará y dará aliento para seguir el camino.

El criado se levantó para obedecerle, y habiéndole traído la calabaza, el judío bebió un trago y pareció recobrarse.

—Es mucho hombre mi buen Zacarías, exclamó el capitán mirando la espalda desnuda del judío, que se quitó en seguida su gabardina. Por la Virgen de Covadonga, que solo ese maldito hipócrita tiene alma bastante para cometer semejante infamia. Si siquiera te hubieran matado de un golpe, pase; eso lo haria

cualquiera; pero agujerearte de esa manera, voto á Santiago que no me se hubiera ocurrido nunca.

En efecto, la espalda del judío estaba listada de la sangre que habia corrido de cuatro ó cinco pinchazos que en diferentes partes tenia.

Ninguno era mas hondo de medio dedo, pero la sangre se habia amontonado y coagulado allí, y los labios que habia abierto el cuchillo estaban ya negros, al mismo tiempo que la parte sana habia tomado un color cárdeno como el de un lirio.

Todos los criados del judío hicieron grandes pasmos al ver á su amo tan maltratado, mientras éste, ya mas repuesto, con estóica imperturbabilidad no daba siquiera un quejido, no obstante los agudos dolores que le afligian.

—Lavadme esas heridas con este mismo licor, les dijo alargándoles la calabaza. Lo que habiéndose ejecutado, hizo algunas hilas de su camisa, y mojándolas en el bálsamo mandó que las entrasen en los agujeros.

Hecho esto, volvió á vestirse con mucho sosiego, dejando admirado al Velludo de su serenidad y manera de curarse que habia tenido, y montando otra vez cada uno en su mula prosiguieron su camino en silencio.

III.

El primero que le rompió fué otra vez el judío.

—Calor hace, amigo Velludo, pero tú ya estarás

acostumbrado: ¿hace muchos años que andas en este pais?

—De aquí á un mes, para el dia de la Virgen de setiembre, hará ocho años, respondió el capitán.

—Mucha fama tienes en todos estos contornos, añadió el judío, y siento á la verdad que sea... Abrahan se detuvo al llegar aqui, como si temiera desagradar al Velludo finalizando su frase; pero éste, mirándole con cierta sonrisa desdeñosa.

—Acaba, dijo: ¿sientes que sea de un capitán de bandidos, no es esto?

No pudo menos el judío de estremecerse del tono irónico del Velludo, que habia entendido tan perfectamente lo que dejó por decirle, y aquel prosiguió diciendo:

—Si tú, mal hebreo, mirases los hombres por lo que hacen, y no por lo que de ellos se cuenta, cualquiera mala opinion de mí que te hubieran hecho concebir por ahí, debias haberla mudado al ver mi comportamiento.

—Yo te juro y protesto, respondió Abrahan, que no he querido decir lo que tú has supuesto.

—Basta de eso, repuso el Velludo con aspereza; á vosotros los judíos os sucede lo que á las mujeres, que no teneis mas que lengua y no podeis ofender. Abrahan cambió la conversacion y continuó:

—He oido decir que ha habido época en que has tenido á tus órdenes mil quinientos, y aun dos mil hombres.

—Así es, repuso el Velludo; pero no todos los tiempos son unos.

—Eso habrá sido cuando las revueltas del rey don Sancho contra su padre. ¿Te decidiste tú por algun partido?

—Por los dos y contra los dos muchas veces, conforme me convenia.

—Ahora, prosiguió el hebreo pregunton, no podrías poner tanta gente sobre las armas.

—¡Oh! y más: lo que me falta es dinero para mantenerla; pero dejar que se dé el grito por los Lacer...

—¡Chis! interrumpió el judío poniendo el índice de su derecha en sus lábios, indicándole que callase. Tras de una piedra se suele esconder un hombre; y volvió á un lado y á otro la cabeza como receloso. El señor de Cuellar creo que es muy temido en estos contornos, continuó preguntando.

—Será temido de quien le tema, respondió el Velludo con altivez.

—Ya; pero si aquí... supongamos, lo que sin duda está lejos de suceder, si aqui se subleva algun pueblo, ó más, él solo con su gente bastaria quizá á sofocar la insurreccion. ¿No es cierto?

—Lo que él habia de cuidar seria de no perecer en su intento si tal trataba, respondió el capitan, y más si andaba en la danza quien yo me sé.

—¿Y por qué?

—Porqué sí, repuso el Velludo; porque si tú tienes tus secretos, tambien yo tengo los míos, y ahora

adios, que ya aquí nada teneis que temer, y yo me vuelvo con mi partida.

—Loado sea el Dios de nuestros padres, que al fin de tantos peligros nos ha traído á puerto de salvacion, dijo el judío á tiempo que llegaron al pié del cerro sobre que está fundado el castillo de Iscar. Buen hombre, continuó dirigiéndose al capitan, no te vayas, que no se ha de decir que te apartaste de mí sin darte siquiera una pequeña prueba de mi agradecimiento. Toma esta caja, añadió, alargándole una muy pequeña de madera, llena de un ungüento aromático, ahí tienes lo que no se compra con todo el oro de Salomon. Si alguna vez te hieren, por peligrosa que sea la herida, no dudes que al momento se cerrará con solo que apliques un poco de esa composicion milagrosa.

—Hombre habria, respondió el Velludo, que seria más escrupuloso que yo en aceptar tu regalo, y que daria por cierto que habia en él algo de magia, lo que yo ni dudo, ni creo. Pero á mi me parece que me lo das de buena gana, y no debo desconfiar de tí.

—Yo te juro que todas las coronas de los monarcas del mundo, no pagan las virtudes que encierra ese ungüento. Es una de las bendiciones que Dios se sirvió echar sobre su pueblo..

Diciendo así, tornaron á despedirse; el Velludo se guardó su caja en el gorro, y alejándose de ellos, se perdió al momento de vista, entre tanto que los viajeros, despues de haber respondido á la señal del castillo, empezaron á subir la eminencia.

IV.

El centinela que les dió la voz de alto, comunicó á Nuño la respuesta del judío, diciéndole que era un médico extrajero que pedia permiso para hospedarse hasta que refrescase la tarde, y pudiese seguir con más comodidad su camino.

—Ese será algún charlatan, dijo el cantor, que acertó á estar por allí, y que vendrá ahora á echarla de médico.

Basta que el poeta dijese que era un charlatan para que Nuño sostuviese lo contrario.

—¿Y de dónde sacas que ha de ser un charlatan? replicó lleno de enfado. No sabeis más que poner faltas. Pues yo estoy seguro que te equivocas, y apostaré ciento contra uno á que es un excelente médico.

—Tan sábio como tú ¡ja! ¡ja! respondió el cantor soltando una carcajada.

—No, será un burro; basta que tú lo digas, respondió Nuño con cólera. El demonio del mentecato; ¿pues no se le ha metido en la cabeza que ha de entender de todo?

—No se puede hablar contigo, respondió el poeta, sin reírse de tus necedades.

—Ni contigo, repuso Nuño, sin rabiarse. Bajad el puente levadizo y que entre, prosiguió dirigiéndose al centinela, y veremos si es ó nó tan buen médico como me pienso.

—Mira, lo que te encargo es que esperimentes su ciencia en otro primero que en D. Hernando, dijo el poeta, no sea que....

—Haré lo que me dé gana, replicó Nuño.

Con esto, y habiéndole obedecido la tropa, el judío, sus criados y caballerías entraron en el castillo, con grande asombro del cantor, que al ver la desenvuelta frente y aspecto pensativo de D. Abrahan, no pudo ménos de temer verse chasqueado en su contienda con Nuño, de lo que éste en adelante no dejaria de aprovecharse para zaherirle.

Capítulo XXII.

É llegado al puerto de Alejandría,
el físico astrólogo en ella salía,
é á mí fué llegado cortés con amor.
(*El lib. del Tesoro de Alon. X.*)

I.

El judío subió á un salon del castillo acompañado de Nuño, adonde á poco rato le sirvieron algunos refrescos y varios manjares que satisficieron su apetito y apagaron su sed.

Hecho esto, pidió ver al señor de la fortaleza, de cuya enfermedad le habia informado ya Nuño mientras comia, dando rienda suelta á su deseo de hablar en la detenida pintura que le hizo del estado peligroso de D. Hernando.

El judío le habia escuchado en silencio, y luego que hubo acabado Nuño, salieron del cuarto y se encaminaron á la habitacion del herido.

Acababa este de salir de uno de aquellos delirios que le sacaban fuera de sí, y estaba entonces con bastante

razon para responder acorde y tomar parte en cualquiera conversacion, por lo que el sabio hebreo se acercó sin temor á su cama, y despues de las generales de entrada, palparle la frente y tomarle el pulso, se sentó junto á él á la cabecera.

—Tu mal, le dijo, proviene más de la agitacion en que está tu espíritu, que de ninguna indisposicion fisica, y lo primero que hay que hacer ahora es cortar la calentura, para acudir despues á los remedios que necesita tu alma.

—El remedio único es la venganza, respondió el enfermo, y no hay médico que me cure si no puede proporcionarme los medios de satisfacerla.

—Quizá te traiga yo ese remedio, replicó el judío, y tal vez tengo en mi mano el darte lo que tú más deseas.

—¿Sí? repuso el señor de Iscar incorporándose en el lecho; pues devuélveme el honor, y haz que lave el borron que sobre mí tengo con la sangre de mi enemigo.

—Sosiégate, y no pienses por ahora en eso, respondió el médico; primero es curarte, y despues veremos lo que hemos de hacer.

Y habiéndole traído uno de los criados una copa con agua, sacó de un bolsillo de su gabardina un pomito de barro oloroso que destapó, y que echó en la copa dos ó tres gotas de algun elixir que contenia, hecho lo cual lo revolvió algunos minutos con una pluma, y se lo dió á beber al enfermo.

Mandó en seguida que le arropasen bien y cerrasen las puertas, sin dejar entrar á nadie, encargando sobre todo que no se metiese ruido por allí cerca, pues el herido iba á hacer un sueño, que si no era interrumpido, le daría la salud.

II.

Obedecieron todos sus órdenes, y salieron cuantos allí estaban menos Nuño, que se encargó de velar á su amo por si despertaba ó necesitaba de alguna cosa.

Pasáronse así cuatro horas, que D. Hernando durmió de un tiron, y cuando Nuño salió á avisar á don Abrahan que viniese, halló al enfermo fuera de todo peligro, recobradas en parte las fuerzas, y deseando saltar de la cama.

—Voto á Luzbel, dijo cuando vió entrar al médico, que cura más milagrosa no se ha hecho en la vida: voy á levantarme de la cama ahora mismo, y mañana creo que ya podré montar á caballo.

—Y en seguida mandar que te abran la sepultura, respondió con mucha calma el judío: si tal hicieras creeria que lo habias hecho por quitar la fama al médico, y que eras hombre desagradecido.

—¿Con que todavía tengo que estar aquí un mes? ¡Cuerpo de Cristo, que más quisiera en ese caso haberme muerto y estar ya comido de los gusanos!

—Sosiégate, repuso Abrahan, que pronto te has de alegrar de estar vivo más de lo que tú crees.

—¿Y mi hermana? ¿y el ladron de Saldaña? ¿y mi venganza? ¿Qué medios son, judío, esos que me prometiste para vengarme de mi enemigo?

—Ya veo, replicó Abrahan, que tu enfermedad ha degenerado en locura, y en ese caso es inútil hablarte de la comision que me ha traído á tu castillo.

—¿Una comision? preguntó el señor de Iscar con estrañeza: ¿una comision? tú, un médico, ¿para mí? ¿Tal vez de Aragon? acaso... pero no, el que yo esperaba no es médico.

—Hay muchos que son mas de lo que parecen, replicó el judío, y otros que parecen lo que no son. Con todo, lo esencial ahora es que recobres tu juicio, y hallarás tal vez en mí al que aguardabas.

—¿Eres tú el judío D. Abrahan, mensagero del rey de Francia y del de Aragon, y á quien me dijeron habian encargado que se avistase conmigo?

—Ciertamente, el mismo, respondió el judío, y aquí tienes, añadió alargándole unos pergaminos que traía enrollados en la mano izquierda, los títulos de mi embajada.

—No, te escusas de dárme los, replicó el caballero, porque no sé leer, y además te creo como si lo leyera.

El judío le echó una mirada entreverada de desprecio y lástima, como apiadado de su ignorancia.

—Así es, le dijo; vosotros los caballeros cristianos desdeñais cultivar la parte mas noble, y en que mas

semejanza tiene el hombre con la divinidad; y os ejercitais en juegos de fuerza, y en los demas oficios en que mas relaciones tiene con los animales.

—Palabras son esas, respondió el caballero mirándole, que si no las hubiese dicho mi médico y mi aliado, le habia de haber costado á otro cualquiera una hinchazon de pescuezo; pero las has dicho tú y te perdono, ademas, por lo poco entendidos que sois los judíos en lo que nosotros llamamos honra.

Dicho esto, Abrahan sin responder palabra empezó á leer traduciendo del latin los encargos principales de su comision, que reducidos y compendiados venian á ser los siguientes: «Primero, verse con los conocidos por enemigos de Sancho el Bravo: segundo, hablarles de los Lacerdas, hijos del príncipe D. Fernando, y obligarles á tomar las armas en su favor contra don Sancho, á quien se debia destronar, proclamando por su rey al mayor de los dos hermanos, sin duda por aquello de que no nos ha de faltar nunca rey que nos mande ni papa que nos descomulgue; y tercero y último, encomendar el mando de las tropas leales al que eligiesen los principales caudillos, haciendo de modo que esta eleccion cayese en D. Hernando de Iscar, á quien seguramente mirarian todos como á su jefe.»

III.

Todas estas determinaciones y otras varias estaban tomadas por dos reyes al parecer en paz con D. San-

cho, puesto que su nombre no andaba como se suele decir de oficio en ninguna de ellas, y ellos podrian echar el cuerpo fuera cuando todo saliese mal, lo que hacia algo peliagudo el cargo del diplomático.

Tal era esta intriga, que prueba lo antigua que es en el mundo esa tan poderosa ciencia de la mentira, la tramoya y la desvergüenza, que ha valido tanta fama á un príncipe aleman de nuestros dias, y á otros varios manufactureros de protocolos.

Era nuestro judío uno de aquellos hombres á quien si hubiera vivido en nuestro tiempo hubiéramos honrado con el título pomposo de grande hombre, y que no habria dejado de dar que hacer últimamente, y de medírselas con el veterano Talleirand, ó por otro nombre el embrollo personificado, á haber tenido la dicha de vivir en este siglo y la sobre todas digna de envidia de ser miembro de la conferencia de Lóndres.

Sabia perfectamente la cuenta que le esperaba si su empresa probaba mal, en cuyo caso, tanto S. M. monseñor rey de Francia como su alteza el de Aragon le dejarian en las astas del toro, sacrificándole, si era preciso, para que no se interrumpiese en ninguna manera la buena armonía que reinaba entre estos dos monarcas y el de Castilla.

Figurábase además el astuto hebreo que su amo el de Aragon queria mejor hacer mal al de Castilla que proteger los Lacerdas, á quienes tenia encerrados en Játiva más en calidad de presos que de príncipes aliados; y así por esto, como por no exponerse, habia to-

mado sus medidas para complacer al que le enviaba, y no perder la cabeza en caso de que estallase á mala hora la proyectada conjuracion.

Muchos eran, no obstante, los partidarios, ya ocultos ya declarados, de los nietos de Alfonso el Sábio, particularmente en Castilla, donde habia de romper la revolucion, por lo cual, y las buenas tropas que podian aquellos poner en armas así como el populacho, en todos tiempos amigo de alborotos y mudanzas, que sin duda engruesaria sus filas, era dudoso á cual de los dos partidos daria razon la victoria.

Mucho tiempo habia pasado desde que comenzó esta trama, y las promesas hechas por segunda mano en nombre del rey de Aragon, ya de ayudarles á mano armada, ya de protegerles en caso de algun revés, habian producido el efecto que se deseaba, animando á los indecisos, fortaleciendo á los tímidos, y dando materia á los animosos para que inspirasen confianza á todos y extendiesen voces y noticias que tenian alborotada la gente.

Era el de Iscar, como puede suponer el lector, uno de los primeros y más intrépidos conspiradores contra D. Sancho: su valor, y sobre todo la nombradía de su padre, no solo le habian atraído á la mayor parte de los señores castellanos descontentos de Sancho el Bravo, sino tambien la atencion de los dos reyes sus protectores, que preferian entenderse mejor con él que con ningun otro, y habian comisionado para llevar el *ultimatum* al sábio judío, no quedando ya otra cosa que

hacer que enarbolar la bandera de la rebelion, y reunir al momento á los conjurados. Todos ellos estaban dispuestos y prontos para el dia que se señalase, y el punto de reunion, siendo el castillo de Iscar, la guerra debia empezarse por la toma del fuerte de Cuellar, cuyo dueño era el único enemigo temible que habia en aquellos contornos.

IV.

Cuando Abrahan concluyó su lectura y manifestó al de Iscar los muchos recursos con que se contaba, así de dinero como de pertrechos de guerra, la ambicion y el deseo de vengarse animaron de tal modo el corazon del intrépido caballero, que la alegría le rebosaba por todo su cuerpo, sintió duplicarse sus fuerzas, y exclamó lleno de entusiasmo:

—Mañana mismo es preciso romper. Voto á tal que no esperaba yo que fuese tan pronto; pero, en fin, ya llegó el dia en que nos veamos segunda vez á caballo.

—Tranquilízate, respondió el judío, y ten más juicio y prudencia si has de encaminar tu empresa á buen fin, porque de lo contrario creeré que no vales para mandar, sino para obedecer, y se lo escribiré así á mi rey.

—Por vida del Cid, maldito judío, que si no mirara á Dios, estoy por hacer en tí un ejemplar, repuso el caballero con ira; pero...

—Cuanto vas diciendo, replicó Abrahan sin alterarse, prueba más cada vez tu inutilidad para el mando, y ya veo que tus razones desmienten la fama que te reputa de hombre capaz.

El caballero hizo un movimiento incorporándose sobre la cama como si intentara arrojarle al atrevido hebreo, pero reprimiendo su cólera lo mejor que supo; no pudo menos de avergonzarse de sus arrebatos al ver la impasibilidad del judío, cuyos penetrantes ojos, clavados en él, le hicieron bajar los suyos y cambiar de color.

—Tienes razon, Abrahan; mi carácter es muy precipitado y á veces injustamente colérico, dijo despues de un largo silencio: tú eres más apto que yo para mandar; dirige tú esta empresa, que yo seguiré tus consejos.

—La docilidad en ciertos casos equivale al talento, y en este servirá para que yo temple con la nieve de mi avanzada edad el ardor natural de la tuya. Conozco tu entusiasmo por la justa causa que defendemos, tu valor y los motivos particulares que te punzan para desear que llegue cuanto antes la hora de la venganza; pero ni tú estás en disposicion de calarte el casco, ni están todavía reunidas las fuerzas con que contamos, y no es de tan poca monta el bienestar de la patria, que así se arriesgue nuestra causa á perderse completamente y sin esperanza para el porvenir, cuando puede ser casi seguro el triunfo si tenemos paciencia por unos dias.

—¡Paciencia! exclamó mordiéndose los labios Hernando. ¡Cómo ha de ser! prosigue.

—Paciencia, sí, señor, paciencia, prosiguió el judío. En primer lugar, es preciso aguardar á que se reúnan los aliados y sepamos así por nuestros mismos ojos la fuerza con que contamos, y en segundo esperar la respuesta del de Lara, que por costumbre ó por gusto, no hay año que no se rebele dos veces contra su rey, y á quien el rey de Aragon ha escrito, sabedor de sus disgustos con el de Haro, prometiéndole mil mercedes y el castillo de Albarracin si se pone de nuestra parte. Por lo demás, como nuestro primer objeto debe ser reunir mucha gente, no será malo al mismo tiempo que se trate con el Velludo.

—¡El Velludo! preguntó el de Iscar con ceño.

—Sí; el Velludo es un capitán de ladrones, prosiguió el judío sonriéndose, pero tiene mucho nombre en este país y puede poner de dos á tres mil hombres sobre las armas cuando se ofrezca. Además es valiente y...

—Por la Virgen, gritó Hernando sin poder contener su cólera, que no me habéis de semejante canalla, y juro á Dios que no me meta yo en nada y eche todo á rodar si tal bribon ha de venir á alternar conmigo. ¡Infame! que le he de ahorcar á él y á todos los demás de su cuadrilla, ó me he de borrar el nombre que tengo. ¡Abrahan, mira bien lo que dices, porque esa gente ni tiene ley ni rey, y en cuanto á valientes, el caballero de ménos ánimo es capaz de hacer

correr en campo abierto mil juntos de esa villana ralea.

—Tienes razon, replicó el judío, luego que Hernando desfogó su cólera, y sé tambien que tienes motivos muy justos para aborrecer al Velludo; sé además que cierta clase de gentes hacen más daño que provecho en cualquier partido á que pertenezcan; pero sin embargo, la mucha gente es necesaria cuando se trata de pelear, y el Velludo, aunque á la verdad sea un ladron, no deja de tener cualidades bastante raras en los de su oficio. Es valiente, sagaz, y yo tengo una prueba reciente de la bondad de su alma.

—No me hables más de ese hombre ó reñimos, repuso el señor de Iscar con ímpetu. Por vida de... ¿reunirme yo con un bandido? ¡Oh! es demasiado exigir; cuanto más, que aunque por mí no fuera, no habria un noble que no se apartase de nuestro partido en cuanto supiese que semejante canalla componia parte de nuestro número.

—Muy equivocado estás, respondió el judío sonriéndose; al contrario, ellos mismos han sido los que me han probado la necesidad que tenemos de él.

—Pues entonces digo que tales caballeros no lo son, y que no hay que contar conmigo, replicó D. Hernando con entereza.

—En ese caso, repuso el judío, quiere decir que abandonas tu propia causa y te olvidas del testamento de D. Alfonso, que dejando á sus nietos por herederos, os obliga á los grandes á sacrificar todo en defensa de sus derechos legítimos.

—No es eso, no me separo; pero quiero decir, que yo solo tomaré las armas, y me declararé contra don Sancho sin necesidad que nadie me ayude.

—¿Y tu venganza?

—¡Mi venganza! exclamó Hernando. ¡Cómo ha de ser! la tomaré yo solo, ó moriré.

El tono con que pronunció estas palabras dió á conocer al judío el carácter duro y tenaz del hombre con quien trataba, por lo que sin hacerle mas reflexiones cambió de conversacion.

—Paréceme, dijo, que dentro de quince dias á lo más tendremos reunida toda nuestra gente de guerra. Ello es preciso empezar cuanto antes, porque ó don Sancho está ya en Valladolid, ó debe llegar hoy mismo, pues creo que tiene algunas noticias de nuestra trama.

—Ya he dicho, dijo el de Iscar, que si por mí fuera saldriamos á campaña mañana mismo. Esta noche debe llegarnos algun refuerzo, y varios nobles de las cercanías con la tropa que han reclutado. D. Sancho tiene entretenida la mayor fuerza de su ejército en Andalucía, donde andan revueltos los moros, y la guarnicion del castillo de Cuellar, aunque bastante numerosa, ni es temible, ni tiene un buen jefe, á no ser que Sancho Saldaña saliese ménos herido que lo que yo creo de nuestro desafío.

—Calma en determinar y mucha expedicion y presteza en la ejecucion es lo que nos es ahora más necesario, repuso el hebreo; sobre todo, yo, es preciso que

vea esta noche á esas gentes que aguardas, y tú que descanses, y que tu espíritu se sosiegue, si has de tener parte en nuestras deliberaciones.

—Pienso que no dejaría de ser útil enviar un expreso á los otros que han de venir mañana, á fin de que apresuren su marcha.

—Estoy en ello; ¿pero tienes algun hombre de tu confianza que...

—Mi fiel Nuño, por quien pondría las manos en el fuego seguro de no quemármelas.

—Me parece un poco hablador, replicó el judío, y podría quizá charlar más de lo que seria conveniente.

—No temas por eso, respondió el caballero, que yo salgo fiador de su silencio. Tú que sabes escribir le darás por escrito los mensajes que ha de llevar á los que yo te diré que saben leer, que creo son dos ó tres, y en cuanto á los otros, él tiene buena memoria y se los dará de palabra.

V.

El judío meneó la cabeza en señal de que convenia, y Hernando llamó á su fiel Nuño, cuya voz se percibía en otra sala, como si mantuviese alguna disputa muy acalorada con un enemigo no ménos testarudo que él.

Los gritos eran tales que hubo de llamarle su amo dos ó tres veces antes de recibir ninguna respuesta, hasta que por fin se le vió entrar todavía sudando, sin duda de lo mucho que habia gritado.

—Hay una comision que desempeñar, mi buen Nuño, le dijo Hernando, y de aquellas un poco arriesgadas que á tí te gustan.

—Así es, señor; vuestro padre siempre me escogia cuando se trataba de algo en que hubiese peligro. En el año de mil...

—¿Hay algun tintero en el castillo? interrumpió el de Iscar.

—¿Tintero? repitió con mucha estrañeza Nuño; por vida mia que es instrumento de que he hecho muy poco uso en mi vida. Tengo cerca de setenta años, y creo que no he visto más que uno, que es el que tiene nuestro capellan.

—No hay para qué buscar tintero, replicó el judío; yo traigo aqui el mio, que gracias á que es de cobre no se me ha estropeado en mis últimas aventuras. Voy al cuarto donde he comido y escribiré; tú puedes dar los recados de palabra á este hombre, continuó dirigiéndose á D. Hernando. La oscuridad vá entrando, y á mi ver ha de ser ya cerca de prima noche á lo menos. De aqui á una hora podrá ponerse en camino, que ya tendré yo escritas las cartas.

Dicho esto salió de la habitacion dejando á Nuño con su señor, quien le enteró de todo con mucha satisfaccion del buen viejo, que casi lloraba de gozo al ver cuán cerca estaba el dia de volver á enristrar lanza, y al mismo tiempo muy pagado de la confianza que su señor le hacia encargándole tan importante mision.

Capítulo XXIII.

Capitan.

Este baston, por quien todos
unánimes te obedecen,
es la respuesta que traigo;
ya nuestro caudillo eres.

Duque.

Gustoso, amigos, lo admito,
y tanto me desvanece
el mandar soldados tales,
que á las vuestras y á mi frente
el verde desden de Daphne
aun no fecunda laureles.

(Mas vale el hombre que el nombre.)

(BANCES CANDAMO.)

I.

Todavía no empezaba á amanecer, cuando el sonido de una trompeta anunció la llegada al castillo de las tropas que se aguardaban, y el centinela, habiendo dado el aviso, bajaron algunos hombres de armas á reconocerlas.

Comunicada la seña con que se entendían los conspiradores, se echó el puente levadizo al momento, y

de allí á poco resonó el patio del castillo con las armas y estrépito de hombres y de caballos que traía en número de doscientos, y otros tantos de á pié, el joven señor de Toro que descontento del rey había abrazado el partido de los Lacerdas.

Otros varios señores fueron llegando asimismo, ya con mas, ya con menos número de tropas bajo su mando, de suerte que el castillo se trasformó en poco tiempo de un lugar de retiro, guarnecido de algunos pocos veteranos, en una ruidosa plaza de armas llena de soldados de todas partes, y donde todo era entusiasmo, voces y preparativos de guerra.

Colocarónse todos lo mejor que pudieron en las anchas cuadras del fuerte, que por el corto número de la guarnicion estaban desocupadas, con grande alegría de todos, que aunque la mayor parte sin saber fijamente por qué era aquel movimiento, presumían que iba á haber guerra, y esto bastaba para tenerlos contentos.

II.

Luego que amaneció dejó el judío la cama en que habria dos horas que se habia acostado, y despues de recorrer las cuadras é informarse del número de tropas que habia venido, pasó al cuarto del enfermo, á quien halló tan convalecido que le dió su permiso para que se levantase cuando quisiera.

No aguardó D. Hernando á que se lo repitiese segunda vez, sino que saltando en el mismo instante del lecho, empezó vestirse al momento tan alborozado y alegre como un niño que va á estrenar un vestido.

Cuando hubo acabado tomó el brazo del cantor, y razonando con el judío, que le acompañaba, salieron juntos del cuarto, y se dirigieron á otra sala, en donde estaban reunidos los jefes de las tropas recién llegadas.

Todos se pusieron en pié, en cuanto entró, para saludarle: su rostro noble y su marcial continente le daban cierto aire de superioridad donde quiera que se presentaba.

Añadiase á esto su palidez, y la fama del combate que habia sostenido con Saldaña, y en que habia peleado con tanta igualdad con un hombre que tan nombrado era por sus fuerzas y extraordinario valor; todo lo cual aumentaba el respeto y el interés que su gallardía y noble ánimo podían inspirar por sí solos.

—Caballeros, dijo despues de sentarse en un sillón que un paje le habia acercado, á grande honra tengo que mi castillo haya sido elegido por punto de reunion de tan intrépidos capitanes. Nada tengo que decir de la justicia de nuestra causa, ni de las grandes ventajas que puede prometerse Castilla si la victoria protege, como es de esperar, nuestros estandartes y estando determinados á vencer, que así será sin duda con poco que ayude la suerte nuestra osadía. Paso en silencio los grandes recursos que nos ofrece el rey de

Aragon y de Francia, con cuya amistad y alianza sé que podemos contar fijamente, porque no hay necesidad de dar ánimo á corazones tan generosos como los vuestros, y solo creo que debemos determinar cuándo y con qué hecho de armas hemos de dar principio á empresa de tanta gloria. Vosotros, entre quienes veo con gusto capitanes cubiertos de canas y cicatrices, ilustres guerreros llenos de valentía y de experiencia, vosotros debeis decidir en materia tan árdua, puesto que del principio de nuestras operaciones depende sin duda el buen éxito de nuestros planes. En diciendo así tendió la vista á su alrededor, miró despues al judío, que parecia á un lado muy pensativo, y aguardó á que alguno diese su parecer sobre la cuestion que les habia propuesto. El primero que tomó la palabra fué el judío, y dijo:

—Valientes capitanes, generosos defensores de la horfandad desvalida, si mi barba blanca como la de nuestro padre Abraham...

Todos hicieron un gesto de desagrado, y el judío prosiguió:

—Si mi carácter de enviado de los dos poderosos reyes de Aragon y de Francia me dan derecho para hablar delante de vosotros, y dar mi parecer acerca del primer paso que ha de darse al estallar nuestra conspiracion, faltaria yo á la confianza que haceis de mí si os ocultase mi opinion ó la disfrazase por miedo de disgustaros. Empero, cuando contemplo delante de mí tantos y tan ilustres campeones criados en las ar-

mas, maestros en ardides de guerra, y tan famosos por su valor como por su experiencia, no puedo menos yo, un pobre judío, que ha dedicado toda su vida al retiro y al estudio de las ciencias, que por su religion y su clase no puede jamás compararse con el más infimo de vosotros...

Los ojos de todos se volvieron á él con desprecio.

—No puedo menos, repito de turbarme, y me faltan palabras con que expresarme, asombrado yo mismo de mi atrevimiento. Pero como el bien de la causa que defendeis es sin duda el único móvil de mi temeridad, paréceme que me siento con fuerzas bastantes para superar tamañas dificultades, así como el joven David se halló súbitamente con bastante espíritu para luchar con el gigante filisteo. *Est Deus in nobis*, puedo yo decir ahora como el poeta. Cuán apreciable cualidad sea la del valor, no hay para qué decirlo, y mucho menos cuando no se trata de animaros, sino al contrario, de contener vuestro brío y dirigirlo por el camino más seguro, aunque no tan recto, de la prudencia. Los grandes varones de la antigüedad, como Scipion...

Aquí el señor de Toro no pudo reprimir por más tiempo el desprecio que le inspiraba el judío.

—Perro hebreo, le dijo, saca ejemplos cristianos, y no me vengas ahora á contar lo que hicieron esos paganos.

El señor de Iscar y algunos otros no pudieron menos de reprender en voz baja al caballero que así in-

terrumpia y faltaba al respeto á un enviado nada menos que de dos reyes tan poderosos, y el judío, sin mirarle ni inmutarse, continuó:

—En todos tiempos la astucia ha ganado más batallas que el valor, y es seguro que aquella sola puede mucho, y éste por sí solo puede muy poco, así como el triunfo es indudable si una y otro caminan juntos. El mayor enemigo nuestro en este país, y el que sin duda se opondrá á nuestra marcha decididamente, es el conde de Saldaña, señor del castillo de Cuellar. Este castillo, inexpugnable á mi entender por la fortaleza de sus murallas, cuenta además dentro de ellas más de ocho á diez mil hombres de armas que le guardan, y puede, en caso preciso, contener otros tantos en pié de guerra si su señor quiere armar á los jóvenes de la ciudad. Ya veis, señores, que apenas contamos nosotros con la mitad; pero no creais que esta razon y otras muchas que por ahora callo, las presento con intencion de que retardeis vuestro alzamiento; al contrario, sé muy bien que tal demora, lejos de estar en nuestro provecho, estaria en el de nuestros enemigos, que así tendrian más medios de prepararse, y no se me oculta que es ya demasiado pública nuestra conjuracion para volver el pié atrás ó hacer alto en nuestro camino. Conozco, además, nuestro riesgo si, como se suena, es verdad que Sancho IV ha despedido las Córtes en Sevilla, noticioso de nuestros intentos, y ha emprendido su marcha á Valladolid; pero todos estos peligros, lejos de desalentarnos, deben

inspirarnos más ánimo. Solo es preciso que la astucia supla por nuestra falta de fuerza. Ver de introducirse en el castillo de Cuellar, á lo cual yo mismo me ofrezco, no para contar los soldados ni el número de troneras que hay en él, sino para buscar allí dentro aliados que nos le entreguen si puede ser sin el menor riesgo de nuestra parte, buscar amigos en la corte del mismo D. Sancho, entre los que más le parezcan suyos; en una palabra, socabar sigilosamente el alcázar de la tiranía para levantar sobre sus ruinas el templo de la libertad; tal me parece que debe ser nuestro primer objeto. Nuestras tropas entonces hallarán auxiliares en todas partes, los triunfos que sin duda se han de alcanzar reforzarán el espíritu del soldado, y nuestros enemigos, peleando en un terreno en falso, se hundirán y serán raídos de la haz de la tierra como las espigas desaparecen en monton bajo la hoz de los segadores. Este, á mi entender, debe ser el primer paso que ha de darse, y que facilitará cuantos en adelante se den, y para esto deben buscarse hombres de resolucion y que merezcan nuestra confianza. Yo el primero, á despecho de mi edad y de mi natural pacífico, tomo á mi cargo introducirme en el castillo de Cuellar, en donde á riesgo de mi vida desempeñaré mi comision, y os probaré que un judío sabe, tan bien como un caballero, arrostrar el peligro con serenidad.

Admirados quedaron todos, más de la resolucion del judío que de su discurso; y aunque muchos pusieron

mala cara á la última fanfarronada, todos unánimemente aprobaron su parecer.

Trataron en seguida de algunas disposiciones militares: los puntos que habian de acometer, si habian ó no de dividir sus fuerzas, y si habian de esperar hasta reunir mayor número de tropas para el alzamiento, y los más de ellos fueron de opinion de no hacer nada hasta que todos los conjurados estuviesen reunidos, á despecho del de Iscar, que deseoso de libertar á su hermana y vengarse de su robador, lo cual aumentaba la natural impetuosidad de su génio, queria romper al momento sin esperar más, y se valió de cuantas razones supo para atraerlos á su parecer.

Estando todavía en esta disputa llegó un propio de Valladolid con la noticia de que el rey acababa de llegar de Sevilla, sabedor acaso de la revolucion que se tramaba, lo cual puso á la mayor parte de los caballeros en mucho cuidado, y algunos de ellos cambiaron de color; solo D. Hernando vió un motivo más para apresurar el rompimiento, y el judío, con su acostumbrada sangre fria, apoyó entonces su proposicion.

Capítulo XXIV.

Rey.

¿En fin, vos sois en la villa
quien al mismo rey no da
dentro de su casa silla?

.....
¿Vos quién como llegue á vello
partís mi cetro entre dos,
pues nunca mi firma ó sello
se obedece sin que vos
deis licencia para ello?

Don Tello.

¡Cielos, con tal deshonor!
¡a mí ultraje tan infame!
¡que para esto el rey me llame!

(Rico hombre de Alcalá.)

I.

La crónica de que copiamos, ó por mejor decir extractamos esta verdadera historia, cuenta, pues, que el rey don Sancho se hallaba en efecto en Valladolid, tal como habia referido el propio que avisó á los conspiradores.

Las noticias que en Sevilla tuvo del próximo alzamiento en Castilla, á favor de don Alonso de Lacerda, que ya se nombraba rey, le hicieron suspender las Cortes y aproximar su vuelta á Valladolid con el ménos aparato posible: solo le acompañaban su esposa doña María, el de Lara, rival del señor de Vizcaya, y los que componian su consejo; tal prisa metian las nuevas que recibió.

En efecto, la proteccion que Felipe, rey que Francia concedia á sus dos primos, así como la del de Aragon, no pudo ménos de disgustarle sobremanera, y mucho más viendo lo revueltas que estaban las cosas de su reino, que no solo le desobedecian sus enemigos declarados, sino que sus amigos, y en particular don Lope de Haro, cada dia se le hacian más temibles, abrogándose derechos y facultades que estaban muy lejos de pertenecerles.

Sufria el rey con paciencia, y disimulando su natural altivez, las altanerías de este favorito, que habia en otro tiempo tomado tanto influjo en la corte, que llegó á proponer á don Sancho anulase su casamiento con doña María, y tomase por mujer á su sobrina Guillerma, hija de Gaston, vizconde de Bearne, con lo cual, y porque el rey no se negó abiertamente á semejante proposicion, se ensoberbeció de modo que no se tuvo por ménos que él, y andaba propalando en todas partes la próxima boda, tratando mal á sus iguales, y haciéndose insufrible con su orgullo y su presuncion.

No era Sancho el Bravo de aquellos reyes á quienes la adulacion presta pomposos títulos que bajo ninguno merecen, y el renombre de Fuerte que llevaba, lo habia ganado sin duda.

Habia ya quitado á D. Lope gran parte de su favor, que dividia asimismo con el de Lara; pero la apurada situacion en que se veia, el génio inquieto de aquel, y más que todo el colosal poder del de Haro, le hacian temer que reuniéndose estas dos casas, cabalmente las dos más poderosas del reino, le declarasen la guerra y le destronasen tal vez, aprovechándose de la avenida de males y guerras que por tantas partes á un tiempo le amenazaban.

Astuto y sagaz en extremo, preveia las fatales consecuencias de semejante alianza, por lo que á la muerte de D. Alvar Nuñez de Lara concedió la privanza á su hermano D. Juan, para que el poder de esta familia contrapesase el del señor de Vizcaya, suscitando continuamente rivalidades entre ellos, á lo que contribuyó no poco su esposa con sus sábios consejos y su prudencia.

Tal era, en compendio, el estado crítico de los negocios, y en tan deshecha borrasca vagaba D. Sancho á impulsos del viento de la fortuna, con gran peligro de que zozobrase su navío, á pesar de su destreza, actividad y bravura.

II.

Reunidos estaban en palacio esperando al rey para deliberar acerca de tan importantes materias, muchos de los miembros de su consejo, entre los cuales habia varios ricos-homes, arzobispos, obispos y otras dignidades del reino, muy entretenidos al parecer en una conversacion que el lector nos permitirá referírsela, cumpliendo con nuestro oficio de historiadores.

—Desengañaos, señor Lopez Salcedo, decia un obispo grueso y muy colorado, que luego se supo que lo era de Plasencia. El señor de Haro ni habria venido aquí, ni estaria tan orgulloso, sino fuese cierto que su alteza va á anular su casamiento con doña María, para verificar el cual, ya sabeis que no se dispensaron del parentesco. *Sine affinitatis dispensatione sponsalia contraherunt.*

—Pues yo os aseguro, repuso Lopez Salcedo, que el rey no se separa de doña María aunque se lo prediquen ángeles, y voto á tal, que yo hiciera otro tanto, puesto que ella es el primer sostén de su trono.

—¿Sabeis, señores, dijo acercándose á los dos, con mucho sigilo el dean de Sevilla, que el rey trata de hacer que le vuelva el de Haro los castillos y plazas que le ha usurpado?

—Ya era hora de que le hiciese bajar la cabeza, replicó Salcedo, á ese vanidoso señor, que nos miraba á

todos como inferiores suyos, y pardiez que he estado más de una vez por atravesarle de una estocada.

—Es fama, añadió el dean, que este cambio lo causa la sospecha que hay de que el de Haro está en inteligencias secretas con D. Pedro, rey de Aragon, y auxilia por bajo de mano á los revoltosos.

—Me parece que todos os engañais, repuso el obispo: yo apostaria ciento contra uno á que D. Lope está más en privanza que nunca, y en cuanto á lo que decís de sus inteligencias secretas con los revoltosos de Castilla, ¿cómo es posible que un D. Lope, señor de Vizcaya, se humille hasta el punto de entenderse con una gavilla como esa de hombres perdidos?

—Perdonad, señor obispo, replicó el dean de Sevilla sonriéndose; yo no he dicho que tal cosa sea cierta; al contrario, si me pedís mi opinion os diré francamente que estoy muy distante de creer lo que por ahí cuentan.

—Pues en cuanto á mí, respondió Salcedo, no sé si es cierto ó no; pero sé que anda muy equivocado su ilustrísima si cree que son todos los rebeldes gente perdida, porque hay entre ellos caballeros muy principales; y D. Lope de Haro, si por eso es, podria entenderse con ellos sin rebajar nada de su alta alcurnia, como ya se ha entendido con el rey de Aragon.

El dean se acercó al oído de Lopez Salcedo, diciéndole que mirase bien lo que hablaba, pues así el obispo de Plasencia como Diego de Campos, que estaba detras, eran muy grandes servidores y amigos del de

Haro, y podrian contarle despues lo que de él dijese con grave daño de su interés. Pero el caballero, despues de darle las gracias continuó:

—Acercaos, Sr. D. Diego Lopez de Campos; yo estaba hablando mal del conde D. Lope, y como vos sois su amigo, pienso que habeis de tener curiosidad de oirme. Pues como iba diciendo, las noticias de Castilla son de la mayor importancia, y aquí el señor dean, me parece, ha de saberlas mejor que yo.

—Yo, respondió el dean con su melosa y cortesana sonrisa, no sé mas que lo que todos sabemos: he oido decir que con algunas tropas buenas que se envien á reforzar el castillo de Cuellar bastará para hacer entrar á todos en razon, y mucho mas ahora que D. Lope de Haro ha recobrado el favor de nuestro monarca, y le podrá ayudar con todo su poder.

—La muerte de D. Alvar Nuñez de Lara, repuso el obispo de Plasencia, ha libertado al señor de Vizcaya del único competidor que podria hacerle sombra, y el rey tendrá sin duda que volverle la autoridad que tenia en su córte.

—En prueba de ello, añadió Lopez de Campos, hoy mismo se le aguarda aquí con el infante D. Juan, su yerno, que viene á hacer reverencia á su alteza, y á acompañarle en su espedicion contra los facciosos.

—¿Y quién mejor que él, repuso el dean, puede afirmar la autoridad real, siendo como es el señor de mas valimiento en España?

—Señor dean, replicó Salcedo, os torceis á todas

partes como una varita de mimbre. El de Haro, señores, tiene mas de un competidor que le haga frente, y D. Juan Nuñez de Lara, hermano del difunto D. Alvar, puede suplirle aquí y en todas partes con ventaja.

—¡Oh! D. Juan Nuñez de Lara, exclamó el dean, no hay duda que es poderoso.

—Esa cuestion quedará hoy decidida, respondió el obispo con el tono propio de un hombre que sabe muy bien lo que dice, y ya os he dicho que no hubiera venido D. Lope á ver al rey ni andaria tan confiado sino estuviese seguro que va á ocupar el hueco que le corresponde: *ad assequendum officium se dotibus commendavit*.

—Así es, continuó el de Campos, y no hay que dudar que vuelve á la gracia del rey, y entonces veremos, añadió echando una ojeada á Salcedo, quién les vale á los que le han motejado estando caído, y quién los ha de libertar de su cólera.

—Vive Dios, señor Diego de Campos, respondió Salcedo, que si lo decís por mí, que os engañais en mucho, que habeis de saber que yo no necesito que nadie me valga mientras mi brazo derecho no se me desprenda del hombro y cuelgue mi espada de mi cintura, y lo que ahora digo estoy pronto á sostenerlo á pié y á caballo con uno, y con veinte que lo contradigan.

—Calmaos, señor Lopez Salcedo, repuso el dean con su acostumbrada sonrisa de benevolencia; sosegáos, que aqui nuestro amigo Lopez de Campos no lo dijo por tanto.

—Ciertamente, añadió el obispo, y no ha tenido intencion de ofenderos.

—Y si la hubiera tenido... replicó Salcedo.

—¿Qué hubieras hecho? interrumpió el de Campos.

—¿Qué? dejaros tendido aquí mismo.

—Paz, señores, paz, exclamó el dean colocándose entre los dos.

—Mirad, señores, que estamos en casa del rey, continuó el obispo.

Salcedo se mordió los labios de ira; pero el sitio en que estaban y las personas que allí habia presentes, le obligaron á contenerse y dejar para luego la cuestion empezada, disimulando en cuanto le fué posible, y retirándose del corrillo.

El de Campos, aunque tan irritado como él, habia aprendido á disfrazar mejor sus sentimientos, y luego que su enemigo se separó, su semblante pareció tan tranquilo como si nada hubiese sucedido desagradable.

—¡Qué genio! ¡qué genio tiene el tal Salcedo! dijo el fino dean encogiéndose de hombros y meneando la cabeza á un lado y á otro luego que se separó.

—¡Oh! es un hombre insufrible, replicó el obispo. *Silvestri homo, homo bellua*.

—Nada tiene de estraño que se enoje, repuso el de Campos, y mucho más cuando todos sabemos su amistad con los Laras, y el odio que tiene á D. Lope.

—Yo, la verdad, dijo el dean, tengo mucho que agradecer al de Lara, pero no dejo de hacer justicia

al mismo tiempo al de Haro, y si llega hoy como se dice...

—¡Oh! se entiende, replicó el obispo con cierta ironía, no sereis el último que acuda á darle la enhorabuena, y á felicitarle por su vuelta al favor del rey.

—No tendré el menor inconveniente en hacerlo, repuso el dean como si no hubiese entendido la pulla.

III.

En este tiempo la llegada de un mensajero del castillo de Cuellar que enviaba Saldaña puso fin á la conversacion, y habiéndose vuelto todos á ver quien era el que con tanta prisa quería hablar al rey, vieron un jóven de desembarazado continente, lindo en extremo, y muy bizarramente vestido, que entró en este momento en la sala.

Era el artificioso y mal intencionado Jimeno, que venia de parte de su señor al rey, con nuevas de las tropas rebeldes que se reunian en el castillo de Iscar, y que ya habian dado principio á sus algaras y escaramuzas. Rodeáronle todos, y empezaron á preguntarle las nuevas que traia, y que el buen paje desembuchó con cierto ademan de importancia, tal como un diplomático suele hacer cuando se le ofrece la ocasion de lucirse en su mentirosa ciencia delante de un numeroso concurso, que está colgado de sus palabras.

—El conde de Saldaña, dijo, no ha podido salir aun á correr el campo por no estar todavía enteramente

convalecido de sus heridas. Pero el negocio es mas árduo que lo que se cree, y las fuerzas de los revoltosos son bastante imponentes.

—¿Y quién los manda? preguntó el obispo de Plasencia.

—Han nombrado por jefe suyo, repuso el paje, á don Hernando de Iscar, y el rey de Aragon creo que les ha prometido socorros. Si pudiérais hacer que yo hablase á su alteza en particular, os lo agradecería. Ya sabeis que hay ciertas cosas que no se pueden decir en público, y yo traigo para su alteza una comision secreta de suma consideracion.

—Ya se le ha enviado recado, dijo Salcedo, y de aquí á un momento entrareis.

—¿Y creéis que basten las fuerzas del conde vuestro señor para sofocar la rebelion?

—Tal vez; ¿quién puede asegurarlo? hasta ahora...

—¡Oh! la llegada de D. Lope de Haro pondrá todo en orden, repuso Lopez de Campos, y la sumision del infante don Juan, su yerno, es un golpe terrible para el partido de los Lacerdas.

—Todo puede ser, replicó el paje, cuya vanidad parecia recrase en poner en dudas á los grandes señores que le escuchaban.

Un macero que salió del cuarto del rey, habiéndole traído orden para que entrara, el paje con su natural descaro saludó á todos con cierta sonrisa maliciosa de proteccion, atravesó el salon con la cabeza alta, y entró en la habitacion de su alteza.

IV.

Estaba el rey sentado en un sillón de marfil adornado de muchos relieves, vestido de una túnica ó bata llamada *Argate*, y en conversacion con D. Juan Nuñez de Lara, que ocupaba otro asiento á su izquierda á cierta distancia como en señal de respeto.

Era de mediana estatura, pero muy doble, de ademán severo, graves y penetrantes ojos, y muy osado de aspecto. Llevaba un puñal ó cuchillo atravesado en el cinto, que le sujetaba la túnica, guarnecido de piedras que le habia regalado el rey de Granada, y que nunca quitaba del cinto en su palacio y donde quiera que estaba.

Cuando entró el paje volvió á él los ojos con serenidad, suspendió su habla con el de Lara, y le preguntó:

—¿Qué nuevas traes, y cómo está nuestro fiel servidor el señor de Cuellar? ¿Está ya curado completamente de sus heridas?

El paje bajó la cabeza en señal de respeto, y parándose á unos seis ú ocho pasos del rey contestó:

—El señor de Cuellar hace á vuestra alteza homenaje y aguarda vuestras órdenes en su castillo. En cuanto á las noticias que tengo la honra de comunicar á vuestra alteza, algunas son de palabra, y la mayor parte vienen en este pliego, que me encargaron os entregara yo mismo.

Y sacó del pecho unos rollos de pergamino que entregó al rey, despues de haberle doblado la rodilla y hecho ademan de besarle la mano derecha, que el rey alargó para recogerlos. Hecho esto se retiró á la misma distancia que antes, y aguardó su determinacion en silencio mientras leía.

V.

No nos detendremos en relatar al lector las nuevas que enviaba Saldaña, reducidas en gran parte á avisar al rey de todo lo referido en los capítulos anteriores.

Don Sancho las leyó muy detenidamente, pero sin dar muestras de asombro ni de temor, y al concluir de leerlas pasó los pergaminos al de Lara con una desdenosa sonrisa, como si mirase tan seria rebelion con indiferencia.

Su favorito las tomó con respeto, y las leyó tambien para sí, mientras D. Sancho continuaba su conversacion con Jimeno.

—¿Y las que traeis de palabra, buen paje?

—Se reducen, señor, replicó Jimeno, á deciros que los rebeldes últimamente se han aumentado hasta el número de quince mil hombres, lo que ha obligado á mi señor á mantenerse á la defensiva, contentándose con enviar algunos escuadrones volantes en diferentes direcciones que los entretengan y escaramucen con ellos. Pero como esto solo no es bastante para acabar de una vez con los sublevados, y cada dia se declara

por ellos alguna ciudad de importancia, mi señor me encarga suplique á vuestra alteza le envíe algunos hombres de armas para poder salir á campaña sin dejar en peligro de ser tomada su fortaleza, y combatirlos con igualdad. Aun más, señor, cree que vuestra alteza haria muy bien si fuese en persona mandando las tropas que hubieran de ir, puesto que este sería el medio mas acertado de apaciguar la tierra.

—¿Es eso todo? preguntó el rey.

—Señor, repuso el paje, he desempeñado mi encargo.

—Está bien; retírate, replicó el rey, y dí á nuestro leal conde de Saldaña que iremos á verle muy pronto.

Obedeció el paje á la intimación de D. Sancho, y luego que estuvo fuera de la habitación, el rey se volvió á su privado, que acababa de leer los pliegos, y no mostraba tan buena cara como D. Sancho, antes muy al revés, daba á conocer en su semblante cuán grave le parecía aquel asunto.

—¿No os lo decia yo, dijo el rey, que solo yendo en persona podríamos sujetar esos javalíes?

—Ya sabe vuestra alteza que solo me he opuesto á esa determinación por razones de política, y aun ahora mismo estoy persuadido que el primer paso que debe dar vuestra alteza es hacer que el de Haro entregue los fuertes que tiene en su poder, alzando el juramento á las guarniciones que en ellos tiene, y dándonos las contraseñas para que vuestra alteza obre á su voluntad; de lo contrario iremos á combatir un enemigo

temible, dejando otro mas poderoso á la espalda, y que puede hacernos mas daño.

—Dices bien, respondió el rey, y para eso nos hemos valido del disimulo, y le hemos llamado hoy á mi córte, de donde no saldrá vivo si no conviene en hacer cuanto exijamos. Ya veis que en esto os damos á vos mismo una seguridad mas del aprecio que nos merecis.

—Hace mucho tiempo que el de Haro trata de suceder á mi hermano en el lugar que el perdió por su demasiado orgullo, y á que vuestra alteza se ha dignado elevarme.

—Ya habeis visto, dijo el rey, que no usaba menos disimulo con el de Lara, y de cuya fidelidad queria asegurarse, que en esas cartas se hace mencion de vos, y que os prometen en nombre del rey de Aragon el castillo de Albarracin, en el caso que os declareis partidario de mis sobrinos.

Diciendo esto le miró fijamente como si tratára de leer en su alma, pero el de Lara sin inmutarse le respondió:

—Vuestra alteza sabe que yo soy libre, como armado que estoy de caballero, para abrazar la causa de cualquiera que tenga á mi parecer razon, aunque sea contra vuestra alteza mismo, sin que se me pueda tachar de traidor, pues tales son los fueros de la órden de caballería que profeso. El castillo de Albarracin fué arrancado á mi padre D. Juan por fuerza de armas, y aunque yo no cederé jamas de mi derecho, como aho-

ra no se trata de recobrar aquel fuerte, sino de defender vuestra corona, he abrazado decididamente vuestro partido.

—Nos, dijo el rey, os agradecemos vuestra leal resolución, y os prometemos, concluido que sea este negocio, de mediar con el rey de Aragon para que os devuelva aquel castillo como es ley, y si no, nos obligamos á daros el que vos elijais que nos pertenezca.

VI.

Agradecióle el de Lara su promesa con las mejores razones que supo, y el rey, despues de haber recogido los papeles que le habian traído, se los entregó para que los guardára, y levantándose de su asiento salió á la sala del consejo, donde, como se ha dicho, le estaban esperando sus grandes.

Cuando entró en ella ocuparon todos sus puestos despues de haberle saludado, y á los que de mas penetracion se jactaban se les figuró que el rey venia muy preocupado de algun plan de entidad, y aun llegaron á advertirse al oído unos á otros que aquel día habian de presenciar grandes cosas.

Luego que el rey se sentó, el de Lara se colocó á su izquierda en un escaño un poco mas bajo, y todos tomaron asiento segun el orden que les señalaba á cada uno su gerarquía.

Lopez de Salcedo, como capitan de maceros, se puso

en pié á la derecha del rey, y todos con la mayor ansiedad, aguardando que hablara, ya esperaban la entrada de D. Lope de Haro con el infante, ya se desviaban por saber cuáles eran las últimas noticias que habria traído el mensajero de Cuellar.

Esto último fué justamente lo que dió margen á la primera discusion que hubo, y en que cada uno discurió segun el interés que le movia, los parientes y amigos que tenia en el partido contrario, ó las relaciones que le ligaban al de D. Sancho.

No obstante, todos fueron de parecer de la necesidad que habia de castigar con el mayor rigor á los principales jefes de los revoltosos, y dieron la razon al rey cuando propuso le aconsejasen si debia marchar él mismo á Cuellar á combatir los rebeldes, puesto que el tono con que presentó la cuestion dió á conocer á todos la voluntad que tenia de ir, y por eso sin duda fué tanta la unanimidad del consejo.

Algunas otras materias se habian tratado, cuando la hora que tanto deseo tenian algunos de que llegara, que inspiraba á muchos tanto temor, á otros esperanzas alegres, y á todos causaba indecible curiosidad, sonó por último, y un rey de armas anunció en la sala la llegada del infante D. Juan y de D. Lope de Haro, que pedian permiso para besar la mano á su alteza.

Estre meciéronse unos, miráronse otros con alegría, palidecieron muchos, y el rey, inclinándose al de Lara, le dijo algo al oído que este comunicó á su vez

al de Salcedo, quien salió al punto á ejecutar su mandato.

Pero ni el rey ni el de Lara cambiaron de fisonomía, solo que el primero movió la cabeza en señal de que les daba licencia.

Hubo un largo murmullo en la asamblea, y cuando los dos anunciados príncipes entraron se oyó un ligero rumor semejante al zumbido de las abejas, pero que al momento se apaciguó y convirtió en el silencio de las tumbas, fijos todos los ojos en ellos, quienes se adelantaron al rey, que hacia apariencia de estar hablando con su favorito, y aun no los habia mirado.

VII.

Era el señor de Haro de aventajada estatura, ya de edad, duro y ceñudo de ojos, seco de rostro, de alta y despejada frente; su cabello entrecano, corto y claro ya por los años, le caia con descuido en dos mechones largos que desde la coronilla le iban á parar á las sienes, dejando una ancha calva en medio, donde el ojo ménos observador hubiera echado de ver á la más ligera ojeada, la prominencia que los freneologistas dicen ser el asiento del amor propio; tan marcada estaba en su cabeza aquella protuberancia.

Apenas se dignó echar una mirada á su alrededor, y cuando entró en la sala fijó en el rey los ojos, y se encaminó hácia él con la más desmedida altanería, y como irritado de que se le tratase como á inferior.

Su yerno, el infante, entró detrás con ademan más respetuoso, puesto que el hombre más altivo hubiera parecido humilde, si se comparaban sus modales á los soberanamente arrogantes del ilustre conde D. Lope.

Luego que llegó junto al rey, viendo que no le hacia caso ni levantaba siquiera los ojos,

—¡D. Sancho! le gritó en alta voz: que está aquí el señor de Vizcaya.

—¡Oh, que está aquí mi hermano! dijo el rey, sin hacer caso de D. Lope, y bajando de su asiento para abrazar á D. Juan.

El infante no pudo ménos de corresponder á tanta fineza, y mucho más cuando el rey tenia tantos motivos de quejarse de él, que últimamente se le habia rebelado, mientras D. Lope, jaspeado el rostro de cólera y crujiéndole todos los huesos de su cuerpo, le miraba con tales ojos que parecia devorarle con ellos, herido en lo más vivo de su amor propio.

—No puedo ménos, señor, dijo el infante, de pedirlos que disimuleis mis pasados yerros y acepteis la sumision sincera que ofrezco á vuestra alteza para en adelante. Yo os juro que.....

—Hermano mio, no tenemos nada de que quejarnos de vos; malos consejeros quizá os descarriaron del camino que siempre debiste seguir; pero yo ya he olvidado todo, y siempre veré en tí un hermano querido, un hijo digno del sabio rey que nos engendró.

Esta alusion de D. Sancho á su padre, contra quien se habia rebelado cuando vivia, nada tiene de extraño

si recordamos que, tanto antes como despues de su muerte, siempre habló de él con tanto respeto y cortesania como pudiera hacerlo el hijo más obediente, y aun castigó ejemplarmente á los que creyendo lisonjearle, habian hecho mofa delante de él de aquel tan sabio como desventurado rey.

—Tengo al mismo tiempo la honra, dijo el infante, de llamar vuestra atencion hácia mi suegro D. Lope de Haro.....

—Y ahora, repuso el rey como si no hubiese oido lo que le habia dicho el infante, esperamos que nos acompañes en nuestra expedicion á Cuellar contra los revoltosos.

—Señor..... pronunció con voz ahogada por la cólera el orgulloso D. Lope, que estaba detrás del rey.

—Nuestro buen servidor el de Saldaña se halla enfermo, prosiguió D. Sancho dirigiendo la palabra á su hermano, y además, apurado con la multitud de enemigos que le rodean.

VIII.

El infante apenas sabia qué decir, y ya miraba al rey, que parecia tan embebido en lo que le decia como si los dos estuvieran solos, ya volvía los ojos á don Lope, que en este momento dió una patada en el suelo con tanta fuerza, que retembló el pavimento.

—¡Señor! gritó tocando en el hombro á D. Sancho, hace una hora que estoy aquí.

—Si, ya os habia visto, repuso el rey con indiferencia; ahora hablaremos, aguardad, que primero ha de ser mi hermano que ningun otro.

—¡Primero que yo! murmuró en voz no tan baja D. Lope que no entendieran lo que habia dicho cuantos en la sala estaban.

—Mal me parece que va á acabar esto, dijo en voz baja el atildado dean de Sevilla al obispo de Plasencia, que tenia al lado.

—Todo puede ser, respondió el obispo, que no las tenia tampoco todas consigo.

—El rey, entretanto, prosiguió hablando con su hermano amigablemente, hasta que al cabo de un rato volvió la cabeza y se encaró con el de Haro.

—¿Y el señor de Vizcaya, le dijo con desden, viene tambien á besar la mano á su rey y á prestarle el rendimiento debido?

Diciendo esto subió de nuevo á su asiento, desde donde alargó su mano derecha á D. Lope, que ciego de cólera ni acertó á hincar la rodilla ni á besar la mano, sino que le dejó con ella tendida por largo rato, hasta que al fin y contra toda su voluntad la besó sin saber lo que hacia, levantándose desesperado de ver que el rey no le alzaba del suelo como hacia con todos, y le despreciaba de aquella manera delante de tantos enemigos suyos, que interiormente se habrian de regocijar de verle tan abatido.

—El señor de Vizcaya, respondió D. Lope volviendo en sí, viene á saludar á vuestra alteza como su feudo.

datario que es; pero como está ocupado el puesto único que le corresponde en la corte, pide á vuestra alteza licencia para retirarse á su señorío.

—Mi voluntad, repuso el rey, que se aprovechaba de cuantas ocasiones se le ofrecian de indisponerle con el señor de Lara, ha dado ese puesto al que lo merece, siempre pensando que á mi lado cualquiera otro es honroso, y que vos, tanto como el primero de mis reinos, podria ocupar sin vergüenza el que yo tuviera á bien darle.

—Es que el primero despues de vuestra alteza soy yo, replicó D. Lope, poco acostumbrado á aquel tono que usaba con él D. Sancho por primera vez en su vida, y vuestra alteza debe saber que solo hay un lugar que corresponde al primero.

—Bajad la voz, señor de Vizcaya, respondió don Sancho sin alterarse; pensad delante de quién estais, y sabed que si hasta ahora las consideraciones que merecian los servicios que me habeis prestado hicieron que os tratase como á un mi igual, ahora me tienen harto indignados vuestra astucias, intrigas y mal consejo. No penseis que porque soy blando sea débil, ni creais que suframos en adelante las insolencias de ningun vasallo.

IX.

Atónito quedó D. Lope con la arenga del rey, y no lo quedaron menos cuantos estaban presentes, que

habian creido hasta entonces que el súbdito dominaba al monarca, y que éste jamás habria sido capaz de hablar con tanta aspereza al primer rico-hombre de sus reinos.

D. Lope apenas podia ya sufrir aquel tan desudado lenguaje: sus ojos ardian, la barba le temblaba, agitaba su cuerpo una continua inquietud, y las palabras se le quebraban entre los dientes sin poder hablar, ahogado casi de cólera. El infante D. Juan, viéndole en aquel estado, respondió por él.

—Yo, señor, dijo, en nombre de D. Lope de Haro suplico á vuestra alteza le perdone las faltas quizá cometidas por su demasiado celo en vuestro servicio.

El señor de Vizcaya hizo un gesto de ira al oir las palabras de su yerno, se esforzó á hablar, y solo pudo pronunciar un no ronco y oscuro, indicando al mismo tiempo con la cabeza y la mano la misma idea. Pero ni el rey ni el infante oyeron su voz ni observaron sus movimientos, y el último prosiguió:

—La misma intencion que me ha traído hoy en presencia de vuestra alteza ha sido la suya al venir aquí: vuestra alteza sabe muy bien los muchos y leales servicios que le ha prestado D. Lope, y si un momento de orgullo, una indiscrecion, han podido hacerle perder algo de vuestro aprecio, ni él ni yo creemos que haya sido para siempre. Ahora pronto está á daros á conocer su lealtad: exigid de él y de mí cuanto querais, por alto y trabajoso que os parezca de alcanzar, y verá vuestra alteza si tiene razon de du-

dar en la buena fé y lealtad de tan ilustre caballero.

—Probémosla, pues, repuso el rey, y tambien nosotros estamos prontos á volverle nuestra gracia. Señor D. Lope de Haro, señor de Vizcaya, y vos D. Juan, infante de Castilla, entregadnos las llaves de las fortalezas que ocupan vuestros soldados: dadnos la contraseña que tengais, para que podamos tomar posesion de ellas con vuestra órden, haciendo al mismo tiempo que nos presten vasallaje los señoríos que teneis, fuera del de Vizcaya.

X.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento del orgulloso D. Lope, y el mismo infante no pudo menos de escandalizarse al ver las duras condiciones que su hermano les imponia.

Pero la misma causa produjo distinto efecto en uno que en otro, y mientras el primero, determinado ya á todo, se preparaba para responderle, el segundo calculaba el grave error que habian cometido en venir sin escolta á entregarse en manos de su enemigo, y temeroso ya del fin de aquel acto de despotismo, buscaba algun sitio donde refugiarse del primer ímpetu de su hermano.

Entonces conoció cuán engañosos habian sido los abrazos con que le habia recibido, y vió claramente adónde se encaminaba su política, y cuán bien la habia urdido para que viniesen y hacerles caer en el lazo.

Por un efecto de la misma cólera que le abrasaba, D. Lope pareció más sosegado; revolvió la capa al brazo, y alzando la cabeza y mirando al rey de hito en hito:

—Cuando he venido aquí, le dijo, fué para rendir á vuestra alteza homenaje, pero no para pedirle perdon, porque no soy criminal, y aunque lo fuera, ninguno de mi esclarecido linaje ha pedido nunca perdon. Cuantos reyes ha habido en España han tenido á mis ascendientes como á sus iguales en grandeza, y ninguno ha sido osado para demandar más que el feudo que ha pagado nuestro señorío. Vuestra alteza se engaña si piensa que yo he degenerado de mis abuelos: su sangre hierve en mis venas, y yo he encanecido con tanto honor como ellos. Si vuestras exigencias fuesen justas, dispuesto estaba á transigir en todo con vuestra alteza; pero desposeerme de mis haciendas, haberme hecho llamar clandestinamente bajo mil pretestos infames para en teniéndome en vuestro poder arrancarme lo que es mio, aparentando á la faz del mundo que yo os lo doy de mi voluntad... ¡vive Dios que es el acto más pérfido que jamás pudo cometer un tirano!

—D. Lope, gritó el rey con no menos furia, por Santiago que os reporteis.

—No, jamás me vuelvo atrás de lo que dije una vez, continuó el de Haro cada vez más acalorado; tirano sois, tirano, que no rey de vuestros pueblos, astuto y mañero como un villano cobarde, y juro á Dios...

Púsose en pié D. Sancho temblando de furor, y dudoso si se arrojaría á él para castigarle allí mismo; pero como rara vez le abandonaba su razon en medio del más violento arrebató, disimuló aun lo mejor que pudo, contentándose con decirle:

—¿Quereis entregarme los fuertes, ó pensais resistir insolentemente las órdenes de vuestro rey?

—¿Entregarte los fuertes? ¿yo, y solo porque tú me lo mandas? Rey D. Sancho, no repitas otra vez esa orden, porque juro al cielo que te haga entregar el alma.

—¿Tú á mí, traidor? Prendedle, gritó el rey lanzándose de su asiento; ó me entregas las fortalezas, ó...

—Muere, le interrumpió el de Haro desenvainando su espada y arrojándose á matarle antes que ninguno de los presentes tuviera tiempo para estorbárselo.

Huyó el golpe el rey, y tropezando en la falda de la túnica estuvo para venir al suelo; pero en el mismo instante, asiéndose del brazo derecho del conde para sujetarle, tiró del puñal que llevaba al cinto, descargándole con él tan tremendo golpe, que le rajó desde el hombro hasta el corazon. Hecho esto, gritó:

—Matadle; y allí acabaron con él los maceros que tenia prevenidos por lo que pudiera sobrevenir.

XI.

Habia tratado en vano de defenderle el infante cuando le vió acometido de tantos, que todos los que allí estaban cargaron tambien sobre él, y despues

de haber herido á algunos, viéndose ya perdido, recurrió á la fuga y se acogió á la habitacion de la reina. Seguiale el rey furioso, corriendo tras de él con el puñal en alto goteando sangre, diciéndole cuantos ultrajes su furia le sugería. ¡Matadle, matadle! gritaba D. Sancho; traidor, asesino.

Las salas, las galerías de palacio se llenaron al punto de hombres armados.

Los consejeros del rey salieron á ayudarle, unos contra el infante, otros á detenerle, y algunos á esconderse, temerosos de lo que el rey habia hecho con el de Haro, que habia sido su protector.

Los que entraban nuevos preguntaban á los otros lo que habia pasado; confundíanse estos, atropellábanse aquellos, gritaban todos, y todos no se entendian.

Han querido matar al rey, repetian; y muchos que ignoraban quiénes fueran los asesinos, corrian sin saber á donde siguiendo la multitud.

Algunos se aprovechaban de esta confusion para vengarse de sus enemigos; acometíanse unos á otros, trababan pendencias, andaba todo el palacio revuelto, no habia sino ruido de armas, voces, cuchilladas, maldiciones, injurias, lamentos y en medio de este arrebató general, de esta alarma, estrépito y baraunda, D. Sancho, sin atender á otra cosa que á su venganza, borracho de cólera golpeaba furiosamente la puerta del cuarto de su esposa, donde se habia amparado el infante, con cuanta fuerza podia á patadas y á puñetazos.

Habíala cerrado el infante tras sí al entrar, y echándose á los pies de la reina, que en aquel punto toda aturdida con tantos gritos salia á saber la causa de aquello.

—Señora, le dijo, favorecedme, libradme de su furor; mi hermano me ha traído aquí para asesinar-me.

—El rey no hará tal, respondió doña María, á no haberle vos insultado como á caballero. Pero él llega.

—Favor, señora, que va á echar la puerta abajo.

—Yo le escusaré ese trabajo, replicó la reina, voy á abrirle.

—¿Qué intentais? repuso el infante tratando de detenerla.

—Tranquilizaos, D. Juan y no tengais miedo, dijo la reina.

Adelantóse doña María con serenidad, y habiendo recorrido el cerrojo, abrió de pronto la puerta.

El primer impulso del rey fué de arrojar-se en la habitacion; pero en el mismo instante, reparando en su mujer que le cerraba el paso, quedó estático delante de ella.

La cólera dió lugar al respeto que sus virtudes y el cariño con que le amaba merecian, y la vergüenza de haber querido atropellar la habitacion de la reina coloró sus mejillas, que habian palidecido la ira.

—Deteneos, D. Sancho, gritó la reina: el infante está bajo mi proteccion; reparad al ménos que es vuestro hermano.

—Sí, está salvo, repuso el rey: traidor, da las gracias á la que querias destronar; está salvo.

Y al mismo tiempo, sin atender más á su esposa, dió á correr por las galerías como un frenético, sin que el de Lara, que habia logrado acallar un poco el tumulto del palacio, y que llegaba en aquel momento, tuviese lugar para detenerle.

XII.

Huía Diego de Campos, favorito del orgulloso don Lope, por uno de los corredores, aturdido, sin hallar donde refugiarse de Salcedo, que le perseguía.

En medio de su carrera, encontráronse el rey y el desdichado de Campos, que se quedó parado á su vista, helado de temor, y sin acertar á huir.

Don Sancho clavó en él sus ojos ensangrentados de furia, y en habiéndole conocido,

—¡Todavía estás aquí! dijo, y le envainó el puñal en el pecho.

El desgraciado caballero cayó en tierra anegado en su sangre, á los piés del rey.

Esta última puñalada, dada con toda la voluntad de matar, que puede inspirar la venganza, tranquilizó por fin á D. Sancho, que metiendo su puñal en el cinto, tomó el brazo del de Lara con tanto sosiego como si no hubiera sucedido nada.

La calma del rey calmó igualmente á los cortesanos, cuyas facciones, como todo el mundo sabe, toman la

fisionomía que conviene, y quienes siempre han sido máquinas de los príncipes.

El tumulto fué poco á poco aplacándose, y los hombres de armas se retiraron despues de haber puesto en orden á palos, segun costumbre, al leal pueblo de Valladolid, que habia corrido en grupos á las puertas de palacio, dejando lo que les importaba, solícito y cuidadoso, como siempre sucede, del que le gobierna; y de allí á media hora, todo estaba en tanta paz y buena armonía como antes de embrollarse aquel laberinto.

Solo los partidarios y parientes de los muertos se habian retirado jurando vengarse; pero como estaban caidos, sus murmullos no eran entendidos de nadie, y la voz del partido vencedor, que resonaba en tono más alto, parecia la expresion pública y general de todas las voluntades.

No se trataba ya sino del próximo viaje á Cuellar, y muy pocos se acordaban de D. Lope de Haro, ni de nada de lo acontecido poco despues del suceso; y si algunos conservaban algun recuerdo, se servian de él más para insultar su memoria, que para lamentarla; contándose quizá en este número los que más habian adulado aquel prócer cuando vivia, y que ahora, ultrajándole despues de muerto, querian ponerse bien con el vencedor.

Tal es la miserable condicion humana, y particularmente la del que vive del favor y beneplácito de los principes.

Capítulo XXV.

..... yo no hallo
remedio á los males míos,
sino es morir, porque veo
que un imposible conquisto.
Yo estoy sin mí, yo no mando,
mi razon, yo no la rijo,
poder superior me arrastra,
sin ser dueño de mí mismo.

(PRIMERO ES LA HONRA, comedia de Moreto.)

I.

Mientras esto pasaba en Valladolid, y andaba tan alborotado el palacio con la muerte del señor de Haro, nuestro lindo Jimeno daba la vuelta á Cuellar á todo el galope de su caballo, acompañado de algunos hombres de armas para mayor seguridad, en aquel país tan revuelto.

Al llegar á Tudela de Duero, á pesar de los riesgos que podia correr viendo que sus soldados no podian caminar tan á prisa como el quisiera, se adelantó á su gente con intencion de llegar á Cuellar aquella noche.

El más vivo deseo le punzaba de volverse á ver en

el castillo para llevar adelante su infame plan contra la desdichada Zoraida.

Habia ya decidido á Saldaña contra ella completamente, y viendo que nada podia alcanzar con las amenazas, la habia acusado ante el tribunal eclesiástico para que la prendiesen y castigasen como á hechicera, dispuesto á sostener en persona la acusacion.

Pero antes de entregarla á la muerte, ó lo que es lo mismo, á sus jueces, queria ver si el amor á la vida vencía en fin la obstinacion de aquella infeliz, que muerto ya Usdrobal, sin tener nadie que la amparara, acaso se entregaria á él para que la libertase de tamaño peligro, y la vengase de su enemigo.

Tenia para esto en su favor la industria y secreto con que habia urdido sus tramas, puesto que la última aventura de Usdrobal, no parecia que él hubiese tenido parte alguna en otra cosa que en haber querido favorecer á Zoraida, y poner en salvo á Leonor, cumpliendo lo que habia prometido, y no siendo culpa suya que los sorprendieran en aquel lance.

Aparentaba además hacer tales esfuerzos para templar la cólera de su señor, que nadie hubiera creído que él era quien le inducia á arrojar de allí y á enviar al patíbulo aquella desdichada mujer, á quien al mismo tiempo estaba fingiendo amar tan de veras. No obstante, Zoraida desconfiaba de él, y aunque á veces le creía inocente de algunas supercherías, siempre le miraba con recelo, y le habia cerrado la puerta de su habitacion, no pudiendo ménos de aborrecerle.

Allí sola, sin ver á nadie, pasaba sus dias en la agonia de la muerte, y solo alguna vez dejaba su estancia para espiar los pasos de Saldaña y vengarse en cierto modo presentándose á su vista y gozándose en su turbacion.

Completamente restablecido de sus heridas el señor de Cuellar, aunque combatido siempre de su misantropía, y á pesar de los continuos combates que tenia que resistir de las tropas que mandaba el de Iscar, no pensaba sino en Leonor, y la infeliz prisionera, que ignoraba la sublevacion, privada ya de toda esperanza de libertad, no tenia otro consuelo en su cautiverio que sus lágrimas y la soledad; cada visita que la hacia Saldaña era un nuevo martirio, y la desaparicion de Elvira, que habia faltado del castillo, ó á lo ménos no vivia ya con ella, la habia privado de la única amiga á quien pudiera comunicar su dolor.

Recelaba además que Saldaña hubiera hecho apartar á su hermana de allí para poder obrar con más libertad; y aunque la cortesania y el respeto que siempre usaba con ella pudieran tranquilizarla, temia no obstante la hora fatal en que aquel hombre vicioso, cansado de sus desdenes, dejase de respetarla como dama para tratarla como cautiva.

II.

Entretanto, el paje se acercaba á Cuellar á rienda suelta.

Luego que llegó al castillo echó pié á tierra de su caballo, y subió á dar cuenta á su señor de su comision.

Contóle cuanto habia visto en la córte, y concluyó su relacion, que apenas habia oido Saldaña, con la promesa que el rey le hizo de venir en persona á sujetar los rebeldes.

—Está bien, dijo Saldaña; tú cuidarás de prepararle el recibimiento. Y de Zoraida, ¿cuándo piensas librarme de ella?

—Mañana mismo, señor, llegarán los enviados del tribunal á prenderla; he presentado mi acusacion en forma, y se han horrorizado todos.

—¿Y con qué testigos cuentas? preguntó Saldaña.

—Cuantos viven en el pueblo y en el castillo están persuadidos de sus brujerías, y creen que os tiene hechizado: bien es verdad que no lo creo yo menos que ellos.

—Está bien, basta; replicó el de Cuellar; librame de ella, y no tenga yo nada que ver con su muerte. ¿Y el rey, qué gente de armas crees tú que traiga consigo?

—No os lo puedo asegurar, repuso Jimeno, pero siempre serán de tres á cuatro mil hombres.

—¡Oh! exclamó Saldaña con una sonrisa que rara vez animaba su fisonomía. En este caso su hermano va á tener que rendirse, y ella es mia.

Miróle Jimeno sorprendido con la alegría del señor de Cuellar, cosa tan nueva para él como para el mismo que la sentía.

Ya veo, señor, que vais todavía á ser feliz. ¿No os dije yo que las fatigas de la guerra, nuevos amores y el bullicio de la córte eran el mejor remedio para vuestra enfermedad?

—Quita allá, necio, respondió Saldaña, que habia vuelto á su estado habitual de tristeza; solamente una cosa podria hacerme dichoso, y no es ninguna de las que dices. ¡Ay! ¡Y quién sabe tampoco si seria yo entonces feliz!

Detúvose aquí con muestras de pesadumbre, y ámbos interlocutores guardaron un momento silencio.

—Será preciso ir disponiendo á Leonor, pensó Saldaña; sí, vamos.

Y levantándose de su asiento echó á andar pensativo y sin mirar al paje, hácia la habitacion de Leonor.

—Está loco, no hay duda, dijo éste despues que se hubo alejado; allá se las avenga, yo hago lo que quiero de él, y á mí me viene bien su locura. Yo tambien voy á ver cómo lo pasa Zoraida, y si me puedo introducir en su cuarto.

III.

Ocupado, pues, de sus pensamientos, llegó Saldaña á la puerta de la habitacion de Leonor, y habiendo pedido permiso para visitarla, bajo pretesto de traerle noticias de su hermano, aguardó la vuelta de la camarera, que no tardó mucho tiempo.

Concedida la licencia entró el conde, y despues de haberla cortesmente preguntado por su salud, tomó asiento enfrente algo apartado, no sin alguna turbacion, y casi sin atreverse á mirarla.

Leonor apenas le contestó á sus preguntas, pero llena de ansiedad le preguntó por su hermano.

—Se ha recobrado del todo, respondió Saldaña, pero tengo no obstante que daros una mala noticia.

—¡Hablad! ¿Qué hay? ¿Está preso? preguntó Leonor toda asustada.

—Por ahora no, replicó el de Cuellar, pero, ¡ay de él si llegan á aprisionarle!

—Pero, ¿qué ha hecho? ¿Qué hay?

—Sosegáos, señora, y oidme, respondió Saldaña. Un enjambre de ilusos han tomado las armas y proclamado rey á D. Alfonso Lacerda, rebelándose contra D. Sancho, y vuestro hermano los capitanea. Sus fuerzas, aunque numerosas, consisten la mayor parte en hombres que apenas han tomado en su vida un arma en la mano, y no son temibles por consiguiente. Se encuentran además aislados, y sin esperanza de auxilio por ningun lado; todo lo cual hace creer que se verán muy pronto forzados á entregarse y á sufrir en tal caso la pena á que la ley condena al traidor.

—Eso no, repuso Leonor con altivez; mi hermano podrá morir peleando ó perder su cabeza en un cadalso, pero su fama quedará sin mancha, su nombre no perderá por eso el lustre que le dieron nuestros abuelos, y la nota de infamia caerá sobre el vencedor.

—Sea como decís, replicó Saldaña, y aun mas diré, que usa de su derecho como caballero, pero no por eso es menos triste su situacion. Su aprehendimiento y su muerte son seguros.

—Cumpla mi hermano como deba, replicó Leonor, y sea cualquiera su suerte. Yo desdoraría la gloria de mi linaje y negaría la sangre que por mis venas corre si de otro modo le aconsejara. Ha tomado las armas por su patria contra un tirano y en favor de su rey. Mi padre le hubiera aconsejado lo mismo, y yo, aunque le amo mas que á mi misma, no puedo menos de aprobar lo que ha hecho.

IV.

Los ojos de Leonor brillaban con entusiasmo mientras hablaba, su fisionomía mostraba un carácter determinado, y en su ademan noble y hermoso aspecto habia algo capaz de fascinar y enamorar un hombre de hielo. Mirábala Saldaña con pesadumbre, contemplándola tan hermosa y animada al mismo tiempo, y viéndose á su parecer detestado de aquella mujer en cuya posesion hubiera él cifrado toda su dicha.

Este sentimiento de cariño y de amarga desesperacion no pudo menos de henchir su corazon de llanto, que para mayor pena suya, lejos de servirle de desahogo derramándose por sus ojos, combatía su alma

como el mar que en la mas deshecha borrasca no puede traspasar sus orillas.

—¡Quién mas desdichado que yo! exclamó: ¡yo que te adoro, que veo en tí en este mundo mi felicidad y en el otro mi salvacion, que habria de haber sido tu esposo, y que hubiera hallado en tí una mujer hermosa, sensible, heróica, una mujer, en fin, como no hay ninguna en el mundo, y que ahora me veo aborrecido de tí!! ¡Oh! á la verdad es demasiado sufrir. Si, tienes razon, Leonor, tu hermano es un héroe, la causa que defiende es justa; D. Sancho es un tirano, un usurpador, un mal hijo; peor que yo es el rey que elegí, que me distingue, y debe ser tan perverso como yo cuando hace de mí tanto aprecio. Pero no importa, si él me ha colmado de beneficios, yo le seré desagradecido, yo me rebelaré contra él, yo le asesinaré hospedándole en mi castillo: habla, Leonor, mándame que lo haga, y volaré en seguida con mis tropas á aumentar el número de los que han seguido á tu hermano. ¡Oh! continuó arrojándose á sus piés, ámame, ámame, y D. Alfonso de Lacerda puede contar con un amigo mas y un poderoso aliado.

—No, Saldaña; levantáos, y no penseis tan bajamente de mí, replicó Leonor. ¿Por qué os habia de engañar? No os amo, pero tampoco es decir esto que os aborrezca. Os aborrecería, no obstante, si abandonáseis vuestro partido, si viese que os mostrábais desagradecido á los beneficios que os ha prodigado don Sancho. No creais nunca, Saldaña, que para bus-

car aliados á mi hermano me valga yo de medios tan bajos.

—Perdonad, señora, mi arrebató, replicó el de Cuelar mas sosegado: teneis razon, y yo mismo, á pesar de todo, no haria... ¿pero qué digo? haria cuanto vos quisiéseis. Pensad, sin embargo, en las circunstancias peligrosas en que se ve vuestro hermano; considerad que acaso puede necesitar un dia algun amigo que le proteja contra la injusticia. ¿Querriais vos ver á vuestro hermano, puesta la sogá al cuello, marchando por las calles públicas, conducido al cadalso por el verdugo? ¿Querriais oírle nombrar traidor y ver rodar su cabeza ensangrentada por tierra?

—¡Saldaña! exclamó Leonor horrorizada: ¡basta! ¡por Dios! tened compasion de mí.

Saldaña prosiguió diciendo:

—¡Dichoso, sí, si no hubiera otro mundo! pero inquieto allí mismo y penando, él volveria á reconvenirlos por haberle dejado morir. Y no lo dudeis, el triunfo es nuestro, y Hernando va á ser víctima de su entusiasmo. El rey va á llegar con un numeroso cuerpo de aguerridos veteranos; nuestros espías son mejores y mas diestros que los suyos; allí mismo, en su campo, hay quien se ha ofrecido ya á asesinarle ó á entregarle vivo, y su desgracia es tan cierta como que el sol nos alumbra.

—¿Y qué quereis decir con eso? preguntó Leonor conmovida: ¿acaso os complaceis haciéndome padecer?

—¡Ojalá, Leonor, contestó Saldaña, sufriese yo aun más de lo que sufro y fueras tú feliz de ese modo! No, mi intencion no es esa; yo quiero hacerte ver solamente lo desdichado que soy. Figúrate un hombre que te idolatra, y que por la dura ley del honor se ve obligado á emplear sus armas contra tu hermano, quizá á encontrarse y á tener que pelear con él en el campo; un hombre que si ya no es detestado de tí por lo que ha hecho, va á serlo por lo que le queda que hacer. ¡Ah! entregado al verdugo, tu hermano bañando el cadalso con su noble sangre, es más dichoso que yo. A él le queda la ilusion de la gloria para aquel momento, la esperanza de un ilustre nombre en la posteridad y las alabanzas de su partido, mientras á mí, que en nada de esto cifro mi gloria, y que solo quisiera vivir en paz, y ser amado de tí, no me queda que aguardar sino la vida, tu odio y mis eternos remordimientos.

—Sí, Saldaña, respondió Leonor, tú te ves precisado á combatir con él, pero no es de caballero tender asechanzas y hacer asesinar vilmente al enemigo que se presenta noblemente en el riesgo. Si le rodean traidores tú debes avisarle, al mismo tiempo que no debes huirle la cara frente á frente en el campo.

—Piensa, Leonor, respondió el de Cuellar, que nada me quedará que hacer por librarle; vive persuadida que hasta ahora está seguro de los asesinos que le cercan, y de que yo he dado orden de que se respete su vida, y cree tambien que aun si cayera prisionero del

rey, yo interpondria todo mi valimiento para salvarle. Si, todo por tí, Leonor, todo por tí, por quien estoy pronto á exponer riquezas, vida, honra, en fin, cuanto puede exponer un hombre.

—Y yo te lo agradeceré toda mi vida, y si hasta ahora no he tenido de tí sino memorias odiosas, entonces tendré al menos un recuerdo que me hará pensar en tí con agrado, y te miraré no como á mi perseguidor, no como al enemigo de mi familia, sino como al libertador de mi hermano.

—¡Un recuerdo! ¿y no más? exclamó Saldaña; pero tampoco merezco yo más. Tienes razon, Leonor, un recuerdo tuyo debe bastarme, y es el único premio que tengo derecho á exigir de tí.

El tono melancólico con que pronunció estas palabras, y la resignacion que manifestaba á su suerte, tal vez hubiera enternecido á Leonor, si la idea de riesgo en que se encontraba su hermano no tuviese únicamente ocupada su imaginacion.

—Yo confio, le dijo, en que apartareis de mi hermano cuantos lazos puedan tenderle los que no saben librarse de sus enemigos sino valiéndose de traidores y de asesinos. Si su suerte fuera morir al frente de sus partidarios, en tal caso no desmentiria yo la entereza de una dama de mi gerarquía, le lloraria en silencio, y me resignaria á mi desgracia. Pero si yo le veo apriisionado ó muerto no por el valor sino por la ratera astucia de sus enemigos, contad, Saldaña, con mi eterno aborrecimiento, vos y cuantos sean sus contrarios.

Diciendo así se levantó de su asiento, y habiendo pedido permiso para retirarse á otra sala, se despidió de Saldaña, á quien enamoraban cada dia más las nuevas virtudes y gracias que descubria en su prisionera, al mismo tiempo que aumentaba su desesperacion el horrible contraste que ofrecian su corazon y el de ella si los comparaba.

Capítulo XXVI.

¡A tan leve culpa, tanta
ingratitude se ha juntado!
Mas quien nació desdichado
siempre el mal se le adelanta.

(*El caballero del Sacramento.*)

I.

Cuenta la historia que así como el paje se separó de su amo se dirigió á la habitacion de Zoraida, cuya puerta halló cerrada, y tardó mucho tiempo en hacer que le abriera la esclava que le servía

—¿Qué quereis? le preguntó ésta. Ya sabeis la orden de mi señora, que me ha prohibido que os deje entrar.

—Abre, niña, repuso el paje en tono muy dulce; yo no vengo á ofenderla; ó bien vé y dila que vengo de parte de mi señor.

La esclava obedeció al punto, y al cabo de un rato volvió á abrir la puerta, y entró Jimeno despues de halagarla las megillas con dos ó tres palmaditas suaves.

—Al entrar él, Zoraida se levantó con fiereza, aun-

que en medio de su resolucion se notaba cierto temblor convulsivo en todo su cuerpo.

Lucia en su mano derecha una daga desnuda, con que parecia amenazarle; pero su semblante estaba ya muy caido; pálida y desmejorada, apenas ofrecia ya á la vista aquel conjunto de orgullo y de hermosura que tanto la distinguia.

—Jimeno, le dijo con voz tan abatida como su rostro, pero que no desmentia por eso la audacia de sus palabras, si habeis venido á ultrajarme, entrad y me vereis morir aquí mismo; dad un paso mas con esa intencion, y me atravieso el pecho con esta daga.

Turbóse el paje sorprendido de tanta resolucion, y sin atreverse á adelantar un paso quedó inmóvil, mirándola con sorpresa.

—Serénate, Zoraida, dijo aparentando el mismo abatimiento que ella. Conozco mi mal comportamiento contigo; te he dado motivos bastantes para hacerte desconfiar de mí; pero ¿qué sacrificios hay que yo no haya hecho despues para hacerte olvidar tus ultrajes y mi infamia? ¿No he estado á pique de perecer por librarte de tu rival? ¿No te he salvado dos veces la vida del furor de Saldaña? Y ahora mismo, créeme Zoraida, vengo á librarte de la horrible muerte que te preparan.

—Jimeno, repuso la mora, ¿qué me importa morir? ¿Ves tú que me rodeen tales dichas que deba sentir perderlas, ni que me halague la esperanza mas remota para lo futuro? ¿Ves tú como vivo, y puedes creer no

cifre yo mi única esperanza en la sepultura? Vete, pues; nadie puede oponerse á lo que está escrito en el libro de los destinos; vete, y déjame morir en paz.

—¡Ah! exclamó Jimeno: tú no sabes el tremendo fin que te aguarda, tú no sabes que género de muerte te apercibe tu fatalidad.

—Cualquiera que sea, replicó la mora, será mas dulce que vivir como vivo.

—¿Y tu venganza? repuso el paje.

—¿Qué me importa despues de muerta?

—Zoraida, voy á declararte la horrible trama que hay contra tí. Sancho Saldaña, lleno de odio hácia tí, y por librarse de tu presencia, te ha delatado al tribunal eclesiástico por hechicera. Si niegas que lo eres, el tormento, que hará polvo tus huesos, te obligará á confesar cuanto quieran aquellos fanáticos, sufrirás la prueba del guantelete de fuego en que meterán esa mano de marfil, que solo debería quemar el amor con sus labios, pasarás por once barras ardiendo que abrasarán tus delicados piés, que ahora son gloria del suelo que pisas: tú no tienes á nadie que te defienda, ningun caballero tomará por tí la demanda, y todos te odiarán, y te maldecirán creyéndote bruja con la mejor fé del mundo. Tal es la suerte que te espera: seré breve, voy á pintarte la que te aguarda si te entregas á mi voluntad. El castillo de Cuéllar no es el único castillo que hay en el mundo.

No lejos de Córdoba, en medio de la abundante y deliciosa Andalucía, posee un caballero pariente mio

una fortaleza magnífica, rodeada no solo de fuertes muros, sino de frondosos jardines, bajo un cielo de cristal purísimo, que junto á ellos son arenosos páramos los tan ponderados de este castillo.

Es aquel el país de las bellas y de los amantes, aquel el suelo que tantos recuerdos conserva y tantas maravillas muestra de lo que fueron y fabricaron tus padres; de allí se dijo con razon que rios de miel y de leche fecundaban aquellas tierras; allí tu vida...

—Basta, Jimeno, interrumpió Zoraida; ni la vida ni la venganza quiero de tí; te odio, y prefiero mil tormentos y mil oprobios á deberte mi salvacion.

—Piensa más tus respuestas, repuso el paje; los momentos son preciosos, cada instante que pasa te acerca á la eternidad. No creas que tu inocencia te salve. Los jueces que te han de oír no harán sino lo que quiera Sancho Saldaña. Son además fanáticos y supersticiosos como él, y tienes contra tí la opinion del vulgo bárbaro, que hace mucho tiempo te cree hechicera. Todos pedirán á gritos tu muerte, y tus lágrimas, tus ruegos y tu belleza no te valdrán siquiera una muestra de compasion.

—Tu vista, replicó Zoraida, me horroriza mas que cuantos tormentos me pintas.

—No hago caso de tus palabras, repuso Jimeno; lo que me importa es salvarte, y quizá dentro de algun tiempo me sea imposible; sígueme.

—Jamás.

—¿Tan horrible te parezco que aun dudas escoger

entre el cadalso y mi amor? preguntó el paje. Piensa, Zoraida, lo que vas á decir; no te dejes llevar de tu resentimiento conmigo, y obra no por amor de mí, sino por tu propia conveniencia y seguridad.

—He dicho, respondió la mora con entereza.

—¿Has elegido ya? preguntó el paje con cierta sonrisa irónica.

—Sí, repuso con firmeza Zoraida; la muerte.

—Pues bien, yo tambien me gozo en que mueras, replicó el paje mudando de tono con mucha calma. Tambien hay placer en ser malo; sí, yo mismo te acompañaré al tribunal, al patíbulo, te perseguiré hasta que espíres, y me burlaré de tus súplicas cuando te acuerdes de que he podido salvarte y quieras que entonces te salve. Desengáñate, tú no estas acostumbrada á sufrir, y la vista del cadalso y los martirios de la tortura te harán arrepentir aun y cambiar de opinion. Todavía te has de arrojar tú misma en mis brazos.

—Jimeno, contestó la mora, tu perversidad prueba esa calma irónica con que hablas; ni aun sientes la passion de la ira viéndote despreciado de la que dices que amas. Tú no haces sino calcular lo que has de decir. Huye, monstruo: ¿qué vale un mundo en que habitan y medran séres tan viles como tú?

—No, no siento nada, como tú dices, prosiguió el paje con la misma sangre fria y tono irónico, ni aun siento deseos de vengarme de tí; pero tú no sabes aun hasta dónde llega mi perversidad; sabe que yo que

trataba de libertarte, yo que te amo, yo soy tu acusador ante el tribunal.

II.

En este momento las puertas de la habitacion se abrieron de par en par, y dos hombres vestidos de negro, de siniestro aspecto y con traza de alguaciles, entraron en el aposento.

Eran sus fisonomías de aquellas en que se nota al mismo tiempo el sello de la estupidez y el de la crueldad, que suele dar el oficio.

Venia tras de ellos á corta distancia un eclesiástico marchando con pasos muy mesurados, y murmurando entre dientes algunos rezos, y junto á él, trémulo, pálido, y sin atreverse á alzar los ojos del suelo, caminaba el mismo Sancho Saldaña.

Los remordimientos que le despedazaban continuamente se habian aumentado en aquel instante en su corazon al verse forzado él mismo á entregar al verdugo aquella mujer cuyo único delito era amarle, á quien él mismo habia sacrificado y perdido, y cuya inocencia del crimen que la imputaban debia de ser para él tan clara como la luz del sol.

Aquella mujer que habia hecho en otro tiempo su felicidad, á quien él habia desdeñado tan sin razon, y cuyo amor iba él á premiar llenándola de infamia y haciéndola quemar viva.

No podia menos de horrorizarse de sí mismo viéndose delante de ella.

Apenas acertaba á moverse, y sentia un dolor agudo en su corazon, como si le atravesasen con un puñal de dos filos.

Motejábbase de infame y de malvado entre sí, tenía-se por más despreciable y bajo que el insecto más infeliz, se apiadaba de ella, pensaba en los martirios que iba á sufrir, en las maldiciones que le echaría en la hora de su muerte; veíala irse quemando poco á poco reclinada sobre la hoguera, y sin sentirlo él mismo se despedazaba las manos, hincándose las uñas hasta los huesos, y rechinaba los dientes, pero no por eso cambiaba de resolucion.

Mirábale atentamente Zoraida, sorprendida de verle allí, sin osar todavía imaginarse que era aquel mismo hombre que la habia amado tanto el mismo que la condenaba á morir de aquel modo.

Parecíale imposible que fuese él, y más de una vez creyó que le engañaban sus ojos.

Pero no habia que dudarle, era Saldaña; era su amante, el que tantas veces la habia jurado que la adoraria eternamente; era el mismo que estaba allí, y que venia acompañando á los que venian á prenderla; era Saldaña, que hubiera querido en aquel momento que se hundiese la tierra bajo sus piés por no verse delante de ella representando tan villano papel, que llevaba en su alma su más cruel suplicio, pero inmutable, fijo, inexorable en su bárbara resolucion.

III.

Los dos hombres y el eclesiástico se adelantaron hácia la mora, que distraída mirando fijamente á Saldaña, no hacia caso de nada que le rodeaba, mientras él, avergonzado y cabizbajo, se habia quedado inmóvil en el umbral de la puerta.

Solo el paje parecia haber conservado toda su serenidad, aunque algo sorprendido de la llegada de aquellos hombres, á quienes él no esperaba hasta el día siguiente, no obstante que á veces solia cambiar de color cuando miraba á Zoraida.

Los dos satélites del tribunal rodearon á la mora, y el sacerdote, despues de haber hecho su vénia á Saldaña, que casi no le miró, colocándose delante de ella, leyó con voz muy campanuda y sonora el acta de prision, que estaba en latin, y en que le ordenaban se apoderase de la persona de aquella mujer, acusada de usar de maleficios y hechizos para cautivar á los hombres.

No entendió Zoraida, como es de presumir, ni una palabra de las que el mandamiento rezaba, hallándose escrito en lengua que le era estraña, pero no por eso dejó de conocer de lo que se trataba, y mucho mas cuando oyó á los dos piadosos oficiales del tribunal intimarla la órden de entregarse presa á tiempo que

cada uno por su lado la sujetaba tan fuertemente de un brazo que la obligaron á dar un grito.

No pudo ménos Saldaña de apartar los ojos y volver la cabeza á otro lado en aquel instante.

El sacerdote hizo señas á los dos ministros que la sacasen de allí, y el paje se sonrió como podria sonreirse un demonio.

Habia vuelto Zoraida de su primer asombro, y recobrando todo su ánimo, no pudo ménos de echar una mirada de triunfo á Saldaña, gozosa, en medio de su desgracia, con los tormentos que aquella escena causaba en su corazon.

Sin duda ella en aquel momento era mucho mas dichosa que él, puesto que podia levantar su frente sin rubor, serena, y sin la marca de la vergüenza, mientras que su pérfido amante se veía allí delante de ella con todo el abatimiento y el oprobio de un hombre cuyo crimen le hace detestarse á sí mismo.

Al pasar junto á Saldaña sintió éste un frio por todo su cuerpo tan intenso que le penetraba hasta los huesos, sus rodillas se doblaron, y quiso articular algunas palabras. Solo se le pudo entender que decia:

—¿Me perdonas?

Zoraida le miró con desden y menosprecio.

—No, le contestó; jamás te perdonaré. Tanto cuanto te he amado te aborrezco. Te he perseguido, he querido vengarme de tí, pero no me movía á hacerlo mas que mi amor. Podias en un acceso de cólera haberme muerto de una puñalada, haberme ahogado

entre tus brazos, y yo te habria perdonado. ¡Pero entregarme friamente á mis verdugos!!! Tú eres un malvado, y jamás te perdonaré.

—¡Zoraida, Zoraida! gritó Saldaña de rodillas, y tendiendo hácia ella los brazos. No os la lleveis sin que diga que me perdona, porque Dios me castigará.

El sacerdote hizo señas á los alguaciles de que anduviesen, y dijo:

—Está hechizado, no hay duda. *Miserere nobis domine secundum magnam misericordiam tuam.* Y echó á andar detrás de ellos, seguido del paje, si atender á los gritos del supersticioso Saldaña.

Capítulo XXVII.

Deslumbrantes armas,
petos argentinos,
caballos, pendones
moviendo continuo
destellaban juntos
entre el polverío
tornasoles tales
que el verlo era hechizo.
¿Y á dó tan bizarros
irán los caudillos,
y para el combate
tan apercebidos?

(De D. J. G. Villalta.)

I.

Rayaba apenas el sol en el oriente, dos dias despues de la muerte del señor de Haro, cuando por las estensas llanuras que desde el castillo de Cuellar se descubren camino de Valladolid, divisaron los vigías de la fortaleza á lo lejos una inmensa polvareda, como podria levantar la marcha de algun numeroso ejército.

Veíanse ademas de cuando en cuando, arrojando un mar de luz en los aires, resplandecer acaso confu-

samente las armaduras, y los erguidos y blancos penachos de los caballeros ondear graciosamente á merced del viento como un bosque de palmas.

Oíanse ya mas cerca con belicioso y alborotado estrépito el relincho de los caballos, el ruido de los tambores, el crujido de las armas y el mezclado son de los lelilies, clarines y otros instrumentos de guerra, con tan marcial y confundido estruendo que arrebatava los ánimos, asordaba los campos, retemblaba la tierra y pasmaba el verlo.

Correspondia á este aparato guerrero con no menos pompa y estrépito la guarnicion del castillo, que puesta parte de ella sobre las murallas, y parte en la llanura fuera de la fortaleza, ya asestaban aquellos sus arcos desde las almenas con ademan guerrero como si esperasen sus enemigos, ya estos maniobraban en sus gallardos bridones con ligeros escarceos, caminando al encuentro de los que se acercaban, ya como estátuas de hierro en sus pesados caballos; otro bando de ellos aguardaba á pié firme caladas las viseras, la lanza en la cuja y la espada desnuda colgada de la cadenilla que la aseguraba á la mano derecha, prontos á enristrar lanza al momento.

Sonaban las músicas de uno y otro ejército algunas tocatas guerreras, las campanas de la ciudad echadas á vuelo en señal de fiesta con atronador estruendo aumentaban la confusion, los truenos del castillo retumbaban á la redonda, y los gritos, los vivas, la alegría de la multitud, las ventanas coronadas de hermosas

damas, las plazas inundadas de gente hacian aquel espectáculo tan vário y divertido como imponente y terrible.

Admiraba ver juntos todos los preparativos de una fiesta en que brillaba en los rostros el regocijo, al mismo tiempo que todos los aparatos de guerra y los semblantes marcialmente severos de los soldados.

Y pocos consideraban en aquel instante viendo aquella multitud de banderas, aquellas armaduras tan relucientes, aquellos tan briosos caballos, y aquel tan numeroso escuadron de hombres tan llenos de vida, de galas y de bizarría, que no pasaria mucho tiempo sin que esparciesen por todas partes el terror, el desórden y la muerte; que sus armaduras caerian desbaratadas en piezas al golpe de los ensangrentados aceros, y que ellos y sus caballos servirian de banquete á ambrientos perros y á carnívoras aves, yertos ya y sin ánimo sus robustos cuerpos.

Entonces todo era fiesta, todo era júbilo, y si pensaban en el dia de la batalla, era pensando en vencer, y alentados con mil esperanzas, y mil ilusiones de gloria.

II.

Fuéronse, pues, acercando en buen órden, y cuando ya las tropas ligeras de Saldaña se hallaban cerca de las que venian, pararon aquellas, y un guerrero, cuyo melancólico rostro formaba un singular contraste con

su lujosa armadura y buen aderezo, de magestuoso continente y gigantesca estatura, á galope en un alazan de fuego, se adelantó de sus tropas y salió á recibir á Sancho el Bravo, que armado todo menos el casco, venia, rodeado de sus principales caballeros, montado en un tordo árabe, cuya soberbia lozanía sujetaba con indecible agilidad y destreza.

Llevaba el rey en la cabeza un bonete de terciopelo, color carmesí, de donde le volaban infinitas plumas de varios y bien casados colores; vestía una aljuba sobre la coraza, bordada toda de oro, y á su lado detrás de él llevaba un escudero su lanza, su escudo y el yelmo, que rodeado de puntas de hierro, y solo adornado de algunas plumas blancas, mostraba que no lo traía para un torneo, sino para usarlo en la guerra.

Descollaba á su lado por su aventajada estatura y grave porte el muy noble señor D. Juan Nuñez de Lara, primer rico-hombre del reino, asimismo armado y á caballo, y cubierto el caparazon de su palafren de una piel de tigre real, de que á su padre D. Juan habia hecho don el famoso Vargas Machuca, despues que despojó de ella al intrépido Ben-Omar-Ben-Hacen, sobrino del rey de Marruecos, á quien combatió y venció en singular batalla cuando el sitio de Sevilla, delante del rey D. Fernando.

El orgullo y las altas pretensiones de esta familia habian hecho célebre su nombre en todas las revoluciones anteriores á nuestra época, no pudiendo los

reyes menos de ceder en algo á caballeros tan puntillosos de su derecho, y que por el menor motivo se querellaban con ellos.

Pero nunca como ahora despues de la muerte del de Haro se habian presentado en el apojeio de su poder, por lo que á pesar de la premura del tiempo, y no haber podido enviar á reclutar gente en sus señorios, habia traído D. Juan al rey en aquella ocasion mas de cuatrocientas lanzas, la mayor parte veteranos de nombradía, que eran los primeros que rompian la marcha, enarbolando en alto el glorioso pendon de su casa.

Ocupaba la izquierda del rey, el valeroso Lopez Salcedo, capitan de lanceros, y uno de los guerreros de más fama en aquellos tiempos, que sujetó despues y puso en orden á los vizcainos que habia sublevado contra D. Sancho, el hijo del mal aventurado don Lope.

Marchaba éste todo cubierto de hierro sin lujo, y aunque pequeño de cuerpo, parecia sostener el peso de sus armas sin trabajo ni fatiga alguna, antes bien, la enorme maza de hierro que colgaba al arzon de su silla, probaba bien á las claras la fortaleza de su musculatura.

Quisiéramos referir todos los nombres, todas las cifras y las armas de los demás ilustres caballeros que allí venian; pero la crónica de que copiamos no hace justamente mencion particular de ellos, y por no faltar á la verdad histórica, nos vemos obligados á pasar

en claro todo el ejército, sin poder dar cuenta de las banderas, motes y nombres de tantos célebres capitanes.

Pero felizmente la misma crónica, aunque concisa y mezquina sobre ciertos puntos, despues de enojar al lector, algunas veces por su demasiada estrechez y brevedad ruin, suele tambien divertirle agradablemente otras, y aun desarrugar su ceño entreteniéndole con descripciones sobremanera sabrosas y de buen leer.

Así que, en esta ocasion, puesto que calla los nombres de los valientes, lo que tal vez hizo el autor que vivió en aquellos tiempos, por envidia ó superchería, ensalza y alaba con entusiasmo la hermosura, á fuer de buen caballero, de algunas damas que en su litera venian detras del ejército, cuyos rostros, trajes y condiciones, describe con admirable minuciosidad, encomiando la nobleza de sus apellidos, la sobrehumana belleza en que escedian, dice el autor, á cuanto él habia visto hasta entonces, y la riqueza de sus preseas y alhajas, cada una de las cuales era fama *que bien valia una cibdad*.

Sentimos empero no ser enteramente de la opinion del cronista; pero faltariamos á la verdad si como él exagerásemos la hermosura de aquellas damas, con méngua y agravio de las que son adorno y gala de nuestras fiestas, y mucho más si pusiésemos á tan alto precio las joyas que las engalaban, dando envidia á nuestras más ricas fемbras, y susto y temor á sus maridos.

Baste decir, que en la litera venian la reina y otras dos damas suyas: que doña María, esposa de Sancho el Bravo, tenia más de talento que de belleza, y que el lujo y la pedrería que llevaban, han hecho creer que dió causa al prudente refran tan sabido de *antes que te cases, mira lo que haces*.

III.

Era la reina de mediana estatura y bastante airosa, de tez morena, pero sumamente agraciada, de animada fisonomía y de ademan señoril, realzando sobre todo la expresion de su rostro, sus hermosos ojos árabes, cuyas negras pestañas al caer podria haberlas comparado cualquier poeta clásico, á dos nubes cubriendo un sol en cada uno de ellos, puesto que esto de nubes no hermosea mucho los ojos.

Las otras damas no eran tampoco mal parecidas, sin embargo que una de ellas, y, permítasenos esta descortesía, rayaba ya en los cuarenta, edad en que si una mujer no es vieja, empieza por lo ménos á envejecer.

Rodeaban esta litera algunos caballeros muy principales, aunque el rey y otros que las habian acompañado hasta entonces, se habian adelantado y puesto al frente de las tropas, para recibir el homenaje que debia hacerles á la cabeza de las suyas, nuestro héroe el Castellano de Cuellar.

Llegó éste al rey con aquella indiferencia y triste-

za propia de él, y ya iba á echar pié á tierra, cuando el rey, alargándole la mano se lo estorbó, apretándole la suya amistosamente.

Hicieron alto en este momento ambos ejércitos, y las músicas de uno y otro corrieron á cubrir el camino que habia desde allí al castillo, tocando varias alegres sonatas, en medio de los vivas de la multitud.

Tomó Sancho Saldaña el lugar de preferencia junto al rey, que le cedió Salcedo, puesto que el de Lara no hubiera hecho tal cumplimiento á nadie.

Y en llegando al castillo pararon, y las tropas desfilaron en buen orden delante de ellos, entrando en el pueblo, que estaba á la izquierda por aquel lado, las tropas del rey delante, y las de Saldaña á retaguardia.

En esto, y en medio de los dos ejércitos, llegó la litera en que las damas venian, y habiendo echado todos pié á tierra, á ejemplo del rey, se adelantaron á recibirlas.

IV.

—¿Qué os distrae, buen Saldaña, que no venís á ayudar esas damas á que salgan de la litera, ó acaso teneis en vuestro castillo quien os pide celosa cuenta de vuestras acciones? preguntó el rey á nuestro héroe viendo que no se movia más que si fuera de piedra.

—Perdone vuestra alteza, replicó Saldaña, si mi cabeza no está para cumplimientos. No obstante, sentiria perder la honra que vuestra alteza me ofrece.

Y diciendo así se encaminó hácia la litera, que ya habia hecho alto, y despues de abierta la portezuela hincó rodilla en tierra como los demás caballeros, y besó respetuosamente la mano de doña María, que se apeó en brazos de su esposo, mientras las otras dos damas que la acompañaban, aceptaron las finezas de los cumplidos caballeros, que se apresuraron á servir-las, aunque es fama que á la más madura en años movió á obsequiarla, más que el deseo, la cortesía de los que se acercaron.

—Permitidme, señor, dijo Saldaña, que os guie, ya que vuestra alteza se ha dignado venirme á ver á mi castillo de Cuellar.

—Id delante, buen caballero, repuso el rey, que quien siempre fué delante en la batalla, justo es que vaya delante siempre.

Hízole Saldaña una ligera inclinacion de cabeza, pero su carácter oscuro no le dejó agradecer con palabras la cortesanía del rey, de lo que murmuraron no poco muchos de los palaciegos, y entre ellos el dean de Sevilla, que ya conoce el lector.

—¿Cómo ha cambiado este hombre! dijo á Lopez Salcedo: ¡ha perdido hasta el modo de hablar! ¿No veis con que agasajo le trata su alteza, y que áspera y bruscamente responde cuando le da la gana de responder? ¿A qué atribuíis eso, señor Salcedo?

—A su carácter un tanto orgulloso, ó quizá á sus distracciones continuas.

—¿Distracciones! Si hablára con un villano, sería

natural distraerse; ¡pero con un rey! Os protesto, amigo mio, que yo no puedo atribuirlo sino á que estos señores que no frecuentan la corte se hacen tan sombríos y rudos como los castillos que habitan.

—Todo puede ser, repuso Lopez Salcedo.

V.

Entretanto acabaron de desfilar las tropas en medio de los gritos y algazara del pueblo, que se confundia con la estrepitosa fanfarria de las músicas.

Los principales caballeros entraron en el fuerte detrás del rey, razonando unos con otros, ya del despego del señor de Cuellar, que apenas habia cumplido con el ceremonial de recibimiento, ya de las buenas obras del castillo y preparativos militares que en él habia, cada uno segun su inclinacion cortesana ó aficion á las cosas de guerra.

Camparon las tropas, parte en las alturas que rodea el pueblo, y las que cupieron se alojaron en el castillo.

Era de ver todos aquellos cerros cubiertos de tiendas, en que tremolaban mil diferentes banderas de los nobles que allí venian brillando al sol, que adelantaba su curso, tornasoladas de mil colores, llenas las colinas de armados guerreros, sonando con militar estruendo los ecos, y todo vida y movimiento donde pocas horas antes solo alteraba el silencio la gallarda moza que con su cántaro en la cabeza pasaba cantando á tomar

agua de la cercana fuente, el balido de las ovejas ó el ladrido del perro que las guardaba.

El pueblo, mitad de él hundido en las faldas de los oteros por un lado, y empinado hacia el otro extremo donde levanta sus almenas la fortaleza en forma de magnífico anfiteatro, los caseríos que acá y allá en los llanos y las alturas se descubrian, las torres del castillo coronadas de armada gente que al sol resplandecian como si fueran de plata, los alminares y veletas de las iglesias iluminadas de luz, los estendidos campos, cubiertos de segadas espigas hazinadas ya para las heras, los pinares que á lo lejos por un lado y otro rodean aquella vasta campiña, el cielo claro, el sol en todo su brillo, el horizonte por término á la vista, los soldados que arreglaban sus tiendas, las gentes que iban y venian al campamento, el ruido de los instrumentos marciales, el bullicio de la multitud, los cantos de los soldados, todo presentaba el mas vistoso cuadro y formaba la mas discordante armonía que puede crear la imaginacion.

Entretanto Sancho Saldaña del mejor modo que pudo cumplimentó á sus reales huéspedes, supliendo á su cortesanía el buen trato, las opíparas mesas que hizo servir no solo á los reyes, sino á cuantos venian en la comitiva, y los magníficos aposentos en que alojó á los mas principales, todo lo cual hizo que el dean no le encontrase tan cambiado ni grosero como en un principio le pareció.

Creían muchos que Saldaña haria desocupar el cuar-

to que habitaba Leonor en obsequio de la reina, siendo la mejor y mas elegante habitacion del castillo; pero se engañaron en su creencia, porque el ceñudo castellano condujo á su alteza al segundo piso á la habitacion de la mora, puesto que tuvo la atencion de decirle que desearia un palacio entero que ofrecerla, no siendo todo su castillo digno de contener en su seno tanta grandeza.

Bajó en seguida con Sancho el Bravo á la estancia que debia ocupar, y cuya descripcion hemos ya dado.

Hablaron allí, estando presente el de Lara, acerca de los asuntos políticos de la época, y Saldaña manifestó la situacion de toda aquella provincia, presentó un estado de las fuerzas de los conjurados, y despues de varios debates tomaron algunas determinaciones cuyos efectos verá bien pronto el lector.

Capítulo XXVIII.

Ese maldito usurero

.....
que por grangear dinero
pondria en venta á su hermano,
reza á San Pedro, á San Juan,
á San Cosme y San Damian
y á toda la letanía.

(De D. Manuel Breton de los Herreros.)

I.

Luego que Saldaña se retiró á su habitacion, donde Duarte y García le aguardaban para desarmarle, se arrojó en su sillón como un hombre fatigado y harto de cuanto ha hecho y ha visto.

Quedó un rato pensativo y callado, hasta que dando un suspiro y encogiéndose de hombros llamó á Duarte y le preguntó por su favorito paje.

—Señor, repuso, con la bulla que ha habido hoy no he tenido tiempo siquiera para pensar en mí mismo, cuanto más en el paje: muy ocupado debe estar cuando no se ha presentado por ningun lado.

—Está bien, vete, que ya estás hablando demás, replicó Saldaña; cuando venga que entre.

—Muy bien, repuso el viejo: el demonio del niño, maldito él sea, prosiguió gruñendo entre dientes, que no parece sino que... un hombre como yo...

Perdiéronse á lo lejos sus murmullos, y Saldaña quedó otra vez solo, hablando consigo mismo, y comparando la situacion de su alma con el semblante que habia tenido que tomar aquel dia para recibir al monarca.

Parecíale que era cada momento más infeliz, y recordaba los dias de quietud del castillo en que no habia tenido que disimular sus pesares para agradar á nadie, ni sufrir tanto enfadoso ruido ni vocería; solo y desgraciado sí, pero pudiendo desahogarse á su libertad: figurábase que no era dueño ahora de su castillo, ni podia llorar ni maldecir su suerte, sino que como un miserable bufon tenia que someterse á la voluntad de su amo, y renegaba entónces de la venida del rey y de tanta gente llegada alli solo para enojarle y cansarle con sus insípidos cumplimientos y necias charlatanerías.

Hubiera deseado haber podido arrojar de alli á todos, castigar á los habitantes de Cuellar por la alegría que manifestaban, y quedarse solo sin más compañía que la de su pérfido confidente el paje, ni otra persona en su fortaleza que su desdichada cautiva.

De cuando en cuando si llegaba á sus oidos algun grito de contento, ó las carcajadas de los que por los

cercanos corredores atravesaban, se encendian sus ojos, doblaba el ceño, apretaba los puños, dando señales de la ira que le abrasaba.

Cansado de estar sentado se paseaba, cansado de pasearse se sentaba; en fin, nunca á su entender habia tenido un dia de más desagrado, inquietud y desasosiego que aquel; y pensando que aun le quedaban muchos que pasar de aquel mismo modo, prorumpia en imprecaciones contra la suerte de Zoraida, y pensando supersticiosamente en los cargos á que este hecho daria lugar contra él en el otro mundo, aunque interiormente echaba la culpa al paje, y trataba de persuadirse que el pecado recaía sobre Jimeno, no podia sin embargo acallar los gritos de su conciencia.

¿Y por qué, decia, he de temer yo, cuando Jimeno no teme, que es el autor de este proyecto? Yo no tengo nada que ver con lo que él haga. ¿Peco yo acaso por haberle dejado llevarlo á efecto? ¿No fue él quien lo propuso? ¿Y por último, no es ella una mujer infame y de otra religion que la mia? No, no tengo cuidado: ya sabré yo en muriéndome lo que tengo que responder; no me cogerá el diablo desprevenido.

Su corazon empero no quedaba tranquilo á despecho de sus argumentos.

Tales eran sus pensamientos, cuando el elegante Jimeno pidió permiso para entrar á verle, y luego que lo obtuvo empujó la puerta y entró acompañado de un hombre, cuyos ojos hundidos y relucientes, sus táctos y atentados pasos, y el rosario que traía en su ma-

no, daban á entender que no podia ser otro que Zacarías.

II.

—*Benedictus in nomine Domini*, dijo el hipócrita sin levantar los ojos del suelo.

No le miró siquiera Saldaña, ni hizo de él mas caso que de un perro que hubiese entrado, sino que volviendo á Jimeno, y habiéndole hecho señas que se acercara, le preguntó:

—¿Has desempeñado tu encargo?

—Ved aquí, señor, repuso el paje, un buen hombre dispuesto á hacer cuanto se le mande, con tal que se le pague bien.

Fijó en él Saldaña los ojos, y no pudo menos de sentir interiormente cierta gana de hacerle ahorcar, pareciéndole que en pocos pescuezos podria emplearse un cordel mas dignamente que en el suyo; y Jimeno, que leía en el alma de su señor, no pudo menos de sonreirse.

Estaba Zacarías á la izquierda del paje y enfrente del de Cuellar, que ocupaba una silla, con las manos cruzadas, los ojos bajos y rezando sin duda, á juzgar por el movimiento continuo de sus labios, sin atender ni á uno ni á otro, y levantando los ojos únicamente cuando no le miraba ninguno.

—¿Quién eres? le preguntó Saldaña con aspereza.

—Soy, ó benignísimo y esclarecidísimo señor, un humilde siervo de Dios, un pecador á quien no bastará llorar toda su vida para llorar como debe sus pecados. *Lacrimæ rerum*.

—Es, le interrumpió Jimeno, el insigne Zacarías, piadoso director de las conciencias de los que tiene á sus órdenes el Velludo.

—Un miserable morador del desierto, añadió Zacarías con su voz compungida y meloso tono.

—Lo que tú tienes, dijo el de Cuellar, es traza de ser el mas consumado bribon que he visto en toda mi vida.

—Así es, añadió el paje.

—*Laus tibi Domine*, loado sea el Señor, replicó Zacarías; mas padeció Jesucristo por nosotros: estoy no obstante al servicio de vuestra grandeza, y bien puede crearme la vuestra escelsitud que mas me inclina á servirle su gracia la buena fama que de religioso tiene que el dinero que espero en Dios que me pagará, sin embargo que el artesano vive de su salario.

—Ya te habrá dicho mi paje lo que quiero que hagas, respondió Saldaña, y creo que hace ya algunos dias que te entiendes con él.

—Señor, hasta ahora solo he servido de espía con el ayuda de Dios, y por mi conducto han llegado á noticias de vuestra grandeza los movimientos de los rebeldes, y los planes que fabrican contra el ungido.

—Ademas, prosiguió el paje, se ha ofrecido á asesinar al jefe de los revoltosos.

—¿A Hernando de Iscar? Por vida de mi padre, Jimeno, dijo Saldaña, que tú no quieres sino cargar mi alma con nuevos crímenes. El primero que siquiera le mire mal le he de arrancar yo mismo los ojos.

—Eso es lo mismo que digo yo, repuso Zacarías sin alterarse; nada que perjudique el alma debe hacerse jamás, aunque vaya en ello la vida: *Animæ mea puta*, etc., por no cansaros. Yo he pensado un medio de matarle sin que su sangre caiga sobre nosotros, y en cuanto á mirarle mal, yo le miraré, os juro, con la mayor dulzura en aquel momento.

—Las órdenes que me disteis... dijo el paje.

—Las órdenes que yo te di fueron que me le entregasen vivo, y no que ningun villano le asesinara, contestó Saldaña encolerizado.

—Señor, repuso Jimeno, eso quizá sea imposible.

—Pues entonces largáos de aquí tú y ese miserable gazmoño al instante, replicó Saldaña.

—No os encolericeis, eminentísimo señor, respondió Zacarías; la cólera es uno de los siete pecados mortales, y...

—Quita allá, vive Dios, tú y tus pecados mortales, interrumpió Saldaña levantándose con la intencion sin duda de darle de puntillones.

Pero Zacarías viéndole tan irritado se determinó á aplacarle diciendo:

—Vuestra grandeza debe saber que hasta lo imposible suele vencerse con el ayuda de Dios. *Deo volente*.

—Pues es preciso, replicó Saldaña sentándose de nuevo mas sosegado, que Dios quiera.

—Considerad, señor, repuso el paje, que el señor de Iscar está siempre rodeado de caballeros, y que él lo es muy valiente para que se deje prender de un villano.

—El Espíritu Santo, exclamó Zacarías, acaba de iluminarme ahora mismo. ¡Oh! ¡Santo de los Santos! ¡oh, esplendor divino! Bien podeis decir que Dios os favorece cuando me ha inspirado tan luminosa idea en vuestra ayuda.

—Habla y déjate de exclamaciones, respondió Saldaña.

—El Señor pondrá susto en su alma y... *escelsa turris*... Hoy se me ha olvidado casi todo el latin que sabia: vos vereis; pero la empresa merece vuestra atencion, y vuestra grandeza debe saber que tanto vales cuanto tienes; y que así como antes trataba yo de emplear algunas monedas en beneficio del alma de ese caballero, dándole ya por difunto, ahora pienso será bueno rezar á las ánimas benditas, á San Cosme, á San Damian, á las once mil Vírgenes y á los innumerables Mártires de Zaragoza para que salgamos bien con nuestra intencion.

III.

El acarnerado rostro de Zacarías tomó una expresion particularmente devota en este punto, cruzó las manos sobre el pecho, y perdidos los ojos en el techo

no dejaba por eso de lanzar de reojo algunas miradas hácia Saldaña, para ver si se daba por entendido, ó era preciso usar de más claridad.

El paje con ademan socarron le miraba y se sonreía.

—Tú puedes rezar, respondió el de Cuellar, á cuantos santos y mártires te parezca, pero ahora lo que has de hacer es explicarme tu plan.

—No hay duda, replicó Zacarías; vuestra grandeza sabe lo que ha de hacer este humildísimo siervo, vil lombriz del fango, *pulvis*, etc. Pero suponiendo por un momento que vuestra escelsitud se encargase de rezar tanto Pater noster y tanta Ave-María, amen de una estacion por cada espina de la corona de Cristo nuestro bien, lo cual no sería estraño en un tan religioso varon como vuestra grandeza....

—Quita allá, mal ladron: ¿cómo habia yo de encargarme de rezar tanto? Falta ademas que yo pudiese rezar... replicó Saldaña: déjate de hipocresías conmigo, no sea que usarlas te cueste caro: habla, ó vete.

—Pero, señor, poderosísimo señor, respondió Zacarías con la mayor humildad, vuestra grandeza sabe muy bien que cada uno tiene sus explicaderas. Dios pone valor en el corazon del guerrero y ciencia en la lengua del sábio. Yo rezaría todo eso, porque esas son mis oraciones diarias; pero hombres santos hay cuyas súplicas valen más que las mías para con Dios. Pero ellos están harto ocupados en el culto divino, y es menester pagarles su trabajo; ya sabeis que tantas oraciones dan ocupacion para algunos dias, y yo me

encargaria de llevarles el dinero y de entregárselo, por lo que no sería malo que vuestra grandeza añada algo más á lo que tiene intencion de pagarme. Yo me contentaria con un cornado por cada estacion.

—Maldito demonio, replicó Saldaña irritado, si hay que rezar á cada uno de los innumerables mártires, ¿dónde piensas que hay dinero para pagarte? Hu-ye de mi presencia, y cuenta que voy á dar orden para que te disparen tantas flechas como Ave-Marías me has pedido.

—No se enoje vuestra escelsitud, replicó Zacarías: aquí mi amigo Jimeno tasará mi trabajo.

—¡Amigo! ¡puf! interrumpió el paje mirándole con desden.

—Pues señor, yo, continuó el hipócrita, si no ofrezco algo á las ánimas benditas soy hombre al agua y no sirvo para nada, ni á nada me atrevo absolutamente, porque antes es en mí la devocion que otra cosa cualquiera.

Volvióse el de Cuellar sobre su sillón harto enojado con la falsedad y avaricia del buen Zacarías, y apoyando la cabeza sobre la mano derecha, afirmando el codo en el cincelado respaldo, quedó un rato pensativo, dudando si le mandaria ahorcar y haria ese favor más á la humanidad, ó si seguiria valiéndose de él, vista la mucha necesidad que de sus servicios tenia, y consentiria en cuanto le pidiese.

El hecho era que sus esperanzas no podian absolutamente cumplirse sino lograba tomar prisionero al

de Iscar, hazaña casi imposible de verificarse á no valerse de la astucia de alguno de su partido que lo entregara.

Esta reflexion, que para él tenia más fuerza que cualquiera otra, le determinó á todo y á dar cuanto Zacarías exigiese, aunque tuviese que empeñar sus tierras y sus castillos para satisfacer su codicia.

Repugnábale, no obstante, tener que ponerse á merced de un villano que, segun las ideas de aquel siglo, debia tener á mucha honra servir á un caballero tan principal como él, y cuya vida debia estar á su placer, pronto á sacrificar.

Pero como no habia más remedio, era preciso pasar por todo; y volviéndose hácia el piadoso varon, que con aire meditabundo parecia que estaba contando los innumerables cornados que le pedia.

—Malsin, le dijo, admirable es la paciencia con que he visto tu descaro sin haberte ya hecho empalar. Con todo, quiero hoy hacer prueba de mi bondad para ver tu insolencia hasta dónde llega. Tasa tú mismo lo que vale tu traicion, y veremos.

—Señor, respondió Zacarías, vuestra bondad y mansedumbre os colocarán algun dia en el paraíso, como tan santo varon merece. Pero yo puedo juraros y os juro, añadió poniendo los índices de ambas manos uno sobre otro en forma de cruz acercándolos á sus labios, por esta señal de la cruz, que el dinero que os pido es para un buen fin, y que si se tratara de mí me contentaria con el que quisiéreis darme. Veo, sin embar-

go, vuestra generosidad y magnificencia, y voy á tasar poco más ó ménos lo que creo que valdrá tanto rezo. En primer lugar, por cada estacion pondré un cornado, moneda ínfima, como vos sabeis; ahora bien, en cuanto á las ánimas benditas, debe haber infinitas en el purgatorio, y se puede regular unos ochocientos millones de almas, echando corto. Las once mil Vírgenes es poca cosa. Pasemos ahora á los innumerables mártires, *Martirologium*, etc., que no viene á cuento. Los innumerables en este caso deben tener número, y para no ser prolijo pondré el doble de las ánimas benditas, aunque tal vez direis que ando escaso, pero como quedan las espinas de la corona de.....

—Voto á tal, vive Dios, infame, atrevido, insolente, mal villano, ladron, ruin, exclamó Saldaña poniéndose en pié y volcanizado de ira, que he de hacer un escarmiento en tí que ha de poner espanto en todos los de tu miserable ralea. ¿Y dónde has aprendido á echar cuentas, canalla? ¿Y cómo tienes osadía para demandar dinero á un caballero como yo soy, y que puede disponer hasta de tu vida? Jimeno, echa de aquí á ese follon deslenguado, y arrójale de cabeza á un pozo ahora mismo, que por mi vida que no ha de vivir dos horas más en el mundo.

Quedóse Zacarías inmóvil sin dar señales de susto ni cambiar su aspecto devoto, notándose solo en él cierto movimiento convulsivo en los labios como si rezara muy á prisa y se pusiera bien con Dios. El paje se acercó á Saldaña y le habló al oido.

—Señor, le dijô, lo que á vos importa es coger prisionero al señor de Iscar. Perdonad á este hombre su atrevimiento, y cuando vuelva por la paga, ¿teneis más que hacerle ahorcar de una almena?

—Dices bien, respondió Saldaña; y encarándose con Zacarías, prosiguió: infame, hipócrita, saco de embustes y villanías, las palabras que has usado merecian que yo te hubiese hecho arrojar de cabeza desde la torre más alta al foso, como he tenido intencion. No obstante, te perdono, y estoy pronto á darte cuanto me pidas luego que hayas cumplido tu promesa, entregándome prisionero al señor de Iscar.

—Bien parece, señor mio, replicó el astuto gazmofío, la generosidad en los poderosos, *Regum que Deum que*: sin embargo, como las oraciones que os pido son para antes y no para despues, creo tendreis á bien entregarme siquiera la mitad de su valor, á fin de que yo lo lleve al monasterio más próximo y principien las plegarias desde esta tarde.

—Dice bien, repuso el paje adelantándose á hablar, viendo que otra vez Saldaña se encolerizaba; solo que lo mejor es que haga venir aquí los frailes, ó quien quiera que sea quien haya de recibir esa cantidad, para que el señor de Cuellar quede satisfecho de que ha sido bien empleada.

IV.

Esta salida del paje cortó el revesino, como se suele decir, al consumado tuno, que no acertaba apenas qué responder, y sosegó el ánimo de Saldaña, que no pudo ménos de sonreirse y mirar al paje, que fijos los ojos en Zacarías, tomó el ademan burlon tan natural en su maliciosa fisonomía.

El devoto bandolero no dejó por eso de responder.

—¿Y por qué, dijo, distraer de sus santas ocupaciones á los elegidos del Señor? Con que yo fuera á llevárselo bastaba, cuanto más que ya veo que mi piedad me ha descarriado un poco, y.....

—Has pedido lo que el mundo todo no bastaria á pagar, interrumpió el paje terminando la arenga de Zacarías.

—Mi devocion, mi exagerado celo por el culto, *eclesiae suae sanctæ*.....

—Basta, replicó Saldaña; voy á darte diez alfonsis de oro, (1) y despues ajustaremos cuentas.

—Siquiera por las lágrimas de la Magdalena, exclamó Zacarías, generosísimo señor, que sean veinte.

—Diez he dicho, repuso el de Cuellar con sequedad.

—Diez y nueve, por las siete espadas que atravesaron el corazon de la Virgen, *pia mater*.

(1) Equivalia cada alfonsis de oro á 50 reales de nuestra moneda.

—Ni un cornado más.

—Diez y ocho, señor, diez y siete, diez y seis, quince, por la lanzada de Longinos, por las llagas de nuestro Redentor.....

Reíase el paje, aunque con disimulo por no enojar á Saldaña, viendo á Zacarías seguir á su señor, que salía ya de la habitacion, acosándole, cansándole, pidiéndole y rogándole por cuanto puede rogar y suplicar un cristiano, diez, seis, una moneda más, un cornado siquiera más que lo que Saldaña le prometia, y persiguiéndole hasta el punto de hacerle volver hácia él la punta del pié, y arrojarle al suelo de un puntillon que le hizo venir rodando hasta los pies de Jimeno.

—Sea por Dios, dijo poniéndose en pié; más padeció Jesucristo por nosotros.

—Al fin has logrado lo que pedias, puesto que te han dado un puntillon además de los diez del pico, dijo el paje burlándose.

—Yo le hubiera perdonado tanta generosidad, respondió Zacarías, que pienso que me ha derrengado, y hay larguezas que no se agradecen.

—Con todo, repuso Jimeno, has caido con mucha gracia, y por eso te perdono el pisoton que me diste.

—¿Te pisé? ¡Oh! se ha cumplido en mí la profecía: *super aspidem et basiliscum ambulavis*.

Volvió en esto el señor de Cuellar, y habiéndole endonado un bolson con las diez medallas, que Zacarías recogió con ánsia, miró con codicia y se guardó en un vuelo, dijo:

—Ahora bien, ¿cuál es tu plan?

—Yo traeré al señor de Iscar á alguna emboscada vuestra, respondió Zacarías, valiéndome de algun lícito y piadoso engaño, y con el ayuda de Dios os le entregaré prisionero.

—Está bien, y cuidado con que no faltes á tu promesa. Te doy de término cinco dias; si en este tiempo no me sirves bien entregándomelo lealmente, le aviso al Velludo de tu traicion para que te haga ahorcar al momento. ¿Entiendes?

—De aquí á cinco dias, mediante Dios, estará el señor de Iscar en vuestro poder.

—Vete.

—Pero si vuestra generosidad y buen corazon inclinasen á vuestra excelsitud á darme algo más.

—¿No te vas, replicó Saldaña, ó quieres que...

—No señor, nada de eso, poderosísimo y eminentísimo señor, ya me voy. Padre nuestro, etc., y volvió la espalda rezando.

Capítulo XXIX.

Velada en nubes la celeste cumbre
todo era noche, luto y tempestad,
solo á tu rostro de divina lumbré
vaga aureola daba majestad.

(D. Antonio Ros. — *La Virgen al pie de la cruz.*)

I.

Cuando dicen que las cosas del mundo parecen una novela, no es mas sino que una novela es ó debe ser la representacion de las cosas del mundo, en que todo va á nuestro entender desenlazado y desunido á veces, aunque si se examina bien no carece de cierto orden y regularidad, y en que personas al parecer inútiles, y acontecimientos en sí frívolos, son acaso tan esenciales y necesarios cuanto que sin ellas ó ellos fuera imposible que tuviese tal ó cual fin el asunto principal.

Nosotros, no obstante, que nada tenemos que hacer sino estractar de las crónicas que dan cuenta de nuestra hitoria, no podemos vanagloriarnos mucho de este enjambre de personas que en ella andan revueltas, ni

de lo distantes que por su gerarquía y oficios parece que habian de estar unos de otros, y de la relacion que tienen entre sí todos, bien como una ingeniosa máquina en que desde la rueda principal hasta la más pequeña y ruin, aunque obren al parecer en contrario sentido, ayudan todas ellas su movimiento.

Pero como hemos dicho, el mérito, si alguno hay, no es nuestro ni del cronista, sino que así pasó y así lo dispuso Dios, y nosotros no hacemos sino contarle.

El genio de la historia deja, pues, ahora por un momento los palacios de los reyes y los castillos de los señores, y atando algunos hilos que habian quedado sueltos en el enmarañado trascurso de los anteriores sucesos, dirige su vuelo al campo, y entre los pinares del rio Piron se esconde y desaparece.

—Por el Dios de Abraham...

—No jures así, no sea que saquen por el hilo el ovillo, y nos conozcan estos perros. Cuanto más, que si nos descubren con este traje morimos sin remedio.

—En verdad, señor mio, que no sé como sabiendo tanto y teniendo tanta experiencia como vuestros años prometen, os habeis metido en este oscuro encierro, que para mí creo que no hemos de hallar la salida.

—Las determinaciones del sábio cree el ignorante que son locuras, porque nunca será capaz de entenderlas.

—Lo que yo entiendo es que si se llega á averiguar nuestro enredo nos asaeteen vivos, sin que nos valga toda la sabiduría de Salomon, y yo ya sabeis que soy

hombre muerto antes que me maten en tales lances.

—Si tienes miedo puedes volverte desde aquí mismo.

—¿Miedo? ¿Y por qué no he de tener miedo, si nunca hice profesion de valiente? Pero soy criado fiel y no me separaré de vos nunca.

Tal era la conversacion que traían dos religiosos de la orden de San Francisco que salian de los pinares, sin duda con intencion de vadear el rio, y hacian su camino á pié, como deben caminar los frailes de esta religion.

II.

Traían echadas las capuchas, que apenas les dejaba descubierto el rostro, y uno de ellos, de pequeña estatura, y el mas viejo, llevaba un báculo ó baston grueso en que se apoyaba para andar con menos trabajo.

Al llegar á la orilla del rio hicieron alto, y habiendo buscado el sitio en que hacia mas sombra, fatigados del sol por ser las doce del dia, se recostaron sobre la arena, y el hermano mas jóven sacó de las alforjas algunos fiambres y un pedazo de pan que ambos á dos comieron con mucho apetito, aunque, á decir verdad, el viejo puede decirse que se contentó con probar de aquellas viandas, á que dió fin con estraordinario gusto su compañero.

En esto estaban, cuando una voz que tenía algo de sobrehumana á aquella hora, y en aquel sombrío y solitario bosque, llegó á sus oidos, y oyeron que ento-

naba con angelical melodía un himno sagrado, de que conservó el fraile mas anciano algunos trozos en su memoria, que dicen que fueron hallados despues de muerto entre sus manuscritos.

PLEGARIA.

Tus dulces ojos con amor piadosa,
Virgen divina, vuelve al pecador;
oye, ó madre, mi súplica angustiosa,
tú que sentiste como yo el dolor.

Llanto continuo corre de mis ojos,
y á tí mi rostro no me atrevo á alzar,
árida senda de ásperos abrojos
hace la sangre de mis pies brotar.

Largo el camino y duro se me hacia,
flaco sentí mi corazon latir,
débil mujer sin animo y sin guía
la tentacion no pude resistir.

¡Ay! yo pequé y abandoné el camino
que lleva solo á la mansion de paz,
y en negra sombra el resplandor divino
trocarce ví de tu amorosa faz.

Lejos del mundo en santa penitencia
sola aqui en este túmulo lloré,
para otro aquí imploraba tu clemencia,
por otro aquí mi pecho golpee.

¡Oh madre mia! altiva pecadora
nunca por mí rogué en mi vanidad.
Mares de eternas lágrimas ahora
no bastarán para alcanzar piedad.

Resonó el eco la suave armonía que hacia parecer
aquel sitio encantado, y aunque los dos religiosos regis-
traron á un lado y á otro por ver quién era el que de
aquella manera cantaba tan dulcemente, no vieron á

nadie y todo habia quedado en silencio: la voz no obstante habia salido de entre unos escombros y ruinas que á la orilla del rio estaban, pero entre los que no hallaron oculto á nadie por mas que recorrieron todo.

—Señor, dijo el mas jóven de los frailes, esto es cosa de encantamiento, y el arpa de David no sonó con mas suavidad.

—Ciertamente que no he oido voz mas dulce, y la hermosa Esther, mi hija querida, que me mataron sin duda estos perros cristianos cuando era niña, no tenia voz mas pura. ¿Te acuerdas, Benjamin, de mi hija?

—¿Que si me acuerdo? repuso el jóven: ¿puedo yo olvidar nunca á la amiga de mi niñez? ¡Ni cómo olvidaré yo jamás la noche terrible que la perdisteis! Me acuerdo como si hubiera sucedido ayer.

—Tú eras aun muy niño, repuso el viejo con muestras de mucha pena, tú te reías de ver arder el castillo y volvías la cara para mirar las llamas que lo consumían, mientras nosotros huíamos delante de la espada de los nazarenos. ¡Oh, mi hija Esther! ¡hija mia! ¡mi querida hija! yo te busqué por medio de las espadas enemigas al través de las llamas; yo te pedia á todo el mundo, al cielo, á la tierra, y nadie respondia á mis voces. ¡Ah! tú no viste la desesperacion de tu padre: ¡hija mia, hija mia! La flor de tu hermosura habia sido ya deshojada por el huracan.

Al decir esto inclinó el buen viejo la barba sobre el pecho y derramó algunas lágrimas. Benjamin dió un suspiro, y ambos guardaron silencio por largo rato.

El viejo prosiguió diciendo:

—Benjamin, el sabio debe ser superior á los contratiempos de la vida, pero han pasado ya muchos años, y á pesar de los cariños de mi segunda esposa y de mi hijo, nada basta á arrancarla de mi memoria: continuamente, á todas horas la veo delante de mí con aquella gracia infantil, aquel donaire en que yo fundaba toda mi vanidad. ¡Ah! ya habrá crecido, ya será una mujer; ¿pero qué digo? ya solo es polvo y gusanos. Desde entonces aborrezco el nombre cristiano, y me valgo de cuantas mañas puedo para esterminar una raza maldita de asesinos. ¡Benjamin! ¡Benjamin! Tú no sabes cuántas veces se me saltan las lágrimas al mirarte, pensando que te veo aun jugar con mi hija: ¡ahora tendria tu edad!

Pronunció estas palabras con tanto sentimiento, que Benjamin solo pudo corresponder suspirando al dolor que el buen viejo manifestaba.

Fué empero Abrahan, á quien ya habrá conocido el lector, el primero de los que se recobró y acordándose solo de la mision que llevaba, pasó la mano por la frente como para auventar cualquiera otro pensamiento, y ya se habia puesto en pié para seguir su camino, cuando la misma voz que habia cantado sin duda, á juzgar por su suave sonido, vino á interrumpir su marcha diciendo:

—¡Padre mio, padre mio! Volvieron la cara los dos mentidos frailes al oirse apostrofar de aquel modo, y reciente la imágen de su hija en su memoria, no pudo

Abrahan menos de estremecerse; pero fijando la vista ya con más atencion, vieron venir hácia ellos una figura envuelta en una capa ó almalafa negra, que no dejó de asustar á Benjamin, y de sorprender bastante al sábio judío.

III.

—Padre mio, repitió la hermana de Saldaña, arrojándose á los piés de Abrahan, en nombre de Dios oidme en confesion, no mireis con desprecio á esta pecadora.

—Levanta, hija mia, repuso el supuesto fraile: ¿quién eres, dime, que andas sola por estos despo-
blados?

—Separáos un momento de vuestro compañero, respondió Elvira; y sino, no: oidme los dos: sí, el mundo entero sepa mi delito, y sea testigo de mi vergüenza. Padre mio, teneis delante de vos una mujer criminal, una mujer que lleva consigo la maldicion del Señor.

—Has de saber, replicó el judío, que voy muy de-
prisa y....

—No, no os ireis de aquí sin oirme... repuso Elvira cogiéndole del hábito.

—Señor, si nos cogen somos perdidos, dijo Benjamin en lengua estraña, á su amo.

—Con todo, estoy por darle gusto, replicó en el mismo idioma Abrahan; ¿quién sabe si sus confesiones nos pueden ser útiles?

—Hija mia, prosiguió volviéndose á ella, habla y sé breve, que acaso Dios nos pedirá cuenta del tiempo que aquí hemos perdido.

—Padre mio, exclamó Elvira arrojándose segunda vez de rodillas, padre mio, yo soy la hermana de Sancho Saldaña, yo habia hecho voto de enterrarme en vida y consagrarme á Dios por la salvacion de su alma, y yo he faltado á lo que ofrecí. Yo volví á su castillo, le asistí en sus heridas y he sido testigo de nuevos crimines. He huido otra vez al desierto, é implorando el perdon de mis faltas, mis lágrimas han corrido noche y dia sin cesar, pero el Señor no ha respondido á mis súplicas. El demonio del orgullo se apoderó de mi corazon; mi pecado es grande, y la eternidad se abre delante de mí con espanto. ¡Ah! ¡no me maldigais! mi arrepentimiento durará toda mi vida; imponedme la penitencia más dura de cumplir, mandadme que peregrine leguas y leguas con los piés descalzos, que maltrate mis carnes, que bese los piés del viajero que encuentre en mi camino, todo me parecerá poco comparado con mi delito. Yo he preferido el amor y la amistad de los hombres al amor de Dios; yo, ¡miserable de mí, he caido en la tentacion!!!

Quedó el judío pensativo, ménos compadecido del arrepentimiento fanático de aquella infeliz mujer, que cuidadoso de aprovecharse de la ocasion que la suerte le presentaba, por lo que el primer pensamiento que tuvo en cuanto oyó que era hermana de Saldaña fué

fomentar su locura y servirse de ella para sus planes.

—El cielo, dijo, ha guiado aquí mis pasos para salvarte de la muerte eterna. Dios hace que el Señor puso en el corazón de su siervo la intención y el deseo de morir mártir, ó salvar á tu hermano del infierno que le amenaza, y mi deseo ha permitido Dios que se cumpla. El Señor ha mirado con ojos benignos al pecador. Grande, como tú has dicho, es tu pecado, pero mayor es la clemencia de Dios. Con todo, la penitencia que te impone por mi boca, es terrible; examina primero tu corazón, piensa en el castigo que te aguarda en la eternidad, y compáralo con la obligación más penosa en la vida; inflame tu alma el santo fervor que debe acompañar al arrepentimiento. Eleva tu espíritu á la presencia de tu Criador; pon tu confianza en el que da aliento á mi voz é inspira mis palabras, arráncate de los lazos del mundo, olvida á tu hermano, olvídate de tí misma, y el entusiasmo divino de la religión exalte tus potencias para que seas digna de la grande empresa á que tú sola puedes dar fin. ¡Considera que quizá Dios te destina para que libres de la servidumbre á su pueblo!

IV.

El rostro del mentiroso judío había tomado una expresión particular de enajenamiento y sublime arrobo, que no parecía sino que de veras ardía en su pecho el fuego de la inspiración.

Sus ojos habían trocado su natural decaimiento en un brillo vivísimo como iluminados, y el color ardiente de sus mejillas, la actitud atrevida y religiosa al mismo tiempo de su expresivo semblante, hubieran podido engañar á cualquiera otro más suspicaz que Elvira.

Besó ésta el cordón de su hábito humildemente, y sin alzar los ojos del suelo respondió:

—Padre mío, mi vanidad humillada no se atreve á lisonjearse de tantas glorias como me habeis ofrecido en nombre de Dios; pero mi corazón no tiembla de la penitencia más cruda. Cumpla yo mi deber para con Dios, y véame envilecida y criminal para con los hombres.

—El mayor crimen, replicó el judío, el delito más horroroso al parecer de los hombres, puede ser agradable á los ojos del Omnipotente (1). Llenas están las Santas Escrituras de acciones delincuentes, según el mezquino juicio del mundo, y que el Señor en su profunda mente ordenó que se cometieran. ¡Quién osará sondear los altos juicios de Dios! Él manda matar para dar vida, y se sirve á veces del insecto más vil para humillar la soberbia del poderoso. *Llenos están los montes y los valles de tus maravillas, Señor Dios Sabaoth*, dijo el salmista. Tú pusiste fuerza en el corazón de Judith cuando derribaste el orgullo del enemigo de tu pueblo. Tú inflamaste el espíritu de la maravi-

(1) No debe olvidarse que habla un enemigo de nuestra religión, que se vale de sofismas para persuadir á cometer un crimen.

llosa Débora, y tú comunicaste vigor al brazo de un pastor niño, para que de un solo golpe hundiera en la nada la arrogancia del Filisteo. Mujer, ¿por qué has de dudar tú de la eleccion del Señor, cuando él ha puesto en tí los ojos para que vengues su pueblo y le libres del cautiverio, y pone en tu mano la espada de la victoria, que arrojará en el polvo al hijo impío que se rebeló contra su padre, al hijo maldito que escomulgó el Pontífice, al nuevo Nabucodonosor que ha encadenado los mancebos y las vírgenes de Sion? Mujer, enciende tu ánimo en santa ira, y regocíjate en el Señor. Vano será tu arrepentimiento y vanas tus lágrimas, aunque derramases mil veces más que lleva gotas de agua el Océano, si no sigues á ciegas la voz del que en este momento me inspira y me revela tus destinos. Los crímenes de tu hermano han rebotado ya del vaso de la misericordia, tu pecado es grande, y la clemencia divina no la alcanzarás sin que antes hierva en tu brazo la sangre que salte del corazón del impío.

—¡Oh! ¡Padre mio! exclamó Elvira atemorizada: yo soy una mujer... mi mano es débil.... La vista de la sangre me hace caer desmayada; yo la he visto deramar una sola vez á mi mismo hermano, y aun me horrorizo de recordarlo. ¿No bastará otra penitencia menos cruel? Yo no tendré valor para levantar el puñal. ¡Ah! mandadme comer tierra, andar arrastra como la culebra...

—Mujer cobarde, ingrata al Dios que te dió el ser,

yo no te mando nada: Dios me ordena que te hable de esta manera; á él, á él solo debes darle tus quejas, á él debes reconvenir, que no á mí. Tu alma está corrompida y sin fé, y tú y tu hermano perecereis por haber desoido la voz del Omnipotente. A él solo, á él solo debes acudir por misericordia. Yo te abandono á tu ceguedad.

Diciendo esto la volvió la espalda y se alejó algunos pasos sin volver siquiera á mirarla.

Benjamin, espantado con el lenguaje de su amo, no osaba decir palabra, no pudiendo comprender el fin que tenían sus discursos, mientras Elvira, fuera de sí y mirándole con los ojos desencajados, parecia haber perdido el conocimiento.

—¡Oh, no me abandoneis, no me abandoneis, padre mio! exclamó deteniéndole por el hábito. ¡Ah! yo soy una mujer, nada mas que una mujer, sin brío, sin ánimo para nada: ni aun lo tuve para resistir al placer de llorar con una amiga, única persona que vi despues de tres años en mi soledad. No lo he tenido para sufrir la penitencia que yo misma me impuse. Tened compasion de mí: ¿cómo quereis que yo pueda deramar la sangre del poderoso? Perdonadme, pero yo mentiria si no os dijese que hay una voz en mi alma que me aconseja lo contrario de lo que me decís.

—Obedécela, pues, repuso el fingido fraile sin volver la cara separándola con aspereza: es la voz de tu debilidad, la voz del demonio. Sigue el camino por

donde él te guía, y al fin de él te juntarás con tu hermano, sin que ni á él ni á ti os hayan aprovechado tus penitencias. A Dios.

—¡Oh! no, yo haré todo cuanto quiera Dios exigir de mí, exclamó Elvira; y cayó en el suelo sin señal de vida.

V.

La compasion, ó tal vez el pensamiento de la utilidad que aquella desdichada fanática podia producir á la causa que defendia Abrahan, le hizo acudir á darla socorro viéndola en aquel estado, y tratar de volverla en sí.

Sacó, pues, uno de aquellos milagrosos espíritus que solia llevar consigo, y en habiéndola untado las sienes y aplicado á la nariz, se la vió recobrarse poco á poco, abrir los ojos y arrancar un profundo suspiro.

—Piedad, Señor; tened compasion de mi debilidad, dijo poniendo los ojos en el cielo con un acento tan dulce que el judío, á despecho de su sangre fria, tuvo que apartar la cara á un lado para esconder una lágrima que á su pesar se desprendió de sus ojos, y hacer un esfuerzo para ocultar la sensacion que le habia causado. Pero reponiéndose al punto, y desterrando de su imaginacion el recuerdo penoso que aquella voz le traía, dijo:

—Mujer, animate y cúmplase la voluntad de Dios. No mires tu miseria, sino el poder del que te ha escogido para que resplandezca la espada de su justicia en la tierra. Los reyes tiemblan á su nombre, y los montes inclinan delante de él su cerviz. *Forsitam enim indignationem suam abscindet et dabit gloriam nomini suo.* El tirano ha congregado sus gentes, miles de siervos suyos armados cubren ya esta tierra con sus caballos de batalla, y ha caido el terror sobre el corazon de los hombres.

El parricida se burla de la excomunion del Pontífice, y desafia cara á cara al Omnipotente. *Iniquitatem fecimus.*

Hemos llenado la tierra de nuestras iniquidades, y el Señor ha permitido á este Faraon que nos persiga; pero sus carros se hundirán en el abismo del mar, y no quedará rastro de él ni sus huestes.

Dichosa tú, hija mia, una y mil veces dichosa tú, que quebrantarás el cuello del dragon, y que subirás á la mansion de gloria acaso con la brillante corona del martirio: allí junto al árbol de la vida beberás las aguas puras del eterno rio que fertiliza sus raices, ángeles y serafines te cantarán y bendecirán, tú acompañarás sus armoniosos cánticos en loor del Todopoderoso. ¡Oh! sí, vuela, ármate de fortaleza; Dios pondrá constancia en tu ánimo para que desprecies el riesgo, y segunda Judith hagas que el mundo, postrado y temeroso, reconozca que no hay mas que un Dios, que es el Dios de tus padres.

Ven, hija mia, tu rostro veo que se inflama, fuego divino arde en tus ojos; ya te anima el entusiasmo que ardió en el corazón de la débil Jael cuando con un clavo atravesó las sienes de Sisera.

Esta es la última penitencia que cumplirás por tu salvación y la de tu hermano. El tirano está en su castillo. Yo mismo te guiaré y te fortaleceré hasta el momento de dar el golpe.

Un ángel sin duda me ha traído aquí para anunciarte la voluntad de Dios. Ven, sígueme; despréndete de todo miedo, de todo sentimiento terrenal, y tuyo es el triunfo sobre el infierno.

—Padre mio, respondió Elvira, yo me siento desvanecer, y me parece que veo ya la gloria que me prometeis, el mundo se desliza bajo mis pies, y en mi arrebato me siento elevar sobre las nubes hasta el empero.

Vedlo, el universo rueda delante de mí, un rayo de luz ha iluminado mi frente, la espada del Dios de los ejércitos centellea junto á mí: sí, no hay duda, yo soy llamada por el Omnipotente para asombrar al mundo con su justicia.

Los ojos de Elvira giraban á un lado y otro mientras hablaba, su voz habia tomado un tono imponente, su ademan tenia algo de sobrehumano y maravilloso, sus cabellos encrespados ondeaban como la cola de un caballo al escape, heria la tierra ya con un pie, ya con otro, levantaba los brazos, temblaba toda, y parecia que estaba demente.

Era así en efecto; los ayunos, las maceraciones y cilicios habian ya debilitado bastante su juicio, y hacia tiempo que imaginaba que veía visiones de ángeles y de diablos.

Las últimas palabras del judío la acabaron de volver loca.

—¡Oh! sí, en el castillo de mi hermano está, prosiguió diciendo sin que Abrahan, que la miraba atónito, tuviese valor para interrumpirla; allí correrá su sangre por mi mano. ¡Oh! ¡sangre! ¡sangre! añadía con un gesto de horror, mirando fijamente su mano derecha. Pero yo soy una segunda Judith.

Y luego cantaba:

Mi diestra fortalece
el Dios de Sabaoth,
de acero impenetrable
cercó mi corazón.

Ved, ya he vencido,
vedlo caer
yerto á las plantas
de una mujer.

Chis..... será menester mucho disimulo..... él tiene muchos guardias consigo, proseguia bajando la voz y acercándose al judío. Vamos, sí, vamos.

—Modera, hija mia, tu entusiasmo: tú has dicho muy bien. Es preciso como Judith engañar á los que guardan á ese segundo Olofernes: tú, como hermana del Castellano, tendrás entrada al momento en la fortaleza; allí te retirarás adonde nadie te vea sino yo, y

pasarás orando y ayunando tres días. Entonces el ángel del Señor te avisará.

Mirábale Elvira sin pestañear mientras hablaba, y luego que concluyó bajó la cabeza, y sin hablar ya más palabra echó á andar junto á ellos camino del castillo de Cuellar, en donde ambos frailes entraron aquella tarde.

Capítulo XXX.

¿Vos, Hernando, en Arjonilla? dijo Peransurez cuando se vieron apartados del ventorrillo, todo lo que hubiera sido menester para no ser de nadie entendidos.

(El Doncel de D. Enrique el Doliente; de don M. J. de Larra.)

I.

Volvamos ahora á nuestro Zacarías, que contando su dinero, y aunque no muy satisfecho de Saldaña, alegre con su aventura caminaba á paso de lobo hácia el campamento de los partidarios del nieto de Alfonso el Sábio.

Ocupaba su ejército las llanuras que se estienden camino de Segovia á la derecha de Iscar, en una legua de circunferencia, donde mil diversas banderas flameaban al aire en las tiendas de los capitanes.

Sobre un cerro, cuya superficie plana daba lugar bastante para establecer parte del campamento, y que en medio de aquellos llanos se levantaba como en un sitio de distincion, estaban las tiendas de los jefes

principales, que trajeron gentes de armas y que usaban de enseña propia; y alrededor en las faldas de la colina y en la llanura se veían las de la tropa hasta perderse de vista por un lado y otro á lo lejos.

Por una y otra parte rodeaban el campamento un número proporcionado de centinelas, que en los parajes más elevados podían descubrir con facilidad cualquier objeto á la distancia más larga que puede alcanzar la vista.

A la puerta de las tiendas de los señores había también una guardia compuesta de soldados escogidos entre los que había cada uno traído á aquella guerra consigo.

Era la noche, el campo estaba en silencio, y solo se oía el grito del centinela ó el canto de algun trovador que al rayo de la luna entonaba dulces canciones de amor, ó se animaba con himnos de guerra para la batalla.

La noche estaba serena, y ni una nube siquiera manchaba el terso velo de gasa que la diosa argentada bañaba con su pura luz.

Las tiendas del cerro, á la sombra y en monton, parecían negros fantasmas que se habían refugiado allí huyendo de la claridad que despedía la luna.

Nadie hubiera creído, al contemplar la paz que reinaba en aquellos sitios y la calma de la naturaleza, que al día siguiente inundarían aquel país lagos de sangre, se cubrirían aquellos llanos de muertos, y que era, en fin, aquella tranquila noche, la última que

habían de contar muchos que en aquel momento se prometían quizá grandes triunfos y largos días de gloriosa vida.

Tal no pensaba empero, el Castellano de Iscar, que deseoso de venir á las manos en un combate decisivo, velaba en su tienda cuidadoso de su honra y meditando por esto los mejores planes que le parecían para poner en derrota á sus enemigos.

Acompañábanle varios jefes, y en medio de la tienda, sobre un tambor, ardía una luz, á cuyo alrededor estaban sentados sobre unos groseros escaños.

Dormían á la puerta, que estaba abierta por el calor, echados acá y allá en el suelo los soldados de guardia, reposando algunos de sus fatigas, y otros boca arriba mirando al cielo y silbando, mientras el centinela lentamente se paseaba.

—Pardiez, exclamó el jóven señor de Toro, que no hemos tenido noticia del judío, ni ha llegado todavía el jefe de nuestros espías. No que uno ni otro me importen mucho, y si los han ahorcado no han hecho mas que morir como debían; pero quisiera que por esta vez no les hubiese sucedido nada.

—El ejército de D. Sancho, decía un capitán viejo al de Iscar, consta de diez y ocho mil hombres, mas bien mas que menos; el nuestro, aunque bastante numeroso, no cuenta arriba de ocho mil soldados agueridos; por lo que mi opinion es que nos fortifiquemos en nuestro campo.

—La mia no, repuso el de Iscar, porque el soldado

se desanima cuando se le encierra, y es menester salir á recibirlos.

Hablaba el de Toro en secreto con otro jóven que tenia al lado, y de repente interrumpió la conversacion de los dos jefes con una carcajada.

—¡Ja! ¡ja! Tendrá que ver el judío si lo ahorcan vestido de fraile: ningun grajo se llega á él, apuesto cualquier cosa; creerán que es un espanta-pájaros.

—Podiais atender á lo que estamos tratando, dijo el viejo, y no estar pensando ahora en vuestro judío, que mal demonio le lleve.

—¡Ja! ¡ja! Si lo hubierais visto vestido de fraile como yo, juro á Dios que os habria hecho reir como á mí. Por lo demas, yo no me cuido de vuestra formalidad ni de lo que hablais, y quiero vivir alegremente hasta que llegue mi hora.

II.

La llegada de Zacarías, que entró en este momento en la tienda, cortó la conversacion con un *Deo gracias* que hizo volver la cabeza á todos.

—¡Ja! ¡ja! Ya está aquí nuestro beato, dijo el de Toro. *Benitum in Domino nomine*, ó que se yo como se dice. ¡Hola! costal de oraciones, buena alhaja, ya te habia yo creído en el cielo, ó por lo menos en actitud de volar hácia él colgado por ahí de un árbol.

—Dios ha sido servido de mirar por su siervo, respondió Zacarías.

—¿Qué traes de nuevo? preguntó el de Iscar. Las tropas de D. Sancho están ya en marcha sin duda.

—Mañana, siendo Dios servido, replicó el hipócrita, tendreis el gusto de verlas al amanecer.

—Tanto mejor, gritaron todos menos el viejo.

—¿Y dime, preguntó el de Toro, has hallado en tu camino dos frailes franciscos que salieron de aquí esta mañana?

—El señor no me ha hecho la gracia de hallar á sus santos ministros en mi camino. Permitidme, prosiguió Zacarías dirigiéndose al de Iscar, que os haga en particular una comunicacion de suma importancia, y que solo debe ser oida de vos.

—Nos retiraremos, dijo el veterano capitán haciendo intencion de ponerse en pié.

—No hay para qué, respondió D. Hernando; salgamos afuera, buen hombre, y me dirás lo que quieras.

Diciendo así se levantó de su asiento, y abrazando la espada salió de la tienda acompañado del villano Zacarías, que ejercia el mismo oficio en los dos ejércitos enemigos. A pesar de la oposicion que el noble don Hernando habia manifestado á que el Velludo con su partida auxiliase la revolucion, supo el astuto judío manejarse de tal manera que logró componer todo sin disgustarle, conviniéndose con los otros jefes, quienes los incorporaron entre sus tropas sin darle á él cuenta.

Conocia apenas el de Iscar á Zacarías, habiéndole visto antes solo dos veces sin haber casi reparado en él, por lo que lejos de mirarle con odio le tenia por un

mentecato fanático, que cuando mas, merecia su desprecio, que en alto grado le dispensaba.

Salieron, pues, solos al campo, marchando el de Iscar delante y á pocos pasos siguiéndole Zacarias, hasta que llegaron á un sitio apartado de lo vigías, y en donde nadie podia oir su conversacion.

—Bien estamos aquí, dijo; habla.

—Loada sea la Providencia divina, exclamó Zacarias, que va á poner á vuestra disposicion el trono de Castilla.

—¿Qué dices? repuso asombrado el de Iscar: ¿es cierto? despáchate: habla.

—El cielo protege por último la buena causa, y os entrega al tirano para que hagais de él á vuestra voluntad. *Utrum rex regum*, etc.

—Demonio, dí, y no andes con mas preámbulos.

—Grande es el poder de Dios, que derriba el de los reyes. Ayer tarde cuando fui á espiar las intenciones del enemigo fui apresado, y fué la voluntad del Señor que me llevaran á la presencia del rey. Yo soy hombre veraz, y no diria una mentira por cuanto Dios crió.

—Adelante; al grano, y no me impacientes.

—Es, pues, el caso, *fama erat*, que el rey me preguntó donde estábais vos, y tuvo el benéfico pensamiento de hacerme ahorcar, por lo que le prometí cuanto me quiso si perdonaba. Pero ya sabeis vos *quod est dictum non est scriptum*.

—Yo no se latin, respondió D. Hernando con im-

paciencia, y si no me hablas claro te arranco la lengua; prosigue.

—Pues señor, el rey me ofreció montes de oro si, como él decia, le entregaba yo al jefe de los rebeldes, en lo que convine.

—¿Cómo, pícaro!

—Aguardad, señor; no fué mas que una promesa, como antes dije en latin. Para esto quedamos en que él enviaria alguna gente á un paraje donde yo os llevaria, en lo que convino al momento, y me repitió sus ofertas; pero yo que, como todo el mundo sabe, quiero mas mi virtud que cuantas...

—Adelante.

—Pues sí señor, aparenté convenir, aunque le puse algunas dificultades, y solo pensé en servir la santa causa que Dios me manda que sirva. Buen latin os perdeis por no dejarme hablar en otra lengua que la mia. Díjele que yo os amaba sobremanera, en lo que no mentí, y que aunque estaba dispuesto á entregaros, temia no obstante por vuestra vida, y que si él no me daba una seguridad de que nada os sucederia, estaba determinado á perecer primero que cometer tal infamia, que Dios no permita. Entonces me aseguró daria orden al jefe de la emboscada para que os respetase como á su misma persona; pero habiendo yo insistido en mi duda, quedó pensativo un momento y dijo: *Está bien: quiere decir que yo mismo empezaré y acabaré la guerra en un dia*; y me prometió venir en persona. Sali de allí, despues de concertar con él el sitio y la hora

de vuestra entrega. Escondíme, observé los pasos de todos, y si teneis el ánimo que en tantas ocasiones habeis probado, esta noche en cambio voy á entregaros el rey. Está en un pueblo aquí cerca sin guardias apenas, habiéndose adelantado del ejército, y la emboscada está puesta no lejos de allí: esta noche despues de media noche están creídos que habeis de ir conmigo: si no os atreveis, capitanes hay en vuestro ejército que aceptarán con gusto...

—Villano, interrumpió el de Iscar, ¿osas tú decirme que si no me atrevo?

Quedó pensativo un rato y dijo:

—¿Qué seguridad me das tú de que es cierto lo que dices?

—Mi juramento...

—No basta; pero no importa, tu vida me respoderá; vendrás conmigo.

—Pensad que Dios os entrega un rey, y...

—¿Qué gente piensas que lleve?

—Poca y buena, respondió Zacarías, Dios ha descubierto las maquinaciones de los impíos, y...

—Está bien; sígueme.

Dicho esto echaron á andar, y habiendo vuelto á la tienda llamó á Nuño, que estaba mandando la guardia, y le dijo lo que pensaba.

—Habrá bastante con cincuenta hombres, repuso Nuño, y llevaremos atado al guia. Ya os he dicho mil veces que no debeis fiaros tanto de vuestro valor, porque, como decia vuestro padre...

—Mi padre decia muy bien, pero lo que ahora importa es que nos despachemos, que no faltan mas que dos horas.

Y el buen Nuño se apartó, y tomando la gente que le parecia más granada, volvió adonde estaba ya su amo á caballo aguardándole lleno de orgullo y contento, pensando nada ménos sino que iba á hacer prisionero al rey.

—Buen hombre, le dijo Nuño al espía, ven aquí junto á mi caballo: al menor movimiento que hagas que me descubra tu traicion, mueres.

—Yo solo confio en el Señor Todopoderoso, Padre nuestro, etc.; y echó á andar al parecer con serenidad, procurando todos no meter ruido, y saliendo sin alarma ni dar nada que sospechar.

Capítulo XXXI.

El ominoso Marte, que preside
á la sangrienta lid con ceño airado,
la frente de laureles va ciñendo
al que vuela sañudo
los campos de cadáveres cubriendo.
Impune yere el bárbaro asesino
y tranquilo se goza en sangre humana
retiñendo el puñal de muertes lleno,
y asesinando vive
alumbrándole el sol que alumbra al bueno.
(A la muerte de una niña.—D. J. B. Alonso.)

I.

Al arma, al arma, resonaba el campo de los partidarios al romper el día, y al espantoso estrépito de sus instrumentos guerreros correspondían con no menos estruendo los de un numeroso ejército, que marchando hacía ellos como á tres tiros de flecha se descubría.

Pero bien pronto hizo alto, y varios cuerpos de caballería, armada ligeramente, salieron de entrambas alas á campear, mientras los contrarios del rey se presentaron en batalla con bastante serenidad é imponen-

te aspecto, poniendo en las primeras filas á sus flecheros, que armados los arcos y colocados los cuerpos en actitud de tirar, solo aguardaban á que el enemigo se acercase para llenar el aire de un diluvio de flechas.

A pesar de esta aparente firmeza, la falta de Hernando de Iscar, á quien no habia visto nadie desde su expedición de la noche antes, daba mucho cuidado á sus amigos, y habia introducido cierto temor y desconfianza en la tropa.

Los veteranos de Iscar no hacían sino preguntar por su jefe, y echando de menos entre ellos á algunos de sus compañeros de armas que habian marchado con él, no se atrevían á pensar si sería algún estratagema de D. Hernando, ó si le habria acaecido algo desagradable, inclinándose generalmente todos á lo peor.

Pero quien sobre todos estaba inquieto era el cantor, que ido uno tras otro preguntando á cuantos habia encontrado por su señor, y que ahora montado en su buen caballo acupaba su puesto gallardamente entre las pocas lanzas que componían la fuerza casi total de la guarnición de Iscar.

La distancia á que se hallaban unos de otros no permitía reconocer los jefes contrarios, puesto que un guerrero del ejército del rey que galopaba entre las filas, y que á lo lejos parecia un fantasma negro, medio polvo y medio aire, cualquiera habria creído que era Sancho Saldaña.

—Dónde diablos iría anoche el señor de Iscar, decía el viejo capitán en un corro en que algunos jefes se ha-

bian reunido, frunciendo las cejas y al parecer no muy satisfecho.

—No hay miedo, repuso antes que ninguno el de Toro, que si se fué con Zacarías no se lo llevará el diablo.

—Antes creo yo, dijo otro, que Zacarías y el diablo son una misma persona.

—Pues sentiria que lo hubiesen matado, dijo el viejo retorciéndose con mucho despacio el bigote entrecano, cuyas puntas caidas le rodeaban la barba.

—Pues si ha muerto, dijo el de Toro, como ha de ser. Al que se muere lo entierran, ó se lo comen los cuervos.

—¡A las armas, señores, que ya se empiezan á cruzar flechas!

—El que caiga que aguante, dijo el aturdido de Toro; hasta la vista.

II.

En efecto, habian avanzado ya ambos ejércitos, á ménos de tiro de flecha, despues de algunas escaramuzas entre los campeadores, que fueron reñidas con bastante igualdad, sin que la victoria quedase por ningún lado.

Fué tanta la multitud de saetas que se arrojaron, que puede decirse sin mentir con cierto poeta antiguo

que el sol en aquel día
la batalla miró por celosía,

puesto que muchas se deshicieron encontrándose unas con otras en su carrera.

Algunos soldados y varios caballos cayeron víctimas de este primer ensayo.

Duró este simultáneo flecheo cerca de media hora.

Sancho Saldaña, que era en efecto el caballero de la negra armadura, se retiró á una altura, desde donde veia la batalla pacíficamente á caballo, y reposando sobre su lanza un guerrero de ojos de águila, cuyo casco ceñido de puntas de acerado hierro, y cuya rizada melena que por sus armados hombros se desprendia, daban á conocer al rey.

Estaba rodeado de algunos otros caballeros que ya conoce el lector, y en su rostro brillaba cierta marcial alegría con cierta mezcla de ferocidad, que realzaba la fisonomía enérgica de su semblante.

Saldaña parecia tambien ménos tétrico, y su buen paje el atildado Jimeno, no ignoraba el por qué.

Un hombre alto y seco que llevaba atado á la cabeza un lienzo blanco, teñido sin duda en su propia sangre, muy devoto de ojos y con palabras melosas, corria detras de ellos rogando, á lo que parecia, le diesen algun dinero siquiera para curarse la herida que en su servicio habia recibido.

Algunos cuerpos de caballería que se divisaban confusamente á lo lejos acá y allá por el campo: tales eran los grupos parciales que por aquel lado se distinguian aparte del gran cuadro que el total del ejército presentaba.

La misma perspectiva poco más ó ménos ofrecia el de los partidarios, solo que al extremo del ala derecha, que apoyaba en un enmarañado bosque de pinos, se veia una porcion de tropa suelta, independiente al parecer del ejército, y que en número de doscientos á trescientos hombres obedecian al Velludo.

Llevaba éste su gente en dispersion, habiéndoles mandado ocultarse como mejor pudieran, con intencion de flanquear el ejército de D. Sancho, y caer sobre él de repente, para lo cual habia ya combinado su marcha con los movimientos de la fuerza principal.

Deslizábanse sus soldados escondidos entre los árboles, rodeando el bosque con intento de colocarse en posicion de acometer al enemigo ventajosamente, y el Velludo, acompañado del catalan y del veterano Tinieblas, marchaba en acecho observando las maniobras de ambos ejércitos.

—Por la Virgen de Covadonga, mil diablos me llevan si sé yo lo que hace Zacarías ahora hablando con Sancho Saldaña.

—Voto á Deu, respondió el catalan, que non es pas bueno repicá y aná en la procesion, y [ahora que nos van rompiendo el cap, puede Mosen Zacarías estar acá.

—Mucho me engaño, replicó el Velludo, si ese pícaro hipócrita que Dios confunda, no nos ha vendido y ha entregado en poder de Sancho Saldaña al señor de Iscar. Lo cierto es, que anoche fueron juntos á una

expedicion, segun se dijo, de mucho riesgo, y él está allí y D. Hernando no ha parecido.

—¡Cómo! respondió Tinieblas con su gravedad acostumbrada: un hombre tan santo como Zacarías, y que ha vivido tanto tiempo con gente como nosotros, es imposible que haya cometido semejante infamia. El de Iscar habrá sido herido ó muerto en la refriega, y él tal vez esté prisionero.

—Miren, miren, exclamó el catalan, que tins un chirlo sin duda.

—Así es, respondió Tinieblas, que lleva un pañuelo en la cabeza todo empapado en sangre.

—A pesar de eso, dijo el Velludo meneando la cabeza, me atrevo á jurar que nos ha vendido como á un mal caballo por cualquier cosa. Pero, hola, las trompetas tocan ya la carga: ved, aquel es el rey; el de Lara y Saldaña van á su lado; tambien va allí otro rehecho y pequeño con un hacha de armas como la mia. Tambien los nuestros van bien; el de Toro, que está siempre riéndose; ¿pero quién es aquel muchacho que se adelanta de todos y parece que quiere él solo decidir la batalla? Juro á Dios que creo que es Usdrobal. El es, él es, que se ha pasado sin duda á los nuestros. ¡Hola! allí va el veterano Gutierrez, el capitan de los aventureros de Saldaña, con el bigote goteándole vino. ¡Ea! ya desaparecieron entre el polvo que levantan los caballos en la carrera. A ellos, á ellos, valientes caballeros, buen ánimo. Catalan, reúne tú esos muchachos, que ya es tiempo: á ellos.

Y diciendo así reunió su gente y echaron á andar á pasos precipitados, deseosos sobremanera de llegar á las manos con sus enemigos.

III.

Era la caballería del rey más numerosa y mejor, por lo que tuvieron la ventaja en este primer encuentro, y los partidarios de Lacerda perdieron terreno, aunque no por eso los buenos caballeros que allí venían, perdieron su buena fama.

Antes bien, revolviendo los caballos con nueva furia, embistieron en los reales con tanto brío, que los obligaron á ceder á su vez, y en una y otra acometida rodaron por el suelo muchos caballos con sus ginetes, y el campo se llenó de armas, muertos y heridos de ambas partes.

Confundíanse todos en aquella espesa revuelta, y entre el polvo, el estruendo de las armas, los gritos de los heridos, la vocería animosa de los combatientes, hubo algunos minutos de tal confusión, estrépito y pulverío, que no podían verse ni oírse.

El calor y la fatiga suspendieron por último la batalla, y como de comun consentimiento los contrarios escuadrones quedaron fijos en sus puestos por algun tiempo mientras tomaban aliento.

Entonces fué cuando se vió el hacha de armas del rey bañada en sangre hasta el mango, Sancho Saldaña

hollando cadáveres con solo un pedazo de lanza en la mano, y el de Lara y Salcedo con toda su armadura aboyada.

Andaba el de Toro y los otros jefes de los revoltosos, no ménos encarnizados, repartiendo golpes á diestro y siniestro, y derribando un enemigo en cada embestida.

El viejo capitán consejero del de Iscar habia probado aquel día, que aunque tan prudente en el consejo, no era ménos resuelto en el campo; pero el sobre todos intrépido era el guerrero que el Velludo habia creído Usdrobal, y que despues de muchas hazañas dignas de eterna memoria habia peleado y derribado cuerpo á cuerpo, habiéndole muerto el caballo, al lindo paje de Saldaña, que cayó sin sentido en tierra.

La primer intencion del desconocido, cuando vió á su enemigo en el suelo, fué apearse de su caballo y clavarle en el pecho la *daga de misericordia* que llevaba al cinto, y de que echó mano, pero se le interpusieron tantos contrarios en un momento, que harto hizo con defenderse.

Entonces, viéndose rodeado por todas partes, tiró la lanza y empuñó la espada, y metiendo espuelas á su troton al mismo tiempo, rompió, como una nave la ola que la embiste, por medio de todos, barrenando el pecho á uno de paso y llevándole á otro las riendas del caballo de una cuchillada.

—Por vida de..... que nos hace falta Hernando de Iscar, decia el veterano.

—Buen ánimo, muchachos; no hay que retroceder, gritaba el de Toro.

Pero en este momento una espantosa gritería se levantó á espaldas del ejército del rey, y como un río que sale de madre se desbandaron á un lado y otro las tropas, empujándose, atropellándose y esparciéndose precipitadamente y en monton por el campo, embesitados y apretados por retaguardia.

El grito de *á ellos, que huyen*, resonó á un tiempo por todas partes en el ejército de los Lacerdas, y como una bandada de langostas se arrojaron en desorden sobre el enemigo.

En vano el rey, Sancho Saldaña, Lara y los otros capitanes trataron de reanimar el espíritu de su gente y rehacerlos: en vano en medio del enemigo daban el ejemplo combatiendo como valientes; sus gritos y exhortaciones se perdían entre las voces que acá, allá y en todas partes sonaban de *somos perdidos, que nos cortan*, y otras de tanto desánimo y cobardía.

Todos huían; atropellábanse unos á otros; el terror había penetrado en el corazón de los más intrépidos; muchos maltrataban á sus amigos porque intentaban detenerlos; el trastorno y el miedo habían llegado á su colmo, y cargados á un tiempo de frente y por la espalda, donde el Velludo había primero introducido el desorden, hallábanse á donde quiera que revolvían con las afiladas espadas de sus enemigos.

IV.

La angustia de la estrechez, la desesperación de la fuga sucedió en un instante á la arrogancia y la osadía del valor, y en tan horrible conflicto, sin atender nadie á las órdenes de su capitán, cada uno procuraba salvarse como podía, sin curarse ya de la honra con tal de guardar la vida.

Corría furioso el rey acompañado de Salcedo y Lara, la espada en alto haciendo rostro á los suyos y á sus contrarios, y á unos y á otros maltratando y matando cuanto encontraban.

—A ellos, gritaba el de Toro, que por aquella parte capitaneaba, viendo á su gente que retrocedían atemorados de los tremendos golpes de los tres guerreros que habían logrado mantener todavía algunos pocos en orden.

—Voto á Santiago, cobardes, que huís de un hombre solo como si vuestras espadas fuesen de lana; dejadme solo, que por el sol que le he de quitar la gana de comer antes que él nos quite la honra. ¡Caterva de villanos, fuera! Amigo mío, le dijo al guerrero desconocido, sígueme.

Y diciendo y haciendo, sin mirar si le seguían ó no, se afirmó en los estribos, inclinó el cuerpo, enristró la lanza y salió á escape á encontrar con el rey, que no ménos animoso partió el camino y se apresuró á recibirle.

Acometiéronse con igual impetuosidad, y las lanzas se hicieron mil astillas en el encuentro. Pero echando el rey mano á la espada en aquel momento, sin volver su caballo para tomar carrera, ni cubrirse con el escudo, la rodeó con ambas manos por la cabeza, y dirigiéndola sobre el yelmo de su contrario, que aún estaba aturdido del primer encuentro, la descargó con tanta furia y en tan buen punto, que el casco y la cabeza cayeron divididos á un lado y otro, saltando acero, plumas, sesos y sangre á más de una vara de distancia, y cayendo en seguida el mutilado tronco del desventurado de Toro sobre la arena.

Apareció entonces el Velludo pié á tierra con su formidable hacha de armas chorreando sangre, al frente de su escasa tropa de foragidos, que habian puesto en tanto desórden aquel ejército.

Habia atravesado para llegar hasta allí por entre miles de lanzas y espadas, combatiendo sin descansar, hiriendo y matando, y llevando el terror y la muerte por donde quiera, hasta el punto de haber casi dado la victoria á los de su partido.

Venía el catalan á su lado, con los ojos encarnizados y el gorro de cuero calado hasta las cejas, manejando su espadon y echando un voto á Deu á cada golpe que descargaba.

Pero una desmandada saeta que acertó á venir silbando, disparada de alguna cobarde mano, puso término á su vida atravesándole la garganta de parte á parte, de modo que apenas pudo acabar de decir su

acostumbrado juramento, cortándole la palabra al mismo tiempo que le derribó en el suelo sin movimiento; hallábanse ya en demasiado apuro, no obstante, el rey y los pocos que le seguian á despecho de su valor, y la batalla se habia decidido en favor de los partidarios.

Solo ellos peleaban, mientras los demas huían ó perecian al filo de la espada enemiga; el desórden crecia en aquellos á la par que el valor en estos, y era mas que probable que Sancho el Bravo y sus caballeros cediese al fin al número de los que sin darles un instante para respirar los acometian, acosaban y perseguian.

Capítulo XXXII.

Ya vencedor, ya vencido,
se ve cada cual á instantes,

.....
Con mas enojo acometen
y con brazo mas pujante,
espumarajos vertiendo
silenciosos y tenaces.

I.

Era Sancho Saldaña demasiado buen capitan para no haber dejado algunos cuerpos de reserva con que volver al combate en caso de una derrota, por lo que metiendo espuelas á su caballo, y desesperado de rehacer aquellos cobardes, trató solo de renovar el combate con nuevas fuerzas.

Luego que llegó á la izquierda del camino que va desde Segovia á Cuellar, donde habia dejado unos dos mil caballos, mandóles que le siguiesen, se puso al frente de aquellas tropas, y á todo galope volvió al sitio de la pelea. Estaba ya el ejército rebelde tan confiado en su triunfo, que sin cuidar de otra cosa que de

perseguir á los fugitivos, se hallaban desbandados y sin orden, impelidos del ardor que hacia que cada uno obrase aisladamente, y guiado solo de su valentía.

Los pocos parciales combates que acá y allá sostenian con los mas bravos que preferian la muerte á la fuga no hacian sino aumentar el desorden, acudiendo cada uno á donde su propio instinto le llevaba creyéndose mas necesario.

Veíanse algunos grupos arremolinados peleando aquí y allí, huia acullá un caballero seguido de dos ó más que le iban á los alcances, corrian á rienda suelta en monton muchos otros vencidos y vencedores confusamente, y algunos heridos y caidos luchaban todavía en el suelo unos contra otros, á la par que con las agonías de la muerte.

Tal era la situacion de ambos ejércitos cuando llegó Saldaña.

Venia delante de las tropas que conducia, gritando con voz de trueno á los fugitivos que se detuviesen, y procurando asimismo que se formasen á retaguardia.

El primero que ordenó su tropa fué el veterano Martin Gutierrez, que dió aquel dia repetidas pruebas de ser tan valiente en la guerra como fanfarron era en la paz, y que habia logrado mas de una vez contener el ímpetu del enemigo.

Un clamor general de alegría en los unos y de sorpresa en los otros fué la señal de la llegada de aquel

inesperado socorro, y las trompetas de los rebeldes empezaron á tocar llamada.

II.

Estaba Hernando de Iscar prisionero desde la noche anterior en el campamento de D. Sancho con su buen Nuño, que asimismo habia caido en la red que habia tendido á Hernando el hipócrita Zacarías.

Persuadido que iba á decidir la suerte de la guerra si el rey caía en su poder, habia formado el señor de Iscar cuantas medidas de seguridad creyó necesarias para el logro de su empresa; pero guiado en todas ellas por Zacarías, tuvo éste buen cuidado de que todas fuesen inútiles.

El orgullo de ser él solo quien acabase con tan acertado golpe una guerra cuyo término parecia tan dudoso, deslumbró al intrépido Hernando, que cayendo con sus cuarenta ginetes en una emboscadura, dispuesta ya de antemano, se halló rodeado de pronto por mas de trescientos hombres, quienes despues de un muy reñido y obstinado combate se apoderaron de su persona.

En vano fué allí el valor y aun la temeridad, porque ahogados por el número de sus contrarios nada pudieron hacer sino morir matando, habiendo quedado tendidos noblemente en el campo casi todos los veteranos de Iscar, Hernando herido malamente en el brazo

derecho de una estocada, y Nuño, que habiendo perdido el caballo cayó en tierra y al punto fué aprisionado.

Tuvo el buen viejo no obstante la fortuna de abrirle á Zacarías la cabeza al momento que fueron acometidos, aunque el hipócrita evitó en parte el golpe derribándose en el suelo en el mismo instante, por lo que llevaba sin duda liado el lienzo blanco de que hemos hecho mencion.

En resolucion, Jimeno, que mandaba aquella emboscada, no dejó nada que desear á su amo, habiendo aprisionado al de Iscar, que era el blanco de sus deseos, puesto que le costó perder treinta ginetes de los mejores.

Hablábanse amo y criado, prisioneros ahora en una torre perteneciente al señor de Cuellar que á un cuarto de legua del sitio de la pelea, sobre una albara, se descubria, y habian visto con el ánsia y la inquietud que fácilmente puede imaginarse los sucesos de la batalla. Hubieran deseado tener alas para volar al combate, y no pudiendo hacerlo daban voces y órdenes desde allí como si pudieran los de su partido oirlas y obedecerlas.

Desesperábase Hernando al verse encerrado, y mas de una vez habia tratado de arrancar la reja para arrojarse; pero los hierros eran demasiado fuertes y estaban muy asegurados para ceder á las fuerzas de un hombre, y no tenia otro recurso que sufrir pateando el suelo, apretando los puños y rompiendo á cada ins-

tante el vendaje que le cubria la herida, á pesar de los respetuosos esfuerzos de su fiel Nuño, que en vano trataba de sosegarle. No estaba éste menos descontento que su amo; pero su sangre, mas fria ya por los años, le hacia mirar todo aquello como un acontecimiento natural en la guerra, por lo que llevaba su encierro con mas paciencia.

—En el año de 1248, decia, cuando caí yo cautivo en la batalla de...

—Por Dios, Nuño, que os dejeis ahora de cuentos: estamos aquí mordiendo la cadena como unos perros, y me venís ahora á contar historias.

—Iba á deciros, repuso Nuño con calma, que aquel dia me sucedió poco mas ó menos lo que nos sucede ahora, que estuve mirando desde lejos la zarracina, como el hortelano que desde la ventana de su casa ve á los chios que le roban la fruta del huerto, y se tiene que contentar con dar voces para espantarlos. Bien lo sabia vuestro padre que...

—Por vida mia, exclamó el de Iscar, que agarrado fuertemente á la reja no atendia ya á lo que le hablaban su servidor, por vida mia que la victoria es nuestra, y que los enemigos van de vencida. ¡Allí está el rey! Buen golpe le ha tirado al de Toro; me parece que él es el caido. No importa: ¡buen ánimo! ¡valerosos caballeros! ¡á él! Ya huyen; si yo estuviera allí... ¡vive Dios! Los pocos que siguen al rey son los únicos que resisten. Venga una lanza. ¡Cobardes! Diciendo asi asió de Nuño con la mano izquierda con tanta fuer-

za, que se lo trajo sin mirarle medio arrastando á la reja, é interrumpió su discurso, que llevaba trazas de no acabar en un año.

—¡Qué mas quisiera yo, señor, dijo á su amo, que poderos dar esa lanza que me pedís! Pero no hagais esas fuerzas, porque vais á lastimaros la herida.

—Valientes caballeros, prosiguió Hernando sin oírle: ¡á ellos! ¡la victoria es nuestra! ¡Que no estuviera yo allí! Acordaos de la gloria que nos espera.

—Decís bien, dijo Nuño asomándose á ver lo que sucedia; el rey va á caer prisionero: allí le veo rodeado de diez ó doce; pero es preciso confesar que pelea como un segundo Perez de Vargas. ¿Pero qué polvareda es esa?...

—¡El rey ha caido! exclamó el de Iscar: no, no ha sido él, ha sido otro; apenas se ve. ¡Por la Virgen! ¡Mil diablos!

—Sí, todo eso es verdad; pero mirad por aquí á nuestra derecha la tropa que les va de refresco, que van como alma que lleva el diablo, y me acuerdo que el año...

—¡Maldicion! gritó el de Iscar volviendo la vista hácia donde Nuño le señalaba. ¡Somos perdidos si aquellos villanos huyen! Es algun cuerpo de reserva que tenian preparado. ¡Y yo estoy aquí! Muerte y condenacion! Los van á acometer, y en el desórden en que están los nuestros van á hacerlos pedazos. Si yo pudiera ir á avisarlos, si me oyeran... ¡pero qué! estas malditas murallas sofocan mi voz, y no la oiría un

hombre que estuviese ahí abajo. No hay remedio: somos perdidos.

Diciendo así echó á andar por el cuarto á pasos precipitados, la cabeza baja, los ojos ensangrentados, y contraído el semblante como si estuviera loco, dando de tiempo en tiempo una vigorosa patada al pasar en la robusta puerta de encina tachonada de clavos, que con cien candados los encerraba, bajó asimismo Nuño los ojos, y quedó pensativo un rato.

—¿Los ves? ¿los ves? gritó Hernando volviendo de nuevo á la reja; ya están envueltos; las tropas del rey se rehacen. ¡Caballeros, si teneis en nada la honra, pelead por la vida al menos! ¡Malsines! ¡Canalla! ¡Ya se trocó la suerte, y son los nuestros los derrotados! Voto vá... ¡Firmes! Ya vuelven. ¡Valientes capitanes! ¡buen Aguilar! ¡animoso Vargas! vosotros sois la nata de la caballería: primero morir que volver la cara; pero ya retroceden, no pueden resistir el ímpetu de aquellos tres caballeros que siguen al mal hijo de don Alfonso. Caígale la maldicion de Dios. Daría lo que me resta de vida por medirme con ellos. Los nuestros caen, todos huyen, y allá van todos envueltos y confundidos.

—¡Cómo ha de ser! respondió Nuño; mañana será otro día: hemos perdido la batalla.

—Y yo mi honra, mi hermana y mi causa, añadió Hernando levantando los ojos al cielo desesperado.

Y yéndose á otro lado de la habitacion mandó callar

á Nuño, que era sin duda la persona ménos á propósito para consolarle entre cuantas su mala suerte podía haber asociado con él.

III.

En esto los últimos rayos del día se escondieron en Occidente, y la luna con su pacífica luz empezó á subir por el horizonte.

Pero la escena que iluminaba esta noche estaba muy lejos de parecerse á la que la noche anterior presentaban aquellos campos.

Corría cierto airecillo frío que mecía á lo léjos en la oscuridad algunos girones de banderas rotas, varias esparcidas plumas, y el eco repetía los lamentos de los moribundos, que confundidos entre los muertos se arrastraban con penosa agonía.

Las tiendas de los jefes estaban caidas, muchos de ellos muertos, las orgullosas enseñas de su nobleza rasgadas, y desfigurados sus blasones.

Veíanse caballos amontonados sobre caballos, hombres sobre hombres; y al pálido resplandor de la luna, algunos cuajada la sangre en el rostro, la boca entreabierta y los ojos desencajados, parecían las imágenes que suelen rodear el lecho del moribundo en el delirio de su última hora.

Todo era luto y desolacion allí, donde poco antes todo había sido movimiento y vida.

La algazara de la batalla habia cesado enteramente, y el silencio y el horror de la muerte reinaban en aquellas ensangrentadas llanuras: ni aun se oían los cánticos del vencedor, y solo allá á mucha distancia se descubrian algunas hogueras y sombras que se cruzaban, y el brillo tal vez de alguna arma, ó de tal cual exhalacion que al punto desaparecia.

Capítulo XXXIII.

Y en ciego desvarío,
lánzase á la virtud, lánzase al crimen.

(De D. Ventura de la Vega.)

I.

Algunos dias despues de esta reñida batalla volvió Sancho el Bravo á descansar en Cuellar de las fatigas de la guerra, habiendo puesto guarniciones en algunos castillos de los señores que habian tomado parte en la rebellion, demolido otros, y reducido á la obediencia aquella parte de Castilla que primero habia tomado las armas.

Solo el Velludo, que en la derrota de aquel dia, fatal para los conjurados, habia logrado salvarse, andaba aún por aquellos contornos con su partida, burlando la vigilancia de las tropas reales, y algunas veces molestándolas y causándoles descalabros que, aunque de poca consecuencia, obligaban á tener todavía mucha gente ocupada en su persecucion.

Seguia prisionero Hernando aguardando la muerte con resignacion, no dudando que, así como los otros señores que habian caido bajo el poder del rey, seria declarado traidor y acabaria su vida en un cadalso para escarmiento de los que en adelante intentasen seguir su ejemplo.

Su conciencia, no obstante, estaba tranquila, y el nombre de traidor en aquella ocasion le parecia que iba á añadir nuevos timbres á los adquiridos honrosamente por sus abuelos.

Solo le molestaba y entristecia el pensamiento de la suerte que quizá esperaba á su desvalida Leonor, si ya no era tanta su desgracia que se hallase deshonrada y envilecida.

Pero la persona más digna de compasion entre los habitantes de la fortaleza de Cuellar, era Elvira, que aconsejada del judío únicamente, y encerrada en su habitacion, sin ver otro hombre que él, habia perdido el juicio, de modo que solo y para mayor desventura lo recobraba á intervalos, luchando entonces entre el fanático y cruel deber que se habia impuesto á sí misma, y los sentimientos dulces y generosos de su corazon, creyéndolos al mismo tiempo un delito, y no saliendo de este terrible combate sino para volverse loca y delirar lastimosamente.

El implacable judío, sin pensar en más que en el buen resultado que la muerte de Sancho el Bravo debia producir en favor de D. Alfonso Lacerda, habia agotado todos los recursos de su elocuencia bíblica, y

empleado todo su ingenio para encontrar sofismas con que persuadirla á cometer un asesinato.

La cabeza volcánica de Elvira estaba asaz dispuesta á recibir las impresiones que el supuesto fraile intentaba grabar en ella; y si el aventurado golpe de matar al rey nose habia verificado ya, habia sido porque la tarde en que los dos judíos y ella entraron en el castillo, fué la misma en que el rey y sus tropas juntamente habian emprendido su marcha contra los rebeldes.

Su vuelta ahora al castillo iba á proporcionar nueva ocasion al judío para realizar sus proyectos.

Cualquiera otro no obstante que se hubiera hallado en su lugar habria tratado ya de fugarse abandonando todo al ver perdido tan completamente su causa; pero el judío era harto tenaz y tenia demasiada confianza en sí mismo para ceder al primer golpe contrario de la fortuna, determinado una vez á desafiarla y vencerla, fortaleciéndose tanto más su valor cuanto mayores dificultades hallaba.

Habia entrado en el fuerte valido de su hábito franciscano, despues de haber pedido permiso á Saldaña para permanecer en él por algun tiempo, así como el otro religioso, su compañero, de quien supuso que estaba enfermo.

El superticioso Saldaña titubeó un momento en concederle la entrada, temiendo que viniese á maldecirle y á anatematizarle por sus pasados delitos; pero luego que vió que el astuto fraile le prometia indul-

gencia y la gloria si hacia aquella obra de caridad que le pedia, creyendo que por aquel camino quizá podria sosegar su sobresaltada conciencia, les dió permiso para permanecer el tiempo que les pareciese bien en su fortaleza, muy ajeno de sospechar el áspid que habia abrigado.

El carácter de sacerdote que habia tomado inspiraba demasiado respeto para que nadie intentase oír sus diálogos con Elvira, y mucho más no teniendo motivo alguno para desconfiar de él, y proporcionándole su hábito entrada en todas partes, ménos en la habitacion de Leonor, donde sin duda de miedo de alguna reprension religiosa habia mandado Saldaña que se la negasen.

II.

Celebraban ya en el castillo la vuelta del rey y las victorias que habia alcanzado, y todo era algazara, gustos y regocijo en sus habitantes.

Veíanse coronados los cerros ó inundados los llanos de labradores, soldados y mujeres, juntos en diferentes corrillos.

Bailaban allí, allá comian y bebían, acullá jugaban á las bochas, tiraban la barra, luchaban ó ejecutaban peligrosos equilibrios que ofrecían materia de abundante risa á los espectadores, con las caídas de los poco diestros que se aventuraban á desnucarse. Iban, venían de un lado á otro incesantemente, la diversion

seguía, y todos habian olvidado ya las fatigas de la guerra, las muertes de sus amigos y los riesgos á que tal vez el día antes habian estado ellos mismos expuestos.

La mañana estaba templada, el aire puro y el cielo alegre, todo lo cual realzaba y animaba el júbilo natural en los vencedores.

En un mirador de piedra de forma ojiva que daba á la espaciosa esplanada, brillaba la reina adornada y engalanada soberbiamente con ricas joyas y pedrería, acompañada de sus damas, poco menos magníficamente vestidas, atrayendo á la luz de su hermosura las miradas de los caballeros que en la esplanada torneaban gallardamente.

Pero como ya se ha descrito muchas veces este género de pasatiempos, y nadie ignora en lo que consistían, nos contentaremos con decir únicamente que el torneo duró hasta las dos de la tarde desde las ocho de la mañana, en cuyo tiempo hubo muchos encuentros que merecieron los aplausos de los circunstantes, y en que algunos caballeros ganaron honra y otros perdieron la silla y fueron declarados vencidos.

Mostrábanse empero todos alegres, y aun el mismo Saldaña pareció mas animado que ningún día.

Luego que la reina, también reina del torneo aquel día, mas por adulacion que por verdadero mérito, puesto que otras habia mas hermosas, repartió premios á los vencedores y se hubo concluido el torneo; el rey y los caballeros acompañaron las damas al principal sa-

lon del castillo, donde les aguardaba un brillante festin, en diferentes mesas cubiertas de ricos manjares y servidas por un sin número de criados y pajes aderezados galanamente.

Faltaba allí no obstante el pulido Jimeno, á quien negocios que averiguaremos despues traian sin duda muy ocupado.

Varios juglares y trovadores, á cuyas canciones y música era muy aficionado el rey, entonaron algunos himnos en alabanza suya y de los hermosos ojos que estaban adornando el banquete.

Sancho el Bravo, para quien no habia belleza comparable á la de su esposa, celebró asimismo en muy delicadas trovas su virtud y sus gracias, dando á conocer que si esgrimia la espada como el mas diestro, no pulsaba el laud con menos habilidad.

Varios caballeros propusieron diferentes brindis á la gloria de los valientes y en honra cada uno de la dama de sus pensamientos.

Solo Saldaña parecia algo taciturno y melancólico en medio de tantos alegres, pero como su humor era ya conocido de todos, el rey le dirigió la palabra varias veces, y aunque él le contestó secamente nadie hizo alto ni por eso se interrumpió la alegría.

Pero otro acaecimiento de mucha mas consecuencia iba aquel dia á turbar el general regocijo, y acaso á convertir los placeres de la tarde en llantos y las ricas galas en luto. Tiempo hacia ya que el atrevido judío hablaba á puerta cerrada con la infeliz Elvira, dispo-

niéndola en aquel instante á cometer un crimen, abusando de su fanática credulidad.

III.

Hallábase Elvira en uno de aquellos accesos de locura en que el mentido religioso habia logrado ponerla.

Su rostro, generalmente pálido, parecia un hierro encendido, corria el sudor por su frente en gruesas gotas frias que le inundaban el rostro, tenia el cabello erizado, y en sus movimientos y contorsiones la habria comparado un griego de la antigüedad á la famosa pitonisa de Delfos, hiriendo la tripode con su planta.

Brillaba un puñal en su mano derecha, en que á veces fijaba con estúpido horror la vista, y otras con alegre ferocidad.

Enfrente de ella á cierta distancia, friamente inmóvil y observándola con cuidadosa tranquilidad, estaba el sagaz hebreo cubierto de su hábito franciscano, los brazos cruzados sobre el pecho y echada la capucha al rostro, que flaco y consumido, apenas se veía de él mas que la acaballada nariz que distingue los de su raza, y sus apagados ojos, que á veces no obstante parecian despedir relámpagos.

Hablaba Elvira interrumpiéndose al mismo tiempo con cantos y oraciones que ya entonaba en voz alta, ya rezaba entre dientes de rodillas delante de un Cru-

cifijo, cuyos piés tal vez besaba con religioso ardor.

—Señor, señor, decia. ¿Y eres tú quien me pides sangre? ¿Por qué la mia no puede espiar mis pecados?

Y levantándose de repente continuaba arrebatada de su locura:

Tú inflamaste el pecho impávido
de la animosa Judith,
que derribó
la soberbia y los ejércitos
de aquel potente adalid
que te irritó.
Alcanta cánticos
hombres y ángeles.
Temblad, ó príncipes,
la ira de Dios.
¡Señor! ¡señor!
esfuerza tú mi débil corazón.

En cantando así callo, y el judío dijo:

—Baltasar está en el festin, y Dios ha decretado su ruina: las fatídicas palabras están ya trazadas sobre el muro. Sal de aquí y les oirás blasfemar y mofarse del que puede hacerlos ceniza. Allí están, y su voz ronca con el vino entona canciones impías. Anatema, anatema sobre el malvado hijo que no solo no respetó á su padre, sino que insulta su memoria despues de muerto. Hierre; ó virgen del Señor, hierre, y sea tu brazo fuerte como el de Sanson, y no tiemble tu corazón en tu pecho. Cien coronas de flores resplandecientes tejen para tí las vírgenes del paraíso. El ángel de la victoria te guía, y yo en nombre de Dios te absuelvo de todos tus pecados, aunque entre ellos contases haber asesinado á tu padre.

Diciendo así, alzó el brazo derecho, y haciéndola poner de rodillas, le echó la bendición, arrojó algunas gotas de agua, que él dijo bendita, sobre el puñal, y ayudándola á levantarse, en seguida la obligó á beber el cordial que siempre llevaba consigo, comunicándola de este modo nuevo espíritu y ardimiento.

—¡Dios mio! exclamó Elvira, benigno acepta mi sacrificio y ten piedad de mi hermano.

Y enagenada, de repente prosiguió diciendo en voz baja:

—¡Siento un peso en mi corazón! Yo quisiera llorar y no puedo. Allí centellea la espada del querubín: hermano mio, ¿me oyes? ¿Es verdad que tú estás ya arrepentido? No, no es debilidad, padre; si yo mostrara en este momento flaqueza, el Señor me castigaria. La ira de Dios va á aniquilar el impío.

Y luego, alzando la voz, exclamó:

—Ya me siento mayor; fuego del cielo ha inflamado mi alma. Llevadme en presencia del rey. ¿Nadie me verá, es verdad? ¿Mi mano será invisible al herirle? Ya palpo la nube que me rodea. ¿Oís? Es un canto de guerra.

Levanta el brazo fuerte,
ó Virgen de Sion,
que acecha ya la muerte
al que las iras provocó de Dios.

Cayó el impío, el mundo cantará;
gloria al Señor que su poder mostró;
hiere sin miedo, que en tu diestra va
la ira celeste que en Sodoma ardió.

Levanta el brazo fuerte,
ó Virgen de Sion,

vuela, que á eterna muerte
le condenó de Dios la maldicion.

—Son los ángeles que cantan: ¿oís? ¡Oh! es el canto de muerte. Vamos.

—Sí, vamos, hija mia, dijo Abraham, que no creyó oportuno dejar pasar su delirio sin aprovecharse de él. Vamos.

IV.

Diciendo así tomó el brazo de Elvira, y echaron á andar precipitadamente hácia la estancia donde el rey y sus caballeros festejaban muy ajenos de ningun peligro, llenando mil veces las copas y entonando alegres cantares.

Iba Elvira fuera de sí hablando consigo misma, tirada atrás la capucha de su almalafa, erizado el cabello, y el puñal en la mano como una furiosa vacante.

Persuadíala el judío, ya encargándola el disimulo, ya manteniéndola en su locura, con sus infames discursos.

—Aquí, le dijo tomando el cuchillo, lo has de esconder, entre los pliegues del pecho. Llegas á él, te arrojas á sus piés, y al levantarte, no temas, clávaselo en el corazon. ¿Oyes, oyes los gritos de los malvados, el murmullo de sus conversaciones? Allí están descuidados del riesgo que les amenaza. Dios te lo entrega. Pero no: ya dejan las mesas y salen sin duda al jardín, que está todo iluminado, y donde va á empezarse

la danza. Vé y colócate á la salida que está al otro lado de la habitacion.

Oíale Elvira sin replicar palabra, y como una máquina se dejaba llevar del judío.

Empezaba ya á oscurecer, y todo iba sucediendo á medida del deseo de Abraham, que no desperdiciaba nada de cuanto pudiera enagenar el espíritu de su víctima.

Luego que llegaron al sitio señalado para el sacrificio,

—Espérate aquí, le dijo; el Señor queda contigo, no temas: ya le conoces, derribale muerto á tus piés. Adios.

Diciendo así se retiró pensativo y lleno el corazon de zozobra, dudoso del éxito de tamaña empresa como trataba de llevar á término, y muy desconfiado de la resolucion de Elvira si su delirio se calmaba, ó si en su arrebató se precipitaba fuera de tiempo.

Pero satisfecho que no estaba de su parte hacer más, y pensando ya en su seguridad, se determinó á salir del castillo en aquel momento, abandonando lo demás á la suerte, á quien correspondia decidir el resultado de su temerario proyecto.

V.

Quedó, pues, Elvira sola y oculta en una vuelta del corredor, temblando á veces al menor ruido, esperando otras con ansia y arrojo, rodeada de la oscuridad

de la noche, el cerebro ardiendo, tiritando con frío sudor, ó latiendo tal vez todo su cuerpo con la repetida pulsacion de la fiebre que la abrasaba.

El son de las arpas, que heria de cuando en cuando su oído, las voces que en rumor discorde se confundian, el melodioso canto del trovador, todo se acordaba y convenia en su delirante cabeza, representando en estrañas formas delante de ella objetos ya sombríos, ya radiantes, á que daba cuerpo y movimiento su imaginacion.

Parecíale á veces que sentia pasos, y amedrantada se estremecia; otras imaginaba que no era ella misma la que estaba allí, y se palpaba atónita dudando de su existencia.

En fin, todo era lóbrego y sublime en torno de ella, y embozada en su negra túnica, en un rincon del oscuro corredor, sin movimiento y sin sentirse su respiracion, cualquiera que á la distante luz que reflejaba allí, alguna vez la hubiese visto de lejos, la habria tomado por una sombra, ó un sueño de su fantasía.

Daba una puerta de la habitacion del festin á la magnífica esplanada, que iluminada de hachas de viento, puestas en las torres y ventanas del castillo, á par que en los árboles y muros de alrededor, brillaba con tanta luz como si fuese de día.

A un lado de aquella puerta doblaba el corredor interior, estrecho y enteramente á oscuras entonces, donde la muerte quizá aguardaba sin remedio al rey; y en calle horizontal enfrente se estendia á un lado y

á otro la magnífica galeria que caia á la esplanada, alumbrada asimismo soberbiamente.

Las músicas sonaban allí, y en los jardines que la rodean varias tocatas alegres, que regocijaban y despertaban con su bullicioso sonido el pecho más melancólico.

Alegres turbas de jóvenes y mancebos del pueblo bailaban el antiguo baile en círculo de los asturianos, saltando, cantando y animándose con dichos al mismo tiempo.

En el salon del banquete continuaban aun los brindis, los agudos chistes y las entretenidas canciones; en fin, todo era júbilo, y todo lo habia dispuesto el lindo Jimeno por orden de su amo para que, cuando no realmente, lo hubiese, se fingiera y aparentara del mejor modo.

Sin duda en aquel mismo instante, tal vez entre los más alegres, vagaban muchos que más debieran maldecir y llorar aquellas fiestas que aplaudirlas y festejarlas.

Muchas madres no habian vuelto á ver á los hijos que vieron arrancar de sus brazos para conducirlos á sostener lo que ellos mismos quizá ignoraban, muchos labradores habian perdido sus cosechas y visto quemar su casa, huérfanos desvalidos habia que lamentaban la pérdida de sus padres sin tener adonde volver la cara á pedir sustento.

Pero era preciso divertirse y estar alegre, porque tal era la voluntad del señor feudal, que queria agasa-

jar al rey, á quien no se debia fastidiar con lágrimas y quejas de cuatro malaventurados villanos.

Por último, el tiempo, que para Elvira andaba apenas con piés de plomo, llegó ya de dejar el banquete y salir á tomar el aire en la galería.

VI.

Púsose en pié el rey, y todos sus caballeros imitaron su movimiento, dirigió algunas chanzas á Saldaña sobre su humor melancólico y la vida retirada que hacia, al mismo tiempo que presentó una fineza á la reina y otra al de Lara, que seco y adusto no parecia estar muy contento, tal vez receloso de la influencia del señor de Cuellar.

Salieron primero las damas, y en seguida iba el rey á salir. Iba á su derecha el señor de Lara y á su izquierda el de Cuellar; Salcedo y los demás caballeros le seguian á corta distancia.

Volvia el rey la cabeza en aquel momento dirigiéndoles la palabra, cuando la fanática Elvira se aparece delante de él como por encanto, tira del puñal que llevaba escondido en el pecho, y antes que pudiese ninguno estorbarlo hiere al rey, que apenas tiene tiempo para poner el brazo.

—Cúmplase la justicia de Dios, exclamó Elvira.

Pero su brazo desfallecido, sin dar impulso al golpe, bajó el puñal sin acierto alguno y con tan poca fuer-

za, que no hizo sino rasgarle el cutis, hiriéndole levemente en el hombro.

—Traicion, gritaron todos; y se arrojaron á sujetarla.

—No es nada, dijo el rey con serenidad empujando al mismo tiempo con tanto brio á la infeliz fanática, que á gran trecho de él la derribó en el suelo dando un gran golpe.

—¿Qué quiere decir esto, señor de Cuellar? dijo el de Lara fijando los ojos con intencion en Saldaña; ¿estamos seguros en vuestro castillo?

—Quiere decir, replicó Saldaña con altivez, que no sé responder á esas preguntas sino con la espada.

—¿A qué viene alborotaros así? Veamos quién es ese miserable, dijo el rey, y sepamos qué le indujo á cometer tal crimen.

A pesar de esto cien espadas brillaron en un momento; la voz de *han muerto al rey, han asesinado al rey*, voló de corredor en corredor y de torre en torre por el castillo, esparciendo el alarma por todas partes.

La reina volvió al punto á informarse toda sobresaltada, sus damas gritaban, los nobles pedian justicia, las danzas, las músicas, todo paró donde cogió á cada cual la noticia.

Preguntó doña María á su esposo dónde tenia la herida, y viéndola se tranquilizó y la vendó ella misma.

El alarma seguia no obstante, y Saldaña parecia pensativo.

Yacía Elvira en tierra sin movimiento.

Cuando la descubrieron y trataron de levantarla estaba muerta.

Fué general el asombro al hallar, bajo aquel ropon negro, una mujer jóven aun, delicada, y que sin duda habia sido hermosa, en vez de un asesino como habian pensado encontrar.

Acercóse Saldaña á mirarla, y estremeciéndose exclamó:

—¡Es mi hermana! ¡Tambien Dios me pedirá cuenta de ella!...

Dicho esto quedó inmóvil como una estatua, mirándola sin ver ni oír nada de cuanto le rodeaba, hasta que de orden del rey retiraron de allí el cadáver, que el tétrico Saldaña acompañó lleno de congoja, pero sin derramar una lágrima.

Las funciones no obstante no quiso el rey que se suspendieran.

Capítulo XXXIV.

¡A Dios!... esclama la encendida mora
bañando en llanto la cadena dura,
¡A Dios!... que siempre el corazón te adora
aunque hiciste nacer mi desventura:
cadalso horrible, hoguera destructora
prepara el fanatismo á mi ternura...
Por tí perdí mi patria y mi inocencia,
¡por tí pierdo la misera existencia!...

(D. Rafael Gonzalez Carvajal.)

I.

Hay un campo fuera de Valladolid que llaman el Campo Grande, que sirve hoy de paseo á las gentes de aquella ciudad, y donde se cuentan hasta catorce edificios..... ó conventos, puesto que todavía á ciertas gentes les parecen pocos, por aquel dicho sin duda de que *nunca lo bueno fué mucho*. Pero dejando esto aparte, que á fé mia que el que quiera frailes en España no ha de llorar por ellos, seguiremos el hilo de nuestro cuento, si es que lo tiene tan enmarañada madeja, y veremos de poner nuevamente en la escena al-

gunas personas que probablemente no habrá olvidado el lector.

Era entonces el Campo Grande una espaciosa llanura, sin los secos árboles ni las enjutas fuentes que adornan hoy día la parte que se llama el Paseo, y la yerba que crecía allí á toda su voluntad no había sido aun arrancada para poner arena y chinás en su lugar.

Algunos álamos aquí y allí crecían solitarios, y solo tal cual huerta murada de algun convento solía alegrar de cuando en cuando la vista.

La gente entonces frecuentaba muy poco este sitio, y solo algun reverendo padre se veía tal vez pasear al caer la tarde con mucho sosiego delante de la puerta de su convento, tal vez algun viejo abandonado del mundo, ó al robusto lego franciscano que volvía de los lugares de la comarca con las alforjas llenas al hombro y un palo en la mano para ayudar el camino, despues de bien regalado y agasajado por las hermanas y hermanos de la cofradía.

Para los días de fiesta había otro paseo, adonde acudían los caballeros del pueblo, los mancebos, las mozas y los estudiantes, que ya entonces estaba establecida la Universidad.

El que desee saber algo de este paseo puede leer á Quevedo, y verá lo que de él dice algunos siglos despues, y nosotros solo diremos que era el famoso Espolon, citando al mismo tiempo cuatro versos del mencionado poeta.

Claro está que el Espolon
es una salida necia,
calva de yerbas y flores
y lampiña de arboleda.

Pero el *Campo Grande* no estaba siempre desierto, y algunas veces millares de hombres y mujeres de todas clases lo poblaban cuando se celebraban allí torneos y toros, ó servía de espectáculo algun criminal famoso, bruja ó mago, cuya sentencia se ejecutaba en aquel sitio generalmente: entónces se despoblaban los lugares circunvecinos, se levantaban tablados ó cadalsos para los jueces y las personas de alta gerarquía, se circunvalaba el paraje donde se había de representar la tragedia, la gente se atropellaban unos á otros, los tejados de los conventos, las torres, los árboles se veían coronados de hombres y muchachos que trepaban hasta la veleta del campanario mas alto, armábanse pendencias por tomar puesto, mofábanse de los que estaban mal los que habían logrado colocarse bien, voceaban todos, reían, juraban, pensaban muchos que se divertían, y el Campo Grande era un herbidero de cabezas amontanadas y empinadas unas sobre otras para ver acaso perder la suya á algun infeliz condeñado á muerte.

II.

El día en que sucedió lo que vamos á referir era justamente uno de aquellos que por famosos se cuentan en las crónicas de aquel país.

No que fuera un espectáculo nuevo la quema de una bruja, que al cabo no era otra cosa la diversion con que esperaban pasar su tiempo los dignos habitantes de Valladolid, sino que la fama de la hermosura de la desgraciada, sus estupendos y maravillosos crímenes que corrían de boca en boca, pasmando á los que los oían referir, y de que se hacían nuevas ediciones aumentadas y corregidas á cada instante, y sobre todo la grandeza y poder del señor que con sus artes habia hechizado, añadian tanta importancia á un suceso que ya en sí mismo ofrecía cierto encanto, que hasta los viejos más admiradores del tiempo antiguo confesaban que solo uno ú otro caso semejante habian presenciado en su juventud.

Un espacioso cuadro á manera de palenque cogía una parte del Campo: levantábanse á sus extremos fronteros uno de otro dos cadalsos cubiertos de bayeta negra, con asientos asimismo enlutados, para los jueces: ardia en el otro frente del cuadro un grande hornillo de herrería, cuyo fuego atizaban dos negros cíclopes con un enorme fuelle que hacia llover chispas á todas partes, y levantaba una espesa columna de humo que se disipaba á grande altura en el aire.

El día estaba nublado, y la llama resplandecía bastante á pesar de la claridad natural: otros tiznados compañeros machacaban largos hierros hechos áscua que metían á cada instanta en la fragua, y que cortaban y arreglaban en pequeñas barras anchas de un palmo y largas de dos piés.

El eco repetía el golpe de sus martillos, que entre el ruido y las voces de la multitud resonaba de cuando en cuando, y sus negras caras y ocupacion infernal no les habria hecho desmerecer el título de demonios.

En el otro frente estaban en pié dos hombres de caras triangulares y ojos hundidos con un bonete rojo y una sobrevesta de mil colores, sobremanera charros y mal tejidos, que los hacían parecer tan ridiculos como feos.

Detrás de ellos veíase un gran monton de leña seca, colocada con mucho cuidado, embreada para que no tardase en arder, junto al cual sentado tranquilamente aparecía un hombre de frente de buitre y cerviguillo de toro, grueso y pequeño de cuerpo, vestido de rojo y amarillo, con un hacha entre las piernas y que sin duda era el jefe ó padre de los otros dos corderillos que hemos procurado pintar.

Entre la hoguera y uno de los cadalsos brillaba sobre un altar cubierto tambien de paño negro un gran Crucifijo de plata, y algunos milagros de cera se veían colgados en los paños que servían al altar de dosel.

Algunos alabarderos procuraban contener el pueblo, que agrupados y hacinados unos sobre otros, traspas-

saba á veces la línea donde debiera pararse, mientras los impetérritos centinelas, saludando con el mango de sus alabardas á los mas atrevidos, los hacian bajar la cabeza mas de lo que ellos quisieran.

Resultaban de aquí disputas, echándose unos á otros la culpa del golpe que habian llevado sin merecerlo: reñian, y en medio de la quimera solia venir tal cual teja volando por el aire, que desde el tejado del convento mas próximo tiraba algun mal intencionado muchacho que despartia á los combatientes haciéndoles dirigir hácia otra parte su ira, causando nuevos agravios y dando que reir á los malignos mozuelos que haciendo diabluras por allí andaban.

Discutian en otro corrillo si quemarian viva á la bruja, ó el verdugo la cortaria la cabeza primero: hablaban los estudiantes á voces desde donde quiera que estaban, aturdiendo á todo el mundo con sus desentonados gritos, que retumbaban sobre el bullicio de la multitud, mezclando latinajos en su atronadora conversacion, y mofándose de cuantos hombres formales y mujeres de cierta edad acertaban á pasar delante de sus ojos por su desgracia.

Oíase la voz melancólica de los asquerosos pobres que pedian limosna con su acostumbrada pesadez, enojando y fastidiando á los que en aquel aprieto mal de su grado no podian alejarse de ellos.

Lloraban los chiquillos, que medio ahogados no podian salir de la apretura en que su curiosidad les habia metido, pellizcaban otros en las piernas á los

que los sofocaban, haciéndoles chillar y saltar bruscamente á cada picotazo que inesperadamente sentian: en fin, todo era ruido, disputas, voces, quimeras y juramentos, y sin poder siquiera rebullirse ni menearse, era cosa de ver aquel sin número de cabezas en movimiento, que, como nos pintan las ánimas del purgatorio, juntas y embutidas unas en otras ni aun podian volver á mirar atrás.

—Hola, señor Soguilla, parece que todavía le queda á vuesa merced la aficion, dijo á un hombre gordo y que sudaba á chorros medio ahogado en aquel conflicto otro bizco, pequeño de cuerpo, de quien el lector no es difícil que se acuerde si no ha olvidado aun las figuras de los satélites del Velludo.

—Amigo, respondió el verdugo cesante, cada cosa á su tiempo y los nabos en adviento: á mí me toca ahora ver como otras veces me tocó lucirme; pero allí está mi sobrino, que parece un rey. Ved con qué serenidad está: vamos, da gusto; bien puedo decir que es sobrino mio sin avergonzarme.

—Así es efectivamente, respondió el bizco; pero voto á tal que no quisiera yo que él se luciese conmigo.

—Pues yo os juro, repuso el saludador con su voz bronca, que no sois hombre de gusto. Pero hablando de otra cosa, ¿cómo habeis dejado á mi compadre el Velludo, ó traes quizá algun encargo?

—Nada de eso, señor Soguilla; he dejado al Velludo por cosas muy largas de contar, y he venido acom-

pañando al señor Zacarías, que tambien ha de representar aquí su papel.

—Ya entiendo, sí, repuso Soguilla; es aquel buen hombre flaco que sabe latin, y tiene un pescuezo tan largo y delgado que más de una vez me han dado ganas de ahorcarle; porque, á hablar verdad, está diciendo comedme.

—Pues, el mismo; y si pudiéramos salir de aquí nos iríamos hácia el tribunal, donde veríais que se las tiene tiesas con el obispo.

—Voto á tal, que daria el mejor mulo de cuantos me queden que curar en mi vida, ó la cuerda mejor encebada de que haya hecho uso el mejor de cuantos ajustan gaznates, con tal de verle disputárselas con el obispo; porque aunque no lo entiendo, me gusta mucho oír hablar en latin.

—Pues ánimo, y veamos si podemos salir de estas apreturas, porque todavía es temprano, y hasta las dos lo ménos no quemarán la bruja.

Ardua empresa era la que proponia el bizco, y mucho más á un hombre tan gordo y pesado como Soguilla, que empujado, apretado y sofocado con tanta gente, apenas podia respirar.

Empezaron no obstante á forcejear codeando á los de al lado y empujando á los de atrás por ver si podían romper brecha y salir de allí, el bizco más ligero deslizándose de medio lado, y el honrado Soguilla á pique de sofocarse.

—¡Hola! decia un estudiante: ¿á dónde va ese tonel?

—Es el antiguo verdugo de la ciudad, gritó otro.

—Allá vas, catedrático de la sogá, aligerador de pescuezos.

—Es el saludador que cura mulos rabiosos. *Medicus asinorum*.

—¡Plaza, plaza! gritaba otro, que ese hombre está ético, y nos puede pegar el mal.

III.

Nosotros les dejaremos salir como puedan de aquel apuro en que por su culpa se hallaban, que al fin saldrán si pueden, y peor para el desdichado verdugo, que sin considerar sus dimensiones se habia metido en donde no habia lugar para él á pique de una apoplejía, y trasladaremos á otra parte el lector, adonde aunque habia pocas ménos personas reinaba un profundo silencio.

En un gran salon del edificio en que celebraba sus sesiones el tribunal eclesiástico, dividido en dos partes por una baranda de hierro de tres piés de altura que se abria en su mitad, veíase de un lado al pueblo agrupado y atento, puestos muchos de puntillas y con los ojos fijos al frente, y encargándose mutuamente el silencio con repetidos siseos.

Dos alabarderos, con las armas del obispo grabadas en sus alabardas, parecían dos estátuas clavados á la parte de allá de la baranda con las espaldas vueltas al pueblo.

Todas las ventanas estaban cerradas, y solo por las claraboyas que junto al techo estaban abiertas, penetraba escasamente la luz del día.

Ardian en cambio en grandes candelabros de ébano infinidad de velas de cera amarilla, cuyo pálido reflejo daba un tinte sombrío y melancólico á todo el cuadro.

Brillaba en el fondo una gran cruz de plata colocada sobre una especie de túmulo ó catafalco vestido de paños negros con calaveras y huesos pintados: desde la baranda de hierro hasta el extremo donde el catafalco se levantaba, corrían largas filas de bancos enlutados con ricos paños bordados de oro, y las armas también del obispo; y en ellos estaban sentados gran número de hábitos negros con impasibles semblantes y devotas fisonomías.

Un magnífico sillón bordado todo de oro y colocado en cierto lugar preferente servía para el obispo, que con su capa pluvial y demás distintivos de su alto cargo, presidía el tribunal.

Otros dos alabarderos estaban colocados uno frente de otro á la mitad de la sala, además de otros cuatro que guardaban el catafalco.

Un grupo de partesanas y alabardas rodeaba al reo, que por una puerta abierta á la derecha del catafalco, junto al sillón del obispo, acababa de entrar en el tribunal.

Era una mujer vestida á la usanza arabsca; pero sin toca ni velo en la cabeza, y con el cabello tendido

que le enlutaba toda la espalda, según era negro y espeso.

Traía la cabeza baja y sus ojos sin brillo clavados tristemente en el suelo, las manos atadas y puestas en cruz sobre el pecho, y los pies desnudos, por lo que al andar parecía que se lastimaba.

—Esa es la bruja, la mora, corrió la voz entre los asistentes, pero bien pronto sucedió el silencio á una orden de los ministriles de su ilustrísima.

Acercáronse al catafalco, y en habiéndola mandado que se prosternara, lo que hizo sin decir palabra, el obispo se levantó y entonó con grave y serena voz el *de profundis*, cuyo tenor siguieron cuantos allí había. Concluido el salmo púsose el obispo la estola, hizo agua bendita, que esparció aquí y allí diciendo.

—*Te invocamus, te adoramus*; y en confuso y sordo murmullo respondieron todos del mismo modo. Entonces se levantaron todos y empezaron á cantar trozos de salmos tristes y melancólicos.

—*Domine ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripas me.*

IV.

Dirigió el obispo en seguida muchas maldiciones á Satanás, mandándole que se ahuyentara de aquellos sitios, y amenazándole sino lo hacía con redoblar sus conjuros.

Y en señal de maldicion se apagaron las luces, sonó la campana de execracion en la catedral, hirió el obispo con el pie el pavimento, mandando al diablo por segunda vez que dejara libre á su víctima para que pudiera responder verdad, excomulgándole y maldiciéndole por si acaso permanecia en aquella estancia con intento de ofuscar el entendimiento de los jueces y hacerles faltar á su deber; y luego á una voz cantaron todos en las tinieblas.

—*Discedite omnes qui operamini iniquitatem.*

Este cántico, entonado magestuosamente en medio de la oscuridad, y en aquella bóveda que retumbaba la voz, era el canto de muerte para la infeliz Zoraida, que apenas comprendia lo que todo aquello queria decir.

El pueblo escuchaba con devocion y recogimiento.

Volvieron á encender las luces, el obispo se sentó en su silla y los demas en los bancos, y el secretario, que tenia la mesa junto al sitio que ocupaba el obispo, tomó uuos pergaminos, y poniéndose en pié empezó á leer en latin el proceso de la acusada.

Consistia éste, como todos los de su jaez, en un enjambre de desatinos, testimonios falsos y acusaciones ridículas, que si bien en el dia pudieran tal vez hacernos reir al leerlas, servian en aquellos tiempos, y aun sirvieron muchos siglos despues, para llevar al patíbulo infinidad de inocentes.

Persuadido estaba el secretario que no era cosa de broma lo que rezaba el proceso, por lo que aprovechán-

dose de los diferentes tonos á que sabia acomodar la voz, empezando á leer en bajo y concluyendo cada período en tiple, procuraba asimismo sacar partido de su ridícula figurilla, alzándose sobre las puntas de los piés por ser pequeño de cuerpo, y gesticulando con su cara de chorlito á cada palabra sobre la cual queria llamar la atencion.

Oíanle los jueces sin pestañear, y lo mas gracioso era que el pueblo, sin entenderle, le oía tan atentamente como si cada uno de los que allí estaban fuese un *dómine* examinado.

Leida que fué la declaracion del acusador entró en la sala un jóven lindo de cara con la visera alta y armado lujosamente de punta en blanco, y acercándose á la mesa del secretario con desenfado volvió la cabeza á un lado y á otro, clavó un momento los ojos en Zoraida, que no alzaba los suyos del suelo, y en habiéndola mirado se encogió de hombros, y aun muchos creyeron haber reparado en sus lábios una sonrisa de Lucifer.

—El tribunal, dijo el secretario, os pide á vos, Jimeno Diaz, paje de lanza del castellano y señor de Cuellar, que os ratifiqueis y afirmeis en la acusacion hecha por vos contra Zoraida, de nacion árabe, su religion mahometana, acusada de haber hecho pacto con el demonio para hechizar á vuestro amo el señor de Cuellar, como tambien de asistir los sábados á las orgías de Satanás, bautizar sapos y preparar bebidas que vuelven loco al que las bebe, ó le mudan la

voluntad: ¿jurais sobre los santos Evangelios, y os ratificais en haber dicho verdad?

Jimeno respondió sin titubear.

—Sí juro.

El obispo mandó acercar á Zoraida, y el secretario le preguntó.

—¿Teneis algo que responder á vuestro acusador?

Zoraida no respondió una palabra.

—Habeis oido vuestra acusacion y visto lo que resulta del proceso, continuó el secretario, sin preguntarle primero si entendia el latin, y si teneis algo que esponer en vuestro favor el tribunal está pronto á oiros.

—Mujer, dijo el obispo con mucha severidad, veo que el espíritu maligno te ha privado del uso de la palabra y te fuerza á no responder. Pero debe entender el demonio que te posee que nos valdremos del fuego y del agua para obligarle á obedecernos si persiste como hasta ahora en callar. Entretanto puede procederse á las declaraciones de los demas testigos.

V.

El segundo que se presentó era el benéfico Zacarías con su cabeza todavía vendada, su traza humilde y devota y su tono de voz melifluo y afeminado.

Luego que hubo jurado y besado devotamente la cruz del rosario que traía en la mano empezó su declaracion diciendo, como la habia visto volar una no-

che montada en una serpiente de fuego, y que detrás y delante de ella llevaba una columna de humo pestífero, que dejó al testigo caer sin sentido en tierra encomendándose á Dios.

Recordó tambien la aparicion de Elvira en la cueva de los bandidos, echacándosela ahora á Zoraida con toda seguridad, y concluyó su discurso diciendo:

—Vuestras señorías ilustrísimas deben saber, como dice el texto, que hay cosas *quod homo non inteliget*; y yo, señores, juro delante de Dios con la humildad y la llaneza de un siervo infeliz que ha de dar pronto cuenta á Dios de su alma, que esta mujer que aquí está la he visto yo brincar desde el castillo de Cuellar hasta la torre de Iscar, cosa pasmosa, porque hay mas de tres leguas de distancia, y solo una bruja pudiera hacerlo, *mulier cum maleficiis saltarat longa via est*, y ahí va ese trozo de latin mio, que gracias á Dios hay aquí quien lo entiende.

A risa hubiera movido sin duda el disparatado latínajo de Zacarías, si la causa que ocupaba los jueces y el interesante testimonio que acababan de oir de boca de aquel hombre devoto no hubiesen llamado la atencion general, escandalizando y asombrando de tal manera, que hasta el mas incrédulo no estaba de humor de reir.

Otros varios testigos dijeron poco mas ó menos lo mismo, con añadidura si acaso de algun cuento que habian oido ó imaginaron del caso, y como soldados que eran los mas de la guarnicion del castillo, refirie-

ron cómo el señor de Cuellar se estremecía todo y perdía el sentido á veces cuando veía delante de sí aquella mujer, que le había hecho asesinar á su sacerdote por su propia mano, por lo que tuvo que acudir al Papa que la perdonara, y cometer otra porción de crímenes por medio de hechizos y bebidas que le había dado.

Recordaron asimismo la noche aquella en que la infeliz Zoraida, agitada de los celos en el delirio de una fiebre ardiente, recorrió de torre en torre el alcázar con asombro de los centinelas, y luego salió al campo y halló una vieja que también con endiablada risa y voz cascada se presentó ahora en el tribunal á atestiguar contra ella.

—Pardiez, la tia Gila, dijo uno de los del auditorio: mal se quieren las brujas cuando ellas mismas se delatan unas á otras.

—Silencio, gritó uno de los alguaciles del tribunal volviendo su mal gesto hácia el pueblo.

VI.

Hasta entonces la desventurada Zoraida no había levantado los ojos del suelo, ni había contradicho nada de lo que contra ella habían espuesto los testigos, ni visto ni oído al parecer nada de lo que le rodeaba: su profundo dolor, el recuerdo de los días del placer y la infame crueldad del hombre que la sacrificaba á otra mujer, pagando sus cariños con la muer-

te, la lúgubre estancia donde se hallaba y adonde la habían traído sacándola de un calabozo infecto donde había pasado noches y noches sin saber nunca cuándo amanecía, las caras estrañas é insensiblemente apáticas de sus jueces, todo había llegado á abatir de tal manera su ánimo, que poseída de un pensamiento único no había oído siquiera ni aun reparado en sus acusadores.

Al oír la voz de la vieja levantó la cabeza, se estremeció de repente, y volviendo á un lado y otro sus ojos atónitos, los clavó al fin en aquella mómia reseca y diminuta, en cuyo rostro solo se veían dos ojos que brillaban con la intencion de una víbora.

—¡Qué horror! exclamó la mora: ¡al fin se ha cumplido su maldicion!

Fué tan agudo y llevaba una espresion tal de dolor el grito histérico que arrojó Zoraida, que hasta los mas indiferentes y apáticos volvieron la cabeza á mirarla asombrados, y algunos jueces, que se habían dormido durante el curso del proceso, se despertaron creyendo que era la campanilla del presidente, que ya los llamaba para votar la muerte de la prisionera.

—El testimonio de esta buena mujer, dijo el obispo señalando á la vieja, es tan veraz y poderoso, que el diablo no ha podido menos de dejar hablar á su víctima, obligándola á que confiese cómo y cuándo se ha cumplido la maldicion, que sin duda arrojó sobre ella algun santo varon á quien trató de dañar con sus maleficios.

—Si su ilustrísima lo permite, dijo el fiscal eclesiástico, requiero que se presente como es uso el hechizado en el tribunal para que dé más fuerza á la acusacion.

—El hechizado es el señor de Cuellar, y se halla en este momento al lado de su alteza, replicó Jimeno, mucho mejor y más aliviado, desde el dia en que se empezó á formar este proceso. Yo le represento ante el tribunal, y por encargo suyo y obligacion que mi conciencia me ha impuesto he acusado á esta mujer de bruja y hechicera infame, con pacto con el diablo, que la protege, como tambien de haber hechizado y tratar de asesinar á mi muy ilustre señor el Castellano de Cuellar, y me ratifico en mi acusacion.

—¡Es un infame, es un infame! exclamó Zoraida: ¡miente, miente! y no hay Dios cuando no le traga la tierra.

Jimeno la miró con terror y bajó en seguida los ojos.

—¡Blasfemia! ¡blasfemia! gritaron todos los jueces. El que parecia más dulce, dijo:

—Que se le atraviere la lengua con un hierro ardiendo por mano del verdugo.

Pero una voz sonó en este momento entre los espectadores tan dolorosa y terrible, que habria hecho estremecer una piedra.

—¡Es mi hija ¡es mi hija! ¡y me la van á matar!!

—¡Hola! gritó el obispo, ¡alguaciles! que echen de ahí ese impertinente.

Pero aun no habia acabado de decirlo, cuando sin respeto á los centinelas, y atropellando por medio de todo como un rayo, se arrojó en medio de la sala un hombre al parecer frenético, y antes que ninguno se opusiese á su intento, abrazó estrechamente á Zoraida, que no ménos atónita que cuantos estaban presentes, ni aun tuvo fuerza para separarlo de sí.

—¡Hija mia! ¡hija mia! yo soy tu padre: ¿no me conoces? decia llorando: ¡cuántas veces te he tenido sobre mis rodillas y me encantabas con tu sonrisa! ¿No te dice tu corazon que te abraza tu padre? Mirame, hija mia... ya estamos juntos... ya no nos separaremos más, nunca más. Volvédmela, es mi hija, proseguia volviéndose á los jueces, es el apoyo de mis canas, es inocente; vosotros la perdonareis: ¡hija mia! ¡hija mia!

Y al mismo tiempo la cubria de lágrimas y de besos, y corria de una parte á otra enagenado, implorando á los jueces, abrazándoles las rodillas, y volviendo siempre á su hija con muestras de amor, de alegría, de pena y desesperacion.

VII.

Lloraban los espectadores; algunos alabarderos que se acercaron á separarle de Zoraida apenas podian contener sus lágrimas, ni cumplian tampoco con su deber; hasta Jimeno mismo á despecho de su mal alma y refinada maldad sintió oprimírsele el corazon, y

aun se arrepintió de lo que habia hecho: solo aquellos eclesiásticos viejos ya, y en cuyas almas de hielo jamás habia penetrado la ternura del amor paterno, cuyo deber habia sido sofocar las pasiones de la juventud, y que nada veia ya en su vejez sino á sí mismos, se mantenian impasibles y pretendian arrojar de allí aquel hombre enojoso, que habia faltado al miramiento debido á tan respetable tribunal, con la osadía nunca vista de haber atropellado el foro.

—Prended á ese hombre y que vaya fuera de aquí, gritaba el obispo.

—Fuera, repetian los demás jueces.

Y entretanto el judío Abrahan, que él era el padre de la desdichada Zoraida, temia, rogaba, maldecia, se ponía de rodillas, abrazaba á su hija, se arrancaba mechones de pelo, resistía á sus verdugos, besaba sus plantas y esclamaba á cada momento:

—¡Hija de mi dolor! ¡hija mia! ¡hija de mis entrañas!

No volvía en sí Zoraida de su sorpresa; pero aunque no hacía sino mirarle se dejaba acariciar de él, y aun sentía en medio de tantas penas cierta dulzura en su alma, bien así como si ya hubiese pasado á otro mundo de más paz, donde habia encontrado todavía otro ser tan infeliz como ella que la amaba y la acariciaba.

Pero los alabarderos empezaban ya á cansarse de aquella escena viendo al obispo y los demás jueces encolerizados, y el pueblo, aunque en un principio habia

tomado cierto interés, deseaba que prosiguiese ya la tragedia.

El horror que el leal pueblo de Valladolid tenia á la magia y á los que por influjo del diablo la ejercian, venció por último la sensacion que el encuentro de un padre con su hija en situacion tan triste habia producido al principio.

Con todo, y para decir la verdad, muchos hubo que sin poder resistir más se salieron del tribunal llenos de lástima y pesadumbre.

—¡Ea! cumplid las órdenes del tribunal, dijo el obispo levantándose.

—¡Oh! no, no; yo soy su padre, exclamó el judío, y no me la arrancarán otra vez. ¿Veis cómo llora? ¡hija mia! Yo creí que habia muerto, y me la encuentro aquí ahora. Habia perdido ya toda esperanza de volverla á ver. ¿Me la volveis para quitármela para siempre? Ella era una niña; oid su historia. Yo era alcaide del castillo de Zahara (1): una noche, despues de dos meses de sitio, asaltaron los cristianos la fortaleza, y la entraron á hierro y fuego. ¡Ah! entónces la cautivaron; era una niña hermosa como un ángel, un retrato de la mujer que más he amado en mi vida, de mi esposa Sara. No os enojeis; seré breve. Ahora me la dareis, es verdad: ¡hija mia! tú serás el consuelo de

(1) Los judíos de España solian tomar las armas incorporándose ya en las filas cristianas, ya en los escuadrones árabes, con cuenta la historia, y aun algunos ocuparon altos cargos en una y otra nacion.

mi vejez, yo te mimaré, te acariciaré, te adoraré noche y día.

—¡Oh! sí, sí, vos sois sin duda mi padre, exclamó Zoraida devolviéndole sus abrazos, puesto que vos sois en el mundo la única persona que me favorece. Sí, vos sois mi padre, es el único amor que siento que penetra en mi alma sin celos ni remordimientos. Yo soy inocente, soy una infeliz sin otro crimen que haber idolatrado á un hombre sin merecerlo; pero no sé por qué todos son enemigos míos: vos sois mi único amigo, mi consuelo: vos no me engañais, me amais de veras. ¡Padre mio! mi corazón me dice que sois mi padre.

—¡Oh! yo enloquezco al oírte decir ese nombre; bendita, bendita sea tu boca que lo pronuncia.

—Basta ya, gritó uno de los alabarderos, que sin duda era el jefe de los demás; es preciso echar este loco de aquí.

—¡Loco! exclamó el judío; loco, sí, de placer de haber encontrado á mi hija. Pero no, no me separéis de ella, haced que muramos juntos. Si sois padres... ¿No habeis tenido hijos nunca? ¡Ah! yo soy un anciano, mis desgracias me habian hecho aborrecer á los hombres, y me habia vuelto misántropo: volvedme á mi hija, y yo os amaré á todos por amor de ella.

Diciendo así se arrojó en el suelo, besaba los piés de los guardas, se defendia y resistia con toda su fuerza.

—¡Bárbaros! exclamó por último, apresado ya por cuatro de ellos que habian logrado sujetarle, vosotros

no sois jueces, sino tigres sedientos de la sangre de mi hija. ¡Maldicion! ¡hija mia! ¡hija mia! apela al juicio de Dios.

—¡Oh! no hay duda, dijo Zaida mirándole fijamente á tiempo que se lo llevaban de allí medio muerto, es mi padre, y es tan infeliz como yo.

Y en seguida inclinó la barba sobre el pecho, acongojada sin poder llorar, gimiendo y sollozando con tan angustiosa agonía, que no parecia sino que se la arrancaba el alma.

Luego que sacaron del tribunal al desdichado judío, uno de los jueces tomó la palabra y dijo:

—Ya que no nos volverá á interrumpir ese hombre furioso, pido al tribunal que continúe juzgando.

VIII.

El procurador de la acusada se levantó, y propuso que, puesto que su cliente ni se defendia ni confesaba el delito, él pedia en su nombre á su ilustrísima refiriese su juicio al de Dios, haciendo con ella las pruebas que en tal caso requería la ley.

El obispo y todos los jueces aprobaron su proposicion, y el tribunal levantó la sesion en el mismo punto, dándole dos horas de término á la acusada para que buscase caballero que la defendiese, pues de lo contrario sufriria otra prueba, pasando con los piés desnudos por once barras de hierro ardiendo.

Decretado que fué esto, el tribunal preguntó de

nuevo á Jimeno si se ratificaba en su acusacion, y estaba dispuesto á combatir en buena ley, y sin valerse de hechizo ni superchería alguna, con cualquier caballero que tomase la demanda por aquella mujer, y Jimeno juró de nuevo y se afirmó, tanto en lo que habia dicho, como en lo que ahora se le preguntaba.

Entonces se levantaron todos, se oyó ruido de piés en la antesala del pueblo, que se ponía en movimiento para marcharse, y los jueces, precedidos del obispo, se retiraron.

Al salir Zoraida en medio de los alabarderos, el paje se acercó á ella.

—¿Quieres ser mia? todavía estás á tiempo.

—Huye, demonio de mi desdicha, respondió la mora, mirándole con ojos hechos áscuas de ira; la muerte, el infierno, todo me es más agradable que tú.

—Tanto peor para tí, repuso el paje volviendo la espalda; no porque tú me desdeñes he de crearme más feo, y este desaire me lo vas á pagar bien caro.

Echó á andar entonces haciendo ruido con las espuelas, y en saliendo á la calle empezó á mirar á las celosías por si veía alguna dama á quien hacer señas.

Capítulo XXXV.

A Dios por siempre, ¡ó sol! naturaleza
del mundo entero, á Dios. ¡Ah! no más sufra
yo el triste peso de la amarga vida,
para mí de pesares tan fecunda.
¡Oh, muerte! escucha mi postrer plegaria:
ven, ó sueño eternal, ven en mi ayuda.

(De D. Eugenio Ochoa.—La muerte del Abad.)

I.

Cuando el judío se arrojó en medio del tribunal á abrazar á su hija, acababa de entrar hacia poco en la sala, y habiendo preguntado á uno de los espectadores, hombre ya viejo, y que parecia por sus modales haber sido en otro tiempo soldado, qué hacia allí aquella gente reunida, éste, despues de satisfacer su curiosidad, le refirió además como él conocia á la acusada hacia ya algunos años.

Esta conversacion ofrecia tanto interés para el viejo hebreo, que no pudo ménos de preguntarle dónde y cuándo la habia conocido, á lo que respondió el soldado, que justamente lo era de la guarnicion de Cuellar,

contándole toda la historia de la mora desde el momento de su cautiverio hasta el día.

Crecia el ánsia y la inquietud de Abrahan á cada palabra de aquel hombre, como si en ellas se encerrase algun encanto particular, hasta que llegando á dar las señas del sitio donde la habian cautivado, y de las ricas alhajas que traia consigo, con todas las demás circunstancias del asalto en que se habia hallado él mismo, reconoció el judío á su hija, y á pesar del peligro á que se esponía si llegaban á conocerle como uno de los principales enemigos del rey, sin acordarse de nada en aquel momento, y perdiendo de repente su estóica serenidad, atropelló por todo, y se lanzó al cuello de la hija que creia perdida, con la violencia de una leona que ve á su leoncillo en manos del cazador.

Tal fué la causa que alborotó á todos los espectadores, y motivó la sorpresa que acaso este suceso habrá producido al lector.

Solo el nombre de la acusada no convenia con las otras señas que el soldado dió al judío, llamándose ella Zoraida, y siendo Esther el nombre de su hija.

Pero además de que esta circunstancia nada quitaba á la verdad de su relacion, era muy fácil le hubiesen trocado el nombre poniéndole otro más acomodado á la pronunciacion castellana, lo que el judío supuso tambien al momento, puesto que de lo demás de creerla árabe era muy natural habiéndola cautivado en un fuerte perteneciente á aquella nacion.

Y esta es la solucion que da la crónica de que es-

tractamos nuestra historia á las dudas que pudieran ocurrir acerca de este maravilloso acontecimiento, no saliendo nosotros responsables de las que acaso ponga además algun lector quisquilloso.

Cuenta, pues, la historia, que así como el judío salió de la sala entre los cuatro alabarderos que le sujetaron, fué tal la rabia y el dolor que sintió, que llegó á perder el conocimiento, y le dejaron como muerto en uno de los oscuros corredores del edificio, habiendo dado orden además á los guardas de que de ningun modo le dejasen entrar si volvía de su paraisismo.

Algunos del pueblo se acercaron á él, y en particular su jóven criado el tímido Benjamin, que á pesar del mucho cariño que tenia á su amo no se habia atrevido á manifestarlo delante de los alabarderos, contentándose con llorar á sus solas la suerte de la compañera de su niñez y el peligro á que se esponia su señor.

Pero al momento que le vió libre de sus opresores llamó dos hombres, quienes piadosamente, mediante cierta cantidad que les ofreció, le ayudaron á transportar su cuerpo á otra parte.

Cuando el judío volvió en sí, lo primero que preguntó fué por su hija; pero lejos de arrebatarse y dejarse llevar del sentimiento que desgarraba su corazón, pareció mucho más tranquilo, y que habia recobrado su sangre fria acostumbrada.

—Es menester, se dijo á sí mismo, salvarla, y esto

no se logra con desesperarse. Lo primero que hay que hacer es penetrar en su cárcel. La han dado dos horas y es preciso que yo la vea en este tiempo.

Y luego se levantó del lecho, no obstante las reflexiones de Benjamin, que hizo cuantos esfuerzos pudo para oponerse á la determinacion de su amo, creyendo que se habia vuelto loco, porque el judío echaba sus cálculos entre sí, y solo tal cual vez dejaba entender alguna palabra suelta.

II.

Entretanto, el gentío congregado en el *Campo Grande* desde el amanecer estaba ya sobre manera impaciente y desesperado con la tardanza de la funcion que aguardaba.

No parecia sino que se les debia de justicia la muerte ó la vida de aquella infeliz, que á todo estaban convenidos con tal de pasar el rato, ya viéndola ir al suplicio, ó salir salva de la cruel prueba que dedia sufrir.

Pero el tiempo volaba, las horas corrian, y no llegaba no obstante la que el pueblo esperaba con tanta ansia.

Decian unos:

—Sin duda la bruja halló una escoba y se escapó por el agujero de la chimenea.

Gritaban otros:

—Es una infamia tenernos así todo el dia esperan-

do ahí una hechicerilla, que al fin y al cabo no es ninguna Medea, y el buen estudiante citaba el precepto clásico, *nec coram populo Medea trucidet*.

—La culpa de eso, decia otro, la tiene el rector de la Universidad, que entretiene el tribunal más de lo que debiera con sus discursos.

—Como que es el secretario del obispo.

—Muera el rector.

—Y los jueces.

—A sacar la bruja y nosotros la quemaremos, gritaba otro.

Y el tumulto crecia, y los arqueros que estaban de centinela no las tuvieron todas consigo.

Pero el pueblo de Valladolid, así como todo el de España, sensato, pacífico y sufridor por naturaleza, no es de aquellos que se alborotan porque les hagan esperar mucho tiempo; así que, escepto algunos estudiantes de los más perdidos, nadie tomó parte en el alboroto, causando miedo en unos, risa en otros y apatía en todos la intrepidez de aquellos extravagantes mozuelos.

En esto, el reloj de sol del convento de los Agustinos señaló las tres, y al mismo tiempo se oyeron gritos de alegría, tal como cuando sale el toro en la plaza los suele dar el pueblo si hace mucho que espera la llegada del que ha de presidir la funcion.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene! gritaban de todas partes los que ocupaban las alturas, mientras los que estaban debajo empinaban los gaznates por si lograban ver algo.

Pero no tardó mucho en aparecer la fúnebre comitiva con dos pregoneros delante que á grito herido iban declarando los supuestos crímenes de Zoraida y la determinacion del tribunal. Venia en seguida gran número de arqueros á caballo escoltando á la prisionera, que á pié y en medio de ellos con los piés descalzos venia marchando con paso bastante seguro. Llevaba la espalda inclinada hácia delante y la cabeza baja, y tal vez su boca convulsa se contraía esforzándose para no llorar.

Así encorvada en su angustia parecia una palma tronchada por el huracan. Seguian tras de ella otros tantos alabarderos, menos por guardarla que por honra del obispo, que tambien con los otros jueces cada uno en su litera venia como era de su deber á presenciar el juicio de Dios.

Al llegar á una de las entradas del palenque la comitivo hizo alto, sonaron las trompetas, formó la tropa, y el obispo bendijo al pueblo desde la ventanilla de su litera.

Apeóse en seguida, y lo mismo hicieron los otros jueces que le acompañaban, y en habiendo tomado asiento en el tablado, mandó el obispo tragesen allí á la acusada, y dijo:

—Tú eres una extranjera, y no tienes aquí nadie que te proteja; pero has apelado al juicio de Dios, y él te salvará si no eres culpable. Su voluntad va á manifestarse, y el hombre no podrá hacer otra cosa que someterse á sus inerrables juicios. ¿Has encontrado caballero

en el tiempo que el tribunal te ha concedido para buscarlo?

—¿Cómo quieres que una extranjera, respondió Zoraida, como tú mismo has dicho que soy, pueda encontrar en tan poco tiempo ninguno que se esponga á defenderla, no solo contra el acero de mi enemigo, sino contra la preocupacion de los que sin saber por qué me aborrecen?

—Y vos, dijo el obispo dirigiéndose á Jimeno, que como acusador estaba colocado enfrente de la acusada, ya que no se presenta campeón ninguno que defienda la inocencia de esta mujer, ¿qué prueba quereis que dé de que es inocente?

Miróla Jimeno de hito en hito cambiando tal vez de color, y pensando al mismo tiempo entre sí que eran aquellos piés demasiado lindos y delicados para no hollar siempre flores en vez de hierros ardiendo. Y no habia formado la naturaleza aquella mano de nieve y rosas para oprimirla y reducirla á cenizas dentro de un guantelete de fuego.

—Pero no importa, se dijo, me ha despreciado, y debe morir. La prueba de las barras, continuó en alta voz dirigiéndose al tribunal.

—Mujer, dijo el obispo, la ira de Dios va á caer sobre tí si eres culpable; y allí además, añadió señalando á la hoguera, encontrarás la pena de tus crímenes en la tierra. Cúmplase la voluntad de Dios.

III.

Volvió Zoraida la vista al hornillo, que resonaba con el continuo y monotonó son de los martillos que á compás caían sobre el yunque, y cada golpe le pareció sentirlo en el corazón.

Y cuando la apartó de allí horrorizada, y vió la leña que había de consumir su cuerpo, cerró los ojos y sintió, como si se le despagara la carne de los huesos, un dolor tan intenso que estuvo próxima á desmayarse.

Pero su valor le sostuvo, y cuando abrió segunda vez los ojos miró el hornillo y la hoguera con serenidad.

Los dos maestros del campo que asistían á la prueba por si acaso la acusada encontraba caballero que la defendiese, se retiraron á un lado del palenque, y cedieron sus puestos á dos alguaciles del tribunal, que debían sostener á la acusada por los brazos mientras paseaba las barras.

Dos escribanos que allí había debían dar fé de como se había verificado la prueba sin malicia. engaño ni hechicería, tanto por parte de la procesada como por la del acusador.

Presentó un sacerdote á Jimeno los Santos Evangelios para que jurara no traer sobre sí encanto alguno ni sortilegio que torciese el juicio de Dios en daño de la acusada, lo que el paje juró, muy seguro de que

no había necesidad de mas sortilegio que el hierro ardiendo para abrasar los piés de la mora.

El obispo lanzó de nuevo mil maldiciones contra el mal espíritu para que no interpusiese su influjo en contra ó en favor de ella, y luego resonaron los golpes sobre el yunque con mas fuerza, los jueces murmuraron algunas oraciones y salmos en voz baja, y el pueblo en silencio esperaba el fin de la prueba con cierto temor religioso. Entre tanto los tiznados satélites de Vulcano sacaron del hornillo hasta once áscuas largas de dos piés, que pusieron paralelas unas junto á otras, por donde había de pasar la acusada.

Los dos alguaciles la acercaron por fuerza hácia las barras, y Zoraida sintió crispársele los piés, y en todo su cuerpo dolorosas contracciones de nervios. En vano se esforzaba á poner el pié: la naturaleza se resistía á aquel martirio, y sus miembros no obedecían á su voluntad.

—¡Oh! ¡piedad! ¡piedad! clamó arrojándose á los piés de los alguaciles, que la empujaban; yo no me muevo de aquí; yo no puedo... ¡Perdon! Soy inocente... La muerte, la muerte... Sí, yo prefiero morir mil veces á pasar por aquí...

En valde fuera querer pintar el sonido de su voz, ya dulce y humilde, ya dando gritos horribles al mirar las áscuas que sus piés habían de pisar, y las miradas de piedad y de terror que volvía á todas partes, y sus movimientos y contorsiones en aquel terrible momento.

Pero sus ojos no encontraban compasion en la fisonomía inflexible de sus verdugos, que acostumbrados á presenciar todos los dias semejantes crueldades, no hacian mas caso de las lágrimas y súplicas de sus victimas que del llanto de un niño que hubiera perdido un juguete.

—Vamos, reina mia, decia nno de los alguaciles, que se pierde tiempo. Mas caliente estará el infierno, y no te pesaba tanto ir allá.

—¡Por Dios! ¡por Dios! gritaba con voz que desgarraba el corazon de oirla. ¡Matadme! No me martiriceis. ¡Ah! ¿quién me habia de decir en otro tiempo que el hombre á quien he amado mas en mi vida habia de dejar que me martirizasen así? Yo deseo la muerte; dádmela; yo soy culpable; yo diré todo lo que querais, con tal de no pasar por aquí.

Esta última confesion suspendió el empeño de los alguaciles, y el juez, que en pié y junto á ella debia presenciar la prueba, se acercó al tablado, y dijo:

—Atendido á que la acusada se resiste á sufrir la prueba, y ha confesado todo, pido que sin más dilacion sufra la pena de muerte á que en este caso está condenada por el tribunal.

—La voluntad de Dios, dijo el obispo, se ha declarado manifestamente, y el demonio no se ha atrevido á arrostar su juicio, y ha abandonado el campo entregando á la justicia su presa. Que se ejecute la ley, y Dios tenga piedad de su alma.

—Amen, contestaron á una voz los jueces.

—Jimeno, prosiguió el obispo dirigiéndose al paje, habeis sostenido vuestra acusacion como leal y noble que sois, y el tribunal os declara libre de la palabra que habeis empeñado de sostenerla hasta el último trance, puesto que desiste de la prueba propuesta vuestra acusada.

IV.

En oyendo esto Jimeno, acompañado de los maestros de campo echó á andar, despues de haber saludado al tribunal respetuosamente, y se dirigió pensativo con la cabeza baja y sin mirar á Zoraida, hácia la puerta del palenque que caia al otro extremo.

El verdugo tomó su hacha en la mano y se dirigió adonde estaba Zoraida todavía de rodillas sin movimiento. Sus dos ayudantes pusieron fuego á la leña, que por estar embreada ardió en un momento, y los dos alguaciles se separaron de ella para hacer lugar al ejecutor.

Algunos corazones del pueblo que la hermosura de Zoraida y sus gritos habian movido á piedad, temblaron en aquel instante cuando vieron la hermosa cabellera de la desventurada en manos del verdugo que la arrojó adelante con indiferencia cubriendo con ella su hermoso rostro; y echando en seguida el pié derecho atrás y levantando el hacha en alto, se disponia á descargarla ya sobre aquel cuello de alabastro, morada de los amores.

Pero en aquel mismo instante, y aun no habia salido el paje del palenque, resonó un grito, que se estendió como un golpe eléctrico de boca en boca, y cien voces resonaron á un tiempo con alegría:—*¡Un caballero! ¡un caballero!*

El verdugo volvió la vista á los jueces, y el obispo le hizo señas de detenerse.

Bajó el hacha y quedó inmóvil detras de Zoraida, que clavada en el suelo de rodillas, esperando la muerte con resignacion, parecia una estatua de mármol de las que suelen adornar algunos sepulcros.

En este momento un caballero armado de punta en blanco entró en el palenque á rienda suelta montado en un generoso alazan, y arrojándose pié á tierra de un salto, se dirigió al tablado de los jueces con gallardo desembarazo.

Era de mediana estatura, robusto y airoso de continente.

Uno de los maestros de campo se acercó á él y le preguntó á qué venia.

—A sostener la verdad contra la mentira, á proteger la inocencia contra el hombre más infame y falso que existe, si la acusada me quiere por su caballero.

—Para eso, respondió el maestro, es preciso que digais vuestro nombre y os dejéis registrar por si se esconde en vos alguna supercheria.

—¡Supercheria! el acusador de esa infeliz es capaz de usarla, que no yo. De todos modos estoy pronto á todo ménos á decir mi nombre.

—Vuestra nobleza al ménos....

—La probará mi espada, respondió con intrepidez el desconocido: además el acusador y yo en otra ocasion hemos trocado ciertas prendas, y la que él medió la traigo siempre conmigo. Quiero, pues, que me devuelva la que le entregué.

—Os creo caballero, y esa prueba me basta, respondió el maestro mirando una sortija que el incógnito le enseñó quitándose el guantelete de la mano derecha, y en la cual estaba grabado un blason.

Diciendo así le presentó ante los jueces.

—Este caballero, dijo, está pronto á sostener á pié y á caballo que la acusacion hecha contra esa mujer es falsa, y apela nuevamente en su favor al juicio de Dios.

—La acusada, respondió el obispo, se ha negado á la prueba de las barras, y ha preferido la muerte más bien que las consecuencias del juicio divino, y nosotros hemos dado por libre á su acusador.

—Sin embargo, si vuestra ilustrísima lo permite, dijo el maestro, observaré que la prueba del combate fué la primera en que la acusada convino, y la que el tribunal aprobó dándola dos horas para que buscara su campeon.

V.

El tribunal, despues de una corta aunque muy acalorada discusion, mandó se le preguntase á Zoraida si

convenia en esta prueba, y el maestro que acompañaba al caballero desconocido se acercó á preguntárselo.

Habíase recobrado Zoraida de su estupor, y las voces de la multitud y los vivas con que celebraron la llegada del caballero resonaban tan confusamente en su imaginación mezclados con el golpe del martillo en el yunque, que aunque ya había parado, todavía hacía dar saltos á su corazón, repitiéndose en sus oídos, que apenas podía darse razón á sí misma de lo que le pasaba.

Trató de echarse el cabello á la espalda para despejar la frente y mirar á su alrededor; pero halló que tenía las manos atadas atrás, y entonces exhaló un gemido.

Estrañábase sin embargo la tardanza del verdugo en sacudir el golpe terrible que la había de quitar para siempre de penas, y por un movimiento de instinto encogía de cuando en cuando los hombros.

Su ropaje era blanco, su cuello estaba desnudo, y de rodillas en medio del campo, detrás de ella el verdugo, el hacha al lado, mirándola con ojos estúpidos, aguardando solo una señal para retirarse ó matarla, y en su rostro cuadrado marcada la insensibilidad, ofrecían un conjunto de resignación, de belleza, de horror y de estolidez inexplicable.

Uno de los alguaciles mandó al verdugo que se retirara, lo que él hizo refunfuñando: la levantó, la desató las manos, y Zoraida entonces, echándose el ca-

bello á la espalda, miró con ojos espantados alrededor, y enseñó el rostro pálido con la huella de la muerte en él.

Hubiérase dicho un cadáver que volvía á la vida.

Entonces llegaron á ella el maestro y el caballero que se ofreció por su campeón.

Entendió apenas Zoraida lo que la decían; pero respondió que *si le aceptaba*, y entonces la sentaron en un escaño junto á la hoguera, mientras decidía la próxima lid de su suerte.

Preguntó el otro maestro á Jimeno si estaba dispuesto á sostener la lid, á lo que respondió que sí, siempre que su contrario manifestase su nombre.

Entonces los dos enemigos se carearon, y el desconocido le dijo presentándole la sortija:

—¿Jimeno, reconoces esta joya? Tú debes tener en tu poder un relicario con un pedazo de la verdadera cruz que te cambiaron por ella.

Jimeno palideció: aquella voz le parecía haberla oído otra vez; pero no era la voz de un vivo: aquel cuya era había muerto hacía mucho tiempo.

—¿Quién eres? le preguntó en voz baja temblando.

—Pronto me conocerás, repuso el incógnito; monta á caballo, y luego verás quién soy.

—No, yo no me bato contigo; tu eres el alma de...

—De Udrobal quieres decir, replicó el campeón de la mora; calla y monta á caballo, ó te declaro corbarde y manifiesto tu villanía.

—Eso no, ¡vive Dios! Mas que seas el demonio mismo no te temo, respondió el paje; y si eres Usdrobal y vives todavía, lo que es imposible, yo haré que no vuelvas otra vez á presentarte delante de mí. Estoy pronto, añadió volviéndose á los padrinos.

El despecho y la cólera habian sucedido al espanto de la sorpresa en el alma negra del paje; calándose el casco salió gallardamente en medio y montó un caballo que le presentó su escudero. No obstante el coraje y la duda, que le irritaba y affigia á un mismo tiempo, todavía se gallardeó en la silla, y dió una vuelta haciendo gentilezas por el palenque.

Al pasar junto á Usdrobal, que cerca del tablado estaba á caballo apoyado en la lanza, soltó una carcajada y le dijo:

—Tu protegida y tú vais ahora al otro mundo de fijo, y yo te aseguro que no me has de estorbar tercera vez hacer lo que me dé gana. Para un villano no te tienes mal á caballo.

—Mejor que tú, y no hace muchos dias que te lo probé, contestó el campeón.

—Imposible es que sea Usdrobal, se decia así mismo Jimeno; yo mismo le eché en el foso.

VI.

Hechas, pues, todas las ceremonias de uso, y habiendo jurado los dos campeones ante el Crucifijo que

iban á combatir lealmente para aclarar la verdad y hacer patente el juicio divino, tomaron lanzas de manos de los escuderos, los dos maestros partieron el campo, y las trompetas dieron la señal de la acometida.

Creció entonces el ánsia y la zozobra en todos los corazones, cada cual tomando interés por uno de los dos contrarios, aunque la mayor parte deseaban el triunfo al desconocido.

Tenia, no obstante Jimeno, sus partidarios entre los que sin conocer á fondo los sugetos juzgan únicamente por la apariencia, y en particular entre las mujeres, habiendo agradado generalmente la belleza de su rostro, su natural buen humor y la elegancia de su apostura.

Pero de todos los espectadores no habia ninguno tan conmovido como el judío, que á la llegada del caballero habia logrado introducirse, aunque con mucha dificultad, en uno de los grupos que mas cerca estaban del palenque, y que desde allí no quitaba los ojos de su hija sino para mirar á su campeón, tan embebecido y desasosegado que puede decirse temia mas que ella el término de la lucha.

Entretanto, como hemos dicho, sonaron las trompetas, y ambos campeones se lanzaron á la carrera.

Igual era su furia y su valentía, igual sin duda el deseo de venganza y el odio que mutuamente los animaba.

Encontráronse, pues, con tanta fuerza, tanta vio-

lencia y coraje, que aun no los habian visto arrancar de sus puestos, cuando vieron los espectadores con espanto rodar por tierra á entrambos jinetes con sus caballos. El incógnito habia caido envuelto con su bridon hecho un lio, con un mechon de crin en la mano á que se habia asido. El troton de Jimeno, habiéndose levantado de manos, midió el palenque con sus espaldas, mientras que su señor, que habia encontrado en todo el ímpetu de la embestida la lanza de su contrario en su pecho, botó de la silla como una pelota, al aire, yendo á parar á más de dos varas de su caballo.

Desembarazarse de los estribos, levantarse y echar mano á la espada el campeón de Zoraida fué obra de un solo punto; pero viendo que Jimeno no se movia se acercó á ver si respiraba aun, y en tal caso á obligarle á confesar su delito.

Los dos maestros de campo llegaron al paje igualmente, y en habiéndole desarmado reconocieron que estaba espirando.

La lanza del desconocido habia saltado en dos partes, y una de ellas, que le habia entrado por la juntura de la coraza, asomaba á su espalda el hierro y mas de una cuarta de asta.

El golpe que habia llevado al caer le acabó de matar reventándole, y la sangre le saltaba aun á caños por las narices, los ojos y los oídos.

Quando su contrario le exigió con el puñal en la mano que manifestase su crimen, todas sus facciones

se contrajeron, rechinó los dientes y gritó:—¡Maldición! y quedó muerto. Sucedió á esto en el concurso un profundo silencio.

El obispo y todos los jueces se levantaron, y habiendo traído á Zoraida toda turbada y confusa, el obispo dijo:

—Hé aquí el juicio de Dios. Mujer, estás inocente.

Capítulo XXXVI.

Don Juan.

. Por estotra puerta
te puedes ir.

(TRAMPA ADELANTE. Comedia
de D. Agustín Moreto.)

I.

Luego que Esther ó Zoraida fué declarada inocente, prorumpió el pueblo en infinitos vivas y estrepitosas aclamaciones, dando el parabien por su victoria al guerrero que tan generosamente habia tomado á su cargo salvar aquella mujer desvalida.

Los que ocupaban los tejados de los conventos se desprendieron todos á cual mas ligeros con intencion de verle de cerca, palparle si era posible, y satisfacer su curiosidad conociendo á tan intrépido caballero.

Los que habian tomado puesto en el llano se empujaron y comprimieron para acercarse mas al palenque, y en todas partes resonaban los aplausos, crecía el entusiasmo, los vivas, los bravos llenaban confusamente

los aires, y el espacioso campo retemblaba sacudido con tanto estruendo.

Los jueces y los maestros de campo dieron tambien la enhorabuena al vencedor, habiendo quedado satisfechos de su comportamiento, y en habiendo concluido las ceremonias de uso, se retiraron del palenque con la misma pompa y el mismo orden con que habian venido.

Pero antes de que hubiesen salido, ya el judío tenia abrazada á su hija, que sollozaba en sus brazos, y como si estuviera demente gritaba, lloraba, saltaba y la cubria de besos con tanta avaricia como ternura.

Ni uno ni otro pudieron pronunciar una sola palabra por mucho tiempo.

Miradas, sollozos, lágrimas y estrechísimos y convulsivos abrazos y gritos inarticulados fué únicamente lo que espresó el gozo del primer momento, y luego los mismos extremos que hacian, comunicando nueva convulsion á sus nervios, mil y mil veces la estrechaba su padre de nuevo y ella á él, y cada vez con mas fuerza.

Y su voz interrumpida, cortada, ahogada con los anhelosos latidos de sus corazones, podia solo de cuando en cuando proferir ¡hija mia! ¡padre mio! y hubiérase dicho que él no se contentaba con tenerla allí, ni con besarla, ni con apretarla á su corazon, sino que queria convertirse en ella misma, esconderla dentro de su corazon para que nadie la tocara ni el aire la ofendiera, y llevarla allí, y mirarla, y acariciarla, no ya

como un padre, sino como la madre mas cariñosa.

La espresion de su alegría, se comunicaba á todos los espectadores, que asimismo lloraban, y con semblantes llenos de lagrimas, pero bañados en dulce sonrisa, los contemplaban.

Acercóso tambien allí Benjamin, que acompañaba tambien á su amo en los extremos que hacia, y seguramente los tres formaban el cuadro mas tierno que puede crear la imaginacion.

Habia Zoraida olvidado todo en aquel momento, y hasta su antiguo amor por el ingrato Saldaña parecia tambien que se habia apagado enteramente en su alma.

Ya no era una huérfana sin amparo, una mujer desdenada, maldecida, odiada de todo el mundo: habia hallado por último un protector, un amigo, un hombre que la amaba, se alegraba y padecia con ella; un padre, en fin, que la idolatraba.

Zoraida era entonces feliz, y las lágrimas que derramaba no corrian gota á gota abrasando sus ojos y sus mejillas, sino que manaban en tropel, y desahogaban dulcemente, y refrescaban por vez primera su corazon.

Lo primero que vino á la memoria á su padre luego que recobró su razon, de que le habia casi privado aquella sobrenatural alegría, fué preguntar por el caballero que habia salvado á su hija.

La gratitud quizá exigia haberse acordado antes, pero el amor paternal sofocó en un principio cualquiera otro sentimiento en el alma del pobre judío, que á despecho de su estudiado estoicismo habia casi perdido en

aquella ocasion la cabeza, y Zoraida no estaba tampoco en disposicion de manifestarle su agradecimiento.

Pero cuando los dos se acordaron ya habia desaparecido, y no fué posible hallarle por mas que hicieron, pues en montando á caballo habia salido á escape del palenque entre los gritos de la multitud, que puesto que algunos intentaron seguirle, no lo pudieron lograr sino con los ojos, hasta que le perdieron en las estrechas y revueltas callejuelas que abocaban entonces al Campo Grande.

—Cómo ha de ser, hija mia, dijo Abrahan; ese extranjero es un hombre de bien, y ha tenido lástima de nuestras lágrimas: siento que se haya marchado sin probarle nuestra gratitud; pero confio que pronto le hemos de volver á ver, y en ese caso todos los tesoros del mundo no son bastante para pagarle.

Tú estás muy débil y necesitas descanso; vamos á mi posada, y no nos separaremos nunca.

—No, nunca, padre mio, respondió Zoraida: yo creí que ya no me quedaba ninguna esperanza en el mundo, y ahora veo que puedo todavía ser feliz. Pero, ¡ah! padre mio, si supiérais...

—Serénate, hija mia, ahora, y no turbes tan dichoso momento con ninguna memoria triste. Ven, hija querida de mi alma. ¿Qué puedes ya necesitar en el mundo habiendo encontrado á tu padre? Yo te amo más que á mi vida. ¡Estás tan pálida! ¡has sufrido tanto! pero todavía estás hermosa. Sí, esos son los ojos de mi hermosa Esther.

Diciendo así la besó en ellos cariñosamente, y echó á andar dándola el brazo, encargándole muchas veces y con mimosa ternura que se apoyase en él, y preguntándole cómo se sentía á cada instante con indecible cuidado.

II.

La muchedumbre se habia ya dispersado poco á poco, y solo algun otro de los mas curiosos paseaba por fin á sus anchas el Campo Grande, que no tardó una hora en verse tan abandonado y solitario como de costumbre.

Venia ya á mas andar la noche, y las oscuras calles de la ciudad ponian al judío á cubierto de la persecucion que recelaba emprenderian contra él, si como tenia motivos para sospechar, le habia conocido alguno.

No habia pensado hasta entonces en el riesgo á que se habia espuesto presentándose en público como uno de los principales héroes del drama que acababa de representarse; pero ahora, mas cuidadoso que por él por su hija, cualquier sombra, cualquier bulto le sobresaltaba.

Un hombre envuelto en una ancha capa aparecia á cierta distancia de ellos, y desaparecia por intervalos como una sombra errante, como una aparicion maléfica, siguiéndolos y espionando sus pasos.

No habia reparado en él Zoraida, ni el judío la dijo

una palabra siquiera por no asustarla; pero mas de una vez estuvo tentado de detenerse á preguntar á aquel hombre quién era, y aun lo hubiera hecho á no ir desarmado.

Hubiera querido Abrahan dar algunas mas vueltas primero que entrar en su posada por ver si le seguia aquel hombre tenaz, que como un gato arrimado á la pared se deslizaba sin ruido, y aun no parecia que movia los piés, pero se hacia ya tarde, su hija estaba casi exánime con lo mucho que habia sufrido, y el incansable embozado llevaba traza de seguirlos al fin del mundo.

Dábale cuidado al judío, y algunas veces detenia el paso, y aun se paraba por ver si el encapotado pasaba de largo; pero era como su sombra, y siempre quedaba detrás, y siempre á la misma distancia.

En resolucion, por mas que hizo no pudo evitar que el desconocido le viese entrar en una casa en el barrio de los judíos, donde el padre de Esther alojaba con un su amigo que allí vivia.

III.

Bajó á abrirles la puerta una vieja con un candil, y en habiendo entrado salió á abrazarle un anciano cuya nariz larga y demas facciones habrian hecho conocer al menos inteligente fisonomista que era uno de los descendientes de las doce tribus.

—Bendito sea el Dios de Israel, le dijo, que te ha sacado de manos de esos lobos sedientos de nuestra sangre, y te ha devuelto tu hija en el día de la tribulación. Pero me parece que está muy pálida; ya se ve, es natural; es menester que descanse.

—¡Zoraida! ¡hija mia! exclamó Abrahan todo sobresaltado viéndola que perdía las fuerzas, medio exánime y amarilla como una muerta: ¡Zoraida! ¡Dios mio! ¡Te he recobrado despues de tantos años para perderte tan pronto!

Pero Zoraida no respondia, ni acaso oía lo que la decia su padre: un sudor frio humedecia su frente, pálida como la cera: tenia las manos heladas, que apretaba su padre entre las suyas, besándola y llamándola por su nombre como un frenético, mientras su cuerpo habia caido desmayado sobre unos almohadones que acercó al momento el otro judío.

Habia éste conservado su juicio mas que su amigo, y en habiéndola pulsado conoció que no era aquel desfallecimiento otra cosa que una congoja producida por el sobresalto y la angustia de aquel día terrible y tantos otros como habia pasado presa, sin otro desahogo que sus lágrimas, abandonada de todo el mundo, y sostenida únicamente por la energía de su alma. Por lo que volviéndose á Abrahan, dijo:

—El sábio, amigo mio, no debe sorprenderse por nada, y debe estar prevenido para sufrir toda clase de contratiempos. Lo que tu hija tiene no es nada, y es raro que de esa manera te turbes, tú que has sido siem-

pre ejemplo de firmeza de alma en nuestra tribu.

Frunció Abrahan las cejas, y habiendo procurado serenarse, sentido de haber dado á conocer su debilidad delante de su amigo, lavó la frente de su hija con una de las aguas maravillosas que traía consigo, y pidió á su compañero que le ayudase á trasportarla al lecho, puesto que ya daba señales de volver en sí, y necesitaba de mucha paz y sosiego para reponerse.

Hecho lo cual, ayudado además de Benjamin y la vieja, los dos judíos se retiraron á otra habitacion interior adornada con alguna decencia y alumbrada por una lámpara de plata que ardía en mitad de la sala.

Un braserillo en que se quemaban varios olorosos perfumes estaba sobre una mesa de tres piés compuesta y ajustada con diferentes maderas de gusto mosaico, siendo este mueble y la lámpara los dos únicos objetos de lujo que allí habia, pues los almohadones y los sillones eran tan viejos y feos que mas que adornaban afeaban la habitacion.

Los dos viejos acercaron dos sillones á la mesa, y en sentándose dijo el patron á su huésped:

—Mucho tarda ese jóven cristiano á quien entregué la armadura y el caballo de que tú has salido fiador, y que tan bien ha aprovechado hoy á todas. El tiene cara de buen muchacho, y hoy se ha portado como valiente; pero esto mismo me hace pensar que una vez que se ha visto á caballo no le hemos de volver á ver por acá.

—Mucho lo sentiria, replicó Abrahan; no por el ca-

ballo y las armas, que ya son tuyas y yo te las pagaré, sino por no poderle dar las gracias como lo merece su buena accion.

—En efecto, repuso Aaron, que este era el nombre del otro judío, la fianza que me has dado te compromete á pagarme en caso que él no cumpla devolviéndome lo que por intercesion le presté. Pero ya sabes que no estamos para gastos, y....

En esto estaban de su conversacion, cuando fueron interrumpidos por la llegada del jóven de quien hablaban, que con aspecto no muy tranquilo y precipitados pasos se habia entrado hasta allí sin mas etiqueta que pudiera usar en su propia casa.

Venia armado todavía como si acabase de echar pié á tierra de su caballo, solo que en vez de casco le cubria la cabeza un sombrero de alas anchas que casi le tapaba la cara, aunque no tanto que cualquiera que le hubiera visto una vez, si le miraba con atencion, no reconoceria en su noble fisonomía al generoso Usdrobal, como ya habrá supuesto el lector.

Lo mismo habia sospechado Jimeno al verle delante de sí en el palenque, puesto que le creyó nada menos que un fantasma del otro mundo, no pudiéndose imaginar que estuviese vivo el mismo á quien él habia visto hecho pedazos arrojar en el foso la noche que habian ambos tratado de libertar la hermana del Castellano de Iscar.

Pero la buena suerte, que sin duda para mayores cosas le guardaba, dispuso de modo que saliesen

torcidos los planes del malvado paje, librándole de la muerte que su traicion le tenia apercebida.

IV.

En medio de aquel inesperado combate, herido uno de los asesinos, rodó la escalera con grande estrépito hasta el último tramo sin detenerse, mientras que Usdrobal, luchando aun con los otros, sostuvo todavía la batalla por algun tiempo.

Herido ya y fatigado de combate tan desigual, viéndose á pique de perecer, se le ocurrió una estratagemma para salvarse, y arrojándose de repente en tierra, suponiendo que dándole por muerto se retirarian sus contrarios, se pegó contra el muro sin respirar siquiera hasta que sintió que se alejaban satisfechos de su victoria.

En este tiempo bajó la escalera con cuidado, receloso del menor ruido, la espada en la mano, hasta que llegando á un trozo de la muralla que daba al campo, se arrojó desde su altura sin titubear, con lo que anduvo toda la noche hasta llegar á sitio donde curarse de sus heridas.

Volvieron á poco tiempo los asesinos con una luz á recoger su cadáver; pero como no le hallaron, temerosos de que el paje los castigara, y codiciosos del premio que éste les habia ofrecido, no dudaron en suponer que el cuerpo muerto de su compañero era el de Usdrobal, estando tan desfigurado y hecho pedazos

que no daba nada que sospechar, y Jimeno, que desde el principio de la pelea se habia retirado llevando á Leonor, creyó de buena fé cuanto quisieron decirle.

Permaneció Usdrobal oculto por algun tiempo curándose de sus heridas, y sentó plaza despues en uno de los escuadrones rebeldes, donde estuvo hasta el dia de la derrota general, en que habiendo determinado marchar á Vizcaya en busca del hijo de D. Lope de Haro, que andaba revolviendo aquella provincia, llegó á Valladolid, donde la fama del proceso de la desgraciada Zoraida le hizo detenerse por unos dias.

Estuvo presente á todas las declaraciones de los testigos, y desde el momento que vió que era el paje su acusador se determinó á servirla de campeon en caso que el juicio se remitiese á las armas.

Fatigábale sin embargo el pensar que á despecho de su buena intencion no habia de serle su valor de provecho, por no estar armado caballero y no tener siquiera quien le prestase caballo con que poder entrar en la lid. Pero el cielo, que velaba en favor de la inocencia, hizo de modo que el judío, á quien él habia visto antes en el castillo de Iscar, no habiendo podido penetrar en la prision de su hija, se dirigiese á él eligiéndole por su defensor, y proveyéndole de cuanto necesitaba para el combate.

Tal era la suerte que habia Usdrobal corrido desde su salida del castillo de Cuellar, ded onde milagrosamente habia escapado con vida, habiendo, en fin, lo-

grado poner en claro el juicio de Dios con la muerte del traidor que no le creia ya en este mundo.

—Entró, pues, como hemos dicho, bastante agitado en la sala donde conversaban muy en paz los dos amigos judíos, y encarándose con Abrahan exclamó:

—Si aprecias en algo tu vida, sal de esta casa al momento, monta en mi caballo, que está á la puerta, y huye sin detenerte, porque no tardarán media hora en venir á prenderte aquí.

Turbáronse los dos judíos al oir tan inesperada noticia, levantáronse de repente de sus asientos, y exclamaron casi en el mismo instante cada uno segun el sentimiento que en ellos habia producido:

—¡Y mi hija! ¡qué será de mi hija! gritó Abrahan: ¿estás seguro de lo que dices?

—¡Mi casa, mis riquezas! exclamó Aaron: esos perros van ahora á saquear lo poco que con sus continuos robos han dejado al pobre judío. Dios de Abrahan, haz que los piés de esos babilonios queden clavados contra la tierra, para que no vengan á maltratar á tu siervo.

—Te han conocido, repuso Usdrobal dirigiéndose á Abrahan, y yo me he adelantado á avisarte; huye, si no quieres perder la vida, y no temas en cuanto á tu hija, que además que no hay nada contra ella, yo te prometo á todo trance protegerla y llevarla adonde tú estés.

—Sí, tienes razon, repuso Abrahan, que recobró al momento su acostumbrada serenidad, no hay más re-

medio que huir. ¿Y á quién mejor que á ti podré yo fiar el cuidado de mi hija, que hoy la has salvado la vida? ¡Ah! solo ella puede obligarme á salvar la mía: por lo demás, ya soy viejo, y morir hoy, morir mañana, me seria indiferente. Pero vamos, no hay más remedio que huir.

—Tú, sí, vas seguro, replicó Aaron; pero yo, ¡desventurado de mí! no tengo recurso ninguno, y voy á perder en un día lo que me ha costado tantos de sudor para atesorar. No que yo sea rico... prosiguió volviéndose á Usdrobal.

—¿Qué me importa á mí que lo seas ó no? Sálvate, Abraham: yo creo que todavía tienes tiempo.

V.

Abrazáronse los dos judíos, el uno recomendando á su hija, y el otro sollozando y gimiendo por su dinero, que iba á correr tanto riesgo si entraban en su casa los *babilonios*, y Abraham, en habiendo tomado una luz, acompañado de Usdróbal, sin atreverse á despedirse de Zoraida, que descansaba, se encaminó hacia la escalera, cuando oyeron grande estrépito de armas y gente que se acercaba.

—Sigueme, le dijo Usdrobal desenvainando la espada, que juro á Dios que he de abrirte camino.

—Eso no lo permitiré yo, replicó el judío, que no quiero que pierdas por mí tu vida: retírate.

—De ninguna manera; ó he de morir, ó te he de salvar, repuso el valeroso cristiano; no se dirá que abandoné yo nunca en el riesgo á mi compañero.

—Generoso amigo mio, guarda tu vida y cuida de mi desgraciada hija, sino yo te juro que me entregue yo mismo á mis enemigos.

En esto el ruido de los pasos y el crugir de las armas se oía cada vez mas cerca.

—¿Pero hay algun otro sitio por donde huir? preguntó Usdrobal.

—Sí, replicó el judío, pero es preciso que me dejes solo; aquí esta ventana cae á un corral que tiene una puerta falsa que comunica al campo; la bajada es fácil y aun tengo tiempo; tú no eres conocido y debes quedarte aquí con mi hija... ¡Esther mia! prosiguió interrumpiéndose con un suspiro; pero tú, amigo mio, tú la consolarás; á Dios.

Diciendo así echó el cuerpo fuera de la ventana, y apoyando los piés en una estrecha cornisa que formaba la pared á poco mas de una vara del suelo, saltó al patio sin hacerse daño, abrió la puerta falsa, y Usdrobal le creyó libre.

Apenas volvió la cabeza de la ventana donde habia estado mirando la fuga del judío, cuando se halló rodeado de hachas encendidas, partesanas, picas y alabardas de los que venian en su busca.

—Hola, amigos, dijo Usdrobal volviéndose á ellos con extraordinaria serenidad, yo creo que el pájaro ya voló, á lo menos ya hace rato que ando reconociendo

la casa, y voto á Santiago que no ha quedado rincón que no he escudriñado.

—La puerta de ese corral da al campo, dijo uno de los alabarderos.

—Así es, repuso Usdrobal sin alterarse; pero justamente al otro lado hay gente apostada para apresarle, y por ahí no se ha de escapar.

—No hay duda, respondió el que parecía jefe de aquella tropa; tiene razón este mozo, que allí está ese hombre flaco que dió el aviso y un compañero mío con algunos hombres de armas.

—¡Suerte del diantre! murmuró entre sí Usdrobal desesperado con la noticia que él mismo había forjado, y que salía cierta por su desgracia.

En esto llegaron dos hombres mas con el judío Aaron, á quien habían hallado en un sótano entre algunos cofres y sacos, casi embutido en ellos y pegado á la pared como si fuera una oblea.

En vano juraba el pobre hombre y afirmaba que nada sabía de Abrahán; amenazábanle con tormentos sino declaraba dónde se encontraba su amigo, á quien traían orden de prender y llevar á presencia del rey, contra quien había conspirado, y aun hubieran ejecutado su amenaza si no hubiera llegado el aviso de que estaba ya asegurado el reo á tiempo que tratando de escaparse había tropezado con los que guardaban la salida del campo. Estaba allí en efecto Zacarías, que era el que le había seguido aquella noche, y que cierto de la casa en que habitaba le había descubierto.

Sin embargo, no impidió la aprehension de Abrahán para que llevasen preso al otro judío, habiéndose salvado Usdrobal, como suele decirse, en una tabla, por no haber topado con el infame devoto, que no hubiera quizá dejado de hacerle alguna obra de misericordia.

Quedó la casa sola, habiendo quedado el cuarto de Zoraida únicamente sin registrar, que por haber hallado al judío tan pronto, no entraron en su aposento donde la infeliz reposaba todavía de sus pasadas fatigas, y muy agena del peligro que corría su padre.

Capítulo XXXVII.

Boabdil.

Pues la sentencia pronunció tu labio,
él vivirá; pero á mi amor sincero
has de corresponder.

Zoraida.

¡Señor! ¡ameros!

Boabdil.

O caerá su cabeza en este día.

Zoraida.

¿Hay mayor crueldad?

(ZORAIDA: Tragedia de Cienfuegos.)

I.

Mientras esto pasaba en Valladolid, proseguía Sanchó IV en el castillo de Cuellar ocupado en castigar los jefes de los rebeldes, llevando la crueldad al punto de no perdonar uno solo de cuantos tuvieron la desgracia de caer en sus manos.

Cabezas ilustres desprendió de sus troncos el hacha del verdugo, y pocas veces bañó sangre mas noble el cadalso, siendo la mayor parte de los que en él pere-

cieron fieles servidores del sabio rey D. Alfonso, en cuyo servicio habian arriesgado su vida mas de una vez valerosamente en los combates.

Solo Hernando de Iscar quedaba hasta entonces vivo, si puede llamarse vida la miserable existencia que arrastraba en una estrecha prision del castillo de Cuellar, á donde le habian trasladado luego que la victoria del rey desbarató los planes de sus compañeros.

Peró su mala suerte estaba muy lejos de ofrecerle tarde ó temprano la libertad, puesto que como jefe principal de los revoltosos era casi seguro correria igual fortuna que sus amigos, muriendo en un patíbulo como traidor si ya el rey, cediendo á las instancias de Saldaña, no le perdonaba la vida.

Tal era sin duda el pensamiento del Castellano de Cuellar, que ya habia logrado del rey dilatar su muerte con esperanza de alcanzar la mano de Leonor, condicion que pensaba poner, y sin la cual estaba firmemente resuelto á no interponer su influjo en favor de Hernando.

Traíale esta idea sobremanera distraido y silencioso, y aunque en él no fuera estraña jamás la tristeza, en su rostro amarillo y en sus hundidos ojos notábase empero que no era ya un mar de pensamientos el que movía borrascas en su alma, sino que uno inmutable, único, se habia apoderado de todo él.

Paseábase solo calculando entre sí como haria para no ser aborrecido de aquella mujer que era el sueño de su felicidad, ya dudando si obraria generosamente po-

niendo en libertad á su hermano, ya temiendo no recibir en tal caso mas que una fria muestra de agradecimiento de parte de su altiva prisionera, quedando al mismo tiempo sin medios de forzar en adelante su voluntad, por haberse privado del único recurso que en su desesperacion le quedaba.

—No, se decia á sí mismo, no para obrar tan neciamente os he hecho traer prisioneros á mi castillo. Tu hermano morirá si te obstinas, tú estarás aquí presa toda tu vida, y al fin te he de poseer por fuerza ó por voluntad.

En diciendo esto se encaminó hácia la habitacion de Leonor, resuelto á poner por obra lo que habia pensado, solo que al entrar sintió enfriarse su valor, titubeó, se maldijo á sí mismo, y tuvo que hacer un no pequeño esfuerzo para afirmarse en su determinacion.

II.

Estaba Leonor acompañada de dos de las doncellas que la servian, quiénes viendo entrar á Saldaña se retiraron, y él se sentó enfrente de ella.

—Tráigoos, señora, le dijo con los ojos torvos clavados en tierra y una agitacion que desmentía el tono tranquilo de sus palabras, una muy mala noticia.

—¿Ha muerto mi hermano? preguntó Leonor toda sobrecogida.

—Es mucho peor, replicó Saldaña con la misma calma aparente; vuestro hermano cayó prisionero, y...

—Es falso, exclamó Leonor con orgullo: mi hermano hubiera muerto mil veces antes de dejarse prender: es falso.

—La suerte de la guerra, continuó Saldaña moderando su voz, es tal que muchas veces sucede lo que uno menos se imaginaba. Vos no lo creereis, pero la prision de vuestro hermano no es menos cierta por eso: yo os lo digo á fé de caballero.

—¿Y qué será ahora de él? ¡Saldaña! exclamó Leonor mirándole horrorizada, ¿qué será de él?

Bajó Saldaña la cabeza sobre el pecho, cruzó los brazos, hubo una pausa, encogióse de hombros y dijo:

—Su suerte será la de sus compañeros; morirá como ellos en un cadalso pregonado como traidor.

—¿Y vos me lo decís así, Saldaña? exclamó Leonor, ¿vos me lo decís tan friamente?

—Y si yo os pregunto me amais, ¿no me responderéis friamente que no? replicó Saldaña. ¿Y creéis acaso que es más una sentencia de muerte, un pregon, que se olvida en cuanto se ha acabado de oir, una nota de infamia, que allá en el otro mundo no ha de aumentar las penas del infierno ni las dulzuras de la gloria; creéis que es más que un no de la mujer que se adora, que puede forzar al hombre á cometer crímenes, á haber eterna la condenacion de su alma, eternos sus tormentos, y obligarle á llevar años y años una vida de maldicion que solo podria trocarse por la muerte de horror y desesperacion que le aguarda? ¡Ah! Y vos me habeis dicho ese no friamente mas de una vez.

—Vuestro honor mismo, Saldaña, está comprometido á salvar á mi hermano, repuso Leonor conmovida; él ha sido el amigo de vuestra juventud, él ha sido vuestro enemigo noblemente en el campo. Un caballero generoso debe recordar solo en tal caso la amistad, y olvidar todo resentimiento.

—¡Mi honor! respondió el de Cuellar con una amarga sonrisa. ¡Un caballero generoso! ¡la amistad! Yo ya no tengo amistad, generosidad ni honor: tú me has dicho que no, y yo he sacrificado ya todo por lograr un sí de tu boca.

—¡Oh! Saldaña, exclamó Leonor con aquel eco de voz tan dulce que enterneciera un diamante, y arrojándose al mismo tiempo delante de él de rodillas, por Dios, por mí, si me amas, salva, salva á mi hermano.

—¡Leonor! gritó Saldaña sorprendido de aquella accion tan inesperada: levantad, que yo no soy sino un hombre y tú una divinidad, y yo sí que debo besar tus piés.

—¿Salvarás á mi hermano? ¿me lo prometes? preguntó Leonor poniéndose en pié.

—¿Serás tú mia? preguntó Saldaña: ¿me lo juras?

Esta pregunta hizo volver en su acuerdo á la desdichada Leonor, que se sonrojó avergonzada de haberse humillado hasta el punto de tener que oír con paciencia el atrevimiento que ella misma habia provocado arrebatada del deseo de libertar la vida á su hermano.

Sentóse otra vez en su silla y quedó pensativa por largo rato: Saldaña ocupó de nuevo su asiento.

—¿Qué dijera Hernando de mí, se dijo á sí misma, si ahora me hubiese visto rogar por él á los piés de su enemigo? ¿Qué poco reconoceria en mí á su hermana!

III.

Mientras reflexionaba de esta manera, y procuraba recobrar la entereza digna de una dama de aquellos tiempos heróicos, esforzándose á mirar con serenidad el rostro á la fortuna, Saldaña, no menos pensativo, aunque mucho más animoso, no quitaba los ojos de ella, dándose á sí mismo ya el parabien de su triunfo.

—Leonor, dijo, tu hermano vivirá, y sus Estados y todo lo que ha perdido le será devuelto con solo que tú pronuncies una palabra. Mil veces te he dicho que te idolatro, y te he pintado el amor de fuego con que has abrasado mi alma. No me hables de generosidad, no me pidas por él: es inútil; eres tú quien le ha de librar, y yo no he de ser sino el instrumento de tu voluntad. Mentiria si te ocultase que puedo fácilmente salvarle; pero no, Leonor, tú no has sido generosa conmigo; tú me has visto á tus piés triste, afligido y acosado de mil tormentos; te he pedido, no que me libertases de una muerte pronta, sino en una lágrima de piedad mi felicidad en la tierra y la salvacion de mi alma; tú me has arrojado de tí con desden, y el lobo tiene más piedad del cordero que devora, que tú has

tenido de mí. ¡Leonor! ¡Leonor! no apeles á mi generosidad.

—Sí, me he engañado, replicó la hermosa de Iscar recobrando su natural gravedad; te creía criminal, pero caballero; ahora conozco que tu corazón no tiene otro resorte que tu egoísmo, que en tí la orden de caballería está peor empleada que en el mas ruin villano. Sí, baja los ojos y avergüénzate, Saldaña: mi hermano morirá en un cadalso, le llamarán traidor, pero la posteridad le juzgará como á bueno, y tú y sus enemigos llevareis la mancha con que intentais ahora empañar el lustre de sus hazañas. En cuanto á mí, soy noble castellana y hermana suya; la misma sangre que arde en sus venas anima mi corazón; rogaré á Dios por su alma, y no se dirá que desmentí con una sola lágrima de debilidad mi linaje.

Pronunció estas palabras con tanta magestad, entreviéndose al mismo tiempo la pena que le causaba la situación de un hermano que hacía con ella las veces de padre, y á quien tenía por único cariño en el mundo, que el insensible Saldaña no pudo menos de conmoverse.

—Leonor, le dijo, arrodillándose á sus piés y tirando de la daga que llevaba al cinto, un solo remedio hay para mí: si tan infame te parezco, toma este puñal y clávalo en mi corazón. Véngate de los insultos que te he hecho, y venga al mismo tiempo á tu hermano. Animo tengo para sufrir la muerte y bajar al infierno que me aguarda; pero quitarme yo mismo el

único recurso que me queda para obligarte á que seas mía si vivo, ni quiero, ni puedo: hiéreme.

—Retiráos, Saldaña, retiráos de aquí, repuso Leonor con serenidad, y si queda en vuestro corazón algo del respeto que me habeis manifestado siempre hasta ahora, no volvais mas á insultarme con vuestra presencia. Entre nosotros no cabe ya reconciliación: yo soy vuestra prisionera, mi hermano es vuestra víctima, y vos nuestro enemigo comun.

—En efecto, replicó Saldaña levantándose y dando rienda suelta á la ira, tú eres mi prisionera, y yo dispondré de tí á mi voluntad: he sufrido tus insultos, te he rogado cuando podia mandarte, me he visto ajado y hollado por tu soberbia. Desde ahora cuenta que hemos cambiado ya de papel; á mí me toca mandar, á tí obedecer, suplicarme y llorar, y tu hermano morirá, ó tú has de ceder á mi gusto. Tres dias te doy de término para resolverte; cumplidos estos Hernando acabará en el patíbulo su vida, y de grado ó de fuerza te poseeré.

Los ojos hundidos de Saldaña lanzaron sobre la infeliz una mirada de tigre: el tono de su voz roncó y oscuro semejava al zumbido del huracan entre los árboles, y Leonor, á despecho de la entereza que se esforzaba á aparentar, no pudo menos de apartar de él la vista y estremecerse.

Capítulo XXXVIII.

Que es mujer, y apasionada,
ningun respeto la enfrena.

(Romance de Abénzulema.)

Entretanto Zoraida lamentaba en Valladolid la prision de su padre, á quien ya sabia conducian algunos hombres de armas camino de Cuellar con intencion de presentarle al rey, á quien tocaba únicamente juzgarle como embajador que se decia del rey de Aragon.

Vano fuera querer pintar la sorpresa y el dolor que sintió cuando se halló al despertar sola en aquella casa, para ella desconocida, con una mujer anciana á la cabecera del lecho que con infinitas lágrimas y no pocos supiros la refirió la prision de Abrahan, asi como la de Aaron, sobre lo cual hizo largos comentarios y dolorosas lamentaciones.

Baste decir que la confusion en que se hallaban los

sentidos de la desgraciada judía era tal, que apenas como de un sueño se acordaba de todos los sucesos que desde su prision en el castillo hasta entonces habian pasado por ella, y casi no comprendia lo que le contaba aquella mujer.

Oíala sin hablar palabra, y miraba á su alrededor como atónita de verse allí, sin poderse dar razon á sí misma de todo aquello.

Pero cuando Usdrobal poco tiempo despues de amanecer volvió á verla, habiendo logrado zafarse de los de la escolta, todas las dudas se disiparon en su mente, los recuerdos de lo pasado cobraron nuevo vigor en su alma, y la dolorosa verdad ocupó el lugar de sus ilusiones.

Todo era demasiado cierto, y Usdrobal debia ser en adelante su único protector en el mundo, segun habia encargado su padre.

Con todo, como mujer tan sobremanera animosa, no tardó en tomar su resolucion, y sabedora ya del destino del preso, se determinó á volver al castillo que habia de servirle de cárcel. Vistióse, pues, y en saliendo á otro cuarto donde la aguardaba Usdrobal le comunicó su designio de marchar á Cuellar, donde ella sabia cómo entrar y cómo salvar á su padre, valiéndose del conocimiento que tenia de todos los pasadizos ocultos y comunicaciones secretas de aquel castillo.

No le pareció á Usdrobal tan descabellada su proposicion que se pudiera desechar sin meditarla primero.

Parecíale efectivamente fácil la libertad del judío si

Zoraida lograba penetrar en la fortaleza, en lo que no habia á su parecer gran riesgo, ahora que Jimeno habia pagado sus crímenes con la muerte y no podia sorprenderles.

Facilitábale quizá mas esta empresa, que al cabo no dejaba de ser peligrosa tanto para él como para Zoraida, si llegaban á sospechar su intencion, el recuerdo de la hermosa Leonor, cuya imagen no se habia apartado de sus ojos en medio de cuantas aventuras habia corrido.

La idea de hacer algo en su favor, y sobre todo el pensamiento de que quizá podria verla, oirla al menos y que iba á habitar bajo el mismo techo, producía tal contento en su alma, que nada le parecia imposible ni aun dificultoso.

Pero aunque todo esto le halagaba sobremanera, no le cegaba hasta el punto de desoir la voz de su conciencia, que le gritaba mirase bien el paso que iba á dar tan aventurado, puesto que al fin él seria responsable de cualquier desgracia que por su imprudencia sobreviniese á aquella mujer que habia puesto la Providencia divina á su cuidado.

—En verdad, se dijo á sí mismo pensando en esto y sonriéndose, que en mi vida he meditado nada con tanta madurez como ahora, y luego dirán que soy ligero de cascos. Pues señor, nada de eso, prosiguió en alta voz, yo iré solo y sacaré á vuestro padre de sus apuros, ó mal me han de andar las manos.

—Eso no, respondió Zoraida; vos me acompañeis,

y yo iré, y no mediteis mas sobre esto, porque estoy determinada ya, y no he de dejar de ir.

En resolucion, largo fué el debate; pero habiendo vencido por último la obstinacion de Zoraida fueron tan poderosas las razones que supo darle, que Usdrobal se encogió de hombros, y no sabiendo qué responder salió á preparar el viaje para marchar aquel mismo dia.

II.

Tres horas despues ya se habia proporcionado Usdrobal dos caballos, Zoraida se despidió de la buena vieja que la asistía, y ambos á dos emprendieron su marcha, cada cual muy pensativo y ocupado de sus designios.

Marchaban uno al lado del otro sin hablar palabra, Usdrobal saboreándose con formar, como suele decirse, castillos en el aire, y ella esforzándose á desechar de su imaginacion la principal figura del cuadro que le forjaba su fantasía.

Pero por mas que intentaba alejarla, representándose á su padre en el inminente peligro en que se encontraba, por mas que intentaba apartar de sí cualquiera otra idea, deseosa de pensar ni amar mas que á él, estaba harto reciente su herida, y su pasion era demasiado poderosa para que no pensase en Saldaña.

Su infidelidad, su infame comportamiento, su amor por aquella cristiana á quien ella en sus celos atribuía

la mayor parte de sus desgracias, cuanto habia padecido por causa suya, cuantos planes de venganza le sugería su resentimiento, todo, en fin, combatía y ocupaba de tal manera su alma, que la prision, la muerte de su mismo padre no era sino una gota mas de veneno en el agitado mar que emponzoñaba su vida.

Su amor á Saldaña habia sido el primero, el único amor de su corazon, y ahora no podia menos con vergüenza de confesar en sí que la libertad de su padre era solo un pretesto con que queria en vano engañarse á sí misma para ocultarse la fuerza de su pasion y el poder del destino que la arrastraba á Cuellar.

Mil pensamientos de venganza volaban delante de ella, mientras que otros tantos de esperanza y felicidad llenaban la mente del alegre Usdrobal, que al cabo de haber andado una legua entonó esta cancion con voz clara y no de mala manera cantada:

Tocando están á maltines
y está roncando el prior,
que es para él la campana
como cantarle el *ró ró*.
Dos vueltas daba en la cama,
un bostezo y una tos,
y como es noche de Enero
entre sueños se arropó.
Perdido entre tanto andaba
ya fatigado el troton,
calado y yerto de frio,
jurando y llamando á Dios,
un ginele aventurero
que mal oficio tomó.
Al tañer de la campana
relíncha alegre el bridon,
alza la cabeza, el paso

presto aguija, y su señor,
reanimada su esperanza
de hallar eerca poblacion,
va acariciándole el cuello
y le anima con la voz.
Entre breñas solitarias,
como sombras que fingió
en noche oscura á lo lejos
tal vez medroso pastor,
se elevan las altas torres
de aquella santa mansion.
A pié se arroja al llegar
soñoliento el viajador
y chocó en sus férreas puertas
con ímpetu su lanzon,
que por bóvedas y cláustros
hondamente resonó.
Para; nadie le responde;
vuelve á llamar: al rumor
los muertos se despertaran,
mas no despierta el prior:
dos, tres, cien veces repite
los golpes con mas teson:
tiembla la puerta, y es fama
que el edificio tembló.
Pero no entró el caballero
ni dió al caballo racion,
y á pesar del ruido duerme
á pierna suelta el prior.

—Vos sois dichoso, Usdrobal, dijo Zoraida con un suspiro.

—Ciertamente no me creo del todo infeliz, repuso el desembarazado mozo, pero tampoco me faltan penas.

—¿Amais mucho á Leonor? ¿Creeis que ella no os sea ingrata?

—Señora, respondió Usdrobal sonrojándose, yo amo á Leonor con toda mi alma, pero ella no sabe ni sabrá

nunca que yo la amo. No, prosiguió como si hablara consigo mismo, no se lo diré jamás; hay mucha distancia de mí á ella, y perderia hasta el consuelo de verla.

En esta conversacion llegaron á uno de los pueblos del camino, donde descansaron aquella noche, sin que sea posible pintar el decoro y respeto con que Usdrobal la trataba, que no parecia sino que mas se habia educado en cortesanos estrados que en rudos castillos y cuevas de ladrones, tan puntual y atento supo mostrarse en aquella ocasion.

III.

Al dia siguiente, que por estar ya á fines de Octubre empezaba á enfriar la estacion, habiéndose puesto en marcha dejó Usdrobal ambos caballos en la cabaña de un pastor, no muy léjos de Torre-Gutierrez, á donde caia justamente, si mal no se acuerda el lector, la entrada secreta que conducia á la fortaleza de Cuellar.

En vano rogó alli de nuevo á la apasionada Zoraida que desistiese de su empresa, representándole los muchos peligros á que se esponia, y ofreciéndose él á cuanto fuese necesario hacer en favor de su padre.

Pero ella desoyó todos sus consejos, arrebatada de su vengativa pasion, que por instantes crecia conforme se iba acercando á la habitacion de su infiel, con

mezcla de rencor y de ternura, de valor y de miedo, toda trémula y temerosa de verse con Saldaña, jurando huir de él, y deseosa al mismo tiempo de hallarle.

Entraron, en fin, y aquel dia era sin duda uno de aquellos en que ha de cumplirse algun terrible anatema, un dia de maldicion y de muerte.

Capítulo XXXIX.

Rodrigo.

¡Desventurada!

Gonzalo, su cadáver apartemos
de este lugar.

(CONDESA DE CASTILLA. *Tragedia de Cienfuegos.*)

I.

Acababa Saldaña de pronunciar las tremendas palabras que hicieron estremecerse á la desamparada Leonor, cuando mirando á un lado y á otro, sin acertar aun á retirarse de su presencia, y temeroso tambien de dejarse llevar de la ira que le abrasaba si permanecía allí mas tiempo, cuenta la historia que á una de las puertas laterales de la habitacion vió una mujer lívida, azul el rostro, la rábia en la boca, lumbre en las pupilas, furia en todos sus ademanes, que sin quitar de él los ojos, y con un puñal en la mano derecha, á paso de lobo se le acercaba.

Miróla Saldaña aterrado, y ella viéndose descubierta ni huyó, ni bajó los ojos siquiera, antes por el con-

trario enclavólos en él con mas ahinco que nunca, y solo detuvo el paso dudosa á cuál de los dos, á él ó á Leonor, elegiría por su víctima. Hubiérase creído al ver á Leonor y á Saldaña suspensos y estúpidos á su vista que los ojos de aquella tigre tenían virtud para convertir en piedra cuanto miraban, como la Gorgona de la fábula. Pero no tardó mucho tiempo Saldaña en volver en sí y en reconocerla.

Habia sabido ya el éxito del proceso y la muerte de su lindo paje, y vió que la que tenía delante de sí era Zoraida.

—¡Mujer! ¡todavía estás aquí, todavía vuelves á atormentarme! exclamó lleno de furor.

Y arrojándose sobre ella tiró de la daga, y antes que Leonor pudiera oponerse, antes que la mora pudiera evitar el golpe, se la clavó en el pecho y la derribó á sus piés yerta. Cayó Zoraida, dió un alharido Saldaña, y arrojando la daga huyó precipitadamente del cuarto.

—¡Maldicion! ¡maldicion! ¡soy perdido! se oyó que decia huyendo al mismo tiempo fuera de sí.

Dió Leonor gritos como una loca, acudieron al punto sus doncellas, y habiendo registrado la herida de Zoraida se halló que no era tan profunda que pareciese mortal, sin embargo que por entonces no daba señal de vida. Entró á poco tiempo Duarte y dos escuderos, y viendo que no se bullía ni respiraba siquiera, la sacaron del castillo al campo, donde, como no era cristiana, quedó para festin de las carnívoras aves sin enterrar.

Capítulo XL.

Viéndole en su promesa tan constante

.....
salió á la prima noche en gran secreto.

(ARAUCANA.—Poema de Ercilla.)

I.

Dos dias despues llegó el judío á Cuellar cargado de cadenas y escoltado por un numeroso cuerpo de alabarderos, que llenos de cuidado venian porque no se les escapara, habiéndosele encomendado mucho el buen Zacarías, que les habia contado maravillas de las brujerías que él mismo le habia visto hacer.

Al menor movimiento que hacia el infeliz, á la más breve palabra que pronunciaba, se hallaba las puntas de las alabardas al pecho, amenazando matarle sino callaba ó no permanecía quieto, temerosos no fuera algun conjuro ó alguna intencion de escaparse.

Mirábanle todos con asombro, persignábanse muy amenudo, amenazábanle con más frecuencia, habiéndose

dole cargado con tantas cadenas y argollas que apenas podia moverse, y le traian caballero en una mula, donde sufría todas estas penalidades sin dejar escapar una queja.

Alguna vez solia suspirar, pero era con el recuerdo de su querida hija, que habia recobrado para perderla tan pronto, y que iba á quedar, á lo que él se imaginaba, sola y abandonada en el mundo. Lo demás, en cuanto á él, no temia por su vida, y alimentaba aun muy buenas esperanzas de salvarse si alcanzaba hablar al rey, como se lo habian prometido.

Colocáronle en una de las torres en un encierro, donde habiéndole aliviado del peso de las cadenas le dejaron solo entregado á sus reflexiones, que á la verdad no hay lugar más á propósito para dar libertad á la imaginacion que aquel en que está preso el cuerpo.

Al cabo de dos dias sintió descorrer con grande estrépito el cerrojo de su calabozo, y oyó la agria voz de su carcelero, que le mandó le siguiese.

Halló á la puerta una pequeña guardia de arqueros, y colocándole en medio le condujeron hasta la habitacion del rey, que con grande aparato, rodeado de sus caballeros, le aguardaba con mucho deseo de conocer á un hombre tan sábio y que merecia la confianza del rey de Aragon.

El judío entró en la estancia con serenidad, y aun con cierta espresion de indiferencia en su fisonomía, clavó en el rey los ojos un momento, y habiéndole saludado profundamente á la usanza oriental, quedó

en pié con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho en muestras de su respeto.

Miróle tambien el rey con ojos escudriñadores, habiéndole vuelto su saludo con cierta consideracion que siempre tuvo el hijo de D. Alfonso á los sábios, como uno de los príncipes más entendidos de su tiempo.

—¿No es tu nombre Abrahan? le preguntó en seguida de este ligero exámen.

—Ese es, señor, respondió el judío gravemente, el nombre que me dan los de mi tribu, puesto que entre los sábios soy conocido por otro.

—¿Es verdad, preguntó de nuevo el rey, que tú has descubierto el gran secreto de la piedra filosofal?

—No, repuso Abrahan; mis adelantos en la ciencia no han llegado hasta allí, y no soy mas que un humilde aprendiz de los grandes maestros, cuyo principal secreto no he podido penetrar todavía.

—¿Pero tú eres el médico y secretario de nuestro muy querido primo el rey de Aragon?

—Soy, señor, replicó Abrahan, un humilde servidor de su alteza, que se ha dignado honrarme con su confianza.

—¿Y qué embajada has traído de su parte para nosotros, puesto que segun tú mismo has dicho eres un enviado suyo?

—Señor, respondió el judío, el rey de Aragon me dió una comision importante para vuestra alteza, y si no he cumplido antes mi encargo, ha sido porque graves acontecimientos me han impedido...

—¿Te mandó sin duda, dijo el rey con ironía, que te avistases primero con los rebeldes que acaudillaba el de Iscar, en cuyo castillo te has detenido algun tiempo?

—Así es ciertamente como vuestra alteza dice, repuso Abrahan sin turbarse, y mi estancia en su castillo ha sido el principal motivo de mi detencion, en todo lo que he obrado con arreglo á las órdenes del rey mi señor.

—Y has cumplido como buen vasallo de nuestro querido primo, replicó D. Sancho. Ahora bien, como yo soy el rey de Castilla, mando en mis reinos, y no me acomoda que en ellos venga á sembrar la discordia ni aun el legado del Papa: escribiré al rey de Aragon que tú te has portado fielmente, y te mandaré al mismo tiempo ahorcar.

—Señor, respondió el judío, vuestra alteza es dueño de mi vida, pero debe meditar mucho antes de quitármela, no sea que tenga que arrepentirse cuando ya no tenga remedio. Todo el poder de un rey se reduce á destruir á un hombre, pero por mas que lo desee no alcanzará á dar vida á un reptil. Yo soy un enviado del rey de Aragon: instrucciones secretas que no tendria inconveniente en manifestar á vuestra alteza á solas me han obligado á obrar de un modo al parecer sospechoso. Sin embargo, y aun dado caso que me hallase en el de tener que guardar el mas escrupuloso secreto, vuestra alteza faltaria al derecho de gentes si mandase ahorcar á un enviado de otro monarca,

que con el seguro de la buena fé y de la paz ha venido á ponerse en vuestro poder, y es imposible que el rey valiente y caballero, el hijo del rey D. Alfonso, se olvide de sí mismo hasta el punto de sacrificar á una sospecha cualquiera la vida de un extranjero que con tan sagrado carácter ha entrado en vuestros dominios. Por otra parte, vuestra alteza, como profundo político, debe conocer, si cree que el rey de Aragon sea un enemigo oculto de vuestra alteza, que con mi muerte no hará otra cosa que irritarle mas y obligarle á que rompa por último abiertamente: y si tal sospecha no cabe en vuestro generoso ánimo, como es de presumir, si recuerda las repetidas pruebas de amistad que aquel monarca le ha dado, es imposible que vuestra alteza trate de granjearse su enemistad cometiendo en la persona de su enviado injusticia tan escandalosa. Estas razones, y sobre todo la comision que en secreto puedo manifestar á vuestra alteza, si se digna oirme, confio le harán obrar de muy distinta manera que se ha propuesto.

II.

Atónitos quedaron el rey y los cortesanos de ver la energía y atrevimiento con que se espresaba aquel viejo, en cuyo miedo habian esperado hallar un motivo de risa cuando el rey le anunciara su suerte, y á quien aguardaban haber visto intimidado y lloroso implorando el perdon á los piés del trono.

Duró un breve rato el silencio, y el rey pareció quedar pensativo.

—Judío, le dijo, si el rey de Aragon fuese nuestro enemigo, caballeros tenemos nosotros y vasallos tan fieles como aquel monarca, y que sabrán defender el trono de Castilla, y aun triunfar de todos sus enemigos. No es mi ánimo tampoco tan temeroso que me amedrenten las amenazas hasta el punto de que el miedo tenga parte en mis determinaciones, y si cambiara alguna de ellas seria solo un efecto de mi clemencia. Dices que tienes una comision secreta para mí, y esto me mueve á suspender tu castigo dándote lugar á que te defiendas de la acusacion que contra t hay, y si eres inocente irás libre. Caballeros, prosiguió volviéndose á sus cortesanos, dejadnos solos, retiraos.

Pusiéronse en pié todos al punto, y en toda la sala resonó un sordo murmullo de los que se retiraban, y ninguno al salir dejó de echar una ojeada de curiosidad al judío, que todos le juzgaban por hombre extraordinario.

Quedáronse, pues, solos el rey y él, y habiéndose levantado el primero de su asiento, le mandó se acercase tanto á él que no pudieran ser oídos de nadie, si alguno trataba de escuchar y se habia quedado por allí cerca.

El judío cada vez que daba un paso encorbado el cuerpo y se detenia obedeciendo la voz de D. Sancho, que le intimaba dulcemente que se acercase.

—Amigo mio, dijo en voz baja, sé todo lo que te ha pasado, y no quiero obligarte ahora á fingir haciéndote desembuchar ahí un embajada que solo ha de reducirse á meros cumplimientos de parte de nuestro caro primo. Yo sé que tú has venido encargado de promover contra mí la rebelion, y tu rey te ha encargado de esta comision peligrosa. No importa: sus esperanzas han salido fallidas, y yo he descubierto sus planes. En cuanto á la amenaza que me has hecho de que el rey de Aragon tomara tu defensa, tú mismo sabes muy bien que no se cumpliría, y que nosotros los reyes no nos importa nada sacrificar al instrumento de nuestros designios si con su muerte nos podemos librar del mas pequeño disgusto. Yo respeto tu sabiduría, y no te culpo de haber servido á tu rey, por lo que si juras servirme á mí con la misma lealtad te tomaré á mi servicio, y no tendrás que arrepentirte del cambio.

—La confianza que vuestra alteza hace de mí, replicó el judío, me mueve á responder con la misma franqueza. Mucho mal os he hecho, señor, pero aun me queda que haceros un servicio que equivaldrá al favor que me haceis en dejarme libre. Sabed, señor, que aquí mismo, á vuestro lado teneis un caballero que nada menos trata que alzarse contra vuestra alteza, y aguarda á cumpliros la palabra que os dió de serviros lealmente mientras dure la rebelion, para en el momento en que le parezca que os la ha cumplido, hacer valer sus derechos sobre el castillo de

Albarracin, y ofrecerse á las órdenes del rey de Aragon.

—Sé todo eso muy bien, repuso el rey.

—Si, replicó el judío, pero vuestra alteza ignora que el rey de Aragon y el de Lara se han convenido ya para obrar de mancomun contra vos, y lo que parecerá á vuestra alteza imposible, es que él y el hijo de D. Lope de Haro están de acuerdo para vengar á su padre.

—Tambien lo sé, respondió D. Sancho, y sin embargo me se hace duro creerlo.

—Ahí teneis una carta que os lo probará, repuso Abrahan alargándole un papel. Una casualidad ha hecho que cayera en mis manos, y su lectura os asegurará de la buena fé con que desde este momento empiezo á serviros.

—Quieres decir, replicó el rey despues de haber leído la carta sin mostrar el menor movimiento de sorpresa, que puedo contar contigo desde ahora para en adelante.

—Así es, señor, como vuestra alteza dice; solo que desaria cumplir primero como es de mi deber con mi rey, manifestándole mi intencion de abandonar su reino para pasarme á Castilla, condicion sin lo cual vos mismo no podiais juzgar bien de un hombre que fuera traidor al que primero le habia empleado.

—Tal es, repuso el rey, mi intencion: enviarte á Aragon con todas las muestras que de mi amistad puedo dar á su rey tratándote como á su embajador,

y honrándote en cuanto esté á mis alcances. Pero allí mismo exijo de tí el desempeño de una comision á que de ningun modo puede oponerse tu escrupulosa conciencia. Quiero, pues, que halles un medio de deshacerme de mis sobrinos los infantes Lacérdas. No que yo desee que se les dé un veneno, no te imagines tal cosa, pero sí que si pudiera ser que me los entregaran.... en fin, si pudiera lograrse que no me inquietaran mas....

—Estoy, señor; vuestra alteza desearia que no le inquietaran mas, respondió el judío con intencion.

—En eso, ya ves, replicó D. Sancho, que no faltas á la fé que debes á aquel monarca. El ya los tiene presos; ¿qué importa que sea yo quien los tenga?

Puso el judío sus dificultades, mostró repugnancia, ofreció, rogó y amenazó D. Sancho, hasta que pareciendo ceder por último el judío á sus razones y promesas fingió con tanta habilidad su papel, que el rey quedó muy persuadido del buen fruto de su resolucion.

Añadióse además que hallándose enferma la reina, tuvo el judío ocasion de probar su ciencia devolviéndole en pocos dias la salud, y que siendo muchos de los cortesanos en extremo aficionados á la alquimia y astrología, se grangeó en ellos poderosos protectores para con el rey, que ya sin necesidad de esto le manifestaba abiertamente una amistad asegurada con repetidas pruebas.

Hizo entretanto Abraham las mas vivas diligencias

por averiguar el paradero de su hija, cuya última desgracia ignoraba, hasta que desesperado, y sin haber tampoco adquirido noticias de Usdrobal, llegó el dia señalado para su vuelta á Aragon, y en que se puso en camino colmado de honores y confianzas, y acompañado de una numerosa escolta para su honra y seguridad.

Capítulo XLII.

El hallarse en este Usdrobal fuera del Castillo de Guelar en las cercanias á donde habia tanido que retirarse temeroso de ser conocido, y á donde habia ido sin embargo, no le habia de hacer sus escortas mas fuertes, ansioso de saber de Leonor y de favorecer á su hermano si podia libertarle de la prision en que yacía aguardando á cada instante la muerte. Habia ya puesto en libertad á Nino, á quien por fuerza arrancaron del lado de su señor, no pareciéndoles ser persona de importancia para que fuese preso, y quisieron también por divertir al de

gracia ignoraba hasta que desesperado, y sin haber
tampoco reparado en el peligro de Usdrobal, llegó el día
señalado para su vuelta á Aragón, y en días que
camino colmado de honores y condecoraciones, y acompañado
de una numerosa escolta para su honra y seguridad.

Capítulo XLI.

Y á un lado miro con soberbias torres
el palacio de Lara.

Tanto desastre al infelice dueño,
tanta desolacion á su familia,
¡cuán distinto se ve! . . .

(EL MORO EXPÓSITO.—Por D. Angel de Saavedra.)

I.

Hallábase en esto Usdrobal fuera del Castillo de Cuellar en las cercanías, á donde habia tenido que retirarse temeroso de ser conocido.

Sin embargo, no dejaba de hacer sus escursiones al fuerte, ansioso de saber de Leonor y de favorecer á su hermano si podia libertarle de la prision en que yacía aguardando á cada instante la muerte.

Habia ya puesto en libertad á Nuño, á quien por fuerza arrancaron del lado de su señor, no pareciéndoles ser persona de importancia para que fuese preciso tenerle preso, y quizá tambien por quitar al de

Iscar el consuelo que su fiel criado pudiera darle.

Los dias habian pasado lentamente uno tras otro para D. Hernando, que solo en uno de los calabozos del fuerte, no acertaba á darse razon del por qué le tenian allí tanto tiempo sin decirle palabra ni sacarle al patibulo, lo que ya casi deseaba en su desesperacion: cada mañana, apenas amanecía, esperaba ver entrar el verdugo en su calabozo con la escolta que habia de acompañarle al suplicio, y el menor ruido que sentia, apercibia el ánimo para el terrible trance en que á cada momento esperaba verse. Imaginaba otras veces posible su libertad, ya porque la guerra siguiera, ya porque algun amigo secreto le protegiese; pero ni la hora de la muerte llegaba, ni sus esperanzas se realizaban, y pasaba lentamente un dia tras otro sin recibir noticia alguna, ni ver apariencia de que se decidiese de alguna manera su suerte.

Sin embargo, no se descuidaba el buen Nuño, ni por verse él libre se habia olvidado de su señor preso, antes bien todos los dias venia al castillo por si hallaba ocasion de verle, y ya que no podia otra cosa se contentaba con preguntar por él á su amigo el viejo Duarte, quien solia darle noticias.

Volvíase Nuño descontento y gruñendo casi todos los dias del castillo, viendo que sus deseos á tan corto servicio habian de limitarse por fuerza, trazando á todas horas cómo libertar á D. Hernando, para lo que ya habia intentado hablar á Duarte, puesto que la rudeza y la fidelidad de aquel viejo para con su amo el

de Cuellar le quitaba el ánimo cuando mas determinado venia á confiarle su plan. Con este pensamiento, y renegando de su falta de resolución, salió de Cuellar una tarde, y con mucho despacio, asaz pensativo y del mal humor dirigia sus pasos al pueblo de Iscar, pesaroso de haber vivido tantos años para sobrevivir á la ruina de aquel castillo, mansion otro tiempo de la alegría y el lujo, y ahora desolado trofeo del Conquistador. Ocupaban sus almenas las tropas de D. Sancho, que se habian apoderado de él; y la vista de los soldados de un rey no menos odioso para Nuño que para su amo, mas de una vez habia hecho al buen viejo derramar amargas lágrimas de coraje.

Veíase en su vejez sin asilo y á merced de algun antiguo vasallo de su señor, que por piedad le habia recogido, y esta idea cruel para un hombre acostumbrado á mirar los vasallos de su amo como siervos suyos ajaba su amor propio, tanto que ni aun bastaban las ilusiones que se hacia él mismo de que aquel labriego en favorecerle no hacia sino cumplir con su deber, y era un nuevo dardo que venia á clavarle en su alma.

Envuelto, pues, en estas meditaciones caminaba, y ya el sol empezaba á ocultarse cuando alzando la vista de pronto vió un hombre enfrente de él parado que le miraba de hito en hito sin pestañear, y como si quisiera reconocerle.

Miróle Nuño asimismo; pero volviendo á sus largos monólogos, prosiguió su camino sin acordarse mas de

aquel hombre, hasta que en habiendo andado pocos pasos mas sintió que le tiraban de la rienda á su caballo para detenerle, lo que le hizo volver en sí y llevar la mano á la guarnicion de la espada por lo que pudiera acaecer.

—Sosegáos, señor Nuño, que mas vale que seamos amigos, y yo no vengo con intencion de ofenderos, dijo el jóven que estaba pié á tierra, y en el cual reconoció á Usdrobal, á quien mas de una vez habia visto en el campo de los rebeldes.

—Por Santiago, repuso Nuño, que me alegro de hallarte, galan, pero siento que me hayas sorprendido. y si mi amo, el padre de D. Hernando, me hubiese visto ahora caminar tan desprevenido, no habria dejado de decirme algo que me pesara. Pero á bien que él ya murió, su hija Dios sabe dónde estará, su hijo irá á acompañarle dentro de poco, y yo no los veré ya en todo lo que me queda de vida.

Dió á estas últimas palabras el pobre viejo un tono tal de melancolia y pesadumbre, que Usdrobal no pudo menos de conmoverse.

—Buen amigo, le dijo, es menester mas ánimo, y la esperanza no debe abandonaros tan pronto. Aquí me teneis á mí.

—Tú eres muchacho, respondió Nuño, y á tu edad lo mismo me daba á mi ocho que ochenta; pero ya soy viejo, esperaba morir en el castillo de mis amos dejándolos á ellos felices, ellos han sido mi única familia, pues yo no he tenido hijos ni mujer, y no he vivido

tantos años sino para ver morir á sus hijos, y su casa en poder de otro dueño que ha echado de allí hasta los perros; amigo mio, creeme; este golpe es demasiado cruel para que yo le sufra con resignacion.

—Con todo, repuso Usdrobal, no hay que desesperarse todavía. Si esta noche quieres quedarte aquí conmigo en esa cabaña que ves, haremos penitencia juntos y acaso entre los dos daremos traza de que las cosas mejoren de aspecto. Puede ser que todo se componga y que hallemos medios de salvar á tus amos.

—Si tú, buen amigo, repuso Nuño, encuentras camino de burlar la vigilancia de nuestros contrarios, te juro que puedes disponer de mi vida y de mí como de un esclavo. Vamos, que no dejaré yo tambien de servir de algo en tus designios, aunque no sea mas que por mi prudencia y la experiencia que tengo del mando, que de algo me han de servir los años, y las guerras y trabajos en que me he visto.

—Así es, buen Nuño, replicó Usdrobal. Vamos.

Y diciendo y haciendo se encaminaron juntos hácia una choza que allí cerca, etretejada de ramas de árboles que en el techo ondeaban, se veía á la luz del crepúsculo como el yelmo de un caballero, y entrando en ella los dejaremos meditando sus planes, cuyo resultado hemos de conocer por último, contentándonos con saber que al dia siguiente muy de mañana montó Nuño á caballo, y habiéndose despedido de Usdrobal salió á buscar al Velludo, que andaba no lejos de aquellos contornos con su partida.

Capítulo XLII.

.....Mas cesa de repente

tódo rumor, y el estridor violento

de sucede de un arco sacudido,

y de flecha veloz el silbo horrendo.

(El Moro Expósito.—Por D. Angel de Saavedra.)

La alegría de verse libre y honrado por el rey de Castilla no pudo templar, sin embargo, en el pecho del judío Abrahan el dolor de no haber podido averiguar todavía el paradero de la desgraciada Zoraida.

Harto feliz con ignorar la suerte que habia cabido á su hija, creíase el más desventurado de los hombres, cuando, á la vuelta de los emisarios que habia enviado á Valladolid, no pudo lograr noticia cierta del camino que tanto ella como Usdrobal habrían tomado.

Combatíanse varios pensamientos en su interior, y hasta llegaba á veces á desconfiar de Usdrobal, puesto que semejante idea apenas lograba hallar cabida en su

alma, y era desechada con enojo cada vez que su imaginacion acalorada se la presentaba.

Embebecido con esto, caminaba acompañado de una numerosa escolta que á par que mostraba honrarle, no dejaba de vigilar todos sus movimientos, como si temiesen que les escapara.

A la mitad del camino se agregaron dos hombres á ellos vestidos de ermitaños, aunque no tan cubiertos con la capucha que no se les viese bastante del rostro para conocer quiénes eran.

Traia uno de ellos un rosario de cuentas muy gordas, y en llegando á la tropa dirigió su *Laus Deo* con tan afeminada y meliflua voz que nadie hubiera creído sino que era Zacarías el que hablaba.

—Decid, hijo mio, dijo llegándose con mucha dulzura á uno de los soldados, decidme, y así Dios os lo pague en el cielo, ¿qué escolta es esta, y á quién vais acompañando?

—Nuestro capitán, respondió el soldado, es el valiente Alonso de Vargas, y el que vamos acompañando dicen que es un embajador, aunque otros aseguran que es un judío.

—Sed libera nos á malo, repuso el ermitaño: ¡un judío! Mal hareis si no le quemais vivo ó le exigís un rescate proporcionado á las muchas riquezas que debe tener. ¡Un judío! ¡Jesús! ¡Jesús! *Orá pro nobis, Turris Eburnea.*

—Pues voto á Judas, replicó el soldado, que como todos pensasen como yo no habíamos de andar mu-

chas leguas acompañándole, que no es justo que un perro como él traiga asendereados tantos hombres de bien.

—Cómo ha de ser, hijo mio; Dios dispondrá lo que mas convenga, y puede ser que no se pase mucho tiempo sin que ese mal hombre pague sus culpas y entregue á los fieles como tú lo que con sus usuras ha grangeado malamente.

—Tengo entendido, añadió el soldado, y por las barbas de mi padre que no las traigo todas conmigo, que el tal embajador de Lucifer es mágico y tiene pacto con el demonio.

—*Vade retro*, exclamó el ermitaño haciendo al mismo tiempo la señal de la cruz. *Diabolicus vir.* ¿Y cómo caminais con tanto descuido con un hombre tan peligroso?

—Ande mas y hable menos, juro á Dios gritó en esto un cabo de la tropa que venia detras; y vos señor ermitaño, idos á rezar vuestras oraciones.

—Sea lo que Dios quiera, respondió el soldado en voz baja al ermitaño, y apretó el paso en seguida.

Apresuráronlo tambien los dos anacoretas, observando al parecer con indiferencia el orden en que caminaba la escolta, que componian doce soldados armados de punta en blanco á caballo, y un número doble de infanteria con sus ballestas y partesanas.

—

II.

Iba el judío delante montado en una soberbia mula, y á su lado el capitán Alonso de Vargas razonando con él amigablemente, y el resto de la tropa marchaba detras á cierta distancia, sin temor de ningún peligro, en dos filas, y conversando unos con otros para entretener el camino. Cuando los dos ermitaños pasaron por donde caminaba el capitán, inclinaron la cabeza sobre el pecho en muestra de saludarle sin detenerse.

—¿A dónde bueno, devotos padres? preguntó el capitán.

Zacarías hizo una seña á su compañero que respondiera.

—A la ermita de Nuestra Señora de los Aflijidos, repuso su compañero.

—¿Y cómo tan solos? ¿No teneis miedo de ladrones?

—En todo este camino, señor, replicó el anacoreta, no se halla uno, y además nosotros no llevamos nada que nos roben, y no podemos tentar su codicia.

—Pues decían que el Velludo, respondió el capitán, vagaba por estas cercanías.

—Nada de eso: las últimas noticias son que ha tenido que retirarse á Vizcaya. Loado sea Dios, que ha libertado esta tierra del terrible azote que la afligia.

Mas hubiera querido saber el capitán acerca de lo

que se decia del Velludo, pero los supuestos anacoretas saludaron de nuevo, y apretaron el paso de modo que á poco tiempo en las revueltas del camino ya se habian perdido de vista.

—No sé por qué, dijo el judío al capitán luego que hubieron desaparecido, me da el corazón que esos dos ermitaños no son sino dos pícaros redomados, y mucho me temo que no sean espías del Velludo.

—¡Qué! exclamó el capitán con indiferencia: el miedo os hace ver lo que no hay. ¿Qué habian aqui de venir á espiar, ni qué adelantarian con eso? Tranquilizáos, que por vida de mi padre que daría los años que me quedan de vida por habérmelas con ese capitán de bandidos, y veriamos de qué le servian conmigo las tretas villanas de que se vale para escaparse.

—No habéis muy alto, repuso el judío, que quiera Dios que no os oigan.

—No me irriteis, vive Dios, replicó Alonso de Vargas, que estoy por ir solo á buscarle ahora mismo.

—Allá veremos, respondió Abrahan.

Callaron con esto, y anduvieron aun una media hora sin que sucediese cosa que de contar fuese.

En esto el camino en que entraron empezó á estrechar rodeado de dos colinas muy pedregosas, y se levantaban de trecho en trecho tan elevados peñascos, que bien podria tras ellos ocultarse una docena de hombres.

III.

Los últimos rayos del sol herían tibiamente las cumbres de las montañas, y apenas á cierta distancia se veían reflejar confusamente los espesos árboles de un bosque, que como el término de aquella angostura se presentaba.

De repente una flecha silba á los oídos del capitán, y otras dos mas se clavan en su armadura.

Alzar Vargas la vista, enderezarse en la silla y empuñar su lanza, fué obra de un solo punto; pero ya habían caído muertos tres soldados, y tenía algunos caballos heridos.

—Animo, muchachos, gritó con voz de trueno; y ya se disponía á dar las órdenes convenientes, cuando un sin número de flechas quedaron incadas en su cuerpo, dos de las cuales, calando hasta el corazón, le hicieron abrir los brazos y caer de la silla dando un bramido.

En este momento las dos lomas aparecieron cubiertas de gente, que desprendiéndose como un ejército de hambrientos buitres sobre las amedrantadas palomas, acabaron lo que ya había empezado el terror, pues sin dejarles volver de su sorpresa cayeron sobre ellos con tanto ímpetu que los pusieron en fuga, no creyendo menos sino que el cielo en su ira llovía sobre ellos hombres armados.

Defendiéronse, sin embargo, algunos que prefirieron la honra á la vida; pero además de que fueron pocos, fué tanto el desorden y tan impensada la acometida que no tardó mucho el Velludo en quedarse absoluto dueño del campo.

Había conservado el judío su serenidad en medio de aquel trastorno, y apeándose de la mula estaba aun registrando las heridas del capitán por ver si podría socorrerle, cuando decidida ya la victoria se halló prisionero entre los de su partido.

El primero que se acercó á él fué el devoto ermitaño, que desde el día en que trató de quemarle no había dejado de soñar en los muchos zequíes que había estado á pique de agarrar sino hubiera llegado el Velludo tan á tiempo, y que desde entonces le había seguido como su sombra por si podía hallar otra ocasión de cobrarlos.

El había sido el que viendo cuán mal le salían sus trazas avisó al Velludo de la proporción que tenía de batir la escolta que le acompañaba, persuadido de que cayendo el judío en poder de los bandidos, no le sería difícil atraer á su partido algunos de ellos, y á despécho del capitán, si fuese preciso, forzarle á entregar tales cantidades que pudiesen satisfacer su codicia y la de sus camaradas.

Había concertado para esto su plan con algunos compañeros que habían jurado obedecerle á todo trance, aun contra la voluntad del Velludo, y durante la acción no había hecho mas que observar á Abra-

han por si se escapaba, por lo que fué el primero que le echó mano cuando estaba registrando, como hemos dicho, las heridas del desgraciado capitán Alonso de Vargas.

Cuando el judío reconoció al que le tenía prisionero, no pudo menos de temblar recordando la cruel tragedia en que por causa de aquel mal hombre estuvo á pique de representar el papel de protagonista, y mucho más cuando le oyó decir:

—Dios no quiere sin duda que se pierda tu alma, y te ha traído segunda vez al camino de tu salvación. Deja á ese infeliz que está ya dando cuenta á Dios; vente conmigo.

—No me moveré de aquí, repuso Abraban, si primero no me lo manda el Velludo, cuyas órdenes estoy dispuesto á obedecer al momento. Vosotros en mí debéis mirar un aliado, y yo no tengo nada que temer de vuestro capitán.

—¿Quién lo duda? replicó Zacarías: síguenos, pues, ya que el Señor te ha libertado de tus enemigos, y dale gracias por haber venido á parte donde, como tú dices, has hallado tus aliados.

En esto llegó el Velludo preguntando por el judío, quien al momento que le hubo visto le conoció, y en llamándole, todos los demás se apartaron para hacerle lado, sino Zacarías, que así se separaba de él como un perro del hueso que tiene entre los dientes.

—Señor Zacarías, señor Zacarías, dijo el Velludo con sorna dándole una palmada en el hombro; por es-

ta vez quedó también el cordero libre de los dientes del lobo. No se hizo la miel para la boca del asno, y así no sereis vos quien la coma. Idos, pues, de aquí, antes que os haga yo andar más que de prisa de un puntapié.

—Vuestro siervo...

Iba á contestar Zacarías, pero el temor que le inspiraba el Velludo, le hizo retirarse sin proferir mas palabra.

—Venios conmigo, prosiguió el bandolero dirigiéndose al judío; Abrahan, sois libre, y nadie os tocará al pelo de la ropa viviendo yo; vamos.

Y tomando del ronزال la mula, echó á andar á su lado, antecogiendo su gente, que rica con los despojos que acababa de ganar, le seguía en buen orden, encaminándose todos hácia el bosque, que por ser ya oscurecido se divisaba apenas como una sombra en el horizonte.

IV.

Luego que llegaron se enmarañaron en su espesura, y habiendo colocado las centinelas, el Velludo se retiró con el judío y un caballero armado, que luego pareció ser Nuño, y que hablaba con el primero.

—No tengais duda, que mucha experiencia tengo y he visto muy malas caras en mi vida, pero la de éste que va aquí de ermitaño, no se me despintará nunca aunque viva más que Matusalen. Él fué el guía que

me entregó á mí y á mi amo la noche antes de la batalla, y por cierto que ha de conservar la marca de un latigazo que le tiré á la cabeza con esta misma espada que llevo al cinto.

—Sosegáos, amigo Nuño, replicó el Velludo, y yo os juro que las va á pagar todas juntas.

—Tiempo es ya, añadió el judío, de purgar la tierra de ese malvado.

Otras varias razones pasaron entre ellos, y la conversacion llevaba trazas de no acabar tan pronto, cuando el grito de *al arma, al arma*, resonó á la redonda por todo el bosque.

Alzó la vista el Velludo, y vió que ardía una gran parte de él, cuyas llamas iluminaban los contornos con tanta luz como si fuese de día.

Los gritos se aumentaban, oíase ruido de armas, el incendio volaba, y crecía el desórden.

—Mi capitan, dijo uno de los bandidos, todo desfigurado y falto de aliento; Zacarías ha sublevado una parte de vuestra tropa, y dicen que ha de ser él quien los mande, ó que les habeis de entregar este hombre, y señaló al judío.

—¡Sangre y demonios! exclamó el Velludo; pronto, á ellos, y no hay que dar cuartel á ninguno.

—Lo mejor que podeis hacer, dijo Nuño, es echaros fuera del bosque, que en el llano difícil será que os ataquen: me acuerdo yo que en el año 1255, día de San José por la tarde...

Iba á proseguir refiriendo lo que habia sucedido el

día de San José por la tarde, cuando notó que ya el Velludo habia desaparecido, y que habia quedado solo con el judío, que en tanto riesgo no sabia qué partido tomar.

—Parece ser que es á vos á quien buscan, prosiguió Nuño volviéndose al judío. Lo mismo me sucedió á mí la noche del día de San José, como iba contando; pero aquella era situacion algo mas apurada que la vuestra, y Dios sabe cómo me ví para salir de ella.

—Por Dios, interrumpió Abrahan, dejáos ahora de eso, y veamos qué hemos de hacer, pues segun veo el fuego llegará aquí muy presto, y no nos queda más remedio que huir.

—Lo mejor que podeis hacer, dijo Nuño, es largaros y esconderos de unos y otros, pues yo que vos no me fiaria mucho de ninguno de ellos. Venid conmigo y no tengais miedo, que basta que hayais sido el médico de mi pobre amo para que yo os proteja y defienda contra todo el mundo.

Diciendo así tomaron la vuelta del camino, y habiendo trepado por entre unos peñascos, eligieron el sitio que les pareció más seguro, donde quedaron ocultos hasta el día siguiente.

V.

Toda la noche duró el fuego y la batalla, y tal era el encarnizamiento con que pelearon unos con otros,

que hubo muy pocos de una y otra parte que no saliesen heridos.

Los caseríos vecinos, los pueblos á más de dos leguas de distancia brillaban con un color rojizo en la oscuridad de la noche al resplandor del incendio, volaban hechos pavesa los árboles, y en medio de aquel espantoso estrago oíanse los alaridos de los moribundos, las voces de los combatientes, y no parecía sino que los hombres que peleaban eran demonios que entre las llamas retozaban contentos de ver la destrucción del mundo.

Sostuvo el Velludo aquella noche la fama de valiente que tan merecida tenía, no cuidándose del peligro, arrojándose á todas partes, y combatiendo como buen soldado.

Eran los suyos el mayor número, y aunque Zacarías animaba también sus partidarios con el ejemplo, cada golpe del hacha del Velludo parecía decidir la victoria.

Seguía á éste su fiel perro, que no ménos intrépido que su amo acometía á sus enemigos con increíble inteligencia y ferocidad, y más de uno de los bandidos rebeldes fué víctima de los dientes del impetuoso Sagaz.

En resolución, al amanecer se levantó un viento fresco en dirección al sitio donde empezó el fuego, que impeliendo las llamas á campo raso le apagó en pocas horas, faltar ya de árboles en que cebarse.

Amaneció nublado, y el humo cubría de tal modo

la atmósfera, que apenas podía decirse que era de día.

Entretanto cesó la batalla y quedó el campo en silencio, lo que rodobló la inquietud del judío y causó pena al buen Nuño, dudosos ambos por quién habría quedado el combate.

Pero esta duda no duró mucho tiempo, y bien pronto, habiendo Nuño salido á registrar el campo, vió subir la colina al Velludo negro de humo, medio chamuscadas las barbas y el saço de cuero quemado, cubierta de sangre el hacha que traía en la mano, y con los ojos que relampagueaban de ira.

Seguiale su gente conduciendo algunos presos, y en llegando á la altura donde estaba el judío hicieron alto, se repartieron algunos víveres, y se pusieron en buena paz á almorzar, tan alegres y satisfechos como si nada hubiera sucedido de extraño.

El judío se acercó al capitán, y le saludó diciéndole sentía mucho haber sido él causa inocente de aquel trastorno, á lo que respondió el Velludo que él se alegraba sobremanera de aquello, porque así se había conocido ya quiénes eran los buenos y los malos de su partida.

Dicho esto callaron todos, y él dió orden para que les quitaran la vida á los que traían prisioneros, lo que se ejecutó al momento, atándolos dos con dos por los brazos á los dos frentes de cada árbol que por allí había, y disparándoles tantas flechas que su muerte fué obra de un solo punto.

— Veamos, dijo, hecho esto, el Velludo con mucha

calma desde la peña en que estaba sentado, veamos ahora ese hipócrita de Lucifer que trataba de quitarme el mando. Por la Virgen de Covadonga que voy á hacer con él ahora un ejemplar como no se ha visto en el mundo.

Diciendo así dió un silbido, y habiendo vuelto Nuño y el judío los ojos hácia la parte á donde llamaba, vieron venir al mastin trayendo medio á rastra el cuerpo de Zacarías, que en vano intentaba desasirse de él, y que cada vez que sentia en su carne los dientes del animal lanzaba un quejido tan lastimoso como risible para aquellos bandidos, que á carcajada tendida celebraban con sumo aplauso la gracia.

Señalábanle todos riendo, y hasta el buen Nuño, aunque nos cueste trabajo decirlo, pagó su tributo á la ferocidad de aquel siglo con una carcajada brutal.

Solo el judío ni se reía ni se conmovia, indiferente al parecer, y admirando entre sí los castigos que tarde ó temprano reserva al delincuente la Providencia.

—Vamos aquí, dijo el Velludo, señor devoto, que os voy á enviar al cielo más pronto que la vista, aunque antes no será malo que nos divirtamos un rato á tu costa, segun tu loable costumbre con los que caian en tus manos. Suéltale, Sagaz.

Con lo que el perro, habiéndole dejado libre, Zacarías se hincó de rodillas y empezó amargamente á llorar suplicándole que le perdonase la vida.

—Siquiera, decia, por el tiempo que os he servido. Yo os prometo retirarme á buen vivir, y rogar á Dios

por vos: lo digo ahora de veras. Yo os prometo que no quiero más que salvar mi alma. Yo os besaré los piés, yo...

—A ver un latinajo, maestro Zacarías, gritó moviéndose uno de los bandidos.

El Velludo le miraba con desprecio, y más de una vez tuvo el hacha en alto para descargársela encima, á tiempo que el infeliz se arrastraba en el suelo delante de él, le besaba en efecto los piés, y pedia la vida con clamores capaces de enternecer una piedra.

—Vergüenza me da, ¡vive Dios! dijo el Velludo soltando el hacha, de pensar que has sido tú el que ha tratado de quitarme el mando. Ven acá, alma de cántaro, corazon de gallina, ¿qué demonios tiene la muerte que tanto te asusta? Por la Virgen de Covadonga, si no tienes más remedio que morir, muere como hombre, y no hagas ver que eres un mán-dria.

—¡Por Dios! ¡por Dios! ¡compasion! ¡misericordia de mí! gritaba Zacarías: Dios os lo premiará en la otra vida.

—Calla, cobarde, que no es cosa para tanto, ni vale tu vida el tiempo que hemos de tardar en quitártela. ¡Ea! muchachos, ahí os lo entrego para que os divirtais un rato con él, gritó el Velludo á su gente con su acostumbrada frescura.

VI. Adelántaronse todos al pobre hipócrita, que mas hubiera querido verse entregado á las fieras, y sin hacer caso de sus súplicas ni de los alaridos que daba, empezaron á jugar á la pelota con él como un pelele en Carnestolendas, echándose los unos á otros, hasta que cansados de su diversion idearon otra de no menos ingenioso entretenimiento, y fué que cogiéndole entre dos ó tres le ataron las manos á la espalda, y enseguida por medio del cuerpo á un árbol, ligándolo fuertemente asimismo por los piés, lo que con grandes carcajadas y chistes fué aplaudido por todos.

Hecho esto llamaron al perro, y poniéndolo enfrente de él á cierta distancia, y sujetándolo uno de ellos con ambas manos, hicieron por dos ó tres veces ademán de dejarlo ir contra él, riéndose á cada contorsion que hacia el infeliz, temeroso de la embestida.

Por último, al cabo de haberle remedado algunos, y dichole otros cuantos donaires se les ocurrieron, achucharon al animal, y al grito de *á él, á él*, le dejaron suelto.

Arrojóse el perro con tanta furia como suelen embestir al toro los alanos que á tales peleas están enseñados, y en llegando cerca del árbol dió un salto y agarró á Zacarías del pescuezo, que olvidado de que tenia las manos atadas hacia increíbles esfuerzos por llevarlas delante para apartarle con ellas.

Apenas hubo hecho presa, cuando dos ladrones acudieron á quitárselo, lo que con no poco trabajo lograron, y habiéndose vuelto á colocar en el mismo sitio que antes, le soltaron segunda vez.

Varias veces repitieron la misma faena, y á la verdad que era horrible ver aquel hombre moribundo esperando de este modo una muerte lentamente penosa, y clamando ya con espantosos gritos que le mataran por Dios cuanto antes.

En resolucion, fueron tales los alharidos que dió, que el judío y Nuño se taparon los oídos por no oírlo, y el Velludo, levantándose de la piedra donde habia permanecido mirando, puso fin á la bárbara diversion diciéndole á tiempo que se encaminaba hácia él: —Yo te haré callar, Lucifer, que ya me duele la cabeza de oírte.

Y llegando á él le dividió el cráneo en dos partes del primer hachazo, llamó el perro, y se volvió á donde estaba el judío y Nuño, con quien se puso á hablar muy tranquilo. Y fué lo particular que en su última hora de lo que menos se acordó Zacarías fué de encomendarse á Dios ni de rezar, tan turbado estaba que hasta se olvidó de la ocupacion de toda su vida.

—No hay que temer, amigo Nuño, decia el Velludo; yo os ofrezco que antes de tres dias me tendreis á vuestra disposicion con mi tropa en los pinares de Iscar, y que se hará cuanto se pueda por vuestro amo. En cuanto á vos, prosiguió hablando con el judío, sois libre, y podeis iros donde mejor os convenga.

Diciendo así, y habiendo reunido su partida, se despidió de ellos, y se alejó de allí precipitadamente á una expedicion, si no de mucha honra, al menos de bastante provecho.

—Si no fuera que es un ladron, dijo Nuño luego que el Velludo se retiró, juro á Dios que seria un hombre con quien yo pasaria con gusto toda mi vida. Es intrépido como él solo, y se parece como un huevo á otro á un amigo que yo tuve que murió el año de 1255 el dia de San José en la batalla que os empecé á contar. ¡Fué mucha batalla aquella!

—El Velludo, respondió el judío, es como todos los hombres, un conjunto de cosas buenas y malas.

Y montando en su mula y Nuño en su caballo, tomaron el primero el camino de Valladolid por si lograba saber el paradero de su hija, y el segundo el de Iscar, determinado á todo con tal de salvar á su señor de la prision donde maldecia su destino.

Capítulo XLIII.

Abrirse ve bajo su misma planta
la tierra de ambos polos sacudida;
sulfúrea niebla que la vista espanta
.....
y en medio de los aires se levanta
sobre un grupo de nubes sostenida,
adusta diosa cuya sombra crece
y allá en los cielos penetrar parece.

(De D. F. Martinez de la Rosa.)

I.

Dos dias habian pasado ya desde la entrevista de Nuño con el Velludo sin que en este tiempo hubiese visto Hernando de Iscar otra cara que la de su carcelero, que con extraordinarias precauciones le traía todos los dias la comida, que el desesperado caballero apenas probaba, sin embargo que el cocinero del castillo solía echar en todos los manjares cantidad suficiente de ajos y especias para despertar el apetito.

Era su calabozo el cubo de una torre, sin mas vista que una reja que daba al campo, por donde le entraba

la luz del día; un cántaro de agua y una cadena fija en una aldaba de la pared, y que ceñía al prisionero por medio del cuerpo, aunque bastante larga para permitirle ponerse en pié y andar algunos pasos, hacían el único adorno de aquella estancia.

Cerrábase con una puerta doble, tachonada de clavos, que bien así como la losa de una sepultura encajaba de modo en el marco que ni aun daba paso al aire, asegurada asimismo por fuera con dos enormes cerrojos que al abrir ó al cerrar el calabozo hacían el único ruido que llegaba á los oídos del Castellano de Iscar.

Habíanse tomado cuantas providencias son imaginables para que no pudiera escaparse, temerosos de su valor, y Saldaña, que miraba su prision como el áncora de su esperanza, había impuesto pena de la vida por el menor descuido que padeciesen sus guardas.

Era animoso el de Iscar, y los trabajos que sufría no eran capaces de abatir su corazón; pero como al mismo tiempo era su genio impaciente sobremanera y en extremo altivo, su brio le hacía á cada instante exasperarse, y perdido en sus cabilaciones, á veces parecía loco y se arrancaba mechones de pelo de coraje.

Su carcelero, el buen Duarte, brusco y rudo como un puerco espin, apenas le hablaba una palabra, y el de Iscar, demasiado orgulloso, para preguntar nada á un villano, no se dignaba siquiera de mirarle cuando le traía su comida.

No venía tampoco mas que dos veces al día, y rara vez volvía á abrir el calabozo hasta el día siguiente;

pero una tarde á deshora sintió el de Iscar el triste estruendo de los cerrojos que descorrían, y asombrado de aquel desusado ruido á tal hora, volvió la cabeza á mirar quién era con indiferencia, y vió á Duarte que con su cara de perro de presa y las llaves en la mano entraba en el calabozo.

No preguntó nada el de Iscar, y era asaz tardó el honrado escudero para hablar de pronto sin meditar primero lo que iba á decir.

Y no que temiese aquello de que palabra suelta no se recoge, sino que se sucedían tan despacio las ideas en su embotado calétre, y era además tan falto de explicaderas, que necesitaba de algún tiempo para romper.

En fin, haciendo un esfuerzo, después de haberse mordido la yema del dedo pulgar, rascándose la frente con la mano izquierda, y dado dos ó tres embestidas con el cuerpo hácia adelante como si fuese á hacer algo y no se atreviese á ello, dijo:

—Pues, voto á mi padre, que aquí no debeis estar muy á gusto.

Estaba sentado en el suelo el de Iscar, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y no hizo señal siquiera de haberle oído, por lo que segunda vez se halló Duarte en la misma dificultad, sin acertar por dónde empezaría lo que tenía que decirle.

—Yo, señor, dijo, no sirvo para esto: yo he conocido mucho á vuestro padre cuando el de mi amo y él eran amigos.

Aquí se detuvo, por ser período demasiado largo, no ocurrirle el cómo podría pasar adelante; pero el de Iscar, que oyó nombrar á su padre, no pudo menos de levantar la vista y responder con su acostumbrada aspereza.

—¿Y qué hay?

Esta pregunta fué un rayo de luz para Duarte, que respondió como si lo tragese estudiado.

—Es el caso que están haciendo en la plaza de pueblo un tablado, y que tengo entendido que á mas tardar pasado mañana os van á cortar allí la cabeza. No que á mí me importe eso, ni menos me asuste, pero al fin y al cabo, como os he conocido cuando erais niño, lo siento.

El rostro de Hernando resplandeció con el gozo de la desesperacion al oír la noticia que le daba su carcelero: púsose en pié, levantó al cielo los ojos, y dijo:

—¡Yo os doy gracias, Dios mio! Padre mio, voy á abrazaros digno de vos, sin haber manchado en nada la gloria de mis antepasados.

Y volviéndose á Duarte prosiguió:

—Vé y di á tu amo que lo que siento es, que no me haga dar muerte ahora mismo.

—Vive Dios que me alegro, repuso Duarte que no os siente mal la noticia porque en fin, así se va un hombre mas contento, y...

Aquí le faltaron ya palabras al escudero, que aquel día habia hablado, puede asegurarse, casi tanto como en toda su vida, escepto cuando vivia Jimeno, á quien

estaba maldiciendo continuamente por el poco respeto que el pícaro paje le manifestaba.

Iba ya á retirarse, cuando el señor de Iscar, templada sin duda su altivez con la idea de la muerte próxima, ó enternecido su corazón con algun recuerdo de lo que dejaba en el mundo, volvió á mirarle y le dijo:

—¿Sabes tú de mi hermana? ¿Está aquí?

—Aquí está: ¿qué hay con eso?

Un pensamiento cruel despedazó en este momento el corazón de Hernando, y una lágrima de furor y de pena á un mismo tiempo se desprendió por su megilla á par que el temblor convulsivo de sus miembros probó la agitacion de su alma.

Figuróse si estaria ya deshonrada, y tal vez en aquel momento en brazos de su enemigo, acariciándole y olvidada de su hermano, cuyo honor, que debia reflejar en ella, iba á cubrirse de nubes para siempre por culpa de una mujer.

El temor de deshonrarla delante de aquel villano si no era cierto lo que imaginaba, y el mas terrible de saber de fijo lo que quisiera eternamente ignorar, combatia con el deseo mas vivo de saber de ella. Por último, determinado á todo se atrevió á preguntarle:

—¿Saldaña la trata bien?

—¡Toma! respondió Duarte: la mimo como á una reina.

—Y ella supongo, continuó el prisionero con amargura, admitirá sin repugnancia sus atenciones.

—Hay de todo, repuso el escudero con sequedad, aunque dicen que se está tratando la boda.

—Mientes, le dijo el de Iscar con impetuosidad; pero acercándose á él cuanto le permitia su cadena, procuró contenerse y prosiguió: dime la verdad, esplicame claramente, y yo te prometo... no sé qué, exclamó con impaciencia acordándose de que nada poseía ya en el mundo, y que estaba condenado á muerte. Este relicario de oro, prosiguió echando mano al que traía en el pecho, vale cien alfonsis, y mi padre lo llevó encima mientras vivió.

—A mí no me seduce nadie, gritó Duarte con un gruñido: ¡vive Dios! bueno es que anduvo el maldito paje que está en los infiernos tras de ganarme, y no lo pudo conseguir nunca.

—¡Por Santiago! ¡villano! exclamó el caballero cruciándole todos los huesos de su cuerpo de cólera, y haciendo un esfuerzo para romper la cadena, que me has de decir cuanto sepas, ó...

—No, no hay cuidado, repuso Duarte con estúpida calma: la cadena no se rompe así como se quiera, y os vais á hacer mal si tirais de ese modo.

—Maldito seas tú y tu amo, y ojalá que se cumpla mi maldicion, gritó Hernando con el rostro amoratado y arrojando espuma por la boca de ira, y maldita sea mi hermana, y caiga sobre ella además la maldicion de mi padre si mi sangre se mezcla alguna vez con la del infame Saldaña.

II.

Imposible fuera pintar la rabia que se apoderó del desdichado caballero, que no dudó ya un punto que su hermana habia en fin cedido á las instancias de su robador: baste decir que se arrojó contra el suelo dando bramidos espantosos y golpeándose la cabeza con los eslabones de la cadena con tanta furia que el viejo Duarte, á despecho de su estúpida insensibilidad, se sintió conmovido, y aun le hubiera rogado que no se maltratase de aquella manera si el pobre hombre hubiese hallado palabras con que pedirselo.

Calmado ya el primer ímpetu de su cólera, clavó el prisionero los ojos en el techo de su calabozo, y dijo con desmayada voz:

—Vos me oís, padre mio: maldicion sobre la hija de vuestro cariño que ha desobedecido vuestros mandatos. Vos la hicisteis noble al engendrarla, y ella se ha prostituido á vuestro enemigo: vos la educásteis en la virtud y ella ha preferido el vicio y ha deshonorado nuestra familia llenándome á mí de infamia. No es ya mi hermana, no es ya vuestra hija. ¡Maldicion, execracion eterna sobre esa mujer! Oye, continuó fijando sus ojos en Duarte. Dile á tu amo que el único favor que le pido es que se harte de ella pronto y la odie, la mitad siquiera que le aborrezco yo á él. ¡Hermana mia! ¡hermana mia, tú eras la perla de nuestro lina-

je, el ídolo de tu hermano, y tú le has deshonrado por último!

—Juraria que siento pasos, dijo Duarte acercándose á la puerta: alguien viene. Quedad con Dios, que no quiero que me vean hablando con vos ahora.

Y ya iba á cerrar la puerta, cuando una mujer hermosa como el sueño de la inocencia, aunque abatida sobremanera y preñados los ojos de lágrimas, le hizo seña con la mano que dejase abierto, y sin sentar apenas el pié en el suelo, veloz como el pensamiento, se precipitó en la prisión.

—¡Afuera! gritó Duarte con su rusticidad favorita; pero antes que pudiese en ejecucion sus palabras, como tenia medio cuerpo fuera del calabozo sintió que le asian fuertemente de un brazo, y volviendo con impaciencia á saber quién era, halló un hombre embozado en una ancha capa de piés á cabeza, que acercándosele cuanto pudo le dijo en secreto algunas palabras y se alejó en seguida.

III.

Empezaba ya á anochecer, y la poca luz que penetraba en el calabozo servia solo para dejar ver las tinieblas; Duarte, obediente sin duda á las palabras del incógnito, se habia retirado fuera del calabozo dejando la puerta abierta; Hernando, tendido en el suelo, reclinaba su frente sobre su mano derecha, la cabeza vuelta hácia la pared y la desesperacion en su rostro;

y Leonor, que ella era la que acababa de entrar, parada en medio del calabozo, las manos cruzadas sobre el pecho, y puestos los ojos en su hermano mirándole con muestras de compasion y ternura.

—Hernando, hermano mio, se atrevió, por último, á pronunciar en voz baja y mirando á un lado y á otro como si temiese que la escucharan, bajándose al mismo tiempo para abrazarle.

—¡Qué oigo! exclamó Hernando sorprendido y volviendo de repente á mirarla: ¿es la voz de Leonor! ¡Dios mio, haced que sea falso lo que me imaginaba!

—Hernando, exclamó Leonor sorprendida de la frialdad de su hermano, que no habia hecho sino mirarla, ¿te has olvidado ya de mí? ¿No me amas ya como antes?

—¡Pluguiese á Dios, respondió Hernando, que te aborreciera! ¡Mujer! ¡mujer! tú me has perdido y te has llenado de infamia á ti misma.

—¡Yo te he perdido! ¡yo me he cubierto de infamia! exclamó Leonor sorprendida: ¿qué quieres decir, Hernando? ¿Quisieras tú aborrecer á tu hermana?

—O que nunca hubieras nacido, continuó el caballero con muestras de pesadumbre. Leonor, yo te adoraba, yo habia jurado no dar mi mano á ninguna mujer para entregarme únicamente á ti, satisfecho con el amor puro de hermanos que se abrigaba dulcemente en mi alma; tú eras la joya de más valor que al morir me habia dejado mi padre, la mejor riqueza de cuantas yo poseía; tu honor era para mí mil veces

más querido que el mio; me deleitaba en tu virtud, y cuando te veía hermosa, dulce y pura como un ángel de luz, todos mis pesares se disipaban, el ceño de mi rostro se desvanecía, y un sentimiento inesplicable de ternura se derramaba como un bálsamo de delicia en mi corazón. ¡Ojalá que entonces te hubiese yo visto espirar en mis brazos, ó que el día que entrastes en este castillo se hubiese desplomado sobre tí, sepultándote bajo sus ruinas! Yo te hubiera llorado, pero no te habría maldecido.

Al decir esto apoyó su frente en la mano izquierda, inclinó la cabeza, y su respiración anhelosa daba á conocer el tormento que le abrumaba.

Púsose Leonor junto á él de rodillas arrasados los ojos de lágrimas y echándole ambos brazos al cuello.

—¡Hernando! exclamó: ¡ojalá, como tú dices, que hubiese sido el último de mi vida el día que pisé este castillo por mi desgracia! Pero ¡ah! ¿qué te he hecho yo para que me maldigas? ¿En qué te he ofendido, ¡infeliz de mí! yo que tantas penas he sufrido, sola, débil, mujer en fin, sin ánimo como tú para vengarme de mi perseguidor, y forzada á oponer únicamente una resistencia pasiva á sus ruegos y á sus amenazas? ¿Qué más podías exigir de mí? Yo he sabido que estabas también prisionero de tu enemigo; mil veces ese hombre cruel, digno de odio y de lástima al mismo tiempo, me ha amenazado con darte muerte si no cedía á sus deseos. Mil veces se ha detenido en pintarme el momento de tu muerte con los colores más ne-

gros que pueden imaginarse, subiendo al patíbulo como traidor, envilecido tu nombre, borrados nuestros blasones por el verdugo, y arrasado el castillo de nuestros padres. Y yo podía darte la honra y la vida si le entregaba mi mano, y solo en una palabra mía consistía salvarte de muerte tan espantosa. Tres días me dió para decidirme; pasaron estos, y yo no había hecho más que llorar día y noche sin determinarme á nada, y si tal vez pensaba en sacrificarme por tí, ponía á Dios por testigo de mi inocencia, y rogaba á mi padre que mirase con piedad la debilidad de su hija. Pero aun tuve fuerza para resistir y para rogar á nuestro tirano que me concediese algunos días más y dilatase tu última hora, esperanzada no se en qué, y todavía sin saber á qué resolverme.

—A verme morir, respondió con firmeza el caballero: á verme morir con el valor propio de la hija de cien héroes, y á morir tú misma primero que llamar tu esposo al verdugo de tu familia.

—¡Ah, sí, morir! ese es mi único deseo, respondió Leonor; pero la muerte no oye la voz del infeliz que la llama, y antes he de ver rodar tu cabeza y teñida el hacha del verdugo en tu sangre, y he de oír deshonrado tu nombre, y aun quizá viviré largos años, y una voz secreta repetirá á cada instante en mi corazón: *tu hermano murió en un patíbulo por tu culpa; en tí pudo más tu orgullo que el amor que le debías, y que te mandaba sacrificarte por él.*

—¡Quita allá, mujer! gritó Hernando apartándola

de su lado con aspereza; huye de aquí, y deja que olvide que he tenido una hermana que prefiere mi deshonra á mi muerte; huye de aquí, y déjame morir en paz.

—¡Ah! suspiró la infeliz Leonor poniéndose en pié sorprendida de aquel tratamiento tan áspero. Yo he suplicado á Saldaña que me permitiese venir á verte pensando servirte de consuelo, y he venido solo á aumentar tu martirio. ¡Dios mio! ¡qué maldicion ha caido sobre mí para merecer el odio de mi mismo hermano! ¡quién hay más desdichada que yo! ¿Qué quieres que haga por tí?

—Dejarme morir, y si de veras me amas, clavar un puñal en el pecho de mi asesino y vengarme.

—Hernando, tú no sabes lo que me pides, respondió Leonor aterrada; yo solo quisiera salvarte.

—Si tal hicieras, mujer, yo te juro que seria inútil tu sacrificio, repuso Hernando, porque antes de verte esposa de ese traidor, yo mismo, yo me atravesaria con mil puñaladas el corazon, y á falta de cuchillo con mis propias manos me despedazara. Oye la noticia del próximo fin que me aguarda, y que he recibido hoy; habia regocijado mi pecho, y hasta de esta última alegría me has privado con tu ruin proceder; vete, vete de aquí, primero que me hagas cometer un crimen, ahogándote para evitarte que cometas tú una vileza, y sabe que te he maldecido, que en tí no veo ya sino una prostituta que va á entregarse á un malvado, que antepone la vida á la honra, y que ha ve-

nido, en fin, á amargar mi última hora con su presencia. Si, yo te maldigo, y hasta que muera te maldeciré.

—No, no, hermano mio, exclamó Leonor arrojándose á sus piés y abrazándole las rodillas, toda desolada y llorando. Yo no merezco tu maldicion: tú eres injusto conmigo; y en fin, yo soy inocente y nada le he prometido. No me maldigas; ten compasion de mí, y márame si quieres, pero no me aflijas con tus insultos.

IV.

Miróla Hernando, y sintió al oír su voz dolorida, y al verla á sus piés tan acongojada, que su furor se habia calmado de repente, y hasta se arrepintió de lo que habia dicho. Porque en medio de su frenesí habia dejado escapar palabras harto injuriosas contra su hermana; era, en fin, generoso y la amaba demasiado, para que no le pesase de su arrebató, y tratase de enmendarlo y pedirla perdon de sus injusticias.

—Levántate, Leonor, repuso con voz más dulce; yo te perdono: sin duda no eres culpable; pero tú no sabes á dónde llega el dolor que despedaza mi alma. El peso de mis cadenas, la estrechez y el silencio lúgubre de este calabozo, los dias que en él he estado esperando hora tras hora la muerte, todo ha sido un cielo si lo comparo con el infierno que abrasa ahora mi cora-

zon. No has prometido nada me dices. ¿Y cómo has podido siquiera dudar un instante el partido que debías abrazar? ¿Cómo has podido creer que yo te agradeciera nunca una vida comprada con tu deshonor, ni cómo puedes tú ser jamás la esposa del hombre que te ultrajó y te ha ofendido, y exige tu mano por fuerza, del hombre, en fin, á quien detesto con todos mis sentidos y toda mi alma?

—¿Y crees tú, respondió Leonor, que le aborrezco yo menos? ¿No concibes el sacrificio que estaba dispuesta á hacer por salvarte? Dios sabe si mis intenciones son puras. Pero tú eres el último de mi linaje, y en tí si mueres se extinguirá para siempre. Yo no soy más que una mujer, y aunque viva, aunque te sacrifique á mi orgullo y á mi inclinacion, no puedo por mí sola sostener el esplendor de mis ascendientes. Y viviendo tú renovarás nuestros antiguos timbres con tu valor, y podrás cumplir tu venganza. Olvidarás que soy tu hermana, y mirándome como la esposa de Sancho Saldaña, yo misma presentaré á tu puñal mi pecho, dichosa si con mi muerte he salvado tu honra despues de haber salvado tu vida con mi vergüenza.

—Calla, calla, Leonor, y júrame si me amas, odiar como yo á mi enemigo, y no ser nunca su esposa.

—¿Y te he de dejar morir?

—Sí, Leonor, replicó su hermano, y mi última hora será la más feliz de mi vida si me aseguras de mantenerte en tan noble determinacion. ¿Me lo juras?

—¡Hernando!

—No hay remedio, si no quieres que te aborrezca, replicó el de Iscar: mi muerte será un bien, será una felicidad, y yo al espirar te bendeciré.

—Separémonos como hermanos, Hernando, y no me hagas jurar lo que quizá no tenga fuerza para cumplir.

—Júralo, ú olvídate para siempre, y mi desprecio y mi maldicion será el premio de tu sacrificio. Pero si al contrario juras dejarme morir y odiar eternamente á Saldaña, yo te amaré con todo mi corazón, te amaré como á mi hermana querida, y moriré contento.

—¡Hernando! ¡Hernando mio! exclamó Leonor derramando un torrente de lágrimas.

—Estás resuelta, ¿no es verdad? Ven, y déjame que te estreche por última vez á mi corazón: encuentre yo en tí todavía la hermana de mi cariño. Acuérdate que el verdugo de tu hermano ha sido Sancho Saldaña, que sus manos se han teñido en tu sangre...

—Sí, Hernando mio, replicó Leonor arrojándose en sus brazos, yo te lo juro.

—¡Padre mio! exclamó Hernando, con su mano izquierda abrazando á Leonor, y alzando los ojos y la derecha al cielo, tú has oído su juramento. Caiga tu maldicion sobre el perjurio, y vela tú desde el cielo sobre esta infeliz huérfana que va á quedar á tantos peligros abandonada si cumple lealmente lo que ha jurado. Dios mio, ten lástima de su horfandad.

—¡Hernando! ¡Hernando! ¡Nunca más te he de vol-

ver á ver!!! exclamó Leonor abrazándole toda trémula é interrumpida su voz con sus gemidos.

—En el cielo, Leonor, repuso su hermano con tono solemne.

V.

La puerta del calabozo se abrió de par en par en este momento, y el embozado que habia hecho retirar á Duarte se precipitó furiosamente en la estancia, y arrancando á Leonor de su hermano con increíble fuerza, tomola en brazos, y á pesar de los gritos y de las amenazas de Hernando, cerró la puerta de golpe, corrió con grande estrépito los cerrojos, y con su preciosa carga en los brazos atravesó á pasos precipitados los corredores, subió y bajó sin detenerse las escaleras, y Leonor, aterrada y sorprendida, no creyó ménos sino que volaba en los aires arrebatada de un huracan.

Era Saldaña, que habia estado oyendo la conversacion de los dos hermanos; Saldaña, que habia sufrido en media hora todos los martirios del infierno en la eternidad, despedazando su corazon la rabia, y roido de envidia, juzgando muy más feliz á su enemigo el de Iscar, preso y sentenciado á muerte, que á él mismo en medio de los honores y las riquezas, y dueño de su libertad.

Porque él cifraba su dicha en el amor de Leonor,

y la habia oido decir que le aborrecia, y aunque ya hacia tiempo que lo imaginaba, nunca se lo habia oido á ella misma.

Habia visto además la alegría de Hernando, que resuelto á morir, miraba la muerte como el camino del cielo, tranquila su conciencia y sosegado su espíritu, y sin temor del juicio de Dios, confiado en su inagotable misericordia, mientras él, supersticioso, pecador endurecido, y lleno al mismo tiempo de remordimientos, no gozaba un instante de paz, pensando en los eternos castigos que le aguardaban.

Despechado, por último, frenético, celoso del amor de los dos hermanos, no pudo contenerse más tiempo, y en uno de aquellos frenesíes que solian apoderarse de él, penetró, como hemos dicho, en el calabozo, y la arrebató de los brazos de Hernando.

Atravesaba el corredor á donde daba la puerta de la habitacion que en otro tiempo habia ocupado la desventurada Zoraida, cuando creyó que oia pasos de alguno que se acercaba.

Pero no eran los pasos que oia como los de un ser mortal, y habia algo en el lento, melancólico y pausado ruido que hacian, que parecia cosa del otro mundo.

La imaginacion acalorada de Saldaña le hizo acordarse entonces de aquella infeliz que habia asesinado él mismo, heló un sudor frio sus huesos, erizándosele los cabellos y sintió que le faltaban las fuerzas.

Los pasos que habia oido parecian acercarse, sintió

además un rumor semejante al que forma una ropata que arrastra al movimiento del que la lleva, cerró los ojos, apoyó la espalda contra la pared, estrechó á la desmayada Leonor contra su amedrentado pecho, y no acertó á seguir adelante ni á retirarse.

La noche habia cerrado ya enteramente, y la oscuridad más profunda reinaba en aquellas temerosas galerías.

Los pasos resonaron más cerca, y Saldaña apenas osaba moverse, cuando abrió los ojos de pronto y vió ó imaginó que veía una luz pálida y moribunda á corta distancia, semejante á los fuegos fátuos que suelen encenderse en los cementerios.

Figurósele que temblaba asimismo el suelo bajo sus piés, como si se abrieran las losas del pavimento, y que una figura cadavérica, una mujer, en su imaginacion colosal, la imágen, en fin, de Zoraida, solo que desfigurada ya con la muerte y de extraordinaria estatura, con el mismo puñal en la mano con que le amenazaba el día que la asesinó, se alzaba fantásticamente á su vista, y se encaminaba hácia él.

Sintió Saldaña al verla oprimirse su corazon, crispase sus nervios, y á no tener apoyada la espalda contra la pared hubiera dado consigo y con Leonor en tierra.

Pero el mismo terror que aquella aparicion sobrenatural le infundia le prestó fuerzas otra vez en el mismo instante, y sin separarse del muro, puestos los ojos inmóviles en ella, á cada paso que la fantasma

adelantaba retrocedia él otro, andando de lado, trémulo y falto de aliento.

Cuando llegó al ángulo del corredor ya la vision habia desaparecido, y en su lugar vió al viejo Duarte, que con una linterna en la mano venia hácia él desde el otro extremo.

No pudo entonces ménos de dudar si habria sido un delirio suyo la vista de aquella fantasma, y si habria tomado á Duarte por ella en su desvarío.

Sin embargo, Duarte acababa entonces de llegar al corredor, y la figura de Zoraida habia aparecido enfrente de él, y casi en el mismo sitio donde se habia presentado la habia visto desvanecerse.

No dudó ya un punto de la verdad de aquella vision; pero habiendo recobrado en parte su espíritu, aunque todavía temeroso de volverla á ver, corrió con ímpetu á la habitacion de Leonor, y en dejándola al cuidado de sus doncellas, se dirigió á su estancia y se arrojó en su silla, donde quedó pensativo por largo rato.

Capítulo XLIV.

Fallida ya mi esperanza
quedo triste y sin ventura,
y en tamaña desventura
no hé más bien que mi venganza.

(Anónimo.)

I.

Entró luego á despertarle de sus cabilaciones un caballero de parte del rey, que le dijo que su alteza deseaba verle, y que le esperaba solo en su cuarto.

Túvole que repetir el recado dos veces, á pesar de venir del rey, pues además de estar distraído no se picaba nuestro héroe de cortesano, y las penas que le consumían le traían tan fuera de sí que apenas ponía cuidado en lo que le hablaban.

Levantóse de su asiento á la segunda vez sin replicar palabra, y habiendo hecho seña al caballero de que le había entendido, se dirigió á la habitación de D. Sancho, donde le halló solo ocupado en revolver algunos libros de astronomía.

Hízole un saludo respetuoso, á que contestó el rey, quien cerró el libro que estaba leyendo, y habiéndose vuelto á él le indicó que tomase asiento y se acercase, diciéndole al mismo tiempo:

—Parece, buen caballero, que os es fatal vuestra estrella.

—Vuestra alteza, señor, respondió Saldaña con tono de voz melancólica, creo que se engaña en llamar estrella á la luz infernal que guía mis pasos en este mundo. Pero lo cierto es que no hay en él un hombre mas desdichado que yo.

—Eso quiere decir, repuso el rey, que la hermana del rebelde está mas obstinada que nunca, y no nos permite con su tenacidad usar de nuestra clemencia.

—Así es, replicó Saldaña: esa mujer se ha empeñado en que su hermano muera, y en que yo me desespere y maldiga al Dios que me hizo y la hora en que ví la luz.

—Pues entonces, ya veis, contestó D. Sancho, que es inevitable que se cumpla la ley. Mi deseo hubiera sido perdonarle y reconciliar vuestras dos familias por medio de vuestro enlace con Leonor de Iscar, porque, por Santiago de Compostela, os juro que querria salvar y tener por mi servidor á un tan valiente caballero como su hermano, aunque no fuera sino por lo leal que para con mi padre fué el suyo.

—Hernando de Iscar, señor, respondió el de Cuelar, es testarudo como un toro, y yo no sé qué hacer ya con su hermana para persuadirla. Con todo, es

cruel el partido que va á tomar vuestra alteza, y si pudiera ser retardar aun algunos dias...

—No, Saldaña, os engañais, interrumpió el rey; lo que seria bondad únicamente de nuestra parte, seria mirado como una prueba de debilidad por nuestros enemigos. El delito de Hernando mientras que á Nos no preste el homenaje debido y ceda su hermana á vuestras instancias, no debe quedar impune. Considerad que es el jefe de una faccion que todavía cuenta muchos partidarios en todo el reino, y que mientras él viva y no le tachen los suyos de traidor á sus juramentos viéndole premiado á nuestro servicio, mantendrán esperanzas que debemos á toda costa desvanecer, y atribuirán á miedo la tardanza de su castigo. Os he hecho llamar, porque no he querido proceder de ligero; pero ya que vos mismo no conservais esperanza alguna de reducir á su hermana, Hernando de Iscar es preciso que muera.

—Y entonces yo, respondió Saldaña, perderé tambien lo único que me quedaba en el mundo, porque tambien Leonor morirá sin duda, y vos sereis el que por premio de los servicios que os he hecho me la arrebateis para siempre y hagais que me maldiga en su lecho de muerte, como al demonio de su desgracia.

—Saldaña, repuso el rey con afabilidad, estais loco, y no se puede hacer caso de lo que en este momento decís. Esa mujer os ha trastornado el juicio.

II.

No se engañaba el rey en lo que decia, y cualquiera que hubiese visto á Saldaña girar á un lado y á otro, los ojos desatentados, la cabeza baja y contraído á veces el rostro, hubiera participado de su opinion.

Luchaba entonces el corazon de nuestro héroe con cien encontradas pasiones.

Deseaba por una parte vengarse de una vez de Leonor, aunque fuese á costa de sí propio; faltábale por otra fuerza bastante para ejecutar su venganza, temia echarse sobre sí un nuevo crimen, hacíase ilusion todavía de vencer la tenacidad de Leonor, pesaba además las razones del rey, y en medio de tan contrarias voluntades no sabia por qué decidirse.

Y quedó algun tiempo en silencio y hablando á veces consigo mismo en confuso murmullo, olvidado de quién estaba con él, como si se hallara solo en su cuarto.

Mirábale el rey, y de cuando en cuando se sonreía.

Tambien él hubiera querido salvar á Hernando, aunque por diferentes razones, que puesto que hasta entonces habia aparentado ceder á las súplicas de Saldaña, no se le ocultaba al rey lo importante que podia serle un hombre del valimiento de Hernando si lograba desconceptuarlo entre los revoltosos y atraerlo á su servicio.

Pero el convencimiento en que estaba ya de que no podía alcanzar lo que quisiera, le habia hecho mudar de intento, determinado por último á hacer, ya que mas no podia, un castigo ejemplar en el jefe de sus contrarios.

Por otra parte, Saldaña no veía tampoco para él ventaja alguna en cometer el delito de sacrificar á Hernando, puesto que si hubiera querido solo satisfacer sus sentidos, tiempo hacia ya que estaba Leonor á su voluntad, y en vano hubiera sido su resistencia; pero no buscaba en ella un placer pasajero, no era un instinto animal el que le hacia desearla, sino que un sentimiento profundo, una esperanza de felicidad le obligaba á todo para poseerla.

Imaginábase (porque siempre nos imaginamos en nuestros sueños de felicidad lo que queremos) que aunque ella le aborrecia entonces, su empeño para agradarla, si llegaba á ser su esposo, los miramientos que con ella tendria, volverian en cariño el odio que un resentimiento pasajero habia engendrado contra él en su corazon.

Por lo que la vida de Hernando le era tan precisa como la suya propia para el cumplimiento de sus esperanzas, y sin embargo que la entrevista de los dos hermanos habia disipado muchas de sus ilusiones, y encendido en su alma vehementes deseos de venganza, decidido á acabar una vez, aun no acertaba á determinarse, temeroso de perder para siempre lo que tal vez pudiera ganar todavía.

Serenóse, pues, un poco, y exhaló un profundo suspiro.

—Vuestra alteza, dijo, no debe precipitarse en quitar la vida al de Iscar. Quizá logremos todavía que Leonor ceda, y en ese caso...

—Desengañáos, Saldaña, repuso el rey; la pasión que teneis á esa dama os hace ver lo que no hay, y esperar lo que no llegará jamás, mientras usemos de la blandura con que los hemos tratado hasta ahora. Si ven que no se cumplen nuestras amenazas, sus oídos se acostumbrarán á ellas, y no harán mas caso que de las nubes de antaño. Las que se les han hecho son las mas terribles, y nada nos queda ya sino ejecutarlas. Veremos si resiste hasta el último trance el valor de esa mujer inconquistable, probemos su ánimo con el último terror que nos queda, y creedme, que si aun tiene firmeza para ver llevar su hermano al cadalso, ni vivo ni muerto debeis esperar nada de ella, porque es claro entonces que es una de aquellas mujeres que solo se hallan en los libros de caballería.

—Así es, replicó Saldaña, y por mi desgracia vereis que no cede. Pero teneis razon, y no queda otro medio de hacer titubear su firmeza. Es preciso que su hermano muera mañana mismo, y que ella misma presencie su muerte, ó que un enlace dichoso ponga fin á las enemistades que nos desunen.

—Me alegro, dijo el rey sonriéndose, de que penseis con más juicio, y si la mala suerte hiciera...

—Perdonad si os interrumpo, señor, replicó Salda-

ña frunciendo el entrecejo, que le ennegrecia como una nube el semblante; si tal hiciera la mala suerte, los demonios del infierno podían contar con un alma más en su reino.

—¿Y por qué no las damas, repuso el rey, con un galán más que las obsequiase?

Saldaña no respondió: echó una mirada de indignación y desprecio al rey, y rechinó los dientes como un condenado.

Don Sancho, que le tenía por loco, no pudo menos de sonreírse.

—¿Con que está resuelto que mañana ó morirá el caballero, ó Leonor será vuestra?

—Y que ella, repuso el de Cuellar, ha de estar presente á su muerte.

—Pardiez que estais decidido, replicó el rey.

—A todo, respondió Saldaña.

Y habiendo quedado un rato en silencio se levantó de su asiento, y sin pedir permiso ni mirar siquiera dónde se hallaba, salió de la estancia embebecido en sus pensamientos, sin oír siquiera la risa con que don Sancho celebraba su distracción.

Capítulo XLV.

En esto los de la guarda hicieron andar la yegua, y al pregonero avisaban gritase: esta es la justicia que nuestro rey hacer manda al moro Azarque, traidor contra su corona sacra.

(Romance de Azarque.)

I.

El sol, y no Febo, en todo su esplendor teñía ya de color de fuego las almenas del castillo de Cuellar, cuando el bullicio y algazara que resonaba en las calles de la ciudad, habrían hecho creer á cualquier forastero que alguna agradable fiesta se disponía.

Y no le hubiera quedado duda de qué clase de función era la que iba á representarse, si seguía los pasos de la multitud que se encaminaba á la esplanada de la fortaleza, donde un magnífico cadalso cubierto todo de bayeta negra se levantaba, obra sin duda de extraño artificio y particular gusto, á juzgar por el inmenso gentío que la contemplaba.

—Hola, eh, tío Galafre, gritaba uno que, aunque cojo y con dos muletas, corría al sitio destinado para la diversion del respetable público. ¿Sabeis á quién van á ajusticiar?

—¿A mí qué me importa? respondió Galafre: lo que yo quiero es que le corten la cabeza á alguno por divertirme, y tanto monta que sea á Juan como á Pedro.

—Bárbaro, gritó otro con tono magistral y muy pagado de sí mismo, no creas que vas á ver ningun echa-cuervos, que no es nada menos que al señor de Iscar, majadero.

—Cata ahí, Marujilla, decia una mujer á otra amiga suya que con un niño en brazos, á pesar de ser la compasion el dote peculiar del bello sexo, se afanaba entre el gentío por ponerse delante de todos; cata ahí el señor saludador, el señor Soguilla, que está allí con el hacha, más tieso que otro tanto, y con más colores que la procesion del Córpus.

—Bien decia él, que habia sido verdugo en su mocedad, y ahí se ve lo que decia mi marido, que el señor Soguilla lo mismo era para un fregado que para un barrido.

—Ahí lo tienes, que parece un caballero mal comparado.

En efecto, era Soguilla, que desempeñaba aquel día el papel de primer galan, y que á fuerza de representaciones al rey, habia merecido la plaza de verdugo, debida á sus méritos, segun él decia, aunque era fama entre sus enemigos que más la habia alcanzado por

intriga que por servicios que hubiese prestado, siendo además incontestable que ya no servia para el caso, aunque en otro tiempo pudiera haber puesto escuela.

Paseábase él entre tanto al pié del patíbulo en el espacio que dejaban los hombres de armas que formaban alrededor, donde no permitian penetrar á nadie, pavoneándose y muy lleno de importancia, persuadido de que habian vuelto para él aquellos dias felices en que tanto habia lucido en Valladolid, y olvidado en la embriaguez de su júbilo de las muchas coces que habia recibido de los mulos, sus pacientes, en los diversos lances en que con ellos se habia hallado ejercitando el noble oficio de saludador. ¡Tanto nos deslumbra y engríe un momento de gloria, que nos hace olvidar de nuestros trabajos!

II.

Mientras pasaba esta escena en la esplanada del castillo, y aguardaban todos con ánsia el momento en que habia de presentarse el desventurado caballero, sin el cual no podia verificarse la fiesta, representábase otra parte del drama muy diferente y mucho más lastimosa en el interior de la fortaleza.

Habia recibido ya Leonor la orden de presenciar la cruel sentencia de su hermano, y su abatido espíritu habia desfallecido al oirla.

Un frio intenso como el de la muerte habia paralizado sus miembros, sus ojos desencajados quedaron

inmóviles con una espresion de horror que estremecía, y una mirada tan fija y tan penetrante que fascinara al que se detuviera á mirarla.

Su memoria la habia abandonado del todo, sus labios cárdenos temblaban continuamente, no respondió á lo que la hablaban, y el color de sus mejillas se habia trocado en la palidez de la muerte.

Estaban á su alrededor las doncellas que la servian, algunas llorosas y acongojadas, y otras el asombro en el rostro y horrorizadas de verla.

No resonaba en aquella lúgubre estancia una palabra, el menor ruido no se sentia, y solo de cuando en cuando venia á turbar el profundo silencio que allí reinaba el eco oscuro é informe de las voces que alzaba fuera á lo lejos la multitud impaciente.

Hubiérase dicho al verlas que algun prodigioso mágico habia encantado aquellas mujeres, ó que eran las estátuas de un sepulcro, teniendo en medio de ellas la verdadera imágen del dolor y la desesperacion.

Largo rato permanecieron de esta manera, hasta que abriéndose la puerta de la habitacion entró el jefe de los aventureros acompañado de algunos soldados, que traian una silla de manos, y un grito involuntario de horror que lanzaron todas á un tiempo fué la primera señal que dieron de que no habian perdido todavía su sensibilidad.

Pero Leonor no dió por eso muestras de recobrase de su letargo, y cuando el capitan aventurero con su tabernaria insolencia se acercó á la desventurada don-

cella, no hizo mas movimiento que entreabrir los labios y clavar los ojos en él con estúpida admiracion.

—No hay por qué asustarse de verme, le dijo Martin Gutierrez, y en verdad que no es para tanto, que tambien he visto yo cortar la cabeza á mi hermano, y no estuve yo muy lejos entonces de perder la mia, lo que hubiera sido peor. Animo, juro á Dios.

Los lábios de la infeliz Leonor se contrajeron oyéndole, dejando ver sus dientes enclavijados con la espresion amarga de los que padecen la enfermedad llamada risa sardana, sin por eso quitar de él sus ojos estupefactos.

—Vaya, levantáos, señorita, prosiguió el jaque aragonés, y entrad en esa silla de manos, y despacháos, porque sino juro á Dios que no vais á llegar á tiempo.

No respondió Leonor, ni dió señal de haber oido lo que le decia aquel salvaje, por lo que viendo que habia de esperar en valde si aguardaba á que se moviese, la tomó en brazos y la colocó en la silla, sin que ella opusiese resistencia alguna, indiferente á todo, y fuera de sí.

—Ahora bien, señoras, vamos andando, que para todas hay.

Y haciendo seña á los soldados de que anduviesen, salieron de la habitacion y se encaminaron á la galería que daba vista á la esplanada, diciendo al mismo tiempo entre dientes:

—Por Santiago, vive Dios, y así el diablo me lleve, que me da lástima de esta mujer, y que mejor la abri-

ria en canal con la espada que verla como la he visto. ¡Maldiciones y rayos me caigan! la pobre no está acostumbrada; ¡cuerpo de Cristo! pero este es el modo de que se vaya haciendo á las armas.

III.

En medio de la galería un asiento cubierto de luto habia atraído ya varias veces las miradas de los espectadores, y muchos de ellos envidiaban de buena fe la suerte de la persona que lo ocupase, y que con tanta comodidad veria desde allí al reo y al verdugo en el interesante momento de atarle los brazos á la espalda y descargar sobre él la cuchilla.

Pensaban algunos sería aquel asiento para alguna persona muy principal, ó quizá para el mismo rey, que lo habria hecho construir allí para disfrutar cómodamente de tan agradable espectáculo, no pudiendo persuadirse que hubiera en el mundo nadie que no tuviese el mismo gusto que ellos.

Alzaban de tiempo en tiempo los ojos á mirar quién era el que con tanto tino habia elegido aquel puesto par recrearse, creídos además en que aquel personaje, quien quiera que fuese, habia de ser quien hiciese seña de que comenzase la fiesta. Pero no quedaron poco sorprendidos cuando en lugar del rey, ó del señor del castillo, como aguardaban, vieron colocar allí á una mujer que con semblante de loca los miraba sin pestañear, mientras que una guardia de soldados la ro-

deaba, armados de punta en blanco y con sus partesanas al hombro.

Los que antes habian alabado el pensamiento del rey, dieron por cosa segura que era la reina, y no elogiaron menos su buena determinacion y corazon bondadoso; pero bien pronto se estendió la voz por la multitud de que era la hermana del señor de Iscar, sentenciada á presenciar la muerte de su hermano.

El ruido, las voces, la vista de aquel inmenso gentío apenas hicieron impresion en él ánimo de Leonor, que oía y veía todo aquello confusamente como los fantasmas del delirio de un moribundo; pero una vez sus ojos quedaron fijos en el enlutado cadalso, y un grito histérico, que resonó sobre las voces y el estrépito del gentío, fué lo primero que indicó que empezaba á recobrar sus sentidos.

Volvió empero á poco rato á mirarlo y solo se estremeció, y luego quedó de nuevo como alelada sin apartar la vista del patíbulo donde debia perecer su hermano, y no dió ya mas muestras de sentimiento, sino de cuando en cuando la contraccion de los músculos de su rostro presentaba en su boca una sonrisa de hiel.

Seguramente formaba un raro contraste con la alegría y el ruido de los que abajo contemplaban el cadalso á falta de otro mejor espectáculo, el silencio y la tristeza profunda que reinaba en la galería.

Los hombres de armas inmóviles en sus puestos, la vista fija y sin desplegar sus labios; las damas de la

infeliz Leonor cubiertas de luto y acongojadas, y ella, mas que todas apesadumbrada en el alma, estática, mirando al cadalso con el ahinco que distingue á los locos y la fisonomía del que padece accidentes nerviosos.

Estaba junto á ella un heraldo con su cetro en la mano con orden de arrojarlo en tierra para que se suspendiese la ejecucion si la infeliz, conmovida con tan horrible espectáculo, cedía en fin á los deseos del Castellano de 'Cuellar.

IV.

Mas de una hora habia ya pasado en tan terrible agonía, admirados los espectadores de que tardase tanto en llegar la víctima, ignorantes todos ellos del terrible plan de Saldaña, que habia mandado procediesen en todo muy despacio, á fin de dar tiempo de pensar á Leonor sobre la facilidad con que podia salvar á su hermano del suplicio, y aumentar por grados con la reflexion el horror que aquella lúgubre escena debia inspirarla.

Pero el tiempo, que sin compasion, curtido ya en crímenes, parece que tiene un placer en adelantar la hora funesta en que ha de acaecer alguna desventura, ó traer la muerte y el desconsuelo á los hombres, no quiso entonces detener tampoco su tan veloz como silencioso vuelo, sino que señaló el momento en que el de Iscar habia de determinar su carrera, y no tardó en

oírse una trompeta que impuso silencio en la multitud, y luego una voz que con acento ronco y sonoro gritó diciendo en aquel instante:—*Esta es la justicia que manda hacer su alteza el muy poderoso rey nuestro D. Sancho IV en la persona de Hernando de Iscar, á quien manda conducir con una soga al cuello y cortarle la cabeza públicamente por traidor y desleal á su rey, debiendo aquella fijarse en la puerta principal del castillo de Iscar que perteneció á este rebelde, despues de haber borrado sus armas por mano del verdugo, para escarmiento de traidores y oprobio de su descendencia.*

La voz resonó como el redoble sordo de un tambor enlutado, y ni pié ni mano movió todo aquel numeroso concurso, atento á las palabras del pregonero.

Otra vez se repitió el mismo pregon al cabo de un rato, sonando ya la voz mas cerca, y luego entre las dos filas de los soldados que cubrian el camino que llevaba al patíbulo, se dejó ver el que aquellas voces daba, la cabeza descubierta, andando muy despacio, con una trompeta en la mano, y detrás de él á Soguilla, gordo y cubierto de sudor tirando de una larga soga de esparto atada al pescuezo del reo, que como si estuviera con algun parasismo iba casi en el aire sostenido por bajo de los brazos, que apoyaba en los hombros de dos soldados.

Faltaba entonces *caridad* con los que ajusticiaban, y no habia como ahora *hermanos* por consiguiente que con la mayor *caridad* del mundo acompañan á un hombre á morir por fuerza, haciendo desaparecer de este

modo lo único que semejante lance puede tener de cruel.

Por lo que como hemos dicho los hombres de armas hacían el papel de *caritativos* con el desmayado caballero, lo que no poco sorprendió á todos, que aguardaban verle venir con serenidad y firmeza, despreciando la muerte y conservando hasta su última hora la fama de valiente que había merecido en su vida.

Pero quizá había llegado su alma, á fuerza de tanto sufrir, á perder por último su vigor, ó tal vez las pasiones que la habían agitado tanto en los días anteriores habían dejado su corazón fatigado en aquel vacío lóbrego, en aquella fría insensibilidad que es el resultado seguro de haber sentido con demasía.

También la falta de alimento, pues como ya hemos dicho en otro capítulo, gustaba apenas de la comida que le traían, podía ser causa de su desaliento; mas cualquiera que fuese, lo cierto es que venía tan abatido y desmayado que se dejaba llevar como un muerto, y muchos de sus partidarios que entre la turba se hallaban, se avergonzaron entre sí de haber obedecido á un hombre de corazón tan pusilánime, y que se cubría el rostro con el pico de su capa, sin duda por no atreverse á mirar frente á frente el patíbulo.

Entonó el pregonero tercera vez la sentencia enfrente de la galería donde estaba Leonor, que en el delirio de su fantasía no había hecho alto en aquella voz, que como uno de tantos gritos había llegado á su oído hasta aquel momento.

Pero entonces se notó que penetraba sin duda hasta sus entrañas, porque apartando de pronto los ojos del cadalso, de donde no los había quitado hasta entonces, estremeciéndose toda, púsose en pié, su rostro desencajado volvió á entrar en su centro, y miró á su hermano dando un profundo suspiro y señalándole con el dedo.

Brotaron sus ojos dos lágrimas que lentamente enlutaron sus encendidas mejillas, que parecían áscuas con la sangre que se le había arrebatado al rostro; pero bien pronto tomaron el color de la cera, las fuerzas le faltaron, y se arrojó en su asiento como si hubiera perdido el conocimiento.

Era el momento crítico en que debía Hernando salvarse ó morir, y realizar Saldaña sus esperanzas ó verlas desaparecer para siempre.

Acudieron sus doncellas al punto á socorrer á Leonor, que con los ojos cerrados no hacía sino suspirar, pero que al ruido que sintió junto á ella volvió á abrirlos, y viéndolas les hizo señas de que la dejaran.

—¡Dios mio! exclamó: dadme fuerzas para resistir. ¡El es! ¡El es! ¡Ah! ¡y yo le voy á perder para siempre!

Volvió entonces la cabeza á otro lado, pero á cualquiera que dirigiese la vista no hallaba nada que la consolase.

V.

A su derecha, delante de ella, se alzaba el cadalso, enfrente estaba su hermano tan débil y exánime, sin

duda por lo mucho que habia sufrido, que no podia caminar por su pié, y detrás de ella se estendia una fila de hombres de armas insensibles á su dolor, y que con semblante tan impasible como de piedra contemplaban la ejecucion, mientras que la trompeta y la voz del pregonero herian su oido con la terrible sentencia que publicaba.

Los espectadores, lejos de mostrar piedad, unos se mofaban de los pocos hígados del caballero, otros disputaban muy acalorados sobre si era ó no el caso para perder el ánimo, y muchos con estúpida gravedad miraban aquello como hubieran mirado cualquiera otra cosa, es decir, sin saber ellos mismos por qué miraban, sino es porque habia otros que estaban mirando tambien. Pero imposible es pintar lo que Leonor padecia. Hasta entonces la insensibilidad en que habia estado la habia hecho mirar todo con indiferencia, pasando por su enagenada imaginacion cuanto veía como las visiones de un sueño, harto feliz si la muerte la hubiera sorprendido en aquel estado.

Pero el nombre de su hermano que acababa de oír trajo á su mente, aletargada hasta aquel momento, el triste recuerdo de cuanto habia sucedido, y recobró, puede decirse, el juicio para conocer con él por sí misma todo el rigor de su desventura.

Entonces vió la muerte y la deshonra por una parte, la vida, la muerte y la deshonra por otra, pero con la diferencia de que la vida seria para su hermano, y la muerte y el deshonor para ella.

Pero el juramento que le habia hecho de nunca ceder á las instancias de Sancho Saldaña, las maldiciones que caerian sobre su cabeza si faltaba á un juramento en que habia tomado por testigo á su propio padre, invocándole y alterando su paz en el otro mundo, para que viese á su hija cometer al fin un perjurio, hacia titubear todavía su generosidad.

Entretanto el pregonero tocó por última vez la trompeta al pié del cadalso, y por última vez repitió su pregon con mucho placer del gentío, que esperaba ya con ánsia el desenlace de aquella tragedia tan larga. Quitó Soguilla la cuerda del cuello del caballero, que no enderezó ni movió la cabeza, que llevaba caída sobre el pecho, enteramente cubierta la cara, y la comitiva hizo alto, mientras el experimentado verdugo subió al tablado y arregló el banquillo en que habia el reo de sentarse y las sogas con que debia atarle las manos.

Y sin duda se detuvieron en aquel tremendo sitio con intencion mas tiempo del que debieran, porque ya Soguilla habia concluido sus quehaceres en el tablado lleno de satisfacion y hecho señas de que le subieran su víctima, y todavía estuvieron parados algunos minutos como si esperaran alguna orden.

Entonces treparon al cadalso los dos hombres que sostenian al reo, el cual en aquel momento dejó caer los brazos lánguidamente, que habia llevado hasta entonces apoyados en las espaldas de los soldados, torció la cabeza á un lado sobre el hombro izquierdo, y,

sin duda acometido de algun mortal parasismo, se dejó llevar como un cadáver al asiento que le tenían destinado, donde le aseguró el verdugo con las cuerdas que ya con esta intencion tenia preparadas.

En este momento uno de los reyes de armas se acercó á Leonor y le dijo:

—Mirad, señora, que va vuestro hermano á morir.

VI.

No pudo menos la afligida dama de volver á mirar el cadalso á tiempo que el verdugo tiraba atrás el pié izquierdo, y levantada el hacha en la mano, balanceaba el cuerpo para tomar brío y descargarla con fuerza sobre el desnudo cuello del caballero, que no movia pié ni mano, ni hacia ningun movimiento, inclinada la barba sobre el pecho, inmóvil en aquella postura sin duda por estar atado, y sin dar señales de vida.

Este espectáculo produjo en Leonor la sensacion que debia aguardarse: lanzó un grito de los que en ninguna lengua tienen ortografia, y levantándose de su asiento exclamó con voz en extremo penetrante y sobresaltada:

—No, no, deteneos; yo puedo salvarle: dónde está el rey: yo quiero ver al rey, yo quiero salvar á mi hermano.

A la primera parte de sus interrumpidas voces, que llamaron la atencion de todo el mundo y promovieron

un sordo murmullo en el concurso, parecido al rumor lejano del mar, ya el heraldo habia arrojado su cetro; que cayó á los piés del de Iscar, el verdugo detuvo el golpe en el camino muy á su pesar, y echando un juramento entre dientes, retiró el pié que tenia delante y bajó al suelo la terrible hacha.

El pueblo comenzó poco á poco á alborotarse, se oyeron voces de *muera*, *muera el traidor*, las mujeres y algunos prudentes varones chillaron, ó se precipitaron huyendo, ondeó aquella grave masa del pueblo como las copas de un bosque de palmas azotadas por el huracan, presentaron las puntas de sus picas y partesanas los soldados que formaban alrededor del cadalso; las voces de *muera* crecian á cada momento, confundíanse unos, atropellábanse aquellos, gritaban todos, y ya empezaba la ira á prestar armas al populo, que enemigo acérrimo de los traidores, ó mas bien indignado de que así se le aguase la fiesta cuando ya estaba á punto de terminarse á gusto de todos, se desató en amenazas é improperios, y se dirigió con nunca vista furia contra el pobre caballero, que no habia levantado todavía la cabeza, ni dado señas siquiera de oír lo que pasaba, dispuestos todos á relevar á Soguilla en su importante cargo y desobedecer al rey mismo, arrebatados sin duda del ardiente amor á la justicia que los animaba.

Pero nada de esto veía ya Leonor, que en el momento que acabó de hablar fué llevada de allí sin conocimiento en brazos de sus doncellas y conducida al

salon donde estaba el rey acompañado de algunos de su corte y de Sancho Saldaña, que á cada instante no hacia sino salir y entrar con muestras de impaciencia y desesperacion como loco.

Cuando entraron allí á Leonor, Saldaña se sonrió, pero no por eso desarrugó su entrecejo, ni puede decirse que se alegrára su alma, y un condenado que viera desde su infierno el resplandor de la gloria, quizá sentiria lo mismo que él á la vista de aquella infeliz.

Leonor volvió en sí en un delirio sin saber lo que se decia.

—No, yo no puedo ya mas; perdóname, hermano mio; era un juramento horrible... yo no debia cumplirle.

Y arrojándose á los piés del rey prosiguió.

—¡Ah! señor, perdonad la vida á mi hermano... vos sois generoso... él era vuestro enemigo, pero es el último de mi linaje. Tomad mi vida, haced lo que querais de mí. ¿Veis? ¡yo tambien era vuestra enemiga, y estoy ahora llorando á vuestros piés!... yo os pido por él: ¡ah! no seais inexorable á mis ruegos.

VII.

El tono de la voz de Leonor era tan dulce, habia en sus palabras una magia inesplicable, su mismo delirio, la palidez de su rostro, sus ojos cubiertos de lágrimas que fijaba en el semblante del rey con cierta

expresion de dulzura y de enagenamiento, la hacian parecer tan hermosa en medio de su dolor, como la imaginacion no alcanza á figurarse, ni bastaria á retratar el mismo pincel de Murillo.

Compadecióse el rey, que al cabo era generoso y muy galan con las damas, no pudo menos Saldaña de apartar la vista á otro lado para enjugarse una lágrima (quizá la primera que habia derramado en su vida), y cuantos estaban presentes tuvieron que hacer un esfuerzo para contener las suyas.

—Hermosa dama, dijo en fin el rey con mucha afabilidad, levantaos, calmad vuestra agitacion, y no desperdiciéis así esas lágrimas en conmover corazones que teneis ya avasallados con vuestra hermosura.

Preciso fuera que yo tuviera un corazon de mármol para que fuese insensible á vuestras súplicas: sí, yo estoy pronto á perdonar á vuestro hermano, á olvidar todo, á devolverle cuanto ha perdido, y á honrarle además con mi confianza.

Pero yo tambien tengo que pedir á vos otra gracia, y no creo que me la negueis.

Un odio de muerte ha separado dos familias que en otro tiempo siempre estuvieron unidas y en la mayor amistad.

Tiempo es ya de que olvidemos todos nuestros remordimientos, y sacrifiquemos nuestras rencillas particulares en obsequio del bien de la patria. Ya veis que yo no soy el último que las olvido. Un enlace pondrá fin á las disensiones de estas dos familias:

ofrecedme ser esposa de Sancho Saldaña, y yo cumpliré mi promesa. Dichosa vos, de quien se dirá que por un rasgo de generosidad habeis trocado en amor el odio de dos casas tan enemigas.

Calló en diciendo esto, y Leonor no hizo sino suspirar.

Saldaña no quitaba de ella los ojos, aguardando con ansia que respondiera.

—¡Ah! no hay remedio, exclamó Leonor: padre mio, ten compasion de tu hija: sí, prosiguió encarándose al rey, dad la vida á mi hermano, y yo... yo seré... sí, estoy resuelta, yo seré la esposa del Castellano de Cuellar.

En este mismo instante un grito de horror resonó en la estancia, y una maldicion espantosa, y el ruido que hace un hombre que cae de pronto, hizo volver los ojos de todos hácia Saldaña, que estaba á un lado detrás á cierta distancia del rey, á quien hallaron tendido en el suelo, el cabello erizado, sobrecogido y temblando.

—¿No la habeis visto? allí estaba... Zoraida... con un puñal. Sí, Zoraida, la mujer que yo asesiné, exclamaba señalando á un ángulo de la habitacion. No, no es ilusion, yo la he visto.

—Dejad, Saldaña, vuestras locuras para otra ocasion, dijo el rey con tono severo, que no parece sino que teneis gusto en asustar á vuestra esposa.

—Será locura, como vuestra alteza dice, repuso Saldaña avergonzado de lo que habia hecho, aunque

no todavía muy recobrado de su temor, pero yo juraría que la habia visto, y...

—Señor, interrumpió Leonor, doy gracias á vuestra alteza por no haber quitado la vida á mi hermano, aunque sea bajo una condicion que hará sin duda la desgracia de los pocos años que creo me queden ya en este mundo. Con vuestra licencia me retiro.

—Mi corazon, hermosa dama, respondió el rey desentendiéndose, os desea mil años de vida y de inalterable felicidad.

El tono melancólico de Leonor, y las lágrimas que centelleaban en sus ojos de cuando en cuando, manifestaban bien claramente la profunda tristeza que iba á echar hondas raices para siempre en su corazon.

Saldaña se acercó á ella con timidez y se ofreció á acompañarla, pero Leonor rehusó su compañía, suplicándole la permitiese llorar sola primero su suerte, para esforzarse despues á sufrirla con resignacion.

Dicho esto se retiró á su cuarto, donde la dejaremos, porque fuera empresa imposible querer pintar los tormentos de su alma, que tanto habia padecido, y los delirios de su imaginacion, afligida con la amarga ilusion del porvenir tan negro que la aguardaba.

Capítulo XLVI.

Cruzan las calles gentes á manadas

derriba, rompe, tiende, parte y mata,
trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
envuelve, desaparece y arrebatá.

(De Vicente Espinel.)

I.

Entre tanto el populacho, siempre feroz, y mucho más en aquellos siglos incultos, habia venido ya á las manos con los soldados, y como si fueran enemigos mortales, unos y otros acometíanse con tanta rabia, y dábanse tan tremendos golpes y tan sin lástima, que bien pronto por matar al traidor, como ellos decían, quedaron gran número de leales tendidos por tierra y anegados en su propia sangre.

Venció en un principio el ímpetu popular, que arrolló á los primeros que presumieron oponerse á su furia, atropellando á los hombres de armas que guardaban al reo, y arrojándose como un torrente sobre

el cadalso recio turbion de salvajes dando grandes gritos en derredor del de Iscar, que inmóvil como una piedra habia conservado su posicion, puesto que tampoco el verdugo se habia apresurado á desatarle las ligaduras.

—¡Arrastrarle! ¡Matarle á este ladron! ¡Muera el traidor! Tales eran las voces de aquella desenfrenada muchedumbre, que no hay juramento que no arroja-se, mala palabra que no dijese, ni insulto que no le hiciera.

Viéndose vencedores, parecióles lo mejor divertirse en arrastrarle por las calles, aprobándolo todos unánimes como el mejor y más gracioso pensamiento del mundo.

Y no se detuvieron mucho tiempo en arrojarse sobre el caballero y poner en obra su idea, sino que preparadas las cuerdas con que habian de arrastrarle, le desataron en tumulto y se lanzaron sobre su presa.

Pero quedaron todos atónitos cuando vieron que en vez de ponerse en pié el caballero con intencion de defenderse, como aguardaban, ó lleno de espanto para suplicarles que le perdonaran la vida, apenas le soltaron los cordeles que le sostenian se desplomó en tierra sin sentido, y le hallaron frio y yerto como una estatua de hielo.

Atribuyeron en un principio al miedo aquel paraismo que le hacia parecer como muerto, pero bien pronto se desengañaron, y habiéndole mirado con

más despacio, hallaron que era efectivamente un cadáver.

Arrancáronle con furor una especie de máscara que le cubría el rostro, y en que nadie había reparado hasta entonces, y ya como pájaros de rapiña, irritados cada vez más con lo que ellos llamaban una burla, iban á hacerle pedazos, porque el furor popular ni aun á los muertos perdona, cuando gritó uno de los circunstantes:

—¡Engaño! ¡Traicion! Que no es el señor de Iscar, ó el diablo ha tomado ahora la cara de Duarte para engañarnos.

—¡Es verdad! gritaron todos, mirando con asombro el cadáver del pobre escudero.

—El de Iscar se ha escapado sin duda, y ha dejado en su lugar al demonio.

—No hay duda en eso, respondió el albéitar de los hombres y las bestias del pueblo con mucha prosopopeya, y enarcando con mucho misterio las cejas. El de Iscar salió la otra noche volando por una tronera, y no hay que replicar, porque lo que digo lo sé de muy buena tinta.

En este momento gran fuerza de soldados cayó sobre los alborotadores con aquel encarnizamiento con que los satélites que usan la librea del despotismo, acometen siempre con razon ó sin ella á sus indefensos hermanos, y habiéndose vuelto á enredar la sarracina de palos y cuchilladas, la victoria se decidió en favor de la tropa, que no satisfecha con arrojar de allí

al pueblo, corrió por las calles, escaló las casas y atropelló á todo el mundo, sembrando la muerte por todas partes, hiriendo y asesinando á placer y cebándose en la matanza, hasta que restablecieron el orden, es decir, *la paz de las tumbas*, en aquella desolada ciudad. La esplanada del castillo quedó desierta, las calles cubiertas de muertos, y el cadáver del viejo Duarte por el diablo, hasta en la imaginación de los que más se jactaban de estar exentos de vulgares preocupaciones.

Capítulo XLVII.

Venganza pido: y por vengaza anhelo,
si de vos por ventura alguno tiembla
que en semejante infamia sumergida
su hijo, su hermana, ó su consorte sea;
el que en sí oyere del honor el grito
como en mi pecho destrozado truena,
ese me siga á castigar mi injuria,
y así la suya con valor prevenga.

(Quintana.—Del Pelayo.)

I.

Dos días despues de estos sucesos descansaban una mañana al amanecer tres hombres sentados en las riberas del río Adaja, hácia la parte de Olmedo, arrojados dos de ellos en sus anchas capas, mientras el otro en cuerpo gentil parecia desafiar el aire frío y penetrante que rizaba las aguas del río.

Estaba uno de ellos, que asimismo tenia trazas de ser el mas principal, triste y pensativo en extremo, dormia el segundo embozado profundamente, y el tercero, que era sin duda el Velludo, se entretenia en

acomodar el hierro de una flecha en un grueso baston, cuya punta afilaba con su cuchillo.

Mas de una hora hacia que estaban así ocupados sin hablar palabra, cuando el Velludo, envainando el cuchillo y poniéndosele en el cinto se levantó, y despues de haber mirado á una otra parte, como si esperase á alguno, se dirigió al primer embozado y dijo:

—En verdad, señor D. Hernando, que Usdrobal tarda mucho en volver, y me temo que le hayan echado el guante, y por la Virgen de Covadonga que lo sentiria.

—En efecto, respondió el de Iscar, que él era el que parecia tan imaginativo.

—Y que no siempre, añadió el Velludo, tiene un hombre la suerte que vos, que habeis escapado en un tris.

—Por Santiago, replicó el caballero, que no sé si deba ó no agradecerólo.

—La muerte, señor caballero, es como cualquiera otra cosa; pero si está de Dios que uno no ha de morir, no hay mas remedio que conformarse. Pero me tiene inquieto ese demonio de chico, no sea que haya cometido alguna imprudencia.

—¿Estais seguro de su eficacia? preguntó el de Iscar.

—Creo que baste deciros, que mas que á otro ninguno le debeis á él estar ahora disfrutando del viente-cillo que sopla.

—Yo no dudo de su lealtad, respondió Hernando.

—Pues en cuanto á lo demas, yo os lo fio.

Era el de Iscar demasiado valiente para que sospechase bajamente de nadie, y mucho mas de hombres que sin esperanza de ningun premio habian arriesgado su vida por salvarle la suya; pero su natural impaciencia y el ánsia que le fatigaba de saber noticias de su hermana, á quien habia dejado en situacion tan embarazosa, lo hacia tachar de negligente al que le servia con mas celo.

—¡Qué feliz es este hombre! dijo mirando á Nuño, que roncaba como un bendito. ¡Qué bien duerme!

Como que hace dos noches, replicó el Velludo, que apenas hemos cerrado los ojos.

—Y yo, repuso el de Iscar, creo que no he de dormir ya mas en mi vida, que no parece sino que he hecho voto de no tener nunca sueño.

—Sin embargo, respondió el Velludo, ¡vive Dios! que no creo que le hayais hecho de no comer, y así no será malo que nos lleguemos á mi cuartel general, donde me da el corazon que nos han de tener ya dispuesto un cabrito y algunas botas de vino. Animo, señor caballero, que los duelos con pan son menos, y despertemos á este buen hombre, que lleva trazas á lo que veo de no dar cuenta de su persona hasta el dia del juicio sino le llamamos nosotros antes.

—Así es, respondió el caballero; y empujándole con el pié en las espaldas le llamó por su nombre dos veces, y á la segunda se enderezó Nuño, refregándose los ojos y bostezando, con muestras de estar muy falto de sueño.

—Apostaria, dijo abriendo al mismo tiempo mas de un palmo de boca, á que no me habeis apenas nombrado cuando yo ya estaba despierto. Era la tema de vuestro padre, que decia que no habia un sueño más ligero que el mio. Me acuerdo que en el año 1243...

—Levantaos, Nuño, levantaos, y dejaos ahora de cuentos viejos, cuando tenemos tanto que hablar de lo que nos sucede.

—Ya sé yo, repuso Nuño, que no gustais vos de que yo me alabe; pero aquí está mi amigo el Velludo, que puede decir si miento.

—No hay duda, buen Nuño, repuso el Velludo, tenéis el sueño de un pájaro; vamos.

Y habiéndose puesto en pié el veterano, se encaminaron los tres hácia la parte del pinar más espesa, dando mil vueltas y tropezando á cada instante con las centinelas que tenia el Velludo apostadas, hasta que llegaron á un sitio donde estaba reunida parte de su tropa y ardía en medio un monton de leña donde se asaban carneros enteros, ocupados unos en hacer el rancho y otros en calentarse alrededor de la hoguera.

II.

Quando llegó el Velludo se apartaron todos para hacerle lugar, y asimismo á los que le acompañaban, pero el capitan, en quien el frio y el calor no hacian mella, curtido como tenia ya el pellejo, les dijo que no se moviesen, que no queria acercarse á la lumbre,

y Hernando, demasiado embebecido en sus penas para pensar en el frío, se recostó contra un tronco sin des-
embozarse.

—Solo Nuño se acercó á la hoguera restregándose las manos y dijo:

—Vive Dios que no hay cosa como un calentón en estas mañanas frías, y que vale más que un pedazo de pan. ¡Ea! amigos, hacedme lado, que yo ya soy viejo, y creo que se me ha helado la sangre.

Pero no tardó mucho en llamarle el Velludo, como también á su amo, convidándoles á almorzar, para lo que no se hicieron de rogar mucho, especialmente el honrado veterano, á quien el aromático baho del cabrito asado había dado ya en las narices.

Sentáronse, pues, á la redonda, servidos por uno de los bandidos que tenía el encargo de no dejar nunca el zaque vacío, y puesto que no podía menos de repugnar á la vanidad del caballero la compañía en que se hallaba como de igual á igual, y le abrumaran sus pesadumbres el corazón, tomó también su puesto, y empezó á comer con bastante buena gana, aunque distraído y volviendo á cada instante la cara hácia el camino que Usdrobal debía traer.

El primero que rompió el silencio fué Nuño, que puesto que como vasallo respetuoso hubiera él querido que su señor empezase, la gana de hablar pudo en él tanto que no acertó á callar por más tiempo.

—Pardiez que siento, dijo en voz baja al Velludo, que nos viéramos la otra noche en la dura necesidad de

matar al pobre Duarte. Era un buen hombre, y desde el año de 1238 que nos conocíamos no habíamos tenido nunca un quitame allá esas pajas.

—El se tuvo la culpa, repuso el Velludo en el mismo tono: se empeñó en que no había de dejarnos entrar á sacar á vuestro amo, y no hubo más remedio que dejarle muerto en el sitio. Pero lo que me admira, y el diablo me lleve si lo comprendo, es cómo Usdrobal nos introdujo hasta allí sin que nadie nos viese.

—Fué una emboscada muy bien dispuesta, respondió Nuño: ya se ve, Duarte, como que no aguardaba el ataque, abrió el calabazo y nos colamos nosotros dentro. Me acuerdo que en Sevilla hicimos lo mismo un día al abrirse las puertas, pero...

—Buen chasco se habrá llevado Saldaña, interrumpió el Velludo, cuando encontrase en lugar de su enemigo tendido en tierra al pobre escudero como un cuero de vino horadado. Por la Virgen de Covadonga que me alegro más de que se la hayamos jugado así, que si hubiese ganado una batalla.

Apenas acababa de decir esto, cuando oyeron que el señor de Iscar exclamó levantándose al mismo tiempo:

—Gracias á Dios; allí viene.

Volvieron la vista á ver quién era, y vieron á Usdrobal que se acercaba.

Pero la lentitud con que caminaba, y cierta expresión de tristeza en su rostro, agena por lo regular de la fisonomía de aquel joven, daban bien claramente á

entender que las nuevas que traía debían ser poco satisfactorias.

Hernando impaciente se interpuso en su camino de un salto.

—¿Qué traes, le dijo, bueno ó malo?

—Malo, repuso Usdrobal sin levantar los ojos del suelo; lo peor que podiais esperar.

—Hablad pronto, respondió el caballero todo azorado; decid.

—¿Ha asesinado quizá Saldaña á doña Leonor? preguntó Nuño, á quien no se le pegaba la camisa al cuerpo, temeroso de la seguridad de su ama.

—Es peor, replicó Usdrobal con despecho: dejadme os lo contaré. Saldaña supo vuestra fuga, señor don Hernando, y no teniendo medio de rendir la constancia de vuestra hermana, determinó que sacasen al patíbulo en vuestro lugar á Duarte, á quien había hallado muerto.

—Basta, gritó el de Iscar con voz de trueno; mi hermana ha faltado á su juramento...

—Leonor... Leonor, dijo Usdrobal interrumpiéndole, ha prometido su mano á ese asesino, y pasado mañana ha de celebrarse la boda.

—¡Maldicion! exclamó el de Iscar rechinando los dientes; tú lo oyes, padre mio; tu hija ha renegado de tí y ha deshonrado tu nombre. Pero yo renegaría de mi religion, dejaría de llamarme como me llamo si no impidiese esta boda, si no arrancase con esta daga el corazon de la infame que para tu baldon engen-

draste. Amigos míos, ayudadme á lavar mi afrenta, ayudadme á lavar con la sangre de esa perjura el borron que ha echado sobre su hermano. Maldita, maldita sea, y ojalá que el día de su boda sea el último de su vida.

—Podeis contar conmigo, dijo Usdrobal con poco menos calor que el puntilloso Hernando: sí, yo juro que no seré el último en clavar mi puñal en el corazon de Saldaña. Partamos si quereis ahora mismo; yo solo penetraré en la estancia de ese malvado, y allí, allí, delante de la que va á ser su esposa, le coseré á puñaladas. ¡Infel! ¡Infel!

III.

No menos irritaba el amor á Usdrobal que al caballero la honra, y no parecía sino que un mismo sentimiento los animaba. Había reventado en el corazon del primero el volcan de los celos, hasta entonces sofocado por el respeto que su mismo amor y la noble condicion de Leonor le inspiraban, y aunque había dado siempre por mentidas ilusiones sus esperanzas, y nada le había ella prometido en su vida, tachábala de ingrata y maldecía su inconstancia, no pensando sino en que iba á poseerla otro hombre, mientras él por premio de su cariño no había merecido siquiera una mirada de compasion.

Había quedado Nuño atónito de lo que oía, y por sus enjutas mejillas, surcadas ya por la edad, corrían

algunas lágrimas que le hacia derramar el borron que á su entender ya habia caido sobre la noble familia de Iscar por culpa de su señora.

El Velludo era el único que habia conservado su acostumbrada presencia de espíritu.

—¿Y cómo no has podido, dijo á Usdrobal, avisarla de que no era D. Hernando el que iban á ajusticiar?

—¿Creeis, repuso el celoso mancebo, que si hubiera podido hablarla no lo hubiese yo hecho? De dia y de noche hace ya mucho tiempo que vive rodeada de guardias y mujeres que observan continuamente sus pasos. Poco me hubiera dado morir, pero... ¡ah! ¡ojalá, ojalá que hubiese yo muerto por ella, y que ella me hubiese visto morir!

—Pero vos, señor caballero, repuso el Velludo dirigiéndose al de Iscar, debeis perdonarla: al cabo lo ha hecho únicamente por libertaros la vida.

—¡La vida! exclamó Hernando; y para salvarme la vida me ha asesinado la honra.

—Pero en fin, continuó el Velludo, ¿qué se pierde ahí más que una mujer?

—Una mujer, sí, una mujer que era mi hermana, que era mi propia sangre, que era la mitad de mi vida. ¿Y quién sois vosotros ¡vive Dios! para comprender siquiera lo que yo siento? ¿Quién sois vosotros para hablarme á mi de mi hermana? Si quereis ayudarme para que mi venganza sea tan pública como mi afrenta, seguidme; sino, yo solo basto, yo moriré ó triunfaré, y quedaré de las dos maneras vengado.

—No hay duda, respondió Usdrobal, el agravio exige venganza; yo os acompañaré... ahora mismo... ¿Por qué detenernos?

—¿Y es pasado mañana el dia de la boda? preguntó el Velludo, que habia quedado pensativo mientras ellos hablaban.

—Sí, pasado mañana, repuso Usdrobal.

—La fiesta será brillante; las puertas del castillo estarán abiertas; los soldados de la guarnicion sin armas y emborrachándose muy descuidados, continuó el Velludo como si estuviera hablando entre sí; pasado mañana se puede dar un buen golpe; el rey y Sancho Saldaña... si los cogiese yo en mi poder...

—¿Qué pensais, capitan? interrumpió Usdrobal.

—Una friolera, nada más que volver la tortilla, y por último lo peor será volvernos como hemos ido.

—Pasado mañana, dijo el de Iscar, Nuño, tú y yo iremos disfrazados al castillo de Cuellar. Sí, padre mio, exclamó levantando los ojos al cielo; pasado mañana tu maldicion se cumplirá en tu hija: no, no la verás esposa de Sancho Saldaña, ó iré yo á juntarme contigo en el otro mundo para maldecirla y gozarme en su degradacion.

—Y yo tambien os acompañaré, prosiguió el Velludo; pasado mañana habrá sin duda un soberbio banquete, á donde acudirán cuantos quieran. No faltarán tampoco estos pobres muchachos, continuó señalando á su gente, y por la Virgen de Covadonga que aunque el caso sea peliagudo, tal vez pasado mañana á la no-

che nos sirva el castillo de Cuellar de alojamiento, y de prision á los que ahora lo habitan.

—¿Qué decis? exclamó Hernando sorprendido del atrevido plan que acababa de bosquejar el Velludo. Marchemos cuanto antes. ¡Oh, hermana mia, yo te doy gracias, sí, mil y mil gracias, si tu infame comportamiento nos proporciona completo triunfo!

Capítulo último.

¡Dulce, voluptuosa remembranza!
¡Completa, satisfecha, y más hermosa
que del cielo el azul, es mi venganza!

(De D. Luis Usor y Río.)

I.

Brilló en fin el día tan deseado de Saldaña, tan triste para Leonor y tan aborrecido para el de Iscar.

El sol en todo su esplendor iluminaba el terso azul de la esfera, y la apacible brisa de otoño bañada en luz derramaba nueva vida á los campos, y la tierra parecía estar acorde aquel día con el cielo, y á par que el horizonte amanecía sereno y sin una nube, mil señales de júbilo y regocijo, cantos de alegría, son de campanas, músicas, danzas, alegraban la ciudad de Cuellar, su tétrico castillo y sus ateridos contornos, porque era el día feliz en que Sancho Saldaña iba á tomar á Leonor por esposa, en que la paz debía renacer en su alma, hasta entonces tan agitada de tantos remordimientos y agobiada de tantas penas, y el rey

y el vasallo más infeliz debían tomar igual parte en las fiestas y en los banquetes, y engalanarse y regocijarse aquel día.

Todo era júbilo, todo paz, todo felicidad, y el mundo de las ilusiones había en fin convertido sus sueños en realidades, y la imaginación más ardiente, el alma más pura podía gozarse, satisfecha completamente en los brillantes objetos y en el contento general que respiraban el cielo y la tierra, embalsamados en los perfumes del deleite y de la alegría.

Ondeaba la bandera del señor del pueblo sobre las altas torres de la fortaleza, en cuyas almenas brillaba asimismo el pendon de Castilla rodeado de otros mil estandartes de los caballeros que acompañaban al rey, cada uno de ellos honrado por una lucida guardia de soldados escogidos y armados de punta en blanco, de cuyas corazas, heridas del sol naciente, brotaban ríos de luz que así pasmaban el ánimo, como deslumbaban la vista.

Oíanse acordes músicas en los salones del alcázar, en la esplanada, en los patios, en todas partes, y los soldados vestidos de gala, los moros y las jóvenes del pueblo ataviadas con sus trajes del día de fiesta, iban, venían, bailaban, cantaban y se mezclaban unos con otros en buena paz, ya olvidados de las pasadas rencillas.

Todas las puertas del castillo estaban abiertas, echados los puentes levadizos y adornadas las puertas, las almenas y las ventanas con orlas de flores entrete-

jidas con tal arte que en cada una de ellas se hallaban juntas las cifras de los nombres de los dos esposos, y era de ver coronadas las ventanas todas de hermosas damas ricamente prendidas y con sus chapadas ropas, y de cortesanos caballeros que en dulces requiebros y amorosas risas hacían alarde de sus ingenios y agradable galantería, y todo era movimiento dentro de la fortaleza, desde las cocinas hasta las torres, y desde las cuadras de los soldados hasta los magníficos salones de la grandeza.

Aquí era ver un marmiton todo tiznado de hollín que perseguía á algún muchacho á quien había hallado ¡terrible delito! probando los guisos con el dedo ó escamoteando algún par de perdices; allí tres ó cuatro robustos cocineros salaban puercos y toros para el banquete que en la esplanada y los patios debía servirse á todo el mundo, y que hacían relamerse los labios á más de un pobrete de los que esperaban el gaudeamus; otros repartían vino generosamente á infinidad de mosquitos sin alas que acudían al olor como si los llamaran; algunos arrojaban dinero al monton, y hombres y muchachos á la rebatiña se empujaban, se pegaban y se rompían las narices por atrapar un maravé, con más codicia que si fueran á ganar un reino, dando ocasión de risa á los que miraban: atravesaban las salas multitud de pajes galanamente vestidos, resonaban las espuelas de los caballeros, sentíase crujir la seda al andar las damas, que atraían con su hermosura, y aun más con su refinada retrechería, las

miradas de todo el mundo; reían unos, cuchicheaban aquellos, estos disputaban, y las voces, los cumplimientos, las burlas, las carcajadas presentaban un cuadro lleno de vida, de ruido y de movimiento.

Mezclábase á este confuso rumor que resonaba en los salones y galerías el alegre son de la música, el estruendo de las campanas, la algazara, los vivas, los bailes, el confuso alboroto de la multitud, y no menos divertía la variedad de trajes y de colores, que como el campo cubierto de flores en la primavera, así en desacorde ondulacion desvanecían á par que recreaban la vista.

Pero nada era comparable al lujo y la magnificencia con que estaba adornado el salón donde había de celebrarse la fiesta, y en donde se hallaba reunido cuanto el ingenio humano había creado hasta entonces para satisfacer el orgullo y la comodidad de los hombres.

Ricas alcatifas, sillones de marfil elaborados de oro, dos espejos, uno de metal y otro de cristal de Venecia, joya entonces rarísima y de extraordinario valor, tal era la pompa que el señor de Cuellar había desplegado en aquella estancia, y solo algun petimetre de nuestros días hubiese motejado de mal gusto un tablado de pino como de una vara de alto que se estendía en el último término de la habitación, como unos cinco piés de largo, cubierto de una alfombra vieja, donde debían representar algunos pasos de su invención los juglares que habían venido al olor de la fiesta.

10 Pero como no es dado á todos los hombres tener talento, es signo de éste que aquellos traten de humillar siempre al que es por su ingenio superior á ellos, y entonces, lo mismo que ahora, ser poeta era poco menos que estar en pecado mortal.

Defendían la entrada de esta soberbia cuadra cuatro maceros del rey, que con mucha gravedad hacían centinela, dos á la puerta y otros dos bajo un dosel que cubría dos asientos destinados sin duda para los reyes, y puestos junto al tablado para que gozasen de la representación, como también otros dos escaños mas bajos para los novios, á quienes servía el rey de padrino y de madrina la reina.

Hormigueaban á la puerta los pajes, unos asomándose á ver la estancia, otros hablando entre sí, impacientes todos por lo que el rey tardaba en venir, y por que no empezaba la fiesta.

—Pues hoy Saldaña debe de estar muy contento, decía un paje barbilucio á otro compañero suyo.

—Qué sé yo que te diga, respondió el otro; lo que sé es que esta mañana le ví cuando amanecía, y no pienso haber visto en toda mi vida cara mas triste.

—Como que en toda la noche ha dormido, segun me ha dicho García, que se ha quedado con él en su cuarto, repuso otro tomando parte en la conversacion, empeñado á cada instante en que veía una mora con un puñal... vamos... loco perdido.

—Anda, replicó el primero, ya le curará la locura Leonor de Iscar, que voto va que aunque está algo

ajada, es mas linda que ninguna de cuantas andan por aqui haciendo dengues muy peripuestas.

—Lo que yo siento es que tardan tanto en salir, repuso el segundo, y vive Dios que me temo que no se han de casar todavía.

—Todo puede ser, respondió una voz para ellos desconocida; y volviendo á ver quién era, hallaron un peregrino con su esclavina cubierta de conchas y un bordon en la mano, que entre la confusion y el bullicio habia logrado introducirse hasta allí.

—¡Hola! tambien estás tú por acá, dijo un paje: ¿y qué sabes tú de lo que estamos hablando?

—Yo nada, respondió Usdrobal, que era sin duda el disfrazado con aquel traje, sino que sucederá lo que Dios quiera, y por eso he dicho que todo puede ser todavía.

—Pardiez que nos has sacado de una duda con lo que has dicho, y lo que has de hacer es irte de aquí cuanto antes.

—No, no, gritaron todos rodeándole; lo mejor será que nos cante alguna cancion y le daremos limosna.

—Dádmela, respondió el peregrino fingido, que queria gastar tiempo, y os cantaré aunque sean dos.

—¿Estais loco? repuso el paje descontentadizo: ¿queris que se ponga aquí á cantar este hombre, y que venga el rey entretanto?

—Tiempo hay, replicó otro de los que le querian oir cantar.

—Sí, sí, respondió Usdrobal, yo cantaré mientras viene el rey.

Y habiendo tosido para limpiarse la garganta, escupió á un lado, y ya iba á entonar la voz, cuando se oyó abrir una puerta, y el grito de *el rey, el rey*, corrió de boca en boca al momento.

Este aviso hizo olvidarse á los pajes del peregrino, á quien dejaron solo, acudiendo á formarse en dos filas dejando un claro en medio para la corte, mientras Usdrobal se escondió y agazapó como pudo para no llamar la atencion.

II.

Abrian primeramente la marcha hasta veinticuatro maceros con sus mazas al hombro; vestidos ricamente de gala, seguian despues los monteros de Espinosa, y detrás de ellos venian el rey y la reina, trayendo cada uno á su lado á sus dos ahijados Saldaña y Leonor, que, aunque lujosamente adornados, más parecia que caminaban al suplicio que no al altar de himeneo.

Notábase en los semblantes de los augustos padrinos tanta alegría y afabilidad, que seguramente formaban un contraste particular con los de los novios.

Cualquiera habria creído que aquel dia el rostro de Saldaña se hubiera, en fin, despejado de la negra nube que le habia hecho sombra hasta entonces, y sin embargo, veíase pintado en él el terror, y sus ojos,

que apenas se atrevia á fijarlos en su futura esposa, giraban acá y allá como receloso de alguna traicion, ó cual si buscara alguno entre los que allí estaban á quien temiera encontrar, no obstante, que le buscaba.

Leonor, por su parte, triste, los ojos bajos, pálida, indiferente á todo, parecia una víctima engalanada para el sacrificio, y con inciertos pasos y negligente abandono obedecia á un vago sentimiento de instinto, siguiendo los pasos de su madrina, que en vano con la mayor dulzura á veces, en voz baja hablaba.

Su alma habia llegado á quedar insensible á fuerza de padecer, y solo algunas lágrimas que se esforzaba á contener, pero que observaron muchos de los que estaban presentes, manifestaban que aun conservaba en ella cierto sentimiento tan poderoso que se las hacia derramar.

Tambien Usdrobal habia echado de ver que lloraba, y tuvo que apartar de ella la vista para no perder el sentido.

Detrás de ellos, en fin, seguia una numerosa comitiva de damas de la reina y de caballeros, y cuando entraron todos en el salon ocuparon cada cual su asiento segun su categoría, y á una señal del rey se abrió una puertecilla secreta que caia al tablado, y cuatro hombres, vestido uno de médico, otro de alfaquí ó sacerdote moro, y los otros dos uno tambien de árabe y otro de caballero cristiano, aparecieron en el escenario.

En gran risa prorumpió dando palmadas todo el concurso al verlos, puesto que los dos moros se habian adornado tan ridículamente, y salieron haciendo tales gestos, que no hubo alma cristiana que no se regocijase de verlos.

—Mirad, Saldaña, dijo el rey á su ahijado, y dejad por Santiago vuestro mal humor.

—Sí, ya miro, replicó el de Cuellar, y me alegro que sea la fiesta del gusto de vuestra alteza.

La reina dijo tambien algo á Leonor, que la respondió maquinalmente.

Entretanto los cuatro juglares recitaron una especie de loa en versos alejandrinos, muy larga y bastante mal hilada, en alabanza del rey y la reina y de los dos esposos, sin olvidar tampoco al ilustrado público, de que más de la mitad se habia dormido, y la otra mitad ó hablaban unos con otros ó bostezaban.

No obstante, la loa parecia bien á todo el mundo, y todos aplaudieron unánimes, persuadidos de que era lo mejor que habian dejado de oir en su vida.

Sonó en seguida algunas fanfarrias la música, que despertaron á los más tenaces, y los cuatro histriones empezaron despues á representar no una tragedia greco-francesa-clásica á lo Racine, no alguna hermosa creacion romántica á lo Shakespeare ó á lo Calderon, no siquiera una farsa, un sainete, un entremés, sino un tejido de disparates é insultos que unos á otros se dirigian en versos compuestos allí de repente, que hacian

morirse de risa á los espectadores, para quienes no habia cosa mejor en el mundo.

Nosotros procuraremos dar una idea de esta funcion, puesto que nunca puede ser exacta por faltarle la parte mimica, que era lo que con más espresion y gracia desempeñaban.

Reduciase el poema á suponer que el médico y el alfaquí disputaban sobre religion y se injuriaban de palabra y de obra, hasta que llegando el otro moro los trataba de separar en nombre del Zancarron, á lo que el alfaquí se detuvo, pero el médico seguia más furioso y los insultos cruzaban de una parte á otra como flechas envenenadas.

Llegaba entonces el caballero cristiano, y diciendo y haciendo tiraba de la espada y arremetia á todos juntos: en esto sonaba una trompeta, salian más moros, y el caballero los ponía en fuga con su valor sobrenatural, teniendo el público el placer de quedar sorprendido al saber que aquel caballero era Santiago en persona, que venia á ofrecer su espada y á hacerse armar caballero por el rey D. Sancho el Bravo y la reina su esposa, que le habia de calzar las espuelas, gracia que esperaba alcanzar en tan fausto dia, concluyendo su relacion con pedir perdon no á Dios, sino al público, de las faltas que pudiera haber cometido.

El saludo de los cristianos á los moros era el siguiente:

Hola, adios Alcuzcuz; el cielo quiera
abreviar de tus dias la carrera.

Con no ménos cortesía y buen deseo contestaba el moro, puesto que como eran cristianos los cómicos y los espectadores, los pobres musulmas siempre solian llevar la peor parte.

Tal era el acertado plan de este drama, que si carecia de ingenio, rebosaba al ménos de majadería, y no pertenecia de ningun modo al género soporífero, como la loa y algunas obras clásicas de nuestros dias, sino al disparatado risible en que campea la locura.

Y ya estaban terminando la representacion, cuando un grito histérico resonó al otro extremo de la sala detras de los espectadores, que hizo estremecerse á muchos y volver á todos la cara hácia el sitio de donde habia salido.

Pero no vieron á nadie y todo quedó en silencio al momento, y solo oyeron la voz de Saldaña que se habia puesto en pié, desencajado el semblante, y que dijo:

—¡Ella es, ella es, que viene á anunciarme mi muerte!

III.

Suspendióse la representacion, pusiéronse en movimiento, y hasta el mismo rey pareció algo turbado con aquel alharido fúnebre que como por encanto de

algun sér sobrenatural parecia que habitaba invisible en aquella estancia.

Leonor aterrada se abrazó estrechamente á la reina, que con no menos sobresalto temblaba de piés á cabeza, sin saber á quién atribuir aquel grito que habia helado hasta el tuétano de sus huesos, y todos agoraron mal de la boda que bajo auspicios tan tristes iba ya á celebrarse.

Hasta los mas despreocupados no supieron á qué atribuir aquel alhárido, semejante al que podria lanzar un hombre en el tormento, que todos habian oido, pero que nadie podia imaginar siquiera la boca de donde habia salido.

No tardó el rey sin embargo de recobrar su serenidad, y dando por supuesto que aquel grito procedia de alguno que se hallaba en el próximo corredor, dió orden á los maceros para que despejasen la gente que se habia agolpado, y mandó que prosiguiese la fiesta.

—Serenáos, dijo á Saldaña en voz baja, y mostrad el ánimo que á un caballero conviene: sobre todo no esteis así, y hablad algo á Leonor, que parece que sois de piedra.

—¿Y qué he de decirla yo, que he hecho su infelicidad?

—Amigo mio, repuso el rey, eso hubiera sido bueno considerarlo antes. Ahora ya es tarde, y es preciso hacer de tripas corazon. Señora, prosiguió dirigiéndose á Leonor, esforzáos y no tengais miedo, que entre amigos estais que os defenderán si fuese preciso.

Leonor en aquel momento pensaba en la maldicion de su hermano, y envilecida á su parecer no hacia sino rogar á su padre, que desde la mansion celestial mirase su flaqueza con ojos de misericordia.

Los dos novios eran sin duda los mas tristes y los mas desdichados de cuantos habian concurrido á la fiesta, y que tal vez envidiaban su suerte en aquel instante. ¡Con qué placer la hubieran ellos trocado por la del mendigo mas despreciable!

Entretanto el bullicio en los patios de la fortaleza y en la espaciosa esplanada crecia á cada instante con la llegada de nuevos huéspedes, que de los pueblos de las cercanias desembocaban en aquel mar de hartura y de borrachera.

Peregrinos, soldados, labriegos, mendigos, en fin, cuantos vagabundos ha criado la divina Providencia, cuantos hombres y mujeres de buena y de mala vida habitaban aquellos contornos, otros tantos eran los que acudian, habiendo llegado á entrar tantos en el castillo, que por buena providencia hubo de no permitirse la entrada á nadie cuando ya era imposible que cupiesen mas, y se sacaron toneles de vino y comida en abundancia á las calles de la ciudad y al campo, donde ya podia contarse que cada hombre cabia á borracho por barba sin errar la cuenta en un ápice.

Notábase empero entre tantos alegres alguno ú otro pensativo y meditabundo, puesto que distraido observaba las cuadras de los soldados, reparaba en la fuerza de gente que estaba sobre las armas, y se introdu-

cía en todas partes sin volver nunca atrás sino cuando algun centinela le impedía pasar adelante.

Llevaba uno de ellos, pues eran tres los que se observaban que andaban juntos, un traje de peregrino y un sombrero tan ancho de alas que le cubrían todo el rostro, mientras envueltos los otros dos en sus anchas capas, á la antigua usanza castellana (1), seguían uno detras de otro, y al andar hubiérase dicho que llevaban armas á juzgar por cierto ruido casi imperceptible en medio de aquel estrépito, pero que poniendo cuidado solía sentirse de cuando en cuando.

Hablábanse al oído á veces, mirando antes si alguno los observaba, separábanse, perdíanse en la confusion, hablaban con algunos de los que andaban por allí en secreto, juntábanse al cabo de un rato y volvían á hablarse con mucho misterio, y recatándose de todo el mundo.

—No es tan fiero el leon como lo pintan, decía el que iba vestido de peregrino; dígoles porque hasta ahora nuestra empresa no me parece descabellada.

—En el año de 1200... repuso uno de los de las capas.

—Dejadnos ahora de fechas, interrumpió el otro. ¿Usdrobal, sabeis dónde está?

—No tengais cuidado, respondió el de la esclavina, que ya sabe lo que se hace, y nos avisará cuando sea

(1) Ahora y en nuestros dias no hay castellano viejo que no asista con su capa parda á las fiestas del lugar, y es el traje de ceremonia que usan cuando van á casarse y en cualquier funcion de etiqueta.

tiempo. Separémonos, separémonos, que allí está Martín Gutierrez y no hace sino mirarme.

Separáronse en efecto, porque como decia no quitaba ojo de él hacia rato el jefe de los aventureros, empeñado en encontrar cierta semejanza entre el Velludo y aquel peregrino, en lo que no andaba quizá muy equivocado, como ya habrá adivinado el lector, que no necesitará tampoco que le digamos que los otros embozados eran Nuño y su amo el señor de Iscar.

Confundióse, pues, el Velludo entre la muchedumbre, donde la mayor parte eran de su gente, que esparcidos entre las turbas de vagabundos llevaban ocultas sus armas bajo sus ropas, y prontos á reunirse en ciertos puntos ya marcados á una señal de su capitán.

Habían acompañado varios de ellos á Usdrobal, que como ya hemos visto conocia bastante bien algunos secretos de la fortaleza, siendo la intencion del Velludo tener repartida su gente de tal manera que fuesen sorprendidas las guardias y tomadas todas las avenidas en el momento mismo que aquel diera la señal de alarma.

El amor habia hecho á Usdrobol desobedecer en parte la orden que le habian dado, no habiéndose dirigido inmediatamente á donde debia por ver pasar á Leonor; pero cuando volvió de su turbacion no tardó en colocar su gente en los sitios mas convenientes, disponiéndose al mismo tiempo á subir á la torre principal y desarmar los que guardaban el pendon de Castilla y la bandera del señor de Cuellar.

Acometerlos y levantar en lugar suyo la enseña de los rebeldes todo habia de ser en un punto, siendo este el momento en que el de Iscar, Nuño y el Velludo habia de apoderarse, cada uno al frente de su peloton, de las armas de sus enemigos, de las salidas del castillo y de los puentes lavadizos, mientras otros promoverian el desórden por todas partes y darian muerte á cuantos se resistieran.

Tal era el volcan sobre que paseaban sin temor el rey y sus cortesanos, confundido entonces el ronco hervidero de sus entrañas entre el rumor de la multitud festiva, tales los planes que la ambicion y la venganza maquinaban, y el sol en todo su esplendor deramaba sus rayos desde el cénit alegrando como antes la tierra, que pronto iba á inundarse en torrentes de sangre y á cubrirse de luto y desolacion.

IV.

La fiesta seguia, la multitud no cesaba, y el regocijo era general. Arriba mismo en los salones se habian olvidado ya del tremendo grito, y fueron tales los chistes y tan ridiculos los mohines de los juglares, que hasta Saldaña se sonrió.

Leonor misma parecia ya mas resignada á su suerte, y oía con gusto los consejos que la daba la reina con la mayor dulzura, dirigidos todos á confortarla y darla ánimo para sufrir su destino con paciencia y resistir con valor á la adversidad.

Acabaron de bailar los histriones, y despues de haberse retirado colmados de aplausos y de regalos de la grandeza, pasó el rey y su comitiva á otra sala no menos ricamente adornada, donde un espléndido banquete les aguardaba.

Habia allí varias mesas además para los caballeros que, aunque no eran de la comitiva del rey, estaban convidados por el señor del castillo, ó se habian ellos convidado á sí mismos.

Y las mesas, servidas con profusion, como podian dar cabida á mucha mas gente, no se resentian de esta carga de pajaritos que quizá habrian hecho temblar el convite mas opiparo de nuestros dias, ni se trajo, ni se aumentó nada mas, puesto que nadie, como ahora se estila, anduvo con melindres con la comida.

En esto estaban, y ya el Velludo impaciente no hacia sino mirar á la torre de donde debia Usdrobal dar la señal.

Hernando tenia ya apercibida su gente para envestir, y Nuño no acertaba cuál podia ser la razon por qué Usdrobal no cumplió la órden, cuando uno de los pajes se acercó al rey, y habiendo hincado la rodilla en tierra, con gran sorpresa de todo el mundo le pidió un instante de audiencia, porque en lo que tenia que decirle le iba á él la vida y á cuantos allí estaban.

Pasmáronse todos, sobresaltóse Saldaña, y el rey se levantó de su asiento, y habiendo salido con el de Cuellar á otra estancia

—Pardiez, dijo al paje, ¿qué tienes que decirme? y

mira bien que no mientas; porque juro á Dios que te hago ahorcar si por divertirme has puesto en tanto susto mi corte.

—Podeis hacer de mí lo que mejor os parezca, repuso el paje con serenidad: mi deseo es salvar á vuestra alteza y á todos sus servidores de un peligro que una casualidad acaba de descubrir. En la esplanada, ahora poco, armaron dos hombres una pendencia, echaron mano á las dagas, y á pesar del gentío que trató de impedir la quimera se acometieron. Rajó el uno al otro el pecho del primer golpe, acudieron todos á socorrerle, y Gutierrez, el jefe de los aventureros, llevó ó los dos presos. En este momento el herido empezó á pedir confesion y á decir que queria revelár un secreto del cual dependia la vida de vuestra alteza. Llegó allí un fraile, y cuando el herido iba á hablar un hombre arrojado, vestido de peregrino, rompió de un salto por medio de los soldados, llegó á la angarilla donde le conducian, y le clavó tales dos puñaladas que le dejó muerto en el acto. Hizo todo esto en un abrir y cerrar de ojos, de suerte que no lo habian visto hecho cuando ya el agresor habia desaparecido entre la multitud. No obstante, Martin Gutierrez dice que apostaría á que es el Velludo, y por si ó por no ha hecho á sus aventureros tomar las armas.

—¡Por el Velludo! dijo el rey con desprecio; ¡y habia de tener un caballero miedo de un miserable bandido!

—Vuestra alteza se engaña mucho si desprecia á ese

hombre, puesto que á él solo y como bandido tambien le tengo yo en poco, replicó el de Cuellar, pero...

—¿Y no hay mas que eso? interrumpió el rey dirigiéndose al paje.

—Si señor, mas hay, replicó, porque aunque el Velludo mató á uno para que callara, el tormento ha hecho hablar al otro, y ya se sabe que están aquí dispuestos á dar un golpe Hernando de Iscar, el Velludo y otro, que segun se suena se hubo de desertar de los aventureros hace ya mucho tiempo.

—¡Hernando de Iscar! exclamó Saldaña.

—Sí, un caballero que está en una gavilla de ladrones, replicó el rey, sin crédito ni opinion, y despreciado hasta de su misma hermana. ¿Y no los han puesto presos?

—Señor, repuso el paje, se sabe que están, pero no quiénes son:

—Está bien, retírate. ¡Já! ¡já! una cáfila de villanos, dijo el rey cuando el paje volvió la espalda, riéndose á carcajadas mientras oyó sus pasos que se alejaban. Pero luego que conoció que nadie podia escucharle, acercándose á Saldaña, continuó:

—El plan es diabólico, pero es menester que nadie conozca nuestro temor, porque se acabaria la fiesta al momento. Id, dad la orden á los capitanes de mas confianza para que al lado de cada hombre que se presume siquiera que lleva armas coloque dos de los nuestros que no le pierdan nunca de vista, y que le prendan si pueden sin alborotar, que nuestros arqueros

con el arco tendido escuchen ocultos desde las torres y las ventanas, que los puentes levadizos queden en falso, y que toda la tropa esté sobre aviso en sus cuadras. Cuidado, Saldaña, que es preciso disimular, y sobre todo con Leonor. ¿Me entendéis?

—Yo haré un esfuerzo, y callaré por lo menos, contestó Saldaña.

Y saliendo de allí enseguida, no tardó en arreglar la gente como capitán veterano, y tomar, además de las del rey, las disposiciones que le parecieron más convenientes.

El rey volvió al festín burlándose del miedo del paje que tanto había sobresaltado á todos, lo que sirvió de pasatiempo á los cortesanos, que hicieron con este motivo su chiste, y aunque á Saldaña no se le vió venir tan alegre, nadie hizo alto no obstante, acostumbrados á verle siempre de mala cara.

La desdichada Leonor apenas había hablado tres palabras durante todo aquel día, y no osaba siquiera preguntar por su hermano, á quien ella creía todavía en el castillo en rehenes hasta que se celebrase su casamiento. Pero en donde todo había ya cambiado de aspecto era en los patios.

El Velludo había mudado de traje, Usdrobal no había podido dar el golpe por falta de gente, Hernando veía que sus planes iban á malograrse, y no tardaron

los tres mucho tiempo en conocer que los vigilaban, y que prevenida, como ya estaba, la guarnición del castillo, era imposible llevar adelante la empresa.

—Debemos, dijo Hernando, desistir de lo que ya fuera una temeridad, y vos, Velludo, debéis retiraros con vuestra gente.

—¿Y vos? preguntó el Velludo.

—Yo me quedo á completar mi venganza y á morir.

—Y yo con él, repuso Usdrobal, y Nuño afirmó lo mismo, aunque movido de muy diversas causas que aquel.

Dudó el Velludo un momento sin decidirse á nada; pero habiendo pensado cuán imprudente sería quedarse allí únicamente á morir, determinó retirarse, aunque muy á su despecho, y enojado de haber errado aquel golpe que debía haberle colmado de gloria.

—¿Es posible penetrar en donde está ahora Leonor? preguntó su hermano luego que el Velludo se retiró.

—Ahora, respondió Usdrobal, no dejan entrar á nadie en la fortaleza.

—¿Y entonces ¡vive Dios! qué hacemos?

—Al anochecer en la capilla, repuso Usdrobal; yo os llevaré, y nos mezclaremos con los de la comitiva del rey. Es el momento de la venganza.

—Está bien, replicó el caballero, y se separaron.

VI.

Entretanto el atildado dean de Valladolid, vestida ya la estola sobre sus clericales ropas, aguardaba la hora en la sacristía, y ya estaba toda la iglesia iluminada soberbiamente con infinitad de hachas de cera, cuyo esplendor formaba cierto contraste con su arquitectura gótica, sombría y temerosa, y el color oscuro que los años habían prestado á sus muros.

Veíanse á un lado y otro varios sepulcros de los antiguos dueños de aquel castillo, y sobre ellos algunas estatuas de piedra toscamente trabajadas, unas de rodillas sobre la losa, y otras de pié en actitudes guerreras: y presentaba aquel sagrado recinto una mezcla de majestad y tristeza, una confusion de luz y de sombras, mas fácil de imaginar que de describir.

Sonó en fin la hora, y las espuelas de los caballeros y el rumor de los pasos que sonaban sordamente eleco, anunció la llegada del rey con su comitiva.

Ocuparon los que componian ésta, divididos en dos hileras, los dos frentes de la capilla con el mayor silencio, y algunos entre columnas ó arrimados á los sepulcros, hubiérase creído que eran sus habitantes que dejaban las tumbas para asistir á las bodas de su nieto con la desventurada de Iscar.

Ocupó el dean con sus dos acólitos la parte de la baranda de hierro que caía al altar, y los novios, teniendo cada uno su padrino y su madrina á su lado,

se arrodillaron sobre dos cojines árabes de la otra parte.

Todo estaba en silencio, y ni una tos ni un murmullo interrumpia la majestad de la ceremonia.

Una voz resonó como un trueno en aquel instante ¡muera! y tres hombres con sus espadas desnudas se arrojaron del fondo de la capilla hácia el altar. Pero mas de veinte se lanzaron al mismo tiempo delante de ellos y los detuvieron peleando, mientras otros gritaban:—¡Profanacion! ¡Anatema!

Los tres hombres se resistian, y aun adelantaban terreno: la desesperacion parecia que les prestaba fuerzas, y á cada golpe caía en tierra uno de sus enemigos.

En vano era el número, en vano el arrojo de sus contrarios, en vano estaban ya cubiertos de heridas, que ya se abrian paso entre la multitud, y dos de ellos, dos sobre todo, hubiérase dicho que eran inmortales, y que su espada era la del angel del estermínio.

Ya habían logrado llegar hasta la mitad de la capilla; su camino era un reguero de sangre, sus espadas, al reflejo de las luces, parecian de fuego, sus ojos áscuas al través de las barras de la visera, y ya empezaban todos á creer que eran demonios que venian por Saldaña, como presa que les estaba destinada hacia ya mucho tiempo.

No fué él tampoco el último que lo pensó; pero como era hombre de valor púsose en pié, y ya iba á echar mano á su espada, cuando una sombra, un espectro

que se levantó de una tumba y se deslizó junto á la baranda con direccion á él, se puso entre él y Leonor dejándole helado y sin movimiento.

Un grito de horror retumbó entonces sobre el estrépito de las armas y las voces de los combatientes; retiráronse amedrentados los dos padrinos, y el génio del mal, que tal parecia aquella fantasma, soltó una carcajada infernal, á tiempo que Leonor cayó en tierra anegada en su propia sangre. Este terrible suceso suspendió el combate y dejó á todos petrificados.

El espectro cogió de una mano á Saldaña.

—Mírala, le dijo, mírala... muerta. ¡Tiemblas! ¿Me conoces?

—¡Cielos! ¡Zoraida! gritó Saldaña, y cayó sin sentido.

—Sí, yo soy el demonio que te persigue. Yo soy Zoraida: ya me he vengado de tí.

Y diciendo así tomó el camino que habia traído, y volvió á hundirse en la tumba.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

Capítulos.	Páginas.
I.	1
II.	22
III.	40
IV.	81
V.	110
VI.	130
VII.	137
VIII.	157
IX.	186
X.	219
XI.	247
XII.	267
XIII.	287
XIV.	314
XV.	339
XVI.	356
XVII.	369
XVIII.	406
XIX.	414
XX.	418
XXI.	456
XXII.	466
XXIII.	480
XXIV.	488
XXV.	517

ÍNDICE.

Capítulos.	Páginas.
XXVI.	529
XXVII.	539
XXVIII.	551
XXIX.	566
XXX.	583
XXXI.	592
XXXII.	604
XXXIII.	613
XXXIV.	629
XXXV.	653
XXXVI.	672
XXXVII.	688
XXXVIII.	696
XXXIX.	704
XL.	706
XLI.	716
XLII.	721
XLIII.	739
XLIV.	758
XLV.	765
XLVI.	784
XLVII.	788
ULTIMO.	799

IVX

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

